SATIRAS

Juvenal

Persio

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

JUVENAL · PERSIO

SÁTIRAS

INTRODUCCIONES GENERALES DE
MANUEL BALASCH y MIQUEL DOLÇ

INTRODUCCIONES PARTICULARES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MANUEL BALASCH



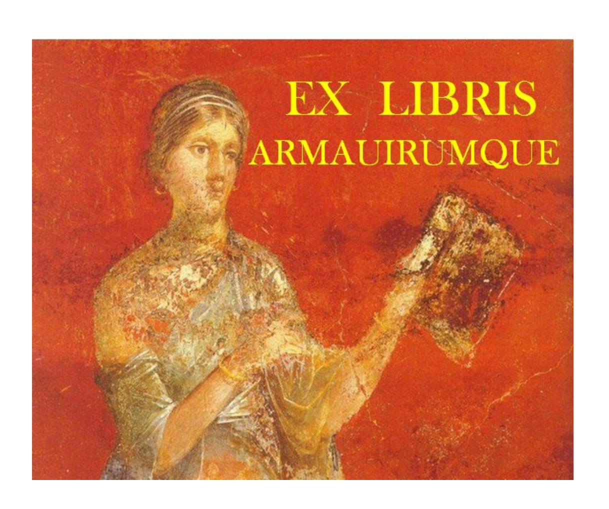
EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 156

Asesores para la sección latina: José-Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., esta obra ha sido revisada por Olga Álvarez Huerta.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1991.



Depósito Legal: M. 33342-1991.

ISBN 84-249-1467-8.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1991. — 6442.

JUVENAL

SÁTIRAS

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. LA SÁTIRA ROMANA COMO GÉNERO LITERARIO

Nombre, forma y contenido

Para determinar el origen, la forma y el contenido del género literario romano llamado sátira (en latín *satura* y accesoriamente *satira)* disponemos fundamentalmente de tres textos: el primero, del gramático Diomedes; el segundo, un breve comentario (o escolio) a un lugar de Horacio, comentario que coincide básicamente con el texto de Diomedes, pero con una discrepancia importante; en tercer lugar hay un texto de Tito Livio que parece caracterizar un tipo de *satura* no totalmente coincidente con el descrito por Diomedes [1]. El texto de éste último, cuya edición bá-

[1] Además de en sus lugares de origen, estos textos se pueden leer fácilmente en otros lugares, pues los estudiosos del tema los citan en su tenor literal. Últimamente MICHAEL COFFEY, *Roman Satire,* Londres Nueva York, 1976 (desde ahora COFFEY, *Satire),* págs. 12-13 para el texto de Diomedes, pág. 13 para el escolio de Horacio y págs. 18-19 para el texto de Tito Livio. Posteriormente han dado el texto de Diomedes, ciñéndose sólo a lo fundamental, sin aislarlo y esparciéndolo en el cuerpo de su redacción, E. J. KENNEY-W. V. CLAUSEN, *The Cambridge History of Classical Literature. II Latin Literature,* Cambridge, 1982 (desde ahora KENNEY-CLAUSEN, *Latin),* que citan también fugazmente el texto de Tito Livio sin reproducirlo.

sica está en *Grammatici Latini,* debida a H. Keil, Leipzig, 1855-1923, I, pág. 485, traducido al castellano, reza así: «*satura* toma este nombre o bien de los sátiros, porque en esta forma de verso se recitan cosas cómicas y desvergonzadas tal como las que dicen o hacen los sátiros, o quizás *satura* proceda de una bandeja *(lanx)* que repleta de muchas y variadas ofrendas los antiguos ofrecían a los dioses en un rito sagrado, y se llamaba *satura* por lo lleno y abundante de material. También Virgilio hace mención de este tipo de bandeja en las *Geórgicas* cuando dice (II 194): "ofrecemos entrañas humeantes en redondas bandejas", y también *(ibidem):* "hacemos ofrenda de bandejas de pasteles". Pero *satura* podría también derivarse de una especie de salchicha que se rellenaba con muchos ingredientes, y que según Varrón se llamaba *satura.* Esto consta en el libro segundo de sus *Cuestiones Plautinas,* donde dice: "la *satura* se compone de uvas pasas, polenta y piñones, todo ello recubierto con hidromiel, a lo que algunos añaden los granos de una granada". Otros opinan que *satura* procede de una ley compendiada, que incluía en sí diversidad de previsiones, argumentando que, en su forma de verso, *satura* combinaba muchos poemas breves entre sí. Lucilio menciona esta ley compendiada en su primer libro, cuando dice: "quien basándose en la ley compendiada puede absolver al edil electo", y dice Salustio en su libro *Jugurta* (29, 5): "se acepta su rendición con unas previsiones precisas hechas como por ley compendiosa"».

El escolio a Horacio[2] dice en el prólogo al primer libro de sátiras: «la gente afirma que la sátira recibe su

[2] ULRICH KNOCHE, *Die römische Satire,* Berlín, 1949 (desde ahora KNOCHE, *Satire),* pág. 11.

nombre de la bandeja *(lanx)* que, llena de diversos frutos de la tierra es ofrecida en el templo de Ceres; también por eso a esta poesía se la ha llamado *satura,* porque está llena de temas diversos para saciar a los oyentes...». En coincidencia casi exacta se lee en el prólogo de una colección de escolios de Juvenal: «se llama *satira* (aquí con esta grafía) a un tipo de bandeja *(lanx)* que se acostumbraba a ofrecer en los sacrificios a Ceres, llena de frutos diversos; a semejanza de esta bandeja, esta poesía se llama *satira* porque es una colección de muchos vicios».

El texto de Tito Livio (VII 2, 4-10) dice traducido: «En el consulado de Gayo Sulpicio Pético y de Gayo Licinio Estolón (año 364 a. C.), en Roma hubo una pestilencia... Se dice que, entre otros medios para aplacar la ira celestial, se instituyeron unos juegos escénicos, una innovación para el belicoso pueblo romano, puesto que hasta aquel entonces sólo había tenido los juegos del Circo. Pero no se trató de gran cosa... y, por añadidura, fue importada de fuera. Sin ningún tipo de canto, sin acción que en cantos se representara mímicamente, unos juglares *(ludiones)* llamados de la Etruria, danzando con acompañamiento de flauta, ejecutan movimientos no exentos de gracia, al modo etrusco. Entonces la juventud romana comenzó a imitarles, añadiendo por su cuenta versos indecentes, con los que se lanzaban pullas recíprocamente; los movimientos se adecuaban a la voz. La cosa agradó y progresó con el uso. Los actores del país, puesto que actor en lengua etrusca se llama *hister,* se llamaron *histriones;* éstos ya no se tiraron mutuamente, como ocurría antes, aquellos versos indecentes y groseros, del tipo de los fescenninos, sino que se representaban *saturae* completas y llenas de metros diversos, con el canto escrito y fijado de acuerdo con la música del flautista y con los movimientos de la

danza. Livio Andrónico después de algunos años se atrevió por primera vez a abandonar las *saturae* y a componer dramas con un argumento total y según la costumbre normal en la época, fue actor en sus propias piezas. Pero debido a sus muchas actuaciones se le estropeó la voz y obtuvo licencia para situar a un esclavo que cantara delante del flautista mientras que él representaba con más grande vigor de movimiento, puesto que ya no le estorbaba el deber usar la voz. De ahí que se instituyera la práctica para los actores de tener quien cantara las partes líricas, y que reservaran su voz sólo para el diálogo». El texto de Tito Livio continúa aún prolijamente indicando que puesto que con los actores profesionales desaparecieron de la escena la chanza y la indecencia, la juventud romana prosiguió con la costumbre de intercambiarse, fuera de la escena, versos indecentes, de los que surgió la pieza llamada en latín *exodium*, que significa sainete y también personaje de sainete, y de ahí se llegó a la más conocida farsa atelana.

Todo este material ha sido valorado de forma no coincidente por los diversos estudiosos. El primer tratadista del tema en época relativamente moderna es Knoche[3], quien nota que las etimologías segunda, tercera y cuarta propuestas por Diomedes tienen en común que relacionan el término *satura* con el adjetivo latino *satur*, que significa «lleno» y también «harto». Este adjetivo, prosigue Knoche, es de una raíz indoeuropea muy productiva en latín; da, entre otros, los términos *saturitas, saturare, satis, satietas*... El nombre del dios Saturno es de la misma raíz, y, en el polo opuesto, el nombre grotesco Saturio, de personaje de comedia. La forma femenina del adjetivo, *satura*,

[3] *Ibidem*, págs. 8-13.

acompañó específicamente a determinados sustantivos, ejerciendo su función genuina de adjetivo: *lanx, patina, olla* (bandeja, cazuela, olla), luego el sustantivo, por ser muy conocido y supuesto, cayó en desuso, y el contenido del plato o bandeja pasó a denominarse por medio del adjetivo sustantivado: *satura.* Paralelamente algo así ocurrió con el género literario: la que primero se llamó *poesis satura* o bien *fabula satura* en su denominación, perdió el sustantivo correspondiente y pasó a llamarse *satura* a secas. El primer poeta que compuso una obra de estas características fue Enio. Knoche subraya con mucho énfasis que *satura* no es en latín ningún extranjerismo.

Coffey hila más delgado y dice exactamente lo contrario, que sí lo es. Nota que las tres sílabas de la palabra latina *satura* son breves y que el latín desconoce una desinencia nominal femenina acabada en *-ura* con esta penúltima vocal breve, lo cual hace de *satura* automáticamente un extranjerismo [4]. Más adelante se tocará debidamente este punto.

Knoche no trata en detalle de la primera de las etimologías propuestas por Diomedes, que relaciona el término con los sátiros griegos y el tipo de poesía que en griego también se puede llamar satírica. Coffey sí lo hace [5], y en ello sigue los pasos de Rostagni [6], ampliándolos, por cuanto una coincidencia meramente exterior y accidental, una procacidad cierta en los sátiros griegos y supuesta en las primeras fases de una poesía satírica latina podría hacer pensar en una relación de dependencia del género latino a partir del griego, pero hay una diferencia de grafía que

---

[4] COFFEY, *Satire*, pág. 13.

[5] *Ibidem*, pág. 13-14.

[6] AUGUSTO ROSTAGNI, *Storia della Letteratura Latina*, I, Turín, 1949 (desde ahora ROSTAGNI, *Storia)*, pág. 59.

es decisiva. La palabra griega va con «y» griega, *sátyros,* lo cual jamás puede dar en latín *satura,* de manera que el conocido drama satírico griego y la poesía satírica griega (con un concepto de sátira muy afín al nuestro, que indica un estado de espíritu, no un género literario) no tienen en absoluto nada que ver con la *satura* latina. También el hecho de que la primera poesía romana satírica conocida, la de Enio, se caracterice por su serenidad y su tranquilidad es un argumento decisivo para rebatir una supuesta relación entre la *satura* latina y los autores griegos.

Coinciden Knoche[7] y Coffey[8] en señalar que la cuarta etimología propuesta por Diomedes no puede ser tenida en cuenta, porque lo que ella supone, una *lex satura* relacionada con una *lex per saturam,* que incluiría en sí diversos preceptos; en Roma no existió jamás, de modo que tal derivación es imposible.

Quedan, pues, las etimologías segunda y tercera de Diomedes, de las que Coffey hace un tratamiento más diferenciado. Precisamente partiendo del supuesto, cierto para él, de que la formación *satura* en latín fue un extranjerismo, admite que su uso como sustantivo para determinar el género literario es indiscutible, y que se debe a la supresión de un sustantivo al que el adjetivo *satura* calificó; de la determinación de este sustantivo dependerá fundamentalmente la precisión de lo que significa *satura* concretamente. Fue un caso singular en que la lengua actuó con enorme energía, empujada por un uso poco común.

El sentido fundamental del adjetivo *satur* se aplica a algo lleno de comida, repleto. La segunda explanación del término *satura* a partir de una ofrenda hecha a los dioses

[7] KNOCHE, *Satire,* pág. 12.

[8] COFFEY, *Satire,* pág. 17.

en una bandeja tendría la coincidencia del testimonio de Diomedes, con sus dos citas de Virgilio, y del de los escolios de Horacio y de Juvenal. Aquí *lanx satura* sería una ofrenda concreta y determinada, por lo que aún en esta expresión *satura* debería tomarse como sustantivo en aposición, y no como adjetivo; no se trataría de cualquier ofrenda de frutos hecha en cualquier bandeja; hay accesoriamente la idea de variedad y de plenitud. Que una poesía que *mutatis mutandis* ofrezca las mismas características pase a denominarse también *satura* no puede excluirse, pero los testimonios de Diomedes, por un lado, y de los escolios de Horacio y de Juvenal, por otro, no pueden sumar su fuerza probativa, porque Diomedes en su segunda cita de Virgilio dice expresamente que esta bandeja se ofrecía a Baco, el dios del vino, y debía contener vino, por consiguiente; de los sacrificios ofrecidos a Ceres se sabe que el vino quedaba rigurosamente excluido, de manera que el uso no es el mismo.

La etimología más probable es la tercera propuesta por Diomedes, apoyada precisamente por un lugar de Juvenal. Según ella el género literario *satura* tomó su nombre de una especie de relleno *(farcimen,* en latín) que debió caracterizar un embutido, concretamente una salchicha, y luego significó la salchicha misma. Trasladada al género literario, la referencia sería al continente más que al contenido, aunque no se pueda excluir que sea una referencia a una bandeja que contendría lo que en lenguaje muy moderno llamaríamos un plato combinado, con la idea adicional, siempre existente en cualquier caso, de variedad y plenitud. Esta hipótesis tiene dos soportes fuertes a su favor. En primer lugar, la palabra actual «farsa» referida al género teatral de la comedia (básicamente los farsantes son comediantes) es un vocablo italiano que originariamente

denominaba un revoltijo que se comía en un solo plato. De manera que por tierras itálicas la transición de una denominación de una comida a que signifique un género literario no es inusual. Aceptando esta hipótesis, el sustantivo que se habría suprimido ante *satura* más que *lanx* habría sido *patina* (cazuela) u *olla* (olla).

Precisamente Juvenal en su lugar I 86 dice: «lo que ocupa a los hombres, el deseo, el temor, la ira, el placer, los goces, los discursos...», todo ello es *nostri farrāgo libelli,* «lo que se revuelve, el revoltijo de mi libro». Ahora bien: la palabra latina *farrago* indica muy específicamente comida, pero jamás humana, era una mezcla, una, digamos, comida compuesta que se suministraba a los gatos. Entonces la interpretación más común de la expresión *nostri farrago libelli* es «la mezcla de comidas de que consiste mi libro» pero, en buena sintaxis latina, no se puede excluir que *nostri libelli* sea un genitivo objetivo, en otras palabras, que indique el destinatario: se ha concebido al libro como a un animal que debe ser alimentado. De ser así Juvenal, con una metáfora desenvuelta y demoledora, aludiría despectivamente a lo que en su época debió de ser la teoría corriente acerca del origen de la sátira.

En cualquier caso fue éste un uso proverbial que Enio recogió cuando tituló *Saturae* (así, en plural) sus colecciones misceláneas de poemas. Cuando lo hizo disponía de la tradición paralela helenística del *sorós* (montón). En el s. III a. C. se editaban colecciones de poemas llamadas *misceláneas (sýmmeikta).* Un poeta griego contemporáneo de Enio, Demetrio, tituló una de sus compilaciones *Sorós,* y ello movería a Enio a dar a su obra miscelánea no un título genérico, sino uno concreto, y eligió el de *saturae.* Con ello es verdad lo que menos parece serlo, y al revés. Porque aquí, y sólo aquí, tenemos un género

literario designado con un término genuinamente romano, que nunca se denominó como sus, de algún modo, paralelos griegos, pero algo paralelo en Grecia sí existe, no por el espíritu que anima al género, sino sólo por la materialidad simplemente formal de reunir elementos heterogéneos en un mismo libro.

Se ha aludido antes al hecho de que la palabra italiana «farsa» remonta también a un plato confeccionado con diversos ingredientes, y que luego pasó a significar, por lo menos parcialmente, un género teatral. Ello nos lleva directamente a tratar de la *satura* dramática, de la que da cuenta Tito Livio. Según lo expuesto hasta ahora, la *satura* como género literario no sería anterior a Enio (239 a. C.-169 a. C.), pero el texto liviano presupone una *satura* dramática en pleno s. IV a. C.

No otro que el primer estudioso moderno de Juvenal, Carlos Federico Heinrich, ya en 1839 vio en el texto de Livio un documento auténtico que acreditaba para el s. IV a. C. la existencia de una *satura* dramática paralela más o menos al drama satírico griego, no originada por él: en su particularidad de que la *satura* latina es genuinamente romana coinciden todos los estudiosos de todas las épocas. Escribe Heinrich: «Pero los aficionados romanos echaron mano de semejante materia también fuera de la escena. Pues pronto surgió en un círculo distinto una *satura* escrita para lectores, entonces no todavía para recitales hechos a unos oyentes. Y si ya no lo era en la escena, tampoco fuera de ella la *satura* como forma artística fue algo determinado: más bien se quedó, por lo que respecta al contenido y a la forma, en una mezcla de prosa y verso, y, en cuanto a este último, de versos de distintos tipos [9]».

---

[9] D. Junii Iuvenalis, *Satirae* cum commentariis Caroli Frid. Hein-

Knoche cree[10] que el texto de Tito Livio contradice las afirmaciones de Diomedes, pero no le da crédito, o en todo caso no cree que ahí haya un antecedente de la *satura* tal como la cultivó Enio. Pero formula serios reparos a la credibilidad del texto de Tito Livio[11], que más tarde vienen reproducidos por Coffey[12]. En resumen vienen a decir que el historiador romano, o su fuente, Varrón, no podían estar minuciosamente informados del desarrollo del teatro romano en el s. IV a. C., que generalizaron sobre cosas que sí sabían, y que indujeron abusivamente intentando un paralelo a lo griego, pero exclusivamente romano. Parece que estamos ante una combinación histórico-literaria; la *satura* dramática es una hipótesis necesaria como estadio intermedio entre unas primeras actuaciones que eran una simple danza acompañada de flauta y una formalización de un teatro como tal, el de los histriones; en el estadio intermedio los actores mezclarían, de ahí el nombre de *satura*, la danza y el canto. Pero Tito Livio y Varrón carecían de datos objetivos para justificar esta hipótesis, de ahí que la redacción de Tito Livio sea especialmente vaga: «después de algunos años Livio Andrónico...». El paso de una modalidad a otra aún dentro del mismo género literario no queda muy justificada.

Para ver el alcance de la cuestión hay que invertir los términos. Tito Livio quería llegar a una meta determinada, y se inventó el camino. Su procedimiento puede explicarse en parte. Esbozó el desarrollo tanto de las partes dialoga-

---

richii, vol. II, Bonnae, MDCCCXXXIX (desde ahora IUVENALIS *Satirae* Heinrich), pág. 8.

[10] KNOCHE, *Satire*, pág. 8.

[11] *Ibidem*, págs. 9-10.

[12] COFFEY, *Satire*, págs. 19-20.

das como el de las partes líricas de la comedia. Pero tal como explicó el diálogo sin referirlo a modelos griegos, de manera igual, una lírica romana sin argumento fijo y adecuado a una trama le fue hipótesis necesaria para explicar las partes líricas. De ahí que introdujera los diálogos, entre jóvenes, de tema burlesco y obsceno, de los que, por traslación, surgiría la sátira redactada en verso, que se habría dado anteriormente a Ennio. Pero los datos históricos no abonan esta tesis [13].

De modo que en su origen la *satura* fue un género literario poético no conectado con el drama, caracterizado porque en una composición mezclaba diversidad de temas. Ennio la compuso con estas características: Lucilio usó para ella, e impuso para sus sucesores, el hexámetro dactílico. Quintiliano *(Institución oratoria* X 1, 95) no dice de él que fuera el inventor, sino el que descolló. La existencia de la sátira como género literario ha llegado a ponerse en duda. Wilamowitz [14] llega a decir que no hay sátira latina, que lo único que hay es: Lucilio, Horacio, Persio y Juvenal. Naturalmente, ello es una exageración, pero tiene su punto de verdad: las sátiras que conocemos bien, las de Horacio, Persio y Juvenal, son tan poco parecidas entre sí tanto en temática como en talante que poco más pueden hacer que no sea apelar a su origen común.

La última visión importante de conjunto que se ha dado del tema modifica poco este estado de cosas. Kenney

---

[13] Pero ROSTAGNI, *Storia*, págs. 58-59 y principalmente pág. 61, cree en la validez del testimonio de Tito Livio y en la existencia de una sátira dramática anterior a la obra de Ennio, y da más relevancia a la influencia directa de elementos griegos en la constitución de la sátira romana.

[14] ULRICH V. WILAMOWITZ-MÖLLENDORF, *Griechische Verskunst*, Berlín, 1921, pág. 42, nota 1.

y Clausen [15] parecen más bien aceptar la existencia de la sátira dramática postulada por Tito Livio, pero en todo caso no la relacionan con la obra de Ennio. La conocida expresión de Quintiliano *satira quidem tota nostra est* (X 1, 93) puede significar, alternativamente, o que es absolutamente superior a la griega, o bien, como es más admitido corrientemente, que el origen de la sátira es exclusivamente romano.

II. Biografía de Juvenal

1. *Fecha, lugar y familia de nacimiento* [16]

Es indudable que en vida de Juvenal su sátira interesó, pues de lo contrario no se habría conservado de manera suficiente para pasar a la posteridad. Pero no es menos seguro que inmediatamente después de su muerte dejó de interesar [17]. Marcial le menciona tres veces, como tendre-

---

[15] Kenney-Clausen, *Latin*, págs. 160-162.

[16] Yo mismo hace treinta años que toqué someramente el tema en Juvenal, *Sàtires*, Fundació Bernat Metge, text revisat i traducció de Manuel Balasch, pvre., Barcelona, 1961, págs. 12-13. Pero cf. D. Junii Juvenalis *Saturarum libri V* mit erklärenden Anmerkungen von Ludwig Friedländer, Leipzig, 1895 (reproducción fototípica Amsterdam, 1962; desde ahora Juv. Friedländer), págs. 4-5 y 14-15; Rostagni, *Storia*, II, págs. 506-510; Knoche, *Satire*, págs. 88-89; Juvénal, *Satires*, texte établi et traduit par Pierre de Labriolle et François Villeneuve, París, 1951, págs. VI-VIII; Gilbert Highet, *Juvenal the Satirist*, Oxford, 1954 (desde ahora Highet, *Juvenal)*, págs. 32-36.

[17] Dejó de interesar probablemente porque los gustos cambiaron profundamente. Creo que se puede proponer un ejemplo totalmente válido, actual, que ilustra bien lo que debió de ocurrir. Hoy ninguna persona

mos ocasión de ver, pero no como escritor, sino como amigo, y excepción hecha de él, no hay autores o contemporáneos o inmediatamente posteriores que le mencionen. Hay que esperar al cristiano Lactancio para encontrar una primera cita del satírico; si pensamos que la muerte de éste debe ponerse después del año 127, pero no mucho más allá, y que Lactancio le cita en sus *Instituciones divinas* hacia el año 310, han pasado no menos de ciento ochenta y siete años para esta primera emergencia de su figura. Con todo, no será hasta casi cien años más tarde cuando surja un grande y apasionado interés por su producción escrita, y es por obra de Niceo, un discípulo de Servio, el comentarista canónico de Virgilio, quien ya cita con mucha frecuencia a Juvenal en su comentario virgiliano; Niceo hacia el año 400 redacta un comentario a Juvenal. Unos diez años antes Amiano Marcelino hace una pesimista descripción de la vida de la aristocracia de su tiempo, y dice que debería dedicarse a tareas más nobles, pero que pierden el tiempo leyendo a Juvenal [18]. Un cierto recuerdo de la obra del satírico no se había perdido, pues Tertuliano hace de seguro dos citas implícitas de él, de los lugares III, 21, y VI, 1 [19]. De modo que una noticia mortecina de Juvenal quedó siempre; San Jerónimo, sin citarlo, lo usa numerosas veces [20]; San Agustín, en cambio, lo

---

medianamente culta ignora la obra del poeta Ramón de Campoamor, pero lo cierto es que no interesa a nadie, y que resulta altamente improbable que críticos, novelistas o poetas actuales lo citen; solamente ocupa su lugar en la historia de la literatura. Lo mismo pasaría con la obra de Juvenal. Con el agravante de que en su tiempo no se escribían historias de la literatura.

[18] Cf. HIGHET, *Juvenal*, pág. 233, nota 2.

[19] *Ibidem*, pág. 183.

[20] Sin citarlo, como hacía con todos sus predecesores. Cf. en *Revis-*

cita una sola vez, pero por su nombre, añadiendo «el satírico»[21].

En estas condiciones, en parte por la injuria del tiempo y en parte por un innegable interés de Juvenal en esconderse detrás de su obra, de su vida sabemos realmente poco. Esta ignorancia afectó ya a los primeros comentaristas de Juvenal. Para establecer su biografía nos hemos de valer de una serie de breves *Vidas*, que en realidad son variaciones, confusas casi siempre, sobre dos o tres puntos capitales de ella, de un par de noticias extraídas de la obra del propio satírico (I, 15; III, 319), de tres epigramas de Marcial, y de una crítica interna ejercida con más o menos acuidad. Estas *Vitae*, editadas por J. Dürr[22] y que encabezan la edición crítica que Jahn hizo del texto latino de las sátiras[23], no se escribieron con anterioridad a los finales del s. IV. Se compusieron con las pobres tradiciones que entonces corrían sobre la persona del satírico, y parecen proceder todas de una única fuente, probablemente la *Vita* que una mano posterior añadió al *Códice Piteano*[24]; en todo caso es la mejor de que disponemos.

Juvenal mismo insinúa que nació en Aquino (III, 318):

Siempre que Roma te devuelva... a tu Aquino natal

---

ta Catalana de Teologia XIV (1990): *In medio Ecclesiae*, Miscel·lània Homenatge al Dr. Isidre Gomà, págs. 511-515, mi artículo «Sant Jeroni, lector de Juvenal».

[21] Epístola 138, Migne PL 33.532; el lugar citado de Juvenal es VI, 16.

[22] J. Dürr, *Das Leben Juvenals*, Leipzig, 1888.

[23] D. Iunii Iuvenalis *Satirae*, Berlín, 1851.

[24] Hoy se puede leer en Juv. Friedländer, págs. 3-4, y en la edición oxoniense A. Persi Flacci et D. Iuni Iuvenalis *Saturae*, edidit W. V. Clausen, Oxonii, MCMLIX, pág. 179.

le dice Umbricio al propio poeta, y a mayor abundamiento, en el s. XVIII se descubrieron cerca de la iglesia de San Pedro, en Aquino, dos inscripciones contiguas que, afortunadamente, fueron transcritas a tiempo, porque consta que en el año 1846 ya se habían perdido [25]. El nombre de Juvenal aparece en la primera, y aunque no lo hace en la segunda, ésta se refiere claramente al personaje que mandó labrar la primera; la segunda [26], la dedica la municipalidad de Aquino a su bienhechor, y la primera, este bienhechor a Ceres Helvina, seguramente en demanda de protección y ayuda para una carrera militar y política que entonces está empezando. Podemos dar por sentado que estas inscripciones se refieren a Juvenal, quien, de acuerdo con su misma indicación en la sátira III, nació, pues, en Aquino.

En cuanto a la fecha de su nacimiento podemos establecer alguna aproximación [27]. Marcial publicó su libro VII de epigramas en el año 92, y ello da una buena pista para inducir la edad de Juvenal en aquel momento. Es importante señalar que Marcial le saluda como amigo, no como escritor. Por otro lado, tenemos motivos para pensar que Juvenal se dedicó a la poesía satírica no en su juventud, sino en una madurez quizás incipiente. Si cuando Marcial le dedicó sus poemas Juvenal hubiera sido un poeta conocido, no hubiera dejado de hacerlo notar. En consecuencia, hacia el año 92 Juvenal llevaba ya en Roma

---

[25] Puede verse en JUVENAL, *Sàtires*, I, Balasch, pág. 10.

[26] El texto de esta segunda inscripción puede verse en HIGHET, *Juvenal*, pág. 243.

[27] Son bastantes los estudiosos que se ocupan del tema, pero dependen mucho unos de otros. Lo fundamental se encuentra en JUV. Friedländer, págs. 14-15, y principalmente en HIGHET, *Juvenal*, págs. 32-39.

tiempo suficiente como para haber entablado una relación amistosa con Marcial (y con algunos círculos literarios), pero aún no había empezado su carrera poética, que empezó, dice expresamente su anónimo biógrafo, «hacia la mitad de su vida»[28]. Pongamos, pues, que hacia el año 92 Juvenal contara de veinticinco a treinta años; ello nos lleva a fijar su nacimiento en el quinquenio 62-67.

Si insistimos aún en el impreciso dato que nos ofrece la *Vita*, de que Juvenal «hacia la mitad de su vida» se dedicó a la sátira, y tenemos en cuenta el lugar, de indudable resonancia virgiliana, I 24:

... cuando con sus riquezas provoca a todos los patricios un hombre que cuando yo era joven hacía crujir mi ya molesta barba,

vemos que cuando escribió esta primera sátira, la cual supone seguramente varios ensayos previos, y, además, quizás no fuera la primera que redactó de las cinco que componen el primer libro, se refiere como a un tiempo más bien remoto a la época en que éste, que ahora es un ricachón, era un barbero que le hacía crujir la barba cuando le rasuraba. Pero los romanos empezaban a cuidarse la barba a los cuarenta años, no antes, de modo que al empezar su dedicación a las sátiras Juvenal tenía como mínimo cuarenta años; si cita este tiempo como ya lejano, cuando escribe el lugar I 24, estaría entre los cuarenta y cinco y los cincuenta. Hay buenas razones para pensar que el poeta publicó su primer libro de sátiras hacia el año 110, o en todo caso muy poco después[29], lo cual, suponiendo para él la edad indicada de los cuarenta y

---

28 *Ad mediam fere aetatem.*

29 HIGHET, *Juvenal*, págs. 11-12.

cinco o los cincuenta, nos coloca en una fecha de nacimiento para el poeta hacia el año 65, quizás uno o dos años después.

Quizás se pueda precisar algo más. Juvenal publicó su último libro de sátiras (XIII-XVI) después del año 127, pero antes del 131. En efecto, la sátira XV tiene una referencia precisa al año 127 (XV 27):

... más yo voy a explicaros un suceso increíble, pero ocurrido no ha mucho, durante el consulado de Junco,

y Emilio Junco fue cónsul en el año 127, de manera que su libro V fue publicado por Juvenal después, pero muy poco, del año 127, lo cual se confirma porque en el lugar XIV 96-106, Juvenal declara que algunos romanos siguen el perverso ejemplo que les dan sus padres, que se han convertido al judaísmo; ellos hacen lo mismo y se mandan circuncidar. Ahora bien, en el año 130 el emperador Adriano prohibió la circuncisión en todo el Imperio, incluida la Judea, lo cual suscitó en ella una sublevación formidable en el año 131. Resulta poco verosímil una alusión de Juvenal a este uso luego de tal prohibición y sublevación judía, por lo que la publicación de este libro V debe colocarse precisamente en el bienio 128-130.

Y en el lugar XIII 16-17, el satírico dice a su interlocutor Calvino que ha sido víctima de una estafa:

¿Y esto llena de estupor a un hombre que tiene ya sesenta años, pues nació en el consulado de Fonteyo?

Fonteyo Capitón fue cónsul en el año 67; si la sátira XIII fue compuesta por Juvenal cuando Calvino tenía sesenta años, se redactó en el 127 o en el 128. Pero la obra de Juvenal se interrumpe, por su muerte, casi inmediatamente

después, tras la brevísima e incompleta sátira XVI. Todo hace pensar que Juvenal muere en el año 130 o muy poco después. Y le ha hablado a Calvino como a un coetáneo, o quizás como a persona de edad algo menor, de unos cinco años menos. Podemos pensar, pues, que en el bienio 128-130 el satírico rondaría los sesenta y cinco años, o algo más, lo cual nos remite, para fijar la fecha de su nacimiento, otra vez hacia el año 65.

Aquí debe añadirse aún que Juvenal nació en una familia provinciana, pero extraordinariamente rica. El simple hecho de poder ofrendar una inscripción votiva a Ceres ya indica una muy alta posición económica, pero es que además, la carrera militar que iniciaba, testificada por la primera inscripción, y la segunda, ofrecida a su memoria por la municipalidad de Aquino en gracia a un beneficio no común, dan fe, también, no ya de una economía desahogada, sino de un rango financiero verdaderamente descollante [30]. Hay que excluir, sin embargo, que perteneciera por linaje a la nobleza.

2. *La formación de Juvenal. Su carrera oratoria*

Al principio mismo de las sátiras, Juvenal declara:

[30] Sin razonar sus afirmaciones, pues el libro es genérico, denso y concentrado, KENNEY-CLAUSEN, *Latin*, págs. 603 y sigs., niegan la coincidencia del Juvenal de la inscripción con el autor de las sátiras, afirman que fue de familia humilde y quizás de ascendencia hispana (por el *nomen* Junio). Pero esta posición singular no parece encontrar eco. Digamos sin embargo, en honor a la verdad, que este es un libro muy profundo, sólido y objetivo, sin duda lo mejor que se ha escrito en historia de la literatura latina como obra de conjunto desde hace mucho tiempo.

¡Ea! También mi mano esquivó la palmeta, también yo aconsejé a Sila que renunciara a sus cargos públicos y que durmiera como un tronco.

Con ello declara[31] que asistió a la escuela primaria, donde el castigo de los palmetazos debía de ser habitual; cuando dice que aconsejó a Sila que renunciara a sus cargos públicos, es decir, a la política, para echarse a dormir tranquilamente, con ello indica que asistió a la escuela de retórica, más probablemente en Roma que en la rústica Aquino. En uno de los epigramas que Marcial le dedica (VII 91) le califica de «elocuente», seguramente por su dedicación entonces actual. Parece que fue discípulo de Quintiliano[32], quien dio por concluida su docencia en Roma hacia el año 90[33], con lo que si Juvenal asistió a su escuela debió de vivir ya en Roma como mínimo unos tres años antes, antes de cumplir los veinticinco. Que Juvenal fuera discípulo de Quintiliano parece muy probable por las veces que el satírico le nombra con alto aprecio, y porque, además, su sátira tiene un *pathos* retórico indudable que él asimiló en alguna escuela, ya que tal artificio no puede en modo alguno ser algo natural.

Además, que se dedicó a la retórica se puede deducir por exclusión. En el lugar XIII 120-122, dice a su amigo Calvino:

---

[31] JUVENALIS *Satirae*, Heinrich, págs. 19-20; JUV. Friedländer, pág. 133, notas a los vv. 14, 15-17, 15, 16; HIGHET, *Juvenal*, pág. 5 y pág. 234, nota 4; JUVENAL, *Satires*, Labriolle, págs. VII-XI; NIALL RUDD, *Themes in Roman Satire*, Londres, 1986 (desde ahora RUDD, *Themes)*, págs. 33-34.

[32] JUV. Friedländer, pág. 16, lo da como cierto; no con tanta certeza HIGHET, *Juvenal*, pág. 238, nota 22.

[33] ROSTAGNI, *Storia* II, pág. 446, pero Friedländer (JUV. Friedländer, pág. 16) dice que el 93.

Ahora atiende al consuelo que, por el contrario, puede brindarte uno que ni lee a los cínicos ni los dogmas de los estoicos, los cuales difieren de los cínicos sólo porque usan túnica, y jamás contempla a Epicuro satisfecho por las legumbres de su huertecillo [34],

que es una confesión expresa de desinterés por la filosofía. Pero en aquella época para un joven que quisiera efectuar estudios superiores sólo había esta alternativa, de manera que también por aquí hay que concluir que Juvenal asistió a la escuela de retórica.

¿Para qué? A ciencia cierta no podemos decirlo. La retórica tenía tres ramas principales [35], la *judicial* (pero el poeta no compone, evidentemente, para argüir ante tribunales), la *deliberativa,* que es, ciertamente, mencionada alguna vez por el satírico, pero la verdad es que en su obra no la ejerce. Sí, en cambio, la *demostrativa,* que se ocupaba ampliamente de elogiar y de vituperar. En realidad, hay que entender «retórica» en un sentido amplio, de manera que incluya todos los aspectos de la sátira juvenaliana: su hipérbole casi salvaje, su obscenidad, su paradoja. Aunque Rudd extraiga de ello una conclusión sorprendente e inaceptable: dice que básicamente la sátira de Juvenal no pretende ni atacar ni predicar, pretende simplemente entretener.

Lo cierto es que Juvenal en Roma no debió tener problemas económicos hasta bien entrado en la madurez, cuando seguramente Marcial le describe como un cliente

---

[34] No se opone a este lugar el de XV 106, «a nosotros nos enseñan mejor los preceptos de Zenón», pues aquí se trata de normas muy generales de moralidad, accesibles a todo el mundo.

[35] RUDD, *Themes,* l. c.

(XII 18), y él mismo en la sátira V parece insinuarlo, vv. 20 y sigs.:

> De modo que si le plugo admitir a un cliente tras un olvido de dos meses, para que no quede libre el tercer cojín de un diván: «hoy cenaremos juntos», te dice. ¡El colmo de tu ambición! ¿Podrías pedir más? Trebio ya tiene suficiente para interrumpir su sueño, y ni siquiera se anuda los cordones de los zapatos, preocupado de que todas las turbas de clientes hayan ya concluido su ronda cuando aún titilan las estrellas, o en la hora en que el perezoso Boyero hace describir un círculo todavía a su helado carro.

y vv. 76 y sigs.:

> ¿De modo que fue para esto por lo que tantas veces dejé a mi esposa y corrí por el monte frontero al gélido Esquilino, cuando el dios primaveral se estremecía con el cruel granizo y mi abrigo chorreaba de abundante agua?

Interesa señalar que en un determinado momento de su vida Juvenal se vio reducido a la ínfima categoría social de la clientela. Pero entre la escuela primaria y su asistencia a la escuela de retórica hay que colocar su carrera militar.

3. *La carrera militar de Juvenal*[36]

Un cierto paso por la milicia era imprescindible para poder aspirar a una situación política y social de alguna altura, lo que hace prácticamente seguro que Juvenal pasara por esta experiencia. Su última sátira, que se posee incompleta, parece ser un recuerdo de juventud del satírico, que se enorgullecería de haber estado en el ejército.

---

[36] ROSTAGNI, *Storia*, II, pág. 507; HIGHET, *Juvenal*, págs. 34-35.

Distingue claramente las ventajas de que gozan todos los soldados de aquellas de que deben gozar sólo los que ostentan algún grado, y contrasta la lentitud y el caos que reinan en los tribunales civiles con la presteza con que se resuelven los casos en que está envuelto un militar. Algo antes, en la sátira XIV, vv. 192-198, añade un provecho nada desdeñable de la vida militar, el provecho económico, que seguramente habría salido también en la última de no haber quedado, al menos para nosotros, interrumpida:

O bien presenta una instancia en solicitud del sarmiento, en cuyo caso que Lelio se aperciba de que el peine no tocó tu cabeza, que vea tu nariz hirsuta y que admire tus axilas peludas. Tú echa abajo las tiendas de los moros y los fortines de los brigantes, para que cuando cumplas sesenta años te corresponda el águila que te va a enriquecer.

Y no se encuentran en las sátiras burlas o alusiones maliciosas contra los soldados; una alusión a ellos en III 248:

Voy con las piernas perdidas de barro, todo son pisotones de unas plantas enormes; un clavo de soldado me ha herido un dedo

es totalmente inocua.

Las *vidas* que poseemos del satírico, por discordantes que sean, aluden todas a un cargo militar, aunque lo sitúan en distintas fases de su vida; precisamente la que encabeza el *Códice Piteano* lo pone, en la extrema vejez del poeta, en relación con un disimulado destierro a Egipto, según la fórmula clásica *promoveatur ut removeatur*. Ya veremos que ello es poco verosímil.

La primera de las inscripciones halladas en Aquino relacionadas con Juvenal dan alguna orientación acerca de

su paso por la milicia[37]. La tercera línea de la primera inscripción a que aludimos dice que su donante había sido oficial en una unidad auxiliar en el ejército romano, y concreta más aún, en una unidad de dálmatas; éstos guarnecían el noroeste de la Península de los Balcanes. Este extremo nos explica muchas cosas con respecto a Juvenal. Detentar el mando en una unidad auxiliar de este tipo era el inicio de la carrera hacia el rango ecuestre, de los caballeros, y era propio de jóvenes pertenecientes como mínimo a una clase media alta; la accesión al rango de caballeros posibilitaba directamente, sin una carrera política previa, el acceso a cargos de responsabilidad y bien remunerados tanto en el estamento civil como en el militar, que podían culminar, en casos muy afortunados, en ser lugartenientes directos del Emperador en alguna provincia romana (un caso que está en la mente de todos, el de Poncio Pilatos, gobernador romano de los territorios que hoy forman, aproximadamente, el Estado de Israel). Pero sólo con que el aspirante llegara a centurión (principalmente a centurión primipilo[38]), ya tenía asegurado económicamente un buen porvenir. A veces este paso por la milicia era fugaz, sólo de seis meses, lo justo para poder alcanzar el rango de caballero como trampolín a dignidades más altas[39].

Como sea, Juvenal, cuando hizo este voto a Ceres, era un joven de muy buena posición que iniciaba su carrera en la sección administrativa del Imperio Romano, y que llegó por lo menos a prefecto o a tribuno de una cohorte.

---

[37] JUV. Friedländer, págs. 16-18; HIGHET, *Juvenal*, págs. 34-36.

[38] Cf. la nota 52 de la sátira XIV.

[39] Cf. la nota 46 de la sátira VII.

Esto conlleva inmediatamente la cuestión de dónde ejerció Juvenal su carrera militar[40]. Friedländer y Highet están de acuerdo en que el satírico debió de salir de la Península Italiana, y en que sus referencias a Egipto y a la región norteafricana del Atlas son tan precisas que delatan un conocimiento *de visu;* el editor alemán añade aún la isla de Inglaterra. Ya adelantamos más arriba que las *vidas* hablan de un destierro a Egipto ya en la extrema vejez del poeta. También hemos visto que habla de la cohorte, quizás primera (porque en este lugar hay una laguna en la inscripción), de los dálmatas. Pero, soprendentemente, del lugar en que estaba estacionada, Juvenal no habla nunca. Lo que sí queda claro es que si Juvenal estuvo en el noroeste de la Península de los Balcanes, no fue como desterrado. Pero las cohortes de los dálmatas en el año 124 estaban en Inglaterra. La decisión acerca del sitio en que Juvenal vivió su vida militar depende de cómo se solucione el problema del exilio, que luego examinaremos[41].

4. *La carrera política de Juvenal*[42]

La impresión que dan las sátiras es que Juvenal vivió en Roma durante el imperio de Domiciano, que se extendió entre los años 81-96. El ingreso en el ejército con la finalidad requerida por el joven futuro satírico se hacía a los diecisiete años; suponiendo, pues, que naciera hacia el año 65 o algo más tarde, tenemos para este ingreso el

---

[40] Juv. Friedländer, págs. 17-18; Highet, *Juvenal,* págs. 28-29.

[41] Cf. págs. 34 ss.

[42] Juv. Friedländer, págs. 18-19; Highet, *Juvenal,* págs. 35-36; ésta es la bibliografía principal, cf. además Rostagni, *Storia,* II, pág. 507.

trienio 81-83. Luego regresó por lo menos un año a Aquino. En efecto, las líneas cuarta y quinta de la inscripción dicen del oferente que fue *duovir quinquennalis*. Los *duoviri* eran dos hombres que gobernaban los municipios itálicos cuyos habitantes eran ciudadanos romanos. Para decirlo de una manera aproximada, venían a ser el alcalde y el jefe de una policía local. Para ostentar estos cargos se debía tener una renta no pequeña, pero además, Juvenal ejerció el cargo en Aquino en un año de especial responsabilidad. En todas las poblaciones romanas se hacía un censo de ciudadanos romanos cada cinco años, y como título de especial honor y responsabilidad los *duoviri* que en tal año ejercían tal magistratura recibían el epíteto de «quinquenales»; ello conllevaba que los nombrados para este cargo fueran las personas que en la colonia (pues éste era el nombre genérico de tales municipios) gozaran de más prestigio y posición.

Lo que sigue encaja exactamente con esto. La inscripción dice que este Juvenal, también en Aquino, fue sacerdote del emperador Vespasiano, naturalmente cuando éste, después de su muerte, fue proclamado dios. Esto ocurrió a mediados del año 80, unos meses después de tal fallecimiento, en el 79. Pero la inscripción de Aquino se puede fechar con suma precisión, porque el hijo de Vespasiano, Tito, sólo reinó dos años, y murió en el 81; fue deificado en las mismas condiciones que su padre. Luego, el hecho de que en la inscripción se mencione a Vespasiano, pero no a Tito, dice a las claras que Juvenal ejerció el cargo en el año 80 o en el 81, no después. Había empezado seguramente su carrera política en su Aquino natal, tras su experiencia militar, y en un año indeterminado del decenio de los ochenta se establece definitivamente en Roma, gozando de una excelente posición económica y de un fu-

turo no exento de interrogantes, pero prometedor. En Roma se dedica al estudio de la retórica, pero va tanteando también sus posibilidades de una promoción política y social, cultiva amistades y frecuenta círculos literarios. Y más por gusto que por necesidad se dedica a la declamación.

5. *El destierro de Juvenal*[43]

En mi ya lejana edición crítica del texto latino del poeta expuse, en la introducción, cómo ante el problema del supuesto exilio sufrido por el satírico, la opinión de los estudiosos se escindía en dos campos, el de los que lo aceptaban y el de los que lo negaban. Hoy no se puede decir que la situación haya cambiado.

Aquí hay que arrancar de la cauta posición de Friedländer, que apunta, por un lado, que la noticia de este destierro no puede ser una invención; sólo podría serlo si en las sátiras se hallara algún texto que la justificara plenamente, o al menos que la hiciera muy verosímil. Y éste no es el caso. Pero no se puede excluir, siempre según Friedländer, que la carrera militar de Juvenal haya durado más de lo que sabemos, o pensamos, y que en un momento determinado fuera nombrado comandante (exactamente, prefecto de una cohorte) en alguna guarnición alejada de Roma, incluso fuera de la Península Italiana, lo

[43] JUV. Friedländer, págs. 42-45; KNOCHE, *Satire*, págs. 90-91; JUVENAL, *Satires*, Labriolle, págs. XVII-XX; JUVENAL, *Sàtires*, Balasch, págs. 16-17; HIGHET, *Juvenal*, págs. 23-24; KENNEY-CLAUSEN, *Latin*, pág. 603; RUDD, *Themes*, págs. 70-71 y 77. Si no se dice nada en contra, las referencias a los autores citados son siempre dentro de esta bibliografía.

cual hubiera sido interpretado como una forma encubierta de exilio. Entonces se habría buscado en las sátiras un texto que lo justificara, y se habría dado con uno que ha resultado clásico del tema, y que viene citado por doquier, VII 125-92:

Lo que no dan los próceres lo dará un histrión. ¿Te interesan los Camerino y Báreas, los espaciosos atrios de los nobles? Una *Pelopea* nombra prefectos y una *Filomela,* tribunos,

pasaje alusivo a un actor favorito del emperador Domiciano, llamado Paris, que, a cambio de que se le proporcionaran, por parte de sus verdaderos autores, libretos de piezas de teatro para representar, lograba del Emperador que nombrara para altos cargos a los que le suministraban tales textos. Estos versos según Friedländer pertenecen a la redacción definitiva de la sátira, en cuyo caso la alusión es un invento, y hay que buscar en otro sitio la fundamentación del exilio; pero para otros, y la idea no es desdeñable, fueron escritos por el poeta mucho antes de la constitución de esta sátira séptima, en cuyo caso, si existían antes independientemente, sí podían motivar el exilio, y luego ser intercalados en la sátira[44]. En fin, una variante de esta segunda idea es lo que otros insinúan, que hay una primera redacción, muy anterior, y no definitiva, de esta sátira, que sería la que llegaría a oídos del Emperador y de su favorito.

Se puede aceptar bien que hubo un verdadero exilio, pero no hacia el fin de la vida del presuntamente octogenario Juvenal, bajo capa de una promoción a un cargo militar superior, mas en los confines de Egipto, tanto porque el satírico ya habría sido jubilado, hacía muchísimo

[44] Juv. Friedländer, págs. 19-20.

tiempo, de su cargo castrense, para el que sería verdaderamente inútil, como porque probablemente no llegó a los ochenta años, que es lo que afirma la *Vida* que encabeza el *Códice Piteano,* aunque sí a los setenta. En la vida de Juvenal hay un hueco entre los años 92-96, los últimos del imperio de Domiciano, en los que los versos aludidos de la sátira séptima habrían molestado al pantomimo y privado del Emperador, sin excluir totalmente que el exilio respondiera más generalmente a una actitud normalmente crítica del de Aquino, pues la crítica molesta siempre a los tiranos. Esta segunda hipótesis goza de alguna posibilidad, por cuanto Nerva, el sucesor de Domiciano, repatrió a los exiliados por éste. Pero Juvenal, como arguye brillantemente Highet, fuera cual fuera la causa de su exilio, con él lo habría perdido todo: habría visto arruinada su carrera militar y política, confiscada su hacienda, y se habría visto reducido a la humillante condición de cliente, que él mismo describe tan impresionantemente en las sátiras I y V.

La ya repetidamente citada *Vida* que encabeza el *Códice Piteano* dice exactamente, se ha visto ya, que Juvenal hasta la mitad de su vida se dedicó a la declamación más por gusto que porque se preparara a la docencia o a la abogacía. Sí, ello implica que no sufría penuria económica. La *Vida* continúa diciendo que redactó «no desacertadamente» una sátira de unos pocos versos alusiva al pantomimo Paris, y que la recitó repetidamente, y que tuvo un gran éxito. Aquí habrá el paso de su dedicación a la declamación a su consagración a la sátira. Esto ya lo notó Heinrich [45]. Pero la entrega de Juvenal a la sátira no fue sólo, ni aun principalmente, un mero cambio de gusto,

[45] IUVENALIS *Satirae,* Heinrich, pág. 19.

sino que obedeció más a algo más hondo, a un sentimiento de decepción ante el fracaso de sus esfuerzos por promocionarse, pues ser rico no excluye, sino que fomenta la pretensión de éxito; Juvenal no lograría alcanzar ni en la milicia ni en la política ningún puesto de relieve. Y antes de publicar su primer libro de sátiras debió de hacer múltiples ensayos[46], y dar recitales, entre los que se contarían los de la breve sátira, que luego fue la séptima de la colección, y que motivaron su desgracia[47].

El análisis de Highet es una brillante confirmación. Las primeras sátiras del poeta, las que muestran su célebre indignación[48], vienen dominadas por dos sentimientos, miedo y decepción. Aquí interesa más esta última, que es en el satírico un sufrimiento amargo y profundo de la injusticia que domina la sociedad romana. Pero Juvenal no es, por decirlo así, un campeón de la clase obrera ni de los trabajadores, no es un apóstol de la justicia social que hoy se llamaría, con alguna falacia o ingenuidad, un progresista. Ni su extracción social, adinerada, pero campesi-

[46] Sólo por aducir un ejemplo: cuando el satírico empieza su cuarta sátira diciendo «He aquí *otra vez* a Crispino», cuando en las sátiras tal como las tenemos no aparece tratado antes en profundidad, es que alude a una sátira anterior que jamás llegó a publicar, pero sí seguramente a recitar en público; o a las anteriores, que modificó suprimiendo de ellas alguna alusión extensa a este personaje, sin caer en la cuenta, al empezar la sátira IV, de que en la redacción definitiva de las sátiras sale aquí por primera vez.

[47] En honor a la verdad hay que decir que la reconstrucción que Highet hace de la vida de Juvenal ya se encuentra radicalmente en la edición del satírico llevada a cabo por Friedländer; a Highet se deben ciertos detalles que cohesionan más el conjunto y que refuerzan brillantemente la tesis fundamental.

[48] Es el famoso verso latino I 79: *si natura negat, facit indignatio versum.*

na, ni los círculos ciudadanos en que se movía se lo hubieran permitido. Juvenal siente la angustia de los hombres de la alta clase media o incluso pertenecientes a la aristocracia, que no pueden medrar por la corrupción administrativa reinante y por los advenedizos que se encaraman en el poder y que ponen zancadillas a todos sus competidores. No se puede dudar de que aquí hay un rasgo autobiográfico.

Después del emperador Domiciano, la persona más odiada por Juvenal es el egipcio Crispino, que pasó de ser un vendedor ambulante de pescado a detentar uno de los dos cargos máximos a que podía aspirar un caballero, la jefatura de la guardia imperial (IV 31-33):

... este payaso vestido de púrpura, acomodado ahora en el gran palacio, que en su país se desgañitaba vendiendo siluros averiados y ahora se nos ha convertido en comandante en jefe de la caballería.

En la sátira I se burla con sarcasmo de otro egipcio, pero éste de origen judío, que ha arrambado otro puesto de gran categoría a que podía aspirar un caballero, ser gobernador, aquí de Egipto. Son gente de mala laya, que han alcanzado rastreramente máximos honores, de los que Juvenal se siente, al menos potencialmente, desplazado. El tema emerge con más fuerza en la sátira III. El amigo de Juvenal, Umbricio, dice (vv. 21 y sigs.) que en Roma no hay lugar para los oficios honestos ni para ciudadanos romanos que los ejerzan, y luego sigue una observación extemporánea, y que no viene muy a cuento. «Además somos expulsados del asiento de los caballeros, en los espectáculos del Circo» (vv. 155-158):

pueden sentarse en él, en cambio, los hijos de los rufianes naci-

dos en cualquier prostíbulo. Que aplauda aquí el hijo del pimpante pregonero entre la elegante prole del reciario y los nacidos del entrenador de gladiadores.

Alguien que haya sido siempre un pobre, uno que se las haya visto negras para simplemente supervivir jamás hubiera atinado a pensar que él tenía derecho a ocupar tales asientos. La queja se ajusta totalmente en el lugar si procede de alguien que ha pertenecido al rango ecuestre y que por un azar injusto ha perdido su dinero y por ende su categoría de caballero.

Si se hace una lectura entre líneas correcta de las sátiras de Juvenal se puede incluso deducir el lugar al que fue desterrado en el período de los años 92-96. Hay que partir de un hecho objetivo: Juvenal declara, indiscutiblemente, haber estado en Egipto. En la sátira XV comenta el salvajismo de sus habitantes, y en el v. 45 apostilla: «por lo que yo he alcanzado personalmente a ver». La fuerza del pasaje es grande, y las sutilidades de los comentaristas que niegan la existencia de este exilio no convencen. O los silencios [49].

Es una reacción muy humana que el mal recuerdo que se guarda de un lugar repercuta, en el escritor, en dejarlo malparado en la creación literaria propia. Y Egipto es el país que en las sátiras de Juvenal sale peor. Ante todo, la sátira XV íntegra, escrita ya en edad muy avanzada del poeta, es la expresión de una repugnancia feroz frente a este pueblo. Es, sin duda, el fruto de un mal recuerdo. Pero la primera persona que nombra como prototipo de advenedizo sinvergüenza es el egipcio Crispino, del que

[49] Labriolle y Villeneuve, quizás los más decididos impugnadores del exilio de Juvenal, no comentan para nada el lugar XV 45.

hablábamos no ha mucho. En I 26, justo al principio de su obra, lo que Juvenal le reprocha es esto, ser egipcio:

cuando un miembro de la chusma del Nilo, un esclavo nacido en Canopo, este Crispino...

Luego, en esta misma sátira primera, Juvenal, que en calidad de cliente sigue a su patrono, se encuentra con la estatua de otro egipcio, que para colmo de los colmos es de origen judío, y quizás de religión. Tal efigie está en pleno Foro romano, y Juvenal nos dice, sin ambages, que aquello sirve de letrina (vv. 129-131):

... y las estatuas triunfales, entre las cuales no sé qué egipcio, un magnate de moros, osó poner sus títulos; podemos mearnos en su estatua, ¡y no sólo esto!

sed etiam cacare apostilla lapidariamente el comentarista latino antiguo, por quien sabemos que se trataba de la estatua de Tiberio Julio Alejandro, general de Vespasiano, judío de origen, pero que había vivido la mayor parte de su vida y de su carrera militar en Egipto. No hay que multiplicar los ejemplos. La feroz inquina de Juvenal ante todo lo que signifique Egipto y los egipcios dice bien a las claras que este país fue aquel en que Juvenal vivió su destierro.

6. *Juvenal, poeta de sus sátiras*[50]

Arrancando otra vez de la *Vida* que encabeza el *Códice Piteano,* hacia la mitad de su vida, quizás algo más allá

[50] Yo mismo hice una sumaria exposición del tema: JUVENAL, *Sàtires,* I, Balasch, págs. 14-16. Pero cf. JUV. Friedländer, págs. 6-14 y HIGHET, *Juvenal,* págs. 11-16.

de esta mitad, Juvenal empieza a publicar sus sátiras, distribuidas al final en cinco libros, el último de ellos incompleto. Ya había empezado a ensayar el género satírico antes de su destierro. Efectivamente, la alusión malévola a Paris de la sátira VII ha de ser anterior al año 83, porque sabemos por Dión Casio (LXVII 3) que en este año Domiciano mandó asesinar a su actor hasta entonces favorito. Seguramente prosiguió sus ensayos durante el exilio, y al volver a Roma le acució más a ello su pérdida de categoría social, pero ya sea porque quiso pulir y perfeccionar su obra, ya sea porque esperó a un clima de mayor libertad, empezó a publicar algún tiempo después del asesinato de Domiciano. Porque el libro I no apareció antes del año 100[51]. En efecto, en el lugar II 102-103, se dice del emperador Otón que en sus campañas militares se llevaba un espejo:

acción que se debe reseñar en los últimos anales y en la historia más reciente.

Las campañas de Otón fueron descritas por Tácito entre los años 104-109, y el historiador pudo mencionar otra vez a Otón en sus *Anales;* por los títulos que Juvenal da, la referencia al historiador parece segura, en cuyo caso la aparición del libro I de *Sátiras* sería posterior incluso al año 110.

El libro II de las *Sátiras* (que contiene sólo la sátira VI, la más larga de la colección) cita la invasión de Armenia por los romanos, efectuada por Trajano en el año 113, y un terremoto ocurrido en Antioquía en diciembre del año 115, de modo que este libro apareció hacia el año 116.

[51] HIGHET, *Juvenal,* págs. 16-17.

El libro III, que comprende las sátiras VII-IX, tiene una única referencia cronológica segura, al emperador Adriano, al principio mismo de la primera de estas sátiras, VII 1 ss.:

No sólo la esperanza, sino también la razón de los estudios estriba únicamente en nuestro César. Pues no otro que él miró en estos tiempos las Musas entristecidas.

¿De qué emperador se trata? No es, naturalmente, Domiciano, blanco de los feroces ataques del satírico. Nerva pasa como una exhalación por la historia romana. Trajano vivió totalmente despreocupado de la literatura, y de la cultura en general. Hay que llegar a Adriano, que revitalizó el Ateneo fundado por Vespasiano, y él mismo fue algo poeta. Adriano empieza a reinar en el año 117. Pero si pensamos que el libro anterior es del 116, y por otro lado que Adriano entró en Roma en el 118, y que en el 121 se ausentó de la ciudad para efectuar un largo viaje por el Imperio, y que en estos tres o cuatro años fue cuando activó la vida del Ateneo, se puede pensar que el libro apareciera hacia el año 120, e inducir todavía otro punto más importante. Las últimas sátiras de Juvenal, especialmente a partir de la XI, reflejan en el poeta no una gran riqueza, pero sí un cierto desahogo económico. ¿No será que Adriano protegió algo al satírico?

El libro IV (sátiras X-XII) carece de indicaciones cronológicas, pero hay que suponer que se publicó antes del V, y de éste, por otros motivos, hemos hablado ya[52]; se publicó dentro del bienio 128-130.

---

[52] Para determinar la edad de Juvenal en el momento de su muerte, cf. págs. 24-25.

Preguntamos por el *Sitz im Leben* de este Juvenal cuando redacta sus sátiras. Ya notó Friedländer[53] que por lo menos a partir del año 100 la situación económica de Juvenal se había deteriorado, que seguramente el poeta había pretendido en vano un puesto de importancia en la administración civil del Estado, pero que había fracasado en su empeño, y que esto le habría inducido, junto con una tendencia natural y un nuevo gusto literario, a redactar sátiras. Pues conoció por experiencia propia y personal la amarga condición del cliente (I 99-101):

Él ordena al vocero que llame incluso a los descendientes de Troya, ya que también éstos, revueltos con nosotros, infestan el portal.

Y el largo alegato de Umbricio que es la sátira III sobre la dura vida de las clases humildes romanas responde a una experiencia personal. Esto, lo admiten prácticamente todos los investigadores[54]. Pero ha sido Highet quien ha descrito magistralmente la situación[55]. Los tres primeros libros de sátiras reflejan una gran pobreza. Y Marcial lo da a entender cuando, retirado, tras la muerte de Domiciano, a su Bílbilis natal, le escribe invitándole, no sin cierta sorna, a visitarle *(Epigramas* XII 18):

Mientras tú vagabundeas sin reposo, Juvenal, por la Subura ruidosa, o pisas el collado de la señora Diana, mientras por los

---

[53] Juv. Friedländer, págs. 18-20.

[54] Rostagni, *Storia,* II, pág. 509; Knoche, *Satire,* pág. 94, matiza que las circunstancias personales han influido en la orientación de las sátiras, pero no decisivamente, y Manfred Fuhrmann, *Literatura romana,* versión española de Rafael de la Vega, Madrid, 1985 (desde ahora Fuhrmann, *Literatura),* págs. 364-365.

[55] Highet, *Juvenal,* págs. 16-17.

umbrales de los ricachones tu vuelo hincha tu toga empapada de sudor, y te fatigan el Celio Mayor y el Menor...,

lo cual es un resumen condensado de las andanzas descritas por nuestro poeta en sus sátiras I y III; la diferencia de situación la da bien la comparación de las sátiras V y XI, que describen lo mismo, una cena, pero la primera con las desastrosas humillaciones a las que que se ve sometido el cliente a quien su patrono ha invitado casi por compromiso, pero estableciendo una feroz discriminación entre sus amigos, los invitados ricos, a quienes atildados criados sirven manjares exquisitos, y los demás, una pobretería chillona, a la que se sirve comida miserable en vajilla más miserable aún, y, por unos servidores, el mejor de los cuales parece un facineroso del que huirías corriendo si dieras con él en plena calle por la noche (V 52-55). En cambio, la sátira XI describe apaciblemente la modesta cena que el propio Juvenal puede ofrecer a un amigo; echamos de ver que posee una pequeña propiedad en Tívoli, algunos esclavos tratados muy humanamente, y unos servidores aseados que sirven en una vajilla rústica, pero digna.

Y esto es lo que, genéricamente, podemos decir de este Juvenal autor de sus sátiras.

III. La sátira de Juvenal

1. *Juvenal como poeta*

Como punto de partida del aspecto que ahora nos ocupa puedo establecer el que ya fijé muchos años atrás, el de preguntar por la entidad poética de las sátiras de

Juvenal, es decir, si Juvenal es verdaderamente un poeta[56]. Desdeñando posiciones extremas como la de Marmorale[57], que niega cualquier capacidad poética a Juvenal, de quien dice que es un versificador que aprendió en la escuela las reglas de versificación y que las aplica de manera superficial y sin verdadero espíritu de poeta, se impone la consideración de que muchas generaciones de críticos y de poetas han visto en él un vate verdadero. Poeta, claro está, con sus peculiaridades distintivas, particulares y no genéricas, por las que precisamente su inspiración y su talento poético han sido puestos algo en duda, pero poeta innegable. Hace años intenté demostrarlo por la vía más directa, por vía de análisis, y acotando exactamente mis precisiones[58]. A mi demostración me remito, de la que en todo caso aquí ofrezco un apretado extracto. Cito diversos lugares de Juvenal, entre ellos VI 1-13, III 223-231, III 171-179, XI 60-76... Y del primero, por ejemplo, pretendí hacer ver cómo contiene una magnífica evocación de la vida rústica de los primitivos. En este lugar los rasgos se acentúan con maravillosa potencia creadora, pues una de las virtudes de Juvenal es la de decir lo que en la vida de los hombres y mujeres es normal (a cualquier nivel) de una manera estupendamente realzada, que no es el estilo normal: la huraña esposa y su marido harto de bellotas, la yacija ancestral hecha de hojarasca y de pieles de fiera dentro de la fría oquedad de una cueva o caverna, es algo tan impresivo en su lectura que se nos mete incisivamente en la imaginación. Cuando Juvenal ha compuesto esta escena definitiva no ha escrito superficialmente

[56] JUVENAL, *Sàtires*, I, Balasch, págs. 21-29.

[57] E. V. MARMORALE, *Giovenale*, Bari, 1950, págs. 83-148. Cf. también JUVENAL, *Sàtires*, I, Balasch, pág. 21.

[58] En el lugar citado en la nota 56.

ni con una pasión retórica y declamatoria, nos ha comunicado su vivencia más íntima en imágenes y versos inmortales. Lo mismo cabe decir de un pasaje bien opuesto en sus características, la admirable y equilibrada descripción de la cena en la sátira XI, en el lugar señalado, en el que no hay ni retórica ni preocupación, diríamos angustia vital. Se trata de un cuadro empapado de la poesía profunda y humilde de las cosas sencillas... Los hexámetros de Juvenal vienen aquí acuñados de noble autenticidad, que transfiere a nuestro espíritu una indecible serenidad. ¡Y podríamos analizar en parecidos términos tantos lugares de las *Sátiras!*

El mismo Juvenal ha sabido decir muy bien lo que es la auténtica poesía, y quién es el verdadero poeta (VII 52-59):

> Pero al poeta egregio, de inspiración no vulgar, que no acostumbra a plagiar y que no acuña un poema banal en versos sin originalidad, a este poeta, del que no puedo mostrar ningún ejemplo y que sólo imagino, lo hace un ánimo libre de ansiedades, que no sufre ninguna amargura, que apetece los bosques y es capaz de beber en las fuentes de las Aónidas.

Ésta es de verdad una espléndida definición de lo que en sí es indefinible: el concepto del verdadero poeta es ideal y sólo se puede llegar a él con un movimiento cordial. Juvenal ha realizado este ideal con frecuencia (además de los lugares ya aludidos), ha logrado eternizar en sus versos la fugacidad de la visión de un instante de gracia poética. Highet señaló con agudeza cómo la originalidad de Juvenal, ésta de la que él mismo habla, consiste en hacer síntesis poderosas y sorprendentes de elementos tópicos y tradicionales[59].

---

[59] HIGHET, *Juvenal*, pág. 172.

La cuestión de la capacidad poética de Juvenal se ha de plantear en sus términos justos. Las posiciones unilaterales de aceptación o de rechazo total desde un punto de vista poético tienen un fundamento de las *Sátiras:* al lado de momentos en que la inspiración de Juvenal es noble y elevada, hay instantes de desfallecimiento y de prosaísmo vulgar. Los detractores de la personalidad poética de Juvenal se han fijado sólo en esto último; sus partidarios entusiastas, sólo en los instantes de estado de gracia poética. Pero que Juvenal en muchos pasajes es lo que modernamente se ha dado en llamar «poesía pura», un poeta auténtico y genial, esto no puede en modo alguno ponerse en duda.

Pero es posible perfilar y concretar más la cuestión. Juvenal es un poeta satírico, es decir, cultivador de un género de inspiración en la que confluyen elementos oratorios, polémicos, filosóficos y líricos incluso. Pero a Juvenal le falta congénitamente una capacidad de emoción lírica, la inspiración alada, las «aladas palabras» de que tantísimas veces habla la epopeya homérica. Pero a pesar del género, que en sí puede no resultar poético, y de su natural incapacidad lírica, Juvenal es un poeta satírico, un gran poeta satírico. Porque la forma o el género literario no cuentan, son elementos casuales y externos: lo que hay que mirar es si en estas formas, en este género, el poeta ha sido capaz de introducir poesía genuinamente tal, en nuestro caso satírica. Luego veremos más demoradamente que sí. La innegable formación retórica y la tendencia de Juvenal a la declamación pueden obstruir algo su inspiración poética, pero jamás anularla.

El impacto y la eficacia poética del poema responden también al elemento formal que es la composición, que en principio debe ser armónica y equilibrada. Esto se con-

sigue tanto más fácilmente cuanto más breve sea el poema; la maravilla de muchos sonetos de Quevedo y de Góngora estriba en la prodigiosa distribución de su material poético.

Si la sátira de Juvenal es novedosa en cuanto es una confrontación directa con la realidad circundante, no lo es menos porque se aparta radicalmente del elemento que en buena parte la inspira, la poesía epigramática de Marcial; quiere ser una ampliación de ella, y además una proyección de la sociedad, hecha no con gracia y a veces con humor picante y chocarrero, sino con furia y con rabia; además Juvenal pretende poner su sátira en parangón con la poesía épica, la trágica y con la creación oratoria, también ello una profunda y radical novedad. Juvenal se separa también fundamentalmente del espíritu y del estilo de la sátira horaciana. Ahora bien, uno de los problemas de los poetas épicos y trágicos, también de los oradores, es que deben controlar una masa muy amplia de material. Horacio fue consciente de la dificultad, y formuló lo que podríamos llamar «ley de la sátira»[60]: del satírico se espera que sea moralmente responsable, y que opere según las leyes del género. Además, podemos deducir una serie de regulaciones que definen la sátira como poesía (hexamétrica) que ridiculiza el vicio y la estupidez en un estilo basado en una conversación educada, elevando este estilo cuando el tema parezca requerirlo. Y Horacio, en su propia sátira, ha cumplido su programa. En sus sátiras las divisiones estructurales representan habitualmente fases de un argumento progresivo. También oradores, poetas épicos y dramáticos ponderan y disponen su material de manera armónica y equilibrada, coherente, porque la unidad

[60] *Epístola a los Pisones*, vv. 73-92.

del todo colabora decisivamente a la impresión de perfección que da la obra poética.

Pues bien, esto en Juvenal ocurre poco. En sus sátiras echamos de ver muy al principio el pensamiento que va a vertebrarlas, y luego sigue una variopinta y poco proporcionada ilustración de sus tesis. A Juvenal se le ha reprochado desde siempre una composición deficiente, ocasionada en buena parte por digresiones, a veces extensas, que no vienen nada a cuento con el hilo principal de lo que se dice. En ello hay que reconocer que esta vez la crítica lleva razón. Y aquí sí que hay un perjuicio de la verdadera poesía. Sorprende, sin embargo, que un editor tan minucioso y competente y que trabajó tan a fondo Juvenal, se muestre desde esta perspectiva tan frío y distante como Friedländer: son tantos los lugares de su libro en que increpa desdeñosamente al satírico su indiferencia hacia las cuestiones de forma y su falta de equilibrio y armonía en la composición, que llevaría tiempo y espacio innecesario reseñarlos[61]. Años más tarde Schanz señala con ironía[62] que es curioso que el satírico, que tan bien asimiló la retórica en la escuela, no aprendiera allí la composición del todo, pues una coherencia íntima de las partes se encuentra en él raramente. Muy recientemente, Rudd ha insistido en lo mismo[63] y Highet, cuyo libro es el más importante que se ha escrito sobre Juvenal en los últimos cuarenta años, acepta también este reproche con alguna salvedad[64]. Juvenal no estaba radicalmente incapacitado para componer a la perfección con equilibrio en las partes, como lo demuestra la pequeña joya que es la sátira IX,

[61] Juv. Friedländer, págs. 48-52 sería el lugar principal.

[62] Schanz-Hosius, *Geschichte,* VIII, pág. 208.

[63] Rudd, *Themes,* págs. 106 y sigs.

[64] Highet, *Juvenal,* págs. 170-171.

pero su impulso más subjetivo y personal le llevaba normalmente por otros derroteros.

Yo pienso que probablemente la mescolanza que originariamente es la sátira se proyecta demasiado en la de Juvenal, pero que se debe hacer la observación importante de que con frecuencia la sátira juvenaliana no es *un* cuadro poético, sino una suma de ellos, y que cada uno brilla con su propia luz. Si una sátira es o no en sí una unidad perfectamente equilibrada y coherente ello debe afectar poco a su calidad poética, es decir, su esencia poética resulta poco afectada. Cuando tratemos de la poesía de Juvenal en cuanto satírica saldrán objeciones de más fuste.

2. *Juvenal, observador de la realidad y de la historia*

Sean cuales fueren los años del nacimiento y de la muerte de Juvenal, lo cierto es que nació durante el imperio de Nerón, que vivió la época de los emperadores de la dinastía Flavia, Vespasiano (69-79), Tito (79-81) y Domiciano (81-96), que vivió íntegramente el breve imperio de Nerva (96-98), el de Trajano (98-117), y que murió durante el imperio de Adriano (117-138). De manera que para él el imperio de Nerón representó su infancia, el de Vespasiano, el de Tito y el de Domiciano una adolescencia y una juventud que ya pudo ser inicialmente creadora, y el de Nerva y el de Trajano una plena madurez que le asiste en la creación de su obra satírica.

Esta obra de Juvenal se propone ofrecernos una visión del mundo que le rodea más personalmente, el de la ciudad de Roma. Sus alusiones son siempre, y especialmente en las nueve primeras sátiras, a la época, en la urbe, que le es estrictamente contemporánea. Su sátira I se abre con

el ridículo espectáculo, que le toca vivir, de los poetas y dramaturgos que recitan públicamente en pleno verano por las calles y los pórticos de Roma (I 1-13). Sigue el espectáculo del repugnante séquito del jurista Matón (I 30-35) y la reseña de la vieja tan rica como libertina que distribuye su dinero en razón directamente proporcional al vigor amoroso de sus diversos amantes (I 37-41). Lo mismo cabe observar en la sátira II, la primera de las dos que el poeta dedica a los homosexuales, citando a los más conocidos de su Roma y describiendo las orgías que, trasunto de las fiestas de la Buena Diosa que celebraban las mujeres, celebran los afeminados ricos de su entorno (II 82-107). El largo monólogo de Umbricio que es la sátira III nos detalla con pelos y señales la triste situación de la menestralía romana. La sátira IV es una ruptura del sistema, una solución de continuidad, pues nos retrotrae a la época de Domiciano, y además nos desplaza de Roma a Alba Longa, la primitiva capital del Lacio; allí Domiciano tenía un palacio en el que se desarrolló el ridículo consejo de ministros que forma el cuerpo de la sátira. Pero la siguiente, la quinta, es el retorno al uso omitido. Juvenal retoma en ella el tema de la institución tan romana de la clientela, ya tocado en las sátiras I y III, para concretarlo en la descripción de la cena vergonzosa ofrecida por el rico y afeminado Virrón a sus clientes pobres, para reírse a su costa y ahondar en su humillación. La sátira VII nos cuenta las miserias de los intelectuales romanos, la IX, las desdichas grotescas de un afeminado que pretende vivir, sin conseguirlo, de su repugnante condición.

Pero en el final de la sátira I encontramos un quiebro. Efectivamente, después de alardear de una omnímoda libertad en el fustigamiento de los vicios, ante la propuesta dificultad de la dura venganza por parte de los atacados,

el satírico declara que se meterá sólo con aquellos que ya son polvo y ceniza, es decir, que han muerto (vv. 153-156 y 170-171):

> ¿De quién no me atrevo a decir el nombre? ¿Qué importa que Mucio Escévola perdone o no mis dichos?
> Representa un Tigelino, y arderás, antorcha viva, como los que de pie, con el pecho clavado en un palo, no son más que fuego y humo.
>
> ... En tal caso probaré qué se puede decir de aquellos cuyas cenizas están cubiertas por la Vía Flaminia y por la Vía Latina.

Juvenal publica, que no escribe, su primer libro de sátiras hacia el año 110, y en todo caso no anteriormente al año 100; además, por razones de crítica interna, se puede pensar que ésta que encabeza su colección de sátiras no fue la primera que escribió, por lo que podría ser la proyección de algunas o de todas las restantes del libro I. Y siempre nos movemos en el imperio de Trajano. En esta época la libertad de expresión en la ciudad de Roma era muy amplia, por no decir total. ¿A qué vendría, pues, esta limitación que Juvenal se impone?

Lo primero que cabe pensar es que la redacción de estas sátiras es muy anterior, que responde a muchos años atrás, y que ahora una revisión a fondo de ellas habría supuesto a su autor una remodelación tal que habría sido escribirlas de nuevo de cabo a rabo, y que el satírico renunció a ello.

Pero el núcleo del interrogante continúa: ¿por qué esta autolimitación? La cosa es tan extraña que Rudd llega a decir que es sencillamente inexplicable [65]. Sin embargo, no podemos desembarazarnos tan cómodamente de la cues-

---

[65] Rudd, *Themes*, pág. 74.

tión. Algo debe de haber. Los tres primeros libros de sátiras de Juvenal (I-IX) dan la impresión de haber sido compuestos con un miedo permanente[66] y de pertenecer a una época en que el contexto político y social urbano de Roma era de opresión y de tiranía. En consecuencia, las sátiras que Juvenal compusiera entonces tendrían el doble juego que Highet llamó acertadamente anacronismo en el sentido estricto de la palabra, pero no en el amplio[67]: la ilustración y amonestación de hechos presentes y actuales mediante ejemplos cuyos protagonistas fueran lo suficientemente alejados en el tiempo como para no levantar sospechas de alusiones personales molestas y zahirientes. Juvenal conocería como recuerdos de su niñez o quizás por haberlo oído contar de tiempos aún más pretéritos, hechos repugnantes y crímenes de la época de Nerón y de las anteriores, como la caída de Seyano, con el consiguiente linchamiento por parte de las masas, del valido del emperador Tiberio, en el año 31. Quizás Juvenal pensara que estos ejemplos del pasado con clara repercusión en el presente no pierden eficacia[68], o quizás vivía tan obsesionado por el recuerdo de la mala época que representó el reinado de Domiciano que concentró en él todo su furor, que luego se irradia potencialmente al mundo que le circunda. Así Highet[69]. O quizá busque ejemplos donde los encuentre mejores, y sea en la época de Domiciano. Difícilmente se encuentran otras razones.

De hecho, éste es otro defecto de la obra de Juvenal, pues este contraste entre la rabiosa actualidad de las esce-

---

66 HIGHET, *Juvenal*, pág. 37.

67 *Idem*, pág. 165.

68 Así KENNEY-CLAUSEN, *Latin*, pág. 166.

69 HIGHET, *Juvenal*, pág. 165.

nas anónimas que describe y el vapuleo correspondiente retrotraído a personajes como mínimo de cincuenta años atrás, resta efectividad a su diríamos predicación. En la sátira II, en su misma apertura, Juvenal se mete con dos homosexuales muy conocidos en la Roma de su tiempo, un tal Varilo y un tal Peribomio, y luego, para poner en solfa a Varilo y a otro de la misma ralea llamado Sexto, que se las da de predicador de buenas costumbres, pone nada menos que el ejemplo de Domiciano, o sea, por lo menos treinta o treinta y cinco años atrás, que dictó leyes muy duras contra el estupro y el adulterio al tiempo que su sobrina Julia, hija de su hermano y sucesor en el imperio, Tito, quedaba embarazada de él y moría por los abortivos que él mismo le había mandado tomar. La disfunción del ejemplo es clara, y en la obra del satírico, en las nueve primeras sátiras, ello es bastante corriente, y debe achacársele como claro defecto de fondo en su concepción general de su producción satírica.

Lo que a todas luces no se puede hacer es desleír la densidad de la sátira juvenaliana como recientemente lo ha hecho Rudd, quien declara que, por lo que atañe al imperio de Domiciano, no es tan fiero el león como lo pintan, que no hay para tanto. Dice que su figura fue bastante apreciada, principalmente en el ámbito de fuera de Roma, y aun dentro de la misma ciudad. En consecuencia, la posición de Juvenal, de limitarse a alusiones a su reinado como época de terror es injustificada e injustificable, es un mero artificio literario, concluyendo que cualquier gobernante, por el mero hecho de serlo, está en el punto de mira de cualquier autor satírico[70]. Esta posición destruye definitivamente la fuerza de la poesía de

[70] RUDD, *Themes*, págs. 71-72.

Juvenal al conferirle una industriosidad esencialmente arrasadora, arguye en él insinceridad y aplique manual y forzado en detrimento de su verdadera capacidad directamente creadora. Desde otra perspectiva, esta posición no está muy lejos de la reseñada de Marmorale, y parece como si Highet, unos treinta años atrás, hubiera intuido este desgraciado ataque, porque respondió a él como si éste se hubiera hecho a medida de tal previa defensa[71]. Apunta el sabio inglés, en primer lugar, que jamás podría tacharse a Juvenal de falsario, pues los hechos históricos a que alude vienen siempre confirmados por otras fuentes historiográficas muy de fiar. Además, los hechos, en su dimensión de barbarie, no han sido exagerados por Juvenal; la historia, la inmediatamente posterior a él, los gobiernos de Cómodo y de Heliogábalo, por ejemplo, y toda la subsiguiente, hasta el terror de la Revolución Francesa y el de la Alemania nazi, conoce casos infinitamente peores, posibilitados atrozmente por los avances de la técnica. Los casos horrorosos descritos por Juvenal no sobrepasan los límites atendibles de la bestialidad humana. Tampoco por aquí Juvenal es falsario.

Y por lo que hace al gobierno de Domiciano, hay un testigo de excepción, amén de otros, que confirma al cien por cien la imagen que de él nos da Juvenal: se trata del historiador Tácito. También él refleja el clima de terror que oprimió la ciudad de Roma mientras el tirano vivía, como vivió casi siempre, en su dorada fortaleza de Alba Longa, la primitiva capital del Lacio. Fue la gran época de los delatores; las ejecuciones y en el mejor de los casos los destierros, estaban a la orden del día. Los asistentes al ridículo consejo de ministros descrito por la sátira IV

---

[71] HIGHET, *Juvenal*, págs. 164-166.

se asustan incluso a la voz del esclavo liburno que les advierte que el Emperador ya les aguarda impaciente. ¡Pues cómo no iban a temer cualquier capricho del déspota! Ellos y toda la ciudad de Roma. Tácito confirma totalmente el clima en que se mueven las sátiras de Juvenal.

De modo que un anacronismo que descentra algo la visión poética de Juvenal se debe aceptar como existente, pero jamás como interpretación interesada por parte del satírico; ello falsearía radicalmente la intencionalidad de su sátira.

Si como observador de la historia debemos estar algo en desacuerdo con nuestro poeta, todo lo contrario ocurre cuando le consideramos como observador de la realidad [72]. En ello no hay quien le supere en toda la historia de la literatura latina, es un verdadero maestro. Su ojo avizora espléndidamente los detalles más eficaces: los lóbulos de las orejas de la mujer penden en tensión hacia abajo por el peso de los colgantes de perlas que lleva, para puntualizar a continuación que nada hay más intolerable que una mujer rica (VI 458 y ss.). La infidelidad de una esposa es delatada al marido por sus orejas acaloradas (XI 189), y el pobre civil que se enfrenta en un pleito contra un soldado ante un tribunal compuesto por militares, tiene delante las musculosas pantorrillas de los soldados puestas encima de los grandes bancos de los espectadores (XVI 14). Con frecuencia la entidad de las escenas viene vitalizada por un toque de fantasía, y las cosas abstractas o inanimadas cobran existencia personal. «¿Dónde duermes ahora, Ley Julia?» (II 37), clama un protagonista del principio

[72] Cf. *Oxford History of Classical World*, Oxford, 1986, el capítulo 28, debido a Richard Jenkins, «Silver Latin Poetry and The Latin Novel», págs. 687 y ss.

de la sátira II, que se revuelve airada contra los homosexuales moralizantes. Las ventanas parecen esperar abiertas al viandante que es lo suficientemente incauto como para pasearse por Roma por la noche, con el peligro de que le caiga lo que sea en la cabeza (III 275), el jabalí asado parece espumajear en la parrilla tal como el jabalí vivo de Meleagro (V 115), la figura de una estatua ecuestre parece que vaya a disparar su lanza (VII 128), una bolsa repleta de dinero «crece con su boca atiborrada» tal como crece la codicia del que la posee (XIV 138). Tan elogiado como ha sido Juvenal como satírico, aún debiera haberlo sido más por su poderosa imaginación poética, de fuerza evocadora inigualable. Desde este punto de vista jamás será bastante conocido.

De Nerón y Domiciano a Trajano y Adriano, Juvenal vivió un verdadero cambio de época en lo político y en lo social. Y tal como Tácito fue el único historiador capaz de relatarlo con objetividad pasmosa, Juvenal, lejos del afectado optimismo de Plinio el Joven que describe la época de Trajano, fue el único poeta que encontró el tema y el tono exactos, que encajaban a la vez con los condicionamientos políticos y sociales de la época que fundamentalmente describió. De ahí su valor imperecedero.

3. *La cuadratura del círculo*

Por lo que vemos, Juvenal se aparta decididamente de la sátira de Horacio y de la de Persio, no podemos ver hasta qué punto se separa de la de Lucilio por el deficiente conocimiento que tenemos de ésta. Y por opuesto que su genio poético sea al de Virgilio, no hay duda de que profesó una admiración sin límites hacia la poesía del

mantuano, que más de una vez suena como eco o trasfondo en los irónicos contrastes entre el mundo ideal imaginado de la poesía heroica o pastoril y la sucia realidad del mundo circundante que la sátira juvenaliana describe: un aliento épico o bucólico, en el primero de los casos algo por vía de declamación.

Sabido es que el humanista Justo Escalígero llamó a la de Juvenal «sátira trágica», y con esto la inscribió, seguramente más de lo que él mismo pensara, en el ámbito de la tragedia, de la de Sófocles y aun más de la de Eurípides, centrada ésta en la lóbrega descripción del sufrimiento humano. Aunque a quien cita expresamente Juvenal es a Sófocles (VI 634-637); se refiere a crímenes horrendos que acaba de relatar:

> ¿No será todo esto algo fingido, como si la sátira hubiera asumido el sublime coturno, y que yo, excediendo las normas y los límites de mis predecesores, versifico al estilo de Sófocles un gran poema desconocido bajo el cielo del Lacio, extraño a las montañas rútulas?

En esta órbita se inscribe la sátira de Juvenal, épica, tragedia, oratoria, como un cuarto elemento muy equidistante de ellas. Ésta es su novedad más radical. Que se debe, sin embargo, también a otros aspectos aún más inapelables.

Al principio de esta introducción general dimos una visión diacrónica de la constitución, en lo esencial, del género satírico; ahora estamos en condiciones de dar de él una visión estructural, sincrónica. La que en el año 1795 diera Schiller sigue en plena validez, y sospecho que el dramaturgo y teórico de Marbach la dio a la vista, más que de otra, de la sátira precisamente de Juvenal, por más que él cita a otros autores; de ser así tendríamos lógica-

mente una especie de petición de principio, pero ello no invalida en absoluto la teoría propuesta por Schiller, tanto porque se apoya también en otros autores como porque andarse con estas zarandajas con un crítico de la talla del romántico alemán es buscarle tres pies al gato. Schiller dice así:

> En la sátira se oponen por un lado la realidad sentida como deficiente y el ideal percibido como verdad suprema. Por lo demás, no es en absoluto imprescindible que ésta última venga declarada, si el poeta sabe despertarla en el ánimo, mas esto ha de hacerlo como sea, so pena de renunciar al efecto poético. O sea que aquí la realidad es un imprescindible objeto de rechazo, pero todo depende de que este rechazo brote del ideal contrapuesto... De manera que la sátira patética [73] debe fluir siempre de un ánimo penetrado vivamente por el ideal. Sólo un impulso dominante hacia la coherencia puede y debe engendrar el profundo sentido de las contradicciones morales y la espléndida desafección contra la inversión moral que en Juvenal, en Swift, en Rousseau y en Haller, además de otros, se convierte en entusiasmo [74].

---

[73] La de Juvenal lo es.

[74] Durante la confección de mi libro *Carles Riba, la vessant alemanya del seu pensament i de la seva obra*, Barcelona, 1988, descubrí este lugar de Schiller, que anoté como un tesoro. Cf. FRIEDRICH SCHILLER, *Werke* II, Munich-Zurich, sin fecha de edición, «Ueber naive und sentimentale Dichtung», págs. 664-665: «In der Satire wird die Wirklichkeit als Mangel dem Ideal als der höchsten Realität gegenübergestellt. Es ist übrigens gar nicht nötig, dass das letztere ausgesprochen werde, wenn der Dichter es nur im Gemüt zu erwecken weiss; dies muss er aber schlechterdings, oder er wird gar nicht poetisch wirken. Die Wirklichkeit ist also hier ein notwendiges Objekt der Abneigung; aber, worauf hier alles ankommt, diese Abneigung selbst muss wieder notwendig aus dem entgegengesetzten Ideale entspringen... Die pathetische Satire muss also jederzeit aus einem Gemüte fliessen, welches von dem Ideale lebhaft

Pues bien, esta oposición de realidad y verdad ideal aflora por primera vez en toda la sátira latina en Juvenal, junto con la pasión por la utopía de la perfección. El poeta ha prescindido de la mitología y la ha sustituido por una confrontación directa con la realidad viva y actual; ya comprobamos como lo hizo con enorme vigor expositivo. De modo que Juvenal se ajusta al cien por cien a este esquema operante de poesía satírica propuesto por Schiller. Efectivamente, en vano buscaríamos en sus sátiras la formulación expresa y abstracta de unos principios morales de conducta, pero éstos se nos dan múltiplemente por contraposición inductiva: de una serie de ejemplos, a veces propuestos con un cierto caos, concluimos lo que debe y no debe ser.

Entonces, la pregunta es obvia: ¿Juvenal, es un moralista o un predicador? El último que se ha manifestado sobre ello declara muy cautamente que si bien en sus sátiras, y especialmente en las últimas (las más flojas, apostilla), asume un tono moral elevado, si al satírico le interesa hurgar en la conducta humana no es tanto porque sea malvada como porque sea sórdida, vulgar y molesta. «Por encima de todo» —escribe Jenkins, pues de él se trata— «Juvenal es un observador de la sociedad que combina la precisión de la observación y la imaginación. No debemos acudir a él en busca de sabiduría; él no pretende hacernos

durchdrungen ist. Nur ein herrschender Trieb nach Uebereinstimmung kann und darf jenes tiefe Gefühl moralischer Widersprüche und jenen glühenden Unwillen gegen moralischer Verkehrtheit erzeugen, welchen in einen Juvenal, Swift, Rousseau, Haller und andern zur Begeisterung wird». Augusto Serafini, *Studio sulla satira di Giovenale*, Florencia, 1957, pág. 158, cita el último fragmento del texto de Schiller, desde los puntos suspensivos, pero suprime los tres nombres que siguen al de Juvenal, sólo da el de éste. Esto no es cosa seria.

sabios[75]». Esta posición frente a Juvenal no es totalmente justa.

Al mismo tiempo que Jenkins, Rudd había sido más concluyente[76]. Se opone a la tesis más general de que Juvenal ha de ser tenido por predicador, y alega que no lo pudo ser por su convicción, certera por lo demás, de que el deterioro moral de Roma era irreversible. La única ética posible en el satírico era el inconformismo, mostrar su esencial desacuerdo con la situación. Una posición límite, evidentemente, desde su perspectiva. También Highet afirma el profundo pesimismo de Juvenal[77]. Pero Rudd va más allá. A propósito de la sátira VI dice que en ella hay demasiada comedia como para tomarla en serio, pero también demasiada gravedad como para tomarla en broma; la tercera vía para él es que toda la sátira de Juvenal busca un entretenimiento provechoso. Nada más. La cuestión de la moralidad de Juvenal queda obviada, pero la misma sátira definitivamente trivializada.

A esta trivialización colaboraría el hecho de que, entre sus contemporáneos, Juvenal sólo hostiga a personas que le son inofensivas. ¿Qué interés moral puede tener en ello?

Años atrás, mucho más dura había sido la posición de Marmorale[78]. Para él, en la célebre indignación de Juvenal hay un mal disimulado rencor, una envidia sorda ante la prosperidad de los demás. De ello deriva en algunas partes de su sátira un cierto teñido de humanismo, que ha hecho incluso que haya quien vea en Juvenal algo así

---

[75] *Oxford History,* pág. 686: «He is above all a social observer, who combines exactness of observation with imagination. We do not turn to him for wisdom, and he did not intend that we should».

[76] RUDD, *Themes,* págs. 28-29 y 32-33.

[77] HIGHET, *Juvenal,* pág. 173.

[78] MARMORALE, *Giovenale,* pág. 80.

como un socialista de la época. Pero en realidad esto era lo más alejado de su mente y de su alma, va desgranando Marmorale, y si alguna vez da la sensación de ser humano, la da por contraste. Así, la verdadera definición del estado de ánimo de Juvenal no es la del moralista, sino la de un observador apasionado y exacerbado de la vida de sus semejantes, que le irritan y que él quiere irritar, es el desahogo de un desheredado que pretende esconder detrás de unas razones de moralidad un estado de ánimo que nada tiene que ver con el de un moralista.

Ha salido el tema de la *indignatio*. Hacia la mitad de su programática sátira I (vv. 79-80) hay los celebérrimos versos:

> *Si natura negat, facit indignatio versum*
> *qualemcumque potest, quales ego vel Cluvienus.*

Y, efectivamente, el rasgo más conocido de Juvenal es el de su indignación. La última interpretación que ha salido de este lugar es absolutamente novedosa e inaudita; se debe a Jenkins[79]. Hasta ahora en todas las explanaciones de estos dos versos claramente enlazados en una unidad de intención, eran explicaciones en que, por lo menos en general, se consideraba capital sólo el primero de ellos, y el segundo como un apéndice del que se podía incluso cómodamente prescindir. Si la indignación es verdadera y sincera o no, esto ya es otro cantar, pero para todos los comentaristas lo esencial era el primer verso, y algo muy secundario el segundo: la situación en Roma era tan mala, que un verso te salía siempre, compuesto ya por la naturaleza ya por la indignación. Pues bien, Jenkins defiende

[79] *Oxford History*, pág. 689.

que el segundo verso es como mínimo tan importante como el primero en el conjunto de los dos, ello si no lo es más, porque señala en toda su complejidad el contexto íntegro en que escribe Juvenal. Éste ha limitado, muy voluntariamente, desde luego, la temática de su sátira: el deterioro moral de la Roma de su tiempo; a todos los niveles la sátira de Juvenal es una burla de la Roma de esta época. Cuando Juvenal escribe: «Si la naturaleza te niega el verso, te lo hace la indignación, sea el que sea, como los míos o los de Cluvieno» lo que significa es que el género poético que la burla produce es muy pobre. Es decir, Juvenal declara sus limitaciones como satírico. Pero ni éstas ni su voz, áspera y amarga, están reñidas con el esplendor de su dicción, muy al contrario, son la verdadera esencia de este esplendor. En el mejor de los sentidos, ésta es una salida de tono muy digna de atención, y que debe examinarse a la luz de toda la sátira juvenaliana, pero su formulación es tan reciente que no creo que hasta ahora nadie haya acometido esta tarea.

De manera más somera, hay una teoría de estudiosos que se agrupan en torno a la posición señalada de Marmorale. No tan acremente, niegan sinceridad a esta indignación. Schanz afirmó[80] que es simplemente una ficción aprendida en la escuela de retórica; Rudd establece[81] que responde a prejuicios, que se ve aupada por el ingenio retórico, pero que muchas veces desemboca en una frivolidad amoral, y aduce el texto de la sátira III en que, después de oponer los griegos sicofantas a los honestos romanos, añade (vv. 92-93):

[80] SCHANZ-HOSIUS, *Geschichte*, VIII, pág. 208.

[81] RUDD, *Themes*, págs. 31-32.

todo esto, también lo podemos alabar nosotros, pero el crédito se les otorga a ellos,

observación que destruye la antítesis que esforzadamente hasta ahora había construido. Y cita bastantes lugares más que aduce como paralelos.

Dejando aparte que la exégesis que Rudd hace del lugar me parece equivocada, establecí hace ya años que la indignación de Juvenal es sincera y que no destruye la fluencia de la verdadera poesía [82]. Empecemos por el segundo aspecto. Si la poesía es, entre otras cosas, la transmisión de una vivencia sentida idealmente y acuñada en versos penetrantes, la indignación puede ser un ingrediente de ella, y no una inhibición. Éste es el caso de Juvenal. Su visión no es material y anónima, siempre es la suya, muy íntima, con características tales que señalan al instante su personalidad. Cuando Matón se pasea por las calles de Roma, Juvenal ve en ello una verdadera provocación a la ira: nos hace contemplar sarcásticamente la indigna obesidad del jurista, que le hace ocupar por entero una litera de dos plazas, y el abominable cortejo que le escolta (I 32-35). En otra secuencia de la misma sátira un marido consiente e incluso contempla el adulterio de su propia mujer, porque extrae de ello sus buenos dineros (vv. 55-58):

cuando el lenón cuya esposa es legalmente inhábil para heredar acepta los bienes del adúltero, y es hombre diestro en contemplar el techo, diestro en roncar con la nariz despierta y pegado a la copa...

---

[82] JUVENAL, *Sàtires* I, Balasch, págs. 26-28.

Ambas visiones son profundamente personales y radicalmente ciertas en su mordacidad e indignación. Y hay que decir que éste es el Juvenal más auténtico, el de la indignación, que le aísla y le confiere su singular personalidad en las letras latinas.

Como conclusión quiero acogerme a unas palabras de Knoche que para mí son definitivas [83]:

(Juvenal) no fue hombre que huyera a las regiones de la mitología, que es lo que hicieron otros muchos poetas de su época. Declara que la cólera y la indignación son los resortes de su poesía satírica, y estos resortes son fuertes y auténticos. No se hace justicia ni a la actitud ni a la creación poética de Juvenal cuando se le quiere liquidar diciendo que es un declamador. Pues si lo fuera no se identificaría con su tema, y sus manifestaciones tendrían sólo el valor de un virtuosismo. Pero la poesía de Juvenal quiere ser una confesión, el poeta siempre se identifica con su tema. Más bien se le podría reprochar incluso un exceso de identificación, no lo contrario. Porque sus temas le aprisionan, y con frecuencia sólo a duras penas consigue distanciarse de ellos y trascenderlos. Aquí radica la poderosa fuente de su fuerza expositiva.

Quizás la posición de Knoche sea demasiado simple; Juvenal quizás sepa distanciarse más de su obra, y no ser tan expositivo como Knoche pretende, pero su análisis es inteligente y se aproxima más al *ethos* de Juvenal que las actitudes recientes de Rudd y (quizás) de Jenkins. Juvenal es un satírico, no un moralista, pero ello no rebaja la fuerza de su convicción ni la categoría de su pensamiento. Es sincero, auténtico y profundo, y en nada se puede rebajar su valor.

---

83 KNOCHE, *Satire*, pág. 93.

Por aquí se explica también, por la tesitura básicamente satírica, una deficiencia que Highet señala con acierto[84]. Alguna vez Juvenal mete en el mismo saco crímenes horrendos y fruslerías insignificantes. Por ejemplo, en la sátira VIII, vv. 215-220, compara a Nerón con Orestes, responsables ambos de matricidio. Pero Nerón es infinitamente peor, arguye Juvenal, porque... Orestes jamás se atrevió a componer poemas ni a actuar como actor en la escena. *Peccata minuta,* evidentemente, pero no desde la perspectiva de un romano, para quien un emperador disfrazado de mimo y actuando en escena era una vileza repugnante. El rigor de la sátira equipara ambos extremos.

Queda un último aspecto por dilucidar, y en ello voy a diferir radicalmente de cómo lo hice treinta años atrás[85]. Juvenal tiene pasajes muy obscenos, descripciones de depravaciones sexuales que hieren verdaderamente el pudor. No es la suya una lubricidad que si se afinara y se potenciara con delicadeza desembocaría en la gracia, como es el caso muchas veces de Marcial; en todo caso, si se hiciera con los textos de Juvenal se desembocaría en la catástrofe y en la ruina de una vida. Da lo mismo. Yo lo justifiqué hace treinta años diciendo que Juvenal no se puede poner en todas las manos (y esto sigo afirmándolo todavía) y añadiendo que aquí actúa la exigencia irreprimible de llegar al fondo de las cuestiones, y que la vergüenza que deben engendrar tales protagonismos es un revulsivo eficaz para determinadas situaciones. Hoy no pienso exactamente así. Ya el humanista Heinsio[86] señalaba: «¡Vaya torpeza e indignidad defender la castidad con

[84] HIGHET, *Juvenal,* pág. 163.

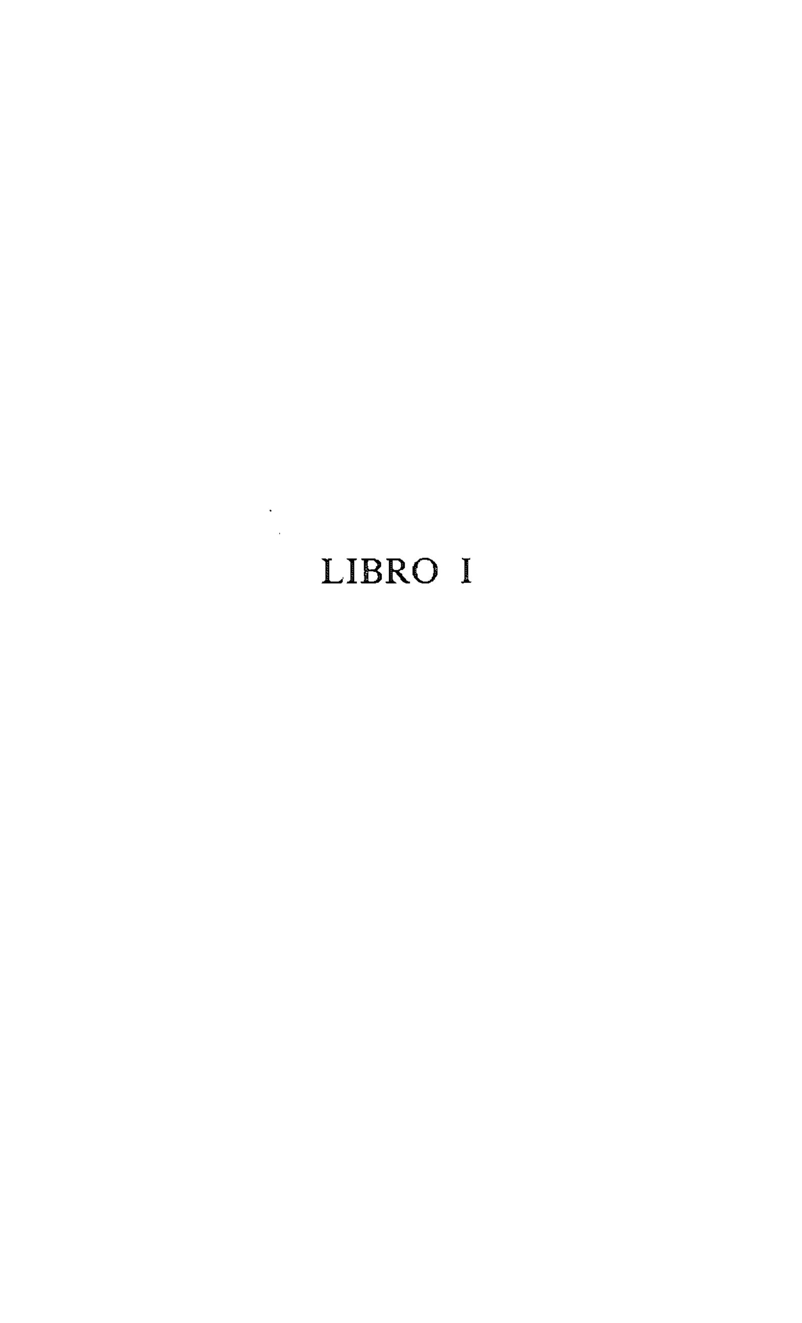
[85] JUVENAL, *Sàtires,* I, Balasch, págs. 19-21.

[86] Citado por RUDD, *Themes,* pág. 33.

textos que un casto no puede leer!». Heinsio señaló la buena dirección, pero no llegó al final. Desde nuestra perspectiva este aspecto de Juvenal es tan inexplicable como antes. Aquí el satírico tenía menos fronteras que en otras partes. Desde su mentalidad *no podía* intuir límites. Nosotros sí, por descontado desde otro enfoque. Abro el Libro y leo, *Mt.* 5, 8: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

MANUEL BALASCH

Cornellá de Llobregat, 8 de febrero de 1990.



LIBRO I

SÁTIRA I

El primer libro de las *Sátiras* de Juvenal comprende las cinco primeras, y la presente, que ya como el satírico las debió de editar, encabezaba la colección, fue redactada no antes de la conclusión de la quinta. En efecto, esta primera sátira, programática, responde tanto al contenido de las cuatro que la siguen, que difícilmente no es como una *prophetia ex eventu;* ahora bien, el espíritu que anima esta primera sátira juvenaliana alienta poderosamente en todo el corpus de nuestro satírico.

Los mismos inicios de la sátira podrían parecer poco prometedores: Juvenal, en un regate válido para todos los tiempos, también para hoy, se mete con la turbamulta de poetas, poetillas y poetastros que pululaban declamando por parques y jardines de la ciudad romana, y en los recitales que, sin duda, los potentados de la época ofrecían en sus lujosos palacios. Cita el poeta la *Teseida* de un bronco Codro, un *Orestes* tan aburrido como inacabable... Y esto no interesa a nadie, concluye, no toca la vida real. De modo que el inicio absoluto de las *Sátiras* de Juvenal nos dice más de lo que en su literalidad aparenta, afirma que la verdad es una forma muy interesante de hacer literatura.

Honradamente consciente, pues, de su valía, el poeta va a escribir. Y compondrá muy definidamente sátiras. El motivo es que la sátira era entonces en Roma el único género literario que podía conectar inmediatamente con la vida real. Juvenal distingue cuidadosamente entre épica y dramaturgia, por un lado, y sátira, lo suyo, por el otro. Cuando en la sátira IV inicia la

descripción del ridículo consejo de ministros para tratar de la cocción del rodaballo, consejo presidido por Domiciano (IV 34-36), invoca a la musa Calíope, la del arte poético, y muy al final de la sátira VI (vv. 634 y sigs.) dice que si bien su arte quizás se equipare en sublimidad con el de Sófocles, entitativamente nada tiene que ver con él. Esto hasta el v. 21.

Y sigue la espléndida secuencia de los vv. 22-79, o bien hasta el v. 96, según se mire, en los que emerge por primera vez un motivo característico de la obra juvenaliana, la indignación. Se trata de un desfile frenético de los más diversos ejemplos de vicios que presenta la capital, Roma. En un apretado recorrido, Juvenal suscita de verdad la idea de que no se puede contener ante las impresiones que le asaltan desde todas partes, y la pluma se le va automáticamente a la mano. El satírico nos sitúa en plena calle, donde pulula un gentío más bien de baja estofa. La litera del picapleitos político Matón, y detrás de ella el cortejo de un delator innominado que asesinó a un noble amigo, nos comprimen contra la pared... Juvenal redacta aquí con frases breves y cortantes, repletas de palabras cargadas de expresión. Cada figura que pasa —¡y son tantas!— enciende en él nueva furia, y tipifica de manera distinta el ultraje inferido a los sentimientos normales de la sensibilidad de los hombres corrientes y molientes de este mundo.

Sólo a título de breve comentario, las cuatro primeras figuras que presenta la serie: a) Un tierno eunuco, antiguo esclavo procedente de Oriente, que logró la libertad y además amasó una fortuna; ahora pretende casarse para demostrar que es todo un hombre. b) Mevia, seguramente una mujer de rancio abolengo que se adiestró tanto en la caza mayor, que ahora pisa públicamente la arena del Circo Máximo para medirse con un jabalí, al que ataca con un venablo en cada mano. Esto ya era a los ojos de todos una tremenda vergüenza, pero para mayor ludibrio sale, diríamos a escena, ataviada de amazona, es decir, con los senos al aire. Era una frivolidad inaudita. c) Un potentado que en su juventud fue barbero, oficio harto despreciable, que antes (sin saber cuando, por supuesto) afeitó al mismo Juvenal cuando

también él era más joven. Y aquí desde hace muchos años veo un motivo virgiliano que, para maravilla mía, nadie cita, ni tan siquiera el escoliasta. Dice Juvenal (I 25): *quo tondente gravis iuveni mihi barba sonabat,* y dice Virgilio, en su *Égloga* I 28: *candidior postquam tondenti barba canebat.* Hay la anterioridad, el ruidillo de la barba raída, y la alusión central a la barba. Es evidente, ¡y no lo ha visto nadie! Soltando ya la digresión, pienso que ahí se esconde un dato biográfico del poeta: antes era, desde luego, más joven, y más rico, en cuyo caso la contraposición es más punzante y nos mete en el mismo meollo del alma de Juvenal, como veremos. d) Crispino, un turbulento personaje real, que fue por breve tiempo comandante del cuerpo de la Guardia Imperial de Domiciano. Pero aquí no sale como tal, sino por su afición a exhibirse en lujo y en vanidad.

De manera que el primer y el cuarto personaje son pervertidos sexuales, y el segundo y el tercero ejemplos del mal uso que se hace del dinero, y de cómo éste anda injustamente repartido. Y éstos son los dos temas capitales de Juvenal, principalmente, y sorprendentemente, el segundo. Y ante la larga retahíla de casos y de personajes infames que llenan, hasta el v. 96, la secuencia, Juvenal no interpreta nada, no comenta nada, no nos dice, por ejemplo, que los ricos explotan a los pobres, o que los gobernantes administran en su propio beneficio (idea tan fraguada en los libros tercero y cuarto de la *República* de Platón), no nos habla de algo que ocurrió en aquella Roma de los siglos II-III, la progresiva desaparición de la clase media. No se siente como un mesías predicador de la necesidad de un cambio de sistema. Nuestro satírico se limita a decir: las cosas van mal, van rematadamente mal.

El lector atento, con todo, no se librará de una sospecha: ¿si uno de los temas capitales de toda la sátira de Juvenal es la pésima distribución social del dinero, no será que Juvenal es pobre? Si no lo fuera, si las cosas a él personalmente le fueran medianamente bien, ¿nos daría una visión tan despiadada de la sociedad romana? Una constante en este tema es que los ricos lo son gracias a sus crímenes o a sus costumbres poco honradas

(Umbricio, en la tercera sátira nos lo dirá claramente). Luego Juvenal prefirió la honradez a la riqueza, la cual supone automáticamente vicio, crimen y corrupción. Una reivindicación ética de su concepción de la vida.

Pero seguramente no sea ineludible el ir tan allá. Quizás no sea tanta la altura de miras de este Juvenal redactor de sus *Sátiras*. Pero esto aquí nos es indiferente. Lo que nos importa es la esplendidez literaria del resultado, y el hecho innegable, además, de que nos ofrece una gran parte de verdad, de realidad.

De modo que toda la historia y todo el mundo constituyen el tema general de las sátiras del poeta. Y él nos lo dice en una dicción tan notable desde el punto de vista sintáctico y gramatical que muchas gramáticas históricas de la lengua latina citan el pasaje, como desde el punto de vista del contenido, pues logra reducir a cifra inteligible todo lo que ocurre en el universo mundo (vv. 85-86). Parte del diluvio griego sobrevivido por Pirra y Deucalión, y apunta:

lo que desde entonces ocupa a los hombres, el deseo, el temor, la ira, el placer, los goces, los discursos, todo ello se revuelve en este libro.

Pero es claro que el poeta ni quiere ni puede tratar ni abarcar por lo menudo esta enorme variedad, y encuentra enseguida su denominador común, el vicio (vv. 87-88):

¿Cuándo fue más copiosa la abundancia de vicios?

El vicio, junto con la mala distribución de los bienes de este mundo, es el punto principal de interés del poeta. Y si en la sátira VI el poeta marca sus distancias con la tragedia de Sófocles, el conjunto de su obra nos recuerda de manera implícita, pero certera, la tragedia de Eurípides. Como el tercer gran trágico griego, Juvenal retrata la vida exactamente como es en sus aspectos más obscuros: ni idealiza ni disimula, diríamos que quiere castigar el vicio con la exposición de sus horrores.

La tercera parte de esta sátira I (vv. 88-146) se dedica a ilustrar el mal uso del dinero, y aquí viene lo que algunos sienten

como una digresión excesiva, que quiebra totalmente la unidad de la composición. Como sea, esta perícopa vuelve a ser excelente. Se trata de la descripción pormenorizada de una institución romana denominada *salutatio*. Los magnates y las matronas romanas recibían de buena mañana a sus *clientes* o personas ligadas a ellos por lazos de diversa índole y de más o menos intensidad, y en recompensa de la salutación les ofrecían la cantidad fija de veinticinco ases (seis sestercios y cuarto) con que los *clientes* pobres subvenían a sus necesidades perentorias de comida y bebida. San Jerónimo imitó, con cierto desmaño, y sin citarle, naturalmente, esta espléndida escena de Juvenal en el cap. XVI de su Carta XXII a Eustoquio.

Este estipendio se ofrecía indistintamente a *clientes* ricos y a *clientes* pobres como paga a supuestos servicios prestados, por ejemplo figurar en el cortejo que les acompañaba por las calles siendo a la vez guardaespaldas y motivo de ostentación y de lujo. El reparto del dinero, depositado en un cuévano o *sportula* (nombre con el que se le conocía ordinariamente) se efectuaba con un cierto orden de prelación, v. 101:

da primero al pretor, da luego al tribuno,

ordena el dueño al esclavo que actúa de repartidor. Pero el maldito dinero ejerce de inmediato su presión. Al pretor y al tribuno se les cuela delante un liberto sirio, afeminado por más señas, dueño de lo que hoy llamaríamos una cadena de tiendas comerciales. Y alega su rango económico para ponerse el primero:

¡Estoy primero yo! ¿Voy a dudar, a temer defendiendo mi sitio?
... cinco tiendas me producen cuatrocientos mil sestercios anuales...

Con ello remacha la sentencia tan conocida de Quevedo de que «poderoso caballero es don Dinero». De manera gráfica e intuitiva Juvenal refleja en su sátira la inversión, desde todos los puntos de vista, de valores que presenta aquella sociedad.

Pero la cosa no acaba aquí. Con frecuencia, por avaricia o por falta de fondos, el rico no dispone de dinero para todos

los que acuden a saludarle, y en tal caso reparte el disponible entre los que menos lo necesitan, entre los pretendientes económicamente acomodados de la *sportula,* que luego se van al Foro a discutir de política o a tratar sus negocios personales. Quedan sin recibir nada los *clientes* más antiguos y pobres verdaderos, que al final se largan sin nada, frustradas todas sus esperanzas, incluso la de que el señor, en compensación a los que no les ha dado dinero, por lo menos les invite a cenar, «esperanza la más tenaz entre los hombres» (v. 133). Y así acaba la larga y viva digresión de la *sportula.*

Tras esta viva descripción de la miseria moral y material que envolvía al mundo romano, Juvenal parece que se podría detener aquí, y dar por concluida su sátira. Se nos ha presentado como poeta, nos ha explicado por qué ha elegido la sátira, y nos ha definido sus temas. La cosa le quedaría muy redonda. Pero hasta el final (vv. 147-171) nos añade un pasaje que califica todo lo que ha dicho, y lo hace de manera extraña. Repite ahora como aserción lo que antes insinuó como pregunta (v. 149):

cualquier vicio llegó ya a su colmo.

Y ahora, al modo de los diálogos platónicos, sale un objetor imaginario (no por única vez en las sátiras de Juvenal; hay, sin más, otro ejemplo hacia el final de la sátira VI, v. 634). Estos objetores, principalmente en los diálogos de Platón, y aún en la sátira latina, salen normalmente derrotados. Pues bien, he aquí otra innovación de Juvenal: aquí el objetor sale triunfador. Pregunta a nuestro satírico de dónde extraerá el ingenio y la franqueza necesaria que tuvieron los antiguos para tratar temas semejantes. Responde Juvenal (v. 149): «¿De quién no me atrevo a decir el nombre?». Y el objetor le replica que será objeto de represalias seguramente mortales. Pues hoy se pueden tratar, dice equivalentemente, temas mitológicos y temas que no molesten ni zahieran a nadie. Cualquier otra cosa es de sumo peligro. En tal caso, concluye Juvenal (vv. 170-171):

probaré qué se puede decir de aquellos cuyas cenizas están cubiertas por la Vía Flaminia y por la Vía Latina.

Este final de compromiso que ya se ha tratado [1], conlleva una desaceleración del ritmo y una distensión en la rigidez estilística del texto. La alternativa del satírico era ésta: o escribo lo que quiero, o no escribo porque no me dejan escribir lo que quiero. Bien, apunta Juvenal, escribiré sobre personajes difuntos, los cuales, eso sí, hayan sido de relevancia en su época. En la Vía Flaminia estaba enterrado el famoso actor de pantomima Paris; en la Vía Latina lo estaba el emperador Domiciano. A eso sí se arriesga Juvenal, a escribir sobre personajes difuntos que fueron poderosos en vida, cuyos descendientes se pueden vengar. La sátira no termina con una explosión, sino con un bisbiseo.

Hablar de ricos y de nobles difuntos es otra innovación de Juvenal. Hasta ahora uno de los orgullos de la sátira romana había sido el de ser estrictamente contemporánea. Juvenal ha optado por una vía de compromiso. ¿Qué puede haber detrás de ello? Quizás que escribirá sobre tópicos procedentes del pasado. Alguna vez lo hace, como en la sátira X. Pero no parece ser esto lo que aquí primordialmente nos dice. Hay que creer más bien que tras sus nombres de personajes pretéritos y desaparecidos se ocultan realidades muy actuales para él, que nosotros no podemos señalar con nuestro índice por el deficiente o nulo conocimiento del contexto histórico menudo que vivía el poeta. Para sus lectores contemporáneos serían perfectamente identificables. Simplemente, Juvenal no quiso arriesgarse a identificar a los criminales y sinvergüenzas por sus nombres.

Pero el programa general de sus *Sátiras* es hondamente interesante. Nos da una información muy valiosa sobre el mundo romano de los primeros siglos del Cristianismo. Vemos en el satírico cómo, prescindiendo de otra perspectiva radicalmente innovadora, el Imperio evolucionaba siempre de mal en peor, en un proceso de mutación imparable. Juvenal ha conocido como pocos el alma del hombre y el alma del mundo.

---

[1] Cf. «Introducción general», págs. 51-52.

SÁTIRA I

¿Siempre oyente tan sólo voy a ser? ¿Acaso no me desquitaré, tantas veces zarandeado por la *Teseida*[1] del bronco Codro? ¿Me habrán recitado impunemente éste sus sainetes[2], aquél sus elegías?[3] ¿Me habrá gastado impunemente el día un *Télefo* monstruoso, o un *Orestes*[4] cuyo 5 texto llena hasta el borde los márgenes del libro[5], sigue incluso en el reverso[6] y no termina? Nadie conoce tan bien su propia casa[7] como yo me sé el bosque sagrado de Marte y la cueva de Vulcano, contigua a las rocas eolias; lo que hacen los vientos, las sombras torturadas

---

[1] Poema épico de un obscuro poetastro.

[2] En realidad la referencia es a las *fabulae togatae*, obras de personajes y de argumentos itálicos. En época de Juvenal ya no se representaban, pero sí se utilizaban para recitales públicos.

[3] Tipo de poesía cultivada por Tibulo y Propercio, y principalmente por Ovidio.

[4] Télefo, rey de Misia, herido por la lanza de Aquiles, y luego restablecido. Junto con la leyenda de Orestes, la de Télefo fue tratada con preferencia por los poetas trágicos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Accio y Ennio.

[5] De manera que la escritura no deja espacios en blanco. Aquí se trata de rollos que se introducían dentro de un estuche.

[6] Normalmente sólo se escribía en el anverso del rollo, pero no en el reverso; el poema aquí en cuestión es tan largo que llena ambas caras del rollo y ni aún así termina.

[7] Esto suena a refrán.

10 por Éaco, el lugar del que esotro roba a escondidas el vellocino de oro, los olmos enormes que Mónico dispara, todo esto lo vocean sin cesar los plátanos y las marmóreas paredes convulsas, las columnas del palacio de Frontón[8], reventadas[9] por lectores que no paran[10]. Esperarás lo mis-
15 mo del poeta excelso, y del más lerdo. ¡Ea! También mi mano esquivó la palmeta[11], también yo aconsejé a Sila que renunciara a sus cargos públicos[12] y que durmiera como un tronco. Sería una clemencia estúpida ahorrar un papel que otro echaría a perder: hasta en la sopa te encontrarás con poetas. Pese a ello, si disfrutáis de ocio y atendéis con agrado mis razones, voy a explicaros por qué
20 he preferido discurrir por el campo por el que guió sus caballos[13] el hijo ilustre de Aurunca[14].

[8] Frontón debió de ser un mecenas, hoy desconocido, de los literatos de la época. Por lo demás, era habitual que los potentados ofrecieran recitales en sus mansiones.

[9] De emoción.

[10] En la época de Juvenal las epopeyas mitológicas eran el género literario más cultivado. Ya el humanista Parrasio sospechó que aquí Juvenal pensaba en las *Argonáuticas* de Valerio Flaco. También en tal poema Jasón recoge del bosque de Marte el vellocino de oro, y al principio mismo del poema Eolo, a exigencias del Bóreas, suelta los vientos, que ponen en grave aprieto la nave Argo hasta que interviene Neptuno. En este pasaje pretende sólo (como lo volverá a hacer más abajo) señalar lo manido de los temas y motivos, presentando los ejemplos más conocidos.

[11] Del maestro que castigaba a los alumnos con palmetazos.

[12] Con esta expresión Juvenal indica que también él asistió a las clases de retórica. En ellas era tópico el tema de Sila que abandonaba la dictadura.

[13] La metáfora no está tomada de la lengua deportiva, sino de ciertos recorridos que se hacían por placer o por simple ejercicio físico, por el campo de Marte. Con ello indica Juvenal uno de los marcos de sus sátiras.

[14] El poeta satírico Lucilio.

Cuando un tierno espadón toma mujer[15], cuando Mevia[16] atraviesa con su dardo el jabalí toscano y blande los venablos a pecho descubierto, cuando con sus riquezas provoca a todos los patricios un hombre que cuando yo era joven[17] hacía crujir mi ya molesta barba[18] al afeitarme, cuando un miembro de la chusma del Nilo, un esclavo nacido en Canopo, este Crispino[19], se quita del hombro una capa tiria[20] y refresca en sus dedos sudoro- 25

---

15 Las bodas de castrados estaban prohibidas.

16 Probablemente Mevia fue un personaje muy conocido en el imperio de Nerón o en el de Domiciano. Las mujeres bajaban a la arena no sólo como gladiadoras, sino incluso como luchadoras contra fieras. Sin embargo, el pecho descubierto aquí hace pensar mejor en una cacería. Las mujeres que bajaban al Circo a luchar contra fieras eran siempre plebeyas; por eso aquí la referencia no debe de ser a esta modalidad de lucha.

17 Juvenal habla de su juventud no como de algo ya muy lejano. Al escribir esta sátira frisaría en los cuarenta. Los romanos se dejaban la barba, cuidando de ella, hasta los veinte; luego se la afeitaban. En su redacción, esta sátira es posterior por lo menos a las tres que le siguen.

18 El latín dice *gravis barba,* que significa seguramente «barba molesta».

19 Nótese la progresiva concreción del texto, que sigue ahí fielmente al latino. Canopo era una ciudad del interior de Egipto, la cual adolecía de muy mala reputación. Pero lo más probable es que Crispino no fuera originario de ella; con la mención de un lugar tan conocido por su mala nota, Juvenal pretendió únicamente resaltar la mala fama del país de origen. Parece que el tal Crispino levantaba admiración por sus vestidos de púrpura. Durante el imperio de Domiciano fue por algún tiempo prefecto del pretorio. La indumentaria citada (la capa y el anillo) no era preceptiva de su cargo, la llevaba sólo por ostentación, opinión abonada por la fatuidad que el personaje exhibe. A este mismo sujeto en la sátira IV se le atribuye el uso de abundante perfumería.

20 Propiamente se trata de la *lacerna,* una capa ligera que se vestía encima de la toga o en vez de ella.

sos un anillo de verano[21], pues es incapaz de soportar una gema de mayor peso, es difícil no escribir una sátira.
30 ¿Quién[22] aguantará hasta tal punto una ciudad inicua?[23] ¿Quién será tan de hierro que lo tolere cuando va a cruzarse con la flamante litera del picapleitos Matón[24], que la llena toda[25], seguido por uno que delató a un amigo muy bien situado[26] y que pronto arramblará con lo que
35 quede de la nobleza raída, soplón temido por Masa[27],

---

[21] Los romanos se ponían anillos de verano, más ligeros, o de invierno, más pesados, pero aquí, en pleno verano, Crispino luce uno de invierno. Todo para acentuar su personalidad ostentosa.

[22] Desde aquí Juvenal habla como si, plantado en la calle, viera discurrir ante sí las figuras más características de la corrupción de costumbres en Roma.

[23] La iniquidad de la ciudad consiste en que otorga esplendor y riquezas al vicio y al crimen mientras mata de hambre a la virtud.

[24] Personaje de existencia real, quizás bajo el imperio de Domiciano. En la sátira VII se anuncia su bancarrota, por lo que parece que esta litera nueva sólo pretende engañar sobre la verdadera situación económica de su dueño.

[25] Aquí Juvenal exagera, porque las literas sólo excepcionalmente se fabricaban de dos plazas, lo normal es que fueran sólo de una, si bien holgadas de espacio, de manera que para ocuparla íntegramente se necesitaba ser muy obeso.

[26] El delator mismo no parece poder pertenecer a una capa alta de la sociedad, por lo que nuestro satírico aquí no puede haber pensado en Marco Aquilio Régulo, de dignidad senatorial, como muchos han creído. Los escolios apuntan hacia el estoico Heliodoro, que supuestamente intervino como testigo contra su discípulo Lucio Junio Silano Torcuato, o piensan, alternativamente, en Publio Egnacio Céler, que acusó a Barea Sorano. Como sea, el delator lo fue bajo el imperio de Domiciano.

[27] Bebio Masa, uno de los delatores más malfamados del período de Domiciano. Pertenecía a la dignidad ecuestre, y de ella ascendió a la de senador. Plinio el Joven y Herennio Senecio le acusaron por su mala gestión en el proconsulado de África, y salió condenado.

tanteado con regalos por Caro[28] y por el tembloroso Latino[29] (éste le envía de tapadillo a Timele), cuando te suplantan los que con sus noches ganan testamentos, hombres que hoy eleva al cielo la vía más segura de medro, el coño de una vieja ricachona? Proculeyo ha embolsado 40 una parte y Gilón[30] las restantes de una onza: cada uno es acreedor según la longitud de su carajo. Mira: que cobre el precio de su sangre y que se quede lívido como aquel que a pie descalzo pisó una serpiente, o como el orador ya dispuesto a disertar junto al altar de Lyón[31]. ¿Qué decir de la ira, del furor que me quema el hígado 45 reseco cuando este expoliador de un pupilo[32] que ya se prostituye oprime al pueblo con su rebaño de acompañantes[33], o aquel condenado en un juicio inútil?[34] ¿Qué importa la infamia si se salva la bolsa? Mario[35], desterra-

28 Otro tipo de la misma calaña, Metio Caro. En el año 93 acusó y logró que condenaran a Herenio Seneción, y llegó a acusar al mismo Plinio el Joven.

29 Este Latino era un mimo o actor de comedia, privado de Domiciano, y también delator. Sin embargo, él mismo teme al anónimo delator primero, y por eso le manda la actriz cómica Timele, bien para acallarlo, bien para ganárselo.

30 Gilón y Proculeyo son aquí nombres usados al buen tuntún, que no designan concretamente a nadie.

31 En Lyón se organizaban concursos de oratoria en latín y en griego; los que no salían triunfantes se exponían a fuertes vejaciones.

32 Le ha robado su patrimonio, y el joven se ve forzado a prostituirse.

33 La institución de la *clientela*. Muchos pobres y desocupados romanos acudían de buena mañana a saludar a determinados ricos que les ofrecían algún dinero para pasar el día.

34 No se sabe a quien aludía Juvenal, pero no al personaje que sigue inmediatamente, Mario Prisco, que fue desterrado, y por tanto no pudo alardear en Roma de sus riquezas.

35 Plinio el Joven acusó y logró hacer condenar al procónsul Mario Prisco por sus estafas y extorsiones cometidas cuando fue procónsul de

do, se reclina a beber ya en la hora octava[36]. La ira de los dioses le divierte, mientras que tú, provincia que le 50 ganaste el juicio, lloras. ¿Voy a pensar que esto no merece la lámpara venusina?[37] ¿No voy a flagelarlo? ¿Pues qué más? Las escenas de Hércules o de Diomedes, el mugido del Laberinto[38], el mancebo que cayó al mar[39] o el 55 artesano volador[40], cuando el lenón cuya esposa es legalmente inhábil para heredar acepta los bienes del adúltero[41] y es hombre diestro en contemplar el techo, diestro en roncar con la nariz despierta y pegado a la copa. ¿Cuándo cree que es lícito esperar el mando de una cohorte[42] el que dilapidó su hacienda en las caballerizas, este joven Automedonte[43] que ya ha perdido todo su pa-

---

África, pero fue desterrado únicamente, sin que se le confiscaran los bienes, por lo que la provincia que le ganó el pleito no pudo recuperar las cantidades defraudadas, y Mario Prisco vivió lujosamente su destierro.

36 Las cenas empezaban regularmente a las nueve de la noche, pero para prolongarlas, este Mario Prisco, se ponía a la mesa ya a las ocho.

37 Alusión a las sátiras de Horacio, de carácter, sin embargo, tan distinto de las de Juvenal. Éste aquí indica trabajar incluso de noche, a la luz de una lámpara; durante el día no le sería necesaria.

38 En alguna de las muchas *Teseidas;* cf. el principio de esta sátira.

39 El Mar de Icaria, en el que Ícaro se precipitó.

40 Dédalo, que también se cayó en el mar.

41 El hombre recibe en calidad de fideicomiso la herencia de su amante para pasársela a su esposa. En general, la ley romana limitaba bastante los derechos de heredar y de instituir herederos, forzándolo a un grado de parentesco bastante próximo. En el caso que aquí finge Juvenal se supondrá que la mujer ha tenido un hijo con el amante de su marido.

42 El joven que había sacrificado todo su patrimonio a la pasión de las carreras de caballos podía intentar resarcirse logrando el mando de una cohorte como prefecto o como tribuno.

43 Automedonte: nombre propio para designar simplemente auriga. Juvenal gusta de utilizar personajes mitológicos simplemente como apela-

trimonio cuando corre como una exhalación por la Vía Flaminia?[44] Pues él mismo sujetaba las riendas para jactarse de ello ante su amiga que vestía indumentaria masculina[45]. ¿No agradará llenar grandes tablillas en el centro de una encrucijada cuando es llevado a hombros por seis porteadores, en un palanquín descubierto y con ventanas en los lados, un falsificador de testamentos muy parecido al libidinoso Mecenas, y que se enriqueció y se hizo feliz con un breve testamento falso[46] y un sello humedecido? Me sale al encuentro una matrona de alcurnia que suministra al marido sediento una mezcla de vino de Cales y de pulmón de sapo, ella, otra Lucusta[47] de más categoría, que adiestra a las vecinas para que, entre la habladuría de las gentes, saquen a enterrar a sus maridos cubiertos de lívidas manchas[48]. Si quieres ser alguien has de atreverte a algo que merezca la pequeña Gíaro o la prisión[49]. Alabamos la honradez, pero tirita de frío. Los jardines, los castillos, las mesas taraceadas y la copa de plata, un trabajo ya antiguo, con un chivo en altorrelieve[50],

60 65 70 75

tivos. Las corporaciones romanas se integraban según la fortuna personal, y la mengua de ésta implicaba automáticamente el descenso de clase social. Por esto el afectado aquí en cuestión intenta recuperar la posición perdida.

[44] La Vía Flaminia conducía de Roma a Rímini.

[45] Es un disfraz que no pretende ocultar la condición de mujer de la que lo lleva.

[46] Que ha interpuesto después del verdadero (para que sea posterior) y que ha sellado con un sello robado o imitado.

[47] Quizás un nombre genérico para las mujeres envenenadoras.

[48] Manchas lívidas en la piel de un cadáver se tenían como indicio cierto de muerte por envenenamiento.

[49] Has de cometer un crimen tal que, descubierto, te valiera ser deportado a las islas Cícladas o ser ejecutado en la Cárcel Mamertina.

[50] Todo ello indica viviendas de gran lujo.

todo esto se debe a los crímenes. ¿A quién deja dormir el corruptor de una nuera[51] avarienta? ¿A quién las prometidas torpes[52] y el adúltero revestido de toga? ¡Si el 80 ingenio los niega, los versos los dicta la indignación, y los escribe como puede, parecidos a éstos míos o a los de Cluvieno![53].

Desde que Deucalión[54], cuando las lluvias torrenciales elevaron las aguas escaló con su nave la cima para consultar el oráculo, desde que los peñascos se ablandaron y recibieron poco a poco el calor de la vida y Pirra exhi- 85 bió a los hombres las muchachas desnudas, lo que desde entonces ocupa a los hombres, el deseo, el temor, la ira, el placer, los goces, los discursos, todo ello se revuelve en este libro. ¿Cuándo fue más copiosa la abundancia de vicios? ¿Cuándo la avaricia mostró un regazo mayor?[55] ¿Cuándo el juego de azar agitó más los ánimos? Pues no 90 se acude ya a la mesa de azar con una simple bolsa: se apuesta con el arca al lado. ¡Qué grandes batallas verás allí! El que suministra las armas es el cajero. ¿No es una

[51] El latín dice *nurus* «nuera», pero el término quizás equivalga al más genérico «joven», «muchacha». La fuerza intencional de la expresión estriba en «avarienta».

[52] Porque ya durante el noviazgo son infieles.

[53] Poeta desconocido, que en tiempos de Juvenal debió de tener, como poeta, pésima reputación.

[54] En un mito paralelo al bíblico del diluvio, Deucalión y Pirra fueron los únicos supervivientes de una gigantesca inundación ocurrida por tierras del Istmo. Su embarcación encalló en la cima del monte Parnaso, donde ambos desembarcaron. Y una nueva generación de hombres surgió de la pareja, pero de modo atípico, pues ambos se dedicaron a lanzar piedras hacia atrás; de las que tiraba Deucalión nacían hombres, y de las de Pirra, mujeres.

[55] El dinero que los romanos llevaban encima lo tenían en un pliegue de la toga, e introducían en él lo que cobraban.

locura perder cien mil sestercios y no dar una túnica a un esclavo yerto de frío? ¿Qué antepasado nuestro levantó tantas quintas y se comió él solito siete platos?[56] Ahora 95 una mínima esportilla[57] ha sido depositada[58] delante mismo de la puerta y una turbamulta de gente togada[59] se dispone a arrebatarla. Sin embargo, el patrón te mira fijamente el rostro, por miedo de que acudas por otro y pidas bajo nombre falso. Sólo cuando te haya reconocido recibirás algo. Él ordena al vocero que llame incluso a los 100 descendientes de Troya[60], ya que también éstos, revueltos con nosotros, infestan el portal. «Da primero al pretor, y después al tribuno»[61]. Pero antes va un liberto, que proclama: «¡Estoy primero yo! ¿Voy a dudar, a temer defendiendo mi sitio? Es verdad que nací junto al Éufrates; 105

[56] Los siete platos que aquí devora el glotón solitario designan algo descomunal; en la cena de Trimalción, del *Satiricón* de Petronio, se tomaron sólo cuatro. Por lo demás comer solo, sin invitar a nadie, era cosa de pésimo gusto.

[57] Aquí empieza la amplia sección que trata de la institución llamada la *clientela,* en sí desarrollada excelentemente, pero que rompe la unidad de la sátira. La llamada *sportula* (nombre del cuévano en que estaba depositado el dinero) era una paga de veinticinco ases (seis sestercios y cuarto) que el rico pagaba a sus *clientes* no al atardecer, por los servicios prestados, sino a la mañana siguiente. La *sportula,* de todos modos, no se abonaba sólo a los *clientes,* que eran la pobretería, sino también a personas acomodadas y libertos ricos (quizás como recompensa a visitas de cumplido efectuadas anteriormente), pero éstos pasaban normalmente la suma ingresada a los *clientes* que les acompañaban.

[58] En el suelo, para humillar a los recipiendarios.

[59] Para recibir la *sportula* era preciso vestir toga.

[60] Linaje muy noble, supuestamente descendiente de Eneas cuando se estableció en Italia.

[61] El reparto se efectúa según el orden de rango de la clase senatorial; los pretores precedían inmediatamente a los tribunos. Pero un advenedizo ricachón se les cuela delante: Juvenal hace ver intuitivamente la tremenda inversión de valores.

aunque lo negara, me venderían los lascivos taladros de mis oídos[62]. Pero cinco tiendas me producen[63] cuatrocientos mil sestercios anuales[64]. ¿Es que da algo apetecible la franja máxima de púrpura si en la campiña de Laurento Corvino guarda unas ovejas alquiladas y yo en cambio soy más rico que Palante[65] y que los Licino? Los tribu-
110 nos, a la cola, y que no retroceda ni tan siquiera ante personas sagradas[66] el que llegó hace poco a esta ciudad con los pies blancos[67], comoquiera que entre nosotros la majestad de las riquezas es la más venerada, por más que, ¡oh funesta moneda! no habitas en modo alguno un tem-
115 plo ni erigimos jamás altares al dinero, comparables al culto de la Paz, al de la Lealtad, al de la Victoria, al de

---

[62] Poderoso caballero es don Dinero: el desprecio por los orientales y por lo oriental era algo arraigadísimo en Roma, pero un liberto frigio se impone a los magistrados porque es un potentado.

[63] Aquí el latín pone *tabernae*, pero la palabra no debe ser entendida al pie de la letra, porque las tabernas no daban como para enriquecerse tanto. El liberto en cuestión era un acaudalado comerciante, cuyas cinco tiendas regían unos encargados que tenían a sus órdenes una numerosa dependencia.

[64] De todos modos, advertido o no por Juvenal, aquí hay un desfase. Este rico no lo es más que Palante, como inadvertidamente declara a continuación. Este Palante poseía 300 millones de sestercios, que colocados tan sólo a un 6% le daban 18 millones anuales.

[65] Palante era liberto de Antonia, la madre del emperador Claudio, y fue administrador de las finanzas imperiales, y personaje todopoderoso. Licino fue un liberto de Augusto a quien éste dejo inmensamente rico.

[66] Es decir, los tribunos de la plebe, cuyas personas tenían el carácter de «sacrosancti».

[67] Los esclavos importados por mar eran exhibidos para su venta con los pies blanqueados y sujetos a un armazón con agujeros dispuestos para ello.

la Virtud, y al de la Concordia[68], que retiembla cuando las cigüeñas visitan sus nidos. Si aún los máximos magistrados[69] a fin de año echan cuentas para ver qué les rindió la espuerta, en cuanto han aumentado sus rentas, ¿qué no harán los clientes a quienes ella representa la toga, el calzado, el pan y la leña del hogar?[70] Las literas se apretujan para pedir los cien cuadrantes; la mujer, preñada o malucha[71], sigue al marido en su gira. Aquí, con una conocida añagaza, éste pide para la ausente mientras señala no a su mujer, sino a una litera cerrada y vacía. «Es mi Gala» —declara— «despáchame pronto. ¿Lo dudas? Gala, asoma la cabeza. Estará descansando, no la molestes».

120

125

Maravilla[72] el orden de los quehaceres a lo largo del

---

[68] La alusión es al templo de la Concordia que se alzaba inmediatamente detrás del Arco de Septimio Severo. Este templo debía de tener un conocido nido de cigüeñas, de ahí la enálage construida audazmente por el poeta.

[69] De modo que había magistrados lo suficientemente mezquinos como para no dar a los *clientes* que les acompañaban lo que recibían de la *sportula,* y lo retenían ellos; al cabo del año echaban cuentas de lo que habían ahorrado.

[70] Es decir, el único medio de subsistencia.

[71] De todas formas, debía ser una mujer de alto rango, pues era impensable que una plebeya fuera conducida en litera.

[72] El breve pasaje que empieza aquí es prueba muy fehaciente de la desacertada afición de Juvenal a las digresiones. Nuestro satírico no logra resistir la tentación de proseguir la secuencia verosímil de su pensamiento y nos ofrece unos versos, magníficos en sí, pero que constituyen una digresión dentro de otra más amplia, que en el conjunto de la sátira es el tema de la clientela. Luego inmediatamente retoma el primer hilo (tras mi punto y aparte) y después, tras el punto y aparte siguiente, retoma el hilo general de la sátira. Pero la nitidez de la composición ha quedado algo perjudicada.

día[73]: la espuerta, luego el Foro, Apolo el jurista[74] y las
130 estatuas triunfales[75], entre las cuales no sé qué egipcio, un magnate de moros[76], osó poner sus títulos; podemos mearnos en su estatua, ¡y no sólo esto![77].

Los clientes ya tradicionales se alejan fatigados del vestíbulo, diciendo adiós a sus deseos, por más que la de la cena es la esperanza más tenaz en un hombre; los pobres
135 tendrán que comprar una col[78] y algo de leña. Su dueño, en cambio, devorará[79] lo más caro de los bosques y del mar; se reclinará sin compañía alguna en su diván. Sí: engullen patrimonios en una mesa solitaria, servida con enormes y hermosas bandejas muy antiguas. No habrá
140 más comensales. ¿Mas quién tolerará esta avaricia en los ricos? ¿Cómo debe ser una gula que se manda servir jabalíes enteros, un animal nacido para convites entre amigos? Viene el castigo, sin embargo, cuando te despojas del

---

[73] Esperamos en vano el desarrollo correspondiente a su puntualización: «a lo largo del día». Juvenal no nos lo da por ninguna parte.

[74] Se trata del *forum Augustum,* que servía ante todo para la celebración de juicios. Allí había una estatua marfilina de Apolo, llamado aquí por ello «el jurista».

[75] Se trataba de estatuas de generales romanos que Augusto mandó erigir aquí, con atuendo de gala. Entre estas estatuas había una de Eneas.

[76] Era el alejandrino Tito Julio Alejandro, hijo de Alejandro Lisímaco, que detentaba el título de *arabarches* (general de árabes), aunque hay quien tiene tal palabra simplemente por nombre propio. Alejandro Lisímaco era hermano de Filón, el escritor judío; era, por tanto, judío de nacimiento, pero que apostató del judaísmo. Padre e hijo tuvieron cargos relevantes en el ejército romano, y por ello resultaba lógico que tuvieran estatuas dedicadas entre las triunfales.

[77] *Sed etiam cacare* apostilla lapidariamente el escoliasta.

[78] Tan modesta era la comida de los pobres en Roma.

[79] Hasta aquí no se reasume el tema del rico glotón que engulle sus manjares sin invitar a nadie, pero ahora se liquida inmediatamente.

vestido: estás abotargado, y llevas al baño[80] un pavo no digerido todavía. De ahí la muerte súbita de viejos que no han hecho testamento. La nueva circula divertidamente; los amigos, irritados, opinan que este modo de palmarla es de aplaudir. 145

No habrá nada peor que la posteridad pueda añadir a las costumbres actuales; nuestros descendientes harán y desearán lo mismo. Cualquier vicio llegó ya a su colmo. Tú iza tus velas, abre todos sus pliegues. 150

Quizás se pueda objetar: «¿De dónde sacaremos un ingenio a la altura del tema? ¿De dónde aquella franqueza para escribir cualquier cosa soltada por un ánimo enardecido?» «¿De quién no me atrevo a decir el nombre? ¿Qué importa que Mucio Escévola[81] perdone o no mis dichos?».

«Representa a un Tigelino[82], y arderás, antorcha viva, como los que de pie, con el pecho clavado en un palo[83], no son más que fuego y humo; he aquí que, ya cadáver arrastrado por la arena, trazas en ella un ancho surco». 155

«¿De modo que el que emponzoñó a tres tíos suyos se hará llevar en mullidos cojines[84], desde los cuales se reirá de nosotros?»

«Cuando se cruce en tu camino, oprímete los labios con el dedo. Con decir sólo: «helo aquí» te saldrá un 160

---

[80] Después de un banquete los romanos solían bañarse en agua caliente, pues creían que esto favorecía la digestión.

[81] Publio Mucio Escévola, cónsul en el año 153 a. C., adversario del círculo de los Escipiones.

[82] Privado de Nerón, de quien se decía sostener relaciones abominables con él. Cronológicamente debió de ser parcialmente contemporáneo de Juvenal.

[83] La tortura del empalamiento.

[84] Dentro de la litera.

acusador. Puedes tranquilamente poner en juego a Eneas o al fiero Rútulo[85]; las heridas de Aquiles no molestan a nadie, ni Hilas[86], aquél al que buscaban tanto cuando
165 ya había seguido a su urna. Pero siempre que un ardiente Lucilio ha rugido con la espada desnuda enrojece al punto el oyente a quien los crímenes hielan el cerebro; las entrañas le sudan por una culpa secreta. De ahí las lágrimas y los arrebatos de ira. De modo que piénsatelo antes de que suene la trompeta[87]: cuando te hayas puesto el casco[88] será tarde para arrepentirte de la guerra».

170 En tal caso probaré qué se puede decir de aquellos cuyas cenizas están cubiertas por la Vía Flaminia y por la Vía Latina[89].

---

[85] Héroe legendario, supuestamente contemporáneo de Eneas.

[86] Acompañó a Jasón y a Hércules en la expedición de los argonautas; la tradición cuenta que le secuestraron las ninfas del río Ascanio.

[87] Como señal de que se entra en combate.

[88] Durante la marcha el casco no se llevaba puesto, sino colgado del cinturón; el soldado se lo ponía inmediatamente antes de la pelea.

[89] En la *Vía Flaminia* estaba enterrado el actor de pantomima Paris, y en la *Vía Latina* el emperador Domiciano. Sin embargo, Juvenal no parece pensar aquí concretamente en nadie, sino en general en personas que llevaran mucho tiempo enterradas. Es una manera de decir que no se explicarán cosas ocurridas en la actualidad más inmediata.

SÁTIRA II

El tema de esta sátira es la homosexualidad. Pero hay que decir enseguida: la homosexualidad masculina. La femenina, el lesbianismo, no interesó a Juvenal ni, por lo que vemos, a los literatos latinos en general. Un mínimo escarceo de Marcial (VII 67) contra una atleta que mostraba semejantes inclinaciones y muy poca cosa más parece ser, en este tema, todo. En su larguísima sátira VI contra las mujeres, la única lacra que casi no aparece es ésta. Algo parece haber en la sátira VI (v. 311). Y sería difícil adivinar por qué el tema no interesó a los literatos romanos.

Parece que los modernos estudios de medicina y de psicología permiten distinguir claramente algunos tipos muy diferenciados de homosexualidad masculina. Uno sería el de los hombres a los que repugnan las mujeres; el mismo Juvenal parece aludir a él en un pasaje de su sátira VI (vv. 33-37):

> Y si de estas salidas no te place ninguna, ¿no piensas que más te valdría dormir con un garzón? Un garzón no te armará un escándalo nocturno, no te pedirá regalillos por acostarse contigo y no te echará en cara que ahorres tu virilidad y que no soples según sus antojos.

Tal puede ser el caso también de hombres que durante largo tiempo se ven imposibilitados de convivir con mujeres, por ejemplo los marineros, los presos, los antiguos espartanos en campaña... En estos casos no parece que se menoscabe la virilidad, y ellos tampoco interesaron a Juvenal.

Hay otro tipo de homosexualidad de causas mucho más complejas. Hay hombres que no se avienen a serlo, que preferirían ser mujeres. Se niegan a ser parte activa en la práctica del amor, y cultivan una presentación de sí en buena parte femenina. En el vestido, en sus andamios, en su modo de hablar y de comportarse. Y ésta es la homosexualidad que en esta segunda sátira ataca Juvenal.

Estos homosexuales no son una pandilla ni organizada ni homogénea. El poeta nos la presenta en cuatro escenas, en las que cada una presenta un caso peor que el anterior. Helas aquí: 1. los hipócritas; 2. los homosexuales que dejan entrever su condición; 3. la sociedad secreta, y 4. Graco pavoneándose de su desvergüenza.

El primer grupo (vv. 1-63) nos pone al corriente de un grupo romano muy peculiar, el de aquellos que se las dan de filósofos no epicúreos, sino estoicos, revistiéndose de todas las apariencias de éstos, pero que en realidad son unos farsantes de la peor calaña, pues ocultamente practican perversiones de todo tipo. Y es la meretriz Laronia quien les pone en solfa, audaz y desvergonzada, pero sincera. El pasaje no tiene desperdicio.

Cambio de escena (vv. 64-81). Ahora aparece no un estoico de profesión, sino un maestro de moralidad, un abogado especializado en perseguir judicialmente esposas infieles para hacerlas condenar según las leyes vigentes que protegen la fidelidad en el matrimonio. Se las da de predicador severo como un republicano romano de la vieja época, y como un conservador de todos los tiempos... pero actúa ante el tribunal con un vestido transparente, confeccionado con unas gasas, como las que usaban las prostitutas. Él lo justifica por el calor reinante, pues el juicio se celebra en pleno estío. Juvenal requiere de él que pleitee con sólo puesta la toga, y no recubierto con tales gasas:

> pues actúa desnudo: tal locura no es tan ignominiosa.

En efecto, en estos contextos, el latín *nudus,* significa simplemente no llevar ropa interior. Lo grotesco de tal solución acentúa la desvergüenza del abogado. Y aquí siguen unos versos que

me parece que merece la pena transcribir en su latín original, pues se citaron centenares de veces durante la Edad Media, lo mismo durante el Renacimiento y en la época de la Ilustración con admiración no menor:

Dedit haec contagio labem
et dabit in plures sicut grex totus in agris
unius scabie cadit et porrigine porci,
uvaque conspecta livorem ducit ab uva.

Así como entre el tratamiento del primer grupo y el del segundo hay una ruptura, una verdadera solución de continuidad, ahora se pasa del segundo grupo al tercero mediante una verdadera transición. Juvenal no deja el diálogo que entabló con el deleznable abogado y le advierte que empeorará (vv. 82-83):

Llegará un día en que te atrevas a algo más impúdico que este vestido: nadie llegó de golpe al colmo del libertinaje.

Porque hay un tercer grupo, una sociedad secreta, diríamos hoy (vv. 82-116), que se dedica a la imitación de las mujeres en la celebración que éstas hacían del culto de la *Bona Dea*. Los componentes de esta banda se reúnen en el domicilio de uno de ellos y allí se visten y se acicalan como mujeres, se alargan las cejas y se las tiñen con una línea de hollín a lo largo de las pestañas, su esclavo les jura por Juno, uno de ellos empuña un espejo que les ha llegado procedente del emperador Otón. Y se excluye rigurosamente a los hombres del festejo, tal como las mujeres los excluían del suyo, del genuino.

De modo que hasta ahora estos tres grados de homosexualidad quedaban por lo menos medio ocultos. El orador con su atuendo transparente (que se equipara de algún modo a una ramera), los filósofos vergonzantes que procuran encubrir sus inclinaciones, el secreto de la celebración de la parodia de la fiesta de la *Bona Dea*. Pero hay una gradación que va de mal en peor. El tumor revienta en la cuarta escena, y sale ya a la plena luz del día la fétida podredumbre de un enlace entre homosexuales. Un hombre perteneciente a uno de los más distinguidos linajes

de Roma, un Graco, se pone el velo de novia, o sea, se ha convertido en mujer, y se casa con un hombre con todas las de la ley, es decir, con todas las formalidades legales del caso. Juvenal subraya amargamente la indiferencia del pueblo romano ante tales monstruosidades; un anónimo invitado a la ceremonia dice como si tal cosa:

tengo algo *importante* que hacer en el valle de Quirino.

Y luego, como por un resquicio, quizás advirtamos algo de las creencias de Juvenal, pues increpa con mal disimulado desprecio a Rómulo divinizado, y a Marte, protector de la ciudad, que no han sabido preservar a su ciudad de tales infamias.

Y, retomando el hilo, este Graco es el mismo, prosigue Juvenal, que bajó a la arena como gladiador reciario: falló el golpe con la red y tuvo que huir corriendo como un galgo por la arena del Circo Máximo, pues el reciario que fallaba en su intento llevaba luego todas las de perder. Cierto que en este caso concreto no hay homosexualidad, pero el protagonista, como luego se vio, lo era; sí que había aquí la peor prostitución. Sí, nos es difícil pensar que el afeminado joven que ahora ejerce de mujer fuera tan osado como para atreverse a descender a la arena del Circo Máximo para medirse con otro gladiador fuertemente armado, y es difícil comprender cómo su aparición en público como gladiador consternara tanto a Juvenal como su enlace con otro de su mismo sexo. Pero es que la del gladiador era la forma de vida más vil entre los romanos, una existencia breve y embrutecida; eran hombres libres a los que se trataba peor que esclavos. El nivel social de los gladiadores era idéntico al de las prostitutas de los barrios ínfimos de Roma. El rango y la familia de los Graco lo hacía todo peor.

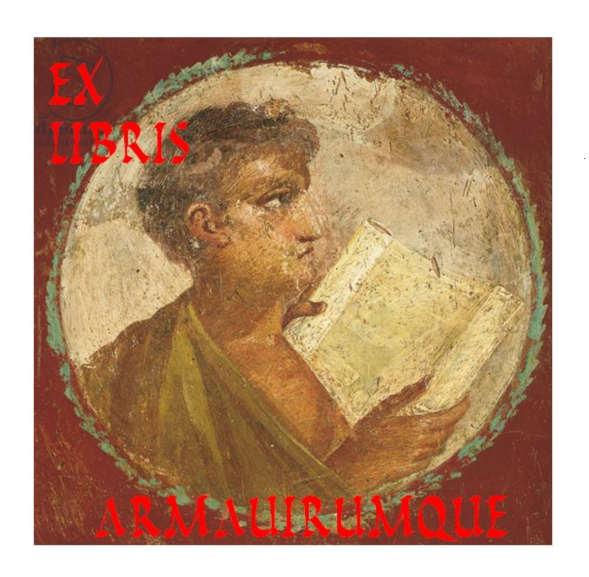
El noble nombre de Graco y de sus pares evoca en Juvenal los días grandes de la historia de Roma. Hay seguramente un trasmundo, sugiere el satírico, pero no como lo describen Virgilio y Homero (y Aristófanes en una escena de su primera comedia, *Los Acarnienses*). *Dato non concesso* supongamos que sea verdad: ¿qué ocurriría si las almas de los nobles de la Antigüedad

en vez de verse visitadas por Eneas o por Ulises lo fueran por tipos de esta laya? Lo sentirían como una infección contagiosa, y pedirían agua y azufre para purificarse ritualmente. El duro colofón de Juvenal es que se han invertido los papeles. No es que el imperio de Roma se haya reducido, bien al contrario, se ha ampliado, pues acabamos de conquistar (el poeta lo dice en primera persona del plural: ¿habrá participado en las campañas?) las islas Órcadas, el archipiélago de Orkney, y la isla de Inglaterra (en verdad ocupada débilmente en su parte meridional por las legiones romanas), pero no imperamos un modo de vivir ético, sino la peor inmoralidad. Normalmente se pensaba en los pueblos de Oriente y en Egipto, y aun en Grecia como fuentes más habituales de la relajación de costumbres, que ellos exportaban a Roma. Pero hete aquí que las cosas han cambiado, ahora es Roma la que esparce por todo el mundo civilizado, el que ella domina, esta inmunda degradación. Un ejemplo concreto reduce a cifra toda la sátira, el joven armenio Zalaces, que cuando se instaló en Roma, quizás como rehén, quizás simplemente para adquirir una educación superior, era de una nobleza total de costumbres. Pero aquí ha sido seducido por un tribuno, y será él luego, cuando regrese a Artajata, la capital de Armenia, quien adiestre a los suyos en prácticas nefandas.

El objetivo de la sátira está claramente marcado. Si bien es verdad que ataca en general a los vicios y la degradación de Roma, contra quien dispara de verdad es contra la aristocracia romana. Graco es un exponente de la más alta nobleza, los participantes de la orgía secreta se visten con atuendo muy caro, y tiene una relación evidente, aunque pretérita, con el emperador Otón. Crético es el nombre que aplica Juvenal al abogado predicador de moralidad, lo cual significa que alguno de sus antepasados fue general. Los hipócritas admiradores de Catón y de Hércules son estoicos, y el estoicismo fue la filosofía de los aristócratas que se oponían al régimen imperial, y eran adictos al viejo republicanismo. Y la sátira contiene algunos alfilerazos contra Domiciano, el censor vitalicio que, como los ridículos estoicos del principio de la sátira, era un libertino que promulgaba

leyes severas contra la inmoralidad. El motivo de la sátira es la hipocresía y la degeneración de toda una clase social, indigna del nombre que lleva y foco de infección del mundo dominado por Roma, que ésta corrompe a la par que conquista.

Pero más escondidamente puede haber un motivo más personal, la envidia, no del vicio, naturalmente, pero sí del dinero de los que lo practicaban. Pues la vulnerabilidad del poeta en este punto tampoco admite lugar a dudas.



SÁTIRA II

De buena gana huiría de aquí para ir más allá de los sármatas y del Océano Glacial[1] cada vez que se atreven a hablar de las costumbres los que se las dan de Curios[2] y viven entre bacanales[3]. Ante todo son unos burros, aunque todo lo suyo lo hallarás repleto de estatuas de yeso[4]; 5 son de Crisipo[5], ya que el más perfecto de ellos es el que se compra una efigie de Aristóteles o de Pítaco y manda

[1] Juvenal cita aquí el pueblo y el mar más septentrionales. La denominación «Océano» es la normal que tenía ya en los geógrafos griegos, y que aceptan los romanos: mar exterior que rodea la tierra. Glacial es denominación de parte, y su función gramatical oscila entre epíteto y atributo.

[2] Los Curios como ejemplos proverbiales de la severidad de costumbres antigua.

[3] Bacanales, aquí ya sustantivo común. Las Bacanales recordaban orgías báquicas en las que se daban aberraciones sexuales de todo tipo. Aquí, como ya se ha indicado, Juvenal alude principalmente al imperio de Domiciano, en el que la afectación de un rigor y sencillez filosóficas en las manifestaciones externas eran la tapadera de la peor disolución de costumbres.

[4] Bustos de filósofos modelados en yeso eran el ornato más habitual de las estancias de los que estudiaban filosofía o se las daban de estudiarla.

[5] Lo mismo que ocurría con las costumbres ocurría con el saber, que no les interesaba para nada, pero ocultaban su total desinterés teniendo en sus casas, a la vista de todos, bustos de filósofos.

exhibir en un soporte de plomo un retrato auténtico de
10 Cleantes[6]. No te fíes de sus rostros, pues ¿qué calleja no rebosa de depravados de aspecto austero? ¿Fustigarás la inmoralidad precisamente tú, que eres la cloaca más notoria entre los putos seguidores de Sócrates? Tus miembros hirsutos y las duras cerdas de tus brazos prometen un ánimo indomable, pero el médico se monda de risa cuando te extirpa del culo depilado[7] bubas como higos chumbos. Esta gente habla poco; el silencio es su gran pasión, y
15 también unos cabellos más cortos que el pelo de las cejas[8]. De modo que Peribomio[9] es más veraz y más sin doblez: le achaco la culpa al hado[10] si su faz y su andadura delatan sus flaquezas. La sinceridad de gente como él es digna de piedad, su mismo delirio hace que les com-
20 prendamos. Peores son los que arremeten contra estos vicios con palabras de un Hércules[11], y discuten sobre la virtud meneando las nalgas. «¿Voy a temer, Sexto, tus contoneos?» —dice el infame Varilo[12]—. «¿Me aventajas en algo? El de buena planta puede reírse del zancajoso,

---

[6] En mi versión catalana del año 1961, aquí me equivoqué. Lo que dice el satírico es que un soporte horizontal de plomo fijado en la pared exhibe un retrato auténtico del filósofo Cleantes, estoico, de acuerdo con la ficción de moralidad de aquella alta sociedad romana.

[7] La depilación era algo muy practicado por los elegantes de aquella sociedad romana.

[8] Los estoicos llevaban la cabeza rapada como señal de su desprecio por la elegancia corporal.

[9] Sumo sacerdote de la diosa Cibele, que era honrada (!) con prácticas infames.

[10] Juvenal viene a decir: tal hombre está como predestinado a estas prácticas infames que se le notan públicamente. Y esto hasta cierto punto le exime de culpabilidad.

[11] Hércules como ideal del sabio estoico.

[12] Otro infame muy conocido, quizás afectado por la ley Escantinia.

el blanco del etíope, pero ¿quién tolerará que los Gracos[13] protesten de una rebelión? ¿Quién no mezclará cielo y tierra, cielo y mar si los ladrones desagradan a Verres[14], los asesinos a Milón[15], si Clodio[16] acusa a los adúlteros y Catilina a Cétego[17], si los tres discípulos de Sila[18] maldicen de la tabla de proscripción?» Se parecerían a éste[19] que hace poco[20], manchado por un incesto de tragedia[21], renovó unas leyes durísimas[22] para todos, temibles inclu-

25

30

---

[13] El linaje de los Graco en Roma era muy antiguo, y designaba la familia plebeya de los Sempronio. La referencia concreta de Juvenal aquí debe de ser a Tito Sempronio Graco, que después de una larga y azarosa carrera militar y política, siempre para defender a las clases más populares, en el año 132 a. C. propuso una constitución que fue tenida por revolucionaria, y murió asesinado conjuntamente con algunos centenares de partidarios suyos.

[14] Fue procónsul en Sicilia, que expolió, y fue objeto de una célebre acusación por parte de Cicerón.

[15] Asesino del tribuno Clodio, y fue defendido judicialmente por Cicerón en el más famoso de sus discursos, el *Pro Milone*.

[16] Es el Clodio de la nota anterior, famoso por su vida licenciosa.

[17] Compañero de conjuración de Catilina.

[18] La referencia es a Lucio Cornelio Sila, que después de una azarosa vida militar, pues dirigió guerras en Grecia, en Asia Menor y en la misma Italia, en el año 82 a. C., tras vencer en la guerra civil, proscribió a cuarenta senadores, a mil seiscientos caballeros, y, en conjunto, a cuatro mil setecientos ciudadanos. Los discípulos de Sila son el segundo triunvirato, el del año 43 a. C., Octavio, Antonio y Lépido.

[19] Es Domiciano, que se casó con su sobrina Julia (lo cual estaba prohibido legalmente), y cuando ésta quedó embarazada le mandó abortar; los abortivos tomados produjeron la muerte a la joven.

[20] Probablemente esta sátira segunda fue compuesta al cabo de poco tiempo de la muerte de Domiciano.

[21] De tragedia por lo que sucede en las tragedias. Una unión entre tío y sobrina era legalmente un incesto. Juvenal subraya expresamente que el incesto coincidió con la promulgación de la *Lex Iulia*.

[22] La *Lex Iulia de adulteriis et stupro*, promulgada por Domiciano en el año 90.

so para Marte y para Venus al tiempo en que Julia abría a sus abortos un vientre demasiado fecundo y expulsaba unos fetos que eran la estampa clavada de su tío. ¿No es, pues, con buenas razones que los viciosos peores desprecian a estos Escauros[23] fingidos y si se les mortifica devuelven la dentellada?

35 Laronia[24] no pudo contenerse ante el clamor de un individuo de éstos que gritaba con la faz hosca: «¿Dónde estás ahora, Ley Julia? ¿Te has dormido?». Y le dijo con risita de conejo: «¡Felices nuestros tiempos, que te oponen a las corrompidas costumbres actuales! Roma puede recu-40 perar su vergüenza: nos ha caído del cielo un tercer Catón[25]. Dime, sin embargo, dónde compras estos untos perfumados que te aplicas al cuello peludo. No tengas reparos en indicarme el dueño de la tienda. Y si aquí se zarandean[26] las leyes y el derecho, antes que cualquier otra cítese la Ley Escantinia[27]. Tú mira en primer lugar 45 a los hombres, y escrútalos. Son peores que nosotras, pero les defiende su número: constituyen falanges cerradas, los

---

[23] Los Escauro como representantes de la moralidad de las épocas antiguas. Juvenal piensa concretamente en Marco Emilio Escauro, cónsul en el año 115 a. C., campeón de la oligarquía aristocrática, y muy alabado por Cicerón, y piensa también seguramente en el hijo de éste, al que su padre castigó con la muerte por haber fracasado en su lucha contra los cimberios.

[24] O bien se trata de una mujer condenada en virtud de la *Lex Julia,* o bien de un nombre genérico, para designar a las mujeres de esta laya.

[25] Catón el Censor y Catón de Útica eran modelos proverbiales de la austeridad antigua de la vida.

[26] Para despertarlas, pues están dormidas.

[27] La *Lex Scantinia,* muy antigua, aunque se desconoce la fecha exacta de su promulgación, condenaba el estupro de un adolescente.

ombligos de sus escudos se tocan[28]. Entre los maricas hay una gran concordia. Las mujeres no ofrecen casos tan detestables. Ni Mevia lame[29] a Cluvia ni Flora a Cátula: Hispón se entrega a los jóvenes y palidece de uno y otro 50 exceso[30]. ¿Es que nosotras armamos pleitos, conocemos el derecho civil o removemos vuestros foros con cualquier estrépito?[31]. Pocas son las que se dedican a la lucha atlética y comen croquetas[32]. Vosotros, en cambio, tiráis de la lana y llenáis los cestillos con madejas ya hechas, vosotros torcéis la rueca recubierta de hilo mejor que Penélope 55 y con más presteza que Aracne[33], lo hacéis cual la ramera harapienta clavada a su taburete[34]. Ahora sabemos por

[28] Se refiere a la táctica militar llamada *testudo*, originariamente griega (la cita, por ejemplo, Polibio IV 64, 6), y que adoptó el ejército romano. Los hoplitas (o los infantes) se alineaban en línea recta y juntaban sus escudos de modo que se tocaran unos con otros. El resultado era algo así como una pared difícilmente franqueable. La relación con el caparazón de la tortuga *(testudo)* se daba principalmente cuando no sólo la primera fila de combatientes, sino también las laterales adoptaban semejante disposición, y los infantes que quedaban en medio se cubrían las cabezas también con los escudos. Todo ello tiene Juvenal *in mente* cuando hace esta alusión.

[29] Las partes sexuales, naturalmente. Estos nombres probablemente son de personas reales, que han existido.

[30] El homosexual y el heterosexual.

[31] Aquí Juvenal se contradice con los lugares de la sátira VI en los que aparecen mujeres que promueven procesos (v. 244), que se dedican a ejercicios atléticos y que practican la esgrima (vv. 246 y sigs.), mujeres que no constituyen ninguna excepción.

[32] Comida peculiar de los que luchaban en el Circo.

[33] Bordadora que desafió a Minerva y ésta la convirtió en araña.

[34] Es el caso de cualquier esclava que el marido eligiera como concubina; por celos, la esposa ofendida mandaba sentarse a esta esclava en un taburete y le fijaba los pies con un cepo.

qué Híster[35] legó toda su hacienda a su liberto, y aún en
60 vida hacía magníficos regalos a su joven esposa: será rica la que se conforma con ocupar el tercer lugar en el tálamo. Mujer, tú te casas, y ¡a callar! Tu discreción te proporcionará valiosas gemas. ¿Y es de nosotras, después de esto, de quienes se emite un juicio tan penoso? La censura[36] perdona a los cuervos y sacude a las palomas».

Los estoicos[37] se pusieron a temblar y huyeron de la
65 que les cantaba verdades tan palmarias. Pues, ¿qué hay de falso en lo dicho por Laronia? ¿Y qué no van a hacer los otros cuando tú, Crético[38], te pones sólo unas gasas y ante el pueblo pasmado por tu indumentaria discurseas contra las Próculas y las Politas? Fábula es una tortillera;
70 sentenciemos, si quieres, incluso a Carfinia[39]: jamás las

[35] Híster es aquel Pacuvio Híster citado en la sátira XII como captador de testamentos. Aquí, en el suyo propio, se ha acordado de su liberto porque a la vez ha sido su garzón. No de mejor calaña es su joven mujer, que consiente en las prácticas sodomíticas de su marido porque éste le hace magníficos regalos. Sin embargo, la referencia tiene un origen mitológico: Dirce, que persiguió con toda suerte de encantamientos a Antíope, concubina de su marido Licón.

[36] Alusión muy concreta a la censura vitalicia que se asignó Domiciano.

[37] Patronímico burlesco; estos hombres nada tenían de estoicos. La palabra latina *stoicidae* es una formación grotesca paralela al patronímico *Aeacida*, usado éste en la lengua sublime de la tragedia y de la épica.

[38] Con este *cognomen* se alude a cualquier persona de alto rango social, y se dio desde siempre en la familia de los Metelo. Aquí se alude a uno que ejerce una acusación de adulterio, y va ataviado con ropajes tan delgados y transparentes que más bien parecen los de una prostituta.

[39] Probablemente nombres de mujeres condenadas en procesos por adulterio. Con ello habían perdido el derecho a usar la toga de matronas, y debían vestir obligatoriamente el vestido de las mujeres rapadas, la llamada toga de meretriz.

condenadas se pondrán una toga como la tuya. «Es que este julio quema; yo me abraso». Pues perora desnudo[40]: tal locura no es tan ignominiosa. Así[41] se avendría a escucharte cuando proclamas las leyes y el derecho el pueblo que acaba de vencer, con sus heridas todavía no restañadas[42], y la otra plebe, la montañesa[43], que para oírte abandonaría sus arados[44].

¿Pues, qué no proclamarías si en el cuerpo del juez vieras un tal atuendo? Pregunto si estas gasas le convienen a un testigo[45]. Tú, Crético, punzante e indómito profesor de libertad, lo enseñas todo. Esta peste se te pegó por contagio, e infectará a muchos, tal como en el campo una piara entera sucumbe por la sarna o la tiña de un puerco tan sólo, y las uvas toman de las que tienen delante su color negruzco. 75 80

Llegará un día en que te atrevas a algo más impúdico que este vestido: nadie llegó de golpe al colmo del libertinaje. Te acogerán cada vez más aquellos[46] que dentro de

---

[40] Puesta, es decir, sin llevar ninguna prenda debajo.

[41] Un punto culminante en el sarcasmo de la sátira.

[42] Certera descripción de los antiguos romanos, que regresaban a sus hogares después de una campaña victoriosa, y sin darse descanso acudían inmediatamente a la asamblea popular, en la que debatían los problemas ciudadanos.

[43] Seguramente se refiere a la población que regresaba de la celebración de las fiestas del *Septimontium,* aunque el adjetivo «montañesa» comporta algo de rusticidad y de palurdo.

[44] «Abandonar el arado» era una expresión proverbial para indicar tiempo de asueto.

[45] En un juicio. Vestir así era un escándalo en cualquier caso, pero lo era más actuar vestido así como testigo de la acusación ante un tribunal.

[46] Juvenal habla aquí como si hubiera existido realmente una asociación de hombres que se reunían en el domicilio de alguno de ellos

85 sus casas se adornan la cabeza con largas cintas, se llenan el cuello de collares y aplacan a la Buena Diosa con el vientre de una marrana y una gran copa de vino. Pero invirtiendo las costumbres, las mujeres son arrojadas lejos, ni tan siquiera traspasan el portal. El altar de la diosa es accesible sólo a hombres. «¡Fuera, profanas!» —se grita—. 90 «Aquí no hay ninguna flautista que haga gemir su cuerno». Tales eran las orgías que a la luz secreta de unas antorchas solían celebrar los baptas [47] acostumbrados a fatigar [48] a la ateniense Cótito. Uno mediante una aguja [49] pequeña se alarga las cejas [50] con hollín humedecido y se 95 las pinta [51] alzando sus ojos parpadeantes [52], otro bebe con

---

no sólo para vestirse con atuendo femenil, sino también para celebrar una parodia de las fiestas que las mujeres celebraban en honor de la *Bona Dea*. Ellas excluían rigurosamente a los hombres de su celebración, y estos pervertidos hacen lo mismo. La celebración genuina fue introducida en Roma por los sabinos, ya antes de la época de Numa Pompilio. En ella se sacrificaba una puerca, símbolo de la fecundidad, y no se bebía vino, pues se creía que éste dañaba a las embarazadas.

[47] Aquí hay una comparación con las orgías de la diosa Cotito en la ciudad de Atenas. Cotito era una divinidad frigia cuyo culto tomó carta de naturaleza en Atenas; se celebraba con orgías licenciosas. Los baptas eran los ministros de este culto, cuya iniciación se hacía con una inmersión en agua. De ahí el nombre. Etimológicamente «bapta» significa «el que sumerge».

[48] Fatigar, porque la diosa llegaba a hartarse de sus adeptos.

[49] El latín dice «aguja», pero debe entenderse más bien una pequeña espátula.

[50] Era una fórmula de belleza en las mujeres alargarse las cejas de modo que casi se juntaran encima de la nariz.

[51] No es lo mismo que lo anterior. Se reseguían las pestañas a lo largo de la ceja con antimonio machacado y reducido a polvo, que es algo muy parecido al hollín. De ahí que se le diera simplemente este nombre.

[52] Porque durante la operación, el párpado no puede mantenerse inmóvil.

un príapo[53] de cristal y llena una redecilla de oro con su abundante cabellera; se ha vestido con ropas a cuadros azules o con un tenue tejido[54] de color verde pálido; el esclavo jura por la Juno[55] de su amo. Un tercero sostiene un espejo[56], instrumento favorito del garzón[57] Otón, «despojo de Áctor auruncano», en el que aquél se contemplaba armado cuando iba a mandar levantar estandartes, acción[58] que se debe reseñar en los últimos anales y en la historia más reciente: un espejo ha sido el botín de una guerra civil. Realmente, corresponde a un general en jefe matar a Galba[59] y cuidarse el cutis; es firmeza de un ciudadano nobilísimo aspirar en los campos de Bebríaco[60] al saqueo del Palatino[61] y extenderse en el rostro, con los

100

105

---

[53] Referencia a la felación.

[54] En latín *galbina*, vestido exclusivo de mujeres. Tenue: otra vez la transparencia de las vestiduras.

[55] La ficción de que aquí se trata de mujeres es observada con el máximo rigor.

[56] Los espejos eran de uso exclusivo de las mujeres. Aquí hay una referencia a la *Eneida* de Virgilio, y luego una cita literal. La primera es una parodia del lugar III 286 «escudo del insigne Abante» (que fue un rey de Argos aliado de Agamenón), la segunda, cf. XII 94. Ello permite ver muy intuitivamente el monstruoso contraste entre los héroes de la Antigüedad y los personajes de la época del satírico. Otón, representante de la juventud aristocrática de entonces, empuñaba el espejo como los antiguos empuñaban el escudo, y lo empuñaban con el mismo orgullo, hay que suponer, con que Turno blandía la lanza que arrebatara en pleno combate a Áctor de Aurunca.

[57] Era voz común que la amistad entre Otón y Nerón era de índole perversa.

[58] Los vv. 102-109 nos ofrecen otra vez una digresión meditativa que rompe totalmente la unidad del pasaje.

[59] Otón mandó asesinar a Galba en el año 69.

[60] Pequeño lugar entre Cremona y Verona en que se libró la batalla decisiva entre Otón y Vitelio, en abril del año 69.

[61] Es decir, proclamarse emperador de Roma.

dedos, pan comprimido[62], lo cual ni Semíramis armada de aljaba hizo en su imperio asirio ni la afligida Cleopatra
110 en su nave de Accio[63]. Pero aquí ni hay pudor en las palabras ni respeto al altar[64]. Aquí reina la impúdica Cíbele y hay plena libertad para hablar con voz lasciva. El gran sacerdote de este rito es un vejestorio fanático, de blanca cabellera, modelo singular y memorable de una in-
115 saciable glotonería: merece la pena alquilarlo para maestro. ¿Pero, qué es lo que esperan éstos que, al modo frigio, tiempo ha que se hubieran debido cercenar con un cuchillo un colgajo de carne sobrera? Graco aportó como dote cuatrocientos mil sestercios a un flautista, perdón, quizás tañía con una trompeta[65]. Ya se han sellado los documentos[66], ya se han deseado felicidades los invitados
120 a la concurrida cena, ya han tomado asiento y esta recién *casada* se reclina sobre el pecho del marido. Próceres,

---

[62] Se trata de una compresa muy delgada de pan, amasada con leche de burra, que durante la noche se ponía en la cara para vitalizar el cutis.

[63] Cosa que no hicieron ni Semíramis ni Cleopatra, las belicosas reinas de Oriente. La primera, según la leyenda, hizo una campaña hasta la India, en la que murió. Pero los romanos vieron siempre en ella una mujer muy muelle. El texto latino aplica indiscutiblemente a Cleopatra el adjetivo «triste», «afligida», lo cual puede responder a su estado de ánimo antes de la batalla.

[64] Se refiere a la mesa sagrada, en la que se depositaban las ofrendas.

[65] El equívoco obsceno es evidente. Se entra en la descripción de un enlace entre homosexuales. Había un precedente no lejano, tal celebración entre el emperador Nerón y un tal Esporo, efectuada con todas las formalidades legales. Este Graco saldrá luego como gladiador reciario (vv. 143-148, y VIII 201), que aquí se une a un trompetero. Apunta también fugazmente el tema del dinero, los cuatrocientos mil sestercios, una cantidad muy considerable.

[66] Legales, que dan fe del enlace «matrimonial».

¿qué necesitamos? ¿Un harúspice o un censor?[67]. Te horrorizarías o creerías más monstruoso que una mujer pariera un becerro o una vaca un cordero? Se adereza con pasamanería, con vestidos largos[68] y con el velo nupcial uno que hace poco sudaba bajo los escudos sagrados[69] 125 cuando los agitaba[70] con la correa misteriosa[71]. ¡Padre de la ciudad![72] ¿Desde dónde se abatió tan horrendo sacrilegio sobre los pastores del Lacio?[73] ¿De dónde salió esta ortiga, Gradivo[74], que ha alcanzado a tus descendientes? He aquí que un hombre rico y de linaje esclarecido se entrega a otro hombre y tú ni agitas el casco[75], ni gol- 130 peas la tierra[76] con tu lanza, ni te quejas a tu padre. Ea,

---

[67] Otra alusión a la censura vitalicia de Domiciano. Se consultaban al harúspice los prodigios que pudieran ocurrir, que a él tocaba interpretar; Juvenal considera prodigios estas horribles infamias contra naturaleza, de ahí que mencione al harúspice.

[68] Era la túnica talar, que llegaba hasta los pies.

[69] Los escudos sagrados eran llevados en el brazo izquierdo por los sacerdotes salios en la procesión que celebraban el día 1 de marzo.

[70] Porque durante la procesión los sacerdotes salios bailaban.

[71] La correa se llama misteriosa porque sólo se veía en esta ocasión; en el resto del año se guardaba en el templo de los sacerdotes salios. Pero aquí subyace otro sentido, la correa también es misteriosa porque a ella se atribuye un cierto poder mágico.

[72] Los sacerdotes salios estaban divididos en dos colegios, el del Palatino, que daba culto al dios Marte, y el del monte Celio, que daba culto a Quirino, quien aquí, como siempre, es considerado como Rómulo divinizado, fundador de Roma, y llamado por esto «padre de la ciudad».

[73] Los primeros romanos fueron pastores o bien bandidos, dice Juvenal en VIII 274.

[74] El otro patrón de la ciudad, Marte.

[75] Agitar la cabeza, aquí cubierta con el casco, es señal de indignación.

[76] Golpear el suelo con la lanza era señal inequívoca de ira.

¡largo de aquí! ¡Abandona las yugadas del severo[77] Campo del que no cuidas! «Mañana al salir el sol tengo algo importante que hacer en el valle de Quirino[78]». «¿Qué es lo que debes hacer?» «¿Por qué lo preguntas? Un amigo
135 mío toma marido; los invitados somos pocos». Los que no muramos pronto viviremos esto, y ocurrirá a la luz pública, y se deseará que se consigne en los registros[79]. Entretanto una angustia indecible aflige a las casadas: no llegan a dar a luz y a retener al marido por medio de los
140 hijos. Sin embargo, es preferible que la naturaleza no haya concedido a las almas jurisdicción sobre los cuerpos. Las esposas mueren yermas, y en nada les aprovecha la obesa Lide[80] con sus potes de ungüento, ni les sirve de nada ofrecer las palmas de sus manos al ágil luperco[81].

---

[77] Severo, porque no era apropiado tratar en él asuntos triviales ni hacer cosas grotescas.

[78] Notan los comentaristas que en la topografía de la Roma antigua, el valle de Quirino no aparece por ninguna parte. Debía de ser una pequeña hondonada contigua a la colina del Quirinal.

[79] Se refiere a las *Acta Diurna*, en las que se anotaban los hechos notables o sorprendentes ocurridos cada día.

[80] La obesa Lide fue, sin duda, una comadrona muy conocida, o quizás una mujer médico, o una curandera que suministraba a las mujeres medicamentos contra la esterilidad.

[81] En las fiestas llamadas *Lupercalia* (en honor de los lobos, la celebración procedía de Arcadia), los lupercos, ciudadanos romanos de cierta y aun de alta categoría social, que desempeñaban normalmente cargos importantes, en este día, desnudos y cubiertos por un simple taparrabos, corrían por las calles de Roma y golpeaban a las mujeres que se encontraban al paso con tiras de piel de cabras sacrificadas. Se creía que recibir estos golpes era curativo, y que las mujeres que los recibían tenían los partos más fáciles; las estériles quedaban embarazadas.

Pero hay todavía una monstruosidad[82] peor: Graco con su túnica y el tridente en la mano. Se le ha visto[83] como gladiador corriendo en medio de la arena[84], a él, 145 de linaje más noble que los Marcelo[85] y los Capitolino[86], que los descendientes de Paulo y de Catulo, que los Fabios y que todos los espectadores aposentados en la tribuna[87], sin exceptuar ni tan siquiera a aquél que sufragó los juegos en los que Graco falló con su red.

Que haya algunos manes, los reinos subterráneos, la 150 pértiga y las ranas negras de la charca Estigia, y que tantos miles atraviesen la laguna en una sola barca, sólo lo

---

82 La palabra latina correspondiente significa algo *contra naturam*.

83 Los vicios hasta ahora fustigados eran repugnantes, pero se avergonzaban de la luz del día, y quedaban ocultos. Pero lo que sigue ahora supera aquella indignidad inaudita: personas de las familias más nobles, senadores y caballeros, se rebajaban públicamente como gladiadores para ser espectáculo del pueblo. Esta transición sólo se puede entender si se tiene en cuenta que también en lo anterior se ha tratado de la corrupción de las clases más altas. El poeta juzga como romano que es. La dignidad de las clases sociales más altas era un santuario del Estado, y su fundamento más sólido. El desprecio de esta dignidad y la prostitución pública de las más altas esferas familiares y linajes, que hubieran debido ofrecer otro ejemplo, fue el inicio de una perdición irrecuperable.

84 Porque había fallado el golpe. Cuando el reciario fallaba con la red debía huir corriendo como un galgo, porque sus armas defensivas eran de muy poca eficacia.

85 Los *Claudii Marcelli, Lutatii Catulli, Aemilii* (o bien *Fabii, Iulii, Sergii) Paulli,* y los *Fabii* como ejemplo de las familias y de los linajes más nobles y encumbrados.

86 Hay que pensar en los *Manlii Capitolini,* cuyo antepasado Marco Manlio Capitolino recibió tal *cognomen* por haber defendido el Capitolio contra la invasión de los galos.

87 Los aposentados en la tribuna eran el Emperador y su corte. Aquí el Emperador era Nerón.

creen los niños que aún no pagan en los baños[88]. Pues vamos a creerlo: ¿qué sentirán Curio y los dos Escipiones,
155 qué Fabio y los manes de Camilo[89], qué la Legión Cremera[90] y los jóvenes que cayeron en Cannas, las almas de tantos guerreros, cada vez que desde aquí llega a ellos un alma de tal calaña? Desearían purificarse si se les diera un poco de azufre, unas teas y si tuvieran a mano algo de laurel humedecido[91]. Allí desfilamos ante la rechifla. Es cierto que hemos llevado nuestras armas más allá de
160 las costas de Juverna, más allá de las Órcadas recién conquistadas[92] y de los británicos que deben contentarse con una noche muy breve. Pero lo que ocurre en la capital del pueblo vencedor no lo hacen aquellos que vencimos. Bien, sí: dícese de un armenio, Zalaces[93], más afeminado que todos los efebos juntos, que se entregó a los ardores
165 de un tribuno. Mira los efectos de estos cambios: habían venido aquí como rehenes y aquí se les convierte en hombres[94]. Pues si una estancia demasiado larga familiariza

---

[88] Juvenal no rechaza en modo alguno la creencia en otra vida, lo que niega son los mitos que ordinariamente se cuentan sobre ella. El final de la sátira se marca por este contraste, muy efectivo.

[89] Los espíritus de la época gloriosa de los antepasados: Curio, Fabricio y Camilo. Son los citados tradicionalmente.

[90] Los Fabios muertos en el riachuelo Cremera en la guerra contra los veyentinos.

[91] Purificarse de una contaminación. Se ahumaba con azufre y se aspergía con agua; el hisopo era una rama de laurel.

[92] La conquista de las Órcadas por Agrícola (el suegro de Tácito) se dio en el año 84. Pero al año siguiente tal general fue llamado a Roma, tras haber conquistado el sur de Inglaterra. Quizás Juvenal participara en la campaña, en cuyo caso escribió esta sátira unos veinte años después.

[93] Podría tratarse de un caso real ocurrido en el imperio de Nerón.

[94] Duro sarcasmo al final de la sátira.

a estos jóvenes con la ciudad, jamás les faltará un enamorado que les enviará calzoncillos, puñales, frenos y un látigo. Y ellos se llevarán a Artajata[95] las costumbres de la 170
toga pretexta.

---

[95] La capital de Armenia.

SÁTIRA III

Al principio mismo de esta introducción particular a la sátira tercera de Juvenal, quiero recordar a mi entrañable maestro Dr. Javier de Echave Sustaeta, que en el curso 1950-51 en la Universidad de Barcelona nos hizo una magistral lectura de ella. Ahí empezó mi gusto por Juvenal, a cuyas particularidades sintácticas dediqué mi tesis doctoral (galardonada por el C.S.I.C. en el año 1957 con el premio Menéndez Pelayo), y que edité en catalán en el año 1961 en la «Fundació Bernat Metge». Por tal edición ahora me avergüenzo un poco, porque presenta fallos quizás ineludibles en un primerizo; pero providencialmente se me ha ofrecido ahora la ocasión, al cabo de treinta años, de repetir la tarea con la madurez que sólo dan éstos. Afortunadamente, no fue éste el único curso en que recibí clases del Dr. Echave, sino también en el siguiente, y debo decir que a su magisterio debo haber barruntado por primera vez qué es leer a los clásicos latinos y griegos, y en qué consiste el verdadero arte de traducirlos.

Pasando ya a lo que aquí en realidad nos interesa, hay que advertir que nos encontramos ante una de las piezas maestras de toda la literatura latina, en la que los defectos más típicos de Juvenal, las digresiones excesivas, aquí no existen, y las dos o tres que hay son hermosos comentarios contextuales que en nada ofenden la secuencia de la sátira (la descripción del rústico teatro de un pueblo, por ejemplo), y en la que el satírico muestra una habilísima destreza en componer una unidad perfecta-

mente equilibrada y compensada en sus partes, conjuntadas por un trasfondo poderoso que las cohesiona por debajo y más allá de la variedad más somática de la redacción. Y todo ello en una dicción vigorosa y enérgica que, especialmente en el texto latino, sobrecoge al lector y hace que no abandone la lectura de esta sátira hasta el último hexámetro.

La sátira es un monólogo recitado de cabo a rabo por Umbricio, un hombre ya maduro, en el primer umbral de la vejez, de posición social modesta, que se va a vivir a Cumas para no regresar jamás a la gran urbe. Porque habría sido absurdo que Juvenal recitara aquí su buena docena de razones para irse de la ciudad, pero quedándose en ella. Se marcha de Roma Umbricio. Como Juvenal, él ha sido cliente de un hombre rico; como Juvenal, se siente un fracasado. Esto les separa, sin embargo: Juvenal se queda, Umbricio se va. Y se va en último término por algo muy romano: para el ciudadano romano el trabajo, sobre todo el manual, era un desdoro. Umbricio no quería ganarse la vida trabajando en algo que no fuera la agricultura. En el mismo principio de su parlamento mezcla indiscriminadamente profesiones honestas y deshonestas entre aquellas que él rehúye ejercer. Sí, a Umbricio (a Juvenal) ahí se le ve el plumero: es un hombre chapado a la antigua, una especie de integrista de la época, que conecta muy bien con los rancios ideales de la época republicana, de Catón el Censor, del de Útica, y que quizás vea en la institución imperial una de las causas de la imparable decadencia de Roma. (Pero era un gran poeta, y esto le ha salvado para nosotros.) Integrista y chapado a la antigua, no dejaba de tener su parte de razón, que estriba en la más profunda esencia del ser hombre y de la sociedad humana.

Esta tercera sátira de Juvenal, excepcional desde tantos puntos de vista, lo es también porque es la única que nos sitúa exactamente en el lugar en que se desarrolla, y no de una manera árida y a secas, sino cargada de intencionalidad (vv. 1-20). Umbricio ha alquilado un carro tirado por mulas para trasladar su equipaje. Sus esclavos han acarreado ajuar y enseres hasta la puerta de la ciudad, pues durante el día los carruajes con ruedas

no podían circular por ella, y ahora están cargando el carromato. Juvenal ha paseado con su amigo hasta la Puerta Capena para decirle adiós, y los amigos se desvían de la ruta principal, la Vía Apia, para ir al valle de Egeria por un agradable caminillo y departir en paz, de espaldas a la ciudad.

El lugar por el que los amigos pasean era un lugar sagrado. En el llamado valle de Egeria decía la tradición que Numa se entrevistaba secretamente con la ninfa, que era la del lugar (o la musa, indistintamente). En recuerdo de ella los antiguos habían erigido aquí un templo, y una fuente amenizaba con sus linfas la santidad del lugar. Pues bien, apunta Juvenal, incluso este lugar ha sufrido una doble profanación. Ante todo ya no acuden aquí gentes que veneren la santidad del sitio, que han sido reemplazadas por enjambres de judíos, mendigos en su mayor parte, que seguramente, por lo que dice Juvenal, han establecido aquí una sinagoga. Además, y ésta sería la segunda profanación, la gruta de la ninfa ha sido restaurada. El muro originario ha sido recubierto por lujosas placas de mármol, y el césped de su suelo ha sido arrancado. Al describir la situación del monólogo, Juvenal nos da su tono emocional, tal como lo da al final, en las palabras definitivas de despedida.

El contenido de la sátira es el siguiente: en Roma es imposible encontrar un trabajo honrado (vv. 21-57). Ya se ha señalado lo que Juvenal entiende, porque contratar la construcción de un templo, o de un puerto, o de los diques de un río no es ningún trabajo infame. Pero nuestro satírico lo ve desde un punto de vista estrictamente romano, y para él, el hecho de que un antiguo trompetero, funcionario municipal, ahora organice peleas de gladiadores es perfectamente homologable con la contrata de obras de un puerto.

Pero el hecho de no encontrar trabajo honrado en Roma tiene una causa principal, la población advenediza de griegos y de orientales, que desplazan a los romanos por doquier. Juvenal, y hay que pensar que en ello no era una excepción, odiaba a estos extranjeros. La palabra clave parece ser xenofobia (vv. 58-125). Ya los griegos desde sus épocas preclásica y clásica sin-

tieron auténtico desprecio por los que no eran griegos (tal como los judíos lo sentían hacia los no judíos, aunque obviamente por motivos distintos), y lo mismo pasó con los romanos. Pero en los tiempos antiguos si el forastero asimilaba la lengua y la cultura griega o latina y se integraba en la sociedad respectiva, nada hostil se sentía contra él. Terencio era africano, y quizás de color negro (esto no es seguro), Diógenes el Cínico había nacido en la región del Mar de Mármara, y Zenón el Estoico era judío de nacimiento. Notabilísimo es el caso del historiador Polibio, que, nacido en Megalópolis, llegó a Roma como prisionero de guerra, pero llegó a integrarse profundamente en el llamado círculo de los Escipiones. De todas formas, es verdad que nunca faltó en Roma quien se opusiera tenazmente a la influencia griega: Catón el Censor luchó contra ella durante toda su vida.

Pero con la liquidación del régimen republicano en Roma y la institución del Imperio, la convivencia pacífica en Roma entre romanos y griegos (que hasta entonces habían sido relativamente escasos) se agrió. Lo más probable, y Juvenal parece confirmarlo, es que a principios del Imperio una verdadera oleada de griegos y en general de orientales inundara Roma. Y unos y otros tenían motivos parciales para desdeñarse mutuamente. Los griegos despreciaban de los romanos su rudeza y la violencia con que se manejaban, y los romanos despreciaban de los griegos su versatilidad y su relajación de costumbres. Puntos tan centrales como la religión romana y sus concepciones políticas se vieron poco afectados por lo griego, pero la moralidad pública de Roma se resintió notablemente ante los embates de la disolución que le llegaba de Oriente. Y ello separó ambas poblaciones cada vez más. Añádase a ello un fenómeno sociológico y cultural: en el occidente del Imperio Romano, el impacto de la cultura griega fue escaso, y en Roma mismo a partir del s. III hubo una fuerte revalorización de lo romano en detrimento de lo griego. No antes de esta época en Roma las liturgias cristianas empezaron a celebrarse en latín, pues incluso en la Urbe la primera lengua del culto cristiano fue el griego. Esto por un lado. De igual manera

el latín y su cultura impactaron muy poco la parte oriental del Imperio, que siguió siendo radicalmente griega. En la época de Juvenal todo ello se reflejaba en Roma, y desaguaba en un odio racial. De manera que cuando el satírico ataca con furia a los grieguillos no es como un hongo que nace solo y esporádico en el bosque: es sólo un árbol en la espesura de éste.

Y ahora hay un cambio radical de perspectivas: también los ricos y los nobles hacen competencia desleal a los pobres (vv. 126-146). Juvenal nos ofrece las dos caras de la moneda: primero los ricos que desplazan a los pobres en una *salutatio* que no es exactamente la de la *sportula,* pero que se le parece mucho, y luego la fiabilidad de los testigos en los procesos: al rico se le da crédito aunque mienta, mientras que al pobre, por más que deponga verdad, se le desprecia.

Y sigue un punto que es de la máxima importancia en Juvenal (vv. 147-167): la pobreza importa ridiculez, hacer el ridículo. Era la peor herida a la dignidad de un romano. El pobre va con la túnica rota y zurcida, con las botas agujereadas. El que era rico y se ha arruinado se ve miserablemente expulsado de los círculos sociales en que se movía.

Y por la ley de atracción de contrarios, todo ello evoca en Juvenal la vida en una pequeña ciudad provinciana (vv. 168-179) y la brutal contraposición con la metrópoli (vv. 180-190). La primera parte es esencialmente hermosa, con su núcleo central que describe un teatro aldeano, con sus pequeñas gradas para el público, en cuyas junturas ha nacido la yerba, con el cuerpo de ediles sentado junto a la *orchestra* vestidos sólo con túnica blanca, pues en nada quieren distinguirse de los demás ciudadanos (al revés de lo que ocurre en Roma, donde los caballeros en el teatro ostentan soberbiamente su toga roja). En el regazo de su madre el niño rústico se asusta ante la máscara del *manducus.* Ante la sencillez de este mundo, por ello tiene fuerza el contraste: en Roma se vive lujosamente, pero de prestado, pues nadie es verdaderamente dueño de lo que exhibe, y en ella todo tiene precio, incluso la intercesión de los esclavos para que obtengan algo de su señor a favor del solicitante.

Si echamos una ojeada retrospectiva a lo que hasta ahora tenemos leído del apasionado monólogo, vemos que sin la pasión que lo caracteriza sería vulnerable lógicamente, que tiene cabos sueltos que han quedado sin atar. Pero esto no nos importa. Los tres motivos aludidos, no poder ganarse la vida honradamente, los grieguillos y los inconvenientes de la pobreza forman juntos una sola queja ya reseñada. No se puede ser a la vez honrado, romano y pobre. Y por ahí progresa la sátira.

Los peligros de la ciudad, con una segunda y espléndida evocación de la vida campesina (vv. 190-231). La descripción de Juvenal es sumamente eficaz debido precisamente a pequeños contrastes que ofrecen un contraluz poderoso: nadie en las modestas ciudades provincianas teme el derrumbamiento de su vivienda, mientras que los bloques de pisos en Roma se alzan apoyados en míseras estructuras y tabiques. Si se abre una grieta en un muro, el dueño no manda repararla, sino sólo taparla. «≪Podéis dormir tranquilos≫, dice. ¡Y el derrumbe está encima!» Luego los incendios, que pueden empezar por cualquier parte. Y en este último caso se ve la mezquindad de la conciencia de la ciudadanía romana, pues si se pega fuego al piso de Codro, aquel mísero poeta cuya mención abre el frontispicio de las *Sátiras* (I 2), éste lo pierde todo (un todo, hay que decirlo, descrito con cierta sorna), pero si se incendia el palacio del potentado Astúrico, ello es tomado como una catástrofe pública: los demás ricos y las matronas se visten de luto, y el pretor suspende las audiencias. Y lo peor es que el damnificado recibe tantas ayudas que llegan a superar lo que ha perdido: todo hace pensar que Astúrico pegó fuego él mismo a su palacio.

Frente a esto, ¡vete a vivir al campo! Vivirás en él con frugalidad feliz. Te abastecerá un huerto, de cuyo pocillo somero extraerás sin necesidad de maromas el agua para el regadío, y podrás invitar a cien pitagóricos, pues eran vegetarianos. Otra vez la intuitiva contraposición campo/ciudad.

Y una transición, al menos parcial: no vale la pena vivir en Roma, pues el alboroto nocturno de sus calles no permite un sueño tranquilo y reparador (vv. 232-238), y las aglomeraciones

durante el día en estas mismas calles conllevan riesgo de la vida al ciudadano de a pie que transita por ellas (vv. 239-267); no así al ricachón que se desplaza en una litera de Liburnia, y que mira con desdén la marea de cabezas humanas que ya al amanecer se apretujan por las calles de Roma. Principalmente los vv. 243-248 son espléndidos, pues en una condensación compacta, variopinta y convergente señalan los peligros materiales que acechan al pobre que avanza entre tal masa de hombres y mujeres:

... a mí, con la prisa que llevo, me cierra el paso una avalancha por delante, y el gentío que me sigue por detrás formando una cola interminable me oprime los riñones. Uno me larga un codazo, otro me da con una ruda angarilla, éste me sacude la cabeza con una percha y aquél con una metreta. Voy con las piernas perdidas de barro, todo son pisotones de unas plantas enormes; un clavo de soldado me ha herido un dedo.

Tras citar otra aglomeración, la de un colegio o cofradía que celebra un banquete ritual, y el riesgo de los carros cargados con troncos enormes de árboles o con bloques de mármol, y que se desvencijan y derraman su carga sobre la multitud, con el grotesco colofón del muerto cuyo cadáver literalmente se esfuma como las almas de ultratumba en las *nekuias* de la *Odisea* o de la *Eneida,* Juvenal pasa a enumerar los peligros de la noche, una vez que ha reseguido los del día. Antes de considerar este asunto, sin embargo, el último de esta sátira tercera, notemos cómo con un único motivo el satírico ha llenado las horas del día; ahora llenará las de la noche. Su tema es el tráfico en las calles, pero va desde el insomnio a altas horas de la madrugada, pasando por las aglomeraciones matutinas, la de la comida del mediodía, con cada comensal llevándose ridículamente la comida, acompañado de un esclavo que le sopla el hornillo (quizás un equívoco obsceno, pues en las comedias de Aristófanes el fogón o las brasas son las partes femeninas), hasta el tráfico de la tarde, cuya víctima mortal ya se ha sentado, estremecida, en la orilla de la Laguna Estigia, sin el medio as que llevarse a la boca para pagar el pasaje a Caronte. Entretanto en su casa sus esclavos, ignorantes de todo, le preparan la cena.

No se interrumpe la secuencia temporal: los peligros de la noche (vv. 268-314). Estamos inicialmente a primera hora de la noche; todavía hay ventanas abiertas con luces encendidas; no todo el mundo duerme. Y ahí radica el peligro, que de las ventanas caiga algo, como aquel «¡agua va!» que se gritaba desde las ventanas de las calles del Madrid de Carlos IV, algo que ensucie o golpee al viandante. Pues no era sólo líquido lo que se echaba por la ventana, también cántaros rotos, vasijas desportilladas...

Y la inolvidable escena final del borracho nocturno pendenciero, que desde cualquier punto de vista lleva las de ganar: por la violencia, porque es más forzudo, por la dialéctica, porque hace preguntas que no admiten respuesta, y aun legalmente, porque si dices algo se interpreta como un insulto, y te denuncia al pretor:

> Y da lo mismo si intentas decir algo o pruebas a irte sin rechistar: te sacuden igualmente, y encima furiosos te denuncian al pretor. He ahí la libertad del pobre: le golpean y pide, le muelen a puñetazos y suplica que por lo menos pueda irse de allí con algún que otro diente.

Para acabar hemos regresado al punto de partida: no se puede ser pobre y honrado y romano. Hemos cerrado el espléndido círculo que es esta tercera sátira de Juvenal.

SÁTIRA III

Aunque desconcertado por la partida de mi ya antiguo amigo, le alabo, sin embargo, la decisión de fijar su residencia en la despoblada Cumas[1], dando así un conciudadano a la Sibila. Es la puerta de Bayas, litoral agradable para un retiro ameno. Yo incluso prefiero Prócita[2] a la Subura[3]. ¿Pues qué lugar he visto tan dejado y desierto que no crea peor el horror de los incendios, los continuos derrumbamientos de techos[4], los mil peligros de esta inhumana ciudad y los poetas que recitan en pleno mes de agosto?[5]. Mientras apretujan todo su equipaje en un so-

[1] Cumas, al sur de Roma, en la costa de la Campania, no lejos de Nápoles, era entonces un lugar plácido y de muy poca población. El lugar era conocido por el oráculo de la Sibila de Cumas, en una gruta que aún se muestra hoy. Además, por Cumas transcurría la vía que conducía a Bayas, un conocido lugar de veraneo y de descanso.

[2] Es una pequeña isla entonces casi deshabitada frente a la costa de Campania.

[3] La Subura fue el distrito más animado y ruidoso de la Roma antigua. Estaba entre el Celio y el Esquilino, tenía abundancia de mercados, tabernas y lupanares.

[4] Hacia el final de la sátira (vv. 190-220) el poeta tocará con detalle estos temas.

[5] En la época de la canícula, cuando más molesto era ir por la calle. Se repite el motivo que encontramos en el inicio de la *Sátira* I.

lo carro[6], él se detiene junto a los viejos arcos de la húmeda Puerta Capena[7], aquí, donde Numa citaba por la noche a su amiga[8] y hoy los templos y el bosquecillo de la fuente sagrada se alquilan a los judíos[9], cuyo ajuar
15 consiste en un cuévano y un montón de heno[10], porque aquí todo árbol se ve obligado a pasar una renta al pueblo y ahora el bosque ha debido expulsar a las musas y echarse a mendigar[11]. Bajamos por el valle de Egeria, a

---

[6] Mientras se carga el equipaje el amigo sale de la casa en compañía del poeta y emprende un paseo hasta la Puerta Capena, donde subirá definitivamente al carruaje.

[7] Cuando se circulaba por la Vía Apia los viajeros no subían al carro antes de llegar a la Puerta Capena, como se ha dicho. En ella, en la ladera del Monte Celio, terminaba una derivación de la *Aqua Marcia,* y la Puerta Capena era un acueducto por el que el agua goteaba, motivo de que a dicha puerta se le califique de húmeda.

[8] La ninfa Egeria. Precisamente en la Puerta Capena se iniciaba un agradable caminillo que atravesaba el valle de Egeria. Este valle era un lugar sagrado por la leyenda de los encuentros secretos de Numa con la ninfa. Allí estaba el bosque de las ninfas, y había una fuente y un templo, a la izquierda de la Vía Apia.

[9] Probablemente indica sólo la existencia de una sinagoga, pues cuando era posible, los judíos las establecían junto a corrientes de agua, cf. *Hechos de los Apóstoles* 16, 13: *el sábado salimos fuera de la puerta, a la orilla de un río, donde suponíamos que había un sitio para orar.* De modo que en la época de Juvenal, en su significado primitivo el valle estaba descuidado, y ahora se había arrendado a los judíos. Los templos aquí aludidos (quizás el templo, plural por singular) debían de estar en ruinas.

[10] Los judíos debieron de interesar a Juvenal. Aquí cita algo muy distintivo de ellos, sus cestas y sus haces de heno. La ley judía prohibía el uso del fuego en sábado, y también el ayuno. Los judíos preparaban sus comidas con anterioridad, las envolvían con heno, lo cual las guardaba calientes, y el sábado las podían tomar así.

[11] Esto significa que en el bosquecillo sagrado ahora pululan los mendigos. En Roma muchos mendigos eran judíos. Un oculto sarcasmo:

su gruta tan distinta de las auténticas[12]. ¡Cuánto más presente estaría el dios en sus aguas si la hierba ciñera las corrientes en el verdor de las orillas y los mármoles no 20 desfiguraran la toba natural![13].

Y aquí dijo Umbricio: «Cuando en la ciudad no hay lugar para los oficios honestos, cuando no hay un pago para los trabajos, y hoy tu peculio es menor de lo que era ayer, y el día de mañana a los pobres les quitará algo, me propongo largarme allí donde Dédalo se despojó 25 de sus fatigadas alas[14]. Cuando las canas me son aún recientes y comienzo mi vejez aún vigoroso, cuando a Láquesis[15] le queda todavía mucho por torcer, y mis pies me llevan sin la ayuda de un bastón en mi mano derecha, me voy de la patria! En ella, que vivan Artorio y Cátu- 30 lo[16], que se queden los que llaman blanco a lo negro[17], los que no tienen empacho en arrendar la construcción de un templo, la cobranza de la aduana portuaria o la fluvial, el vaciado de las cloacas, el porteo de cadáveres a hombros[18], los que no retroceden si han de poner los es-

¡en el bosque las mendigas judías han desplazado a las Camenas, a las Musas!

12 Porque ha sido retocada artificialmente.

13 Una hermosa digresión de Juvenal, que aquí no molesta para nada. El recinto de la gruta de la ninfa se había enriquecido recubriendo de mármol sus paredes, lo cual desagradaba al poeta.

14 Allí: a Cumas, donde según la leyenda Dédalo secó sus alas antes de consagrarlas a Apolo.

15 Una de las tres Parcas, las hilanderas que hilaban la vida. De ahí el uso del verbo «torcer».

16 Personas de la época de Domiciano que no debieron tener demasiados escrúpulos a la hora de elegir medios para prosperar.

17 Refrán equivalente a nuestro «dar gato por liebre».

18 Este trabajo era tenido por especialmente vil. Sus ejecutantes, los *libitinarii*, eran contratados para todo lo referente a la sepultura.

clavos en venta bajo el asta que es su dueña[19]. Antaño
35 los vendían los musicastros, banda aparecida sin cesar[20]
en las arenas de los municipios, mofletes bien conocidos[21]
por las poblaciones, pero hoy son éstos los que dan los
juegos, y cuando el pueblo lo ordena agitando hacia abajo
el pulgar, hacen matar a quien sea[22]; luego regresan y
40 arriendan las letrinas[23]. ¿Y por qué no todo? Son aquellos tipos que la Fortuna, cuando se siente juguetona, eleva a los más altos honores desde una cuna humilde».

«¿Qué voy a hacer en Roma? Mentir, no sé; un libro, si es malo soy incapaz de alabarlo o de solicitarlo. No domino el movimiento de los astros[24]; prometer que el padre va a diñarla, no puedo ni quiero. Jamás inspeccioné
45 las visceras de rana[25]; que entiendan otros lo de llevar a las recién casadas los recados y los obsequios que les manda el adúltero. Ni seré ayudante de ladrones, por lo que

---

19 Dirigir las subastas de esclavos era también un trabajo poco gratificante socialmente. El texto latino no dice «esclavos», sino literalmente «cabezas»; aquí no se ha traducido por el equívoco inmediato con «cabezas de ganado», pero el texto latino es muy conciso, porque «cabeza» es vida y libertad. No era infrecuente que los deudores insolventes, aun en el caso de ser ciudadanos, fueran reducidos a esclavitud y vendidos en pública subasta.

20 Para amenizar los espectáculos de luchas de gladiadores.

21 Porque se hinchan al tañer el instrumento.

22 Individuos que antes actuaban de músicos en los pueblos durante el espectáculo de luchas de gladiadores han ganado el dinero suficiente, y ahora son ellos los que ofrecen el espectáculo, dejando al público la decisión de si el gladiador vencido debe o no recibir el golpe de muerte. Ésta se decidía agitando hacia abajo el pulgar.

23 Las había públicas, que se usaban a un precio ínfimo.

24 Porque no es astrólogo.

25 Para la preparación de venenos.

no salgo nunca a acompañar a nadie[26], como si fuera manco, como si sin su mano derecha mi cuerpo fuera inútil. ¿Pues quién es apreciado sino el cómplice, y aquél a 50 quien el ánimo le bulle, le hierve de secretos que siempre ha de callar?[27]. No cree deberte nada, y nada te pagará el que te hizo partícipe de un secreto honesto; Verres apreciará a quien puede delatarle cuando quiera. No aprecies tanto el oro que entre las arenas del umbrío Tajo[28] da 55 vueltas hacia el mar, que pierdas el sueño y recojas melancólico unas recompensas que deberás abandonar[29], pues recelará de ti un amigo encumbrado».

«Me apresuraré a aclararte sin rebozo qué gente goza hoy de la más grande aceptación entre nuestros ricos[30]; yo la rehúyo al máximo. ¡No puedo soportar, oh Quiri- 60 tes[31], una Roma griega! Pero, ¿qué parte de esta hez es verdaderamente aquea?[32]. Hace ya tiempo que el sirio

[26] Las dos expresiones deben ser entendidas en su sentido técnico: no formo parte del cortejo de algún gobernante que salga de Roma para ejercer la administración, y así no hacerme solidario y cómplice de sus extorsiones.

[27] En fuerte oposición a este lugar, dice Juvenal en IX 96: «El que hace un instante me ha confiado un secreto se enciende y me odia». Aquí, de todas formas, se describe la desazón del que guarda un secreto importante.

[28] Entre los antiguos estaba muy extendida la creencia de que el Tajo era un río aurífero. A medida que avanza en su parlamento, el lenguaje de Umbricio se torna más excitado.

[29] Quizás por los secretos de alguien; a buen seguro por la muerte: el innato pesimismo de Juvenal.

[30] Por ricos hay que entender personas próceres o nobles que en su calidad de senadores o de exsenadores componían la clase más alta del rango social romano.

[31] Tratamiento desdeñoso aplicado a los romanos, que ya no pueden ostentar tal título con la debida dignidad.

[32] Todos los orientales que llegaban a Roma hablaban griego común, aunque no fueran de procedencia estrictamente griega.

Orontes [33] desemboca en el Tíber; ha traído consigo la lengua, las costumbres, la sambuca [34] que acompaña al trompetero, también los timbales exóticos y las mozas obligadas a ofrecerse junto al Circo. Dirigíos allí los que gustáis de estas rameras bárbaras con sus gorritos de colorines [35]. He aquí, Quirino [36], que este rústico [37] descendiente tuyo se viste con el manto de parásito y luce en el cuello embadurnado de ceroma el distintivo de haber triunfado en los juegos [38]. Un griego dejó la alta Sición, otro Amidón, éste Andros, aquél Samos, el de más allá Trales o Alabanda: todos se dirigen al Esquilino o a la colina que extrajo su nombre del mimbre [39], para convertirse aquí en moradores mimados, y luego en amos de los grandes palacios.

65

70

[33] El río principal de Siria. Por aquel entonces en Roma triunfaban las modas y las mozas sirias: las *ambubaiae* (término sirio), las *tibicines* (trompeteras) y *crotalistriae* (que tocaban crótalos o castañuelas) que competían con las gaditanas. Había también las que tañían la sambuca *(sambucistriae)*; todas ellas actuaban en banquetes y festejos. Pero lo que les daba más dinero era ejercer de prostitutas ofreciéndose bajo los arcos del Circo Máximo.

[34] Era una lira de cuerdas oblicuas.

[35] Era el distintivo de su oficio y de su procedencia.

[36] Alusión burlesca a Rómulo, fundador de Roma.

[37] En el sentido noble de la palabra, rústico por descender del antiguo campesinado romano.

[38] Aquí Juvenal se mofa de las modas griegas poniendo nombres griegos, además polisílabos: *trechedipna, ceromatico, niceteria*. El primero es el parásito que procura hacerse invitar a comer; el *ceroma* era un unto que se aplicaban los atletas; el tercer término alude a una insignia que acreditaba haber triunfado en alguna competición deportiva.

[39] O sea, el Viminal. Lo que aquí se dice sólo se puede entender en el sentido de que los griegos que emigraban a Roma se iban a vivir inicialmente al Esquilino y al Viminal, donde, con el paso del tiempo, se convirtieron en elemento imprescindible.

Ingenio pronto, audacia sin límites[40], cháchara a flor de labio y más torrencial que la de Iseo[41]: dime, ¿quién crees que es?[42]. Consigo nos trajo a cualquier hombre, a un gramático, a un orador, a un geómetra[43], a un pintor, a un masajista, a un augur[44], a un equilibrista, a un médico, a un mago: de todo entiende un grieguillo famélico. Mándale volar hacia el cielo, y volará[45]. En resumen: no era moro, ni sármata, ni tracio el que se puso alas; había nacido en el centro de Atenas[46]». 75 80

«Y yo, ¿no huiré de los mantos de púrpura?[47] ¿Firmará antes que yo y se reclinará en una mesa mejor que la mía[48] este que empujaron a Roma los vientos que nos

---

[40] Especie de contradicción parcial, totalmente intencionada. El ingenio pronto corresponde a aquel que entiende fácilmente en un asunto, y esto es un elogio, corregido inmediatamente, sin embargo, por la audacia desvergonzada.

[41] No hay que confundir a este Iseo con el orador ático del mismo nombre; aquí se trata de un retórico de origen sirio famoso por la torrencialidad de su oratoria.

[42] Se le identifica más abajo: el grieguillo hambriento.

[43] Los geómetras fanfarroneaban muy principalmente por la importancia que Platón asignó a la geometría.

[44] No en el sentido estricto del término latino *augur*, el que adivinaba inspeccionando las entrañas de las aves, sino en el sentido más general de adivino.

[45] Exageración cómica, que parece tener un precedente real. Dión Crisóstomo cuenta (21, 9) que Nerón mandó a uno que levantara el vuelo, y éste se le presentó al cabo de un rato con unas alas puestas como para volar.

[46] Es decir, todos se las daban de ser atenienses.

[47] Es decir: ¿qué saco yo de tratar con gente de alto rango?

[48] En Roma había un orden estricto de precedencia no sólo en los lugares a ocupar en las mesas de los banquetes, sino también en las firmas de documentos oficiales, como testamentos, actas notariales, etc.

traen los higos y las ciruelas?[49]. ¿Hasta tal punto ya no
85 vale nada el que nuestra infancia bebiera el cielo del Aventino[50] y se alimentara de olivas sabinas?[51]. ¿Y qué diré de que esta gente[52], habilísima en el arte de adular, alabe el discurso de un indocto, la cara de un amigo feísimo, compare el cuello largo de un inválido con la cerviz de Hércules cuando sostenía a Anteo[53] separado de la tierra,
90 y sepa admirarse de una voz chillona, peor que la cual no suena ni tan siquiera la del gallo que picotea maritalmente a la gallina? Todo esto, también lo podemos alabar nosotros, pero el crédito se les otorga a ellos. ¿Hay quien les supere cuando un griego actúa en la comedia y representa a Tais, a la esposa o a Dóride que nada se tapa ni aun con un trapito?[54] Parece que habla una mujer en
95 persona, no un actor teatral. Dirías que debajo del vientre todo le es plano y hueco, a cierta distancia de una tenue fisura. Pero no es que allí el admirable sea Antíoco, o Estratocles, o Demetrio con el lascivo Hemón[55]: Grecia

---

[49] En Roma eran muy apreciados los higos de Siria y las ciruelas de Damasco, que se importaban por mar, de ahí la expresión de los vientos que empujan.

[50] Seguramente el Aventino fue la colina en que más se movió inicialmente la plebe romana. De modo que el citarlo tiene su intención.

[51] El pan y el aceite (las aceitunas) eran los componentes básicos de la alimentación de las clases humildes de Roma.

[52] Los grieguillos famélicos, naturalmente.

[53] Según es conocido, el gigante Anteo, cuando sus pies tocaban el suelo era invencible, porque recibía fuerza de la Tierra; por esto Hércules le levantó del suelo y le estranguló.

[54] Los tres papeles femeninos clásicos en la *comoedia palliata:* la meretriz (Tais), la esposa, y la esclava (Dóride). Todos los griegos son comediantes natos, viene a decir el poeta, tanto en la escena como en la vida. La esclava normalmente salía desnuda.

[55] Los grandes actores, que en otra parte suscitarían admiración, entre los griegos no son nada de particular, pues allí todos son come-

entera es comediante[56]. Si te ríes, a un griego le sacuden carcajadas mayores, llora si ve lágrimas en un amigo... y no le duele nada. ¿En tiempo frío pides un poco de fuego? Él se pone su capa; si dices: «¡vaya calor!», él se pondrá a sudar». 100

«De modo que no jugamos con las mismas bazas. Lleva ventaja el que siempre, día y noche, es capaz de componer su faz según la de cualquier otro, dispuesto a aplaudir y a alabar si el amigo eructó con elegancia, si orinó con brío o si el bacín de oro[57] resonó cuando giró su base. Además, para éste no hay nada sagrado[58] ni a salvo de su lubricidad: ni la dueña del hogar, ni la hija virgen, ni su novio aún imberbe[59], ni el hijo hasta ahora decente. Si no disponen de éstos, se tiran a la abuela[60] 105 110

---

diantes. De los cuatro actores citados aquí, este Antíoco nos es desconocido. Estratocles y Demetrio brillaron en la época de Domiciano. Hemón es citado otra vez por Juvenal en VI 198.

[56] El sentido pretendido aquí por el satírico se desprende de lo que sigue, no de lo anterior; el grieguillo es talentudo para desfigurar en todo momento cualquier cosa.

[57] El término latino *trulla* indica directamente una cavidad, el bacín, realmente de oro, pues los ricachones podían permitirse tales lujos, en cuyo final hay un orificio por el que salen los excrementos defecados. Debajo hay una plataforma metálica movible, con un pequeño contrapeso, que gira por el peso de lo que se le cae encima, y luego vuelve a adoptar la posición normal.

[58] Contrariamente a algún otro lugar, Juvenal parece tener aquí algún respeto religioso.

[59] El novio, niño o adolescente, pues entre las familias ricas romanas las bodas se concertaban muy tempranamente, y muchas veces el niño o adolescente en cuestión se iba a vivir al hogar de su prometida.

[60] Digamos, sólo a título de curiosidad pintoresca, que el latín aquí pone *aviam,* «abuela». Pero algunos monjes medievales, copistas del texto juvenaliano, que hasta aquí lo habían pasado todo, ante esto ya se escandalizaron, y cambiaron el término por *ollam,* interpretando el lugar como si el grieguillo fuera un «métome-en-todo» que destapaba

de su amigo. Quieren saber los secretos de las casas para así ser temidos[61]».

«Y ya que se ha empezado a hablar de los griegos,
115 deja lo propio de un gimnasio[62] y escucha la fechoría de un manto[63] más prestigioso. Un delator estoico causó la muerte a su amigo Barea[64], a su discípulo un viejo nutrido en aquella orilla en la que cayó el ala del caballo de
120 la Gorgona[65]. No hay lugar para un romano allí donde

---

incluso las ollas de la cocina para ver qué era lo que se iba a comer aquel día. Esta nota no menoscaba en nada mi sincero y profundo aprecio por el monacato medieval.

[61] Esta frase (el v. 113) sí que parece ser un pequeño desfallecimiento por parte del satírico, que ni encaja en el contexto ni tiene colorido poético.

[62] Es decir, pasemos a asuntos más importantes. Pero los protagonistas serán, ya por breve tiempo, los grieguillos, ahora más ricos y de mayor prestigio, dicho esto último muy en general.

[63] La palabra latina aquí es *abolla,* que era un manto característico de los filósofos.

[64] El estoico Publio Egnacio Céler en el año 66 ocasionó, deponiendo un falso testimonio, la muerte de Barea Sorano. Éste se había concitado el odio de Nerón. Barea Sorano había sido maestro y amigo de su delator, que era un griego nacido en Tarso.

[65] La orilla es la del río Cidno, junto a la ciudad de Tarso. Dión Casio cuenta el mismo caso (62, 26), pero dice que Egnacio Céler había nacido en Berito, en Siria, en cuyo caso sería griego sólo en sentido amplio. Y la orilla, en tal caso, sería no la del río, sino la del mar, pues Berito estaba en la costa. El caballo de la Gorgona era Pegaso, surgido de la sangre de la Medusa. El verbo latino traducido aquí por «cayó» quizás signifique «tomó tierra», en cuyo caso tendríamos una sinécdoque, el ala por todo el caballo. Según otra versión de la fábula, Pegaso jamás regresó a la tierra, sino que los dioses le establecieron en las caballerizas del Olimpo. Otra explicación es que aquí haya una alusión burlesca a un jurista llamado Pegaso, que ejerció en Roma bajo el imperio de Domiciano, pero ello no parece encajar en el contexto.

reina un Protógenes, un Dífilo o un Hermarco[66], que por un vicio nacional nunca comparten nada con un amigo: se lo reservan todo. Pues[67] si uno de ellos ha destilado en un oído crédulo un poco del veneno propio de su nación y de su índole, me echan por la puerta; se han acabado los tiempos de un largo servicio: en ninguna parte tiene menos importancia la expulsión de un cliente. No seamos ilusos: ¿qué valen aquí los buenos oficios, los servicios de un pobre diablo que se afana y se apresura, vestido con la toga[68], aún de noche[69], cuando incluso el pretor manda a su lictor urgentemente a cumplimentar a las viudas ya levantadas, para evitar que su colega se le adelante y salude antes a Albina y a Modia?[70]. Aquí el hijo de un hombre libre escolta al esclavo[71] de un ricachón, otro da lo que gana un tribuno en la legión[72] a Calvina

125

130

---

66 Protógenes fue un gramático que gozó de mucho prestigio en Roma. Menos sabemos de Dífilo, que quizás fuera contemporáneo del mismo Juvenal. Hermarco fue un filósofo epicúreo que llegó a tener un busto en su honor en Herculano.

67 Aquí, de manera casi imperceptible, el poeta va pasando a otro tema, el de la inutilidad de haber hecho algún favor a alguien.

68 Para cualquier acto importante, y aún más si era oficial, el romano siempre acudía vestido de toga.

69 Para llegar al amanecer, pues la *salutatio* se hacía justo a la salida del sol.

70 No parece tratarse aquí de la *sportula*, sino simplemente de una salutación matinal. Albina y Modia, se trata de dos viejas muy hacendadas; los que las saludan esperan ganarse así parte de su testamento.

71 Aquí el sentido del texto latino es dudoso: o bien puede tratarse de un liberto llamado despectivamente esclavo porque lo fue, o bien, literalmente, de un esclavo rico, pues en los palacios de amos ricos algunos esclavos gozaban de un peculio particular extraordinario.

72 Veinticinco mil sestercios anuales. Era un sueldo considerable.

y a Catiena[73] para poder holgar con ellas una, o a lo sumo dos veces; tú, cuando te place el rostro de una ramera
135 vestida[74], te quedas plantado y dudas en hacer bajar a Quíone[75] de su alto sitial[76]».

«Aporta en Roma un testigo tan santo[77] cual lo fue el huésped de la divinidad del Ida[78], que se adelante un Numa o el que salvó a la asustada Minerva de su templo
140 incendiado[79]: lo primero que se mira es su fortuna. ¿Sus costumbres? Lo último que se investigará». "¿Cuántos esclavos mantiene?[80]. ¿Cuántas yugadas de tierras posee? ¿Cuántos platos toma en su cena? ¿Cómo son?". La con-

---

73 Eran rameras de lujo, de las que se sabe algo. Julia Calvina era hermana de un tal Silano, amigo íntimo de Claudio, que llegó a casarse con una hermana de éste, pero mantenía relaciones incestuosas con su propio hermano, cuenta Tácito, *Anales* XII 4. Bajo el nombre de Catiena aparecen algunas mujeres condenadas por adulterio.

74 Las prostitutas de lujo se exhibían vestidas, al contrario de las de los burdeles, que lo hacían desnudas.

75 Quíone es un nombre genérico de meretriz.

76 «Alto» quizás en el sentido de «lujoso», pues también ello coadyuvaba a subrayar las exigencias económicas del contrato. En VI 115 y sigs., la emperatriz Mesalina, que con nombre fingido ejerce de ramera barata, dispondrá de una estera en un cuartucho, en el que se exhibirá desnuda, pero las lujosas aguardaban sentadas a los clientes.

77 Otra alusión sacral del satírico que parece sincera.

78 Tito Livio cuenta (XXIV 11) que cuando en el año 204 a. C., con motivo del traslado de la Magna Mater (la divinidad del Ida) desde Pesino a Roma, el oráculo de Delfos mandó entronizar la imagen de la divinidad en la casa del romano óptimo, fue designado como tal Publio Cornelio Escipión Nasica.

79 Lucio Cecilio Metelo, que en el año 241 a. C. salvó la imagen de Palas Atenea sacándola del templo de Vesta, pero perdió la vista en el empeño (Tito Livio, XXII). Juvenal vuelve a citarlo en VI 265.

80 El verbo latino interpretado literalmente es mucho más despectivo: «apacienta», cual si de bestias se tratara.

fianza que se tiene en cada uno la miden los dineros que guarda en su arca[81]. Ya puedes jurar por nuestros altares o por los de los samotracios[82]: es creencia general que 145 los pobres desprecian a los rayos y a los dioses (pero éstos en verdad no se lo toman muy a pecho)[83]. ¿Qué diré de la materia y causa de chanzas que suministra a todos este mismo pobre[84] con su manto sucio y raído, con su toga no muy limpia, con un zapato con rajas en la piel, o bien 150 si más de un zurcido deja ver el grueso hilo con el que las grietas acaban de ser recosidas? Lo más duro que la infeliz pobreza tiene en sí misma es que hace ridículos a los hombres. No falta quien grita: "Largo de ahí si tiene vergüenza, que se levante del diván ecuestre aquel cuya riqueza no llega a lo que marca la ley[85]; pueden sentarse 155 en él, en cambio, los hijos de los rufianes nacidos en cualquier prostíbulo. Que aplauda aquí el hijo del pimpante pregonero entre la elegante prole del reciario y los nacidos del entrenador de gladiadores". Así lo decretó la cabeza

---

[81] Era una caja de caudales metálica y fija en el suelo, a diferencia de las bolsas en que también se guardaba dinero *(loculi)*.

[82] Junto con los de Eleusis, en Roma gozaban de gran predicamento los misterios de Samotracia, pues los romanos creían que la fundación de Troya se planeó en Samotracia.

[83] Los pobres desprecian a los ricos perjurando, pero esto los dioses lo pasan por alto. Estos dos versos de Juvenal son espléndidos, y como tales se han hecho famosos en la posteridad:

contemnere fulmina pauper
creditur atque deos, dis ignoscentibus ipsis.

[84] Variación parcial del tema: se pasa a lo ridículos que son los pobres.

[85] La *Lex Roscia theatralis*, del año 67 a. C., otorgaba el privilegio de sentarse delante de la escena sólo a los caballeros *(equites)*. Pero los que se arruinaban, además de otros derechos, perdían también éste, porque perdían la categoría ecuestre.

160 huera de Otón, que estableció estas distinciones. ¿Qué yerno ha gustado aquí si no es tan rico y no iguala la dote de su novia? ¿Cuándo un pobre es nombrado heredero? ¿Cuándo los ediles lo toman como asesor? [86]. Hace ya tiempo que los Quirites [87] sin fortuna hubieran debido emigrar en batallón. En todas partes es difícil sobresalir a aquellos cuyo valor se ve obstaculizado por una familia 165 menesterosa, pero en Roma el intento es aún más penoso. Aquí un tugurio misérrimo cuesta un ojo de la cara, dar de comer a los sirvientes es algo carísimo, y lo es una frugal cena. Aquí repugna yantar con vajilla de barro. Y no lo considerarías una afrenta si de repente te vieras trasladado al país de los marsos o a una mesa sabina [88]; allí 170 te satisfaría una grosera capucha véneta [89]. A decir verdad, en gran parte de Italia [90] nadie se pone la toga [91] si no yace de cuerpo presente. Incluso si alguna vez se celebra en el teatro recubierto de hierba una fiesta solemne y ha 175 subido a escena la conocida farsa [92], cuando el niño cam-

---

[86] Como asesor en casos del trabajo de la policía judicial ejercido por los ediles. La asesoría quizás era gratuita, pero no sin ciertas ventajas, principalmente para la captación de testamentos. Juvenal ha citado a los ediles no sólo a guisa de ejemplo, sino también porque, en último término, las gentes de clase media podían esperar más de los ediles que de los pretores o de otros altos cargos ser escogidos como asesores en cuestiones judiciales.

[87] Es decir, los ciudadanos romanos.

[88] Cf. XIV 180. Marso, Hérnico y Sabino como representantes de la simplicidad campesina y la severidad de costumbres.

[89] En realidad se trata de una ancha capa que tenía una capucha para resguardar la cabeza. Véneta es sinónimo de color vulgar, ordinario.

[90] Fuera de Roma, naturalmente.

[91] A los ciudadanos romanos se la ponían de mortaja.

[92] Los vv. 172-179 son una hermosa digresión. El teatro de los antiguos originariamente estaba vinculado con el culto de los dioses, y este

pesino se asusta, en el regazo de su madre, ante la máscara pálida y boquiabierta[93], allí comprobarás que todo el mundo viste igual, que el senado y la gente[94] lucen la misma indumentaria; como señal de su preclaro oficio unas túnicas blancas[95] bastan a los máximos ediles. Pero aquí[96] el lujo en el vestir supera la propia bolsa, aquí 180 se toma siempre algo más de lo que es suficiente, a veces de bolsa ajena. Entre nosotros es un vicio general vivir en pobreza pretenciosa. En una palabra: en Roma todo vale su dinero. ¿Qué pagas[97] para saludar de vez en cuando a Coso? ¿Para que Veyento[98] te contemple sin soltar 185

enlace de las fiestas teatrales con las fiestas solemnes en las zonas rurales se mantuvo largo tiempo. Aquí no se trata de un teatro con las gradas hechas de césped, sino de uno en que crece la hierba en las junturas de las hileras de las gradas. Seguramente Juvenal piensa en las representaciones contempladas en su infancia en su Aquino natal.

[93] Excelente cuadro de una gran sencillez. El niño campesino en el regazo de su madre se asusta ante la visión inusitada de la máscara. La farsa es una atelana. Su nombre latino *exodium* responde al hecho de que cerraba el espectáculo en calidad de sainete. En tal *exodium* salían habitualmente fantasmas. El aludido aquí era el *manducus*, de carrillos hinchados y que chasqueaba los dientes.

[94] Como en Roma los senadores, aquí, en una aldea rural, la junta de decuriones tomaba asiento en la misma *orchestra*, delante mismo del lugar en que actuaban los actores.

[95] A la inversa de lo que ocurría en Roma, donde en el teatro debían vestir inexcusablemente toga todos los legalmente capacitados para ello.

[96] En Roma.

[97] Al esclavo que debe facilitarle el favor.

[98] Coso era el *cognomen* de la familia de los Cornelio Léntulo, pero aquí el satírico usa el nombre en sentido genérico de persona de alto linaje. Veyento, que encontramos también en VI 113, era un personaje que en época de Nerón compró honores a fuerza de dinero.

palabra? Aquél se está afeitando[99] y éste manda rapar a su efebo[100]. La casa está llena de pasteles para vender: toma uno y guárdate para ti tu despecho. Los clientes nos vemos obligados a pagar tributo y a aumentar así el peculio de los esclavos elegantes».

190 «¿Quién teme o ha temido el derrumbamiento de su casa[101] en la fresca Preneste[102], en Volsinia[103], situada entre montes boscosos, en la humilde Gabias[104] o en la ciudadela de la inclinada Tíbur?[105]. Nosotros vivimos en una ciudad sostenida en gran parte por puntales esmirriados, 195 pues es así como el casero previene un hundimiento. Cuando ha tapado la rima de una grieta antigua, dice: «podéis dormir tranquilos». ¡Y el derrumbe está encima!».

«Hay que vivir allí donde no haya incendios ni alarmas nocturnas. Ucalegonte[106] ya pide agua, y traslada sus míseros enseres: el tercer piso debajo del tuyo humea, y tú 200 sin enterarte, pues si el incendio se inicia en los bajos, el

---

99 Son las excusas que alegan los esclavos para eludir hacer el favor, o bien porque no se les da nada o bien por orden estricta de su amo.

100 A los niños y a los adolescentes se les dejaba crecer el cabello libremente, y cuando se les cortaba por primera vez, ello constituía una fiesta familiar, o de otro tipo, según. El pelo cortado se guardaba en recipientes costosos.

101 Cambio de tema: la inseguridad que para los pobres representa vivir en Roma.

102 La actual Palestrina.

103 La actual Orvieto, junto al lago Bolzano.

104 Gabia, hoy conocida con este mismo nombre, no lejos de Palestrina.

105 La actual Tívoli.

106 Evocación de Virgilio, *Eneida* II 311. El nombre es griego, y puede tener algún doble sentido, porque etimológicamente significa «el que no se preocupa de nada».

último en arder será el cuarto[107], que sólo el tejado resguarda de la lluvia, donde las tiernas[108] palomas depositan sus huevos».

«Codro tenía un lecho en el que no cabía ni Prócula[109], seis jarritos de adorno en su aparador, y debajo un 205 pequeño cántaro[110]; además una figura de Quirón echado[111] encima del mismo mármol; guardaba algunos librillos griegos en un viejo cofre en el que los incultos[112] ratones roían los divinos poemas. Codro no poseía casi nada: ¿quién lo niega? Y, sin embargo, el infeliz lo perdió por entero. El colmo de su miseria, helo ahí: nadie le ayu- 210 dará con comida y el abrigo de un techo, cuando, desnudo, pida unos mendrugos. En cambio, si se ha derrumbado el gran palacio de Astúrico[113], la matrona deja sus atavíos, los próceres se visten de duelo[114] y el pretor aplaza las audiencias[115]. En tal caso lloramos las desgracias de la ciudad, en tal caso odiamos el fuego. Arde todavía 215

---

107 En Roma los bloques acostumbraban a tener planta baja y cuatro pisos.

108 Hermoso epíteto, que no comporta nada peyorativo.

109 Codro era un poeta de ínfima categoría, citado al principio de las *Sátiras*, I 2. Prócula no es su mujer, sino una conocida enana romana.

110 Porque no cabía arriba.

111 Una figurilla del centauro Quirón echado, o quizás el perro doméstico, llamado así.

112 La palabra latina correspondiente, *opicus*, es un puntazo contra los oscos, llamados así como gentilicio, y que proverbialmente eran tenidos por rústicos e ignorantes.

113 Nombre elegido al azar para designar un ricachón de la época.

114 Unas y otros como para ir a un entierro.

115 La suspensión de la celebración de procesos se daba sólo cuando ocurrían catástrofes públicas.

y ya hay quien corra a regalar mármoles[116], quien aporte materiales. Uno donará estatuas blancas de desnudos, otro alguna pieza importante de Eufránor o de Policleto[117], ésta ornatos antiguos[118] de dioses asiáticos, y éste de aquí libros[119], estanterías, y un busto de Minerva para ponerlo en el centro, esotro un montón de dinero[120]. Pérsico[121], el más rico de nuestros arruinados[122], recupera más y mejor: con razón se sospecha de él que ha pegado fuego por sí mismo a su palacio».

220

«Tú, si logras prescindir de los juegos del Circo[123], tienes dispuesta en Sora, en Fabrateria o en Frusinone una casa cómoda al precio por el cual alquilas aquí por un año un tugurio[124]. Hay en ella un huertecillo y un pozo

225

---

116 O bien estatuas de mármol para reponer las destruidas, o, preferiblemente, placas de mármol para recubrir las paredes.

117 Eufránor fue un escultor griego, poco conocido, del s. IV a. C.; no así Policleto, uno de los principales escultores del helenismo, creador de su célebre canon. Lo que aquí se regala son reproducciones, naturalmente.

118 Su valor, museístico, estriba en que son antiguos.

119 Tener libros era una moda tan frívola como las demás; por descontado que no se los leía.

120 Quizás en Roma existieran unas muy rudimentarias compañías de seguros, principalmente contra incendios. Los llamémosles asegurados se comprometían a reponer en parte lo que alguno de los asociados perdiera en una catástrofe. En tal caso este lugar de Juvenal vendría a representar algo así como el pago de una cuota.

121 Sin duda un descendiente o pariente de Fabio Paulo Pérsico, cónsul en el año 34 d. C.

122 Oxímoron grotesco, porque del que continúa siendo rico no se puede decir que esté arruinado.

123 Juegos circenses, los había sólo en Roma; por tanto, los que se ausentaban de la capital se los perdían.

124 Sora y Fabrateria eran ciudades en el territorio de los volscos, Frusinone en el de los hérnicos; las tres no lejos de Aquino, donde naciera Juvenal. Sigue una hermosa alusión a la frugalidad campesina.

poco profundo que no precisa de maroma[125] para regar sin esfuerzo las tiernas plantas. Vive aquí al amor de la azada, masadero de tu bien labrado pegujal, que te dará para ofrecer una comida a cien pitagóricos[126]. Merece la 230 pena en cualquier sitio, en cualquier rincón, haberte convertido en propietario, aunque sea de un lagarto».

«En Roma muchos enfermos mueren de insomnio[127], aunque originó la enfermedad una comida indigesta que se pega en el estómago y fermenta. ¿En qué departamento alquilado se puede conciliar el sueño? En Roma dormir 235 cuesta un ojo de la cara. Y ahí empiezan las dolencias. El ruido de los carruajes[128] que pasan por los estrechos recodos de las calles y el escándalo de las bestias de tiro paradas[129] le quitarían el sueño a Druso[130] y a los terneros marinos. Un rico, si un quehacer le llama, pasará sin 240 tardanza por encima de esta marea[131] acomodado en una gran litera liburnia; dentro, durante el camino, leerá, escribirá o descabezará un sueño[132], pues estas literas, si cie-

125 Para extraer agua.

126 Eran vegetarianos, con la célebre prohibición de comer habas.

127 Cambio de tema: las incomodidades de la ciudad de Roma.

128 Los carruajes de pasajeros tenían prohibido circular de día por el centro de la ciudad.

129 El escándalo lo arman a voces los muleros que azuzan a las bestias para que avancen.

130 Alusión al emperador Claudio, hijo de Druso, que según Suetonio (VIII), después de las comidas cogía un sueño tan profundo que no se despertaba ni aun si le tiraban huesos de ciruela o de cereza. Tanto Claudio como Nerón ostentaron el título de *Drusus* antes de su coronación; de ahí que el pueblo les llamara vulgarmente «Drusos».

131 Marea humana de cabezas. El rico, cómodamente instalado en su litera, mira despectivamente las cabezas de la gente. Su litera tenía la forma de una galera liburna.

132 Esto indica que tal ruta se hacía al amanecer.

rras la ventana[133], invitan a sestear. Y llegará antes, pues a mí, con la prisa que llevo, me cierra el paso una avalancha por delante, y el gentío que me sigue por detrás
245 formando una cola interminable me oprime los riñones. Uno me larga un codazo, otro me da con una ruda angarilla, éste me sacude la cabeza con una percha y aquél con una metreta[134]. Voy con las piernas perdidas de barro, todo son pisotones de unas plantas enormes; un clavo de soldado me ha herido un dedo».

«¿No ves el humo de los capazos allí donde se da el
250 yantar?[135]. Cien son los comensales, y a cada uno le sigue su hornillo. Incluso Corbulón[136] transportaría a duras penas esta enorme cacharrería que acarrea un esclavo tieso e infeliz que en su camino aún aviva el fuego. Se rasgan[137] las túnicas acabadas de zurcir, se acerca un ca-
255 rro que transporta un abeto gigantesco; unos plaustros trasladan un pino; su barandal oscila y amenaza al gentío. Pues si se parte el eje del carromato cargado con piedra de Liguria[138] y el alud se precipita encima de aquella concurrencia, ¿qué quedará de los cuerpos? ¿Quién encon-
260 trará los miembros, quién los huesos? Triturado, el cadá-

---

[133] Mediante una cortina o corriendo un cristal ahumado.

[134] Que lleva en la espalda.

[135] Cambio de imagen: una nueva aglomeración. Aquí se trata de un banquete de un colegio sacerdotal, o bien de uno profano, que celebra una comida al aire libre. Los miembros, con el dinero de la *sportula* que percibieron de buena mañana, compraron comida y ahora se dirigen al lugar del festejo.

[136] Aulo Domicio Corbulón, general en tiempos de Claudio, tenía fama de ser hombre corpulento, robusto y resistente.

[137] En tal aglomeración.

[138] Bloques de mármol de Carrara, para decorar con estatuas las plazas de Roma o de otras ciudades italianas.

ver de un pobre desaparece como un espíritu[139]. En su casa, desprevenidos, los esclavos lavan las jofainas, avivan el fuego soplando a dos carrillos, hacen sonar los estrígilos aceitados, y disponen las toallas y los frascos. Sí, esto es lo que prepara la servidumbre, pero aquel infeliz ya está 265 sentado en la orilla estigia[140]. Se horroriza, novato, del tétrico barquero[141] y no confía en la nave de la laguna cenagosa, ya que ni tiene en la boca el tercio de un as para pagar[142].

Considera ahora otros peligros diversos, los de la noche[143]. El espacio que queda hasta el nivel de los tejados, desde el que un tiesto te hiere el cráneo cada vez que por 270 una ventana se caen vasijas rotas y desportilladas; mira con que potencia marcan y agujerean la losa en la que dan. Te tendrán por un necio y por incauto ante accidentes súbitos si acudes a una cena y no has otorgado testamento; los peligros se cuentan por las ventanas que en tal 275 noche estén abiertas y vigilantes[144] a tu paso. De modo que formula un deseo: llévate contigo este anhelo miserable, que se contenten con vaciar sus anchos bacines. Un borracho brutal[145] que por puro azar todavía no ha ati-

---

139 Como los espíritus desaparecen en las dos *nekuias* de la *Odisea,* sin dejar rastro.

140 Éste y otros lugares de las *sátiras* demuestran que Juvenal creía en algún tipo de supervivencia después de esta vida.

141 Caronte.

142 Para pagar el pasaje de ultratumba. El conjunto de la descripción tiene un final cómico: el protagonista se fue de este mundo tan aprisa y tan inesperadamente que no pudo prever absolutamente nada.

143 Se entra en el último capítulo, el de los peligros nocturnos.

144 Porque los inquilinos del piso todavía no se han ido a la cama.

145 Cambio brusco de escena: ahora el viandante nocturno se topa con un borracho pendenciero.

zado a nadie sufre por ello, y pasa la noche de Aquiles
280 cuando lloraba por su amigo; ahora yace panza arriba, y después de bruces [146]. Y no podrá dormir de otra manera, porque a algunos sólo una camorra les procura el sueño. Por más que sea un jovenzuelo y el vino le bulla, esquiva a aquel a quien un manto escarlata [147] le aconseja
285 evitar, una hilera larguísima de acompañantes, una gran cantidad de luces y una lámpara de bronce. A mí, a quien suele acompañar la luz de la luna o la llamita de una candela, cuya mecha cuido vigilante, a mí no me teme [148]. He ahí el prólogo de esta triste riña, si se puede llamar riña
290 allí donde tú pegas y yo encajo solamente. Se detiene, y te exige otro tanto. Y hay que obedecerle, pues, ¿qué harás si te obliga furioso y es más forzudo que tú? «¿De dónde vienes?» —vocifera— «¿a la casa de quién has ido a atiborrarte de vinazo y de habas? ¿Qué remendón compartió contigo el puerro troceado y el morro hervido
295 de cordero? [149] ¿No contestas? ¡O hablas o te pego un puntapié! Dime tu puesto, ¿en qué gremio [150] puedo buscarte?». Y da lo mismo si intentas decir algo o pruebas a irte sin rechistar: te sacuden igualmente, y encima furio-

146 Remedo del lugar de la *Ilíada* XXIV 10-11.

147 Una túnica o un manto teñidos de escarlata eran signo de gran riqueza. Por tanto, el rico lleva un cortejo de clientes, que le son a la vez guardaespaldas y signo de ostentación. Cf. I 95 y sigs.

148 Poderosa y expresiva contraposición. Para ahorrar, este caminante nocturno tira del pábilo de su candil lo justo para poder llegar con tan débil iluminación a su casa; es tan pobre, que incluso ahí debe economizar.

149 Comidas humildísimas, porque el interesado no puede proporcionarse otras.

150 Tu puesto de mendigo, o quizás tu gremio. Algunos mendigos estaban agrupados en tales.

sos te denuncian al pretor [151]. He ahí la libertad del pobre: le golpean y pide, le muelen a puñetazos y suplica 300 que por lo menos pueda irse de allí con algún que otro diente».

«Y no es sólo lo descrito lo que deberás temer. No faltará quien te desplume cuando se atrancan las casas y en las tiendas hay silencio, cerradas sus puertas por cade- 305 nas. Pero en el ínterin un bandido de pronto hace de las suyas con un cuchillo, porque cada vez que una patrulla armada vela por la seguridad del bosque de Gallinaria y de las Marismas Pontinas [152], los bandoleros corren de allí hacia aquí como hacia su reserva. ¿Hay fragua, hay yun- 310 que que no fabrique para ellos pesadas cadenas? Ahora se gasta una barbaridad en grilletes de hierro, tanto, que puedes temer que nos falten arados, que lleguemos a carecer de azadas y de cavaderas. ¡Felices los abuelos de nuestros abuelos! Puedes llamar felices a los siglos que antaño, en tiempo de los reyes y de los tribunos, vieron cómo Roma se bastaba con una sola cárcel [153].

«A éstas podría añadir otras muchas causas, pero las 315 bestias se impacientan y el sol va declinando. Debo partir, porque el mulero tiempo ha me hace señas con la vara.

---

[151] Como promotor de escándalo público. Pues si el apaleado dice una sola palabra, el borracho nocturno la interpreta como un insulto, y presenta ante el pretor la denuncia correspondiente.

[152] Las Marismas Pontinas y el bosquecillo de Gallinaria eran como puntos de concentración de ladrones y atracadores, pero cuando la policía nocturna les echaba de allí, en tal caso se iban al mismo centro de Roma. El bosque de Gallinaria se extendía por la costa desde Cumas al actual Castel Voltorno; las Marismas Pontinas, al sur de Roma, en el país de los volscos.

[153] Era la cárcel Mamertina, junto al *Tullianum*, y no lejos de ellas las *Scalae Gemoniae;* las tres hasta la época imperial fueron las cárceles en que se encerraba a los presos peligrosos y a los condenados a muerte.

De modo que, ¡adiós! No me olvides, y siempre que Roma te devuelva, necesitado de recuperarte, a tu Aquino natal, invítame a que de Cumas visite Ceres Helvina[154] y
320 el templo de Diana. Y yo acudiré con mis botas a sus helados campos para escuchar tus sátiras si no les da vergüenza»[155].

---

[154] Los templos de Ceres y Diana, en Aquino. El epíteto «Helvina» procede del genio protector del lugar de Aquino.

[155] Las botas formaban parte típicamente de la indumentaria campesina.

SÁTIRA IV

En el cuerpo de sátiras juvenaliano ésta ocupa un lugar muy singular. En primer lugar, porque de ella se conocen, o mejor dicho, se adivinan fuentes más precisas que de ordinario, y después porque su unidad de composición y de estructura se presta a una inacabable discusión.

Cuatro fuentes distintas convergen a elaborar la sátira. La principal es un poema de Estacio, hoy perdido, sobre las guerras germánicas de Domiciano; adviértase que Estacio era el poeta preferido de este Emperador. A esta fuente parecen deberse diversas alusiones a la guerra que aparecen en el último tercio de la sátira.

Debió además de existir en la época de Domiciano un despreciable subgénero literario adulatorio del Emperador, quien se daba oficialmente a sí mismo el título de *dominus et deus*. Pues bien, sus aduladores le atribuían poderes taumatúrgicos principalmente con respecto a los animales (la referencia a Orfeo es inevitable), y esta literatura queda aquí reflejada en el rodaballo que se hace pescar expresamente con destino a la mesa del César.

También la literatura sobre el arte del buen comer se refleja en esta sátira, en la cual un protagonista, el panzudo Montano, ya vivió el lujo desenfrenado de la corte de Nerón y conoció personalmente a Petronio, y leyó además el *Satiricón*, con la conocida cena de Trimalción (aquí la referencia obligada para nosotros son las cervantinas Bodas de Camacho, pero el espíritu de Cervantes, el de Petronio y el del mismo Juvenal son muy diversos entre sí, e imposibles de cifrar en una unidad).

Y, finalmente, la captura prodigiosa de un pez se lee ya en Heródoto.

La sátira en sí tiene dos partes a primera vista totalmente diferenciadas: una introducción sobre Crispino, que fue por breve tiempo comandante en jefe de la guardia personal del Emperador, y lo era cuando Juvenal imagina la sátira, y una historia, la relación de un ridículo consejo de ministros convocado por el Emperador para discutir cómo debe cocinarse el prodigioso rodaballo que acaba de llegar a palacio, pescado en aguas de Ancona, en la costa de la Campania.

De manera que parece haber un burdo zurcido: al anuncio de que aquí Crispino jugará otra vez su papel corresponden sólo los 27 primeros versos. Y su figura se esfuma. Luego parece venir el remiendo (vv. 28-33) y la parte más fundamental del poema (vv. 34-154).

La introducción ridiculiza a Crispino, monstruo que ninguna virtud redime de sus vicios: ha adquirido fraudulentamente terrenos carísimos no lejos del Foro, ha seducido y corrompido a una vestal (que, efectivamente, moriría enterrada viva), y que ahora ha pagado una cantidad monstruosa por un simple budión.

El cuerpo principal del poema lo forma la historia de otro pescado: Domiciano, sanguinario y malvado hasta la saciedad, reúne su Gabinete Ministerial para deliberar sobre la cocción de un rodaballo gigantesco que le ha sido regalado. Aquí cabría decir, modificando algo la expresión de que de lo sublime a lo ridículo hay un paso, que también de lo criminal a lo ridículo hay un paso. Porque el crimen es el trasfondo genérico de la sátira.

Contra la opinión más generalizada de que las dos partes de la sátira son verdaderamente inconexas hay que decir que existe una conexión plausible, aunque tenue. Un pescado es carísimo, el segundo es prodigiosamente grande, fenomenal. Las dos historias son de necedad y extravagancia. Crispino derrocha un dineral, y lo peor es que no lo hace con fines mínimamente explicables, como sería, por ejemplo, ganarse una buena tajada en el testamento de un rico viejo sin hijos, o regalarlo a una dama

de alcurnia con fines quizás inconfesables. No, Crispino ha pagado tal cantidad para comerse el budión él solito. Domiciano derrocha la energía y el poder de su Gabinete Ministerial para deliberar sobre tamaña estupidez: cómo debe cocinarse el rodaballo.

Y no es esto sólo. Parece haber una intención más profunda por parte de Juvenal, la de evidenciar que los gobernantes perversos eligen ministros perversos o como mínimo inoperantes como colaboradores de sus corrupciones.

Pero hay un lazo real que une efectivamente las dos partes de la sátira, es el emocional: ambas vibran de odio contra el régimen de Domiciano, y presuponen que a sus oyentes y lectores les embarga el mismo sentimiento. Lo cual, en el tiempo, tiene sus lecturas. Si la sátira se redactó muy poco después del asesinato de Domiciano, ocurrido el 18 de septiembre del año 96, su efecto en Roma debió de ser impresionante. Fresca todavía la sangre de sus víctimas, reciente el recuerdo de sus atrocidades, estos hexámetros juvenalianos impactarían literalmente la sociedad romana que acababa de vivir lo aquí descrito. Pero si pasaron años desde los hechos de Domiciano, y la sátira se redactó en tiempos de Trajano o de su antecesor Nerva, el efecto de la sátira en la sociedad sería algo distinto, sería ya algo pasado, un reabrir heridas un poquito insensato.

Para nosotros lo que vale de la sátira es su enorme calidad literaria. Verdad es que nos parece tener dos pinturas en vez de una sola, la indignidad global de la corte de Domiciano vista desde todas sus perspectivas (también desde la de la ruindad moral de sus colaboradores), y que nos cuesta un esfuerzo adicional de interpretación hecho encima de la lectura obvia entender que toda ella responde a un único foco de infección.

La pieza clave de toda la sátira es el ridículo, hacer el ridículo. A un malvado empecinado y prepotente hacer el ridículo le ofende mucho más que ser tachado de criminal. Veamos: en la *Sátira* VIII hay una comparación de Nerón con Orestes, ambos asesinaron a sus madres respectivas, dice Juvenal, pero Orestes no asesinó ni a su hermana ni a su mujer, no envenenó a sus parientes, *no cantó en la escena ni compuso poemas épicos*. Es

verdad: Juvenal nos recuerda que la ridiculez, el ridiculizar, es para las altas esferas sociales algo más eficaz que la invectiva. Desde luego, hay quien se presta a ser criminal, pero no hay quien se preste a hacer el ridículo.

En esta introducción sobre Crispino, Juvenal hace lo mismo, rememora sus crímenes atroces y acaba diciendo que... por un budión pagó una suma verdaderamente desorbitada. Esto, viene el satírico a decirnos, sólo lo hace un tonto, un necio. Crispino, además de ser un malvado, es un necio, un tonto. Y en los últimos versos, en la transición hacia la narración del Consejo Ministerial, Juvenal pone la banderilla definitiva al jefe del cuerpo de la guardia personal del Emperador

que en su país se desgañitaba vendiendo siluros averiados y ahora se nos ha convertido en comandante en jefe de la caballería.

Y sigue el cuerpo de la sátira, la descripción de la deliberación del Consejo de Ministros. Aquí no hay argumento, ello no significa nada ni pretende significarlo. El tema debió de ser elegido para hacer ver intuitivamente la gigantesca desproporción ante el trivial asunto de tal consejo de ministros, y la composición de éste, presidido por el Emperador en persona. El meollo y el núcleo de la sátira son el estilo y la caracterización, y para verlo hay que acudir al texto latino. El denominador común de toda esta segunda parte es la oposición de contrarios, el Emperador y el rodaballo como principales protagonistas, el terror de los ministros y la fruslería para la cual se les convoca. La historia viene narrada en un tono épico burlesco, con nobles cadencias del estilo virgiliano, y se empieza con una cómica invocación a Calíope, la musa de la épica, a la que el poeta concede licencia para que se siente, ya que no se va a recitar un poema, sino a exponer un hecho histórico realmente acaecido. Que el poeta consienta, con grotesca permisividad, a una Musa que se siente, centra el motivo de la parodia, tan viva en esta sátira.

Como ya se ha dicho, Domiciano se aplicó oficialmente a sí mismo el título de *dominus et deus*, avanzando lo que para los demás emperadores se hacía (no en todos los casos) después de

su muerte, se les proclamaba dioses. También hemos dicho cómo, en boca del pescador picentino, el rodaballo mismo se metió en la red, prodigio memorable referido a Domiciano. Y éste, naturalmente, se lo creyó. Un papanatismo tan atroz arguye que incluso el pueblo conocía las debilidades del Emperador, que el pescador aprovecha hábilmente, y también la ridícula vanidad de la majestad imperial «igual a la de los dioses». Con todo ello queda al descubierto lo verdaderamente crítico de la situación: en Roma no se gobierna, y por eso las cosas van como van. El pueblo a su Emperador le importa un comino; aquél se ha convertido en propiedad privada de éste.

Pero hay otro hecho supuestamente milagroso: es el rodaballo mismo. Tal pescado en Roma no era desconocido, pero era raro y poco visto. Los ministros del Emperador, que debieron aguardar en el vestíbulo mientras se daba paso libre al humilde pescador y a su captura portentosa, descubren en ella algo: que si era un rodaballo (y Juvenal lo afirma) no debía tener púas en vez de escamas, unas púas tiesas como para pinchar a alguien. ¿Qué significaba esto? Los aduladores de turno ven ahí el presagio de una gran victoria militar: tal como este pescado tiene púas que pinchan, tú pincharás, es decir, derrotarás a algún rey importante, quizás germánico (cf. las guerras germánicas de Domiciano, cantadas por Estacio), o quizás británico (en cuyas campañas parece que intervino personalmente Juvenal). Es decir, Domiciano ridiculizado como dios y como militar: esto es lo que verdaderamente entiende el lector de la sátira.

Los participantes en la reunión ministerial son once, presididos por el mismo Emperador, que cumple el número de doce. Nueve de ellos son senadores del más alto rango, y dos son jefes militares, Cornelio Fusco y el mismo Crispino (que ahora aparece fugazmente, en contra de lo que se dijo al principio), presentes allí por el alto orden de su función militar. Y entre estos componentes del consejo, los hay de toda índole y catadura moral. Algunos de ellos, por ejemplo Pegaso, el prefecto de la Urbe, es un hombre fundamentalmente bueno, que hace lo que realmente puede en pro de la ciudad y del imperio, pero que

se ve harto paralizado por la maldad del Emperador y de bastantes de sus más íntimos colaboradores.

También hay en este entorno inmediato de Domiciano un lejanísimo precedente de la policía política de todas las dictaduras de la actualidad, La Gestapo, la G.P.U. estaliniana... Es este Pompeyo, de quien, por lo demás, no se sabe absolutamente nada. No era, a las claras, un vulgar delator de insignificancias o de meros infractores de la ley, era alguien que intentaba saber lo que pensaban, lo que hacían y cómo se movían personajes relevantes claramente desafectos al régimen, si quizás tramaban alguna conjuración. Y lo «susurraba» (es la expresión concreta de Juvenal) al oído del Emperador. Era suficiente. Éste mandaba liquidar sin contemplaciones a sus posibles adversarios.

Y es notable la figura de aquel Montano, ahora ya muy viejo. Había vivido el lujo de la corte de Nerón, la feroz guerra civil entre Otón y Vitelio, y los gobiernos subsiguientes, porque era hombre acomodaticio y que giraba según todos los vientos. Así llegó a vivir tanto. La ancianidad y la prominente barriga, advierte Juvenal, no le permitían andar demasiado aprisa. Y es precisamente él (pensándolo bien, no podía ser otro) quien da la solución a la pregunta escueta, en cuatro palabras (en el texto latino) que formula el Emperador. Y, desde luego, le adivina el deseo, y su respuesta responde a él: no debe trocearse un pescado tan enorme que no cabe en una sartén normal, fabríquese una en la que, enrollado, quepa este rodaballo. Y añade, en el colmo de la adulación, que desde ahora deben incorporarse alfareros a la corte y a las legiones, porque, cabe suponer, este prodigio no será el último. Y prevaleció esta sentencia, dice irónicamente Juvenal, «digna del que la daba». Los demás ni tan siquiera se atrevieron a hablar.

El poeta hace ver bien cómo el terror era el denominador común de los componentes del consejo. La prisa con que acuden, el mismo hecho de que Domiciano les convocara sin reparos para tal idiotez, el hecho de que el asunto se examine seriamente, sin el menor asomo de risa, evidencian el estado de ánimo de aquellos ministrillos.

El Emperador en persona, aquí es una sombra. Al principio mismo de la exposición se le llama «Nerón calvo», un doble insulto por la comparación y por la calvicie, tradicionalmente asociada en Roma a los payasos. Muy al final de la sátira dice literalmente cuatro palabras. Nada más. Diríamos que Juvenal odiaba tanto a este tirano que no encontraba palabras para describirlo: el odio era más atroz que cualquier posible expresión. Fiel a su conducta, el satírico aquí no pone ante nuestra vista sus crímenes, sino sus payasadas. Domiciano era tan perverso como para tomar sádicamente el pelo a sus colaboradores más ilustres e indispensables.

La sátira termina con dos estocadas rápidas y eficaces. Dice en primer lugar el satírico que ojalá Domiciano se hubiera limitado a estupideces como ésta en vez de verter impunemente la sangre de tanta gente noble, y concluye diciendo que el tirano no fue asesinado antes de que empezara a ser temible incluso para los baratilleros. Es decir, los nobles no tuvieron arrestos para acabar con él. Es que los que más íntimamente le rodeaban eran, unos, inútiles, otros eran perversos y criminales. Pero todos eran cobardes.

SÁTIRA IV

He aquí otra vez a Crispino[1]: con frecuencia he de llamar a escena a este monstruo que ninguna virtud redime de sus vicios, voluptuoso enervado, vigoroso únicamente en el orgasmo, adúltero que sólo desprecia las viudas[2]. ¿Qué importa, pues, el número de mulas que él fatiga en 5 sus pórticos[3], el espesor de los umbríos bosques por los que se hace transportar, la extensión de las tierras que se ha comprado y lo cerca que están del Foro[4] los palacios que ha adquirido? No hay sinvergüenza feliz, y menos un incestuoso[5] doblado de sacrílego, con quien hace poco se 10

---

[1] Crispino sale por primera vez en las *Sátiras* en I 26-29. Pero cuando el poeta dice: «otra vez», puede no referirse a este lugar, ya que probablemente, en su redacción, la *Sátira* I es posterior a ésta. También excluiría tal alusión la expresión «llamar a escena», pues alude a algún pasaje en que Crispino saliera sostenidamente. Queda, pues, como viable, la hipótesis de que Juvenal haya hecho algún intento juvenil sobre Crispino, al que alude aquí, y que no nos ha llegado. El propósito aquí declarado de llamarle muchas veces a escena no se cumple nunca a lo largo de las sátiras.

[2] Porque el hacer el amor con ellas no tiene el encanto de lo prohibido.

[3] Paseos en un pórtico en tiempo lluvioso, porque el dueño no quiere que sus mulas se ensucien con el barro.

[4] Posee tierras donde éstas son más caras.

[5] Culpable de incesto religioso por haber violado a una vestal.

acostó una sacerdotisa engalanada con las cintas de su frontal[6], arriesgándose con ello a ser enterrada viva[7]. Pero ahora vamos a tratar cosas de menor monta, aunque bien es verdad que si las cometiera otro caerían bajo la jurisdicción del juez de costumbres, pues lo que para Ticio y Seyo[8], ciudadanos honrados, sería una infamia, eso
15 mismo era decoroso en Crispino. ¿Pues qué harías si se trata de una persona cruel y ruin? Ahora ha comprado un budión por seis mil sestercios, igualando, ¿qué duda cabe?, los sestercios y el número de libras, según exponen aquellos que exageran aun las cosas enormes. Yo alabaría la artimaña de este virtuoso[9] si con un dispendio tan enorme se ganara el primer lugar en el testamento de un
20 vejete sin hijos; sería aún razón más fuerte si lo enviara a su amiga de alta posición, que se hace pasear en una litera[10] cerrada por anchas piedras translúcidas. Pero no esperes nada de esto: se lo ha comprado para él. Hoy contemplamos muchas cosas que no hizo el pobre y frugal Apicio[11]. ¿Esto lo has hecho tú, Crispino, que antaño te

[6] Adornada con las *vittae* (bandas) que pendían de la ínfula o frontal distintivo de las vestales, que debían guardar castidad.

[7] Era el castigo de las vestales sorprendidas violando la castidad. Parece que aquí hay que pensar en una Cornelia realmente enterrada viva, de la que habla Plinio el Joven *(Ep.* IV 11, 10), cuyo seductor fue un caballero romano. Esto fue en la época de Domiciano, que condenó a muerte tres vestales más, dándoles a elegir, sin embargo, el tipo de ejecución: se trataba de una tal Varronilla y de dos hermanas llamadas Ocelatas.

[8] Nombres que los juristas utilizaban para designar a cualquiera, al igual como nosotros decimos: «fulano y mengano».

[9] En captar testamentos.

[10] El latín dice literalmente: «gruta», que era el nombre, algo despectivo, que se aplicaba a las literas enormes.

[11] Apicio, proverbialmente famoso como sibarita y derrochador, resulta que no era nada comparado con Crispino.

cubrías con el papiro de tu tierra? [12]. ¿Eres tú quien compra las escamas a tal precio? Quizás pudieras comprar por 25 menos al pescador que al pez [13]: a este precio se venden los campos en provincias, y en Apulia [14] tierras aún mayores. ¿Y qué banquete vamos a creer que engullirá aquí el mismo Emperador, cuando vomitó tantos sestercios, parte pequeña, con todo, tomada de las guarniciones de una 30 cena barata, este payaso vestido de púrpura [15], acomodado ahora en el gran palacio, que en su país se desgañitaba [16] vendiendo siluros averiados y ahora se nos ha con-

---

[12] Es decir, era un esclavo egipcio.

[13] No es ninguna exageración; una viña valía 8.000 sestercios; había esclavos mucho más baratos.

[14] Al sur de Italia, en la época de Juvenal con grandes extensiones de tierra, que sólo servían para pastos. Por eso allí las tierras eran más baratas.

[15] Sobre el vestido de púrpura de Crispino, cf. I 27. Juvenal busca humillar a este tipo que le es tan odiado colocándole en el rango ínfimo de los favoritos imperiales, el de los payasos. Pero el satírico mismo se contradice (voluntariamente), pues un comandante en jefe de caballería no pertenecería a tan ínfimo nivel. La presencia de un caballero, y aún más si es egipcio, en el Consejo Imperial, se justifica por su cargo. Puesto que, a excepción de Crispino, el único no senador presente en el consejo fue Cornelio Fusco, prefecto del pretorio, es muy natural la hipótesis de que Crispino haya asistido al consejo en calidad de colega de Cornelio Fusco. Es muy posible que Crispino hubiera hecho desterrar a Juvenal dándole una modesta comandancia en una frontera del imperio muy alejada, y así se hubiera concitado las iras de nuestro autor.

[16] No es creíble que Crispino hubiera sido subastador, y si no lo fue, Juvenal no podía pretenderlo, pues en Roma se debió conocer bien su vida anterior. Lo que aquí hizo fue decir cualquier cosa para indicar su origen egipcio y lo plebeyo de su linaje. De manera que no se trata de la dirección de una subasta, sino de un pregonar pescado por las calles (como se hacía en Alejandría), y además, pescado ya algo pasado, averiado. Pero toda la indicación difícilmente es algo más que la formulación de una burla perfectamente ejecutada en este caso concreto.

vertido en comandante en jefe de la caballería? Empieza, Calíope[17]. Podemos sentarnos[18], no se va a cantar, se
35 trata de un hecho real. Narradlo, jóvenes Pierias. Y agradecedme que os haya llamado «jóvenes»[19]!

Cuando el último Flavio[20] laceraba el mundo medio muerto y Roma era esclava de un Nerón calvo, llegó a
40 aguas del Adriático, ante el templo de Venus sostenido por Ancona, la ciudad doria[21], un rodaballo de tamaño descomunal, que llenó por sí solo la red[22]; colgó de ella, y no era menor que aquellos peces[23] que el hielo meótico aprisiona y que, fundido finalmente por los rayos del sol, suelta en las puertas del Ponto impetuoso, entumecidos por la inactividad y gordos por los fríos prolongados.

---

[17] Parodia grotesca del estilo épico.

[18] Los discursos y los recitales poéticos se escuchaban de pie. El texto latino es incierto, el permiso de sentarse puede interpretarse como dado a Calíope, o a los oyentes.

[19] Algunos interpretan erróneamente «vírgenes». Pero Juvenal se quiere ganar a las Musas loando su lozano esplendor juvenil, sin otra referencia.

[20] Domiciano. De él se dice que ya muy joven quedó totalmente calvo. La comparación con Nerón es fuertemente despectiva. Nótese la amarga energía de la expresión: el tercer y último emperador de la dinastía de los Flavios se ha abalanzado sobre un mundo medio muerto, con ánimo de acabar de estrangularlo.

[21] Ahora el lenguaje de Juvenal es de una justeza insuperable. El templo era seguramente de orden dórico, que da sensación de gravedad y pesadez. Por eso el templo «es sostenido» por la ciudad. Ancona era una fundación de los griegos de Siracusa en el Piceno. En el puerto y en la zona costera se adoraba principalmente a Venus.

[22] Fuerte parodia del estilo épico.

[23] Los atunes, que en invierno, creían los antiguos que crecían debajo de los hielos del Mar de Azov *(Palus Maeotica)*, y en la época del deshielo pasaban al Ponto Euxino (el Bósforo) para llegar al mar abierto. Del Mar de Azov al Ponto Euxino hay una corriente continua; por eso los antiguos decían que aquél es el padre de éste.

El patrón de la barca y dueño de la red destina esta captura monstruosa al Sumo Pontífice[24]. Pues, ¿quién se habría atrevido a exponerla[25] o a adquirirla, si en la misma playa pululan los delatores[26]? Apostados en todas partes los rastreadores[27] de la costa[28] discutirían con el marinero todavía sin ropa[29]: no dudarían en afirmar que se trata de un pez fugitivo, metido desde siempre en los viveros[30] imperiales, de donde se había escabullido; debía, pues, volver a su dueño primitivo. Si hemos de dar crédito en algo a Palfurio y a Armilato, todo lo que en el mar haya de bello y de conspicuo pertenece al Fisco[31], donde-

45

50

---

24 Aquí hay un punzante equívoco: al glotón más elevado. Los emperadores ejercían vitaliciamente el pontificado; de los muchos títulos que ostentaba el Emperador, Juvenal ha elegido el de pontífice, porque estaba muy relacionado con comidas opíparas.

25 Para ser vendida.

26 Bajo el gobierno de Domiciano los delatores tuvieron su época de mayor auge.

27 No se trata de inspectores profesionales, sino de sabuesos voluntarios que husmean las costas, y reivindican para la corte todo lo que encuentran.

28 La palabra latina es *alga*, que hay que o interpretar en sentido literal, un poco mar adentro, que es donde están las algas, o, por simple metonimia, «playa».

29 El pescador usaba una túnica muy corta para faenar desde la embarcación. Ahora, ante su captura extraordinaria, corre el riesgo de ser condenado inmediatamente ante un tribunal como un presunto ladrón.

30 Una de las manifestaciones de lujo entre los romanos era poseer estanques con agua de mar en los que crecían peces marinos.

31 Aquí no hay ningún enlace claro. Antes los rastreadores reivindicaban el pez pretextando que era propiedad imperial, de manera que sólo los viveros pertenecen al Emperador. Pero ahora se dice: todo lo que nada en el ancho mar pertenece al Fisco. Luego el pretexto de haberse escapado el rodaballo de los viveros imperiales es totalmente inoperante. Pero es que aquí a Juvenal se le pasa por las mientes otro tipo

55 quiera que nade. Le será, pues, entregado este pez, para evitar que se pierda[32]. Ya el otoño mortífero[33] cedía el paso a las escarchas y los enfermos esperaban[34] la fiebre cuartana, silbaba el viento lúgubre de invierno y conservaba fresca la presa, pero el pescador se apresura[35] como
60 si le urgiera el austro[36]. Cuando tuvo a sus pies los lagos[37] a cuya orilla Alba[38], aunque derruida, conserva el

---

más peligroso de espías, aquellos que no se limitan a utilizar las martingalas habituales, sino que además encubren su ruindad detrás de los llamados «principios generales»; por ello todo el mar y todo lo que contiene es propiedad imperial. Esta gente establece principios de derecho como aquí: «Todo lo que en el mar haya de bello y de conspicuo pertenece al fisco, dondequiera que nade». Palfurio Sura fue un senador expulsado del Senado por Vespasiano, y que se adscribió como filósofo a la escuela estoica; Armilato fue un jurista de la época de Domiciano.

32 Para evitar que tal pez le sea confiscado, en cuyo caso no recibiría nada en recompensa; si lo regala al Emperador por lo menos recibirá algo.

33 Es decir, estamos a finales de octubre o principios de noviembre. La época insana empieza al tiempo de la maduración de los frutos, o sea a mediados de agosto; el tiempo peor es el de septiembre.

34 La esperaban porque significaba un inicio de la mejoría; la fiebre aparecía sólo cada cuatro días. Dice todavía hoy el refrán italiano: «Febre quartana non fa sonar campana».

35 Desde Ancona cruzando toda Italia hasta llegar a la región de Roma.

36 El siroco, viento del sudeste.

37 Cuando ya estaba cerca del Lago Albano y del Lago Nemi, o ya los tenía a sus pies. Albano, situado en los Montes Albanos, fue la residencia preferida de Domiciano, como antes lo había sido de Tiberio; allí mismo con frecuencia se convocaba el senado.

38 Alba Longa, la primera capital del Lacio, que fue tempranamente destruida. Allí se daba culto a Vesta y a los Penates, culto que Roma fomentaba, pero subordinado al culto que a Vesta en la misma ciudad de Roma se tributaba; por eso se dice «no tan solemne». En la campiña de alrededor de Alba Longa surgió ya en el período último de la repú-

fuego troyano y ofrece a Vesta un culto no tan solemne, una turba maravillada le impidió por un momento entrar. Pero se retiró, los batientes de la puerta giraron fácilmente sobre sus goznes. Los senadores contemplan, sin poder entrar[39], la pieza introducida. Llega hasta el atrida[40], y 65 dice el picentino[41]: «Acepta esta captura, excesiva para la lumbre de simples ciudadanos. Emplea este día según su genio[42]. Apresúrate a dilatar tu estómago y cómete este rodaballo reservado para tu era[43]. Él mismo se hizo coger». ¿Habrá adulación más burda? Y sin embargo, Domiciano no cabía en el pellejo, pues no hay nada que de 70 sí no pueda creer, si se trata de halagos, la majestad pareja a la de los dioses.

Pero faltaba una sartén de las dimensiones de aquel pez. De modo que se convoca a consejo a los asesores[44]

---

blica romana una urbanización en la que destacó el palacio de Domiciano, con puestos de guardia fortificados para los pretorianos.

39 Se autoriza la entrada al pescado; los senadores deben aguardar fuera: grotesco contraste.

40 En latín, parodia grotesca del estilo épico. El atrida es Agamenón, caudillo general de los aqueos ante Troya. La comparación es fatal para Domiciano.

41 Ancona está en el Mar Piceno.

42 De plenitud de vida, festivamente, por consiguiente.

43 O quizás: para tu reinado.

44 No al senado entero, sino a lo que hoy llamaríamos «comité permanente». Son los senadores del v. 64. Aquí Domiciano es caracterizado desde diversos puntos de vista: como glotón, como mercachifle y como emperador que abusa de sus consejeros. Para decidir en cuestiones importantes políticas y militares, los emperadores llamaban a consejo a personajes sobresalientes, principalmente del estamento senatorial; eran los «amigos», que formaban su círculo más cercano. Los próceres convocados aquí como asesores para la cocción del rodaballo son casi todos senadores de rango consular, entre ellos el *praefectus urbi*, el prefecto

que él mismo odiaba[45], y en cuyo rostro se asentaba la
75 palidez causada por esta amistad augusta[46] y lamentable.
Cuando el liburno[47] gritaba: «¡Aprisa, que ya ha tomado asiento!», el primero que se ponía al instante el manto[48] y acudía veloz era Pegaso[49], al que acababan de nombrar masadero[50] de una Roma atónita[51]. ¿Es que eran otra cosa los prefectos? Pegaso fue el mejor, el in-

---

de la Urbe. Parece que Juvenal se ha inspirado en un poema, hoy perdido, de Estacio, que describía con tintes favorables una sesión del consejo imperial presidida también por Domiciano. La interpretación de Juvenal, pues, sería radicalmente opuesta.

[45] Porque pertenecían a estamentos muy altos y le eran un obstáculo en su despotismo.

[46] Excelente expresión: la palidez del rostro dice bien a las claras cuán míseros los hacía esta augusta amistad.

[47] Es el llamado *servus admissionis*. La corte imperial disponía de muchos de ellos, encabezados por un director de porteros.

[48] No se trata del manto de filósofo citado en III 115, sino de la toga militar que el prefecto de la ciudad vestía en el ejercicio de sus funciones. Pero la toga connotaba en cualquier caso algo de filósofo, y por eso aquí el texto latino repite *abolla*, como en la *Sátira* III.

[49] Pinturas de tales personajes a medida que entran: aquí todo el mundo tiene su etiqueta. El primero que entra es el prefecto de la ciudad, por ser la persona de más rango, aquí Pegaso, famoso porque emitía las sentencias bajo la dependencia inmediata del emperador. De él aquí se dice que hace poco tiempo que ejerce la prefectura romana.

[50] En lenguaje doméstico. El tal prefecto era un juguete en manos del emperador. Aquí se habla de épocas en que el primer servidor del estado defendía las propiedades de éste, y los emperadores se ocupaban del imperio como de una propiedad personal, como un dominio indisputado. De manera que la Roma eterna era propiedad del déspota, y el prefecto de la ciudad era su masadero. La pregunta: «¿Es que eran otra cosa los prefectos?», muestra que por aquel entonces el cargo comportaba indignidad.

[51] Epíteto que señala el ambiente general de todo el mundo romano en aquella época, e, indirectamente, una disculpa a favor de Pegaso.

térprete más honrado de las leyes, por más que en aque- 80
llos tiempos crueles pensaba que todo se debía tratar con una justicia inerme[52]. Acudió también Crispo, un simpático anciano[53], cuyas costumbres estaban al nivel de su elocuencia. Era un espíritu gentil. ¿Qué consejero[54] hubiera sido más útil al que gobernaba mares, tierras y pueblos si en tiempos de aquella peste, de aquella ruina, hu- 85
biera sido lícito dar un consejo honrado y condenar la crueldad? ¿Pero qué hay más iracundo[55] que el oído de un tirano con quien un amigo no podía hablar de la lluvia, del calor estival o de lo húmeda que resultaba la primavera, sin arriesgar su vida? De modo que Crispo nunca nadó contra corriente, y no era ciudadano capaz de mani- 90
festar libremente lo que sentía y de sacrificar la vida a la verdad[56]. Y así vio muchos inviernos y hasta ochenta solsticios de verano, pues incluso en aquella corte estas armas le protegieron. Casi de su misma edad, se apresuraba tam-

[52] El prefecto de la ciudad tenía su jurisdicción, pero debía actuar suavemente, y con frecuencia hacer la vista gorda ante granujas que gozaban del favor imperial. De ahí que se diga «justicia inerme».

[53] Cayo Vibio Crispo, ya amigo de Vespasiano. Fue cónsul en el primer año del imperio de Claudio, cuarenta años antes del acceso al poder de Domiciano; ahora es un anciano que rebasa los ochenta. Tácito (*Hist.* II 10) dice de él que descollaba más entre los hombres ilustres que entre los buenos, por su riqueza, su poder y su ingenio. El juicio de Juvenal coincide básicamente con el de Tácito.

[54] En el sentido técnico, asesor. Los emperadores elegían asesores que les acompañaban en sus viajes y expediciones.

[55] Irritable, fácil de ofenderse.

[56] El gran y divino principio de todos los que han muerto mártires de la verdad y del derecho. Extraídas de su contexto, y tal como las usara Rousseau como lema en sus *Raisonnements,* estas palabras dicen algo diverso. La verdad sería vivir según la naturaleza y lo verdadero en la vida, opuestamente a la apariencia, que es la antinaturaleza.

95 bién Acilio [57] acompañado de un joven [58] que no merecía que le aguardara una muerte tan cruel y urgida por la espada de su señor [59]. Pero desde hace algún tiempo es un prodigio que un hombre noble llegue a viejo: de ahí que yo prefiera ser el hermano pequeño de un gigante [60]. Al pobre no le valió de nada traspasar en combates cuerpo
100 a cuerpo a los osos de Numidia en el Circo de Alba [61], y cazarlos desnudo [62]. ¿Pero quién hay ahora que no entienda las artes de un patricio [63]? ¿Quién hay que admire, Bruto, aquel ardid [64] tuyo ya desusado? Es fácil engañar

[57] M. Acilio Glabrio padre es citado sólo aquí. Su familia era de rango consular, puesto que el linaje de los Acilio era una de las estirpes más nobles de entre las originarias de Troya. Ya en el s. VI a. C. había Acilios entre los cónsules.

[58] Hijo del anterior. Se atrajo las iras de Domiciano, pues se decía de él que era ateo; a pesar de su dignidad consular, el emperador le mandó luchar con un león en el Monte Albano, a cuya lucha sobrevivió. Fue ejecutado por orden imperial en el año 95. Algunos han pensado que podía tratarse de un converso al cristianismo, pues en las catacumbas de Priscila aparecen algunas inscripciones con el nombre de Acilio.

[59] Uno de los títulos que oficialmente se hacía conferir Domiciano era el de *dominus et deus* (señor y dios).

[60] Porque los gigantes eran hijos de la Tierra, esto último entendido en sentido proverbial. Ser hijo de la tierra significaba ser despreciable y de baja condición.

[61] Sigue tratando de M. Acilio Glabrión hijo. Mataba osos en las cacerías que Domiciano organizaba frecuentemente en los Montes Albanos. Dión Casio comenta (LXVII 14) su lucha contra un león. A cosas así se prestaban voluntariamente, para congraciarse con el emperador, patricios, senadores y cónsules.

[62] Para echarle más morbo a la cosa.

[63] Las artes de un patricio: rebajarse a las indignidades aludidas en la nota 61.

[64] El ardid de Bruto ante Tarquinio el Soberbio, cuenta Tito Livio (I 56, 59), fue el de fingirse loco para eludir las iras del rey.

a un rey barbudo[65]. Por más que era un infame, iba con rostro no mucho más alegre Rubrio[66], reo de una culpa ya antigua, y que debía silenciarse; éste era más descarado que un pederasta que escribiera sátiras[67]. Se presentan también Montano, retardado por su vientre[68], Crispino que ya por la mañana sudaba tanto amomo como huelen dos cadáveres[69], Pompeyo[70], más cruel aún, dispuesto a degollar a quien fuera sólo por un leve susurro, Fusco, que meditaba batallas en su palacio de mármol, y que conservaba sus vísceras para los buitres dacios[71]. El prudente Veyento[72] acompañaba al homicida Catulo[73], quien ardía de amor hacia una doncella a la que no veía, monstruo grande y conspicuo incluso en nuestra época, adula-

105

110

115

---

65 Antiguo, y, por consiguiente, simple e ingenuo.

66 Rubrio Galo, que en el año 68 Nerón mandó contra Galba y Virginio Rufo. Pero le fue traidor. Otón (según DIODORO, LXIII 27) le nombró legado suyo, y en el imperio de Vespasiano combatió contra los sármatas. El crimen de que aquí se le acusa es el de haber seducido y corrompido a una hija del emperador Tito.

67 Referencia segura a Nerón, que se las daba de poeta.

68 Senador que tenía fama de glotón.

69 Esta leve alusión a Crispino da una leve unidad a la sátira.

70 Personaje desconocido, pero caracterizado aquí como persona muy temible, que se dedicaba a susurrar al oído del tirano en busca siempre de víctimas.

71 Cornelio Fusco, prefecto del pretorio (como Crispino) que no pertenecía a la clase consular. Era poco entendido en el arte militar, y perdió la vida en Dacia, luchando contra los dacios.

72 Fabricio (o quizás Fabio) Veyento. Fue cónsul tres veces. Había dado juegos en el Circo; en la época de Nerón los aurigas y los dueños de los caballos ponían exigencias tales, que él amaestró grandes perros, y dio unos Juegos con ellos. De ahí que se le llamara prudente.

73 Lucio Valerio Catulo, seguramente descendiente de un hermano del gran lírico. Era muy miope, de ahí la alusión burlesca del poeta que le declara enamorado de quien no alcanzaba a ver.

dor ciego y cruel satélite del puente, digno de mendigar junto a las ruedas en la ruta de Aricia y de enviar tiernos besos a los carros cuando descienden por la colina[74]. Y
120 nadie más que este Catulo se admiró del rodaballo, pues dijo mucho de él, girado hacia la izquierda, cuando tenía el pescado a su derecha[75]. No de otro modo solía alabar los combates del de Cilicia[76], sus golpes, la máquina teatral[77] y los niños que alzaba hasta el velario. Pero Veyento no le va a la zaga, sino que como un fanático[78]
125 tocado, Belona[79], por tu estro, profetiza diciendo: «Tienes un firme augurio de un triunfo grande y preclaro. Harás prisionero algún rey, o Arvírago se caerá de su carro británico[80]. Esta bestia viene de lejos[81]: ¿no ves las tiesas púas que cubren densamente su lomo?».

---

[74] Juvenal compara a este Catulo con un mendigo que sigue como un satélite a aquéllos a los que pide, tanto porque es muy miope como por su carácter servil. Los mendigos pedían con frecuencia en las entradas de los puentes.

[75] Como miope que era.

[76] Conocido gladiador de la época.

[77] Exactamente se refiere al artilugio llamado en latín *pegma*, que era un armazón movible, que mediante una maquinaria se alzaba del suelo. Una diversión cruel hecha con este aparato era exhibir en él a hombres que de repente eran lanzados por los aires con fuerza; casi ninguno sobrevivía a la caída. Este mismo artefacto podía levantar niños hasta las velas del anfiteatro, que representaban apariciones de dioses o de seres extranaturales. Por su parte de arriba el anfiteatro estaba cubierto de paños muy recios *(velarium)*.

[78] Como un sacerdote de Cíbele, cf. II 112.

[79] Divinidad femenina, procedente de Capadocia. Sus sacerdotes profetizaban hiriéndose con hachas.

[80] Porque los británicos combatían desde carros. Nada se sabe de Arvírago; la locución latina tiene un cierto tinte cómico.

[81] De algún lugar desconocido, de aguas remotas. Aquí es algo jamás visto, no tiene escamas, sino púas.

Lo único que le faltó a Fabricio fue declarar la patria y la edad del rodaballo. «¿Qué piensas, entonces? ¿Lo troceamos?» «¡Lejos de él esta infamia!», grita Montano. «Dispóngase un recipiente hondo lo bastante para que en sus paredes delicadas quepa con holgura esta inmensidad de pez. Sí, a este cacharro se le debe un grande y pronto Prometeo[82]. Que traigan enseguida arcilla y un torno, pero desde ahora, César, que los alfareros sigan a tu tienda real[83]». 130 135

Y se impuso este parecer, digno de tal personaje. Había conocido antaño el lujo de las veladas de Nerón, prolongadas más allá de la medianoche, y el apetito renovado cuando el Falerno ya ardía en los pulmones[84]. En mis tiempos nadie fue mejor que él en el arte del bien comer: era hábil en decir al primer bocado si las ostras provenían de Circe, de los escollos de Lucrino o de las hondonadas de Rutupia[85]; así que lo veía, señalaba de qué playa era un erizo de mar. 140

Se levanta la sesión; concluido el consejo se hace salir a los próceres que el Gran Emperador había convocado a la fortaleza de Alba, atónitos y obligados a apresurarse como si se fuera a tratar de los catos o de los fieros sicambros[86], como si de cualquier parte de la tierra hubie- 145

---

82 Entre otras artes, Prometeo ideó la alfarería.

83 En las campañas militares.

84 Los antiguos creían que la bebida se depositaba en los pulmones.

85 Las ostras de Circe y de Lucrino, en la costa de Campania; Rutupia es la costa meridional de Inglaterra.

86 La campaña contra los catos fue en los años 82-83. Aquí ambos pueblos son citados sólo a guisa de ejemplo; de los sicambros se sabía poco en aquella época, pues quedaban en la margen derecha del Rin, que nunca fue tierra romana.

ra llegado con presurosas alas[87] una carta angustiada.
150 ¡Ojalá hubiera declinado a memeces como ésta toda aquella época de crueldad, en la que privó a Roma, impunemente y sin venganza, de espíritus preclaros. Pero murió[88] cuando empezaron a temerle incluso los baratilleros[89]. Esto fue lo que hundió al empapado con la sangre de los Lamia[90].

---

[87] Una pluma de ave clavada en la punta de una lanza era señal de malas noticias.

[88] Domiciano fue asesinado el 18 de septiembre del año 96. Los asesinos fueron gentes de baja estofa que le rodeaban.

[89] O sea, gente de muy poca monta.

[90] Fuerte contraste: linaje nobilísimo. Entre las víctimas de Domiciano se contaba Lucio Elio Plaucio Lamia, cónsul.

SÁTIRA V

Esta *Sátira* V, que cierra el primer libro de las *Sátiras* de Juvenal, es a su vez su clímax. Diríamos que es la sátira de la riqueza y de la pobreza, y de la relación, cada vez más vil, entre ricos y pobres, éstos últimos tipificados muy especialmente en la figura del cliente. Éste aparece, aunque no de manera muy extensa, ya en la *Sátira* I, en la descripción de la *salutatio* matutina. Luego, con algo más de relieve, en la *Sátira* III, cuando el rico acepta las adulaciones de los grieguillos. Y ahora aquí, en esta sátira, ricos soberbios y pobres vilmente degradados frente a frente, no actuando los ricos a distancia, como en la *Sátira* I, o en un discreto segundo plano, como en la tercera (en que el primer plano lo ocupan, con mucho, los grieguillos). Digamos, para redondear la visión, que la *Sátira* II nos muestra a los ricos pervertidos, y la cuarta, a los ricos como cobardes y pusilánimes. Sí, los ricos son, desde algún punto de vista, un denominador común del primer libro de *Sátiras* juvenaliano.

Pero no lo son menos los pobres, cuyo protagonismo también en esta *Sátira* V alcanza su culminación, principalmente la clase media baja, a la que pertenecía el Umbricio de la *Sátira* III y el Trebio de esta quinta, reflejo en buena parte autobiográfico por parte de Juvenal. También en el tratamiento de este tema hay por parte de él una escalada a todas luces intencionada. Porque los pobres de las *Sátiras* I y III, ridículos en su apariencia externa, en su fuero interno conservan bastante su dignidad. Pero en esta *Sátira* V contemplamos una pobreza intrínsecamente vil, opuesta en relación de inmediatez a una riqueza no menos

vil y arrogante. Porque, como veremos, la clave de la fuerza de esta sátira es la palabra contraste, oposición.

En sí, el poema no es más que la descripción de una cena. Virrón, un ricachón de la época (y en otros lugares de otras sátiras Juvenal apunta que las riquezas acumuladas son indicio de pésima catadura moral) la da, y para ello invita a otros ricachones como él, y, además, a algunos desdichados clientes, a quienes habrá negado, previamente, por la mañana, la subvención de la *sportula*. El poeta tiene buen cuidado de advertirnos que invitaciones de este tipo no se dan todos los días, y que para el pobre parásito social ello representa la paga de dos o tres meses de servicios, la *salutatio* matinal, por descontado, y además, con toda probabilidad, el haber figurado en el cortejo a la vez honorífico y de escolta del ricachón de marras. Aquí por ninguna parte hay ni afecto ni cordialidad: si el cliente asiste a la cena acuciado por la simple gula, el rico lo hace, dice, para que no quede libre el tercer sitio de un diván, aunque sus intenciones son a todas luces mucho peores: tal para cual. El anfitrión mantendrá altivamente las distancias: no dirige ni media palabra a sus invitados pobres, y mucho menos se digna beber en la copa que hayan tocado los labios de uno de ellos. Todo, en esta cena, intenta la correspondiente humillación.

En la descripción de la cena aparecen tres tipos de personajes. El ricachón que la da, y algunos pocos invitados tan ricos como él, con los que el anfitrión se deshace en atenciones. Los clientes, como hemos dicho. Y además la servidumbre, los camareros diríamos hoy, casi en su totalidad antiguos esclavos a los que el dueño otorgó la libertad (pero hay algún servidor comprado a precio de oro), todos ellos muy afectos a su dueño, y que colaboran con estudiada eficacia en la humillación de los pobres clientes.

La cena es descrita minuciosamente, plato por plato, aunque el satírico parece haber omitido los entrantes. El primer plato consta de crustáceos, pescado y verduras, éstas últimas aliñadas con aceite de Venafro, el de mejor calidad, para el dueño, y con los desperdicios del aceite de las linternas de las naves de cabotaje para los clientes. Luego viene el plato principal, de

carnes, que visiblemente no se sirve a los clientes. El banquete se amplía con un plato de setas, y concluye con el postre, fruta del tiempo.

La división de la servidumbre en dos grupos antagónicos se puede decir que vertebra el meollo más profundo de esta sátira. Mientras que el copero que sirve a Virrón y a sus amiguetes ricos es un adolescente hermoso y atractivo (y en correspondencia a su categoría escancia vinos de calidad exquisita), el que sirve un vinazo de pésima calidad a los clientes, además en vasijas rajadas que ya reclaman los servicios de un chapucero ambulante, es un huesudo mozalbete moro o negro, con quien te aterraría encontrarte de noche por las calles de Roma. La diferencia de la calidad de los platos es cruelmente remachada: bazofia para el cliente y las exquisiteces más rebuscadas para el amo y su entorno.

Entre los, digamos, dos bandos la incomunicación es total y subrayada por lo menos tres veces. Cuando el cliente reclama los servicios del bello Ganimedes, éste le rechaza desdeñosamente; cuando el cliente, como quien no quiere la cosa, intenta tomar del pan, delicado y exquisito, de la bandeja del dueño, se alza la voz iracunda del entorno de éste advirtiéndole que su pan está precisamente en otra parte. Y cuando hacia el final, uno de los clientes, Aledio, nota que a ellos no les será servido el plato principal, la carne, y pide por lo menos las setas que la acompañan, el más despreciativo silencio responde a sus palabras.

Aquí se proyecta la sociedad romana de la época; las diferencias se han profundizado y se han enconado: cualquier ideal noble se ha desvanecido. La visión de Juvenal no puede ser más pesimista, probablemente porque él ha vivido en el mismo centro de esta situación.

La moraleja inmediata, la da el satírico doblemente, al principio mismo del poema, cuando advierte que en Roma más vale mendigar que ser cliente, y al final, cuando señala que el cliente que acepte serlo en condiciones tales acabará siendo un payaso de la peor especie, lo más vil que se podía ser en Roma.

Un motivo colateral importante, y que ilustra el fondo de la sátira, es el trato fraternal que Virrón otorga a sus comensales ricos. Pero en ello no hay solidaridad de clase, sino un vil interés. También el rico, en sus riquezas, no tiene otra mira que el medro y el dinero. En ello no se diferencia del cliente pobre. La sociedad romana, apunta Juvenal, está corrompida en todos sus niveles y en todos sus estamentos. Esto es lo fundamental. Lo demás ya son manifestaciones particulares y concretas. En èsta sátira, todos son igualmente ruines. Lo es el anfitrión, que básicamente invita a los clientes para divertirse con su gula desairada, pero lo es también el cliente, que no tiene la dignidad de rechazar un convite tan abyecto.

La dicción de la sátira es espléndida por la contraposición abrupta de platos opíparos y platos despreciables, de servidumbre atildada y servidumbre mal educada y grosera, y todo ello expresado en una lengua eficaz y sin desmayos, que mantiene siempre la tensión del estilo a gran altura. Técnicamente es éste un poema suasorio, como la *Sátira* III, y es también un monólogo, pero a diferencia de la sátira citada, en la que Umbricio no debe convencer a quien ya parece convencido, aquí el destinatario del monólogo no parece convencido ni mucho menos, lo que añade un vigor adicional a la composición, que debe realmente ser capaz de convencer. Esta *Sátira* V no tiene la relajada calma de la *Sátira* III (lo cual no excluye su indignación objetiva), sino la excitada urgencia de quien ve peligrar su objetivo. Lo cual acucia al poeta, y, por ende, al lector.

Esta excitación se refleja en la disposición misma del contenido de la sátira, que tiene muchas digresiones e interrupciones. Entre la manifestación de la esperanza de los clientes de recibir algo del plato principal, liebre, jabalí, pollo asado, y la afirmación de su frustración, hay un espacio muy largo completamente ajeno al tema. El trato humillante que se infiere a los clientes sigue (con poca lógica objetiva) a la primorosa descripción del trinchado de las carnes, y el ruego dirigido al anfitrión de que sea algo cortés con los clientes se pone, divertidamente, entre la carne y el pescado. Esta disposición general de la materia no

parece que deba ser juzgada peyorativamente. Seguramente aquí resida también el arte de Juvenal, quién sabe si algo inconscientemente por parte del poeta. Era su misma persona.

SÁTIRA V

Si no te avergüenzas de tus propósitos y continúas pensando lo mismo, que el bien supremo es vivir a costa ajena, si te avienes a sufrir lo que no tolerarían ni Sarmiento[1] ni el vil Gaba en las humillantes[2] mesas del César, tendré reparo en creerte como testigo[3] aun si depones bajo juramento. Nada conozco más frugal que el estómago. Tú supón, sin embargo, que te falta incluso lo que llenaría tu panza desierta: ¿no hay un escalón vacante?[4]. ¿No queda en ningún lado un puente y media estera[5], o aun menos que media? ¿Tanto aprecias una cena afrentosa? ¿Tan rabiosa es tu hambre?[6] Le sería más honroso temblar en este puesto y morder en él la suciedad de un pan de perros.

5

10

---

[1] Personaje que también sale en HORACIO, *Sát.* I 5. Primero fue esclavo, luego liberto, y después payaso que divirtió a César en su juventud; Gaba, payaso de la época de Tiberio.

[2] Porque consentía en todo tipo de humillaciones, dice el escoliasta.

[3] No aquí y ahora, sino en cualquier tipo de juicio.

[4] Los escalones de piedra de algún palacio o edificio servían de alojamiento y dormitorio a los mendigos.

[5] Ya se ha visto hacia el final de la sátira anterior que los puentes eran sitio preferido para mendigar; los mendigos se arrodillaban o se sentaban en una estera.

[6] ¿Te atormenta tanto que para satisfacerla toleras estas injurias?

Figúrate ante todo que cuando te invitan a cenar recibes el pago palpable de tus buenos oficios ya pretéritos. Un banquete es el fruto de una gran amistad. Tu rey 15 te lo tiene en cuenta, y, por más que pocas veces, te lo abona. De modo que si le plugo admitir a un cliente tras un olvido de dos meses, para que no quede libre el tercer cojín [7] de un diván: «hoy cenaremos juntos» te dice. ¡El colmo de tu ambición! ¿Podrías pedir más? Trebio ya tie- 20 ne suficiente para interrumpir su sueño [8], y ni tan siquiera se anuda los cordones de los zapatos, preocupado de que todas las turbas de clientes hayan ya concluido su ronda cuando aún titilan las estrellas, o en la hora en que el perezoso Boyero hace describir un círculo todavía a su helado carro.

25 Pero ¡vaya cena! Un vino que ni la lana sucia lo chuparía [9]; verás [10] al comensal hecho un coribante [11]. El preludio [12] son insultos, pero muy pronto, ya borracho, dispararás las copas y te limpiarás de los impactos con una

---

[7] Los tres puestos de cada uno de los tres *lecti* de un triclinio estaban divididos por los correspondientes cojines, sobre los que los comensales se apoyaban con el codo izquierdo.

[8] Era la principal molestia de los *clientes*, pues la *salutatio* se efectuaba al amanecer. Por lo demás, Trebio, en esta única invitación, tiene la paga de una serie de servicios anteriores diarios, de los cuales la *salutatio* es el más importante.

[9] Los tintoreros romanos lavaban la lana recién esquilada con vinazos.

[10] Aquí hay un cambio de persona a la que se habla, pues el verbo «verás» se dirige a alguien pensado como espectador del banquete, y «dispararás» se refiere a los clientes que toman parte en la pelea.

[11] Los coribantes eran el vociferante seguicio de la Madre de los Dioses; la palabra equivale a «loco», «enloquecido».

[12] Feliz comparación: son el aperitivo.

servilleta[13] que acabará rojiza siempre que entre vosotros[14] y la cohorte de los libertos se libre una batalla a golpes de botella saguntina[15]. El amo beberá un vino en- 30 vasado en la época de los cónsules barbudos[16], y se sirve el de unas uvas pisadas en los años de la Guerra Social[17]. Pero nunca pasará una copa a un amigo dispéptico[18]; mañana beberá algo fino: un clarete procedente de los Montes Albanos o de los Setinos[19]; su añejez le habrá borrado la etiqueta[20] de origen bajo el hollín abundante 35 del ánfora vetusta. Es como el que coronados bebían Trásea y Helvidio[21] en los cumpleaños de los Bruto y de Casio. El mismo Virrón[22] empuña copas con incrustacio-

---

13 El dueño ponía los manteles de las mesas, pero las servilletas, se las debían llevar los invitados.

14 Es decir, los clientes.

15 Botellas baratas de arcilla que se producían en Sagunto.

16 Es decir, muy añejo, de la época en que los romanos no se afeitaban. Diríamos nosotros: en tiempos de Maricastaña. Pero añádase que el año de los vinos se contaba según los cónsules.

17 ¡Un viño añejo de doscientos años!

18 El vino de buena calidad se creía que era el mejor remedio para las dispepsias.

19 De las viñas de Secia, en la Campania; era el vino preferido por Augusto.

20 En la etiqueta de las ánforas se indicaba el origen del vino y la antigüedad. Se ahumaban las botellas para aumentar la densidad de los caldos; con el tiempo el hollín cubría la etiqueta y la hacía ilegible.

21 Publio Fanio Trásea Peto, mandado ejecutar en el año 66 por Nerón, que simultáneamente desterró al yerno de este ejecutado, Helvidio Prisco. Ambos eran estoicos y cabezas muy visibles de la oposición contra Nerón; Helvidio Prisco fue mandado asesinar por Vespasiano durante su imperio.

22 Virrón, probablemente nombre de un personaje conocido en otros tiempos, aquí representante de los elegantes que se muestran soberbios y tacaños para con los *clientes*, y principalmente para los de posición social mediana.

nes de aquel ámbar que lloraron las Helíadas, que tienen salientes de berilo. A ti no se te confiará una copa de
40 oro, y si, muy de vez en cuando, se te entrega una, se pone a tu lado un guardia que cuente las gemas y te inspeccione las uñas crecidas. Compréndelo[23]: de esta copa alaban un jaspe[24] preclaro, pues Virrón, como muchos, pasa sus gemas de los anillos a las copas, aquellas piedras
45 preciosas que en la embocadura de su vaina solía lucir el joven que fue el preferido al celoso Yarbas[25]. En cambio, tú vaciarás una copa de cuatro golletes, denominada según el zapatero de Benevento[26]; estará rajada; su cristal roto ya reclama el azufre[27]. Si al señor el vino y los manjares le fermentan en el estómago se pedirá, hervida,
50 un agua más fría[28] que las escarchas géticas.

Sí, ahora mismo me quejaba de que no se os sirven los mismos vinos[29], mas el agua que bebéis también es distinta. A ti te servirá el vaso un corredor[30] gétulo o la

---

[23] Esta palabra, la dirige el poeta a su lector u oyente, no al destinatario del monólogo.

[24] Reminiscencia de VIRGILIO, *Eneida* IV 261.

[25] Eneas.

[26] Vatinio, antiguo remendón, que con sus artes de payaso se ganó a Nerón; su nombre se aplicaba a determinados botijos con cuatro golletes. Parece que el tal Vatinio tenía una nariz muy prominente, lo cual motivó que su nombre se aplicase a estos botijos.

[27] El cristal roto se pegaba con azufre, y ello constituía en Roma una profesión ambulante, como la de nuestros afiladores. Pero aquí no se trata de un vidrio roto (que no admitiría remiendo), sino sólo rajado, que el dueño, por avaricia, mandará reecomponer.

[28] Agua hervida y luego enfriada en nieve, que servía de refresco.

[29] En su redacción latina este verso adolece de prosaísmo, y Heinrich-Schopen y algunos otros lo tienen por interpolación de algún monje medieval.

[30] O mensajero, término fuertemente despectivo. Normalmente era un esclavo que acompañaba a pie el carruaje de sus amos, pero también

mano huesuda de un moro negro, que maldita gracia te haría topártelo[31] a medianoche cuando viajas en carro entre los sepulcros de la enhiesta Vía Latina. Ante él[32] 55 estará la flor de Asia[33], comprada a un precio mayor que el montante de los ingresos de Tulio y del belicoso Ancio, y, para no entretenerte, mayor que todas las baratijas de los reyes de Roma. Las cosas son así. Tú, si tienes sed, debes mirar a tu Ganimedes gétulo, pues un efebo com- 60 prado por unos miles de sestercios no sabe servir a los pobres. Su edad y su belleza justifican su insolencia. ¿Es que acude alguna vez a ti? Si se lo solicitas, ¿te vendrá alguna vez el servidor de agua fría o caliente?[34]. Desmerece de él servir a un cliente antiguo, que le pidas algo y que estés reclinado mientras él está de pie. Todos los 65 palacios ilustres rebosan de sirvientes soberbios. Mira con qué refunfuños te ha servido éste[35] un pan hecho con grano apenas molido, pedazos enmohecidos de una harina enjuta, que hacen trabajar la muela del juicio, pero no admiten dentellada. El pan tierno, blanquísimo, amasado 70

---

era utilizado para llevar mensajes. Entre tales mensajeros abundaban los norteafricanos, o moros o negros, en el primer caso de piel cetrina.

[31] Que se te apareciera como un fantasma.

[32] Ante Virrón.

[33] Te servirá como copero un bello joven de Asia, de Licia o de Frigia, que era donde los griegos adquirían sus coperos. En Roma eran comprados a alto precio, se les mantenía con toda clase de lujos, se les vestía siempre a la última moda, y se les adornaba con oro y plata.

[34] Es un esclavo distinto del copero, pero que también tiene sus humos. El agua fría es la ya citada; los romanos bebían con gusto agua caliente, que se servía, además de en la mesa, en las fiestas llamadas Termopolias.

[35] Otro servidor distinto servía el pan. El lujo había introducido una serie de tipos de pan, desde el elaborado con flor de harina hasta el de peor calidad, llamado pan de salvado, o pan furfuráceo.

con cernido reciente se reserva para el dueño. Debes refrenar tu diestra, recuérdalo, pues esta hogaza merece tus respetos. Supongamos, con todo, que te muestras algo atrevidillo: allí sobrarán los que te hagan soltar tu presa:
75 «¡Eh, osado comensal! ¿No querrás llenarte con lo de los cestos vulgares y reconocer tu pan por su color?». «¿De modo[36] que fue para esto por lo que tantas veces dejé a mi esposa y corrí por el monte frontero al gélido[37] Esquilino, cuando el dios primaveral se estremecía con el cruel granizo y mi abrigo[38] chorreaba de abundante agua?».

80 Mira la langosta que se sirve al señor: ¡cómo luce en el plato! ¡Qué espárragos la rodean por todas partes! ¡Con qué cola desprecia a los comensales cuando viene por lo alto, en manos de un esclavo. A ti te servirán en un platito una gamba pegada a medio huevo duro: ¡una cena
85 funeraria![39] El bañará su pescado en aceite venafrano[40], pero esta col descolorida[41] que, triste de ti, te sirven, olerá a linterna, ya que llenan vuestras alcuzas de aceite trans-

---

[36] Desde aquí hasta el punto y aparte puede haber una reflexión totalmente parentética que se hace el mismo Juvenal, o una reflexión mental que se hace el protagonista del monólogo. No puede reprochar al esclavo en voz alta la descortesía con que le trata, pero también tiene su pundonor, aquí herido. Claro que esto está en desacuerdo con lo que se dice al principio de la sátira acerca de la insensibilidad del cliente. Detalle que habrá pasado por alto Juvenal.

[37] Exageración intencionada, para hacer ver lo mal que se vive allí. Pero el adjetivo «fresco» sería más ajustado.

[38] El término latino es *paenula*, una toga corta que servía de abrigo; llevaba una capucha para resguardarse eventualmente de la lluvia.

[39] En la llamada *cena novemdialis*, que se tomaba ritualmente al noveno día después de la defunción, se comían huevos aderezados con sal, y lentejas. La expresión es proverbial, y aquí más bien jocosa.

[40] El aceite de Venafro era el más fino y el más caro.

[41] Descolorida porque ha sido cocida sólo con sal.

portado aquí en naves de proas puntiagudas[42] por los descendientes de Micipsa[43]. Ésta es la causa por la que en Roma nadie se baña en compañía de Bócaro[44], lo cual 90 inmunizaría incluso contra las serpientes negras[45]. Al dueño le servirán un salmonete enviado desde Córcega o desde las peñas de Taormina, eso cuando nuestro mar[46] ya haya sido agotado y no produzca más. Cuando la gula se exaspera, el mercado[47] hace escrutar con redadas conti- 95 nuas los mares próximos y no toleramos que en el Mar Tirreno nazca ya ningún pez. Es, pues, la provincia la que surte los hornos, de ella se toma lo que compra Lenas, el captador de testamentos, y luego Aurelia se vende[48].

A Virrón se le sirve una morena enorme procedente de 100 las corrientes de Sicilia, ya que mientras el Austro se apa-

---

[42] Eran las llamadas «naves numidias» construidas con cañas, papiros y juncos, muy propias para la navegación fluvial, principalmente por el Nilo, pero que también navegaban perfectamente por el mar.

[43] Micipsa, rey de Numidia, que conocemos por el historiador Salustio.

[44] Rey de Mauritania en la época de Yugurta; aquí se le cita porque en Roma, para citar a un africano, se le citaba expresamente a él: «un Bócaro».

[45] Porque tal hedor las haría huir.

[46] Ya aparece aquí la expresión clásica *Mare Nostrum* aplicada al Mar Mediterráneo.

[47] El término es muy preciso. En Roma las tiendas de los diversos artículos alimenticios estaban desperdigadas por toda la ciudad, y parece que fue más o menos en la época de Juvenal (s. I) cuando se construyó un mercado, un gran edificio que albergaba en él tiendas de comestibles de todas clases, cocidos y sin cocer. El mercado es un invento genuino del sentido práctico de los romanos.

[48] Lenas compraba, para regalar a Aurelia y ganarse así algo de su testamento, golosinas exquisitas, pero ella, al saber su precio, las vendía a su vez. Lenas parece ser un nombre genérico para señalar a los captadores de testamentos.

cigua y, sentado en su antro[49], se seca las plumas chorreantes, las redes[50] atrevidas no desdeñan ni llegar al centro de Caribdis[51]. A vosotros os espera una anguila, 105 parienta de la larga culebra, o un sucio pescado del Tíber[52], taraceado por las heladas: como tú mismo, vivió en estas riberas, y engordó con la mierda de la Cloaca, pues solía remontar por su túnel hasta el centro del barrio de la Subura[53].

Yo, al amo, quisiera decirle algo si pudiera buenamente escucharme: «Nadie te pide lo que Séneca enviaba a sus 110 amigos pobres, lo que el espléndido Pisón y Cota[54] regalaban normalmente, pues antaño la gloria de dar era reputada como superior a la de los títulos y a la de los haces. Lo único que pedimos es algo de cortesía en tus cenas. Obra así y sé, sé como hoy muchos, rico para ti y pobre para tus amigos».

---

49 El antro de los vientos, citado por Virgilio en el primer libro de la *Eneida* (I 51).

50 En latín *lina*, por metonimia; las redes eran de lino.

51 Si el mar está en calma, el pescador se atreve incluso a meterse en las aguas del remolino de Caribdis.

52 El pescado de río era muy poco apreciado en Roma, y si, como éste, presentaba manchas, era totalmente rehusado. Pero quizás el término latino *Tiberinus* designe una especie determinada de pescado que se capturaría cerca de la Cloaca Máxima, en cuyo caso la burla inferida por Virrón a Trebio sería ya insufrible.

53 Agripa en su época de edil había mandado desviar los cursos de siete ríos, de manera que las naves podían remontar el Tíber y llegar a Roma (PLINIO EL JOVEN XXXVI 15). Pues lo mismo hacían los peces del Tíber. En la Cloaca se acumulaba el detritus de la ciudad.

54 Proverbialmente, los generosos protectores de antaño. Pisón fue el jefe de la conspiración contra Nerón (TÁCITO, *Ann.* XVI 48). Aurelio Cota, cónsul en el año 20 d. C., fue un derrochador que acabó su vida con una pensión que le concedió Nerón (TÁCITO, XIII 34).

Ante él[55] hay ahora el hígado de un enorme pato, volatería[56] no menor que un ganso, y espumea[57] un jabalí 115 digno del hierro de Meleagro[58]. A continuación servirán trufas, supuesto que estemos en primavera y las lluvias deseadas permitan prolongar las cenas. Y dijo Aledio[59]: «Quédate tu trigo, oh Libio[60], descuartiza los bueyes, ¡pero mándanos al menos las trufas!».

Para que no falte ninguna humillación podrás ver al 120 trinchador[61] que gesticula y da saltitos con el cuchillo al aire, hasta haber cumplido todas las prescripciones de su maestro, ya que no es pequeña, sino muy grande, la diferencia de los gestos con que se trincha una gallina o bien una liebre.

Te arrastrarán por los pies como hizo Hércules[62] con 125 Caco tras abatirle, y te pondrán de patitas en la calle si alguna vez intentas ratear algo, eso aunque seas hombre libre[63]. ¿Cuándo Virrón te ofrece una copa o toma una

---

55 Ante Virrón.

56 Un pollo asado.

57 El latín dice esto, pero no se entiende cómo puede espumear un jabalí cocido. ¿Pensaría el satírico, así y todo, en una escena de caza?

58 Reflejo de la *Ilíada* II 642.

59 Es el cliente que, discretamente, se queja.

60 Le llama «libio» porque África suministraba las dos terceras partes del trigo que se consumía en Roma, y, además, esto hace suponer en Virrón un origen, o al menos unos antepasados africanos.

61 El cocinero principal, que era a la vez experto en cómo debían partirse las piezas en tajadas. Era él quien trinchaba en la mesa, y le echaba a la cosa una teatralidad estudiada, pues en Roma llegó a haber maestros del oficio, por lo que lo dicho aquí por Juvenal no es ninguna exageración.

62 Otra reminiscencia de VIRGILIO, *Eneida* VIII 190-267.

63 El latín dice textualmente «aunque tengas tres nombres», es decir, aunque seas ciudadano romano, o por lo menos liberto.

que hayan tocado tus labios? ¿Quién de vosotros es tan temerario, es más, tan desvergonzado que se atreva a decir
130 a su rey: «¡Bebe!». Muchas son las cosas que los hombres no se arriesgan a decir si llevan rotos en el manto. Pero si algún dios, o bien un hombrecillo parejo a los dioses y más benigno que el hado te hubiera regalado cuatrocientos mil sestercios, ¡qué gran amigo tú, salido de la nada,
135 serías de Virrón! «Dalo a Trebio, sírveselo a Trebio. ¿Te apetece este lomo, hermano?» Dineros, a vosotros presta tal honor, vosotros sois sus hermanos [64]. Con todo, si quieres convertirte en señor y en rey de tu señor, que en tu corte [65] no juegue ningún pequeño Eneas ni una hijita
140 más dulce aun que él; una esposa yerma convierte al amigo en querido y agradable. Pero si tu Migale [66] alumbra ahora y echa tres hijos a la vez en el regazo de su padre, el patrón se alegrará de aquel gárrulo nido, mandará traer una casaca verde [67] y unas nueces [68] pequeñas y el as siem-
145 pre que el niño parásito acuda a su mesa a pedirlo.

Sírvense a los amigos de poca monta unos hongos dudosos, pero al dueño una seta cual las que comía Claudio antes de la que le suministrara su mujer, tras la cual ya

---

64 De aquí hasta el punto y aparte, una digresión incómoda. Pero es el uso de Juvenal.

65 Las palabras «corte», «Eneas», «hijita» y «esposa» aluden claramente a la institución matrimonial como fuente de derecho hereditario: los rivales por lo que hace a una herencia son los hijos legítimos, por lo que los hijos ilegítimos, habidos con una esclava, con una concubina, o adulterinamente, no son legalmente capaces de heredar, y por consiguiente no molestan al amigo.

66 Es el nombre genérico de concubina.

67 Eran juegos para niños, que se disfrazaban de atletas, de aurigas o de gladiadores.

68 A la vez para jugar y para comer.

no comió nada más[69]. Virrón se hará servir a él y a los demás Virrones unas frutas[70] de las que sólo te alimentará el perfume: son como las que poseía el otoño perpetuo de los feacios, las podrías creer robadas a las hermanas africanas[71]. Tu gozarás de la manzana podrida como la que roe en la muralla[72] el simio que se cubre de casco y escudo y, asustado de los azotes, aprende a montar una cabra peluda y a disparar desde ella la jabalina. 150 155

Quizás creyeras que Virrón quiere hacer economías. No: obra así para zaherirte, ¿pues qué mimo o qué comedia es más divertida que una gula desairada? De modo que todo es, debo decírtelo, para hacerte llorar bilis y lágrimas, para que tus dientes apretados rechinen largamente. A ti te parece que eres un hombre libre, un invitado de tu rey; él te cree esclavizado por los olores de su cocina[73]. Y no lo piensa mal. ¿Pues quién será tan desposeído que lo soporte dos veces si de niño le correspondió la bula[74] de oro, o el collar tan siquiera, hecho de mo- 160

[69] Esta frase, a primera vista algo inútil, hay que entenderla plenamente en su sentido: «a los huéspedes se les sirven hongos dudosos, y al señor una seta. ¡Pero qué pena!, sólo una, pues no es como aquella que fue la última que Claudio tomó, la envenenada por su mujer Mesalina». Sin delicadeza, se desea la muerte de Virrón.

[70] El banquete termina con el postre.

[71] El Jardín de las Hespérides. Cf. la nota 33 de la *Sátira* XIV.

[72] En tiempos de Augusto la Muralla de Servio Tulio se había derruido en parte para dejar espacio libre a paseos y jardines. Un cómico ambulante ofrecía el espectáculo de un simio amaestrado que cabalgaba una cabra y desde ella disparaba una jabalina.

[73] Es decir: ni tú te has sentido invitado como amigo, ni él te tiene por tal. Habéis ido de pillo a pillo.

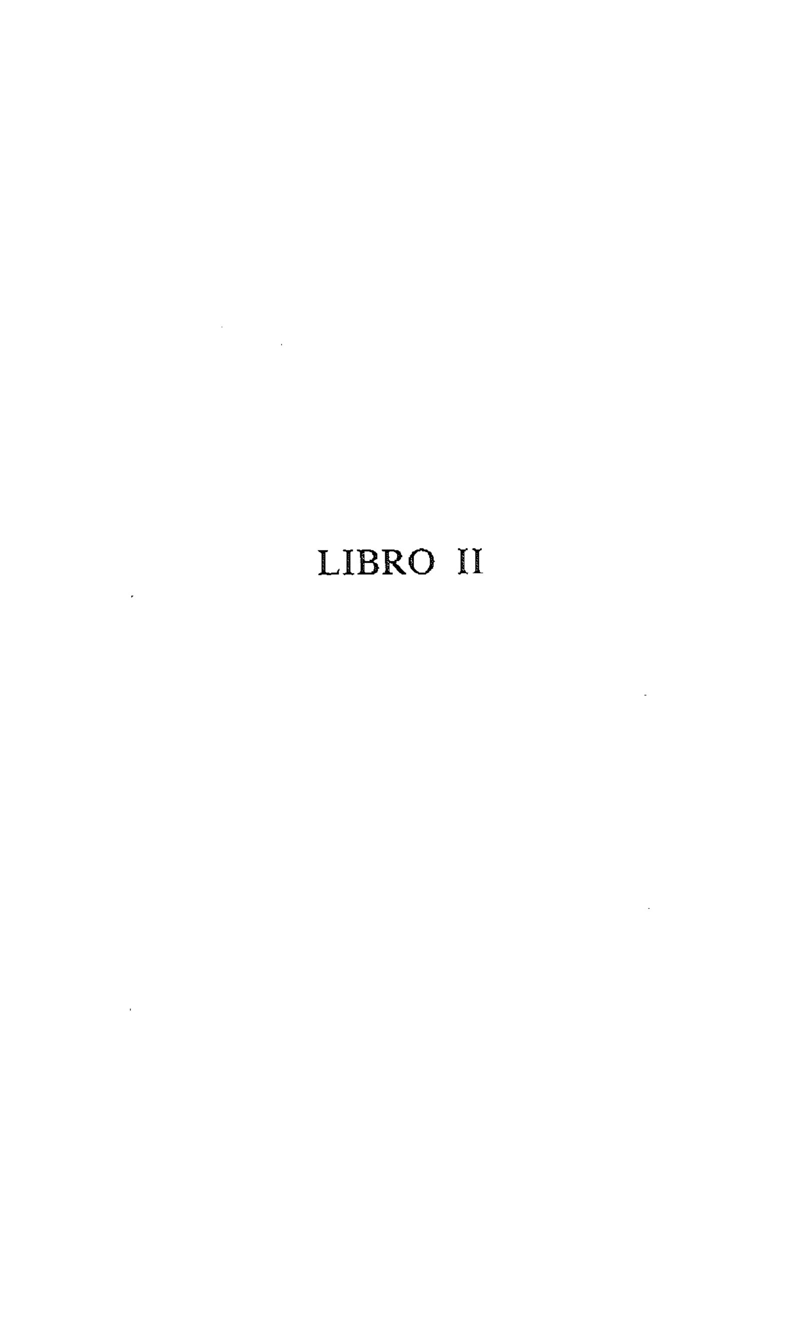
[74] Esta palabra designa la bula; era una especie de amuleto que colgaba del pecho del niño romano o etrusco (pues el uso tenía origen etrusco) hasta que llegaba a la pubertad; su función era de protección.

165 desto cuero? Os engañó la esperanza de una cena opípara. «he aquí que nos dará media liebre, o quizá una tajada de muslo de cerdo. Ahora nos servirán volatería más sencilla». Y así todos calláis, con el pan apretado[75] y dis-
170 puesto. Está bien en sus cabales el que te explota así. Si puedes soportarlo todo, debes también. Llegará tiempo en que ofrecerás a los golpes tu cabeza pelada[76] y no te amedrentarán los fuertes azotes, merecedor, como eres, de tal banquete y de tal amigo.

Los niños de familias ricas llevaban tales amuletos de oro, los de familias pobres los llevaban de cuero. En cualquier caso la bula indicaba que se era libre de nacimiento.

[75] En la mano, por impaciencia. El símil es grotescamente militar. En espera del asado (que no llegará) aprietan en la mano el pan intacto, como el soldado la espada cuando va a entrar en combate.

[76] Como payaso de la ínfima especie, que aparecía calvo y apaleado precisamente en la cabeza. Se trataba del *stupidus* y del *parasitus*, personajes genéricos del mimo.



LIBRO II

SÁTIRA VI

Nos encontramos ante una pieza única en su género, y ello desde varios puntos de vista. Ya simplemente desde el de la extensión; pues bordea los setecientos versos. No sabemos, por falta de documentación, la extensión de las *Sátiras* de Lucilio; las de Horacio rara vez llegan a los trescientos cincuenta, y Persio, el antecesor inmediato de Juvenal en el género, escribe poemas que rondan poco más o menos los cien versos.

Esta consideración nos lleva de la mano a otra de más fuste: el vasto contenido de la sátira. Se ha dicho de ella que es una sátira contra las mujeres, pero ello es inexacto. El *leitmotiv* fundamental que cohesiona la pieza es: «consejo a los que van a casarse», y tal consejo es, como de buenas a primera se puede prever, negativo, «no lo hagáis». Pero lo que aquí interesa destacar es la pintura imponente y variopinta, la multitud de escenas que se suceden, a veces vertiginosamente, propuestas por el poeta para fundamentar su negativa. Si pretendiéramos reducir a un frío discurso lógico la sátira, como lo han hecho algunos críticos, notoriamente Friedländer, el fracaso y el desaliento ante la vanidad de la empresa serían totales. Porque es imposible pensar que Juvenal se trazara un plan esquemático previo totalmente coherente y cerrado, que luego fuera desarrollando sistemáticamente: esto lo haría un filósofo, o incluso un novelista, pero nunca un poeta, y mucho menos uno de las características de Juvenal. Más tarde se insistirá sobre el particular.

Lo que destaca de nuestro satírico es la energía y el vigor de cada cuadro, de cada escena en sí. Ahí está la fuerza de su sátira. Juvenal acierta en cada ocasión a proponer lo más decisivo y característico a todos los niveles. Se propone ejemplificar la infidelidad conyugal: recurre al caso de una famosa Epia, esposa del senador Veyento, de la época de Domiciano, la cual se hizo raptar por el gladiador Sergio, es decir, por un individuo que pertenecía a la hez de la sociedad romana (VI 82 y ss.):

> Mujer de un senador, Epia siguió a una escuela de gladiadores...

En su contexto social romano el contraste no podía ser más fuerte, y como tal golpeaba intuitivamente el ánimo del lector (o mejor oyente) contemporáneo; nosotros, a dos mil años de distancia, hemos perdido la inmediatez de la llamada, y debemos recomponerla eruditamente; sólo así nos reaparece en su fuerza primitiva. Pero el iluminador contraste no se agota: Epia soporta las incomodidades del molesto viaje, y aun más el enorme desdoro que a ella le representaba. ¿Por qué todo ello? Porque para muchas mujeres, en aquella deteriorada sociedad, los gladiadores llegaron a representar el ideal de virilidad, y ello estaba por encima de todo.

Aún otro caso, más grotesco y no tan trágico, pero no por ello no considerablemente repugnante. Hacia el final de la sátira (vv. 475 y sigs.) aparece una dama de alcurnia que quiere acicalarse especialmente, no importa para qué. Pero lo que aquí desea Juvenal es sacar a relucir que en el mundo femenino casi siempre pagan justos por pecadores. He aquí el motivo que lo desencadena todo:

> Si por la noche el marido les volvió la espalda

y la consecuencia inmediata:

> la intendenta está perdida, los esclavos guardarropas deben despojarse de la túnica

para recibir los azotes en carne viva ante el eventual menor pretexto, naturalmente injustificado. Y cuando le toca el turno a la malhadada esclava peinadora, Juvenal suelta un sarcástico acotamiento:

¿Qué culpa tiene esta chica si a ti tu propia nariz te desagrada?

porque la dueña se está mirando al espejo y cada vez se gusta menos a sí misma.

Quisiera, pues, que quedara claro esto: la maestría de Juvenal primero en elegir los casos que verdaderamente ejemplifican al máximo lo que se propone decir, y luego, dentro de cada pintura, su habilidad inigualable para destacar, en una técnica de contrafuerte, los rasgos más característicos de lo que se propone afirmar.

Mirándolo ya desde una perspectiva histórica, digamos que Juvenal ha centrado más el tema. Desde luego, en la vida de muchísimos hombres y mujeres, diríamos de la humanidad en general, el matrimonio es cosa fundamental, y hallar o no la felicidad en él es decisivo para valorar una vida. Y he aquí lo que pretende el satírico: con una serie de casos (seguramente veintiséis), disuadir a su amigo Póstumo de su intención de contraerlo.

De manera más genérica en el s. VI a. C. el yambógrafo griego Semónides de Amorgos escribió sus *Yambos de las mujeres* a las que clasificó en seis grupos, simbolizados cada uno por un animal diverso: hay la mujer zorra, la mujer puerca... De todas ellas una sola es deseable, la mujer abeja.

Lo que hay que decir es que Juvenal centra más el tema y en sus conclusiones es mucho más radical: no hay mujer ni deseable ni aprovechable. Lo asevera con suma claridad: ante la hipótesis que un innominado contradictor le sugiere, el caso de una mujer que en una zona rural, en plena campaña, vive castamente, responde con desprecio (v. 56):

Que viva en Gabias, que viva en Fidenas tal como vivió en el campo,
y yo me voy al pegujal de mi padre.

Gabias y Fidenas eran el prototipo de las aldeas más pequeñas. Por otro lado, malditas las ganas que tenía Juvenal de regresar a su patria chica, a Aquino, abandonando Roma —en Aquino debía de poseer una no pequeña hacienda familiar—. Todo lo cual equivale a decir: si ésta tal en la campiña vivía castamente es porque no podía hacer otra cosa, porque no tenía ocasiones ni oportunidades, pero que se instale en el más pequeño núcleo de población y sucumbirá al primer embate, porque ellas hoy son así y no tienen remedio.

Cuando habla de mujeres económicamente pudientes o de la alta clase media Juvenal establece una limitación importante, no traspasada por el hecho de que hable también de las mujeres que ejercen profesiones viles o por lo menos picarescas. Yo estaría por decir que ello se corresponde con una experiencia vital. Según todos los indicios, nuestro satírico empezó a redactar sátiras no antes de su madurez; anteriormente se había dedicado a la declamación. Pues bien, Juvenal ha transcrito al papel un desencanto vital. ¿No será que habrá tenido una experiencia amorosa más bien amarga? ¿No habrá convivido con mujer que le haya reducido a la condición de cliente pobre que tan magníficamente describiera en su *Sátira* I (vv. 95-119)? Éste sería el hilo oculto que mueve toda la sátira, la cifra que le confiere una densa unidad, la que hace de toda la sátira un único todo. Ello además de su destierro.

La cual en su apariencia más somera tiene cuatro grandes secciones. En su secreta unidad —hay un arte que oculta a otro arte—, esta sátira tiene una calculada gradación ascendente, que va de menos a más, para clausurarse en una poderosa coda final. De manera que sí, hubo un plan previo de composición a grandes rasgos, que el poeta fue cumpliendo sin la minuciosidad con que lo hiciera un genio de la pintura. Con alguna diferencia, ésta es la composición de Juvenal: las partes pueden depender en su secuencia unas de otras, o pueden no depender, pero todas están ligadas claramente al motivo central, que innegablemente las cohesiona. Esto vale tanto para las cuatro grandes secciones

que podemos delimitar en toda la composición como para cada escena o pasaje unitario particular.

En la primera parte (vv. 1-132) Juvenal nos dice que ningún hombre debe pensar en casarse porque la castidad ha abandonado este mundo, y todas las mujeres son impuras. Esta sección acaba con la punzante descripción de la aventura de Mesalina, que abandona el lecho imperial para ir a la celda de un burdel que se ha reservado previamente, y que abandona por la madrugada, cansada, pero no satisfecha por los hombres (el detalle es muy juvenaliano).

En la segunda sección (vv. 133-285) el hipotético interlocutor de Juvenal, que es quien piensa casarse, propone al satírico sus dificultades: ¿puede creerse que el matrimonio por amor es una pura ilusión? ¿No hay ni una mujer que merezca ser amada? La respuesta es que este matrimonio por amor, es por amor al dinero (v. 137). En dote

> Ella le dio un millón de sestercios. A este precio la llama púdica,

o por amor a algo tan pasajero como es una cara bonita (v. 143):

> Si escrutas la verdad, se ha enamorado del rostro, no de la esposa.

Si te casas con ella te dominará, coincidiendo con el tópico citado en el cap. 9, 2, del libro del *Eclesiástico.*

Ante tal aserción el interlocutor no puede ocultar un gesto de extrañeza, y el satírico la defiende en primer lugar (tercera sección, vv. 286-351) con una vigorosa afirmación general, corroborada inmediatamente (cuarta sección, que abarca casi la mitad de la sátira, vv. 352-661), por una horrenda serie de ejemplos que dan fe de esta verdad. El punto culminante es el final, el de los casos de las mujeres que asesinan a sus propios hijos.

En todo este conjunto hay un clímax calculado. En la primera sección Juvenal nos dice que las esposas engañan a sus maridos, en la segunda que los tiranizan, en la tercera que los

desprecian e ignoran, y en la cuarta que los desprecian y asesinan.

Y cabe notar que en las sátiras antecedentes los hombres aparecen como seres cobardes, pusilánimes, débiles, tornadizos. Pues bien, nada de esto caracteriza a las mujeres protagonistas (las casadas) de esta sátira sexta: son tenaces, ambiciosas, obstinadas, lujuriosas, de un egoísmo total, arriesgadas, corajudas, implacables. Parece como si, desde algún punto de vista, haya habido un movimiento de contrapeso o de balanceamiento, y cuando ha bajado el platillo de los hombres, ha subido naturalmente el de las mujeres. En la visión de Juvenal claro está, sin embargo, que esta propulsión ascensional es una degeneración.

La conducta real de las mujeres viene apretujadamente descrita en la amplia sección cuarta, que en general es una muy buena fuente de información sobre los detalles de ciertas celebraciones. También dentro de esta sección cuarta hay un bien calculado clímax. Primero se habla de la mujer manirrota, que sólo piensa en su marido para arruinarle la hacienda, luego de la esposa que insiste en tener eunucos y homosexuales en su séquito y servidumbre, para concluir, provisionalmente, en la mujer obsesionada por su aspecto personal. Hasta aquí la mujer doméstica. Luego, diríamos, la mujer social, la que se entromete, humillando a su marido, aun en los círculos de alta política y estrategia militar, la mujer que ejerce afectadamente, en expresión de hoy, el periodismo, que informa, sabiéndolo por puro escándalo, de los líos amorosos, de las infidelidades conyugales y de los casos de corrupción, o, ignorándolo supinamente, de lo que ocurre en los confines del mundo. Sigue la mujer religiosa. Y acaba con la mujer criminal, la que asesina al marido y a los hijos que éste ha habido con una concubina, y aun a los hijos de un primer matrimonio de su esposo. Para acabar con el cuadro espantoso de la mujer que asesina a sus propios hijos, en la leyenda de Medea, de Procne, y en la realidad de una hermana del novelista Petronio, Poncia.

Que aquí por parte de Juvenal ha habido cálculo es indudable. Porque la inteligencia es global, aunque sinuosa; quiero de-

cir, que en un mismo campo, aquí es algo más alta que allí. ¿Cómo podría negársele en la composición a quien la evidencia en cada cuadro y en la secuencia lineal?

Juvenal es poeta satírico doblado de declamador. Desde este punto de vista la inspiración del satírico es nítida: busca una concatenación brillante y eficaz, aunque esté reñida con la lógica (en la que, por lo demás, no piensa). Cada escena nace de la precedente y desemboca en la que sigue, alguna vez con unos versos de enlace, que explican la transición, otras veces de manera abrupta e impresiva, por vía de contraposición. Un ejemplo clarísimo de esto último, lo tenemos en medio del v. 511. En la sección inmediatamente anterior nos ha dicho que a la mujer el marido le importa un bledo, que vive en alguna cercanía de él sólo para ocasionarle gastos que le arruinen el presupuesto (vv. 508-511):

> ... ni se preocupa del marido ni atiende los gastos que le causa. Vive cual si fuera su vecina, más íntima que una tal sólo porque detesta a los amigos y a los criados del esposo, y le carga el presupuesto.

Y luego (v. 511), en una ilación que realmente existe, pero muy implícitamente, porque subyace en la idea de gravar el presupuesto, sigue la descripción de lo que motiva los enormes gastos de la mujer: sus creencias ridículas y sus supersticiones, en un pasaje persistentemente poderoso, que se extiende por lo menos hasta el v. 572:

> He aquí que entra la cofradía de la frenética Belona y la de la Madre de los dioses con un corpulento eunuco...

Probablemente el mismo autor, y nosotros mismos, por descontado, a medida que avanza esta secuencia olvidamos la implícita ilación inicial y el cuadro nos toma vida por sí mismo, en buena parte por su esplendidez, y ahí comprendemos que Juvenal está más atento a cada momento de su sátira que a la impresión que globalmente el conjunto nos pueda causar. *Carpe diem*, vive el momento, parece decir al lector.

Otras veces es verdad que hay una transición visible. A partir del v. 200, el poeta quiere exponer que la esposa, aun en el caso de que esté enamorada de su marido, es algo insoportable, porque se convierte en su tirana: el marido acaba por detestarla. De modo que insiste en que no vale la pena casarse con una mujer a la que de verdad no vas a amar, y no debieras casarte ni aun en el caso de que hubieras liquidado las formalidades previas a la boda. Si te casas así perderás tu dinero (v. 202):

> ... no parece que tengas motivos para casarte, ni tampoco para gastar tontamente en la cena y en los pasteles de mosto que se ofrecen a los invitados.

A partir del v. 208 entra realmente en el tema:

> No encontrarás una sola que perdone algo a su marido. Aunque esté locamente enamorada, se goza en atormentarle y en despojarle.

Pero los vv. 206-208 son la transición que nos introduce en el motivo y nos lo expone:

> Si amas ingenuamente a tu mujer, si sólo a ella has entregado el alma, inclina la cabeza, con la cerviz dispuesta a soportar el yugo.

Toda obra literaria debe tener unos antecedentes conocidos y atendibles si su autor quiere moverse en cánones totalmente correctos. Juvenal no volvió a intentar la composición de una sátira de dimensiones parecidas a ésta. Quizás en su conclusión se sintiera incómodo, con una cierta desazón por no haber dado plenamente en el clavo, por la sensación de que algo muy sutil se le escapaba, de que había una cierta diferencia, por ejemplo, con la *Sátira* III, que es una pintura hermosa, coherente y encajada. Este secreto sentimiento de un éxito no completo se debía a la inexistencia de un modelo que le hubiera podido servir.

Y, con todo, esta sátira es de las mejores de Juvenal. En agudeza y en humor, en viveza de expresión, en transparencia dramática, en un *pathos* auténtico, así como en energía, en vigor y en luminosidad de expresión y de estilo, esta *Sátira* VI está

a la altura por lo menos de la III, a la que supera en riqueza y variedad de contenido. Seguramente el principio y el final de esta composición son lo mejor que Juvenal ha escrito. Y a lo largo de toda ella apenas si encontramos algo trivial, superfluo o que rebaje el nivel de la dicción, que normalmente raya a gran altura.

SÁTIRA VI

Fue en tiempos del rey Saturno[1], me parece, cuando el Pudor[2] habitó en este mundo; lo vieron largamente cuando las frías cuevas ofrecían pequeñas mansiones y encerraban en una penumbra común al fuego y a los dioses Lares, a los rebaños y a sus dueños, cuando la esposa 5 montaraz tendía un tálamo silvestre con hojarasca y paja, y con las pieles de fieras vecinas, en nada semejante a ti, Cintia[3], ni a ti tampoco, a quien la muerte del pajarillo enturbió los claros ojos; nutría con sus pechos unos hijos robustos, más repelente a veces que su propio marido cuando eructaba bellotas[4]. Apenas de otro modo vivían 10

---

[1] Hoy diríamos: en tiempos de Maricastaña. Juvenal piensa en la edad de oro, pero no como en un paraíso bíblico, sino en un mundo más intacto, anterior a los bienes de la cultura, pero también a los riesgos de la civilización (lujo que acarrea la degeneración de costumbres...).

[2] El Pudor, la vergüenza personificada. Con gran acierto psicológico Juvenal hace de él el punto inicial y capital de la sátira, pues es la base de la cualidad de toda mujer.

[3] La amada de Propercio, cuyo nombre real fue Hostia, y Lesbia (Clodia), la de Catulo, citada aquí por el rasgo que la hizo popular, la muerte del pajarillo, cantada por su poeta (3, 17).

[4] Las bellotas como alimento de la humanidad primitiva es un rasgo que se repite una y otra vez en las literaturas latina y griega. Juvenal es muy fiel a cosas de este tipo.

entonces, cuando el mundo era nuevo y el cielo reciente, los hombres que, nacidos en la oquedad de un roble o modelados en arcilla, no habían tenido padres [5].

Quizás muchos vestigios del viejo Pudor, o algunos como mínimo, hubo después, en tiempos de Júpiter, pero 15 de un Júpiter aún barbilampiño [6], cuando los griegos no se prestaban todavía a jurar [7] por la cabeza de otro, cuando no se temían ladrones de frutales o de hortalizas y se vivía con el huerto sin vallar. Pero luego Astrea [8] se retiró lentamente hacia la sede de los dioses, acompañada por 20 el Pudor; ambos hermanos huyeron a un tiempo [9]. Es algo más viejo que la nana, Póstumo [10], hacer crujir el tálamo ajeno y despreciar el genio de la unión sagrada [11]. Todos los demás crímenes nos fueron traídos por la edad de hierro, pero ya los siglos de la edad de plata contem-25 plaron a los primeros adúlteros. Tú, sin embargo, te dis-

---

[5] Los dos mitos clásicos acerca del origen de la humanidad, o nacidos de los robles, o modelados en arcilla. En este último caso el artista en Grecia era Prometeo.

[6] O sea, a principios de la época de Júpiter. Pues Júpiter reina todavía ahora, y ya vemos las cosas como van.

[7] A jurar en falso, o sea, a perjurar. Estos griegos ligeros de cascos juraban por la cabeza de otro para evitar el castigo en la suya. Líbreme Dios de pensar en influencias, pero noto la rara concomitancia con el *Evangelio* (Mat 5, 3): *ni tampoco jures por tu cabeza.*

[8] Astrea (o diosa de la justicia) pertenece a un estadio mitológico posterior.

[9] A un tiempo, simultáneamente; ello es importante en la mentalidad de Juvenal: la mujer injusta difícilmente es casta, y viceversa.

[10] Póstumo: seguramente no se trata de ninguna persona concreta, sino de una ficción para dar a la sátira la forma más directa de un alegato en previsión de un matrimonio.

[11] En todas las culturas y civilizaciones el matrimonio, es decir, la unión estable y permanente de un hombre y una mujer, ha sido siempre algo sagrado. En la sociedad romana no menos que en las otras.

pones al pacto, al contrato y a los esponsales[12] ahora, en nuestra época[13]. Quizás el maestro[14] peluquero ya te arregla, y quizás ya has puesto en el dedo la prenda de matrimonio[15]. Estabas en tu sano juicio, desde luego. ¿Y ahora, Póstumo, te casas? Dime qué Tisífone, qué culebras te agitan[16]. ¿Podrás soportar una dueña[17] cuando 30 quedan intactas tantas maromas[18], cuando tantas ventanas altas y que dan vértigo están abiertas[19], y el Puente Emilio[20] se te ofrece no muy lejos? Y si de estas salidas no te place ninguna, ¿no piensas que más te valdría dor- 35 mir con un garzón?[21] Un garzón no te armará un escándalo nocturno, no te pedirá regalillos por acostarse conti-

---

12 Los pasos legales inmediatamente precedentes al matrimonio. Con ello Juvenal subraya que no se trata de una unión pasajera sino de un proyecto total de convivencia.

13 Tan corrompida o tan peligrosa, por supuesto.

14 Maestro en el sentido estricto de la palabra: Póstumo, dada la solemnidad de la ocasión, acude a una escuela de peluquería y hace que le atienda el director. Sabemos por otros autores que en tales sitios se cortaba el pelo, se afeitaba y se arreglaban las uñas; ahora la boda ya es inminente.

15 En Roma el novio daba a la novia el anillo de bodas y las arras previamente a la celebración estricta del matrimonio, la cual, de todas formas, estaba al caer.

16 Tisífone, una de las Furias o Erinias que perseguían a los grandes criminales, por ejemplo al matricida Orestes. La concepción de que la persecución de las Furias generaba locura en el perseguido era clásica en el mito. Las culebras se enredaban en el cabello de las Erinias.

17 Expresión afectuosa para designar a la esposa.

18 Para ahorcarte.

19 Para que te arrojes por ellas.

20 El actualmente llamado Ponte Rotto, conservado como reliquia arqueológica. Fue el primer puente de piedra que tuvo Roma, tendido en el año 179 a. C. y sujeto a muchas restauraciones a lo largo de la historia.

21 Juvenal propone a Póstumo otra salida, la pederastia.

go y no te echará en cara que ahorres tu virilidad y que no soples según sus antojos.

Pero Ursidio[22] está de acuerdo con la Ley Julia[23], y piensa reconocer un tierno heredero[24], aunque ello le cues-
40 te perder grandes tórtolas, mújoles escamosos, el mercado, en fin, con que pretendían captárselo. ¿Creerás algo imposible si hay mujer que consienta en casarse con Ursidio? Si el que en otro tiempo fue el adúltero más famoso ya mete su cabeza huera en el cabestro marital, él, tantas veces a punto de asfixiarse oculto en el cesto de un Lati-
45 no?[25] ¿Y qué te diré de que pretenda para él una esposa de costumbres antiguas? Médicos, sangradle por la vena mayor[26]. ¡Qué hombre tan ingenuo! Tú adora de bruces el dintel tarpeyo y sacrifica en honor de Juno[27] una vaca adornada de oro si por esposa te corresponde una mujer
50 casta. Pocas son las que merecen llevar las ínfulas de Ceres[28], de modo que su padre no deba temer sus besos[29].

---

[22] Se pasa a poner ejemplos.

[23] Era la que prescribía los pasos legales para contraer matrimonio.

[24] Cuando te nazca el primer hijo. Los captadores de testamentos hacían regalos costosos a los ricos sin hijos para ganarse sus testamentos.

[25] Era el nombre genérico del personaje que en las comedias hacía el papel de adúltero atrapado por el marido que regresa inesperadamente al hogar. La escena era típica en la comedia romana.

[26] Los antiguos creían que la locura se debía a un exceso de sangre en el cuerpo; de ahí que se recomiende una sangría.

[27] Juno Capitolina como diosa protectora del matrimonio. Una vaca con cuernos dorados era el sacrificio típico que se ofrecía a Juno.

[28] La referencia es al santuario de Ceres, en Eleusis, al que no podía entrar el que se sintiera reo de impureza o de adulterio; Ceres era un ideal de castidad. Pero la alusión más directa de Juvenal debe ser a la procesión llamada *aniversario sagrado de Ceres,* que desde la época de la Segunda Guerra Púnica las mujeres romanas celebraban en el mes de agosto. Sin duda alguna las mujeres que tomaban parte en

Teje una corona para la puerta de tu casa, cuelga de su dintel espesas yedras [30]. ¿Hiberina se satisface con un solo hombre? [31] Más fácilmente lograrás de ella que se contente con un solo ojo. «Mira: grande es la buena fama 55 de una que vive en la campiña de su padre» [32]. «Que viva en Gabias, que viva en Fidenas tal como vivió en el campo, y yo me voy al pegujal de mi padre» [33]. Pero, ¿quién afirma que nada se ha hecho en las cuevas o en los montes? ¿Tan viejos son ya Júpiter y Marte? [34].

¿No se te aparece en los pórticos ninguna mujer a la 60 altura de tus deseos? ¿Acaso los espectáculos [35] no tienen

---

la procesión se vestían de sacerdotisas de Ceres y ceñían sus cabezas con las ínfulas de la diosa.

29 Hay que interpretar el texto en el sentido de que el padre rechazaría ser besado por su hija si ésta fuera impúdica.

30 Era lo que habitualmente se hacía, y se hace aún en zonas rurales de la Europa central. Pero aquí la exhortación es irónica: ¡celebrar festivamente un matrimonio tal como hoy están las cosas!

31 Conocida adúltera de los tiempos de Domiciano, que aquí parece ser la que va a contraer matrimonio. La textura lógica de la sátira aquí no es irreprochable.

32 Es decir, en una casa de campo, lejos de cualquier población. Porque incluso en las más pequeñas ha penetrado la seducción. Gabias y Fidenas eran prototipo de poblaciones minúsculas.

33 Es decir: si tal mujer vive castamente en Gabias o en Fidenas, yo me marcho de Roma y me voy a Aquino (ciudad natal del poeta). La imposibilidad absoluta de que Juvenal se retire a Aquino señala su convicción de que la fidelidad conyugal ha desaparecido en todas partes.

34 El sentido es que las aventuras amorosas que Júpiter y Marte se permitieron hoy se dan también en la soledad de los montes y de la campiña. De todos modos, la eterna juventud era atributo de los dioses, por lo que la retórica pregunta de Juvenal parece descolocada.

35 Los pórticos y los teatros ofrecían buena ocasión de ver y tratarse hombres y mujeres, los primeros porque servían de paseo, y los segundos porque en Roma, al revés de lo que ocurría en Grecia, las mujeres podían ir a teatros y a espectáculos, donde alternaban, a pesar de

en todas sus gradas la mujer que puedas amar tranquilo, que logres arrancar de allí? Cuando un afeminado Bátilo[36] baila la pantomina *Leda*[37], Tucia ya no aguanta su
65 libido, Ápula exhala de pronto un gemido largo y exigente, igual que en la coyunda[38], Timele mira, porque es rústica y hace su aprendizaje. Sin embargo, hay otras que cuando los telones, ya guardados, no funcionan, cuando el teatro está vacío y cerrado, y sólo hay ruido en los foros, pues los Juegos Megalesios están muy lejos todavía
70 de los Juegos Plebeyos, sostienen tristemente la máscara, el tirso y aun los calzones de Accio[39]. Úrbico[40] hace mon-

---

tener un lugar reservado sólo para ellas en la parte más alta de la construcción.

[36] Batilo debe ser el nombre genérico de actores afeminados que representaban papeles femeninos en pantomimas, siempre muy procaces. El primer actor de este tipo que inauguró el género fue un Batilo de la época de Augusto, cuyo nombre, Batilo, después se aplicó a los virtuosos del género.

[37] Dice expresamente el escoliasta o comentarista latino que esta *Ledà* era una pieza de baile muy licenciosa, en la que no faltaba el cisne. La pantomima se ejecutaba principalmente gesticulando con las manos; la pieza era muda, o con una expresión oral mínima.

[38] Las espectadoras (Tucia y Apula fueron sin duda mujeres muy conocidas de la época de Domiciano) evidencian una gran excitación. La mención de Timele remata la situación. De ella sabemos por la *Sátira* I que era una actriz de mimo, y maestra del género; con todo, comparada desde este punto de vista con las otras dos resulta una grosera aprendiza.

[39] Entre los Juegos Plebeyos, que se daban del 4 al 17 de noviembre, hasta los Juegos Megalesios, del 4 al 10 de abril, los teatros estaban cerrados, pero, naturalmente, no se suspendía la actuación de los tribunales. De modo que las aficionadas al teatro están tristes, y se consuelan a su manera con recuerdos que han adquirido de los actores. El tirso, la máscara y los calzones constituyen el disfraz de un sátiro o de una bacante; da mejor sentido pensar, con algunos comentaristas, que estas

dar de risa gesticulando como una Autónoe en la farsa atelana. La pobretona Elia es su fanática. Cuesta un dineral desabrochar la hebilla de un cómico[41], pero hay mujeres que hacen perder la voz a Crisógono[42]. Híspula se divierte con un actor trágico. ¿Esperabas que se enamoraran de Quintiliano?[43]. Tomas mujer, y ella hará padre al citarista Equión, a Glafiro o al flautista Ambrosio. Dispongamos largas tribunas por los angostos callejones, adornemos los postigos y las puertas con grandes ramas de laurel[44] para que tu noble hijo, ¡oh Léntulo![45], colocado 80

---

mujeres desempeñan en su casa el papel de sus actores preferidos, que en nuestro caso respondería al nombre de Accio.

40 Úrbico, un conocido actor de la farsa atelana, género de menos porte que la pantomima. Por eso Elia, mujer de clase media, o antigua rica venida a menos, ha de contentarse con él, porque cuesta menos dinero. El *exodium* era un sainete que cerraba el espectáculo; sus temas eran mitológicos, pero tratados cómicamente, aquí el descuartizamiento de Penteo por las Bacantes, capitaneadas por Autónoe, madre del rey.

41 Entre los antiguos había la creencia de que el comercio carnal perjudicaba la voz, y por eso los citaredos y los actores de comedia y de tragedia sólo a cambio de grandes sumas de dinero accedían a las pretensiones amorosas de las damas de la alta sociedad romana. La conocida «hebilla del comediante» era un dispositivo que forzaba a la castidad, y así protegía la voz; hacer desabrocharlo, pues, llevaba su dinero.

42 Crisógono era un citaredo; Juvenal insinúa aquí un tema que tocará más tarde ampliamente, la pasión de las mujeres por cantores y músicos.

43 Quintiliano, el maestro hispano de oratoria, era el prototipo de intelectual romano; probablemente Juvenal había sido discípulo suyo.

44 Con motivo de las bodas de miembros de familias muy ricas se montaban tribunas en las calles por donde iba a pasar la comitiva, para que la gente pudiera contemplar la celebración principal de la boda, que era el cortejo que conducía a la novia a la casa del novio.

45 Los Léntulo se contaban entre las familias más ricas y más acaudaladas de Roma. Su mención aquí acentúa la dureza del contraste. El verdadero padre de la criatura, Eurialo, era un gladiador notorio, de

en una cuna de carey cubierta por una gasa, se parezca a Euríalo o a cualquier agonista. Mujer de un senador, Epia[46] siguió a una escuela de gladiadores hasta Faros, junto al Nilo, y hasta la infame fortaleza de Lago[47], allí donde incluso Canopo[48] condena las monstruosas costum-
85 bres de la ciudad. No recordó su casa, ni a su marido ni a su hermana, no pensó en su patria; desvergonzada, abandonó a sus hijos, que lloraban y, pásmate aún, a los Juegos y a Paris[49]. Y aunque de niña había dormido entre grandes riquezas, en las plumas de una cuna con engastes
90 de oro, despreció el mar[50]; antes había despreciado su propia fama, pues entre los blandos sillones quebrarla importa ya muy poco. De modo que con corazón constante soportó las olas del Mar Tirreno y el Mar Jonio, cuyo
95 bramido retumba a lo lejos, y cuantos mares debiera navegar[51]. Si la razón de afrontar un peligro es justa y es ho-

---

lo más infame de la sociedad romana. El colmo del ludibrio se dará si el niño se parece a su verdadero padre.

46 Protagonista de un caso real, ocurrido en tiempos de Domiciano: la mujer del senador Veyento se hizo raptar por el gladiador Sergio hacia Alejandría, abandonando a sus hijos; una hermana suya había porfiado en vano para disuadirla.

47 Circunlocución para nombrar a Alejandría, ciudad famosa por su lujo y despilfarro.

48 Ciudad en el inicio del delta del Nilo.

49 Otro actor de pantomima, después de Batilo, también famoso en la época de Domiciano.

50 Aunque había crecido y vivido entre grandes lujos, no se arredró ante las penalidades de una travesía marítima.

51 La navegación hasta Alejandría duraba por lo menos doce días. Normalmente se partía de Puzzoli, en el Mar Tirreno, y tras pasar el estrecho de Mesina se entraba en el Mar Jonio (en el Adriático), del cual eran proverbiales los temporales. Normalmente se hacía escala en Malta.

nesta, se asustan, en el miedoso pecho se les hiela el corazón, y no logran ni sostenerse encima de las trémulas piernas; si se arriesgan a empresas escandalosas, entonces aportan un coraje firme. Si lo manda el marido es duro embarcarse: la sentina es incómoda, arriba todo gira y da vueltas[52]; la que sigue al adúltero tiene un estómago fuer- 100 te. Aquélla vomita encima del marido; ésta come con los marineros, se pasea por la popa y se divierte tocando las duras jarcias. ¿Qué belleza enardeció a Epia, qué juventud la cautivó? ¿Qué fue lo que vio que hizo que consintiera en llamarse gladiadora? Pues su pequeño Sergio[53] ya ha- 105 bía empezado a raerse la papada[54], y esperaba la jubilación con un brazo lleno de cicatrices. Además, tenía muchas deformidades en el rostro, como, por ejemplo, una joroba enorme en medio de la nariz, hecha por el roce del yelmo. Encima, su único ojo destilaba continuamente un humor agrio. Pero era gladiador: esta profesión les con- 110 vierte en Jacintos. Ella la prefirió a sus hijos y a su patria, a su hermana y a su esposo. Lo que aman las mujeres es el hierro. Este mismo Sergio, de haber recibido el estoque[55], empezaría a parecerle su Veyento[56].

---

52 Porque se marea.

53 El latín tiene aquí una fuerza y una gracia inimitables, es un diminutivo cariñoso, algo así como «papaíto», dicho afectuosamente al padre.

54 En la época de Cicerón, y probablemente antes y después, los hombres jóvenes lucían barbas atildadamente cuidadas, pero a partir de cierta edad se las afeitaban. De modo que Sergio ya no era joven.

55 Los pocos gladiadores que llegaban a jubilarse, pues en su gran mayoría morían sin llegar a hacerlo, recibían un pequeño estoque o *florete* como recuerdo de su actividad.

56 O sea, una persona despreciable. Quizás la alusión sea a una figura típica de viejo, o al mismo marido de Epia, que se llamara así.

¿Te preocupas por lo que hizo Epia, una simple ciuda-
115 dana? Mira, pues, a las rivales de los dioses, escucha lo que soportó Claudio [57]. Cuando su esposa lo notaba dormido, se atrevía a preferir la estera [58] a su lecho del Palatino; augusta meretriz, cogía de noche la capucha y salía
120 seguida de una sola esclava. Una peluca rubia [59] le tapaba la negra cabellera, y ella se metía en un prostíbulo bochornoso [60] por sus raídas cortinas, instalándose en un cuarto vacío que tenía reservado. Allí, desnuda y con los pezones adornados de oro [61], bajo el nombre ficticio de Licisca [62], exhibió, ¡oh noble Británico! [63], el vientre del
125 que nacieras. Acogió mimosa a los que entraron y reclamó

---

[57] Pero mucho peores son las mujeres de los mismos emperadores. En Roma la vida licenciosa de Mesalina llegó a ser proverbial. El infame episodio que aquí se cuenta es narrado también por Dión Casio, LX 31. Hay que notar la espléndida belleza y factura de los hexámetros latinos correspondientes, vv. 114-132, que se cuentan entre los mejores redactados en latín de todos los tiempos.

[58] Era la yacija normal de las prostitutas en los burdeles. En su contexto, con esto queda dicho todo.

[59] La peluca rubia y la capucha eran suficientes para ocultar su verdadera personalidad.

[60] Las entradas de los burdeles, así como en ellos los propios compartimentos, estaban cerrados por gruesos cortinajes que impedían que el local se aireara. De ahí el bochorno.

[61] Con cadenillas de oro, probablemente.

[62] Era nombre de perra. Hasta ahí llegaba la infamia de Mesalina. En la entrada de cada habitación del burdel había un letrero con el nombre de la ocupante.

[63] Su primer nombre fue Tito Claudio César Germánico, pero cuando el niño tenía dos años, su padre, el emperador Claudio, le substituyó el *cognomen* (o sea, el apellido) por el de Británico. Cuando murió Mesalina, la tercera esposa de Claudio, que dio a éste dos hijos, uno de los cuales, Británico, fue el segundo, la suerte de Británico fue muy cambiante, pero al cabo de unos años murió asesinado por orden de Nerón.

su paga; tendida boca arriba, absorbió los orgasmos de muchos. Luego, cuando el rufián ya despedía a las mozas, ella se fue muy triste, y, en cuanto pudo, cerró la última su puesto. Se marchó ardiente aún por el prurito de su vagina rígida, cansada por los hombres, pero no satisfe- 130 cha. Infame por sus mejillas sucias y fea por el humo del candil[64], llevó hasta la almohada imperial[65] el hedor del lupanar.

¿Hablaré del hipómanes[66], de los conjuros mágicos y de la cocción del veneno suministrado al hijastro? ¡Si se hacen cosas peores todavía por imperio del sexo! Los de 135 líbido no les son más que pecadillos.

Entonces, ¿por qué Censenia es óptima, y lo dice su propio marido? Ella le dio un millón de sestercios[67]. Es a este precio que la llama púdica; ni le adelgazan los tiros de Venus ni bulle por su lámpara[68]. Es allí donde prenden las antorchas, las saetas proceden de la dote. La liber- 140

---

[64] Que iluminaba el cuarto del burdel.

[65] El emperador se equiparaba con un dios. He aquí el verdadero alcance de la infamia de Mesalina.

[66] El hipómanes, propiamente rabia o locura de caballo. Un trocito extraído de la frente de un potrillo recién nacido que se vierta en la bebida, o el humor viscoso que se escurre de los genitales de una yegua, suministrado como bebida, eran reconocidamente filtros amatorios. También los conjuros mágicos eran preponderantemente amorosos, y el veneno propinado al hijastro probablemente es venganza de un desdén amoroso. Porque lo peor no son infamias como las de Epia y Mesalina, sino lo que las mujeres hacen para vengarse. El sexo corresponde a la condición femenina, pero fuerza a la venganza y a las demás pasiones encendidas por el sentimiento de debilidad.

[67] Con esta cantidad el marido pudo conservarse en el estamento senatorial.

[68] En realidad la lámpara es de Cupido, el hijo de Venus, que es también el que dispara las flechas, de manera que ahí Juvenal pone la madre en el lugar del hijo.

tad se compra: ahora puede hacer señales[69] y contestar misivas amatorias; la mujer rica que casó con un avaro es como una viuda.

«¿Y por qué Sertorio arde en deseos de Bíbula?». Si escrutas la verdad, se ha enamorado del rostro, no de la esposa. Pero que se le marquen tres arrugas y que se le
145 torne fláccido el cutis reseco, que los dientes se le ennegrezcan y que los ojos se le achiquen; un liberto le espetará: «Recoge tus bártulos y lárgate. No molestas, no haces más que sonarte. ¡Fuera de ahí! ¡Aprisa! Ya viene otra con la nariz enjuta»[70]. Pero entretanto está en el cande-
150 lero, y reina despóticamente; reclama del marido un rebaño con sus pastores en Canusio y una viña con sus olmos en Falerno, lo cual son naderías: le exige todos los esclavos de un ergástulo entero[71]. Cómprese, además, lo que en casa no está y el vecino posee. En el brumoso diciembre, cuando Jasón, convertido en mercader, se ve cubierto, y las tiendas blancas no nos dejan contemplar a los
155 navegantes armados[72] ella compra grandes copas de cris-

---

[69] A su amante, durante el banquete.

[70] La necesidad de sonarse con frecuencia indica un cierto envejecimiento y a la vez una falta de limpieza.

[71] Exige al marido que le compre una hacienda en Canusio, con rebaños que hagan rentable la explotación de la lana, y que además tenga viñedos, en los que las cepas de Falerno se enreden en los olmos. El ergástulo era el recinto donde pernoctaban los esclavos.

[72] Alusión a la costumbre romana de hacerse regalos la gente durante las Saturnales, del 17 al 23 de diciembre. Esto ocasionaba un gran aumento de las actividades comerciales. Además de las tiendas en las que normalmente se vendían artículos de lujo, en el llamado Pórtico de los Argonautas se levantaban tiendas portátiles, dedicadas también a la venta de artículos de regalo. En este pórtico había pintada la expedición de los argonautas, pero ahora las tiendas, que eran blancas, ocultaban las pinturas. En ella Jasón era el protagonista, y los navegantes armados

tal, vasos murrinos enormes[73], y luego aquel diamante famosísimo por haber ceñido el dedo de Berenice[74]. Antaño lo regaló un rey extranjero a una incestuosa: Agripa lo dio a su hermana en aquel país donde los reyes observan descalzos el sábado y una ya tradicional clemencia 160 deja morir de vejez a los cerdos[75].

«Y en medio de tantos hatajos de mujeres, ¿ninguna te parece digna de ti?».

«Que sea hermosa, decente, rica, fecunda, que en sus pórticos alinee las vetustas figuras de sus antepasados[76], más intacta que aquellas sabinas[77] que con sus cabellos

---

eran sus compañeros de viaje. Ello aquí tiene mucho sentido, porque el viaje de Jasón era, desde algún punto de vista, comercial. El meollo de lo que aquí dice Juvenal es que con ocasión de la celebración de las Saturnales las exigencias de las mujeres hermosas a sus maridos se tornaban insoportables.

[73] Vasos muy caros de cristal y de ágata. Eran los objetos más costosos que se podían comprar en las tiendas de lujo.

[74] Los anillos con un engaste de diamante eran raros porque los antiguos difícilmente acertaban a tallar esta piedra preciosa. El aquí citado, que debió ser pieza muy famosa, fue un regalo del rey de Judea, Agripa II, a su hermana Berenice, con quien había mantenido relaciones incestuosas, pero que hacia el año 75 apareció en Roma como amante de Tito; luego se casó con él. El tal anillo, pues, añadía a su valor objetivo el haber pertenecido a una persona famosa. Pero por los azares de la suerte llegó a ser puesto en venta.

[75] Tal país, naturalmente, es la Judea. Juvenal conocía, al menos por encima, los usos judíos.

[76] El poeta se refiere o bien a estatuas o bien a pinturas.

[77] Las sabinas como prototipo de mujeres castas. La alusión es al episodio, contado por Tito Livio en su primer libro de *La fundación de Roma,* de cuando estas mujeres, que habían sido raptadas por Rómulo y los suyos, apaciguaron a sus padres y a sus hermanos, evitando con ello una guerra.

165 sueltos impidieron una guerra: ave rara en esta tierra [78], muy semejante a un cisne negro... ¿Quién soportará una mujer que no tenga defectos? Prefiero a una venusina [79] a ti, Cornelia, madre de los Graco [80], si junto a tus grandes virtudes aportas un ceño fruncido y en tu dote cuentas
170 los triunfos [81]. Recoge, te lo suplico, a tu Aníbal y a Sífax vencido en su campamento, y vete con Cartago entera».

«Misericordia, Peán, te lo suplico, y tú, diosa, abandona las saetas; los niños no hacen nada; traspasad a la misma madre!», clama Anfión. Pero Peán tensa el arco,
175 y Níobe [82] debió sepultar a sus hijos e incluso al padre, ella, que se tenía por más noble que la gente de Latona y por más fecunda que la famosa cerda blanca [83]. No hay

---

78 De este lugar procede (v. 165) el famosísimo refrán latino que dice: *rara avis in terris.* Pero la frase está tomada de PERSIO, I 46.

79 Una mujer nacida en Venusa, o sea, de condición humilde (ello a pesar de que Venusa era la patria de Horacio). El nombre no tiene nada que ver con Venus, como a primera vista podría parecer.

80 Para el lector contemporáneo la referencia era muy exacta, pues era una estatua de bronce que los Graco erigieron a su madre luego que ella murió. El ceño fruncido puede aludir al rostro de la imagen. Juvenal reconoce los méritos de Cornelia, pero no la absuelve del vicio de soberbia.

81 Cornelia era hija de Escipión el Africano, el Menor, que tenía en su cuenta el haber derrotado a Aníbal y a sus aliados en la segunda guerra púnica.

82 Níobe era hija de Tántalo, el rey frigio castigado por los dioses, y hermana de Bróteas y de Pélope. Se había casado con el rey de Tebas, Anfión, y había tenido de él muchos hijos, de cinco a veinte según las tradiciones. Orgullosa de su descendencia, se jactaba de haber superado a Latona, que sólo había tenido a Apolo y a Diana; éstos entonces la castigaron, y Apolo mató a flechazos a todos sus hijos, y Diana a sus hijas.

83 Se trata de la cerda blanca, que en la colina en la que se había fundado la ciudad de Lavinio parió treinta lechones de una camada.

carácter ni belleza que valgan tanto que puedan cargártelas siempre en cuenta, pues el placer que produce este bien sumo y excepcional desaparece cuando, corrompido por 180 un alma soberbia, tiene más áloe que miel. ¿Quién está tan rendido que ésta misma, a la que ensalza y alaba, no le horrorice siete horas diarias?

Hay otras cosas, más pequeñas ciertamente, pero que los maridos no deben tolerar. ¿Pues hay algo de peor gus- 185 to que no hay mujer que se juzgue hermosa si de toscana no se nos hace una grieguilla[84], y una ateniense de pura cepa la que nació en Sulmona? No hablan más que griego, cuando a nuestras mujeres debería afrentarlas no saber latín. En griego expresan sus temores, sus iras, sus gozos 190 y sus preocupaciones, en griego derraman los secretos de su alma. ¿Algo más? Sí: hacen el amor en griego. Esto, bien puedes concederlo a las mujeres jóvenes, pero tú, a la que ya empujan ochenta y seis años, ¿amas todavía en griego? Este lenguaje es impúdico en una vieja. Cada vez que interviene aquel lascivo *¡vida y alma mía!*[85], usas en- 195 tre el gentío palabras que acabas de dejar entre las mantas. ¿Qué ingle no excitaría una voz acariciante y libertina? Es como si te palpara. Sin embargo, cuando ya se te caen todas las plumas, aunque digas eso con más lujuria que Hemón y que Carpóforo, tu rostro te delata la edad.

Si no has de amar a la mujer unida a ti por un con- 200 trato[86] en forma debida no parece que tengas motivos

[84] Reaparece el tema de los grieguillos, tan importante en la *Sátira* III.

[85] Juvenal escribió estas palabras directamente en griego.

[86] El contrato era previo a la boda, y no obligaba a ella. Juvenal viene a decir aquí: aunque hayas firmado el contrato, piénsatelo dos veces antes de casarte.

para casarte, ni tampoco para gastar tontamente en la cena[87] y en los pasteles de mosto que se ofrecen a los invitados cuando se marchan ahítos, y menos en lo que
205 se regala en la noche de bodas, las monedas de oro de Dacio y de Germánico con sus cuños, que brillan en una feliz bandeja[88]. Si amas ingenuamente a tu mujer, si sólo a ella has entregado el alma, inclina la cabeza, con la cerviz dispuesta a soportar el yugo. No encontrarás una sola que perdone algo a su marido. Aunque esté locamente ena-
210 morada, se goza en atormentarle y en despojarle. De modo que a un esposo tanto menos útil le será su mujer cuanto más él sea bueno y deseable. Nada darás si tu esposa se opone, si ella se niega, nada podrás vender. Tampoco comprarás si ella no quiere. Ella te prescribirá
215 tus afectos. Exclúyase a este amigo ya anciano, aunque tu puerta le viera aún en su barba juvenil. Los rufianes, los gladiadores y sus maestros pueden otorgar libremente testamento, pero a ti ella te impondrá por heredero a más de un rival. «Manda crucificar a este esclavo»[89]. «¿A este

[87] La llamada cena nupcial, que el novio daba a los invitados en la que desde entonces era su casa. Al concluir esta cena se repartía a los invitados unos pasteles preparados con harina, mosto y algo de laurel, de los que se pensaba que facilitaban la digestión.

[88] El novio, ya en la intimidad, regalaba a la novia una bandeja, que ya en sí era valiosa, que contenía en el mejor de los casos unas monedas de oro, aquí de la época de Trajano, el primer emperador que ostentó los títulos de Dacio y de Germánico.

[89] Ella quiere hacer crucificar a un esclavo; según la ley romana los esclavos estaban sometidos a la potestad de su dueño, y la crucifixión era un suplicio de esclavos. La injusticia y la crueldad de algunos señores (no muchos ciertamente, porque por lo regular los esclavos recibían buen trato en Roma) ocasionó que algunos emperadores limitaran este derecho, originariamente ilimitado, de vida o muerte, y desde los imperios de Adriano y de Antonino Pío maltratar injustamente a un esclavo se

esclavo? ¿Por qué crimen merece tal suplicio? ¿Qué testigos hay? ¿Quién le ha delatado? [90]. Oye: si se trata de la vida de un hombre no hay reflexión que resulte excesiva». «¡Loco! ¡De manera que un esclavo es un hombre? [91] No ha hecho nada, de acuerdo, pero lo quiero, lo ordeno. Sirva como razón mi voluntad». 220

De modo que es la emperatriz de su esposo. Pero pronto abandona este reino, cambia de casa y patea su velo de novia; de ahí alza el vuelo y busca de nuevo su huella en el lecho que despreció [92]. Deja las jambas recién adornadas de las puertas, las cortinas [93] todavía colgadas de la nueva mansión, y los ramos, todavía frescos, en la entrada. Así crece el número, así sus maridos llegan hasta ocho en cinco otoños, cosa digna de un título sepulcral [94]. 225 230

---

consideró como una infracción del derecho de ciudadanía; el culpable se hacía responsable de ello ante los tribunales, y matar a un esclavo sin causa, tanto si era propio como ajeno, conllevaba una fuerte multa pecuniaria.

[90] El marido exige por lo menos un procedimiento judicial.

[91] Un retroceso hacia la mentalidad primaria y más antigua, en la que el esclavo es simplemente una cosa al arbitrio del dueño. La superación de esta condición, que supone el reconocimiento de un derecho natural, es un mérito del estoicismo tardío, principalmente desde el hispano Séneca, concepción que inmediatamente universalizará el cristianismo.

[92] Juvenal describe en enérgicos trazos la volubilidad de la mujer: se casa, aún en plena *luna de miel* ya abandona a su marido, pero luego vuelve a él.

[93] Las entradas a los diversos recintos de las casas romanas, comedor, habitaciones, etc., no las cerraban puertas de madera, como entre nosotros, sino lienzos de tela, a modo de cortinas, que en las casas de los ricos eran especialmente lujosos.

[94] Juvenal dice sarcásticamente que tal como hasta ahora en la inscripción funeraria de una mujer ha sido timbre de honor señalar que tuvo un solo marido, de hoy en adelante lo será también el señalar el número de maridos que cada mujer haya tenido, si son muchos.

Si vive tu suegra, desespera ya de la concordia. Ella enseña a su hija a divertirse con los despojos del marido empobrecido, le enseña a contestar de modo fino y elegante los billetes que le manda el seductor[95]; ella, la suegra, es la que engaña o sujeta con dinero a los esclavos.
235 La esposa entonces[96], a la que nada duele, manda llamar al médico Arquígenes[97], y se echa encima pesadas mantas. Mientras, el adúltero ya está escondido, pues entró secretamente[98]; impaciente por la espera calla y se rasca el carajo. ¿Acaso esperarías que la madre le transmita costumbres honestas, diferentes de las que ella misma tie-
240 ne? A esta torpe vieja le es útil, desde luego, criar una hija con hábitos indecentes.

Apenas hay causa judicial en la que la mujer no haya introducido la querella[99]. Manilia, si no es la acusada, es la acusadora[100]. Componen por sí mismas los expedientes

---

95 O sea, cartas de amor, escritas en las tablillas de cera de un díptico que se mandaba, sellado y atado con una cinta, a la destinataria, con un espacio en blanco, para que ella pueda corresponder; la respuesta se hacía por el mismo procedimiento y conducto.

96 Entonces, cuando la suegra, su madre, ha dispuesto perfectamente el engaño.

97 Arquígenes, de Apamea de Siria, médico famoso en la época de Trajano.

98 La mujer finge estar gravemente enferma; ha llamado al médico, y nadie, ni su propio marido, puede acercarse a ella. Es la oportunidad del adúltero.

99 En Roma, a diferencia de lo que ocurría en Grecia, las mujeres podían poner denuncias ante los tribunales, derecho que en general ejercían con obsesión.

100 Juvenal aquí no piensa tanto en la acusación ante el juez como en la redacción de los discursos y los alegatos antecedentes. Manilia, como todas las mujeres citadas en esta sátira, era una mujer de alta extracción social, y que había podido recibir, por tanto, una formación retórica adecuada.

y los agrupan, dispuestas a dictar a Celso[101] la introducción y los puntos capitales[102]. 245

¿Quién no conoce los gabanes tirios[103] y el ceroma[104] de las mujeres, o quién no ha visto las señales del palo[105]? Lo marca con golpes repetidos y lo descalabra con el escudo[106]: cumple todas las prescripciones esta matrona, muy merecedora, por descontado, de la trompeta de Flora[107], a no ser que en su pecho se agite algo más y se 250 prepare para bajar de verdad a la arena[108]. ¿Qué pudor

---

[101] Se trata de Aulo Cornelio Celso, autor de una *Retórica* rival de la de Quintiliano, no del otro Celso, más conocido, P. Juvencio Celso, cuya obra tenemos, aunque parcialmente, en el *Digesto*.

[102] En otras palabras, el exordio y los argumentos, ambas cosas expresiones técnicas de la retórica.

[103] Cambio de escena: pasamos a las mujeres forzudas, que se dedican a la gimnasia. Los gabanes tirios vienen citados aquí porque los atletas sudados se los ponían para evitar la transpiración y los posibles enfriamientos. El adjetivo «tirios» se refiere a la púrpura de Tiro, muy cara. De modo que no salimos del ámbito de las mujeres ricas.

[104] El término latino correspondiente es equívoco, pues tanto puede significar el ungüento con que ungían a los atletas para que su cuerpo resultara viscoso y resbalaran por él las manos del adversario, como simplemente el lugar donde se efectuaban los ejercicios gimnásticos.

[105] Los primeros ejercicios de la escuela de lucha se efectuaban golpeando un palo, en el que, naturalmente, se notaban los efectos de los golpes.

[106] La mención del escudo deja entrever que la aficionada descrita aquí se ha equipado para sus ejercicios con la armadura de un samnita, de modo que imita la manera de luchar de éstos.

[107] Una mujer que olvide tanto su sexo se merece muy poco aparecer públicamente en los Juegos de Flora, teatrales, celebrados del 28 de abril al 3 de mayo, notorios por su desenfreno. En ellos ejecutaban danzas prostitutas profesionales. La trompeta señalaba tanto el inicio del espectáculo como el de cada una de sus partes.

[108] Ya se ha visto en la *Sátira* II que rebajarse a ser gladiador era la máxima infamia para un ciudadano romano. Nerón y Domiciano autorizaron las luchas de gladiadoras.

puede haber en una mujer que se cubre con un casco, que renuncia a su sexo y prefiere la fuerza[109]? Pero, con todo, no quisiera ser hombre, pues ¡qué pequeño es nuestro
255 placer! ¡Vaya honra, si se sacaran a subasta las cosas de tu mujer! Un talabarte, unos brazales, el yelmo y la media gambera que le cubre la pierna izquierda[110]; si practica otro tipo de lucha, serías feliz si tu joven mujer se vendiera las gamberas[111]. Éstas son las que sudan debajo de
260 una túnica delgada, cuyo bienestar se ve quemado incluso por un leve paño de seda. Mira con qué ruido descarga los golpes que le enseñan[112], cómo se agacha bajo el peso del casco, cómo se sienta sobre sus talones y dentro de las medias hechas de denso cuero. Y ríete cuando deja las armas para empuñar su bacín[113]. Hablad vosotras,
265 descendientes de Lépido y del ciego Metelo Gurges[114], o de Fabio, ¿qué mujer gladiadora ha adoptado jamás estos hábitos que muestra la mujer de Ásilo[115] cuando resopla junto al palo?

---

[109] Echar mano de ella es cosa de hombres. La oposición con lo que sigue es punzante.

[110] Juvenal cita aquí todas las armas defensivas del samnita, a excepción del escudo.

[111] Otro tipo de luchadora: sin duda alguna la de los tracios, que peleaban protegidos por gamberas o tobilleras metálicas.

[112] Sus monitores o maestros.

[113] El término latino correspondiente alude a un orinal propio de las mujeres, distinto del que usaban los hombres. Hasta aquí tal mujer se ha comportado como un hombre; en este punto regresa a su condición natural.

[114] Los Lépido y los Metelo como representantes de la antigua nobleza romana en su conjunto. Lucio Cecilio Metelo perdió la vista cuando salvó del templo de Vesta incendiado la imagen del Paladio.

[115] Esta mujer de Asilo era una actriz de pantomima que hacía el papel de gladiadora, pero en la realidad nuestra protagonista la supera.

En el tálamo[116] en el que yace una recién casada siempre hay riñas y recriminaciones mutuas; en él, apenas si se duerme. Siempre es molesta para su marido, pero es peor que la hembra del tigre a la que han robado sus cachorros[117] cuando, consciente de una felonía secreta, finge gemir, o bien odia a sus hijos, o rompe a llorar suponiendo una querida, pues tiene abundantes lágrimas a su disposición en su puesto de guardia, en espera del modo como ella les ordene fluir. Tú lo crees amor, tú entonces, zopenco[118], te regodeas y le secas el llanto a besos... ¡Pero qué escritos, qué tablillas[119] leerías si se abrieran para ti los cofres de esta celosa adúltera! Ahora se reclina en el regazo de un esclavo o en el de un jinete[120]. Quintiliano[121], si te atreves, dime cómo defender esto. Yo estoy confuso. «Pues habla tú misma». «Ya al principio convinimos en que tú harías lo que quisieras, e igualmente yo podría ir por las mías. Ya puedes gritar y confundir cielo y tierra; soy como un hombre»[122]. No hay audacia peor que la de la mujer sorprendida en flagrante: de su mismo crimen toma airado coraje.

270 275 280 285

---

116 Cambio total de escena: la intimidad del lecho conyugal. A veces cólera y a veces disimulos; la mujer finge celos para ocultar sus infidelidades.

117 Y logra perseguir al cazador que se los quitó: tal imagen era corriente ya en la literatura y en el arte.

118 El término latino *uruca* se presta a interpretaciones: o se toma como un nombre propio (en cuyo caso habrá que escribir «Uruca» en la traducción), que parece que era el nombre genérico aplicado al marido cornudo, o se toma como nombre común, en cuyo caso significa lo que se da en la traducción.

119 Billetes amorosos mandados por el amante.

120 Lo acapara todo, no deja perder ninguna oportunidad.

121 El máximo maestro de retórica y de oratoria. Con él se alude a que la cosa es indefendible.

122 Soy como tú, por tanto, lo que tú haces, puedo hacerlo yo.

Pero me preguntas de dónde salen estos monstruos, de qué fuente. Antes la parquedad de sus peculios preservaba la castidad de las mujeres latinas, la pequeñez de las viviendas, el trabajo, la brevedad del sueño, las manos duras
290 y encallecidas por la lana toscana [123], la proximidad de Aníbal a la ciudad y los maridos vigilantes en la Torre Colina [124] no permitían que se introdujeran vicios. Pero ahora padecemos los males de una larga era de paz. Más cruel que las armas, se nos echó encima el lujo y se venga
295 del mundo que hemos conquistado [125]. No hay crimen que nos falte ni maldad libidinosa desde que en Roma murió la pobreza. Por eso se ha escurrido hasta nuestras colinas Síbaris, por ello lo han hecho no sólo Rodas y Mileto, sino incluso Tarento coronada [126], petulante y llena de vino. Los puercos dineros nos trajeron antes que nadie costumbres exóticas, las afeminadas riquezas quebraron con
300 un lujo torpe hábitos seculares. ¿Pues de qué tiene cuida-

---

123 La cría de ganado lanar se daba principalmente entre los umbros y los sabinos, de modo que la referencia aquí de Juvenal es algo extraña.

124 Mientras Aníbal se mantuvo a tres mil pasos de Roma, las legiones romanas, al mando de Fulvio Flaco, habían plantado sus campamentos entre el Esquilino y la Puerta Colina, frente al enemigo.

125 Una gran verdad, expuesta en versos latinos lapidarios: el sino inevitable de los pueblos conquistadores y las consecuencias que se siguen necesariamente del dominio del mundo. Toda la historia romana desde Pompeyo y César es un comentario a este texto. Cuando se ha superado todo, la hegemonía mundial ocasiona paz, pero también relajación y lujo. ¿Cómo remediarlo? No parece esta nota el lugar de discutir tal tema.

126 Cuatro ciudades conocidas por su lujo. Dícese de Tarento (y de las demás ciudades) que, en los banquetes, los comensales se coronaban de laurel.

do una Venus borracha[127]? No ve la diferencia que va de la ingle a la cara[128] la mujer que ya a media noche muerde grandes ostras, cuando en el vino de Falerno, derramado, espumean perfumes[129], cuando se bebe directamente de las conchas[130], cuando el mareo hace dar vueltas al techo y la mesa se te yergue con el candelabro duplicado. 305
De modo que vete a dudar de las burlas que respira Tulia[131], de lo que dice Maura, hermana de leche de otra conocida Maura cuando pasea por delante del vetusto altar del Pudor[132]. Aquí ellas depositan por la noche sus literas, se mean y llenan de largos chorros la imagen de 310
la diosa. Luego se cubren[133] mutuamente, se zarandean a la luz de la luna para irse después a sus casas. Cuando regresa la luz del día y tú vas a visitar a tus ilustres amigos[134] pisas ahí los meados de tu mujer.

---

127 La riqueza trajo el lujo, la inmoderación se hizo general, y el sexo femenino se hundió: Venus y Baco juntos eliminaron cualquier rastro de vergüenza y de moralidad.

128 Referencia segura a la felación.

129 Era frecuente mezclar el vino con las esencias aromáticas.

130 No se bebe ya en un vaso sino en un gran pote de ungüentos que tenía forma de concha y que en algunos casos tenía engastes de plata.

131 Julia, la hija de Augusto, organizaba orgías nocturnas en las calles de Roma. En lo que sigue inmediatamente se trata de una orgía distinta, organizada por las mujeres que salen ebrias del banquete, y que se van directamente a profanar el templo de la divinidad del Pudor. La conocida Maura es la que sale en la *Sátira* X como maestra en el arte de la felación.

132 En el *Forum Boarium* había un templete dedicado a la Pudicitia Patricia, que es el que ensucian estas mujeres ebrias.

133 Porque también son lesbianas.

134 Es el conocido uso de la *salutatio*.

315 Conocemos bien lo que ocurre en los misterios de la Buena Diosa[135], cuando la flauta aguijonea[136] los lomos y las ménades de Príapo[137], llevadas a la vez por el vino y la trompeta, ululan atónitas y retuercen sus cabellos. ¡Oh, qué ardiente deseo de un coito se les despierta entonces! ¡Qué voz emiten cuando la libido les baila! ¡Qué torrente de vino añejo se les escurre por las piernas empapa-
320 das! Saufeya[138] propone una corona[139] y desafía a las mozas de los rufianes: se lleva el premio de achuchar con las caderas, pero se rinde ante los meneos de la cimbreante Medulina[140]. De modo que entre las dos se reparten las palmas: la destreza en tal oficio les es congénita. Allí no
325 se simula nada, ni se bromea, todo se hace tan real que podría enardecer al hijo de Laomedonte[141], ya rígido por los años, y también al herniado Néstor. La mujer se muestra ahí tal cual es, su comezón ya no admite la espera. Hay un clamor repetido al unísono[142] en todo el recinto:

---

135 Gozaban de mala fama por los excesos que en ellos se cometían. Su celebración se reservaba sólo a las mujeres, pero se metían en ella los afeminados. Este culto pertenecía a las orgías, y por ello le caracterizaba una música excitante, la flauta y la trompeta tocada por una trompetera.

136 Con su música salvaje. La combinación de música y vino produce una furia fanática y una libido que comporta libertinaje. Esta descripción de Juvenal es notabilísima, verdaderamente de mano maestra.

137 Príapo, dios fálico de la fertilidad, originario del Asia Menor, cuyo culto se extendió por Grecia y luego por Roma. Tendía a confundírsele con Baco.

138 Esta Saufeya dirigía la celebración en calidad de esposa de un cónsul o de un pretor urbano en funciones.

139 Con que se coronará la vencedora en el certamen que propone.

140 También Medulina era una mujer de la alta sociedad, emparentada seguramente con el emperador Claudio.

141 Príamo, el padre de Héctor.

142 Al unísono porque lo gritan todas las mujeres.

«Ya se permite, que entren los hombres». Su adúltero duerme, y ella manda a cualquier joven que tome el manto y que se dé prisa. Si esto falla se recurre a los esclavos. Si las privas de que esperen en ellos, harán venir, alquilado, un aguador, si se le busca, pero faltan hombres, no habrá demora en ellas, que se harán cubrir por un asno[143]. ¡Si por lo menos los ritos antiguos, los cultos públicos[144] se desarrollaran libres de estas infamias! Pero incluso los moros y los indios[145] se enteraron de que una citarista[146] introdujo una verga más voluminosa que los dos *Anticatones*[147] de César en aquel lugar del cual huye el ratón consciente de que es macho, en el cual se ordena tapar cualquier pintura que contenga figuras del sexo masculino. ¿Hubo antaño alguien que despreciara a los dioses? ¿Quién osara reírse de la copa de Numa, de su plato negruzco, y de las vasijas frágiles hechas con arcilla de la Colina Vaticana? Hoy, ¿qué altar no osará Clodio[148] profanar?

330

335

340

345

---

[143] Lo cual no sería tan raro, cuando lo prohíbe la misma Biblia en Levítico 18 23: *la mujer no se pondrá ante una bestia para unirse a ella,* y algo más adelante, 20 16: *si una mujer se acerca a una bestia para unirse a ella, matarás a la mujer y la bestia. Morirán: caerá sobre ellos su sangre.*

[144] Hasta aquí Juvenal ha hablado de una orgía en general, pero con el piadoso e ineficaz deseo expresado en estas frases admirativas pasa a un caso concreto ocurrido en Roma en el año 62, en el imperio de César.

[145] Y, por descontado, todos los romanos, es decir, todo el mundo.

[146] En realidad el pretor Clodio, que se disfrazó de joven tañedora de cítara. Su mujer, Pompeya, dirigía la celebración.

[147] Obra hoy perdida de César, que constaba de dos volúmenes (los volúmenes eran cilíndricos) y que era una alabanza de Catón el Censor, en desquite de los ataques que Cicerón le había dirigido.

[148] Es el lugar común: cualquier tiempo pasado fue mejor.

Ya escucho lo que hace rato me advertís, mis viejos amigos: «Enciérrala. No la dejes salir». ¿Pero quién me vigilará a los propios guardianes? Una esposa es precavida y empieza por ellos. Y la libido es la misma en las ple-
350 beyas y en las aristócratas, y no es mejor la que pisa el negro sílice que la que es conducida a hombros de fornidos esclavos sirios[149].

Para ir a los Juegos, Ogulnia alquila un vestido, alquila acompañantes, una litera, un cojín, amigos, una nodriza
355 y una muchacha rubia[150], para poder darle órdenes. Lo que le queda de la herencia paterna lo da a los ágiles atletas, hasta la última copa. Muchas en su casa sufren estrecheces, pero no hay mujer que experimente vergüenza de su pobreza y que se ajuste al límite que ésta le dio y
360 le impuso. Los hombres, al menos, alguna vez examinan lo que les conviene, y bajo el maestrazgo de la hormiga[151] al final llegan a temer al frío y al hambre; la mujer es pródiga, y no ve cómo se le agota el capital. Y como si las monedas se multiplicaran al vaciarse su arca, y cogiera
365 de un montón que nunca disminuye, jamás echa cuentas de lo que le cuestan sus placeres.

[En[152] cualquier casa donde viva y se ejercite un profesional de la obscenidad, lo promete todo con su diestra temblorosa; allí les encontrarás torpes a todos, muy seme-

[149] Los esclavos sirios eran casi por definición portadores de literas.

[150] Las personas de este color no abundaban entre los romanos nativos, de manera que la muchacha era llamativa; quizás se aluda a un origen suyo centroeuropeo.

[151] Alusión a la fábula de la cigarra y la hormiga, que se encuentra en el fabulista griego Esopo y en el latino Fedro.

[152] Este texto impreso entre corchetes se encuentra sólo en un manuscrito latino de Juvenal depositado en la biblioteca de la universidad de Oxford.

jantes a los maricas. Les permiten profanar los alimentos y sentarse a la mesa sagrada, y mandan lavar unos vasos [5] que deberían romperse, pues bebió en ellos una Colocinta o una Quelidón[153] barbuda. De modo que más pura y mejor que la tuya es la casa de un entrenador de gladiadores[154], pues entre sus moradores hay la orden de que Psilo se mantenga lejos de Evoplio[155]. Tampoco las redes se mezclan con la inmunda túnica, y el que combate des- [10] nudo no guarda en una misma celda el tridente que hiere, ni las hombreras de protección[156]. La parte posterior del edificio alberga a esta gentuza, e incluso en la prisión tienen cepos distintos. Pero a ti tu mujer te hace beber en la misma copa que unos, en cuya compañía rehusaría be- [15] ber un vino de Sorrento o un Albano la furcia rubia de un sepulcro en ruinas.

Por su consejo[157] se casan, pero pronto se alejan del marido: les reservan las confidencias de su tristeza de ánimo, de los asuntos graves de su vida. En sus escuelas aprenden a menear el culo y las caderas y todo lo que [20] sabe el que las enseña.

Pero no puede prestársele una confianza plena[158]: un adúltero se agranda los ojos con hollín, se engalana con ropas de color azafranado[159], y se recoge el pelo con una

---

153 Seguramente nombres de dos afeminados.

154 Recuérdese que los gladiadores constituían la clase social romana ínfima, gente vil moral y socialmente.

155 Seguramente para evitar relaciones homosexuales.

156 Es decir, seguramente para evitar altercados y peleas los diversos tipos de gladiadores tenían sus propios alojamientos por separado, pues los de la misma especie jamás luchaban entre sí.

157 De los profesionales de la obscenidad.

158 Porque la mayoría de adúlteros también son afeminados.

159 Típico de las mujeres.

red. Séate tanto más sospechoso cuando más delicada sea su voz y cuanto más frecuentemente se acaricie los tiernos [25] lomos con la mano: éste en el lecho será vigorosísimo. Tais ha danzado, ella se quita la máscara y he aquí que aparece el dócil Trífalo. ¿De quién te ríes? ¡A otro con esta farsa! Hagamos una apuesta: yo digo que eres todo un hombre. Lo digo: ¿de acuerdo? O bien llama a sus esclavos la cámara del tormento...»[160].

[30] Conozco vuestros consejos y vuestros avisos, viejos amigos: «Enciérrala, prohíbele salir!». «¿Pero quién me vigilará a los mismos guardianes, que ahora por este precio callan los hurtos de la lasciva muchacha? Los cómplices no descubren un crimen. La mujer astuta lo presiente y empieza por los guardianes».]

366 A algunas las deleitan los eunucos[161] sin vigor con sus muelles besos y su rala barba: así no necesitan abortivos. 370 Y, con todo, el placer es el máximo, puesto que tales ingles ya maduras son confiadas al cirujano en el ardor de su juventud, cuando su pelaje ya es oscuro. No antes de que pesaran dos libras estos testículos esperados y dejados crecer son extirpados por Heliodoro[162]; el único perjudicado es el barbero[163]. Por lo que atañe a los hijos de los traficantes de esclavos, sufren una impotencia real y la-

---

[160] Entre los antiguos era normal arrancar confesiones a los esclavos mediante tormento; ello se comprueba en muchos discursos de Demóstenes, y el mismo Séneca lo justifica.

[161] Piénsese en la etimología de la palabra eunuco, que es griega, y significa «guardián del lecho».

[162] Famoso médico de la época de Domiciano, especializado en este tipo de operaciones.

[163] Al castrado que lo ha sido antes de la pubertad no le crece el pelo; si sufre la operación más tarde, el cabello le crece ralo y escaso. El barbero sale perjudicado en cualquier caso.

mentable, avergonzados de la bolsa y del garbanzo que les han dejado. El mozo a quien su dueña convirtió en 375 espadón, visible ya desde lejos y notable entre todos entra en los baños y no duda en desafiar al dios custodio de la vid y del jardín[164]. Que se acueste con él su dueña[165], pero tú, ¡oh Póstumo! no confíes jamás a un eunuco así a tu Bromio que empieza a ser hombre, a cortarse el pelo.

No durará mucho la hebilla del que vende su voz a 380 los pretores[166] si a ella le gusta el canto. Tiene siempre en las manos su cítara, las sardónicas brillan compactas en su arco y ella hace vibrar una tras otra las cuerdas del plectro que tañó el afeminado Hedimeles: cogen el amable plectro, se consuelan con él y lo besan. Una mujer de la 385 familia de los Lamia, del linaje de Apio Claudio[167], ofrecía harina y vino a Jano y a Vesta e imploraba de ellos si Polión podía esperar y prometer a sus cuerdas las hojas capitolinas. ¿Qué habría hecho de más con el marido enfermo o con los médicos pesimistas acerca de su hijo? Se 390 puso de pie delante del altar y no creyó infame cubrirse con un velo[168] por un citarista, repetir las palabras que

---

[164] Príapo.

[165] Porque en realidad no es un castrado, por más que su dueña le finja tal; sí es un adolescente candidato a serlo.

[166] Los pretores organizaban los espectáculos, y por tanto debían pagar a los artistas que actuaban en ellos. Aquí empieza una sección magnífica de la sátira, por la viveza de la descripción.

[167] De la familia de los Elio Lamia, una de las más nobles de Roma. Es la anécdota de una que se dirigió a un templo e hizo oraciones y depositó ofrendas para saber si un cantor favorito suyo ganaría el próximo concurso. En realidad era una consulta previa para decidir si Polión se inscribía o no en la competición.

[168] En todas las acciones sagradas realizadas en un recinto abierto las mujeres se cubrían la cabeza con un velo.

le eran dictadas según la costumbre[169]; se mareó cuando abrieron la cordera en canal. Dime ahora, te pregunto, oh tú, el más antiguo de los dioses, ¿qué respondes a esto, padre Jano[170]? En el cielo se pierde mucho el tiempo; por 395 lo que veo, entre vosotros no se hace gran cosa. Una te consulta acerca de actores cómicos, otra te querrá recomendar a un actor de tragedia; el arúspice acabará por sufrir varices[171].

Pero vale más que cante y no que recorra toda la ciudad[172], que logre sin reparo mezclarse en los grupos de 400 hombres, y que en presencia de su marido discuta descaradamente y sin nervios con jefes militares en atuendo de campaña. Esta misma mujer sabe lo que sucede en todo el mundo, lo que hacen los seres y los tracios[173], los secretos de la madrastra y el niño[174], quién se ha enamora- 405 do y quién es disputado como adúltero. Te dirá de quién es la preñez de esta viuda y en qué mes está, y las palabras y los modos de cada una en el amor. Es la primera que ve al cometa que amenaza al rey de los armenios y al de los partos[175]. Acoge en su casa las últimas hablillas

---

169 Por el sacerdote o el arúspice. Eran fórmulas rituales.

170 Jano era un dios típicamente romano, protector de las puertas y de las calles de las ciudades, y de cualquier cosa en los inicios o en los comienzos.

171 De tanto estar de pie, atendiendo consultas de mujeres.

172 Cambio total de escenario: ahora viene la marisabidilla, la que se pasa el día en la calle, la chismosa y la cotilla.

173 Era como decir: los pueblos del fin del mundo.

174 Parece tratarse del caso de una madrastra que corrompió al hijo habido por su marido en un matrimonio anterior.

175 Este cometa fue visto en Roma el 15 de noviembre del año 115; la guerra armenia había acabado el año anterior, de manera que la referencia sólo es válida para el rey de los partos.

y rumores, y se inventa otros: que el río Nífates[176] ha inundado las poblaciones y que allí las campiñas son presa 410 de un gran diluvio, que las ciudades tiemblan y la tierra se hunde[177]: he aquí lo que cuenta al primero que encuentra en una encrucijada.

Pero no es más tolerable este vicio que el de aquella que acostumbra a prender a sus vecinos humildes, y a ruegos de éstos manda que sólo los azoten[178]. Pues si 415 unos ladridos[179] la despiertan cuando duerme más profundamente, grita: «¡Pronto! ¡Acá las varas!», y manda azotar ante todo al dueño del perro, y después, con un rostro horrible, que da pánico tropezar, al perro mismo.

Va a los baños por la noche[180], y de noche moviliza 420 las bañeras[181] y todo su arsenal: le gusta sudar en medio del gran tumulto[182]. Cuando los brazos fatigados le caen por el peso de las barras, entonces un hábil masajista la

[176] Río de la Armenia meridional, que en su curso posterior es el Tigris.

[177] Referencia al terremoto de Antioquía en diciembre del año 115.

[178] Sin que les hagan nada más.

[179] En Roma los ladridos nocturnos de los perros eran más frecuentes que en nuestras ciudades, pues casi todas las viviendas de planta baja tenían a la puerta un can atado con una cadena. También las tabernas estaban vigiladas por perros, y muy probablemente los vecinos humildes en cuestión eran taberneros.

[180] Otro tipo de mujer, la que de la noche hace día. La cena se tomaba al atardecer, y normalmente la precedía el baño, pero esta mujer decide bañarse por la noche, con lo que impone una larga espera a los invitados a su cena.

[181] Algunos interpretan la palabra latina correspondiente como «los potes de ungüento».

[182] Del ruido y del alboroto hecho por los bañeros y demás personal de servicio.

frota con los dedos y hace chascar la ingle de su dueña [183]. Entretanto los míseros convidados se consumen de hambre
425 y de sueño. Al final ella se presenta algo acaloradilla, con sed para beberse un barril de vino que tiene con una urna de capacidad, del que se sirve antes de la comida otra jarra que le despertará un hambre atroz cuando sea vomitado [184] tras lavar el intestino, y ensucie el suelo. Sus
430 ríos se apresuran por los mármoles, y la palangana de oro huele a vino de Falerno, pues ella, no de otro modo que la larga serpiente que ha caído al fondo de un tonel, bebe y vomita. El marido se marea y se aguanta la bilis con los ojos cerrados.

Más molesta [185] aún es la que así que ha tomado asien-
435 to alaba a Virgilio y le perdona por el suicidio de Dido [186], junta los poetas y los compara, aquí cuelga al mantuano y en el otro platillo de la balanza a Homero. Retroceden los gramáticos, los oradores se dan por vencidos, calla to-
440 da la turba, no hablan ni picapleitos ni pregoneros, ni tampoco otra mujer [187]. Cae un torrente de palabras que

---

[183] La mujer descrita aquí es más bien una marimacho que sigue una dieta masculina, y que practica ejercicios gimnásticos más bien practicados por hombres.

[184] Es conocido el repugnante uso romano de bañarse para excitar la sed: se tomaba vino en grandes cantidades, que luego se vomitaba.

[185] Sigue la mujer sabihonda, que ejerce afectadamente lo que hoy llamaríamos crítica literaria; ha estudiado a Homero y a Virgilio y ahora incluso en la mesa da lecciones sobre el tema con un torrente de elocuencia.

[186] Un tema tópico de la crítica virgiliana era el de si el poeta épico había obrado correctamente en hacer que Dido se suicidara.

[187] Ya por razón de oficio los pregoneros y los oradores debían disponer de una voz fuerte, pero la de nuestra sabihonda las ahoga a todas, incluso a la de otra mujer: la nuestra dispone de todos los triunfos.

dirías que es una cencerrada de campanas y jofainas. Que nadie fatigue las trompetas ni las placas de cobre: ella sola se bastará para sacar a la luna del mal paso [188].

La mujer prudente se impone límites incluso en lo que es honesto. La que pretende parecer muy sabia y elocuente 445 debe ceñirse la túnica hasta la canilla [189], sacrificar cerdos en honor de Silvano [190] y acudir a los baños más baratos [191]. Que la mujer que se acuesta contigo carezca de estilo oratorio [192], que no dispare [193] un entimema [194] retorcido en párrafos redondeados. Que no conozca todas las 450 historias [195] y que se quede sin entender algo de los libros. Odio a la mujer que repite y da vueltas a la *Gramática* de Palemón [196] sin infringir nunca las leyes y las reglas de

---

188 Los antiguos creían que en los eclipses de luna ésta se encontraba en apuros, de los que podía sacársela tocando estruendosamente trompetas y platillos de cobre.

189 Es decir, vestirse como un hombre, ponerse ropa de hombre.

190 Silvano era dios de los rebaños y de la campiña, tenía fama de voluble y de enamoradizo, y por eso las mujeres no le ofrecían sacrificios.

191 Las mujeres no acudían a los baños públicos más baratos; o acudían a establecimientos de este tipo de algo más de categoría, o preferentemente a alguna casa privada en la que se les permitiera la entrada.

192 Es decir, que no tenga un estilo propio que haya aprendido en la escuela de retórica.

193 Como con una catapulta o con una honda, o como una flecha despedida por el arco.

194 Es un silogismo abreviado, con una premisa y una conclusión.

195 Es decir, que no haya leído a los historiadores, principalmente a los griegos, y que no sepa dar razón ni de hechos ni de lugares en que se desarrollaron, pues en la antigüedad la exposición de la historia comportaba necesariamente la minuciosa de la geografía.

196 Remio Palemón, célebre gramático de la época de Nerón. Nuestra sabihonda ha leído muchas veces su obra y es capaz de repetir de memoria sus reglas con las excepciones pertinentes.

la lengua, que, chiflada por lo antiguo, me repite versos que desconozco y reprende a su amiga analfabeta por pa-
455 labras que no preocupan a los hombres. ¡Séale permitido al marido cometer un solecismo[197]!

Todo se lo permite la mujer y nada reputa vergonzoso si ha rodeado su cuello de esmeraldas[198] y cuelgan de sus
460 tensas orejas unos grandes pendientes. Nada hay más intolerable que una mujer rica. Su cara, de aspecto repugnante, e hinchada ridículamente por un gran emplasto de masa de harina[199], huele a pomadas de Popea[200], en las que se pegan los labios del mísero marido. Al adúltero, en cambio, acuden con la cara limpia. ¿Cuándo quiere la mu-
465 jer aparecer hermosa en su casa? La esencia de nardo se compra en vistas al adúltero, para él se compra lo que enviáis aquí, esmirriados indios[201]. Al fin deja ver su rostro[202], pues se quita la capa primera; empieza a ser identificable; se da fricciones con aquella leche por la cual
470 incluiría asnas en su cortejo incluso si la mandaran desterrada al Polo Hiperbóreo[203]. Pero a este rostro, al que

[197] Razonamiento lógico incorrecto en su formulación.

[198] Sólo los diamantes eran más apreciados que las esmeraldas; éstas servían principalmente para collares, aunque también para otras piezas del ornato femenino.

[199] Antes de meterla en el horno para cocer el pan.

[200] Popea, la mujer de Nerón que murió de un puntapié que le propinó su marido cuando ella estaba encinta, se dedicó a la invención de productos de cosmética; famoso es de ella el hecho de que se bañaba en leche de burra.

[201] Los perfumes más caros, y lo mismo cabe decir de las piedras preciosas, que se importaban de la India.

[202] Cuando se ha quitado de él todas las pomadas y afeites, incluso la primera capa de ellos, que se aplicó directamente sobre la piel.

[203] La parte más septentrional del mundo conocido, seguramente Escocia o el curso superior del Rin. Popea se llevaba su rebaño de

aplica y renueva tantos potingues, que recibe tantos cataplasmas de flor de harina húmeda, ¿cómo le llamaremos, cara o úlcera[204]?

Merece la pena saber bien lo que hacen en todo el día, 475 lo que agitan. Si por la noche el marido les volvió la espalda, la intendenta[205] está perdida, los esclavos guardarropas deben despojarse de la túnica[206], el liburno[207] es acusado de retraso, y se ve obligado a pagar el pato por el sueño de otros; en éste se rompen las férulas, aquél está rojo de azotes, y el de más allá de latigazos[208]; mu- 480 jer hay que alquila verdugos para todo el año. Manda azotar; ella entretanto se va pintando la cara, escucha a sus amigas o bien examina la ancha franja de oro de su vestido de colores. Y los azotes siguen. Va leyendo las líneas transversales de un periódico muy minucioso[209], y los azotes siguen. Por fin, cuando los verdugos ya están exhaustos, ruge un horrendo: «¡Basta!», porque se acabó 485 el examen. El gobierno de esta casa no es más llevadero

---

asnas a todas partes para poder disponer de leche para su baño diario; lo mismo haría nuestra protagonista.

204 Las llagas en la piel se trataban mediante aplicaciones de masa de harina; puesto que ésta recubre por entero la cara de tal mujer, a esta cara le corresponderá más el nombre de úlcera que el de cara.

205 Era la encargada de distribuir a las esclavas el trabajo que debían de realizar, principalmente a las hilanderas.

206 Porque van a ser azotados; se azotaba siempre sobre la carne viva.

207 Era el esclavo encargado de despertar a los dueños.

208 Unos son azotados con cañas que se quiebran en sus espaldas, otros con flagelos o sea con cuerdas con bolas de plomo, y otros con látigos de cuero, según la gravedad de lo que se les impute.

209 Debe ser una agenda o dietario escrito en el reverso de las páginas de un libro de cuentas doméstico.

que el de la prefectura de Sicilia[210]. Pues si ha decidido algo, y ahora desea acicalarse más de lo que suele, y además tiene prisa, porque ya la esperan en los jardines, o
490 mejor, en el mismo recinto de la chismosa Isis[211], la infeliz Psecas[212], todavía sin haberse peinado, es la que, desnuda de medio cuerpo para arriba, le arregla los cabellos. «¿Por qué me pusiste este mechón tan arriba?». Y un vergajo castiga al punto el crimen del cabello mal torcido. Pero, ¿qué culpa tiene Psecas? ¿Qué culpa tiene esta chica si a ti tu propia nariz te desagrada[213]? Otra esclava
495 puesta a su izquierda le desenmaraña los cabellos, se los peina y se los tuerce en rizos. Y asiste a este consejo una esclava anciana, heredada de su madre; ahora se dedica al huso, pues ha cesado ya de trabajar con la aguja; de ello la han jubilado. Y ella emitirá la primera un juicio,
500 y luego las demás, inferiores en edad y menos competentes, sentenciarán como si se tratara de una causa por muerte o por ultrajes: tal es el afán con que ella busca

---

210 Los prefectos eran comisarios militares o civiles sometidos al mando de los gobernadores de la provincia. Los primeros mandaban casi siempre guarniciones locales; y los segundos se ocupaban preferentemente de la exacción de impuestos y de la cobranza de multas. Unos y otros tenían merecida fama de crueldad y de brutalidad.

211 Las sacerdotisas de la diosa Isis en realidad eran alcahuetas que cedían los mismos recintos del templo para fines deshonestos. El culto de Isis exigía pasar en vela la noche anterior al rito, y éste era un pretexto aprovechado por las damas romanas para sus salidas nocturnas inconfesables.

212 En realidad es el nombre de una ninfa de Diana; aquí es la esclava que tiene a su cuidado la atención personal a su señora. Cuando la atiende, lo hace desnuda de cintura para arriba, para que le duelan más los posibles alfilerazos de su dueña.

213 La alta dama se ve en el espejo, y no acaba de gustarse a sí misma; su desagrado lo pagan las esclavas.

la belleza. ¡Cuántos pisos la oprimen[214]! ¡Cómo yergue la cabeza realzada aún más por tantas estructuras! Por delante te parecerá una Andrómaca[215]; vista por detrás es más baja, creerás que es otra. ¿Y qué si ha salido bajita 505 y se la ve más menuda que una chica pigmea que no calza coturnos y que ha de auparse ligera de puntillas para dar un beso?

Entonces, en ese caso ni se preocupa del marido ni atiende los gastos que le causa. Vive cual si fuera su ve- 510 cina, más íntima que una tal sólo porque detesta a los amigos y a los criados del esposo, y le carga el presupuesto[216].

He aquí que entra la cofradía de la frenética Belona y la de la Madre de los dioses[217] con un corpulento eunu-

---

[214] Se refiere a un peinado hecho en forma de torre escalonada.

[215] Andrómaca, la mujer de Héctor, era el prototipo de mujer alta y de buena planta.

[216] Esta mujer con sus supersticiones y su afición a cultos extraños grava las finanzas de su marido, porque èstos sacerdotes o adivinos o bien exigen mucho dinero, o bien imponen costosas penitencias, de las que cobran, por supuesto, su comisión.

[217] Empieza aquí una sección muy interesante de la sátira: el poeta nos conduce al mundo de la superstición de su tiempo. Esta dama es muy supersticiosa y se deja rodear por todas partes de impostores y charlatanes que sacan de ella sus buenos dineros. La Roma de aquella época estaba repleta de supersticiones extranjeras. La religión estatal romana no tenía nada en contra, y permitía el establecimiento en la ciudad de cultos y divinidades procedentes de todas partes. Desde las guerras civiles entre César y Pompeyo Italia se convirtió en punto de confluencia de las más ridículas necedades, y de los peores fanatismos (palabra que viene del término latino *fanum,* templo). Juvenal nos da aquí un cuadro polícromo y variopinto de todo ello. Estos cultos procedían más que nada de Egipto y del Asia menor: los usos salvajes y orgiásticos de la religión de Belona, de Cibeles y de la siria Madre de los dioses, la fiesta judía de los Tabernáculos y la celebración del sába-

co, faz venerable para los obscenos seguidores. Hace ya mucho tiempo que con un tiesto se extirpó los muelles
515 testículos. Le abre paso su ronco cortejo, los timbales plebeyos, y se recubre las mejillas con una tiara frigia. Grita desaforadamente y dice que son de temer la entrada del mes de septiembre con los vientos del Sur si la mujer no
520 se ha purificado mediante el donativo de cien huevos, si no le ofrenda ropas usadas de un color de hojas secas[218]: así la grande y súbita desgracia en ciernes pasará a los ropajes y la matrona expiará para todo el año. En pleno invierno romperá el hielo y bajará al río, por la mañana se sumerjerá tres veces en el Tíber y se lavará hasta arriba
525 la tímida cabeza[219]; luego desnuda y estremecida recorrerá con las rodillas sangrantes[220] el campo del rey cruel[221], y si se lo prescribiera[222] la blanca Io[223] se iría a los confi-

do... En el caso concreto que describe ahí el satírico, toda la banda está bajo la dirección de un eunuco corpulento que se castró ritualmente con tiestos de arcilla de jarros de cerámica de Samos, pues la supuesta antigüedad del uso prohibía cortarse con objetos metálicos.

218 Amenaza a la mujer supersticiosa con enfermedades que la asaltarán en la época peor del año, en el otoño. A estos sacerdotes se les permitía recoger donativos durante sus desfiles o procesiones, pero hay que reconocer que lo exigido aquí es verdaderamente módico.

219 A la purificación exigible, según los ritos romanos, para poder orar y ofrecer sacrificios pertenecía bañarse en agua corriente por las mañanas, para lavarse de las manchas nocturnas; los cultos extranjeros se acomodaron a tales usos.

220 La mortificación de desplazarse sobre las rodillas pertenece muy especialmente al culto de Isis, cuyos sacerdotes se flagelaban hasta derramar sangre.

221 El campo de Marte.

222 Apareciéndosele en sueños.

223 Perífrasis por Isis, que tenía de común con Io ser cornuda, pero se diferenciaba de la griega por el color, pues ésta última era negra.

nes de Egipto, a la calurosa Méroe[224], a por las aguas que se le pidieran para rociar con ellas el templo de Isis[225], el que se levanta junto a un antiguo establo. Sí, ella se cree avisada por la voz de la misma diosa: ahí tienes las almas y las mentes con las que los dioses pueden hablar de noche[226]. De manera que éste es el que me- 530 rece el honor sumo y principal, este Anubis[227] rodeado de una grey calva y vestida de lino, y que corre[228] riéndose del pueblo compungido[229]. Es él quien pide perdón cada vez que la esposa no guarda continencia en los días sagrados de observancia. Tal violación del lecho merece 535 una pena severa[230]; se ha visto cómo la serpiente de plata agitaba la cabeza[231]. Pero las lágrimas de aquél y sus meditados murmullos obtienen que Osiris, conquistado por 540 un ansarón enorme, acompañado de un pastelillo, no nie-

---

224 En el extremo meridional de Egipto.

225 En Roma había diversos templos de Isis, pero el más vistoso e importante estaba junto al Campo de Marte, entre éste y un espacio que por su configuración parecía un corral o establo de ovejas, de ahí su nombre.

226 Una de las ironías, casi siempre certeras, de Juvenal.

227 En las procesiones de los sacerdotes de Isis, que vestían delantales de lino y llevaban la cabeza rapada, el dios Anubis venía representado por un sacerdote que se ponía una máscara de cara de perro, o más propiamente de chacal.

228 Como perro que es; la expresión de Juvenal es exacta.

229 Por la muerte del marido de Isis, que luego es encontrado vivo con gran júbilo.

230 Que impondrá el sacerdote de acuerdo con la gravedad de la infracción.

231 La serpiente era el atributo más característico de Isis. Pero el sacerdote lo es también de Osiris, la pareja, de modo que es este último el que concede la remisión de la culpa. En el templo citado en una nota precedente la serpiente de Isis debía ser de plata.

gue su perdón a la culpa. Y cuando el sacerdote de Anubis cede el puesto, una judía temblorosa[232] deja el cuévano y su hierba[233] para mendigarle secretamente al oído;
545 es intérprete de las leyes de los sólimos[234], gran sacerdotisa del árbol[235] y fiel mensajera de lo más alto del cielo[236]. También ella llena su mano, pero menos: por una monedita los judíos te venden todos los sueños que quieras. Un tierno amante, o el testamento fabuloso de un rico
550 sin familia: he aquí lo que promete un adivino de Armenia o de Comagene[237], luego que ha examinado las entrañas palpitantes de una paloma. Escrutará el pecho de pollitos, las entrañas de cachorros, e incluso las de un niño: hará lo que él mismo delataría[238]. Sin embargo, los caldeos[239] merecen más confianza; lo que haya dicho un astrólogo,
555 lo tienen por relato de la fuente de Ammón, pues en Del-

---

232 Temblorosa porque es anciana. Sigue sin solución de continuidad la interpretación de sueños.

233 Véase el inicio de la *Sátira* III.

234 Los judíos.

235 Alusión a la costumbre, que ya se vio en la *Sátira* III, de los judíos de edificar sus sinagogas, fuera de la Judea, cerca de corrientes de agua y en lugares con arbolado.

236 Los griegos y los romanos creían de los judíos que adoraban el cielo, probablemente por la prohibición judía de hacer imágenes de Dios.

237 Pero en general los adivinos judíos merecían poco crédito; mucho mayor lo merecían los armenios o sirios, que además actuaban con mucho más aparato.

238 Es decir, cometerá un crimen por encargo de su cliente, y luego le amenazará con delatarla para sonsacarle más dinero.

239 Los caldeos (llamados también babilonios) eran astrólogos, y en este cometido gozaban de un prestigio inigualado. La fuente de Ammón, citada a continuación, era sólo el local del oráculo, en el oasis de Siwa; parece que en la época de Juvenal tal oráculo había alcanzado una reputación extraordinaria.

fos[240] los oráculos cesan y una gran oscuridad con respecto al porvenir daña al género humano. Pero el más competente de ellos es el que fue desterrado con gran frecuencia, el que con su amistad y con su horóscopo (el cual debe alquilarse) asesinó a un ciudadano ilustre y temido por Otón[241]. Te explico de dónde nace la fe en sus artes: de que en sus dos manos hayan resonado las cadenas[242], de que haya pasado mucho tiempo en una prisión militar. No hay astrólogo talentudo que no haya sufrido condena. Pero al que anduvo al borde de la muerte, al que estuvo en un tris de verse deportado a las Cícladas y a duras penas se libró de la minúscula Serifo[243], a éste tu Tanaquil[244] le consulta sobre la muerte, ya roncera, de su madre ictérica, ello cuando ya se ha asesorado con él sobre ti mismo y también le ha pedido su parecer sobre cuándo enterrará a su hermana y a sus tíos; habrá inquiri- 560 565

---

240 El oráculo de Delfos, situado en un lugar de imponente belleza, a unos doscientos kilómetros al norte de Atenas, estuvo en activo en Grecia más de mil años, hasta que lo clausuró el emperador Justiniano. Pero ya en tiempos de Cicerón se había tornado trivial e intrascendente.

241 La astrología sí estuvo prohibida en Roma, y su práctica frecuentemente castigada, porque con sus predicciones los astrólogos alguna vez promovieron crímenes de Estado, o empresas peligrosas para éste. El aquí aludido es Galba, cuya caída y muerte se vio precipitada porque un astrólogo llamado Ptolomeo profetizó a Otón que sería él quien gobernaría.

242 O sea, que haya sido esposado dentro de la cárcel.

243 Pequeña isla situada en el centro del archipiélago de las Cícladas. Tal isla a la vez que era proverbial por su pequeñez y se la citaba como ejemplo de algo insignificante, era también famosa porque en ella había una prisión muy conocida por las condiciones inhumanas en que vivían los detenidos en ella.

244 Es decir, tu esposa, que a su vez se preocupa de investigar el futuro (con intenciones aviesas para su marido), como lo hizo la mujer de Tarquinio Prisco, según cuenta Tito Livio en el libro I 34 de su obra.

do también de él si su amante la sobrevivirá[245]. ¿Es que los mismos dioses podrían dar algo más?

570 Sin embargo, tales mujeres desconocen las amenazas de la estrella infausta que es Saturno, e igualmente la época en que Venus asciende con buenos agüeros[246]; ignoran el mes que produce malogros y el tiempo propicio a las ganancias. Tenlo presente: también debes evitar los tratos[247] con aquellas mujeres en cuyas manos observes un calendario muy gastado, cual si fuera una grasienta bola 575 de ámbar[248]. Éstas ya no consultan a nadie, es más, son ellas las consultadas. Tal esposa, cuando su marido va al campamento o cuando regresa a su país, no le acompañará si al tiempo la retienen las tablillas de Trásilo[249]. Si le apetece que la lleven de paseo hasta el primer miliario, el tiempo se consulta al libro de horóscopos, si el rabillo 580 del ojo le escuece pues se lo frotó, sólo pide colirios tras haber interrogado tal libro. Y si se echa indispuesta, no habrá hora más apta para tomar alimentos que la que le haya prescrito Petosiris[250].

La que es una pobretona recorrerá el espacio que media entre ambos pilares del Circo[251] y así conocerá su

245 Porque sólo a su adúltero desea larga vida.

246 Los planetas y los signos del Zodíaco traían buena o mala suerte, en la mentalidad propia de los antiguos; la estrella de Saturno era infausta, y todo lo contrario la de Venus.

247 Y mucho más casarte, naturalmente.

248 Un calendario astrológico tan gastado como una bola de ámbar; éstas servían para refrescarse las manos en la época estival.

249 Era el astrólogo personal del emperador Tiberio, de modo disfrazado, naturalmente, pues, como se ha dicho, la astrología en Roma estaba prohibida.

250 Astrólogo egipcio que gozaba en Roma de un gran prestigio; hay algunos tratados astrológicos que llevan su nombre.

251 Astrólogos más baratos y adivinos de otra suerte se colocaban en Roma junto a las columnas del Circo.

suerte; ofrecerá su frente y aun su mano a un adivino que solicitará de ella un chasquido de labios reiterado[252]. A las ricachonas, en cambio, les dará las respuestas un augur frigio alquilado directamente de Frigia, se las dará un experto en los astros y en el universo, o bien otro, de edad más avanzada, que sepulta los rayos en nombre del Estado[253]. De modo que la suerte de las plebeyas está en el Circo y en la muralla[254], pero la mujer que en su escote luce un largo collar de oro[255] consulta ante los palos de madera[256] y las columnas de los delfines si ha de dejar al tabernero para unirse al vendedor de capotes. 585 590

Y, con todo, éstas se avienen a los dolores del parto y a las incomodidades de la crianza cuando su pobreza las obliga, pero en los lechos de oro casi nunca yace una parturienta: tan eficaces son las artes y las ponzoñas del contratado para esterilizar y en su caso asesinar a los hombres ya en el vientre de sus madres[257]. Pero tú, infeliz, 595

---

[252] Debía ser una de las maneras de obtener signos para leer el futuro, equiparable, por ejemplo, con la quiromancia actual.

[253] Un rayo que cayera donde fuera era considerado como un prodigio de mal agüero, que exigía una purificación. Si el lugar afectado era público, la purificación debía hacerse y corría a cargo del Estado; si era una propiedad particular, dependía del dueño hacerla o no hacerla.

[254] En la llamada Muralla de Servio Tulio, que servía de paseo, se encontraban también adivinos y videntes de poca monta que exigían muy poco por sus servicios.

[255] Se trata de la dueña de una taberna que es a la vez prostituta de lujo; consulta si ha de dejar al tabernero para irse con uno que vende y fabrica capotes.

[256] El Circo tenía siete pistas para corredores, o bien para carreras de carros; al final de cada una de las pistas había unas columnas de madera que giraban sobre su base, y al otro extremo de las pistas otras columnas, también giratorias, en forma de delfines; según la cara que presentara cada columna se sabía la situación del corredor en su pista.

[257] La ley romana castigaba el aborto como un homicidio. El abor-

alégrate de ello, y ofrece encima a este tipo la bebida que tengas a mano, pues si ella consintiera en dilatar su vientre
600 y en vejarlo con hijos que se revolvieran dentro, seguramente te harías padre de un etíope, y muy pronto un heredero mulato, a quien un dios te libre de ver a la salida del sol, llenaría tu testamento.

¿Y para qué voy a hablar de los hijos ficticios y de los votos y de los deseos burlados con frecuencia junto a los sucios aljibes públicos[258]? De ahí se extraen pontífices salios que llevarán en un cuerpo ilegítimo el nombre
605 de los Escauro. La exagerada Fortuna se planta sonriente de noche junto a estos bebés desnudos, los arrebuja en su seno y los calienta, luego los traslada a encumbrados palacios y se prepara secretamente una farsa: les ama, se mete en sus vidas y les hace prosperar como si fueran hijos suyos.

610 Hay tipo que proporciona conjuros amatorios, otro que vende filtros tesalios capaces de vejar la mente del marido, y cuando han surtido su efecto ella le muele a zapatazos. De ahí te viene que chochees, de ahí que tu ánimo se oscurezca y que olvides al punto incluso lo que acabas de hacer. Y aun esto será tolerable si no acarreas

---

to se procuraba mediante abortivos que suministraban mujeres generalmente maduras o viejas. Había quien se alquilaba diríamos genéricamente para tal cometido, y cobraba ya ante la eventualidad sólo de deber actuar.

258 Se trata de recién nacidos abandonados y expuestos junto a los depósitos de agua que el emperador Nerva mandó construir en el s. IV. La finalidad era algo contradictoria; el ruido del agua podía ahogar el lloriqueo de los niños, pero a su vez el lugar era de paso, y muy frecuentado, por lo que las madres que exponían a sus hijos abrigaban con algún fundamento la esperanza de que fueran recogidos por alguien antes de que murieran.

agua siempre en marmitas rijosas[259], si[260] no soportas esta carga siempre en los mismos vasos que se salen, si no empiezas a estar tan loco como el conocido tío de Nerón[261], a quien Cesonia le metió la frente entera de un pollito que aún vacilaba sobre sus pies. ¿Y qué mujer no hará lo que hace la que lo es del príncipe? Tú eras nuestro rey, y has pasado a ser un Fálaris rabioso[262]. Todo ardía y se desmoronaba desquiciado, como que parecía ser Juno la que había enloquecido a su marido[263]. Pues será menos dañina la seta de Agripina, que estrujó las entrañas de uno solo, ciertamente, de aquel viejo, y le hizo bajar al cielo la trémula cabeza y los labios que se llenaban de babas sin cesar[264]. Pero la pócima a que aludíamos echa mano de la espada y del fuego, tortura y lacera a los senadores revueltos con caballeros de alcurnia[265]. ¡Tal es el precio del potro de una yegua, tanto nos cuesta una sola mujer que envenene!

615

620

625

Y profesan un odio mortal a los hijos de la concubina; que nadie lo desapruebe ni lo prohíba: desde ahora será legal matar a los hijastros[266]. A vosotros, huérfanos due-

---

259 Las Danaides, condenadas a acarrear agua en un tonel sin fondo.

260 Después del v. 614 algunos códices latinos presentan tres versos más (614 a, b, c), cuya traducción aquí se da.

261 Un tío materno de Nerón, hermano de su madre Agripina, enloqueció por un filtro amoroso que le propinó su mujer Cesonia.

262 Personaje histórico, tirano de Agrigento en el s. VI a. C., que se hizo famoso por su crueldad.

263 La locura de Calígula ocasionó un incendio pavoroso en Roma, que el poeta compara con una hipotética locura de Júpiter.

264 Mesalina asesinó a su marido, el emperador Claudio, suministrándole una seta venenosa. Cf. la nota 69 de la *Sátira* V.

265 Estos filtros amorosos ocasionan ejecuciones, torturas y condenas a muerte de senadores y de jueces imparciales.

266 En esta horrenda moral podía admitirse que la esposa matara

630 ños de un cierto patrimonio, os lo advierto: velad por vuestras vidas y no os fiéis de las mesas, pues los pasteles amarillentos bullen del veneno que les metió una madre. Que antes de que lo hagáis vosotros muerda alguien lo que os dio una mujer con hijos, que, aunque ponga reparos, pruebe antes las bebidas vuestro preceptor.

¿No será todo esto algo fingido, como si la sátira hu-
635 biera asumido el sublime coturno, y que yo, excediendo las normas y los límites de mis predecesores, versifico al estilo de Sófocles un gran poema desconocido bajo el cielo del Lacio, extraño a las montañas rútulas[267]? ¡Ojalá me engañara! Pero Poncia[268] grita: «Lo hice, lo confieso, yo
640 propiné veneno a mis hijos. Se me ha descubierto; bien es verdad que perpetré personalmente el crimen». «¿Te cepillaste los dos en la misma cena, oh víbora brutal?». «Sí, y aun siete, de haberlos tenido». Demos crédito a los trágicos en lo que nos dicen de la torva Medea[269], o bien
645 de Procne[270]. Yo no me atrevo a contradecirles. También ellas en su tiempo se atrevieron a cometer crímenes gigantescos, pero no fue por dinero. Ni causan tanta sorpresa

---

a los hijos habidos por su marido con una concubina, pero la esposa de este lugar exige más: que se pueda matar a los hijos de un primer matrimonio del marido si son legalmente capaces de heredar.

[267] No se piense, dice equivalentemente Juvenal, que me invento estas cosas, que por lo demás sólo ocurrían en la tragedia.

[268] Según un comentarista antiguo se trata de un caso real; esta Poncia era hermana de Petronio, el autor del *Satiricón*, a quien Nerón ordenó que se suicidara (junto con Séneca) por haber, supuestamente, participado en un complot contra él.

[269] Que también asesinó a sus propios hijos en la leyenda de los argonautas puesta en escena por Eurípides en su tragedia del mismo nombre.

[270] Procne para vengarse de su marido Tereo, que violó a su cuñada (hermana de Procne) Filomela, asesinó a su propio hijo Itis y se lo dio a comer a Tereo, el padre.

estos monstruos extremados, pues cada vez que la ira empuja al sexo femenino a causar daños se les requema el hígado rabioso y se las lleva vertiginosamente como rocas 650 desprendidas de las cumbres cuando les falta monte y la ladera se retira por la falla en pendiente. Yo no puedo soportar a las que echan sus cuentas y perpetran crímenes horrendos estando en sus cabales. Ven en el teatro cómo Alcestis[271] acepta morir en vez de su marido, y si a ellas se les permitiera semejante trueque desearían salvar la vida de su perrilla a cambio de la de su esposo. Ya de buena 655 mañana te encontrarás gran cantidad de Bélidas[272] y de Erífilas[273]; cada barrio poseerá su Clitemnestra[274]. Con una diferencia: la famosa hija de Tíndaro empuñaba a dos manos un hacha insulsa y muy poco apropiada[275]; ahora la cosa se lleva a cabo mediante el leve pulmón de un sapo. Aunque también a cuchillo, esto si prevenido su 660 atrida, a imitación del rey derrotado tres veces[276], se había tomado antídotos importados del Ponto.

---

[271] Ya sea porque en el teatro contemplara el drama satírico de Eurípides *Alcestis,* o porque contemplara el mismo argumento en un mimo o en una pantomima.

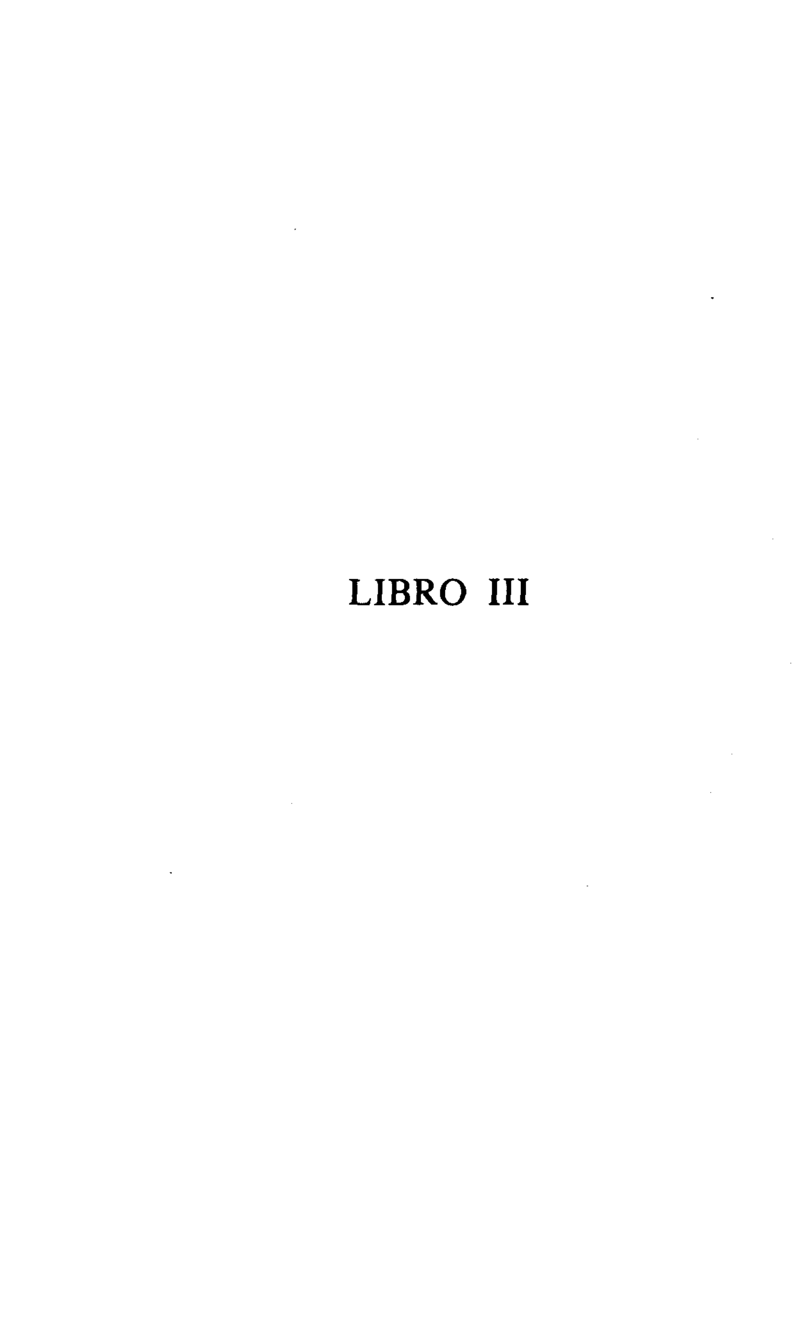
[272] Las Danaides, como descendientes de Belo, que asesinaron a sus maridos en la misma noche de bodas (a excepción de una de ellas).

[273] Erífila, según el mito, solicitó de su marido Anfiarao que tomara parte en la expedición de los siete contra Tebas, aun a sabiendas de que Anfiarao moriría en la contienda, seguridad que le había dado un oráculo.

[274] Que asesinó a su marido Agamenón, en venganza de que éste había mandado inmolar a su hija Ifigenia para que prosperara la expedición de los aqueos contra Troya.

[275] Por vulgar y grosera, y porque debía pesar mucho; el pulmón de sapo era tenido por veneno poderoso.

[276] Mitrídates, rey del Ponto, derrotado por los generales romanos Sila, Lúculo y Pompeyo, tomaba antídotos que le protegieran de un eventual envenenamiento que se intentara contra él.



LIBRO III

SÁTIRA VII

Aquí enterraron de balde
por no hallarle una peseta...
No sigas, era poeta.

Esta letrilla, que me sé desde mi infancia porque se hallaba en el libro de lecturas puesto en mi mano en tan primeriza edad, refleja el tema fundamental de esta sátira, que, desde luego, Juvenal amplía, aunque parcialmente: el de la pobreza, a veces escandalosa, de los poetas e intelectuales, a los que la sociedad romana negó hipócritamente el pan y la sal.

Pero he aquí que Juvenal lo hace de una manera extraña y desconcertante, que, desde luego, reclamaría una explicación que, por falta de datos y de un contexto menudo, no estamos en situación de hacer. En efecto, la sátira se hace desde una perspectiva de esperanza. Juvenal viene a decir en el mismo pórtico de su composición que desde ahora los verdaderamente dotados pueden dedicarse a cultivar las artes, porque el Emperador (Adriano) les protegerá. Y acaba la breve sección introductoria nada menos que con estas palabras:

> ¡Adelante, jóvenes! La benevolencia del César os atiende y os estimula, pues busca donde aplicarse.

El fundamento viene indicado en un lugar inmediatamente anterior donde se dice que los verdaderamente dotados ya no deberán hacer compatible trabajo y literatura.

Entre la introducción y el resto de la sátira (cf. vv. 1-21 y del v. 22 al final), hay una verdadera solución de continuidad, porque este motivo no repercute para nada en el contenido del resto de la composición, meramente expositivo (para que el lector extraiga sus consecuencias), y que parece expresar, no de otro modo de como lo decía en la *Sátira* I: «las cosas son así, van mal, rematadamente mal».

La primera impresión que da el conjunto es que aquí hay un zurcido basto. Juvenal tendría estos veintiún versos elaborados, que aprovechó de todos modos para encabezar una sátira que luego no se ajustaría totalmente a ellos. Ejemplos de suturas poco cuidadas no faltan en las demás sátiras del poeta.

Pero quizás debamos hilar más delgado. Porque se ha hecho un lugar común decir que Juvenal no brilla en el arte de la composición. Pero es que no compone como nosotros *a priori* podríamos pensar. Quizás no hayamos dado con el sentido exacto del mismísimo principio de la sátira:

> No sólo la esperanza, sino también la razón de los estudios *estriba únicamente en nuestro César.*

Y ésta es la situación. Aquí Juvenal golpeará duramente a los ricos avaros. No quiere describir un futuro feliz, sino un amargo presente. Y tiene su sentido decir: «la cosa está tan mal, que sólo el Emperador puede remediarla». Y los vv. 17-21 podrían responder a una referencia vaga que Juvenal tuviera de los gustos del Emperador, o bien a alguna manifestación de éste muy a los principios de su reinado.

La sátira está bien estructurada. Contiene:

a) Una dedicatoria al emperador (Adriano) (vv. 1-35):
   1. elogio de la generosidad del emperador (vv. 1-21),
   2. descalificación de los ricos tacaños (vv. 22-35).

b) Temas, vv. 36-243; las miserias de los literatos:
   1. de los poetas (vv. 36-97),
   2. de los historiadores (vv. 98-104),
   3. de los abogados, considerados como oradores (vv. 105-149),

4. de los profesores de estudios superiores (vv. 150-214),
5. de los maestros de escuela (vv. 215-143).

El conjunto del segundo bloque se presta a un análisis. Juvenal empieza refiriéndose a literatos inocuos, como son los poetas y los historiadores, luego pasa a la actividad de profesionales más eficaces, como son abogados y docentes, pero a medida que nos acercamos al final de la sátira el trabajo descrito es más penoso, la dignidad del que lo ejerce decrece y la retribución es cada vez más miserable. El entretejido de la sátira es, pues, más elaborado de lo que pudiera parecer a primera vista, va *in crescendo* y acaba en un final formidable, a tono con el sentido más general de toda la composición.

Bajo este común denominador de la precariedad de recursos que sufren los literatos, los primeros en ser tratados son los poetas. Y aquí nos encontramos sorpresivamente con un cambio total de apreciación. Leíamos en la *Sátira* I 1-14, en su mismo frontispicio, que los poetas «desde el más mediano al más excelso» son una plaga, son algo verdaderamente insoportable. Todos sin excepción. En la *Sátira* I, Juvenal desprecia la poesía (a excepción de la que él cultiva, naturalmente).

Pues bien, ahora no. El satírico ha diferenciado su pensamiento. Es verdad que en último término cuando describe al poeta excelso tal como él lo imagina, puntualiza (v. 56):

> ... a este poeta, del que no puedo mostrar ningún ejemplo y que sólo imagino,

pero no es menos cierto que habla de poetas célebres y notorios (v. 3), con lo cual nos mantenemos aún en el nivel de la sátira primera: «desde el (poeta) más mediano al más excelso», y que este nivel es decididamente rebasado por el otro poeta que compone «cantos sublimes» (v. 28), y rebasado más que nada por la sincera admiración que Juvenal siente por Estacio (vv. 82-86).

Esto podría hacer pensar que el propio valor como poeta de Juvenal ha sido algo más valorado, quizás en la misma corte imperial, y sobre todo en ciertos círculos literarios, en los que caló la fuerza de su sátira.

Puede que quepa hacer una observación semejante en lo referente al ejercicio de la abogacía. Hasta aquí la figura del abogado en Juvenal presentaba los ribetes más repugnantes o grotescos. En la *Sátira* I el obeso abogado Matón (vv. 31-36), que necesita para él solo una litera de dos plazas, tiene en su cortejo a un asesino profesional y a otros que ejercen de delatores. ¿Quién soportará la ciudad de Roma, exclama Juvenal, infestada por esta gentuza?

En la *Sátira* VI se queda en lo puro grotesco: el abogado no logra levantar la voz allí donde diserta una mujer; además es equiparado a un pregonero (v. 439).

Otra vez en esta *Sátira* VII, la valoración se ha matizado al alza. Con sus restricciones mentales, es verdad. El apóstrofe inicial es hiriente (v. 105):

> ¡Casta de haraganes, que se goza tan sólo del lecho y de la sombra!

lo cual, dicho absolutamente, es duro, pero lo que sigue a continuación nos da el contraste preciso, a modo de contraluz, para la interpretación exacta del pasaje: ¿cómo van a matarse trabajando? ¡Por lo que cobran! (v. 106).

Algo más abajo (vv. 119-121) se comprueba la ganancia efectiva de un abogado, un pequeño jamón seco, un bote, quizás de ciertas proporciones, lleno de atunes, cebollas en cantidad indeterminada, pero que quizás aseguren la manutención durante un mes de los esclavos moros, los más baratos, y que por tanto tienen la comida más precaria, y cinco garrafas de un vinazo que apesta. Todo ello sin contar con la grave injusticia de que a veces los tribunales dan la razón a ricachones que ejercen de abogados sin serlo, y no a los verdaderos abogados, cuya actuación profesional ha sido muy superior. En tal caso aquéllos llevan sus buenos dineros, como por ejemplo Emilio, que cobra el máximp legal por sus actuaciones, diez mil sestercios, o, lo que es lo mismo, cien monedas de oro *(aurei)*. ¡Y un abogado normal cobraba veinticinco sestercios por actuación!

De modo que en esta *Sátira* VII, Juvenal da un salto cualitativo: reconoce la competencia profesional de los poetas (al menos

de algunos), de los abogados, y lo mismo cabría decir de los maestros de retórica y de gramática (vv. 150-214) y de los maestros de escuela (vv. 215-243), en cuyo análisis no nos extendemos para no alargarnos con excesiva prolijidad.

Claro está que esta vida intelectual de Roma, tal como aquí la describe Juvenal, se nos aparece incompleta. No salen para nada los filósofos, pero no hay que olvidar que la filosofía es algo exclusivamente griego, los grieguillos de la *Sátira* III; además, no parece que la capacidad de Juvenal para la filosofía fuera muy allá. Tampoco salen escultores ni pintores. Sí, en cambio, los músicos, de manera algo eruptiva, desencajadamente, en un lugar donde no les esperaríamos, y como contrapunto necesario; de ellos se dice que cobran bien:

> Tú averigua el precio por el que Crisógono o Polión enseñan a los hijos de los ricos y rasgarás la *Gramática* de Teodoro.

Crisógono y Polión eran maestros de cítara, profesionalmente algo muy inferior a poetas, abogados y docentes. El mundo al revés, es el mensaje de esta sátira de Juvenal, que por lo menos reconoce la valía de las disciplinas objetivamente, y la de sus más cualificados expertos.

Esta descripción de la pobreza de los intelectuales es poderosa. Juvenal nos muestra mejor que cualquier otro autor de la latinidad la vida de la alta clase media, y la de los ricos, en toda su mezquindad. Desde este punto de vista sólo Terencio, y especialmente Plauto, podrían comparársele, con la reserva, desde luego, de que la estilización grotesca que necesariamente afecta a la comedia le roba algo de su poder de evocación de la vida romana en los primeros siglos del Cristianismo.

Juvenal pone el dedo en la llaga; la degradación de las artes no llegará por una incompetencia de sus cultivadores, pues artistas verdaderamente facultados no faltan nunca, sino por la ruindad de estos ricos romanos que se fingen amantes de la cultura, pero que dejan morir de hambre a los literatos y artistas. También desde aquí la apelación inicial al Emperador es satisfactoria y da una cierta unidad subyacente a toda la composición.

SÁTIRA VII

No sólo la esperanza, sino también la razón de los estudios[1] estriba únicamente en nuestro César[2]. Pues no otro que él miró en estos tiempos a las Musas entristecidas cuando poetas célebres y notorios intentaban arrendar unos pequeños baños en Gabias[3] o un horno de pan en Roma, cuando otros no juzgaban indecoroso hacerse pregoneros, cuando Clío[4] abandonaba, muerta de hambre, los valles de Aganipe[5] y emigraba a los locales[6] de subastas. Pues si en la umbría de las Musas[7] no se te muestra ni una monedita deberás contentarte con el nombre y la subsistencia de un Maquera[8] y vender más bien a los soldados armados[9] lo que salda una almoneda confiada a ti,

[1] Estudios de las artes liberales, estudios superiores diríamos hoy.

[2] Se trata del emperador Adriano, que así que subió al trono en el 117 d. C. dio a conocer su interés por la poesía y su intención de promoverla.

[3] Prototipo de una población pequeña. Cf. VI 56.

[4] Cita al azar de una de las Musas; Clío es la de la música.

[5] En la ladera del Helicón, en Tespias de Beocia, estaba la fuente Aganipe, cuyas aguas daban inspiración poética al que las bebía.

[6] Instalados en los llamados patios de Licinio.

[7] El hecho de que las Musas y sus sacerdotes, los poetas, elijan como morada lugares solitarios como bosques, florestas y grutas da idea de su vida feliz y de un apartarse del mundanal ruido.

[8] Sin duda alguna nombre de un pregonero muy conocido.

[9] Eran clientes asiduos de las subastas.

un vaso con asas, un trípode, armarios, cestas, la *Alcítoe* de Paccio y la *Tebaida* y el *Tereo* de Fausto [10]. Vale más esto que afirmar ante el juez: «Lo vi» de algo que no viste; una cosa así, que la hagan los caballeros asiáticos [11],
15 aunque también puedan perpetrarla los caballeros capadocios y los bitinios, aquéllos que la Galacia [12] nos envía por mar con los talones al desnudo [13]. Sin embargo, desde hoy nadie de los que tejen un texto oral para la sonora música y han mascado laurel [14] se verá obligado a soportar un trabajo [15] que desdiga de sus aficiones. ¡Adelante,
20 jóvenes! La benevolencia del César os atiende y os estimula, pues busca donde aplicarse [16].

---

[10] En la subasta se venden también libros. Quizás Juvenal ahí quiera decir que son libros malos de los que el dueño quiere desembarazarse. Paccio y Fausto son supuestamente poetas trágicos, de los que no sabemos nada. Alcítoe y sus hermanas rehusaron ofrecer culto a Baco y éste, según una versión del mito, las castigó convirtiéndolas en murciélagos (así Ovidio) o, según otra versión, les infundió un apetito insaciable de carne humana (así Plutarco). La *Tebaida* debía tratar el tema esquíleo de los *Siete contra Tebas* y el *Tereo* el conocido mito del mismo nombre (VI 644).

[11] Juvenal odiaba profundamente a los emigrantes del Asia Menor que habían logrado establecerse en Roma y adquirir en la ciudad una buena posición, como por ejemplo la de los caballeros. Los capadocios gozaban de especial mala fama.

[12] Aquí hay una pequeña confusión por parte de Juvenal, puesto que no distingue la Bitinia de la Galacia. Los esclavos procedentes del Asia Menor llegaban generalmente por mar.

[13] O sea, con los pies descalzos; así era como llegaban a Roma los esclavos. Cf. I 111.

[14] Mascar hojas de laurel produce transportes entusiásticos, como se sabe principalmente por el oráculo de Delfos, cuya pitonisa para ponerse en trance las mascaba. Ello se traslada aquí a la inspiración poética.

[15] Manual, como los que realizan las personas de poco nivel social.

[16] ¡Buen cumplido para el emperador!

Si crees que de alguna otra parte puedes buscar subsidio a tus empresas y en consecuencia llenas con tus borradores un pergamino azafranado[17], pide pronto algo de leña, Telesino[18], y da lo que compones al marido de Venus[19] o bien encierra tus cuadernos y deja que la polilla los carcoma, rompe tu pluma, desgraciado, y borra las batallas que compusiste por las noches, tú, que redactas cantos sublimes en un cuchitril, pues quieres llegar a merecer la yedra[20] y un escuálido busto[21]. Más no puedes esperar, porque los ricos avaros aprendieron ya a tan sólo admirar, a tan sólo alabar al diserto tal como los niños el ave de Juno[22]. Pero pasan los años en que podemos soportar el mar, el casco militar o el azadón. Y entonces el tedio se nos mete en el alma, y nuestra vejez, elocuente, pero también indigente, se cobra odio a sí misma y a Terpsícore[23]. 25 30 35

[17] Se trataba del reverso de hojas de pergamino, en cuyo anverso se había escrito cualquier otra cosa útil. Se daba más consistencia a estas hojas con algo de aceite de cedro, lo cual las teñía de un color amarillento, azafranado.

[18] El nombre no parece referirse a nadie en concreto; Juvenal lo eligió al azar.

[19] O sea, a Vulcano, dios del fuego. En otras palabras: quema lo que has escrito.

[20] A los poetas vencedores en un certamen se les imponía una corona de hiedra.

[21] Asinio Polión, contemporáneo de Horacio y amigo de Virgilio, había introducido la costumbre de poner en las bibliotecas bustos de literatos y de poetas, éstos coronados de laurel. Aquí el busto sería escuálido, pues en último término se trataría de un poeta de poca monta.

[22] El pavo real.

[23] La Musa de la danza y del canto coral.

Date cuenta de sus mañas: éste que tú frecuentas tras abandonar los templos de Apolo y de las Musas[24] para no verse obligado a darte algo compone versos él mismo, y sólo se retira ante Homero, y aun porque murió hace
40 mil años. Y si tú, prendido por la dulzura de la fama, quieres ofrecer un recital, te presta un local que es una porquería[25], pues manda que te sirvas de una estancia cerrada desde el año catapún, cuya puerta se asemeja a las de una ciudad asediada[26]. Sabe asignar libertos que se sienten al final de las filas y disponer los vozarrones de
45 sus clientes[27]. Pero ninguno de estos reyes te abonará lo que cuesta el alquiler de los bancos, el del púlpito que cuelga de palos travesaños[28], ni las butacas de primera fila[29], que habrá que devolver inmediatamente. Pues lo hacemos, a pesar de todo, y trazamos surcos con un arado
50 estéril en la arena de la playa[30]. Ya que si te retiras, la costumbre de este mal ambicioso te atará con su lazo; a

---

[24] Dicho en sentido figurado: no se refiere a ningún templo concreto, sino al hecho de haber abandonado la práctica de la poesía.

[25] El rico presta al poeta para un recital de sus poemas, ante un público al que habrá que invitar previamente, una estancia que es de su propiedad, pero cerrada y deshabitada desde hace largo tiempo, lo cual se nota bien en el interior; seguramente ha sido la humedad la que la ha convertido en inhabitable. Las paredes llenas de manchas habrán motivado la expresión de Juvenal, traducida al pie de la letra.

[26] En la que, por consiguiente, no hay nadie.

[27] El rico se preocupa de los aplausos de la claque, que debe jalear al poeta; esto no cuesta dinero, porque tal claque está compuesta de esclavos o de clientes del señor.

[28] Un asiento elevado a modo de púlpito, destinado al poeta que da el recital; se ascendía a él por una escalerilla.

[29] Que ocuparán los oyentes más distinguidos.

[30] Arar en el polvo, o arar en la arena: era un refrán latino para indicar un trabajo inútil.

muchos el tumor incurable de escribir les retiene y les envejece en el corazón enfermo.

Pero al poeta egregio, de inspiración no vulgar, que no acostumbra a plagiar y que no acuña un poema banal 55 en versos sin originalidad, a este poeta, del que no puedo mostrar ningún ejemplo y que sólo imagino, lo hace un ánimo libre de ansiedades, que no sufre ninguna amargura, que apetece los bosques[31] y es capaz de beber en las fuentes de las Aónidas[32]. Pues la triste pobreza que no tiene ni aquella moneda que el cuerpo exige de día y de 60 noche es inútil para cantar en el antro pierio[33] y para empuñar el tirso[34]: Horacio está bien harto cuando canta «¡Evohé!». ¿Qué sitio habrá para el talento, a no ser que vuestros pechos, sin admitir cuidados de dos clases, se 65 agiten tan sólo por el poema y así se vean transportados por los señores de Cirra[35] y de Nisa? La representación de carros y caballos y de los rostros de los dioses, describir el aspecto de la Furia que confunde a Rútulo es obra propia de una mente preclara, pero también no acongojada por cómo hacerse con una manta. Pues si Virgilio no 70 hubiese tenido un criado y una vivienda pasable, las hidras se le hubieran caído de los cabellos de la Erinia[36], y la

[31] Entre los autores latinos se encuentra con frecuencia la afirmación de que los bosques y las florestas son la cuna de la poesía.

[32] Eran las ninfas del monte Helicón, en la Beocia, y de la fuente Aganipe; cf. la nota 5.

[33] Cf. la nota 7.

[34] Como las Bacantes en el culto de Baco; la referencia es a lo que sigue inmediatamente, el epíteto báquico citado de Horacio.

[35] El señor de Cirra (que en realidad es el puerto de Delfos) es Apolo, y el de Nisa es Baco.

[36] Tanto los trágicos griegos como Virgilio (*Eneida* VII 477) describen a la Furia Alecto con serpientes que se le enroscan entre los cabellos.

trompeta, silenciosa, no hubiera emitido sus sones graves. ¿Vamos a pedir que Rubreno Lapa no desdiga de la poesía trágica de antaño si ha debido empeñar sus platos y su capa para concluir su *Atreo*[37]? Númitor, el infeliz[38],
75 no dispone de nada para dar a su amigo, pero sí tiene para hacer regalos a Quintila, y no le faltó dinero para comprarse un león ya domado[39] que se le come gran cantidad de carne, pero consta, es la verdad, que tal fiera le sale más barata y que cuesta más el estómago de un poeta. Que Lucano, satisfecho de su fama, se eche en los
80 jardines decorados con mármol[40], pero a Serrano, al mísero Saleyo[41], de qué les servirá la gloria, toda la que tú quieras, si se reduce a ella? Vamos corriendo a la voz fascinante, al recital de la familiar *Tebaida* cuando Estacio[42] ha llenado la ciudad de gozo prometiendo un día pa-
85 ra su lectura. ¡Con tanta dulzura penetra y cautiva los ánimos! ¡Tanto es el gusto con que le oye el pueblo! Pero cuando con sus versos ha roto los asientos[43] pasará ham-

---

[37] Rubreno Lapa: poeta trágico romano de alguna categoría que llegó a un extremo tal de necesidad que debió empeñarse la tragedia *Atreo* que acababa de componer.

[38] Infeliz: dicho irónicamente. Este Númitor es un ricachón poco dispuesto a gastar en poesía. Es el reverso de la moneda del poeta.

[39] Para su parque zoológico, pues los potentados romanos solían tenerlos.

[40] El poeta hispanorromano Lucano era muy rico por la herencia que recibiera de su padre Anneo Mela. Jardines decorados con mármol, más exactamente con estatuas de mármol.

[41] Serrano es citado por Quintiliano, y Saleyo lo es muy elogiosamente por Tácito, que le llama poeta egregio e indiscutible.

[42] La *Tebaida* de Estacio fue publicada a principios del 92, de modo que las lecturas citadas aquí son anteriores. Este es un testimonio muy notable sobre Estacio y sobre la sensación que causó en Roma su poema.

[43] Que retemblaban por los aplausos.

bre si no vende a Paris[44] su *Agave*[45] antes del estreno. Paris también promueve a muchos al honor de la milicia y ciñe el dedo de los poetas con un anillo de oro al cabo de un semestre de servicio[46]. Lo que no dan los próceres lo dará un histrión. ¿Te interesan los Camerino y Báreas[47], 90 los espaciosos atrios de los nobles? Una *Pelopea* nombra prefectos y una *Filomela*[48], tribunos. Sin embargo, al poeta que vive de los escenarios, no hay que echárselo en cara. 95 Pues entonces, ¿quién te sería ahora Mecenas, o Proculeyo, o Fabio? ¿Quién Cota o un segundo Léntulo[49]? En aque-

---

[44] Actor de pantomima favorito de Domiciano.

[45] Se trata del libreto de un ballet a ejecutar en una pantomima.

[46] A Juvenal los versos 88-92 de esta sátira quizás le costaran caros. Algún estudioso ha comentado que si bien los versos están directamente dedicados a Paris, el actor de pantomima, un histrión de la corte de Adriano pudo interpretarlos como una alusión implícita a su persona, y pugnó hasta lograr que Juvenal fuera desterrado. Por lo demás, lo que aquí dice Juvenal es que Paris con sus recomendaciones promueve a muchos al tribunado, que era una milicia ecuestre; el que la detentaba llevaba el anillo de oro de los caballeros como insignia de su rango, y al abandonar el servicio activo conservaba su dignidad y la facultad de usar las insignias que lo distinguían. Por ello muchos pretendientes se limitaban al tiempo justo de servicio, un semestre, y luego se retiraban a la vida privada; medio año de servicio era el tiempo mínimo para poder ser nombrado caballero.

[47] Nombres de linajes distinguidos; los clientes, como se ha visto ya más de una vez, eran recibidos en los atrios de los potentados.

[48] Nombres de argumentos de pantomima. Pélope era hija de Tiestes, que tuvo incestuosamente de él a Egisto; Filomela era cuñada de Tereo, a la que éste violó. Cf. VI 643.

[49] Aquí vienen citados, además de Mecenas, algunos contemporáneos suyos que también se habían hecho famosos por la protección que ofrecieron a poetas. Proculeyo era cuñado de Mecenas; Quinto Fabio Máximo era hermano de la mujer de Ovidio, y se destacó también por su soporte dado a literatos. Marco Aurelio Cota viene citado por Ovidio; sobre este Léntulo no hay seguridad en las referencias.

llos tiempos sí que la subvención estaba a la altura del talento, y a muchos les merecía la pena perder el color y no probar el vino durante todo el diciembre[50].

Veamos, ¿es que vuestra labor es más productiva, his-
100 toriadores? Aquí se gasta más tiempo y más aceite[51]. Pues sin límite todos llegan a la página mil, la sobrepasan con mucho, ¡con lo ruinoso que es el papiro![52]. Así lo prescribe la naturaleza del trabajo y el gran número de temas. Con todo, ¿cuál es la cosecha? ¿Cuál el fruto de abrir[53] esta tierra? ¿Quién pagará a un historiador lo que daría a uno que le leyera las noticias?[54].

105 «¡Casta de haraganes, que se goza tan sólo del lecho y de la sombra![55]». Pero tú dime qué sacan los abogados de sus servicios a los ciudadanos y de los enormes sumarios[56] que les acompañan en un haz. Hablan fuerte, pero principalmente cuando les escucha un acreedor, o si les propinó un codazo otro más duro que éste[57], que, con un gran libro de caja acude a exigir una deuda en dis-
110 puta. En tal caso sus fuelles huecos[58] expelen mentiras

---

[50] O sea, en las Saturnales (del 17 al 23 de diciembre, cf. VI, nota 72).

[51] De la lamparilla, pues se trabaja también por la noche.

[52] Por su precio, que es muy caro.

[53] Cultivar por primera vez, tratar con originalidad un tema.

[54] No es que se pagara algo al que leía al dueño las noticias del día (cf. II 136), pero éstas interesaban más que la lectura de los historiadores.

[55] Ahora les toca el turno a los abogados, que llegan a gozar de fama por las personas con las que inevitablemente se relacionan, pero tampoco esto aumenta sensiblemente sus ingresos.

[56] De las actas de los procesos.

[57] Por ejemplo, un banquero que les apremia con su libro de cuentas y les exige un pago.

[58] Los pulmones.

formidables y se llenan el seno de babas[59]. Pero si quieres de verdad ver su recolección, junta por una parte los patrimonios de cien picapleitos y pon en la otra la hacienda de Lacerta, el empresario del equipo rojo[60]. Los jefes 115 han tomado asiento y tú te pones en pie, pálido Ayante[61], dispuesto a disertar en un caso incierto de esclavitud[62]. El juez es un boyero[63]. Reviéntate el hígado en tensión, pobre hombre, para que cuando estés exhausto verdes palmas adornen gloriosamente tu escalera[64]. ¿Mas, qué vale tu voz? Un jamón de poca calidad reseco, un bote lleno 120 de atunes, cebollas ya pasadas, o sea, la comida de un mes para tus esclavos moros, o cinco jarras del vino que nos llega por el Tíber[65]. Si actuaste cuatro veces y te corresponde una moneda de oro, de ahí se deduce la parte que, según el pacto, se ha llevado el jurista[66]. Se le pa-

---

59 Era un medio grotesco y repugnante de evitar la Némesis (la venganza) o desquite que la exageración y la fanfarronería llevaban consigo.

60 En las carreras del Circo había cuatro equipos que se distinguían cada uno por su color, el blanco, el rojo, el verde y el azul. El sentido del texto aquí es: gana más éste por un triunfo en una carrera que cien abogados juntos en un año.

61 Parodia del juicio de las armas entre Ulises y Ayante después de la muerte de Aquiles. Es el tema de la tragedia de Sófocles *Ayante,* y Ovidio trata el tema en *Metamorfosis* XIII 1, 2.

62 Un caso en el que no se veía claro si un ciudadano deudor debía llegar a perder la libertad.

63 Muchas veces componían los jurados nuevos ricos de formación cultural y judicial nula. A eso alude Juvenal cuando aclara que el juez (o los jueces, pues había más de uno) era un boyero.

64 Cuando un abogado ganaba un proceso importante veía las puertas y la escalera de su casa adornadas con ramas de palmera, signo de su triunfo.

65 Era un vino de muy mala calidad.

66 Sus honorarios eran cien sestercios (una moneda de oro llamada

gará a Emilio[67] el máximo legal. Yo actué mejor, natural-
125 mente, pero él tiene en su vestíbulo un carro de bronce[68], una cuadriga soberbia, y él mismo montado en un brioso corcel amenaza blandiendo una jabalina arqueada; medita batallas en su estatua bizca[69]. Así Pedón se endeuda, Ma-
130 tón hace bancarrota, éste es el final de Tongilio[70], aquél que va a los baños con un gran vaso de cuerno de rinoceronte y los empuerca con su fangoso cortejo[71], aquél que urge por el foro a los jóvenes medos bajo las largas varas[72], pues va a comprar esclavos, plata, copas murrinas, y alquerías; lo avala todo la púrpura engañosa[73] de sus ropajes tirios. Sin embargo tal cosa les resulta útil,
135 pues es la púrpura la que otorga crédito al abogado, se lo otorgan los vestidos con engastes de amatistas. Les conviene vivir con la fanfarria y la apariencia de una fortuna superior a la suya. Pero la manirrota Roma jamás pone fin a los dispendios.

---

aureus), pero de ellos el abogado debe deducir la parte que corresponde al jurista que le ha asesorado en el caso.

67 No se sabe quién era, pero era indudablemente una persona de alta posición social.

68 En el vestíbulo de Emilio hay una cuadriga triunfal con la estatua de un antepasado como auriga, y además una estatua ecuestre de él mismo en actitud guerrera.

69 Para dar más vida a las estatuas se les incrustaban ojos de piedras de colores adecuados, pero aquí Juvenal insinúa cómicamente que a la estatua en cuestión uno de estos ojos se le ha desprendido.

70 Pedón, Matón, Tongilio, nombres de abogados famosos en su tiempo.

71 Ya de por sí fastidia a los bañistas, pero todavía más porque los criados y los esclavos que le acompañan no se han bañado y al hacerlo ensucian el agua.

72 De la litera en que le conducen.

73 Porque la situación económica real del abogado es ruinosa.

¿Entonces, vamos a confiar en la elocuencia? Nadie daría hoy a Cicerón ni doscientos sestercios si en su dedo no brillara un anillo muy grande. He aquí lo primero que observa un litigante, si tienes ocho esclavos, diez acompañantes, si te sigue una litera y si a tus pies hay gente togada[74]. De modo que Paulo actuaba con una sardónica alquilada, y así por un pleito llevaba más dinero que Galo y que Básilo[75]. Un vestido sencillo pocas veces recubre la elocuencia. ¿Cuándo se autoriza a Básilo a presentar como testigo una madre que llore[76]? Más: ¿quién aguantará su buen decir? Vete a la Galia, o mejor a África, sustento de abogados[77], si pretendes tasar el precio de tu actuación. 140 145

¿Eres profesor de declamación[78]? ¡Qué corazón de hie- 150

[74] Es decir, clientes. Para la institución de la clientela cf. nota 33 de la *Sát.* I.

[75] Éste aparece en X 222, como comerciante estafador.

[76] ¿Cuándo se le permite organizar una escena conmovedora y demostrar así la fuerza de su oficio? En su comedia *Las Avispas,* Aristófanes simula un juicio y pone en escena a los acusados gimoteando, con la pretensión de conmover a los jueces, para que éstos les absuelvan.

[77] En Roma había tantos abogados que ya no había trabajo para todos, en cambio en provincias, en la Galia, y principalmente en África, los abogados eran pocos, y allí disponían efectivamente de trabajo. De ahí la exhortación de Juvenal.

[78] Igual de lastimoso es el destino del retórico y el del gramático. Ambas disciplinas entraron a formar parte de la formación romana en época relativamente tardía, poco antes de los tiempos de Cicerón, e inicialmente fueron mal vistas por el Senado romano, que las consideró innovaciones peligrosas. Pero un par de siglos más tarde ya se habían aclimatado en los estudios romanos. La retórica tenía dos partes esenciales, la *Suasoria,* que era más fácil y llevadera, y la *Controversia,* dedicada a los temas más difíciles. La gramática estudiaba los distintos tipos de palabra (verbo y sustantivo, éste último en una acepción amplísima del término).

rro[79] el de Vetio cuando su clase nutrida liquida a los crueles tiranos[80]! Pues lo que acaba de leer sentado lo recitará de pie[81] y repetirá en los mismos términos la misma cantilena[82]. Esta *Col*[83] tan repetida asesina a los mí-
155 seros maestros. Todos quieren reconocer el estilo adecuado y el género de la causa, el punto cardinal de la cuestión, de dónde pueden venir las flechas del adversario. ¿Aludes a tus honorarios? ¡Ni hablar! «¿Me dices que te pague? ¿Qué es lo que sé, vamos a ver?» «Sí, a buen seguro es
160 culpa del maestro que a este joven que es un burro de Arcadia[84], nada le sacuda la parte izquierda del pecho[85]; durante seis días azota mi pobre cabeza con su temible Aníbal, sea cual fuere el punto sobre el que delibera, si después de Canas debe asaltar la ciudad, o bien si, prudente después de los rayos y de las tormentas, le valdrá
165 más hacer dar un rodeo a sus cohortes empapadas[86]. Es-

---

79 Por la paciencia que evidencia. De este Vetio no sabemos nada.

80 Disertar contra las tiranías era un ejercicio típico y tópico de las escuelas de declamación.

81 Es decir, primero leía en voz baja, sentado en su banco, preparándose para dar la lección, lo cual hará de pie.

82 Es decir, hará las mismas pausas, usará en los mismos lugares los mismos tonos de voz...

83 Parece que uno de los temas grotescos que se tocaban en las escuelas de declamación era el elogio o el vituperio de la col.

84 Los arcadios eran tenidos por gente especialmente zafia e ignorante.

85 Alusión al corazón como sede también de inteligencia y de prudencia.

86 Otro de los temas clásicos de las escuelas de declamación: las reflexiones que Aníbal se hacía después de la victoria de Canas acerca de si debía asaltar la ciudad de Roma inmediatamente o bien, temeroso por las lluvias y tormentas, que eran signos de mal agüero, debía asegurar más su situación militar; se aducían razones en pro y en contra de cada miembro de la alternativa.

tipula el precio que quieras y cóbralo: ¿qué he de abonar para que su padre le oiga[87] tantas veces como yo?». He aquí lo que seis o más retóricos espetan al unísono, y que para actuar en pleitos auténticos mandan al cuerno a los secuestradores, a los venenos derramados[88], al marido perverso y desagradecido y a las pócimas que devuelven 170 la vista a ancianos que la han perdido[89].

De modo que en el caso de que mi consejo le mueva se jubilará a sí mismo y dará otro rumbo a su vida el que bajó de las sombras de la retórica a la acción forense auténtica; así no perderá la reducida suma por la que le dan un vale para trigo. Porque esto es lo máximo que vas a cobrar. Tú averigua el precio por el que Crisógono o 175 Polión[90] enseñan a los hijos de los ricos y rasgarás la

---

87 Declamar; ante un supuesto interlocutor el profesor de declamación se muestra dispuesto a pagar al padre del alumno la cantidad que él mismo fije, con tal de darse el gustazo de ver cómo el padre oye lo mal que su hijo lo hace tantas veces como ha debido de oírle y aguantarle él mismo. Naturalmente, los padres exigían a los profesores que mandaran actuar a sus hijos tantas veces como les fuera posible.

88 He aquí el modelo de un ejercicio de declamación propuesto por Quintiliano, *Instituciones* XVIII: un padre sorprende a su hijo preparando un veneno. «¿Para quién es?, le pregunta. «Para mí mismo». «Entonces tómalo». Pero el hijo lo derrama por el suelo, y el padre interpone contra él una acusación por intento de parricidio. En el diálogo platónico *Eutifrón* ocurre lo contrario, un hijo intenta hacer condenar a muerte a su propio padre por un delito de supuesta impiedad.

89 O sea, abandonan la enseñanza de la declamación, de la cual Juvenal nos cita ejemplos de temas, para pasarse al ejercicio de la abogacía. Pero las esperanzas que se pueden depositar en este cambio ya se han visto anticipadamente.

90 Crisógono era un citaredo (VI 74) y lo mismo Polión (VI 387); sin que sea muy sistemático aquí introducir esta reflexión, Juvenal dice que se cobra más por enseñar música que por enseñar retórica o gramática, disciplinas consideradas mucho más importantes objetivamente.

Gramática de Teodoro[91]. Unos baños privados cuestan seiscientos mil sestercios, y es aún más caro un pórtico por el que el dueño sea paseado en caso de lluvia... ¿O
180 acaso debería aguardar que despejara y dejar que el lodo reciente ensuciara sus mulas? Mejor por el pórtico, pues aquí brillan las pezuñas de la bestia impoluta. En otra parte se levanta el comedor sostenido por altas columnas de mármol de Numidia, que se acoge al friolero sol de
185 invierno. Sea cual fuere el precio de tal mansión, acudirá a ella un experto en combinaciones de platos y un cocinero hábil en comidas. Entre tantos gastos Quintiliano cobrará a lo sumo dos mil sestercios; a un padre lo que menos le cuesta son sus hijos.

«Entonces, ¿cómo es que Quintiliano tiene tantas propiedades?[92]». «No atiendas a los casos de un hado excep-
190 cional. El hombre de suerte es bello y talentudo, el hombre de suerte es prudente, generoso y noble, puede atarse por encima del cuero negro[93] una media luna; el hombre de suerte es buen orador y óptimo acusador[94]; por ronca
195 que tenga la voz, canta bien. Pues hay su diferencia según

---

[91] Teodoro de Gadara, famoso profesor de retórica y de gramática, que escribió un tratado de ésta última; fue preceptor del emperador Tiberio.

[92] Juvenal sentía un verdadero aprecio por Quintiliano, señalado aquí como el mejor de los profesores de retórica, que, con todo, cobraba muy poco por su profesión. Sin embargo, para nuestra sorpresa, es citado también como personaje rico. La suerte le favoreció en otros campos que ignoramos.

[93] Del calzado. Las botas eran de cuero; como distintivo de su nobleza los patricios podían coserse al calzado una lúnula o media luna de marfil.

[94] El sentido literal del término latino correspondiente es «lancero» o «tirador de jabalina», pero parece que debe interpretarse metafóricamente para no salirse del contexto más inmediato.

la estrella que te acoja cuando, rojizo aún del vientre de tu madre, empieces a emitir tus primeros vagidos. Si la Fortuna lo decide, de retórico llegarás a cónsul, y si ella misma lo resuelve uno que sea cónsul descenderá a retórico. ¿Pues qué prueba Ventidio[95]? ¿Qué Tulio[96]? ¿Acaso algo que no sea el ejemplo de su estrella y del poder misterioso del destino? Los hados pueden dar reinos a los esclavos y la pompa triunfal a los cautivos. Sin embargo un hombre con una fortuna así es algo más raro que un cuervo blanco[97]». 200

Muchos se arrepintieron de una cátedra infructuosa y vana, tal como lo atestiguan los finales de Lisímaco y de Segundo Carrinato[98]; a éste le contemplaste arruinado, «oh Atenas, tú, que no acostumbras a suministrar nada fuera de la fría circuta[99]». 205

¡Oh dioses! Conceded una tierra leve y sutil y una primavera inacabable en su sepulcro oloroso de azafrán[100] a las sombras de nuestros antepasados que quisieron que el preceptor ocupara el lugar sagrado del padre. Aquiles ya grandullón temía aún la vara cuando cantaba en las mon- 210

[95] Era el ejemplo más sorprendente de un advenedizo, que, en la época de César, llegó a una altísima posición social cuando había entrado en Roma como prisionero de guerra de la pompa triunfal de Pompeyo, celebrada por su triunfo contra los partos; este Ventidio llegó a cónsul.

[96] Servio Tulio, de origen humilde, llegó a rey de Roma en los primeros tiempos de la ciudad, según cuenta Tito Livio (IV 3, 12).

[97] Sentencia muy parecida a la que leemos en VI 165: «más raro que un mirlo blanco».

[98] De este Lisímaco no sabemos nada. Segundo Carrinato fue un profesor de declamación y fue desterrado a Atenas por Nerón porque en sus ejercicios cargaba demasiado las tintas contra las tiranías.

[99] Referencia no excesivamente encajada a la muerte de Sócrates.

[100] ¡Hermosa expresión de piedad! Otras muy semejantes se leen en muchas lápidas funerarias.

tañas paternas; por aquel entonces no le hubiera movido a risa la cola de su maestro de cítara [101]; hoy sus mismos alumnos apalean a Rufo [102] y a cada preceptor los suyos, a Rufo, a quien tantas veces sus discípulos han llamado el Cicerón alóbroge.

215 ¿Es que alguien mete en la bolsa de Célado o en la del docto Palemón [103] lo que han ganado con su trabajo de gramáticos? Y, sin embargo, de esta paga que, sea la que fuere, en todo caso no llega a la del retórico, muerde su parte el desconsiderado custodio del niño [104], y tam-
220 bién el pagador cercena la suya [105]. Afloja, oh Palemón, y sufre que te regateen algo, como si fueras un vendedor de capas de invierno o de cubrecamas blancos, ello con tal de no perder el trabajo que hiciste sentado desde la medianoche [106], hora en que no se sentaría ni artesano alguno ni los que enseñan a cardar la lana con un hierro
225 oblicuo, con tal de no perder el haber olido tantas lamparillas como alumnos has tenido de pie delante tuyo con su Horacio descolorido o su Virgilio lleno de negro hollín. Aun así, pocas veces se cobra sin que el tribuno deba tener noticia [107]. Pero vosotros, padres, imponed condicio-

[101] El centauro Quirón.

[102] Profesor de retórica que había nacido en Viena (en la Galia) y que llegó a gozar de gran fama, la cual no le libraba, sin embargo, de verse zamarreado por sus alumnos. El llamarle Cicerón alóbroge es claramente un elogio.

[103] No sabemos nada de Célado. Sobre Palemón, cf. VI 452.

[104] El que, sin ser esclavo, acompañaba al niño a la escuela y le iba a recoger al término de la jornada escolar.

[105] El cajero que abonaba los sueldos.

[106] Para mejorar algo sus ingresos, el profesor de retórica trabajaba hasta bien entrada la noche, o desde primeras horas de la madrugada.

[107] Es decir, lo poco que se cobra, muchas veces hay que reclamarlo por vía judicial.

nes severas: el preceptor debe saberse las normas del idioma, debe leer a los historiadores y conocer a los autores como a sus propias uñas y dedos, de manera que si cuando va a las termas o a los baños de Febo se lo preguntan[108], pueda responder quién fue la nodriza de Anquises[109], aclarar el nombre y la procedencia de la madrastra de Anquémolo[110], cuántos años vivió Acestes[111] y el número de jarras de vino siciliano que regaló a los frigios. Exigidle que moldee como con el dedo pulgar las costumbres, aun tiernas, como el que labra un rostro de cera. Exigidle que sea también como un padre de este mismo corro, que impida los juegos deshonestos y las libertades recíprocas. «No es fácil controlar las manos de tantos niños, ni el temblor de sus ojos, que acechan el final». «Precisamente éste es vuestro cuidado; luego, cuando el año haya vencido, cobrarás en oro lo que el pueblo reclama para un auriga victorioso[112]».

230 235 240

[108] Desde la época de los alejandrinos plantear y responder cuestiones eruditas era un medio muy apreciado para comprobar los conocimientos y la agudeza de los candidatos a profesores. Fue como un anticipo de nuestras oposiciones. Entre muchos otros ejemplos, San Agustín da fe de ello, *De ordine* II 12, 37: «Suelo compadecer mucho a mis allegados que si no saben decir el nombre de la madre de Euríalo son tachados de ignorantes».

[109] No se sabe quién fue.

[110] Es una leyenda que con nombres diversos es muy conocida en al antigüedad, la de la madrastra que seduce al hijastro.

[111] Acogió hospitalariamente a Eneas en Sicilia, cf. VIRGILIO, *Eneida* V 73.

[112] Cinco monedas de oro (*aurei*, cf. nota 66) era el máximo permitido. Pero el auriga las percibirá cada vez que triunfe, y el profesor una sola vez al año en el mejor de los casos.

SÁTIRA VIII

En esta sátira constatamos como en pocas que la historia se repite. Hay en esta composición una convergencia de temas, no de la misma importancia unos que otros, naturalmente. Uno de ellos es comprobar la política romana en provincias. El tema había aparecido fugazmente en alguna otra parte, por ejemplo en I 48-50:

> ¿Qué importa la infamia si se salva la bolsa? Mario, desterrado, se reclina a beber ya en la hora octava. La ira de los dioses le divierte, mientras que tú, provincia que le ganaste el juicio, lloras.

Se trataba de un cierto Mario que en calidad de gobernador había expoliado una provincia, la cual había recurrido contra él ganándole el pleito, pero sin lograr recuperar las riquezas expoliadas, que el tal Mario retuvo, regalándose con ellas en el dorado destierro a que fue condenado, cf. I 49.

Aquí la cuestión es presentada más sostenidamente, y da origen a las demás, pues bien se puede decir que lo más importante de esta pieza es el interés sincero del satírico por el problema político central del mundo romano de su tiempo, la administración de tan vasto imperio. La ilustración que hace Juvenal del tema es por vía de negación: presenta ejemplos atroces, que, obviamente, no deben ni pueden ser seguidos (vv. 92 ss.), Capitón y Númitor. Del segundo no sabemos nada, sí del primero, que en el s. I d. C. fue condenado por expoliar Cilicia en el período en que la gobernó en calidad de cónsul.

¡Y aquí aparece por primera vez una amarga palabra con tantos tintes de actualidad! Los romanos llamaban eufemísticamente «aliados» *(socii)* a los países que conquistaban, y les dejaban una aparente independencia, pero en realidad los sometían, a veces ferozmente.

Después de un considerable paréntesis en que Juvenal ilustra las riquezas de los «aliados» recién conquistados (vv. 100-108), vuelve a aparecer Mario, tan odioso como en la *Sátira* I, para culminar con los ejemplos clásicos de expoliadores: Gneo Cornelio Dolabela, Marco Antonio Crético, y, por encima de todos, Verres, el duramente inculpado por Cicerón.

De modo que con ello Juvenal nos confía un estado de cosas, al que conecta un interés por la educación, y ésta es la gran novedad de esta *Sátira* VIII, que prosigue en el camino iniciado en la anterior. La dedicación inmediata aquí es a un joven noble romano, Póntico, nombre que implica una descendencia de un general victorioso en las guerras de Oriente. El joven en cuestión se prepara para la gobernación de una provincia.

Y esto es lo que nos sorprende, que un romano hable a otro romano noble de un estado de cosas feo y desagradable, y que lo haga en un tono algo familiar y confidencial, y que lo haga, además, desde una óptica positiva, de una posible corrección. Es que, a todas luces, el optimismo de Juvenal aumenta. Cree que su aviso puede ser oído. Y constituye una novedad tomarse este interés, darle una monición positiva, aunque enmarcada negativamente, de tanta crítica, hasta cierto punto, no fundamentalmente destructiva. Porque si lo fuera daría al traste con toda la coherencia de la composición y su intencionalidad.

Hasta la *Sátira* VI, Juvenal nos ha presentado a los nobles; como cobardes, en la *Sátira* IV; como altaneros, en la *Sátira* V, y lo peor es que hasta ahora había pensado que, por encima de todo, no tenían remedio. Ahora no: ahora piensa que una educación conveniente puede evitar males mayores.

El poema pertenece al género de la persuasión, como las *Sátiras* III, V y VI. Pero Juvenal lo combina sabiamente con la invectiva, y en ello su método se aparta notablemente del de las

catequesis cristianas, por ejemplo. No propone modelos a seguir, patrones de sabiduría, de templanza, etc., de sus antepasados. No es lo que podríamos cifrar en la máxima *noblesse oblige:* has de ser como fueron los tuyos de antaño. Juvenal invierte el argumento. No asume el hecho de que es bueno el descendiente de un noble, avisando a Póntico de que viva según ello, sino que declara que la única nobleza es la virtud (cf. la nota 17). No dice que los orígenes aristocráticos impliquen buena conducta, ni la inspiren, lo que dice es que proyectan un haz de potente luz sobre la perversidad de un sujeto. Y la mayor parte del poema la llenan descripciones llenas de vida, de aristócratas locos o viciosos.

Hay el inciso de Rubelio Blando (vv. 39-70). Aunque, como se ha dicho, la sátira es una monición amistosa a Póntico, que se prepara para gobernar, en un momento determinado Juvenal dice dirigirse al joven citado, emparentado con Nerón, mandado desterrar por éste y luego asesinar, en plena juventud. Y éste es el contraste, porque el satírico nos presenta al joven engreído por ser del linaje de los Druso, y por su parentesco con Nerón. Falto de virtud, en último término su fin es trágico, lo que estatuye que la única nobleza es la virtud. Juvenal quiere exponer en paralelo un estricto ejemplo a no seguir, que pronto ampliará mediante otras comparaciones.

Pero luego se regresa a la referencia directa a Póntico, prosiguiendo la aguda inversión expositiva, seguramente con un recuerdo de juventud del satírico, como hay muchos en sus sátiras. Lo que Póntico no debe hacer es lo que hacía Plaucio Laterano, que aún siendo cónsul corría conduciendo un carro de mulas por las calles de Roma, lo cual, en la mentalidad romana, era un desdoro de la dignidad (vv. 146 ss.):

> Junto a las cenizas y a los huesos de sus antepasados un carro veloz se lleva al gordo Laterano, y él mismo, él en persona, cónsul mulero, tasca la rueda con el freno. Sí, es de noche, pero lo ve la luna y las estrellas fijan en él su vista en testimonio.

La situación es aún paralela, porque este Laterano va a ser enviado por Nerón a una misión fuera de Italia, probablemente

en la Iliria, pero la predisposición es muy contraria, pues se le encuentra en una taberna, revuelto con gentes de mal vivir. De modo que no, el ser de rancio abolengo no garantiza una conducta leal.

Para completar y globalizar la visión, el caso inverso: hombres de origen humilde como Cicerón y el general democrático Mario (que nada tiene que ver con el Mario citado antes dos veces) reprimieron a nobles corrompidos como Catilina y Cetego, de los que nadie

podría encontrar algo más sublime que *tu* ascendencia (v. 231).

Y cuando subraya los méritos de Cicerón, nacido en cuna modesta, y que llegó a padre de la patria, seguramente de manera sutilísima Juvenal nos deja entrever algo de propia biografía. Si ya en la sátira anterior notábamos una apertura más positiva al mundo del saber, y aquí al del buen gobierno, el satírico dice equivalentemente a sus lectores contemporáneos: y yo no soy menos ejemplo de ello.

¿No corroborará también este interés por el mundo de las provincias el defendido por algunos destierro de Juvenal? Porque ello explicaría muy bien esta dura vivencia de la vida provinciana.

SÁTIRA VIII

¿Qué se logra, Póntico, con árboles genealógicos, con ser reputado de alcurnia antigua, con exhibir los retratos pintados[1] de los abuelos, qué de los Emiliano[2] de pie en sus cuadrigas[3], de los Curio truncados[4], de un Corvino 5 con espaldas a medias y de un Galba[5] sin nariz y sin orejas, qué se obtiene de señalar con orgullo a este Corvino en la amplia tabla de tu linaje[6], y luego, a través de muchas ramas, remontar a generales de caballería cubiertos

---

1 Se trata de mascarillas de cera tomadas sobre el rostro del difunto, las cuales, para ganar en realismo, se pintaban. La principal fuente antigua para este uso es el historiador griego Polibio, que se puede leer en esta misma colección, cf. POLIBIO, *Historias*, vol. II, págs. 215-217.

2 Antepasados nobles, como Publio Cornelio Escipión Emiliano.

3 En las celebraciones funerarias alrededor del túmulo en el que yacía el cadáver en su ataúd, se hacía una parada solemne, en la que participaban carruajes, cuyos pasajeros eran nobles que iban de pie en ellos y llevaban máscaras que representaban a los antepasados más ilustres.

4 Rotos o mutilados por la injuria del tiempo. Lo mismo vale del Corvino con espaldas a medias, y del Galba sin orejas ni nariz.

5 Corvino pertenecía al linaje noble de los Valerio, y Galba al de los Sulpicio.

6 Un verdadero árbol genealógico.

de humo[7] y a un dictador[8], todo ello si ante los Lépido[9]
10 se vive una vida denigrante? ¿A qué vendrán las imágenes de tantos guerreros si ante las estatuas de los numantinos[10] se juega al azar toda la noche, si te vas a dormir con el lucero del alba, momento en que aquellos jefes levantaban el campo y ponían en marcha los estandartes? ¿Cómo va a complacerse un Fabio[11] con los que derrotaron a los alóbroges, a ufanarse del Ara Máxima[12] por su nacimiento en los lares de Hércules[13] si es codicioso, em-
15 bustero y más afeminado, todo lo que tú quieras, que una cabra euganea[14], si se depila y alisa con piedra pómez de Catania[15] sus tiernos lomos, difamando a sus sórdidos abuelos, y ahora, dedicándose a la compraventa de vene-

---

[7] Llenos de humo por las antorchas que ardían en los patios.

[8] La dictadura era una institución romana muy antigua, en la que por un período limitado de tiempo un jefe militar asumía el mando absoluto del país. Era una magistratura extraordinaria; a proposición de los cónsules, el dictador era nombrado por el senador romano.

[9] Una familia famosa, perteneciente a la estirpe de los Emilio.

[10] O sea, de los generales romanos vencedores en Numancia, principalmente Publio Cornelio Escipión Emiliano (cf. nota 2), que tomó también el nombre de Numantino. El sitio de Numancia fue muy familiar a los romanos; su fuente histórica principal es el historiador Apiano.

[11] Un Fabio, genéricamente, o sea uno perteneciente a la estirpe de los Fabio.

[12] En el *Forum Boarium* (cf. nota 132 de la *Sátira* VI) Evandro mandó levantar un altar a Hércules, altar que recibió el nombre de *Ara Maxima*.

[13] Según la leyenda itálica el primer Fabio fue hijo de Hércules, habido por éste de la hija del arcadio Evandro.

[14] Los euganeos, población de la Italia septentrional, supuestos antepasados de los vénetos, tenían fama de libidinosos.

[15] La piedra pómez se usaba como depilatorio, y abundaba en Catania y sus alrededores, en Sicilia. Para mayor abundamiento, los catanienses adolecían de la mala fama de inversión sexual.

nos, ensucia a su mísera ascendencia con un retrato [16] que habrá que hacer trizas? Es inútil que viejas figuras de cera llenen y adornen tus atrios: ¡la sola y única nobleza es 20 la virtud [17]! Tú sé un Paulo, un Coso o un Druso [18] por tus costumbres, pon a éstos delante de las efigies de tus mayores, que sean las mismas, si tú llegas a cónsul, las que precedan a tus haces. Lo primero que me debes es la bondad del alma. ¿Mereces ser tenido en hechos y dichos 25 por intachable, por hombre de justicia tenaz? Te considero prócer: salve, Getúlico [19], o tú, Silano, o tú que, nacido de cualquier otro linaje, eres un ciudadano poco frecuente y egregio para la patria que te aclama. Podemos gritar lo que clama el pueblo que ha encontrado a Osiris [20]. ¿Pero 30 quién calificaría de noble a aquel que es la mancha de su linaje, y que es insigne sólo por un nombre preclaro? Al enano de una alcurnia así le llamamos Atlante, un etíope es un cisne, una moza jorobada y contrahecha es una Europa; a los perros aplatanados y pelones por una sarna crónica, que lamen el borde de una lámpara sin aceite, 35 les llamaremos leopardos, tigres, leones, o cualquier otra cosa si hay en la tierra algún animal que ruja más horro-

16 Retrato que había que añadir al de los antepasados, pero que deberá romperse por la indignidad del retratado.

17 En su tenor latino: *nobilitas sola est atque unica virtus;* esta máxima ha pasado al acervo de la cultura universal.

18 Druso fue hermano del emperador Tiberio; Gneo Cornelio Léntulo Coso, cónsul en el principado de Augusto; Paulo Máximo, cónsul a finales de la República romana. Fueron modelos de conducta política y ciudadana honrada.

19 Este Getúlico es el Cornelio Léntulo de la nota anterior; Silano era un *cognomen* del linaje de los Junio. Cf. la nota 98 de la *Sátira* III.

20 Cf. la nota 229 de la *Sátira* VI.

rosamente, pero tú, ¡alerta! Deberá darte pánico que te apliquen así el nombre de Crético o de Camerino[21].

¿Y a quién he avisado con todo ello? Pues contigo ha-
40 blo, Rubelio Blando[22]. Te pavoneas de la larga genealogía de los Druso, como si tú hubieras hecho personalmente algo que te convirtiera en noble, algo para que te concibiera la que brilla por la sangre de Yulo y no otra, por ejemplo una tejedora a sueldo de las que hay en el muro venteado del Esquilino[23]. Dices: «Sois de baja ralea, lo peor de nuestro vulgo, nadie de vosotros podría decir la patria de su padre, y no digamos la de sus antepasados;
45 yo, en cambio, soy un cecrópida»[24]. Pues, ¡a vivir! Y regocíjate con tal origen; sin embargo, es en el pueblo bajo donde encontrarás un quirite elocuente; uno de éstos suele defender las causas de un noble ignorantón; saldrá de la
50 plebe vestida de toga[25] el que resuelva los líos legales y los enigmas de las leyes, procede de ella el joven diestro con las armas que se dirige al Éufrates o a las legiones que custodian la dominada Batavia[26]. En cambio tú, ¿qué

---

21 Es decir, procura no llevar un nombre noble con tan poco derecho como llevaría el de tigre un perro sarnoso.

22 Un giro sorprendente, de gran efecto. Su padre llevaba el mismo nombre, Gayo Rubelio Blando, casado con Julia, hija de Druso, nieta de Tiberio y bisnieta de Livia, la mujer de Augusto. Según Tácito (*Historias* XIII 19), Nerón primero le desterró y luego le mandó asesinar.

23 Cf. la nota 72 de la *Sátira* V. El muro es venteado porque su situación es elevada.

24 De la nobleza más rancia.

25 Es decir, romana, porque los ciudadanos romanos llevaban la toga por derecho. Juvenal piensa principalmente en los clientes que describe en la *Sátira* I.

26 La orilla norte de la cuenca del Rin, más o menos la actual Holanda. Este joven sirve en las guerras en Oriente contra los partos y los armenios, o bien en la cuenca del Rin, campañas todas ellas del principado de Domiciano.

eres, además de un cecrópida? Eres casi casi un Hermes mutilado[27]; en la comparación no le llevas otra ventaja que la de ser un busto viviente, mientras que la cabeza 55 de él es de mármol. Dime, retoño de los Teucro, a excepción de los vigorosos, ¿qué animales mudos tendremos por nobles? Pues alabamos así al caballo raudo como un pájaro, que se lleva, infatigable, gran número de palmas[28] y de triunfos en el Circo hirviente y agitado, ronco ya de aclamarle. Éste es el caballo noble, sean cuales sean los pastos de donde procede; se adelanta limpiamente a los 60 demás y levanta en la arena la polvareda primera. En cambio, si la victoria no se asienta casi nunca en el timón de su carro, la descendencia de un Corifeo o de un Hirpino[29] no será más que un ganado venal. Aquí sus mayores no infunden respeto ni a las sombras de éstos se les 65 concede consideración alguna; sus descendientes, linaje de pies emperezados y merecedores de hacer rodar una muela, se ven forzados a cambiar de dueño por un precio ridículo, aptos sólo para arrastrar un carruaje con su cuello raído. De modo que para que te admiremos a ti y no lo que compartes con otros, ofréceme algo personal tuyo que yo pueda mandar grabar en las inscripciones, además 70 de los honores que hemos tributado, y tributamos, a aquéllos a los que se lo debes todo.

---

27 La mutilación afrentosa de los Hermes es el conocido episodio de la Guerra del Peloponeso narrado por Tucídides (VI 27), que motivó la caída en desgracia de Alcibíades y fue de mal agüero para la expedición ateniense contra Sicilia. A las estatuas se les quebró la cabeza, y desde entonces los Hermes fueron símbolo de la inactividad estúpida.

28 También en el Circo se daban como trofeos de victoria ramas de palmera.

29 Nombres de caballos famosos.

Esto basta para el joven al que la fama de sus mayores nos lo entrega fatuo y soberbio, muy pagado de su parentesco con Nerón. Cierto que el sentido común no se da
75 casi nunca en una gente tan rica. Pero a ti, Póntico, no te quisiera juzgar por las alabanzas que merecen los tuyos, como si tú mismo no fueras a hacer nada digno de elogio. Pobre cosa es apoyarse en la reputación ajena para evitar el desplome del techo al sustraerse las columnas. El sarmiento tendido en el suelo reclama el tronco viudo del olmo. Tú sé un buen soldado, un buen tutor, también un
80 árbitro imparcial; si alguna vez te citan como testigo en un asunto incierto y ambiguo, ni aun cuando Fálaris [30] te ordenare deponer falsamente y te dictare el perjurio acercándote el toro, tú ten por infamia suprema preferir la vida al honor, y para salvarla perder la razón de vivir.
85 El que merece morir ya es un muerto, aunque se tome en su cena cien ostras de Gaurana [31] y se sumerja en una caldera llena de perfumes de Cosmos [32]. Cuando, finalmente, te reciba como gobernador la provincia largo tiempo anhelada [33], pon freno y medida a tu ira, ponlos a tu ava-
90 ricia, y apiádate de los pobres aliados: ves que están en los huesos chupados y vacíos de médula. Mira qué advierten las leyes, cuáles son las órdenes de la curia, los pre-

---

[30] Cf. nota 262 de la *Sátira* VI. Este Fálaris echaba a un toro de bronce que ponía incandescente a los que sorprendía en determinadas situaciones.

[31] Cf. la nota 86 de la *Sátira* IV.

[32] Conocido fabricante de productos de perfumería de la época de Domiciano.

[33] Aviso ante la opresión y crueldad con que frecuentemente los gobernadores romanos actuaban en provincias. En ellas los romanos permitían, como simple apariencia, la subsistencia de sus reyes y monarcas, pero en realidad ejercían duramente el poder.

mios[34] que aguardan a los honrados y la justicia del rayo que fulminó a Capitón y a Númitor cuando el Senado les condenó por piratear en Cilicia[35]. Más, ¿de qué sirvió condenarles? Búscate un licitante para tus harapos, Quérilo[36], pues Pansa te quita lo que Nata[37] te dejó. Y encima, ¡a callar! Sería una locura, después de perderlo todo, desperdiciar el precio del último pasaje[38]. Antaño no eran así las quejas ni era comparable la herida causada por los daños, cuando los aliados recién vencidos nadaban aún en riquezas. Todas las casas rebosaban, y eran enormes los montones de monedas; había clámides espartanas, vestidos de púrpura de Cos; en todas partes se veían estatuas marfilinas de Fidias, y muchos trabajos de Policleto convivían con pinturas de Parrasio y con esculturas de Mirón[39]; rara era la mesa sin una talla de Méntor. De ahí Dolabela, de ahí Antonio, de ahí el sacrílego Verres[40], se llevaban

95

100

105

---

[34] Las pruebas de agradecimiento por parte de los súbditos, y también la gloria y el honor que merece una conducta consciente.

[35] Las provincias podían recurrir contra la mala gestión de los gobernadores. Este Capitón fue condenado en el año 57 por coacciones, pero su suegro Sofonio Tigelino, favorito de Nerón, logró para él el perdón y su restitución al rango senatorial. De este Númitor no se sabe nada. De todos modos, éstos practicaban lo de robar a un ladrón, pues, en los tiempos de Juvenal, Cilicia era un proverbial nido de piratas.

[36] Debe ser el acusador de Capitón y Númitor.

[37] Pansa y Nata, nombres usados al azar para indicar cualquier juez; la idea es la corrupción total de la administración romana de justicia. El segundo nombre, Persio lo utiliza alguna vez.

[38] Del pasaje a abonar el barquero Caronte para pasar la Laguna Estigia, porque el interesado se morirá de hambre.

[39] Fidias, Policleto y Mirón, los grandes maestros de la escultura griega. Méntor fue otro escultor no de tanta reputación. Parrasio cuenta entre los grandes pintores griegos.

[40] Gneo Dolabela fue también gobernador de Cilicia, juzgado y condenado por rapiña. Antonio Crético fue el padre de Marco Antonio,

en los bajos de sus naves despojos ocultos, muchos triunfos logrados en tiempo de paz. Pero ahora a los aliados alcanzarás a quitarles alguna yunta de bueyes, un mínimo rebaño de yeguas y el macho de esta grey, eso cuando te
110 hayas apropiado de su pequeño campo e incluso de sus dioses Lares si hubiere entre ellos alguna estatua curiosa, o si en su hornacina les quedare solamente un dios. Pues éstas son sus máximas riquezas, de lo suyo es lo de más valor. Puede que tú desprecies[41] a los lampiños rodios y a la perfumada Corinto, y que los desprecies con razón, pues, ¿qué te haría una juventud que se depila con resina,
115 las piernas afeitadas incluso de una nación entera? Lo que hay que evitar es la erizada Hispania, el cielo de la Galia y las costas de Iliria; rehúye además a aquellos segadores[42] que hartan nuestra ciudad, ocupada sólo en el circo y en el teatro. ¿Cuántos beneficios extraerías de un pecado
120 tan cruel? Ahora mismo Mario[43] acabó de despojar a los ya esquilmados africanos. Lo primero que hay que procurar es no inferir una gran injuria a gente desgraciada, pero fuerte. Podrás arrebatarles todo lo que les queda en oro y plata, pero les dejarás el escudo y la espada, la lanza

y se hizo famoso por sus expoliaciones en Sicilia; Verres es el conocido protagonista de las *Verrinas* de Cicerón; había sido lugarteniente de Dolabela y había actuado por su cuenta en estas actividades delictivas; Cicerón le acusó ante el Senado.

41 Desprecies, y en consecuencia maltrates. Los rodios y los corintios se dedicaban especialmente al comercio, y además tenían fama de muelles y de afeminados: las personas justas para ser expoliadas... ¡Pero cuidado con los hispanos, etc.! Porque éstos pueden devolver golpe por golpe.

42 Eran los moros del Norte de África y los isleños de Cerdeña, que suministraban las dos terceras partes del trigo que se consumía en Roma. El sentido es: si no nos mandan más trigo, ¡arreglados estamos!

43 Cf. la nota 35 de la *Sátira* I.

y el casco. Los expoliados tendrán armas de sobra. Lo que 125
acabo de proponer no es retórica[44], es la pura verdad:
creedme, os he recitado una hoja de la Sibila[45]. Si la cohorte que forma tu comitiva es incorruptible, si ningún
efebo de intonsa cabellera te vende el tribunal, si tu mujer[46] no sabe qué es un crimen y no se dispone a recorrer con uñas como garfios, cual una Celeno[47], los juz- 130
gados comarcales[48] y los pueblos para usurpar dinero, en
tal caso puedes retrotraer tu linaje hasta Pico[49], y si te
gustan los nombres de abolengo, puedes poner entre tus
antepasados al belicoso batallón de los Titanes y a Prometeo en persona; elige del libro que se te antoje a tu primer
ascendiente. Pero si la ambición y la libido se te llevan 135
a rastras y precipitadamente, si quiebras las varas en la
sangre de los aliados, si disfrutas con las hachas embotadas por unos lictores agotados[50], empieza a enderezársete
en contra la nobleza de tus propios precursores, que pone

---

[44] Es decir, no es un discurso para ser propuesto como ejercicio en clase de declamación.

[45] O sea, algo totalmente infalible.

[46] En las épocas más antiguas la ley romana prohibía estrictamente que los jefes militares fueran acompañados por sus mujeres en sus campañas o en el ejercicio de sus cargos, y en la época de Augusto tal prohibición se mantenía estrictamente. Pero a medida que avanzó la época del imperio tal medida se relajó, y al final los jefes militares se hacían acompañar por sus familias. Y en tal caso las mujeres actuaron no menos criminosamente que sus maridos.

[47] La más conocida de las harpías.

[48] Aún hoy vivimos en parte la organización jurídica romana, pues lo que aquí se indica se corresponde mucho con nuestras cabezas de partido.

[49] Pico fue el primer rey de los laurentos e hijo de Saturno, de modo que iniciaba un abolengo.

[50] Las dos cosas van concatenadas, pues la ejecución de un condenado a la pena capital siempre iba precedida de la flagelación.

140 ante tus vergüenzas su antorcha luminosa. Cualquier perversión del alma comporta un escándalo tanto más visible cuanto de más reputación goza el culpable. ¿Qué voy a pensar de ti, que normalmente eres un falsificador de testamentos, cuando te veo en los templos[51] que mandó levantar tu abuelo o delante de la estatua triunfal de tu
145 padre[52]? ¿Pues qué voy a pensar si eres un adúltero de noche que ocultas las sienes con una capucha gala[53]?

Junto a las cenizas y a los huesos de sus antepasados un carro veloz se lleva al gordo Laterano[54], y él mismo, él en persona, cónsul mulero, tasca la rueda con el freno.
150 Sí, es de noche, pero lo ve la luna, y las estrellas fijan en él su vista en testimonio. Cuando se haya agotado el período de su mandato, Laterano empuñará el látigo a la luz del día y no se azorará nunca si lo encuentra un amigo ya anciano, se adelantará a saludarle con la tralla,

---

[51] Los testamentos se depositaban en los templos, y los falsificadores profesionales se escurrían en el recinto del que les interesara e introducían un testamento falso, en el que habían imitado el cuño y las firmas del verdadero, sustrayendo previamente el auténtico.

[52] Juvenal supone que en el templo mandado construir por el abuelo de este falsificador había la estatua triunfal, es decir, montada en una cuadriga, de su padre. De manera que allí había, de alguna manera, abuelo, padre e hijo, pero ¡con qué intencionalidad tan diversa!

[53] La idea se desvía. Como en la *Sátira* VI, Mesalina disimula su personalidad con una capucha (VI 117), éste aquí hace lo mismo para encubrir sus desórdenes nocturnos. La idea es: si eres capaz de esto, eres capaz de todo.

[54] Plaucio Laterano (TÁCITO, *Anales* XI 30-36) tomó parte en la conjuración de Pisón, y lo pagó en el año 65 con la vida. Aquí hay un recuerdo juvenil del poeta, la pasión de la juventud noble romana por los caballos y los carros. El poeta individualiza el género y lo representa en un único personaje, que efectúa tareas indignas de un ciudadano romano, y no digamos de un cónsul, como es echar un pienso a los caballos.

abrirá los morrales y echará un pienso a las bestias exhaustas. Entretanto[55], mientras sacrifica según los ritos de 155 Numa animales lanudos y un novillo rojizo ante el altar de Zeus[56], jura sólo por Epona[57] y por su rostro pintado en las cuadras malolientes. Mas cuando decide pasarse la noche entera de francachela le sale al encuentro un sirofenicio siempre empapado de jenjibre, un sirofenicio[58] ha- 160 bitante de la Puerta Idumea[59], que con afecto de huésped le saluda como rey y señor[60], lo mismo que Cíane[61] que, remangada, lleva una jarra a vender.

Alguien indulgente con la culpa me objetará: «También nosotros de jóvenes lo hicimos». De acuerdo, pero lo dejaste y no fomentaste más tal error. Sea breve lo que 165 osas torpemente; algunos vicios debemos atajarlos cuando nos afeitamos la primera pelusa. Sé comprensivo y perdona a los jovenzuelos, pero Laterano se dirige a las termas a tomar una copas[62], va a las insignias pintadas sobre

[55] Mientras dure el tiempo de su mandato.

[56] Se trata de sacrificios ofrecidos a Júpiter en el Monte Albano, en los que se sacrificaba al dios un toro y animales de ganado lanar.

[57] Era la diosa de los aurigas y, en general, de los que conducían carruajes. En las cuadras había pinturas con su imagen.

[58] Este sirofenicio es un vendedor de los perfumes más finos y caros; sale al encuentro del cliente para asegurar más la venta de su mercancía; lo mismo cabe decir de la vendedora de vinos que sigue a continuación.

[59] La Idumea es la conocida región entre Siria y Palestina; la Puerta Idumea sería el acceso más natural al país. Los sirios en general destacaban en Roma por sus actividades comerciales.

[60] Cortesía afectada para ganarse al cliente.

[61] Propiamente es el nombre de una ninfa que escanciaba el vino en las copas, pero aquí designa genéricamente a una vendedora de vinos.

[62] En las termas se ofrecía la posibilidad de comer y de beber a los que acudían a ellas.

tela[63] cuando ya tiene edad para hacer la guerra, para
170 defender los ríos de Armenia o de Siria, el Rhin o el Danubio. El vigor de su edad puede velar por la seguridad de Nerón. Manda tu legado a Ostia[64], César, mándalo allí, pero haz que lo busquen en una taberna espaciosa: lo encontrarás tirado con algún asesino, revuelto entre
175 marineros, ladrones y esclavos escapados, entre verdugos y fabricantes de angarillas[65], entre los timbales insonoros de un galo echado de bruces[66]. Allí todos son igualmente libres: los vasos son comunes, nadie tiene un jergón aparte y nadie dispone de una mesa algo retirada. ¿Qué harías, Póntico, de haberte tocado en suerte un siervo así? Pues
180 lo enviarías a la Lucania[67] o a los ergástulos[68] toscanos.

---

[63] Es decir, a las tabernas, de cuyas paredes pendían telas pintadas con anuncios, o que tenían cortinas correderas, de tela, también con pinturas, para proporcionar, digamos, intimidad. Era la publicidad de la época.

[64] Al puerto natural de Roma, para que embarque hacia la misión oficial que se le ha encomendado.

[65] Se trata de unas angarillas muy concretas, las que se usaban para retirar los cadáveres de los gladiadores que caían muertos en la liza. Algo, pues, especialmente repugnante, tal para cual con el verdugo acabado de citar.

[66] Porque está borracho.

[67] En la hipótesis de que tengas allí una propiedad que requiera esclavos que la trabajen.

[68] Cf. la nota 71 de la *Sátira* VI. En la época romana en tierras de Italia cada latifundio tenía su propio ergástulo, pues los latifundios devoraron las pequeñas propiedades, y en realidad el campesinado independiente desapareció. Entonces para que el necesario laboreo del campo prosiguiera no hubo otro remedio que recurrir al trabajo de los esclavos, vigilados policialmente y dirigidos duramente por capataces. Las condiciones de vida de aquellos infelices semejaban mucho a las de los campos de concentración que Europa ha conocido en este siglo. Tales esclavos trabajaban normalmente con los pies en un cepo, y recibían una manu-

Pero vosotros, descendientes de Troya, os lo perdonáis todo: lo que sería torpe para un remendón será decoroso en Bruto y en los Voleso[69].

¿Qué diré yo de que jamás use ejemplos tan feos y tan vergonzosos que no haya otros peores? Tú, Damasipo[70], disipaste tu hacienda y luego alquilaste tu voz en la escena mímica para representar al chillón *Fantasma* de Catulo[71]. También el ágil Léntulo[72] representó excelentemente el Lauréolo[73]; creo que de veras mereció la cruz. Pero lo que es al público en sí, no le perdones; es más dura la frente[74] de esta ralea que se sienta a ver las payasadas de los patricios, que escucha a los Fabio que van descalzos[75], y que es capaz incluso de reírse de las bofe- 185 190

---

tención miserable. Se mandaba a los ergástulos a los esclavos que en la ciudad resultaban particularmente conflictivos, y también a los delincuentes comunes no condenados, con todo, a la última pena.

69 El padre de Publio Valerio Publícola se llamó Voleso. Un ascendiente suyo, Voleso Valerio, llegó a Roma acompañado de Tacio y logró que éste y Rómulo hicieran la paz; según cuenta Plutarco fue Voleso Valerio quien propuso a Numa como futuro rey de Roma.

70 Sabemos por Horacio (*Sermones* II 3) que este Damasipo fue un derrochador. El poeta recuerda la época de Nerón, el cual pretendía ser un gran artista, que llegó a actuar en público como citaredo y cantante; a ejemplo de ello derrochadores, personas de las más nobles familias se hicieron descaradamente comediantes. Ello según la mentalidad romana y aun según la ley, era una infamia; con sólo aparecer una sola vez en público perdían la dignidad de su rango.

71 No se trata, naturalmente, del más conocido poeta lírico, sino de un autor de mimos que parece que aquí plagió una obra que con el mismo titulo había compuesto el comediógrafo griego Menandro.

72 Se trataba de un patricio.

73 Lauréolo fue un famoso bandido que en tiempos de Calígula acabó crucificado, y su historia se convirtió en materia de un mimo.

74 La frente como sede de la vergüenza y del rubor.

75 Es decir, que protagonizan los mimos. Los Fabio y los Mamerco como representantes de la más rancia nobleza.

tadas[76] que se atizan los Mamerco. ¿Qué importa el precio por que se venden, este aniquilarse moralmente? El caso es que lo hacen sin un Nerón que les urja, y no dudan en saldarse[77] para los juegos organizados por el
195 pretor que se sienta en un alto sitial[78]. Sin embargo, supónte que de este lado hay las espadas y del otro el escenario: ¿qué vale más?[79]. ¿Es que alguien se asustó tanto ante la muerte que aceptara el papel del celoso Timele, haciéndose colega del corintio estúpido[80]? Con todo, no es extraño que un noble haga de mimo cuando el emperador sale de artista[81]. ¿Qué hay más allá que no sea la escuela de gladiadores?

---

[76] En la representación del mimo el que hacía de *stupidus* era típico que recibiera bofetadas de todas partes; era algo propio del género.

[77] Venderse a precio de saldo. Los pretores eran los organizadores habituales de los juegos estatales, y como tales alquilaban a los actores y les pagaban con fondos del erario público.

[78] El pretor que había organizado los juegos o la representación teatral se sentaba delante mismo del escenario, en la llamada silla del pretor; los restantes pretores ocupaban asientos en el mismo lugar, pero debajo, mientras que el asiento del pretor en cuestión estaba sobre un podio, a más altura que los demás.

[79] Una triste alternativa, en la que si un miembro es malo, el otro es peor. Juvenal dice: supónte que has de elegir entre ser gladiador o actor de mimo, ¿qué preferirías? Probablemente como gladiador lo harás muy mal, con una muerte segura, pero, ¿tal miedo te envilecerá tanto que prefieras la ignominia de hacerte actor de mimo? Es mejor la muerte de un gladiador, que pone fin rápidamente a la deshonra, que no la vida de un hazmerreír. De modo que, dado el caso planteado, no cabría duda, el afectado debería hacerse gladiador.

[80] Es una referencia a un mimo muy aplaudido, el del marido cornudo. El papel del marido celoso lo había representado el actor Corinto, y ahora lo representa el noble, con lo cual se hace colega del actor citado. El estúpido era un personaje habitual del mimo, cf. la nota 76 de la *Sátira* V.

[81] En el año 65, y en el concurso que llevaba su nombre, Nerón

Y *en ella tienes el oprobio de* la ciudad: a un Graco 200
que no pelea con la armadura de un mirmilón[82], ni con
el escudo ni con la hoz curvada, porque él condena estos
usos, los condena y los odia. Tampoco esconde el rostro
bajo un casco; él voltea el tridente, pero cuando, basculando su brazo derecho, ha tirado la red que pendía y ha 205
fallado el blanco, vuelve al público su cara descubierta y,
reconocido por todos, huye corriendo de acá para allá por
la arena. Podemos dar crédito a esta túnica, pues del cuello se tiende un cordón dorado que se agita encima de la
ancha hombrera[83]. De modo que este gladiador obligado 210

---

se presentó como citaredo en el teatro romano de Pompeyo. Pero la crítica de Juvenal es acerada y va mucho más a fondo, dice que en realidad Nerón no se atrevió a actuar en un mimo. Llegó al extremo que pudo. Su homólogo hace lo mismo a su propio nivel. La frase que sigue inmediatamente lo reafirma.

[82] Los gladiadores se distinguían por sus armas y por su manera de combatir. Algunos de ellos eran imitación del armamento de diversos pueblos, y se denominaban según éstos: samnitas, tracios, etc. Combatían siempre contra gladiadores de otro tipo que el suyo. Este Graco luchaba como los reciarios, con una red en la mano y un arpón o tridente en la otra. No se protegía ni con escudo, ni coraza ni casco, sólo llevaba una gorra en forma de bola que le dejaba el rostro al descubierto. La táctica del reciario imitaba la de los pescadores: se entrenaba a lanzar la red y procuraba enganchar a ella la cabeza de su adversario; cuando fallaba, escapaba a todo correr hasta tener otra vez la red en posición de lanzamiento. El adversario del reciario era el mirmilón, que combatía con coraza, casco y escudo y enorme hoz como arma ofensiva.

[83] El reciario luchaba con sólo la túnica puesta; su gorra en forma de bola se acompañaba de una hombrera *(galerus* en latín) que era una pieza de cuero o de metal, atada al brazo izquierdo, y que hacía las veces de coraza, pues cubría el pecho del combatiente. Un cordón enrollado en el brazo, que se desenrollaba al tirar la red, alguna vez tenía algo de oro, cuando el gladiador era famoso, o cuando era, como en el caso presente, un personaje de alcurnia.

a luchar contra Graco ha sufrido una humillación peor que cualquier herida.

Si se posibilitaran al pueblo elecciones libres, ¿quién sería tan perdido que vacilara en preferir un Séneca a un Nerón[84]? Para el suplicio de éste se hubiera debido disponer no una mona sola, o una serpiente sola, o un único
215 saco de cuero[85]. Su crimen fue parejo al del hijo de Agamenón, es su motivo lo que diversifica la cosa, porque a Orestes le indujeron los dioses, y fue el vengador de su padre linchado en medio del banquete. Pero Orestes ni se manchó estrangulando a Electra, ni con la sangre de su
220 mujer espartana[86], no propinó veneno a sus parientes, y menos aún cantó en la escena, ni escribió un poema sobre Troya. ¿Pues qué debió vengar más Verginio[87] con sus armas, o Galba junto con Víndex, entre lo que Nerón

[84] Ejemplos proverbiales del sabio virtuoso y del noble corrompido.

[85] El crimen de parricidio se castigaba en Roma metiendo en un saco de cuero al criminal junto con una mona y una serpiente, y se le arrojaba al río Tíber.

[86] La mujer de Orestes era la espartana Hermíone. Orestes, apunta Juvenal, ni asesinó a su hermana, ni mató a su esposa; mientras que Nerón mató a su propia madre, a su hermana adoptiva Antonia (que era la hija mayor del emperador Claudio) y asesinó a su mujer Popea, que estaba embarazada, de un puntapié en el vientre. Cf. la nota 200 de la *Sátira* VI. Pero el satírico acaba en broma, pues pasa a las actitudes infames simplemente lúdicas de Nerón.

[87] Lucio Verginio Rufo fue en el año 69 legado representante del pretor *(legatus pro praetore)* en la Germania Superior, y marchó en calidad de tal contra Cayo Julio Víndex, legado en las mismas condiciones en la Galia, el cual se había sublevado contra Nerón y había propuesto a Galba para la dignidad imperial. Muerto Víndex, Verginio rehusó la dignidad imperial, y la volvió a rehusar tras la muerte de Otón. La idea conclusiva de Juvenal remacha el clavo: ¿por qué mala acción peor que su aparición en escena mereció Nerón el castigo que le infirieron Rufo, Víndex y Galba?

perpetró en su tiranía cruel e inhumana? Éstas son las obras y éstas son las artes de un príncipe de alcurnia: se complacía en prostituirse con cantos obscenos en escenarios extranjeros y en haberse ganado el apio de la corona griega[88]. Que las figuras de los antepasados se adornen con los trofeos de tu voz[89], deposita a los pies de Domicio[90] el vestido de cola de Tiestes[91] o de Antígona, o la máscara de Melanipe, cuelga tu cítara en el gran coloso[92] de mármol.

225

230

¿Es que alguien, Catilina, podría encontrar algo más sublime que tu ascendencia, o que la de Cétego[93]? Y sin embargo disponéis las armas y las antorchas de una incur-

---

88 Era el premio que se daba en los Juegos Nemeos.

89 Amarga ironía: ¡consagra las insignias de tus habilidades a tus antepasados, que se pondrán bien orgullosos! Porque a los pies de las estatuas se añadirían los testimonios (eso son aquí las insignias) de sus triunfos militares, los de los triunfos de su voz, y también, los vestidos de los personajes de tragedia que representó.

90 El iniciador del linaje de los Domicio, Gneo Domicio Ahenobarbo.

91 Tiestes, Antígona, Melanipe, los papeles trágicos que Nerón representó. Nerón quería ser actor de gustos griegos. Tiestes es el conocido protagonista de la pelea con su hermano Atreo. Ambos dieron muerte en su juventud a su hermanastro Crisipo. Después del asesinato huyeron al lado de Esténelo, y obtuvieron el trono de Micenas. Pero Tiestes se hizo amante de su cuñada Mérope, y, para vengarse, Atreo concibió un plan horrible: el de hacer que su hermano devorase a los hijos que había tenido de mujeres anteriores y de concubinas. Melanipe, hija de Eolo y de Eurídice, y madre de los mellizos Eolo y Berito, protagonizó diversas tragedias de Eurípides en las que salvaba a sus hijos amenazados por monstruos mitológicos.

92 Que representa al iniciador de la familia de los Domicio, cf. nota 90.

93 La *gens Sergia*, a la que pertenece Catilina, era de linaje patricio, y procedía de Sergesto, un compañero de Eneas. También eran patricios los Cornelio Cétego.

sión nocturna contra nuestras casas y nuestros templos, como si fuerais hijos de gente bragada o nietos de los
235 senones[94], con un descaro que se podría castigar con la túnica de azufre[95]. Pero hete aquí que el cónsul vela y reprime vuestros estandartes, este advenedizo de Arpinas, hombre vulgar y que hasta hace poco en Roma no era sino caballero municipal[96]; apuesta por doquier una defensa armada[97] para los aterrorizados romanos y se mul-
240 tiplica en las colinas. De modo que dentro del recinto de los muros la toga[98] le confirió tanto renombre y títulos como los que apenas si logró conquistar en Léucade[99] y en las llanuras de Tesalia Octavio[100] con su espada chorreante de continuas masacres. Pero Roma, nuestra Roma

[94] Eran los galos de la provincia Narbonense, que en el s. v a. C. llegaron al Capitolio, los gansos del cual despertaron a los defensores. Estos galos llevaban unos calzones muy característicos, que les dieron nombre *(bracati)*. Más tarde se les llamó simplemente galos. Los senones habitaban la región al sur de la actual ciudad de París.

[95] Un horrendo martirio que se inventó Nerón en la primera persecución contra los cristianos, acusados de incendiar la ciudad de Roma (TÁCITO, *Anales* XV 44). Se envolvía a los condenados, previamente atados a una estaca fijada en el suelo, con papiro empapado de cera y alguna substancia inflamable (eventualmente azufre). Y se les pegaba fuego.

[96] Expresión en sí muy despectiva, pero la intención de Juvenal es radicalmente la contraria, naturalmente.

[97] O sea, dispuesta al contraataque.

[98] La toga, opuesta a la espada, algo más abajo, simboliza el esfuerzo para mantener la paz.

[99] Pequeña isla delante de la Acarnania, pegada a las estribaciones de la cordillera de Accio, donde se libró la batalla.

[100] La fama de guerrero que Octavio se ganó en Accio y en Filipos no era tan grande como la que conquistó Cicerón cuando defendió la paz de Roma, por lo cual se le confirió el título oficial de padre de la patria.

libre, proclamó a Cicerón su segundo fundador y padre de la patria.

Otro hijo de Arpinas[101] solía, en los montes volscos, 245 reclamar su salario tras cansarse trabajando con arado ajeno; luego toleraba que se rompieran en su cabeza los nudosos sarmientos si, remiso en manejar el hacha[102], construía el campamento con lentitud excesiva[103]. Y sin embargo afrontó el riesgo supremo de los cimbrios y defendió él solo la ciudad despavorida. Por ello, cuando ya 250 volaban hacia los cimbrios muertos en el desastre unos cuervos que nunca vieran cadáveres mayores, su noble colega[104] fue condecorado con el lauro sólo después de él.

Plebeyas fueron las vidas de los Decio[105] y plebeyos sus nombres; pese a ello delante de los dioses infernales 255

---

[101] Gayo Mario, otro hombre de origen muy humilde que se hizo noble y famoso por sus servicios a la patria.

[102] Sacando punta a los palos que se clavaban para hacer la empalizada de protección el campamento.

[103] Manera algo rebuscada de decir que Gayo Mario empezó siendo un simple soldado raso, y que había estado a las órdenes de un oficial. Cuando se cavaban los atrincheramientos, los oficiales golpeaban en la cabeza con sarmientos a los soldados que no lo hacían con la diligencia oportuna.

[104] Quinto Lutacio Cátulo, cónsul en el año 102 a. C. y comandante del segundo ejército que apoyó a Mario contra las hordas de los cimbrios. También a él fue concedida la pompa triunfal, pero en segundo lugar, cosa que Juvenal destaca precisamente por el origen humilde de Mario.

[105] Los Decio, Publio Decio Mus padre e hijo, eran un linaje plebeyo, cf. XIV 239. Llegaron a cónsules y lucharon corajudamente al frente de sus ejércitos; el padre en el año 340 a. C. en la batalla del Vesubio contra los latinos (TITO LIVIO, VIII 6), y el hijo en el año 295 a. C. en la batalla de Sentino contra los galos y samnitas (Id. X 28). Los dos se habían consagrado ritualmente a sus ejércitos mediante una fórmula cuasirreligiosa.

y de la tierra madre los Decio valen por legiones enteras, por todos nuestros aliados y por el conjunto de la juventud latina, porque suman más ellos que los que ellos salvan.

Era hijo de una esclava aquél que mereció la trábea[106]
260 de Quirino[107], su diadema y sus haces; él fue el postrero de nuestros reyes buenos. En cambio, abrieron personalmente y a traición las puertas a los tiranos desterrados los hijos del cónsul[108], a los que se habría ajustado más una gesta tan grande en pro de la libertad aún incierta, que hubiera logrado admirar a Horacio Cocles[109], a Mu-
265 cio[110], o a la doncella que nadó por el Tíber cuando todavía era el límite del reino[111]. El que delató a los senadores su crimen oculto fue un esclavo[112] digno de ser llorado por las matronas de Roma; ellos, en castigo justo,

---

[106] Vestido privativo del rey, que se llevaba como la clámide griega, ceñido por una aguja o fíbula. Más tarde su uso se hizo extensivo a los augures; era originario de Etruria.

[107] El nombre de Rómulo convertido en dios.

[108] Los hijos de Bruto.

[109] Horacio Cocles (el tuerto), el más alto ejemplo de la *virtus romana*. Defendió el Puente Sublicio, él solo, en la orilla romana del Tíber, contra los etruscos; según una versión de la historia murió en el empeño, y según otra logró alcanzar a nado el grupo de sus compañeros.

[110] Mucio Escévola (el de la mano izquierda), que logró introducirse dentro del campamento de los etruscos, pero allí se confundió, y en vez de matar al rey etrusco Porsena mató al secretario de éste. Cuando fue interrogado declaró su intención, y puso en el fuego su mano derecha para acreditar su amor a Roma.

[111] Clelia es una figura legendaria en la historia de Roma. Era tenida como rehén por el rey etrusco Porsena, pero se lanzó al Tíber y llegó nadando a Roma. La devolvieron los romanos al rey, y éste, admirado tanto de la valentía de la muchacha como de la probidad romana, la soltó, y no sólo a ella, sino también a un grupo de otros rehenes.

[112] El esclavo Vindicio delató la conjuración.

recibieron la flagelación, y, por primera vez[113], el golpe del hacha de las leyes.

Quisiera más que tu padre fuera Tersites[114] con tal que fueras parejo al Eácida, capaz de manejar las armas 270 de Vulcano[115], que no que Aquiles te hubiera engendrado hecho un Tersites. Y aun suponiendo que desciendas del linaje más ilustre: por más atrás que vayas a buscar tu nombre, por más atrás que lo hagas remontar, extraerás tu raza de un asilo infame[116]; el primero de tus ascendientes o bien fue un pastor o bien aquello que me niego a 275 decir.

---

113 Quiere decir que fue el primer caso en que un suplicio se aplicó en virtud de una ley.

114 El lenguaraz y vulgar soldado raso que protagoniza buena parte del canto segundo de la *Ilíada*.

115 Fabricadas en su fragua; recuérdese el conocido relato de las armas de Aquiles en el canto XVIII de la *Ilíada*. La alusión es precisamente a Aquiles.

116 Rómulo, según Tito Livio (I 8) y Dionisio de Halicarnaso (II 15), para fundar Roma, sólo se aprovechó de la situación de opresión en que vivían muchas pequeñas ciudades italianas, regidas arbitrariamente por tiranos: ofreció a los ciudadanos libres de ellas un lugar seguro.

SÁTIRA IX

En esta *Sátira* IX se debe prescindir del tema y considerar sólo la acción. Pertenece al género obsceno, pero hecha abstracción de un par de lugares demasiado duros, puede ser leída incluso con poco disgusto, como muchas otras cosas en el mismo Juvenal, y como mucho de Aristófanes, de Plauto, de Catulo, de Horacio, de Marcial... Aquí no nos escandalizamos en absoluto porque el vicio del que se habla, por su monstruosa repugnancia, suscita una indecible aversión. En el mundo antiguo, la tendencia, procedente principalmente de las partes orientales del Imperio Romano, contra naturaleza hacia personas del mismo sexo se había extendido ampliamente. Desde un punto de vista de la psicología, y aun de la fisiología, el fenómeno es harto notable, y confirma el principio general de que nada hay en la naturaleza humana que no sea susceptible de degenerar en lo peor y en lo más innatural posible. Y confirma aun otro principio general, que si el hombre no se rige por una norma moral y ética necesariamente propenderá, en cualquier situación, a convertirse en el ser más repelente de la creación. Sería instructivo efectuar un seguimiento del tema, ver cómo la moral de los antiguos y las leyes en los diversos momentos de la historia de todos los países han enjuiciado este punto, porque resulta a todas luces increíble que en cualquier pueblo civilizado sus leyes y su moral hayan permanecido indiferentes ante tamañas aberraciones.

Pero el poeta en cuanto tal aquí no puede moralizar, y si lo hace, lo hace implícitamente, enfocando la cuestión desde la perspectiva cómica del desdén. Como sátira, ésta es una de las

mejores de Juvenal, es un verdadero cuadro costumbrista, es una miniatura viva y operante que se nos cuela por los sentidos y que nos deja la rara sensación de haber leído algo perfecto. Comúnmente el género satírico puede revestir formas variadas; muchas sátiras son epistolares, pero ésta es un diálogo. Un pobre diablo que cultiva la homosexualidad como profesión, que se gana el pan con ella, nos habla, desesperado, no de que le falte clientela, sino de lo poco que pagan los invertidos ricos, por lo que en la actualidad la situación económica de este bujarrón es casi desesperada.

A pesar de que la sátira apareció en el tercer libro, la obra parece ser producto de los años de juventud. También la *Sátira* II trata de la homosexualidad, lo cual la relaciona en parte con ésta, pero en la sátira presente la repugnancia de Juvenal ante el vicio ha ganado cuerpo, es consistente y objetiva, mientras que en la *Sátira* II, que parece más bien un escarceo algo banal sobre el tema, el aspecto diríamos frívolo predomina sobre una consideración más seria del asunto. Las *Sátiras* II y IX parecen próximas en el tiempo, pero a un nivel muy distinto de profundidad; mucho más válida es la novena.

Como puede comprobarse, la sátira empieza por una pregunta, algo prolija (vv. 1-26) del mismo Juvenal a Névolo, el protagonista (pues hay un deuteragonista, el invertido rico y tacaño, Virrón), que le explique por qué anda tan triste y preocupado. La respuesta, el monólogo de Névolo (vv. 27-90), es el cuerpo central de la sátira: ha convivido con Virrón, un rico corrupto, con el que ha hecho de «marido», y Virrón era «la esposa». Y ha sido marido por partida doble, porque con Virrón ha ejercido las prácticas nefandas de un homosexual activo, pero es que además se ha visto en la necesidad (!) de hacerle un hijo a la verdadera mujer de Virrón, y ello en la misma noche de bodas, pues tan impotente es el auténtico marido que ha sido incapaz de consumar el matrimonio. Y por encima de todo hay que guardar las formas, y la mujer de Virrón debe quedar embarazada para dar pruebas de la virilidad de su marido. Los niveles morales de este submundo nos resultan ininteligibles. Desde luego,

la catadura de Névolo ha empeorado, pues antes, alega el mismo Juvenal (vv. 20-26), la cosa no era así:

> ... y ahora vas por una existencia contraria a la de antes. Porque... solías profanar el templo de Isis y el Ganímedes del de la Paz... Eras un adúltero más conocido que Aufidio, y normalmente (lo callas por modestia) hacías agachar a los mismos maridos.

Nótese la polivalencia de la expresión «existencia contraria a la de antes». Es contraria, primero porque la actividad de Névolo principal y directa era con las mujeres, y sólo de refilón, secundariamente, cuando se terciaba, entretenía a los maridos. Ahora se ha invertido (nunca mejor usada la palabra) rigurosamente el sentido; ahora la ocupación directa y principal de Névolo son los hombres, y sólo las mujeres cuando se considera indispensable, como en el caso de esta sátira. Y es contraria, además, por el descenso absoluto de nivel. Este Névolo ha llegado a considerar su actividad como algo natural, y por consiguiente irreprensible; expone los detalles con una amoralidad repugnante; lo que quiere es ganar dinero, el cómo no le importa en absoluto. El adúltero es bien consciente de que hay algo que no funciona, pero el invertido de ahí ha perdido incluso esta conciencia.

¿Qué declara Névolo? La ingratitud y la tacañería de Virrón, quien a lo sumo ha abonado a su «cónyuge» algún manto galo de mala calidad y algún mínimo objeto de plata de baja ley. El valor total, cinco mil sestercios, una fruslería para un ricachón. Más tarde el cuadro quedará completado (vv. 50-53) con los regalos de Névolo a su «esposa», una sombrilla verde, unas grandes bolas de ámbar, en su aniversario o en las fiestas llamadas *Matronalia*, típicas de las mujeres casadas, y con la enumeración de las inmensas riquezas reales de Virrón, de las que no hará partícipe a Névolo, pero sí a un sacerdote galo de los que tocan los timbales, por aquello de «cada oveja con su pareja», pues Névolo en el fondo es de la misma ley inmunda a la que pertenecen los sacerdotes de Isis y de Osiris (cf. *Sátira* VI 511 y ss.). La contraprestación de Névolo había sido la propia satis-

facción de Virrón, y algo inaudito, a lo que ya hemos hecho referencia, haberle conservado la mujer en la misma noche de bodas, pues ella ya había rasgado el documento matrimonial, aprestándose a firmar otro.

Aquí se resquebraja la simpatía de Juvenal hacia este pervertido. Porque hasta aquí un toque de simpatía parecía innegable. Los versos iniciales de la sátira respiran cierto afecto cordial, por lo menos aparentemente. Claro que una simpatía afectada es la pantalla que oculta burla y menosprecio. Bien, insinúa el poeta, hasta aquí podíamos llegar. Pero el afecto y simpatía de Juvenal son realmente fingidos. Ahora, en este momento (vv. 70-79), la dura crudeza alumbra la verdad. No se ha quebrado el hilo con la *Sátira* II. En ella Juvenal expresa su repugnancia más profunda ante homosexuales y pederastas. La simpatía indulgente del principio se revela como carente de base real. Cuando el mismo Névolo expone que la propia mujer le aceptó sin rechistar como sustituto erótico revela, desde luego, quién es ella, pero también quién es Névolo; quién sea Virrón, lo sabíamos ya. La calificación es automática, y se confirma a continuación.

Pues es cosa clara que Névolo no tiene ningún código moral, excepción hecha de la obligación que se tiene de ser agradecido, lo cual aquí redunda en su beneficio. Nos describe por lo menudo su actividad con una sobrecogedora y fría indiferencia. También resulta claro que la vida que lleva, a él, personalmente, no le causa una satisfacción especial. Es una «profesión» lucrativa, la peor prostitución. El interés de Névolo no es otro que el de cualquier putilla que se arrebuja por las calles: el dinero. Como los intelectuales de la *Sátira* VII, Névolo se siente mal pagado. Ello es todo.

En una técnica muy suya, Juvenal nos presenta transversalmente, a través de Névolo, la imagen del pervertido tacaño, aquí personalizada en este Virrón, que es el ricachón que da la cena de la *Sătira* V. Su figura es aún más siniestra: es un lujurioso de la peor especie, sodomita, débil y tacaño.

Genéricamente la sátira nos presenta, pues, la relación entre patrón y patrocinado. Névolo ha sido cliente de un hombre rico.

Los tintes con que se describe a éste son especialmente sombríos. Antes de consolar a Névolo, Juvenal le pregunta por Virrón. La respuesta es que éste es realmente capaz de asesinar a cualquier subordinado suyo (se habla expresamente de esclavos) del que sospeche que puede divulgar sus infamias secretas. Juvenal arguye que los secretos de un rico son imposibles de guardar (vv. 104-108). «Bueno, y yo, ¿qué voy a hacer?», continúa el invertido. «No pierdas la esperanza», le dice Juvenal, «pues van a llegar por mar y por tierra muchos invertidos más», con los que tendrás más suerte, debe leerse implícitamente. «Todo es inútil», concluye Névolo, «pues soy definitivamente del linaje de los desafortunados».

La sátira acaba mal, como las de los primeros años de actividad del poeta, y esto podría reforzar la idea de una redacción en un momento primerizo. Pero es una sátira estupenda. La caracterización de Névolo, que considera evidente la licitud de su profesión, y que se queja de que sus ganancias no están a la altura de sus méritos, viene ejecutada de mano maestra, con comicidad y humor. La forma dialogada, que en las sátiras juvenalianas se realiza sólo aquí de forma completa, contribuye a la sensación de vida que ofrece el conjunto. El discurso y su réplica encajan a las mil maravillas; la coherencia del todo es irreprochable. Y es que de toda la obra de Juvenal, sólo en esta breve sátira tenemos una pieza dotada de una verdadera unidad.

SÁTIRA IX

«Quisiera saber, Névolo[1], por qué te encuentro tantas veces triste y con el ceño fruncido como Marsias[2] derrotado. ¿Qué te pasa con esta cara, como la que ponía Rávola[3] cuando le pillaron restregando su húmeda barbilla en la ingle de Ródope? Nosotros atizamos un bofetón al siervo que nos lame un pastel[4]. Ni será más lastimero 5

---

[1] Si este nombre no se ha tomado al azar, debe ser el de una persona de la época de Nerón o de Domiciano muy conocida como homosexual que ejercía el doble papel de sodomita y de adúltero, pues está al servicio de los dos cónyuges, como se ve en los vv. 70-90. La figura es muy chocante, una de las típicas de aquella época, que sería de desear que no se repitiera en la nuestra.

[2] Aquí hay que pensar en estatuas o relieves de Marsias colgado de un árbol para ser desollado vivo. Marsias era un sátiro que desafió a Apolo en un certamen musical, con la condición de que el vencido quedaría a la completa disposición del vencedor. Apolo venció porque invirtió la cítara y continuó tocando, mandando a Marsias que hiciera lo mismo con su flauta. Éste se vio impotente, y Apolo le desolló vivo. Quizás la sátira sea también un puntazo colateral a algún abogado que salió perdedor de algún pleito famoso.

[3] Lo más seguro es que la alusión sea real; Ródope debe ser el nombre de la mujer sorprendida por su marido en flagrante adulterio.

[4] Si al criado que lame un pastel se le propina una bofetada, ¿qué deberá sufrir Rávola?

que el tuyo el rostro de Crepereyo Polión[5], que va de aquí para allá dispuesto a abonar tres veces más de intereses y no encuentra ningún cándido. ¿De dónde te vi-
10 nieron de pronto tantas arrugas? Antes te contentabas ciertamente con poco para hacer de bufón gentilhombre[6], comensal divertido por tus chascarrillos picantes, y punzante por tus gracias típicamente romanas[7]. Y ahora, todo al revés: cara de vinagre, un bosque erizado de cabellos secos, y tu piel carece de aquel brillo que te prestaban
15 los emplastos calientes de pez de los Abruzzos. Tienes las piernas escuálidas, descuidadas y con pelos que te salen. ¿A qué viene esta palidez de enfermo crónico, al que se ha hecho familiar y le tuesta tiempo ha una fiebre cuartana[8]? En un cuerpo enfermizo se pueden adivinar sus
20 tormentos ocultos, y también sus alegrías, pues el rostro toma de él uno y otro aspecto. Así que me parece que has cambiado de plan de vida[9], y ahora vas por una existencia contraria a la de antes. Porque, lo recuerdo, hasta hace poco solías profanar el templo de Isis y el Ganimedes del de la Paz[10], los palacios cerrados[11] de la Gran

[5] En XVI 43 se le cita como a un derrochador arruinado; es tan insolvente que va ofreciendo pagar el triple de los intereses corrientes, pues sabe que no pagará. Pero no encuentra quien le dé crédito.

[6] Bufón, pero aún con ciertos miramientos y observante de alguna decencia por recordar su linaje originario.

[7] El chiste genuinamente romano, cuya esencia específica los romanos reivindicaban con el término «urbanidad», y que preferían a la gracia ática, más chocarrera, de las comedias, principalmente de Aristófanes.

[8] Cf. IV 57, y nota 34 de la misma sátira.

[9] La misma noción con que se inicia la *Sátira* V.

[10] El templo de la Paz, dedicado a Júpiter, tenía una estatua de Ganimedes. Este templo fue construido por orden de Vespasiano, y se

Madre venida por mar, y el templo de Ceres [12]. ¿Hay en verdad santuario en que las mujeres no se prostituyan? Eras un adúltero más conocido que Aufidio [13], y normalmente (lo callas por modestia) hacías agachar a los mismos maridos [14]». 25

«A muchos les es útil este género de vida, pero yo no saco nada de tales empresas. Alguna vez me han pagado con un manto grosero para cubrir mi toga, hecho con hilo raspudo y duro, y mal cardado por el peine de un tejedor galo [15], o con algún objeto de plata pequeño y de baja 30

---

instaló muy lujosamente; lo adornaban infinidad de estatuas de los mejores artistas.

[11] Literalmente esto, porque a diferencia de la gran mayoría de templos en Roma, que normalmente estaban abiertos, los de la Gran Madre permanecían cerrados cuando no había culto en ellos, lo que se daba en pocas ocasiones. Y a este culto sólo podían asistir mujeres; cf. VI 314-334.

[12] Los templos, principalmente aquellos que las mujeres visitaban con frecuencia por motivos fingidos de devoción, tenían la mala fama de ser lugar de citas, principalmente el de Isis, cf. VI 489. El lugar VI 511 y sigs. indica que las mujeres también eran muy dadas al culto de la Gran Madre de los dioses. En el año 204 a. C. el símbolo de la diosa, la piedra sagrada, fue trasladado desde Pesinunte a la ciudad de Roma, donde fue depositado en el templo de la Victoria, en el Palatino. El templo de Ceres citado aquí se edificó en el año 258 a. C., y en el 31 d. C. Augusto lo mandó renovar. También Ceres fue una divinidad muy venerada por las mujeres romanas; su culto, procedente de la ática Eleusis, exigía una consagración ritual que en Roma se permitió sólo con ciertas limitaciones.

[13] Aufidio de Quíos, un experto en derecho, pero notorio adúltero de la época de Domiciano.

[14] De manera que era una adúltero doblado de sodomita. Más tarde se verá cómo ejercían sus «funciones» estos tales.

[15] Los mantos que el sodomita profesional recibe como pago no han sido bien cosidos en la sastrería del tejedor galo, y además han sido hechos con tela de mala calidad, como casi todas las telas galas.

ley. Los hados rigen a los hombres. También aquellas partes que se ocultan bajo los pliegues de la toga tienen su destino. Pues si la buena suerte te abandona, de nada te
35 servirá la longitud inaudita de tu carajo, aunque Virrón[16] con labios espumeantes te haya visto desnudo[17] y te solicite de continuo con billetes tiernos e insistentes, pues «por sí mismo el bujarrón atrae al hombre»[18]. ¿Qué monstruo hay peor que un sodomita avaro[19]? «Te pagué esto, luego te di aquello, y encima me birlaste más
40 cosas.» ¡Echa cuentas y meneos! Pongámonos a calcular, que vengan los esclavos[20] con el ábaco[21]. Cifra el total en cinco mil sestercios, y después valoraremos mis trabajos. ¿Acaso es algo fácil y hacedero meter una verga como debe de ser en tus entrañas y en ellas alcanzar lo
45 que cenaste ayer? Menos desgraciado es el siervo que cava el campo que el que cava a su amo. Y tú, Virrón, te tenías, claro está, por un tierno mancebo, bello y merecedor del copero del cielo[22]. ¿Es que vosotros[23] alguna vez da-

---

16 El rico soberbio de la *Sátira* V. Por lo que aquí se ve, también era un tacaño.

17 En los baños públicos.

18 Cita casi literal de Homero, *Odisea*, XVI 294, y XIX 13: *pues el hierro por sí mismo atrae al hombre*. Pero Juvenal ha reemplazado grotescamente el «hierro», es decir, la espada, por «el invertido».

19 Este sodomita avaro es introducido en plena acción, en pleno ejercicio de su perversa libido echa cuentas, y restrega por las narices de su compañero de andanzas lo que ya le ha pagado, y lo que, piensa él, el otro le ha birlado.

20 Ahora mismo, no importa lo que estamos haciendo. Al invertido rico y tacaño le importa el dinero aún más que su vicio.

21 Pequeño tablero de madera con acompañamiento de unas fichas, que servía para echar cuentas muy elementales.

22 Es decir, también en un tal trance te comparas con Júpiter, y por tanto pagarías bien a un Ganimedes, pero no a mí.

réis algo a un cliente o a un acompañante humilde, cuando no estáis dispuestos a dar ni para vuestra lujuria? ¡Hete aquí[24] a quien[25] debes enviar una sombrilla verde o bolas grandes de ámbar cuando le llega el cumpleaños, o al inicio de la húmeda primavera, y él, echado en un diván largo y encojinado, manosea los regalos secretos de las calendas femeninas! Dime, pájaro lascivo, para quién reservas tantas fincas y tantos predios en Apulia[26], y pastos tan enormes que fatigan a los gavilanes? A ti las campiñas de Trifolio[27], la loma que se inclina sobre Cumas[28] y el Gauro[29] de laderas exhaustas[30] te llenan de productivas vides, ¿pues quién empega más jarras que tú de un

50

55

---

[23] La amargura sube, y se expresa en plural: tú y los que son como tú... Entonces, ¿qué deberá esperar de vosotros el cliente pobre? Cf. I 133, el cliente al que el señor no da nada de la *sportula* matinal. El argumento antepone la premisa menor a la mayor, invierte, por tanto, el orden lógico, para ganar en efectividad.

[24] ¡Una amarga ironía doblada de sarcasmo!

[25] ¡De verdad un sujeto digno de regalos, que cuando los recibe se comporta como una mujer regalada! Sombrillas y bolas de ámbar, cf. VI 673, son regalos adecuados para mujeres, que se les hacían o bien en sus cumpleaños o en las fiestas llamadas *Matronales*, en el día primero de marzo.

[26] Cita la Apulia porque allí las tierras eran especialmente aptas para pastos, y estaban repartidas en enormes latifundios. La alusión a la vastedad de los pastos, que sigue, es una consecuencia natural.

[27] En la Campania, donde se criaba un buen vino. El monte Trifolio no está lejos de Nápoles.

[28] La loma que para Cumas es su pico o punto más elevado (la vertiente occidental de la cordillera del Gauro). El vino de Cumas era muy apreciado.

[29] Pequeña cordillera entre Cumas y Nápoles.

[30] Exhaustas: el sentido más probable es que ya se acabó el tiempo de la vendimia, y las vides ya no tienen racimos. De todos modos, el texto latino aquí no queda absolutamente claro.

mosto que se guardará mucho tiempo? ¿Qué supondría
60 para ti regalar a los lomos de tu cliente exhausto[31] unas
pocas yugadas? ¿Será preferible que este niño rústico[32],
con su madre y la cabaña y el perrillo compañero de jue-
gos constituyan la herencia de un amigo timbalero[33]?
«Sólo con pedirlo ya eres un descarado», me dice. Pe-
ro el alquiler que he de abonar me grita: «¡Pídelo!»,
65 y me exhorta a ello el único esclavo que tengo, tan úni-
co[34] como el ancho ojo de Polifemo, gracias al cual se
evadió el astuto Ulises. Y deberé adquirir otro, porque
éste no me basta, y mantenerlos a ambos. ¿Qué haré cuan-
do sople el cierzo invernizo? ¿Qué les diré a los pies y
a las espaldas de mis esclavos en la época del aquilón de
diciembre? «¿Aguantad y esperad a las cigarras?»».

[31] En el sentido sexual de la palabra.

[32] En otro contexto, éste muy hermoso, de la *Sátira* III 176, también hay un niño rústico. ¿Será mejor que esta pequeña hacienda, con su inventario viviente, en el que figura una familia de esclavos que la atiende, sea la herencia de un sacerdote de Cíbele? Juvenal ilustra intuitivamente, a su manera, la hacienda y el personal que la cuida subrayando una peculiaridad, el niño hijo de la esclava, que juega con un perrillo delante de la cabaña. Quizás el cuadro en su integridad le recordara su niñez en Aquino. De modo que el satírico caracteriza al afeminado avaro porque elige a sus amigos de entre la gentuza de la peor calaña, poniéndose a su misma altura, y con éstos es realmente generoso. El niño rústico muy probablemente debe ser conocido, pues el poeta antepone un demostrativo a tal sustantivo. A nosotros se nos escapa la referencia, pero a los lectores contemporáneos del satírico no.

[33] Los timbales eran los instrumentos habituales en los galos; cf. VI 515, y especialmente VIII 176.

[34] Juvenal explica la realidad de que el afeminado sólo tiene un esclavo con la rebuscada comparación que hace con el único ojo del cíclope Polifemo. Quizás esté implícita otra idea: Ulises logró escapar porque Polifemo tenía un solo ojo; si hubiera tenido dos, probablemente no habría podido evadirse. Luego, a Polifemo le fue peligroso tener un solo ojo, y al afeminado, tener un solo esclavo.

«Pero aunque te hagas el desentendido, aunque prescindas de lo demás, ¿qué precio le pones al hecho de que si yo no te hubiera sido un cliente entregado y devoto tu mujer aún seguiría virgen? Sabes bien de qué modo y cuántas veces me lo pediste, no ignoras lo que me prometías. Con frecuencia retuve con mis abrazos a la muchacha que ya se te iba; ya había roto[35] el contrato matrimonial y se aprestaba a firmar otro[36]. Casi una noche entera me llevó recuperártela; tu llorabas fuera. Testigos me sois el lecho y tú mismo, a quien llegó la voz de tu dueña y los crujidos de la cama. En muchas casas fue el adúltero el que preservó un matrimonio inestable, que empezaba a deshacerse, o ya casi roto. ¿Adónde te girarás? ¿Qué argumentos aducirás al principio o al final[37]? De modo que no vale nada, ¡oh pérfido e ingrato!, ¿no vale nada el hecho de que por mí te nazca una hija o un hijito? Bien que los reconoces[38] y te gozas de difundir mediante el libro de actas[39] las pruebas de tu virilidad. Cuelga coronas

70 75 80 85

[35] En el sentido literal de la palabra: había rasgado el documento.

[36] El documento del compromiso matrimonial exigía testigos, de dos a diez, que lo firmaban y lo sellaban con su cuño. Naturalmente, también lo firmaban los contrayentes. En la estricta legalidad romana la finalidad esencial del matrimonio era la procreación, pero el marido de aquí, invertido sexual, es incapaz de engendrar. El adúltero hace sus veces y satisface a la joven esposa en la misma noche de bodas.

[37] Objeción pensada y expuesta según las reglas de la retórica.

[38] El texto latino dice literalmente «levantar», porque el padre levantaba a su hijo en brazos en un gesto ritual y con ello indicaba que lo tenía por suyo legítimo.

[39] Las familias nobles disponían de unos libros de actas en los que se consignaban los acontecimientos de la familia como natalicios, bodas y defunciones, además de otros eventos de tipo político y social como el desempeño de cargos, etc.

en tus puertas[40]: ya eres padre, ya te he dado lo que puedes oponer a las habladurías. Ya disfrutas de los derechos de padre[41], gracias a mí te inscriben como heredero, y puedes recibir cualquier herencia, e incluso los agradables
90 bienes caducos[42]. Y aún se añadirán a éstos muchos privilegios si logro completar el número de tres hijos[43]».

«Névolo, la causa de tu dolor es justa. ¿Pero él, qué aduce en contra?».

«Pues le importa un bledo y se busca otro burro de dos patas. Pero tú estáte atento a reservarte lo que sólo a ti he confiado; fija dentro de ti mis quejas silenciosa-
95 mente, pues es cosa mortífera un enemigo que se depila con piedra pómez[44]. El que hace un instante me ha con-

---

[40] Era lo que se hacía normalmente para festejar bodas (cf. V 51) y nacimientos.

[41] La *Lex Papia Poppea,* denominada según los cónsules Marco Papio Mútilo y Quinto Popeo Segundo, que la promulgaron en la época de Augusto, pretendía fomentar los matrimonios legales, y determinaba lo que hoy llamaríamos premios a la natalidad. El hombre soltero o casado sin hijos no podía ser nombrado heredero universal de nadie; sólo con que tuviera un hijo legítimo, es decir, nacido de un matrimonio legal, le desaparecía esta prohibición. Cf. V 143, y la nota 65 de esta misma *Sátira* V.

[42] En derecho romano se llamaban bienes caducos lo que en un testamento se legaba a un soltero, y que éste no podía heredar precisamente por serlo; tal parte se deducía e ingresaba en el fisco, es decir, caía o «caducaba» al heredero. El sodomita adúltero lo echa en cara al marido beneficiario.

[43] El hecho de tener tres hijos garantizaba preferencias en las aspiraciones a cargos, en la asignación de gobiernos en provincias, determinaba derecho de prioridad en asientos honoríficos en espectáculos ante colegas del mismo rango o categoría, y la exención de cargos difíciles o molestos, como juez o tutor. Los esposos se heredaban mutuamente, y heredaban los bienes de los libertos difuntos a los que ellos hubieran manumitido de la condición de esclavos.

[44] Cf. VIII 16, y nota 15 de la misma sátira.

fiado un secreto se enciende[45] y me odia[46] como si yo hubiera divulgado todo lo que sé. No duda en echar mano de la espada, en aplicar una candela ardiendo a mis jambas o en henderme la cabeza a garrotazos. Y no menosprecies ni quites importancia al hecho de que para estos ricachones nunca es demasiado cara una provisión de veneno. De manera que cubre lo que te he dicho y ocúltalo como las deliberaciones del Areópago en Atenas[47]». 100

«¡Ay Coridón, Coridón[48], que crees que el secreto de un rico se puede mantener! Si los esclavos se lo callan lo dirán los jumentos, y los perros, y las puertas, y los mármoles. Cierra las ventanas, tapa las rendijas con cortinas, ajusta las puertas, quita la luz, hazles salir a todos, y que nadie duerma cerca de él. Mal que te pese, lo que el rico haga al segundo canto del gallo, antes de que amanezca lo sabrá el tabernero de al lado, y escuchará lo que imaginaron a un tiempo el pastelero, los cocineros y los que trinchan las carnes[49]. Pues, ¿qué acusación dudan en fabricar contra sus dueños? ¿Cuántas veces no se vengan de los golpes de correa propalando rumores? No te faltará tampoco el que te busque por las encrucijadas y bien a tu pesar emborrache con su aliento vinoso[50] tu desgracia- 105 110

---

[45] De rabia y vergüenza, al atinar y darse cuenta de que tiene un cómplice.

[46] Es lo natural: odia al confidente de su vergüenza, porque en cada momento puede divulgar lo que sabe. Tal confidente no es aún traidor, pero ya es odiado como si lo fuera.

[47] Parece, principalmente por textos de Demóstenes, que las sesiones del tribunal ateniense del Areópago eran secretas.

[48] La cita de Virgilio, *Bucólica* II 69, del amor homosexual de Alexis, es natural en este lugar; el sentido insinuado es que Névolo está mal de la cabeza si cree que los secretos de los ricos pueden ser guardados.

[49] Los cuales son esclavos del rico en cuestión.

[50] Porque acaba de salir de la taberna.

do oído. ¡Hala!, haz a estos hombres el ruego que ahora
115 mismo me dirigías, que se callen. Mas prefieren divulgar lo arcano a beber tanto vino de Falerno robado cuanto tragaba Saufeya[51] al realizar un sacrificio en nombre del pueblo romano. Se debe vivir honradamente para, entre otras muchas cosas, precisamente esto, poder despreciar la maledicencia del esclavo. Esto por encima de todo. Ponte al nivel, te lo pido, de desdeñar la lengua de tus cria-
120 dos. Y, desde luego, no es ciertamente la lengua lo peor de un criado perverso[52]. Con todo, mucho peor es la situación del que no podrá librarse de aquellos[53] cuya vida mantiene con su dinero y con su trigo».

125 «Me has dado un consejo útil, pero genérico[54]. Y ahora, ¿qué me aconsejas después de haber perdido el tiempo en esperanzas fallidas? Pues la fugaz edad florida[55] precipita su carrera descendente, esta porción brevísima de la vida angosta y miserable. Mientras bebemos, mientras vamos en pos de coronas, y perfumes y mozas, se nos echa encima una vejez en que no pensamos».

130 «No tengas miedo: mientras las siete colinas se mantengan sanas y salvas no te faltará nunca un amigo invertido, pues hacia ellas convergen desde todas partes, en ca-

[51] En calidad de directora de las fiestas de la Diosa Madre (cf. VI 511), como esposa de un cónsul o del pretor urbano. Ofrecía el sacrificio en nombre del pueblo y para el pueblo.

[52] Pero el satírico no nos dice qué es. Un lapsus.

[53] Los comentaristas del texto latino dicen de este rico avaro que no logra librarse de la maledicencia de sus siervos que es un *servus servorum*...

[54] Es decir, que vale para todos. Ahora, le dice al satírico, dame un consejo más personal para mí.

[55] La breve sección de los vv. 126-129 es hermosísima, de lo mejor que en latín ha escrito Juvenal.

rros y en naves[56], los que se rascan la cabeza con un dedo[57]. Te queda una segunda esperanza de un porvenir mejor[58]; lo único que debes hacer es hincar el diente en los rábanos[59]».

«Tales ejemplos[60], dispónlos para los afortunados. Pero mi Cloto y mi Láquesis[61] se satisfacen si mi ingle me llena la panza. ¡Oh mis humildes dioses Lares domésticos, que yo suelo rogar con diminutos granos de incienso, con trigo y con pequeñas coronas! ¿Cuándo daré con algo[62] que me proteja la vejez contra la estera y el bastón[63]? Una renta de veinte mil sestercios con las debidas garantías[64], unas pequeñas copas de plata sin repujar, pero que se hicieran notar por el censor Fabricio[65]. Además, dos hombres robustos, de la tropa de los mesos[66], que me

135

140

---

56 Nosotros diríamos: por tierra y por mar.

57 Era un signo exterior del vicio contra naturaleza.

58 Porque acudirán a Roma muchos más invertidos.

59 Era un conocido afrodisíaco.

60 De casos tan favorables.

61 Las Parcas, que hilan el destino de los hombres.

62 La expresión latina está tomada de la lengua de los cazadores: ¿cuándo cazaré algo...?

63 Del mendigo, cf. V 8, y la nota 5 de esta misma *Sátira* V.

64 Esto como rentas producidas por un capital depositado. Con ello se podía vivir sólo modestamente. Para mejorar algo su situación Névolo desea además adquirir dos esclavos que trabajen para él, aparte de los citados del pueblo de los mesos.

65 Copas ligeras, pero no tanto que no suscitaran las reservas del censor Fabricio Luscino, que actuó contra lo que se llamó fiebre de la plata, y en el año 275 a. C. delató ante el Senado de Roma que Publio Cornelio Rufino usaba en su mesa un servicio de plata que pesaba diez libras.

66 Névolo es verdaderamente modesto, pues las literas normalmente eran llevadas a hombros por seis esclavos, y él se conforma con dos, uno delante y otro detrás, que sostengan las varas sobre las que va montada la litera.

trasladen sobre sus pescuezos para asegurarme un sitio
145 tranquilo en el Circo clamoroso. Además, quisiera poseer un cincelador de los que se agachan[67] y otro artista de los que pintan rápidamente muchos rostros[68]. Ello me bastaría. ¿Cuándo llegaré a pobre[69]? ¡Deseo miserable que no puedo ni esperar! Pues cada vez que invoco a la Fortuna y sus favores, ella se tapa los oídos con cera tomada
150 de la nave cuyos remeros escaparon al canto de las sirenas de Sicilia tornándose sordos[70]».

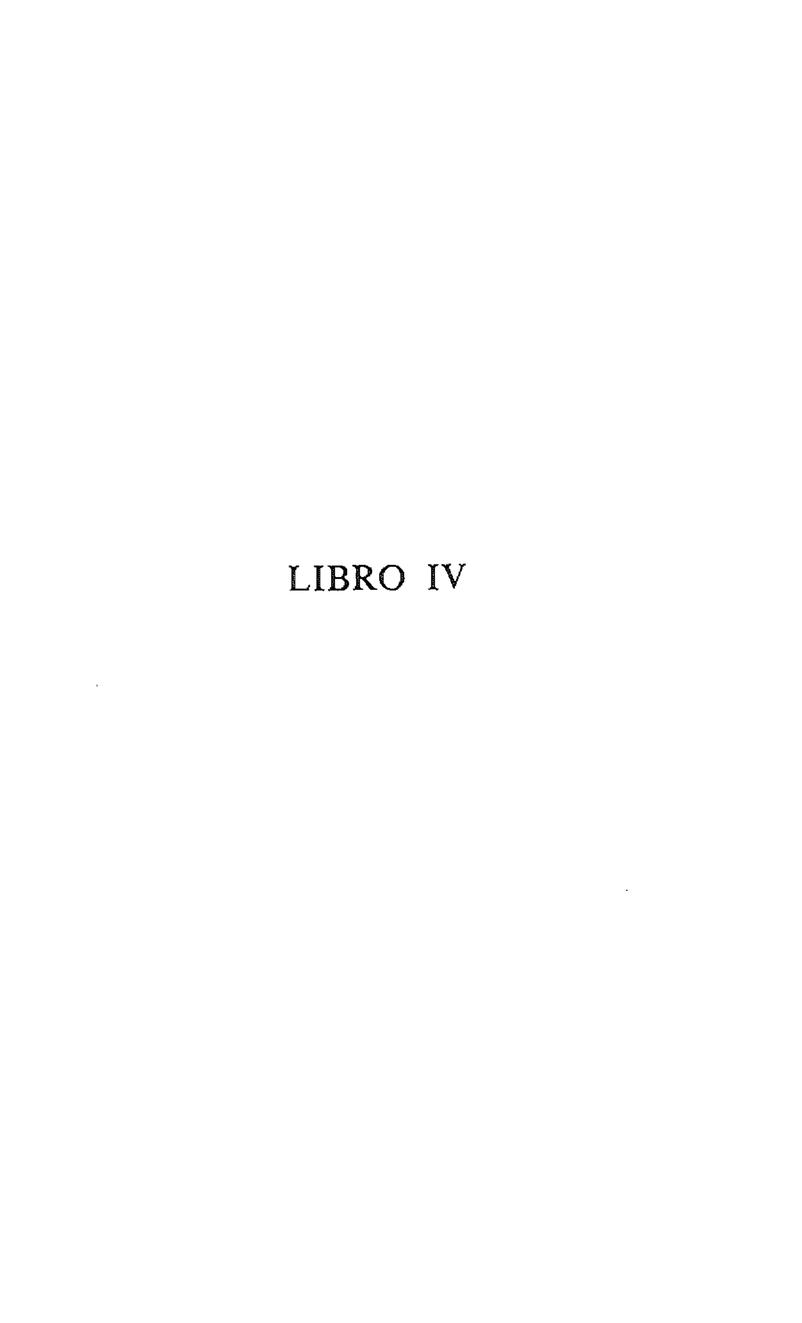
---

[67] Un orfebre de calidad, que para trabajar debe agacharse sobre el metal para cincelar con precisión.

[68] Las obras de los autores famosos iban ilustradas en su principio con el retrato, auténtico o supuesto, de su autor; aquí se alude indudablemente a un esclavo dibujante que reproducía los retratos que encabezaban los libros.

[69] Es decir, ahora soy misérrimo: ¿cuándo llegaré a ser simplemente pobre?

[70] Los compañeros de Ulises, a los que él tapó los oídos con cera para que no oyesen los cantos de las sirenas, cf. *Odisea* XII 173.



LIBRO IV

SÁTIRA X

«Vanidad de vanidades» —empieza el *Eclesiastés*— «¡Vanidad de vanidades, todo vanidad! ¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol? *(Ecl.* 1 1). Éste es el tema exacto de la sátira. Con la implacable lucidez de su pesimismo, Juvenal escruta todo aquello que es objeto de las plegarias de los hombres corrientes y molientes a la divinidad. Y lo hacen principalmente en los templos, detalle a no olvidar. Y todo es absurdo, porque siempre sale el tiro por la culata, lo que en concreto se pide acaba mal. El objeto más general que imploramos a la divinidad es el dinero, las riquezas. Juvenal liquida el tema rápidamente: los más ricos suscitan la envidia de los poderosos, y se aportan tres casos bien conocidos, el del jurista Casio Longino, el del filósofo hispano Séneca, y el de Plaucio Laterano, que murieron violentamente a causa de la codicia de Nerón. De ahí induzcamos la conclusión general. Y, luego, los ricos también son objeto de la envidia, impotente casi siempre, pero no siempre, de los pobres. Y aquí Juvenal se decide resueltamente por ellos, no por un sentimiento que pudiera equipararse al noble que embarga hoy buena parte de la sociedad cuando habla de pobres y de marginados, de bolsas de pobreza y de miseria, sino por un motivo mucho más somero y a flor de piel, que él expresa en una máxima definitiva, el vivir tranquilamente (v. 21):

si le sale un ladrón, el viandante que no lleva nada se pondrá a cantar.

Otros ambicionan el poder. Pero esto, arguye Juvenal, equivale al suicidio. Y nos da, en una poderosa secuencia (vv. 58-107), el instante justo de la caída, la degradación y la ejecución, por orden de Tiberio, del que hasta entonces había sido su favorito, Seyano (vv. 58-64):

¡Cómo caen las estatuas que siguen la cuerda! Luego los hachazos trocean las mismas ruedas y la chusma quiebra las piernas a los inocentes caballos. El fuego ya chisporrotea, y al soplo de los fuelles se abrasa en la fragua la cabeza, hasta ahora reverenciada por el pueblo; el imponente Seyano revienta, y de este rostro, que era el segundo en todo el orbe, salen jarras, calderas, sartenes y orinales.

Desde luego, la situación se debe matizar, porque en la sociedad debe haber quien gobierne, y el político que lo es con honradez ejerce una función muy noble, de modo que la tajante actitud de Juvenal es contradictoria, pero es que su sátira, con aquella fina progresión que en él es un elemento constante, se dirige a la parafernalia que es secuencia obligada de la vida del político gobernante, y que hoy podríamos cifrar en las escoltas personales y en el aparato policial que rodea a las autoridades, principalmente ante el fenómeno moderno de la organización del terrorismo. La contraposición es fuerte; cuando se reía de las riquezas y de lo que en el lenguaje catequético de nuestra infancia se denominaban «pompas y vanidades», el poeta nos daba la visión, técnicamente interesante porque es un lugar clave para saber cómo se desarrollaba la llamada «pompa triunfal», la visión, decimos, estrafalaria del alto funcionario, el pretor, que presidirá el espectáculo. Demócrito se reía en su Abdera natal, en la que no ocurría lo que en Roma. Pero (vv. 36-46):

¿qué le habría ocurrido si hubiera visto al pretor de pie en un soberbio carruaje, avanzando majestuosamente en medio de la polvareda del Circo, ataviado con una túnica de Júpiter, y llevando en sus espaldas, ancha como una cortina, una clámide bordada de Sarra, y en la cabeza una ancha corona, tan enorme, que no hay cuello que ella no haga doblar?... Añade a eso el águila que remata el cetro de marfil, pon a un lado los trompeteros, y al otro la larga y ceremoniosa comitiva de togas blancas...

¿Qué, si Demócrito hubiera visto esto? ¡Qué brutal contraste con este Seyano vejado por las turbas, derrotado y linchado! Cuanto más alto, más dura será la caída. Un traspiés de este pretor, pongamos por caso, que le hubiera hecho caer accidentalmente, habría ampliado nuestra risa; la caída definitiva de Seyano nos causa horror, y palpamos aquel estado general de la sociedad que vive en régimen de dictadura, paraíso de la clandestinidad y regocijo de la desgracia ajena cuando ésta se ceba en el personaje más odiado. Juvenal relata las dos situaciones en sí, y por cotejo, al hacerlas seguir inmediatamente la primera a la segunda, las opone con un vigor y una maestría insuperables.

Otra cosa que se pide a la divinidad: la elocuencia. Hoy el abanico sería mucho más amplio, en parte porque hay profesiones que se han dignificado, la de actor teatral, por ejemplo (que en Roma era una profesión vil y despreciable), y, en parte, porque la vida moderna ofrece una gama de posibilidades forzosamente negada al hombre de la Roma antigua. Pero tanto da, en el fondo es lo mismo, y lo que dice Juvenal es universalmente válido porque sale de la propia entraña de nuestra entidad humana. El satírico aporta dos casos de especial mala suerte, Demóstenes y Cicerón, que murieron violentamente a causa de la elocuencia de su palabra. Dicho sea *cum mica salis*. No se puede firmar el cien por cien de lo que dice, porque las aspiraciones artísticas son muy nobles en sí, y el que tiene dotes puede y debe aspirar a ser un buen poeta, un buen novelista, un buen ensayista, igual que, volviendo algo las tornas, un buen matemático, un buen físico, un buen naturalista. Pero el tiro de Juvenal es certero cuando da en la petulancia del filósofo, del poeta, del novelista profesional, en la guerra de envidias y zancadillas que entre sí se ponen los notables, en la guerra sucia que se hacen los políticos. Porque lo que Demóstenes y Cicerón se proponían era noble, el primero la libertad y dignidad de Atenas, el segundo las reivindicaciones de los derechos de la sociedad ante las arbitrariedades del presunto oligarca. A ambos su tenacidad combinada con su excepcional destreza les comportó la muerte. Juve-

nal no va más allá, no extrae las consecuencias ulteriores que sacamos nosotros. En un sentimiento diferenciado, no iba más allá; el norteafricano Tertuliano, posterior a él sólo sesenta o setenta años, formulará el célebre principio de que la sangre de los mártires era semilla de cristianos. Juvenal no podía pensar así, y se detiene en su radical pesimismo, pero ¡con qué fuerza! En ambos casos nos da vívidamente el anverso y el reverso de la medalla, cada uno en el cenit de su gloria, y, sin solución de continuidad, su desastroso final. Quizás le diera vueltas la idea de la *aurea mediocritas* de Horacio, que se ve más en la *Sátira* VII, cuando reivindica un bienestar para los altos poetas (luego no renuncia a altos ideales), y quizá éstos sean casos extremos, de los que aquí no se puede extraer valor universal, como antes, sino una muy entrañada recomendación. Un camino está trazado ya en una autonomía que hoy llamaríamos kantiana, interrogativamente aquí, en un fugaz inciso (vv. 140-142):

> ¡Tanto mayor es la sed de gloria que la de virtud! Si excluyes su premio, ¿quién abrazará la virtud por ella misma?

Al final lo trazará de forma afirmativa y contundente (v. 363):

> Cosa cierta es que para una vida tranquila se te abre un único camino, el de la virtud,

y este camino es general y aplicable en todas partes, y más primario que los otros. Yo pienso que en conclusión Juvenal nos dice que se puede aspirar casi a todo si se actúa en ello virtuosamente.

Sigue nuestro satírico (vv. 187 ss.): otro ruego muy generalizado a los dioses es el de una vida larga. Y aquí el largo alegato de Juvenal, pues ocupa unos cien versos, es una de las principales denuncias hechas contra la excesiva longevidad, que comporta, o la imbecilidad personal, o, en el caso de que se mantenga la lucidez en proporciones aceptables, las vivencias más tristes que el ser humano puede tener: la desaparición del marido o de la mujer, la de los hermanos y los hijos... Pero queda la irreductible esperanza de la vida, podríamos revisar y

completar, y el recuerdo. *Non omnis moriar* decía Horacio, que, aunque en un contexto indudablemente distinto, era aquí más real que Juvenal.

Y la belleza, la beldad corporal (vv. 289 ss.), apunta el satírico en el último lugar, que pide la madre para sus hijos varones con un leve murmullo en el templo, y con un hablar más recio para sus hijas. Pero no distintamente a los demás casos, la belleza lleva a la perdición. Juvenal aduce dos casos concretos de ello, el de Lucrecia y el de Verginia, a las que su hermosura condujo a la muerte. Pero luego su certero sentido moral se explaya en el riesgo diríamos hoy de un erotismo exacerbado. ¡Qué rara actualidad para el lector de hoy! Si fue ya profeta cuando en la *Sátira* II Juvenal decía que día llegará en que se pretenda legalizar las uniones homosexuales (*Sátira* II 135-136):

> Los que no muramos pronto viviremos esto, y ocurrirá a la luz pública, y se deseará que se consigne en los registros,

ahora lo es más, cuando el sexo impone su ley irracional y aberrante en la publicidad, en las relaciones sociales y en lo que debería ser la sagrada intimidad de las personas. En Roma difícilmente se logrará ser simplemente hombre, pues se llegará o a invertido o a castrado, o a adúltero profesional. Ésta era la Roma que veía Juvenal. Trasladándolo a los módulos correspondientes y en sus líneas más generales, ¿vemos hoy nuestra sociedad de manera distinta? ¿No es el sexo, que no el amor, el valor supremo para tantos y tantos que van por nuestras calles? Y el mismo Juvenal indica el correctivo, no precisamente la fealdad de los muchachos que Nerón ni secuestraba ni raptaba, sino la virtud, aquí de la castidad (v. 324):

> Bien, pero al que es casto, ¿en qué le daña la belleza? ¿A Hipólito o a Belerofonte, de qué les sirvió su entereza?

La interpretación de lo que sigue en el texto es algo oscura. Pero hay que notar bien que Juvenal, de manera algo incoherente, eso es innegable, no dice ni una palabra más, y arremete

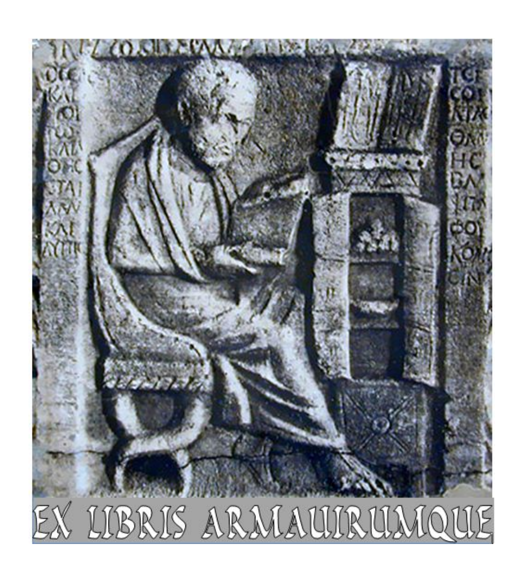
inmediatamente contra Fedra y contra Estenebea. Porque ve claro que la actitud de ambos fue intachable, y despertó aún más el celo malvado de las mujeres, pero, desde luego, el satírico ha puesto un ejemplo, sin comentarlo, de lo que debe ser. Luego se explana en las consecuencias desde otra perspectiva, que aquí, si fuera más coherente, no debería intentar. Pero *quandoque bonus dormitat Homerus.* Por lo demás, en las literaturas antiguas se encuentran fácilmente paralelos, y en la misma *Biblia* el caso de José y la mujer del Faraón, *Gn.* 39, 7-20.

Yo creo que Juvenal, como cualquier hijo de vecino desde que el presocrático Tales de Mileto formuló el principio de causalidad, creía en él racionalmente, es decir, que no hay efecto sin causa, y que de tales causas proceden tales efectos. ¿A cuento de qué viene esto? En los versos finales de esta *Sátira* X, el espíritu que la anima se muda radicalmente. ¿Tan negativo es el panorama, que el hombre no deberá desear nada? ¡No, en absoluto! ¡Lo que de bueno tienen los hombres lo deben al amor de los dioses hacia ellos! ¡Pasaje irrepetido y seguramente irrepetible en las literaturas paganas antiguas griega y latina! Es cierto que en algún pasaje de Homero leemos que una divinidad ama a un mortal concreto y determinado en un amor casi de enamoramiento, pero este concepto de genitivo objetivo, los hombres como objeto del amor de los dioses, no se da jamás, a excepción de un lugar de Séneca, *De beneficiis* II 29, 6: *carissimos nos habuerunt dii immortales habentque,* «los dioses inmortales nos amaron y nos aman muchísimo», pasaje que bien pudo haber inspirado el de Juvenal; en cualquier caso se mueve en el mismo ambiente. Una conclusión se impone: si tales efectos vienen de tales causas, Juvenal creía en la divinidad. Y creía de ella fundamentalmente que es buena, pero también justa, que castiga a los que lo merecen, cf. vv. 7-8 de esta misma sátira:

> los dioses acceden fácilmente a destruir linajes enteros porque éstos se lo han pedido.

Este lugar sería un plano inferior de la cuestión, el de Séneca citado y el v. 350 la situación límite en la visión del satírico,

cuya trascendencia sólo es posible desde otra perspectiva, la evangélica *Mt.* VI, 8: «Vuestro Padre» —dice— «sabe lo que necesitáis antes de pedírselo».



SÁTIRA X

En todas las tierras que se extienden desde Cádiz[1] hasta el río Ganges, donde se levanta la aurora[2], son contados los capaces de remover la niebla del error y distinguir los bienes verdaderos de aquellos otros que les son tan opuestos. A ver: ¿qué es lo que deseamos o tememos con razón? ¿Qué es lo que concibes con tan buenos agüeros que luego no te arrepientes del intento, del deseo cumplimentado? Los dioses acceden fácilmente a destruir linajes enteros porque éstos se lo han pedido[3]. Unos solicitan una toga que les perjudicará, otros un puesto en el ejercicio que les dañará[4]. A muchos les es mortífera la elocuencia torrencial de su propia palabra, digamos su oratoria; otro ha muerto por confiar en la fuerza, en el vigor

5

10

[1] Los puntos extremos de la tierra según la concepción de los antiguos; Cádiz, entonces isla, en el océano, en el sur de Hispania.

[2] El río Ganges era el punto más oriental conocido. La Aurora, divinidad matutina, tenía su sede en el oriente más extremo, y cada día al despuntar el alba se elevaba de las profundidades del Mar Oriental.

[3] Nadie pide su propia ruina, naturalmente, pero sí bienes aparentes, cuya consecuencia es perderlo todo. La idea sale alguna vez en los Libros Sapienciales de la Biblia, por ejemplo *Sb.* 1, 12: «No os busquéis la muerte con los extravíos de vuestra vida, no os atraigáis la ruina con las obras de vuestras manos».

[4] Es decir, los honores conferidos por la ciudad.

de sus brazos, y aún son más los que asesina una riqueza acumulada con angustia excesiva y que rebasa todos los patrimonios inscritos en el censo, tanto como la ballena
15 de Britania[5] es mayor que los delfines. Pues, por orden de Nerón, en época calamitosa toda una cohorte rodeó la casa de Longino y los grandes jardines del potentado Séneca, y asedió el magnífico palacio de los Laterano[6]; es raro ver aparecer a un pretoriano en las piezas de alquiler de los pisos de arriba. Con sólo que lleves algunos peque-
20 ños vasos de plata pura, si te pones en camino de noche temerás la espada y la lanza[7], y temblarás ante la sombra de una caña que se agita a la luz de la luna; si le sale un ladrón, el viandante que no lleva nada se pondrá a cantar[8].

Las riquezas son para la mayoría el deseo primordial, el más conocido[9] en todos los templos: que nuestros re-
25 cursos crezcan, que nuestra arca[10] sea la mayor de todo

---

[5] Quizás sea éste un recuerdo personal de Juvenal.

[6] Gayo Casio Longino fue un célebre jurista que ejerció el consulado; en el año 65 Nerón le desterró a Cerdeña, pero en el gobierno de Vespasiano pudo repatriarse. Sabido es que Séneca se suicidó por orden de Nerón; los pretorianos habían rodeado previamente su casa, y lo mismo ocurrió con Plaucio Laterano; los palacios y jardines de ambos fueron confiscados y pasaron directamente a la hacienda imperial (TÁCITO, *Anales* XV 60-65).

[7] En época de Vespasiano los jinetes de la caballería romana iban armados de casco y lanza.

[8] Descripción bella y pintoresca: el rico teme siempre ser atracado, mientras que el caminante pobre, que nada lleva en la bolsa, va tranquilamente por el mundo.

[9] Porque se hace en voz alta, a grito pelado.

[10] El rico deposita su dinero en metálico en un banco, a custodiar por el banquero *(argentarius)*, que a su vez presta a usura, y alquila una caja fuerte al depositario. Cuando éste ha de pagar algo, lo hace

el Foro. Pero el veneno jamás se bebe en vasijas de barro; debes recelar cuando empuñes copas con piedras preciosas y cuando el vino de Secia[11] bulla en una ancha crátera de oro. Luego, ¿apruebas que, de aquellos dos sabios[12], uno se mondara de risa sólo con haber movido un pie del 30 dintel y adelantarlo, y el otro, su oponente, llorara? A cualquiera le es fácil censurar severamente la carcajada; lo extraño es de dónde sacaba el otro lágrimas suficientes para sus ojos. Demócrito solía agitar sus pulmones con una risa incesante, pese a que en aquellas ciudades no ha- 35 bía pretextas, trábeas, ni haces, ni literas, ni estrados de tribunales[13]. ¿Qué le habría ocurrido[14] si hubiera visto al

---

mediante una notificación al cajero, antecedente remoto de nuestros cheques o talones.

[11] Cf. nota 19 de la *Sátira* V.

[12] Son los filósofos presocráticos Demócrito y Heráclito, respectivamente.

[13] Son los distintivos de las personas, hombres y mujeres, de más rango en la sociedad romana. La toga pretexta, los haces y el estrado (tribuna dispuesta para los altos cargos y sus servidores) desde el que el pretor disertaba, son privilegios de los magistrados de rango senatorial. Para la trábea, cf. la nota 106 de la *Sátira* VIII. Ir en litera era privilegio especialmente de las mujeres de los senadores, cf. I 121.

[14] Los vv. 36-46 del texto latino son un lugar clave para conocer la llamada *pompa circensis* o desfile que abría los juegos circenses propiamente dichos, a los que Juvenal aludirá en la sátira siguiente (XI 191 ss.). Un comentario exhaustivo a estos dos lugares reclama conocimientos muy amplios, y aquí quedaría fuera de lugar. El tema es de contenido muy vasto, y penetra en profundidad en la mentalidad y en el gusto de los romanos, que se apasionaban por estos espectáculos. Juvenal no ve en ellos más que necedades, y se burla de ellos, igual que Plinio el Joven, IX 6. Pero del satírico no podíamos esperar otra cosa. Estos juegos se daban en el Circo Máximo, y hay que distinguirlos de los juegos de gladiadores en el Anfiteatro. Esta fiesta de aquí era de origen religioso, como todos los juegos espectáculo en el mundo antiguo, desde los pri-

pretor de pie en un soberbio carruaje, avanzando majestuosamente en medio de la polvareda del Circo, ataviado con una túnica de Júpiter[15], y llevando en sus espaldas, ancha como una cortina, una clámide bordada de Sarra,
40 y en la cabeza una ancha corona, tan enorme, que no hay

---

meros juegos funerarios que se conocen, en la *Ilíada,* juegos deportivos funerarios en honor de Patroclo, *Ilíada* XXIII 257 ss. Pero si en su origen los juegos han sido en honor de un difunto importante, pronto han pasado a darse en honor de los dioses, como por ejemplo en la griega Olimpia en honor de Hércules y de Apolo. La variedad y las muy diversas ordenaciones de los juegos muestran el genio imaginativo de los pueblos antiguos, y también las peculiaridades más características de su gusto y aun de su sentir. En Roma, en la época imperial, los juegos habían degenerado y habían perdido su significación antigua, tanto más cuanto los emperadores los aprovecharon como medio de ocupar y de distraer al pueblo ocioso. Pronto se llegó tan allá que el pueblo sólo exigía pan y circo (cf. v. 81 de esta misma sátira). Con ello el lujo, los gastos y el esplendor de los juegos crecieron imparablemente. Su parte principal eran los llamados *certamina curulia,* en rigor carreras de carros, a las que pronto se añadieron las carreras de jinetes. Mas inmediatamente se amplió y diversificó el número de competiciones: carreras pedestres, campeonatos de salto, lanzamiento de disco y de jabalina, lucha, pugilato... Pero nunca se ofrecían todas las competiciones en unos juegos, sino sólo en parte, y alternándose. Los festejos se abrían con la llamada *pompa* (o desfile) y las *sacra* (ejecución de ritos religiosos). La primera discurría desde el templo de Júpiter Capitolino hasta el Circo, y luego daba varias vueltas en torno de él. Al cabo de la procesión se efectuaban plegarias y sacrificios. Pero el pueblo pronto llegó a detestar esta primera parte de la solemnidad, pues lo único que le interesaba era el espectáculo. De modo que podemos ver en qué habían parado estas instituciones, primariamente religiosas, y siempre muy solemnes, y también la razón del satírico en burlarse ahora de ellas.

[15] El pretor representaba a Júpiter Capitolino en su calidad de vencedor; de modo paralelo, y en el mismo lugar, a los generales triunfadores se les imponía una toga de púrpura bordada en oro y una túnica confeccionada con telas de Tiro; el nombre primitivo de esta ciudad fue Sarra; de ahí el adjetivo.

cuello que ella no haga doblar? Cierto que, sudoroso, la sostiene un esclavo público[16], que, para que el cónsul no se engría, va en el mismo carruaje. Añade a eso el águila[17] que remata el cetro de marfil, pon a un lado los trompeteros, y al otro la larga y ceremoniosa comitiva de togas blancas[18] que precede al magistrado, gente togada 45 que atiende a los frenos de los caballos; son los quirites convertidos en amigos por el pequeño capazo vaciado en los respectivos monederos. Pero Demócrito también en su época se topó con materia de risa en cualquier encuentro con los hombres; su sabiduría demuestra que en la patria 50 de los carneros[19] y bajo un aire enrarecido también pueden nacer hombres ilustres, capaces de dar bellos ejemplos. Se reía de los afanes y también de los gozos de la gente, y alguna vez aun de las lágrimas; él personalmente mandaba a la horca a la fortuna amenazadora, y con el dedo corazón[20] le hacía gestos de burla.

De modo que se piden cosas vanas y también perniciosas[21] por las cuales es lícito encerar[22] las rodillas de 55

---

16 Detrás del pretor, y sosteniendo la corona que ciñe su cabeza, hay un esclavo público (o sea de propiedad y al servicio de la ciudad) que, además, recordaba al pretor, que representaba a Júpiter, su condición mortal.

17 En la indumentaria del triunfador entraba también un cetro de marfil rematado por una cabeza de águila.

18 Para esta ocasión tan solemne los clientes se ponen sus togas blanquísimas, recién lavadas.

19 Carneros, por hombres tontos. Demócrito había nacido en Abdera, patria también de Protágoras y del historiador Hecateo.

20 Era el llamado dedo infame *(digitus infamis)* que indicaba prácticas sexuales aberrantes, contra naturaleza.

21 Como objeto de ruegos superfluos o incluso malignos hay que entender los que enumerará la sátira, poder, elocuencia, fama militar, larga vida y belleza; tales cosas se pueden rogar públicamente haciendo

los dioses. A algunos[23] los precipita un poder sometido a grandes envidias, les hunde la larga página[24] de sus importantes títulos. ¡Cómo caen las estatuas que siguen la cuerda[25]! Luego los hachazos trocean las mismas ruedas[26]
60 y la chusma quiebra las piernas a los inocentes caballos. El fuego ya chisporrotea, y al soplo de los fuelles se abrasa en la fragua la cabeza[27], hasta ahora reverenciada por el pueblo; el imponente Seyano revienta, y de este rostro, que era el segundo en todo el orbe[28], salen jarras, cal-

---

votos y plegarias. Pero hay cosas que sería indecoroso pedir tan a las claras, y que sólo se deben susurrar a los oídos de los dioses.

22 Exactamente colgar de sus rodillas tablillas, pegadas con cera, en las que consten por escrito los deseos, como si los dioses pudieran olvidarlos.

23 Aquí empieza la parte mejor de la sátira, la caída de Seyano, aunque la alusión a él de momento es algo críptica (vv. 56-113). Juvenal escribe ahora con gran fuerza poética, de concreción progresiva. Seyano es aducido sólo como representante de todo género de ambiciosos, pero la descripción es marcadamente personalizada. Y es magnífica la manera como el poeta describe el ambiente popular que rodeó la caída de este valido del emperador Tiberio. Aquí nuestro satírico se muestra como espléndido dramaturgo.

24 Era una tabla de bronce o de mármol en la que se leían todos los honores de que el personaje había gozado, y que se ponía en el basamento de sus estatuas.

25 Todo ocurre por orden personal del Emperador, y es ejecutado por encargados de cumplir estos mandatos.

26 Seyano fue linchado precisamente en el transcurso de una pompa triunfal (cf. la nota 14); su caída tuvo lugar el 18 de octubre del año 31 d. C.

27 De la estatua que representaba al propio Seyano en el solemne cortejo. La estatua será fundida para vender el metal resultante.

28 El segundo hombre del Imperio, después de Tiberio. En todas partes, incluso en los campamentos, la estatua de Seyano figuraba siempre al lado de la de Tiberio. El pueblo le consideraba instigador de muchas atrocidades perpetradas durante el reinado de Tiberio; por eso su caída en desgracia y su muerte fueron acogidas con regocijo general.

deras, sartenes y orinales. Tú cuelga laureles en tu casa[29] 65
y conduce al Capitolio un buey grande y espolvoreado con creta[30]; a Seyano[31], le arrastran con un gancho, para ser expuesto. Todo el mundo está de enhorabuena: «¡Vaya morros! ¡Y qué facha tenía! Puedes creerme; este hombre jamás fue de mi agrado. Pero, ¿qué crimen le ha derribado? ¿Quién le ha delatado? ¿De qué pruebas, de qué 70
testigos se ha valido?». «Nada de eso: ha llegado de Capri una carta prolija y elocuente». «Bien, ya no te pregunto más[32]».

¿Y qué, las turbas de Remo[33]? Como siempre: van en pos de los afortunados y odian a los condenados. Si Norcia hubiese favorecido al toscano[34], si algo imprevisto al

---

[29] Por lo menos sale en Juvenal dos veces más este uso de adornar las puertas con ramas de árbol (laurel, olivo) en los eventos festivos y felices; con motivo de una boda, cf. VI 79, y cuando un abogado ha tenido un éxito, cf. VII 118. Aquí empieza una secuencia especialmente dramática.

[30] A Júpiter sólo se le podían ofrecer bueyes blancos, muy difíciles de obtener; en cualquier caso se les espolvoreaban con creta los cuernos y las patas, y quedaba cumplido lo esencial de la exigencia.

[31] Ya cadáver, naturalmente, que fue expuesto tres días a orillas del Tíber para que el pueblo pudiera vejarlo, y luego fue arrojado al río. También fueron ejecutados muchos amigos y partidarios de Seyano.

[32] Cuando el cadáver es arrastrado por las calles, Juvenal caracteriza muy justamente la reacción popular. Aquí hablan algunos, atraídos por el ruido; conocen la mala fama de Seyano, pero no lo que exactamente ha ocurrido, y se preguntan sobre ello.

[33] Los fundadores de Roma fueron Rómulo y Remo, que en último término fueron bandidos, cf. el final de la *Sátira* VIII, pero Remo fue mucho peor que su hermano, de manera que con la expresión «las turbas de Remo» se califica al populacho de despreciable.

[34] Seyano había nacido en Volsinio, en la Etruria, región toscana. En su ciudad natal había un templo dedicado a Norcia, diosa del destino.

75 anciano príncipe le hubiera costado la vida, este mismo pueblo y en esta misma hora aclamaría a Seyano como emperador. Desde hace tiempo —exactamente desde que no tenemos a quien vender el voto[35]—, este pueblo ha perdido su interés por la política, y si antes concedía mandos, haces, legiones, en fin todo, ahora deja hacer y sólo
80 desea con avidez dos cosas: pan y juegos en el Circo.

«Por aquí oigo decir que van a morir muchos más[36]». «Sí, no hay duda alguna, la hoguera es enorme». «Ante el altar de Marte he encontrado a mi amigo Brutidio[37] pálido como un muerto. Mucho me temo que, como un
85 Ayante derrotado, el Emperador nos castigue por haberle defendido tan mal[38]. Corramos a pisotear el cadáver del enemigo del César mientras está aún tirado en la orilla. Pero que lo vean los esclavos, no fuera que alguno de ellos lo negara y condujera a su asustado dueño con una soga al cuello ante los tribunales[39]». Hete aquí los diálogos sobre Seyano, las murmuraciones secretas del vulgo.
90 ¿Y querrás disponer, como Seyano, de una turba que te

---

[35] Porque el emperador Tiberio suprimió en Roma cualquier clase de comicios.

[36] Otro diálogo, supuestamente recogido por Juvenal, que se enlaza con el anterior.

[37] Se trata seguramente del orador Brutidio Níger, que en su calidad de edil acusó en el año 22 d. C. al senador Junio Silano por concusión.

[38] Es decir: temo que el Emperador, que se sentía injustamente desplazado por Seyano, tal como Ayante en la querella contra Ulises por las armas de Aquiles, organice, tal como Ayante, una matanza, porque no le hemos defendido contra Seyano con la energía suficiente.

[39] En un contexto mucho más horrible emerge de nuevo la misma idea que en IX 118 ss., de que los dueños deben precaverse de la maledicencia, o de las delaciones de sus propios esclavos.

salude[40], poseer las mismas riquezas que él, conceder a éste las más prestigiosas sillas curules, poner a aquél a la cabeza del ejército[41]? ¿Y ser tenido como tutor del propio Emperador instalado en el pequeño escollo de Capri[42] con su rebaño de caldeos? ¿Es que de verdad quieres en tu casa lanzas, cohortes, jinetes arrogantes y campamentos enteros[43]? ¿Y por qué no vas a desearlo? Incluso los que 95 no quieren asesinar a nadie desean poder hacerlo. Sin embargo, ¿hay gloria y prosperidad que valgan tanto que se pueda equiparar a su goce el peso de tantos males? ¿Prefieres ponerte la toga pretexta de éste que ahora arrastran o ejercer potestad[44] en Gabias o en Fidenas[45] y dictami- 100 nar sobre las medidas, mandando romper los recipientes que no tienen la capacidad legal[46], edil harapiento en la desierta Ulubra[47]? Reconocerás, pues, que Seyano ignoraba lo que se debe desear, porque cuando codiciaba ho- 105 nores excesivos e iba en pos de riquezas exorbitantes, de

---

40 Seyano se hacía saludar por sus *clientes* (cf. nota 57 de la *Sátira* I, y en ésta los vv. 95 ss.) en el mismo palacio imperial.

41 Sabemos por Tácito *(Anales* III 72, 74) que Seyano logró que su tío materno, Junio Bleso, fuera agraciado por Tiberio con el título de *imperator* por sus campañas en la Panonia, con la concesión de las insignias triunfales.

42 Desde el año 27 Tiberio residía normalmente en Capri.

43 La referencia es a una guardia personal, tenida tanto como protección personal como por motivos de ostentación.

44 Dicho con mucha ironía, pues estrictamente ejercer potestad correspondía sólo al Emperador.

45 Pequeños lugares del Lacio, ya citados en VI 56 ss.

46 Uno de los cometidos de los ediles municipales era inspeccionar los recipientes usados como medidas en las transacciones comerciales, e inutilizar los que no arrojaban las medidas reglamentarias.

47 Ulubra, citada también por Horacio en sus *Epodos* I 11, 29, no sabemos dónde se encontraba, pero debía de ser lugar notorio por ser desierto y solitario.

hecho construía los muchos pisos de una torre elevada para que su caída fuera desde más alto y más terrible el estrago del derrumbamiento. ¿Qué es lo que perdió a los Craso, a los Pompeyo, y también a aquel que hizo seguir
110 bajo sus látigos a los quirites domeñados [48]? No otra cosa que su posición excelsa, buscada por todos los medios, y sus afanes ambiciosos, atendidos por unos númenes inicuos. Pocos son los reyes que no bajan a los reinos del yerno de Ceres [49] rajados por una herida mortal, pocos los tiranos que mueren de muerte incruenta.

La elocuencia o la fama de un Demóstenes o de un
115 Cicerón [50], ya comienzan a desearla, y la piden durante todas las Quincuatrias [51], los que honran todavía con un as a una Minerva económica [52], y van acompañados por un esclavillo que les lleva una pequeña cartera. Pero a ambos oradores les perdió su facundia, los dos fueron librados a la muerte por la vena copiosa y abundante de su talento. A Cicerón su ingenio le costó la mano y la
120 cabeza [53], pero las tribunas nunca se empaparon de la san-

---

48 César. Su mención es natural después de la de Pompeyo.

49 El yerno de Ceres es Plutón, el dios de los infiernos, casado con la hija de aquélla, Proserpina. Este mito es el tema del primero de los *Himnos homéricos*.

50 La elocuencia y la fama de un Demóstenes o de un Cicerón son para muchos el más ardiente deseo desde su juventud. Pero su misma elocuencia perdió a muchos oradores.

51 Las Quincuatrias eran fiestas celebradas principalmente por jóvenes de ambos sexos, en honor de Minerva, a la que pedían protección y éxito en sus estudios.

52 Normalmente los jóvenes disponían de muy poco dinero, y por ello no podían hacer grandes dispendios en su culto a la diosa.

53 En su biografía de Cicerón, Plutarco cuenta que el centurión Herennio le cortó la cabeza y la mano derecha, que mandó a Marco Antonio; éste las hizo colgar, para horror del pueblo, en la tribuna en

gre de un abogadillo de tres al cuarto. «¡Oh Roma afortunada, en mi consulado engendrada[54]!». Hubiera podido despreciar las espadas de Marco Antonio si todo lo hubiera dicho en tal estilo. Yo prefiero poemas risibles a ti, Filípica divina, de fama conspicua, que en el volumen si- 125 gues a la primera[55]. También un final desastroso arrebató a aquel que en Atenas admiraba por un verbo fluido[56], que llevaba las riendas del teatro abarrotado[57]. Pero había nacido con los dioses hostiles, con un hado siniestro; su padre[58], bizco por el hollín de la masa incandescente, 130 lo pasó del carbón, de las tenazas, del yunque en el que se forjan las espadas, de la negra fragua de Vulcano a la escuela de retórica.

---

la que habitualmente hablaba Cicerón. Fue su venganza contra las *Filípicas,* pronunciadas principalmente contra él.

[54] Un mal verso de Cicerón, que como poeta jamás destacó.

[55] Los ataques de Cicerón contra Marco Antonio en su segunda *Filípica* fueron especialmente virulentos, y, a su vez, este discurso figura entre los más extraordinarios del orador.

[56] No de otra manera más feliz acabó el modelo de Cicerón, Demóstenes. Después de la muerte de Alejandro Magno fue él principalmente quien impulsó a los griegos a un último intento de sacudirse el yugo macedonio. Cuando Antípatro se aproximó, él y los demás jefes del movimiento antimacedonio huyeron; los demás fueron cogidos y ejecutados, pero él logró escapar y refugiarse en el templo de Posidón, en la isla de Calauria; cuando los esbirros de Antípatro rodearon el templo, Demóstenes se suicidó tomando un veneno que llevaba oculto en el anillo. Contaba setenta y dos años.

[57] En Atenas la asamblea del pueblo se reunía muchas veces en el teatro.

[58] El padre de Demóstenes era dueño de una fábrica de armas especializada en espadas, pero en su juventud había estudiado retórica, y mandó a su hijo a hacer los mismos estudios. Murió cuando su hijo tenía siete años de edad.

El botín de las guerras, una loriga pendiente de un trofeo quebrado, un barboquejo colgado de un casco roto,
135 un carro sin timón, el aplustre de un trirreme vencido y un prisionero triste en lo alto de un arco triunfal[59], he aquí lo que se tiene por el bien más excelso entre todas las cosas humanas. Detrás de eso han corrido los generales romanos, los griegos y los extranjeros; en ello encontraron motivo suficiente para afrontar riesgos y fatigas. ¡Tanto
140 mayor es la sed de gloria que la de virtud! Si excluyes su premio, ¿quién abrazará la virtud por ella misma? Sin embargo, tiempo atrás la gloria de unos pocos arruinó a su patria, la perdió la codicia de una inscripción laudatoria que habrá que adherir a las losas que guardan sus despojos, a las que las raíces inútiles de un cabrahígo se
145 bastarán para destruir, ya que éste es el hado también de los propios sepulcros. Pesa ahora a Aníbal: ¿cuántas libras encontrarás que arroja el caudillo supremo? Y éste es el que no cabe en el África sacudida por el Mar de Mauritania y que por el otro extremo confina con el cálido
150 Nilo, hasta los pueblos de Etiopía que tienen los elefantes distintos[60]. Añade Hispania a su imperio, pasa por los Pirineos; la naturaleza le opone los Alpes y sus ventisqueros, pero él separa las rocas y disuelve las montañas con

[59] Otros desean la gloria militar, un bien muy vano. Ejemplos: Aníbal, Alejandro, Jerjes. En vez de gloria militar se citan sus insignias: los trofeos y arcos triunfales, éstos últimos desconocidos por los griegos. Los arcos de triunfo tenían el frontispicio adornado con bajorrelieves que representaban al triunfador de pie en su carro triunfal, y a sus pies sus enemigos vencidos y encadenados.

[60] La extensión de África viene determinada geográficamente: el límite occidental es el Océano Atlántico; por oriente se extiende hasta el Nilo, por el sur hasta Etiopía. Una región de elefantes era la Mauritania, y la otra con elefantes distintos era Etiopía.

vinagre[61]. Ya ha llegado a Italia, e intenta aún progresar: «No habré hecho nada» —dice— «si mis soldados 155 púnicos no astillan las puertas de Roma y no planto mis estandartes en medio de la Subura[62]». ¡Y vaya rostro! ¿Qué cuadro no merecería este adalid tuerto montado en un elefante getúlico[63]? ¿Y cómo acabó? ¡Ah, gloria! Él mismo resulta vencido y huye a todo correr hacia el exilio, 160 y, cliente noble y excepcional, ha de sentarse delante de la tienda de mando del rey[64] hasta que el tirano de Bitinia guste de despertarse. El término de esta vida, que tiempo atrás trastornó el universo, no se producirá ni por espada, ni por dardo, ni por piedra, sino por aquel anillo 165 vengador de Canas y castigo de tanta sangre. ¡Hala, loco, corre por los Alpes escabrosos para divertir a los niños y ser un tema de declamación[65]!

Un mundo solo no le bastaba al joven de Pela[66], que, pobrecito, se ahogaba en los límites demasiado angostos de la tierra cual si se encontrara recluido en las rocas de 170 Gíaro o en la minúscula Serifo[67]. Pero cuando haya entrado en la ciudad fortificada por los alfareros[68] deberá contentarse con un sarcófago. Sólo la muerte declara la

---

[61] Lo dice TITO LIVIO, XXI 37.

[62] Cf. nota 3 de la *Sátira* III.

[63] Éste es un paréntesis satírico. El historiador Polibio cuenta (III 79) que Aníbal cruzó los Apeninos a lomos de un elefante, en el año 217 a. C., pero en la marcha, muy penosa, perdió un ojo por un accidente que sufrió a causa de una inundación del río Arno.

[64] Prusias I de Bitinia, que al final le traicionó e iba a entregarle a los romanos; Aníbal se percató a tiempo y se suicidó envenenándose.

[65] En las escuelas de retórica.

[66] Alejandro Magno.

[67] Para Gíaro, cf. I 73, y para Serifo, cf. VI 563 y nota 243.

[68] Es decir, el sepulcro, pero algunos refieren el texto a Babilonia.

pequeñez del pobre cuerpo humano. Creemos que siglos
175 atrás el monte Atos[69] fue atravesado por naves, y todo lo que la embustera Grecia osa afirmar en la historia, que el mar, recubierto por la misma flota, fue recorrido por carros como si fuera sólido[70], que los ríos profundos se secaron cuando el ejército persa tomaba el rancho, pues se bebía corrientes de agua enteras[71]; damos crédito a lo que Sóstrato[72] nos canta[73] con sus axilas sudorosas. ¡Pero cómo regresó el rey bárbaro tras dejar Salamina[74]! Él,
180 que solía castigar a latigazos al coro y el euro[75], que ni en la cárcel de Eolo[76] sufrían tal tormento, él, que había

[69] El canal excavado por Jerjes a través del monte Atos, según HERÓDOTO, VII 81, 3. De Jerjes y de sus preparativos contra Grecia, los griegos se hacían narraciones fabulosas y muy exageradas, por lo que resulta justificado que Juvenal tilde a Grecia de embustera.

[70] Otra narración fabulosa sobre Jerjes decía que había dispuesto paralelamente tal número de naves en el Helesponto, que éste fue cruzado por un ejército terrestre. Lo cuenta HERÓDOTO, VII 33 ss.

[71] Otra fábula tan increíble como la anterior. Por lo demás, aquí hay un buen rasgo satírico, pues mientras el rey se regala en su tienda con los mejores manjares, los soldados deben contentarse seguramente con una bazofia incomestible y con el agua de los ríos.

[72] Probablemente un poeta que cantó las hazañas de Jerjes.

[73] Canta como declamador, es decir, recita cantando. Y lo hace con todas sus fuerzas; de ahí que le suden las axilas.

[74] En Salamina, la flota griega, al mando de Temístocles, derrotó en el año 480 a la flota persa, muy superior en efectivos, y aseguró la pervivencia de Atenas.

[75] Según HERÓDOTO, VII 35, Jerjes no mandó azotar a los vientos, sino al Helesponto, encolerizado porque éste permitió que se levantara una tempestad contra su flota. Algo más abajo Juvenal designa al Helesponto con el epíteto de Enosigeo (propiamente de Posidón, el que sacude la tierra), y dice que Jerjes aún le trató benignamente, pues no ordenó señalarle con el hierro candente.

[76] Cf. V 101 y nota 49 de esta misma sátira.

mandado encadenar al propio Enosigeo, y aun le trató benignamente, pues no le creyó merecedor del hierro incandescente; ¿qué dios, entonces, se habría dignado servirle? ¿Pues, cómo regresó? Con una sola nave, cuya proa 185 progresaba lentamente en el oleaje sanguinolento por los cadáveres que se apretaban en él. La gloria deseada le comportó siempre estas penas.

«¡Prolóngame la vida, Júpiter, concédeme muchos años!»[77]. Esto es lo único que imploras tanto si tu cara rebosa salud como si la tienes amarillenta[78]. ¡Pero qué 190 males terribles e incesantes padece una vejez dilatada! Ante todo contempla un rostro mal parecido, deforme e irreconocible; en vez de cutis una piel fea, unas mejillas fláccidas y unas arrugas como las que, allí donde Tábraca[79] extiende sus bosques umbríos, surcan el entorno de la boca ya mustia de la mona que es madre. Muchas son las dife- 195 rencias que hay entre los jóvenes: aquél es más guapo que éste, que a su vez lo es más que otro; pero éste es más robusto que aquél. La faz de los viejos es siempre la misma, la voz y los miembros temblorosos, la cabeza calva y la nariz acuosa como la de un niño. Ha de roer, el 200 pobre, el pan con unas encías desdentadas. Repele tanto

---

77 Quizás Juvenal ya no era joven cuando redactó está sátira, en la que ahora describirá los achaques de la vejez, seguramente desde un doble punto de vista, el de su propia edad, algo avanzada, pero vivida probablemente con buena salud, como el Umbricio de la *Sátira* III cf. v. 26 ss.: «cuando las canas me son aún recientes y comienzo mi vejez aún vigoroso», pero contemplando, sin embargo, la fastidiada vejez de tantos amigos.

78 La excitación sube de punto cuando el cumplimiento de algo pedido en la plegaria se ve que depende de la buena salud corporal.

79 Tábraca, ciudad en la costa de Numidia, en cuyos bosques era notoria la presencia de muchos simios.

a su mujer y a sus hijos, siente tanta repugnancia de sí mismo que asquearía incluso a Coso, el cazador de testamentos[80]. Su paladar, insulso, no se deleita ni con el vino ni con la comida. También hace ya mucho tiempo
205 que no sabe qué es hacer el amor, y si lo intenta, el miembro diminuto le cuelga herniado, y colgará aunque se lo acaricien la noche entera. ¿Es que se puede esperar otra cosa de las canas de esta ingle enferma? ¿Qué diré sino que con razón es sospechosa[81] la libido que es impotente, pero que simula vigor?

Considera también el daño desde otra perspectiva[82].
210 ¿Pues, qué placer le causará un citaredo, por eximio que sea, pongamos Seleuco[83] y aquellos que suelen brillar con manto dorado[84]? Tanto da el lugar que ocupe en el gran teatro: a duras penas oirá a los trompeteros y el son de las tubas[85]. Deben gritarle para que su oído se entere de
215 quién es el anunciado por el sirviente, o, simplemente, la hora que es. En el cuerpo helado le resta tan sólo un

[80] El cual, sin embargo, pasará por todo con tal de lograr su objetivo. Para Coso, cf. nota 98 de la *Sátira* III.

[81] De prácticas homosexuales, naturalmente.

[82] La del oído, la sordera ridícula de los viejos.

[83] No se sabe quién era.

[84] Los citaredos en épocas más antiguas vestían sobriamente una túnica *(palla)*, que más tarde sustituyeron por otra con bordados de oro *(lacerna)*.

[85] La referencia es a los números inicial y final en los conciertos de instrumentos de viento, que consistían en unas piezas ejecutadas por todos los músicos a la vez, y que debían de armar un estrépito fenomenal. Peró el viejo, sordo, no oye ni eso. Tales conciertos se daban también en los teatros, y los músicos estaban encima de un tablado, en el centro de la escena. Tales conciertos las más de las veces abrían y cerraban los juegos, junto con las ceremonias sagradas descritas en la nota 14.

poco de sangre, la cual se le calienta únicamente cuando acude la fiebre. Entonces sí, formando un batallón, bailan en torno suyo toda clase de enfermedades. Si[86] me preguntaras sus nombres, antes te diría los amantes que ha 220 tenido Opia[87], los enfermos de Temisón[88] ha liquidado en un solo otoño[89], los socios que Básilo ha estafado[90], los pupilos que Hirrón ha defraudado[91], los hombres que en un día la gigantona Maura[92] deja exhaustos[93], los dis- 225 cípulos que Hamilo[94] corrompía, antes recorrería las fincas que hoy posee aquel que en mi juventud me afeitaba y me hacía crujir la barba molesta[95]. Uno anda mal del hombro, otro de los riñones, y un tercero, del muslo. Aquél perdió los dos ojos y siente envidia de los bizcos; los mortecinos labios de éste toman la comida de manos ajenas. Cuando ve la cena esboza una risita de conejo y 230 abre la boca como el pollito de una golondrina hacia el

86 Aquí empieza una secuencia genuinamente satírica, una rápida acumulación de comparaciones.

87 Debía ser una conocida adúltera, o quizás sea éste un nombre genérico de tales mujeres.

88 Conocido médico de las épocas de Nerón y Domiciano.

89 Es la época peor para los enfermos, cf. IV 65 ss.

90 Era un abogado que actuaba de gestor y estafaba a los arrendadores que le confiaban sus alquileres. De todas formas, sale como un pobretón en VII 145 ss.

91 En realidad, casi lo mismo que el anterior, sólo que éste estafa a los pupilos, los bienes de los cuales tiene el encargo de administrar.

92 Esta Maura sale aquí por segunda vez; ya la conocíamos por VI 307, donde parece ser una lesbiana doblada de prostituta.

93 Carnalmente, se entiende.

94 Progresión por la misma ruta: Hamilo era un conocido pederasta.

95 Exactamente la misma expresión al principio mismo de la *Sátira* I, v. 25. Parece tratarse de un advenedizo llamado Cinamón, que se hizo célebre en la época de Domiciano.

que vuela su madre aún en ayunas con el pico lleno de comida. Mas, peor que cualquier achaque de los miembros en los viejos es la demencia[96], pues no recuerda el nom-
235 bre de los sirvientes ni reconoce la cara del amigo con quién cenó la noche anterior, ni tan siquiera los hijos que ha tenido y educado. Por medio de un documento inhumano les priva de ser sus herederos, y sus bienes pasarán íntegramente a Fíale: tan poderoso es el aliento de una boca impura que se había pasado largos años en el recinto de un burdel[97].

240 ¿Que las facultades de su alma no han perdido vigor? En tal caso deberá celebrar los funerales de sus hijos, deberá contemplar la pira de la mujer que ha querido, la de sus hermanos, y las urnas funerarias de sus hermanas. El castigo infligido a los que viven mucho tiempo es enve-
245 jecer vestidos de luto, con tristeza perpetua, con gemidos incesantes y desgracias siempre renovadas. El rey de Pilos, si otorgas algún crédito al ilustre Homero, fue ejemplo de una existencia tan larga casi como la de la corneja[98], feliz, sin duda, porque logró retrasar la muerte tantos siglos
250 que ya contaba sus años con la mano diestra[99], feliz también por haber catado tantas veces mosto nuevo[100]. Pero

---

96 Esta debilidad mental, rayana en la imbecilidad, embotamiento del sentimiento y de la razón. Pero el rasgo principal aducido es la pérdida de memoria, mal que aquejó a Claudio en sus últimos años, por lo que aquí hay de refilón una punzada contra él.

97 El viejo, bobo e imbécil, es capaz de desheredar a los suyos para ceder sus bienes a una meretriz.

98 Néstor, rey de Pilos. En la creencia de los antiguos la corneja vivía centenares de años.

99 Para contar unidades y decenas los antiguos se servían de los dedos de la mano izquierda, y a partir de las centenas contaban con los de la mano derecha.

100 Naturalmente, en esta expresión hay una fuerte carga de ironía.

te ruego que te fijes en cómo él mismo se queja de las leyes del Hado, y del hilo demasiado largo cuando ve arder la barba del valiente Antíloco[101] y pregunta a todos los compañeros allí presentes la causa de que él dure hasta esos tiempos, qué crimen ha cometido merecedor de una vida tan larga. Lo mismo dice Peleo cuando llora la desaparición de Aquiles, y también aquél otro destinado por los hados a gemir por Ulises[102] batido en el Océano. Si Príamo hubiera descendido al reino de las sombras en tiempos de Troya aún intacta, lo habría hecho con el solemne ceremonial de Asáraco[103], Héctor y sus hermanos hubieran llevado a hombros el cadáver entre el llanto de las troyanas así que Casandra y Políxena[104], con sus vestidos desgarrados, hubiesen iniciado los lamentos; lo mismo habría sido si hubiera muerto aun en otra época, antes de que Paris hubiera empezado a construir sus audaces bajeles. De manera que podemos preguntarnos por los goces que le proporcionó una vida prolongada. Lo contempló todo destruido, y Asia que se desplomaba a fuego y a espada. Entonces, trémulo soldado, dejó la tiara[105] y em-

255

260

265

---

101 Néstor, ante la pira funeraria de su hijo Antíloco, fue un ejemplo muy usual para demostrar las desventuras de una vida larga.

102 El padre de Ulises, Laertes. Pero aquí el caso no es aducido con plena propiedad, pues en su vejez Laertes recuperó a su hijo, como se puede comprobar en el último canto de la *Odisea*.

103 Es decir, con el mismo ceremonial de que había gozado Asáraco. Éste fue hijo de Tros, hermano de Ilo, abuelo de Príamo, y fue enterrado en medio de una gran pompa.

104 Hijas de Príamo que habrían iniciado los lamentos según el uso troyano, tal como cuenta Homero en los funerales de Héctor, *Ilíada* XXIV 273 ss. Andrómaca, mujer de Héctor, su madre Hécuba y su cuñada Helena iniciaron, junto al féretro, los lamentos.

105 Era una especie de turbante, que se ponían los reyes como distintivo de la dignidad real.

puñó las armas, y sucumbió junto al altar de Júpiter supremo como un toro provecto que presenta al puñal de
270 su dueño un cuello escuálido y miserable, despreciado incluso por el arado ingrato. Con todo, murió como un hombre, pero su mujer, que le sobrevivió, ladró ferozmente con su garganta de perra.

Me urge llegar a los nuestros, y así omito al rey del Ponto[106] y a Creso[107], al que la voz elocuente del justo
275 Solón advirtió que atendiera especialmente al último trecho de su larga vida. El exilio, la prisión, las marismas de Minturna[108], y el pan mendigado en Cartago, la derrotada, todo ello sobrevino a Mario[109] por la misma causa. ¿Es que Roma, y aun la naturaleza, habrían creado sobre
280 la tierra un ciudadano más afortunado que él si hubiera exhalado su último suspiro cuando se aprestaba a descender del carro teutónico en medio del enjambre de prisioneros y de la pompa bélica[110]? Previsora, la Campania había proporcionado a Pompeyo unas fiebres deseables, pero prevalecieron los votos públicos de un montón de

---

[106] Mitrídates, rey del Ponto, repetidamente derrotado por los romanos. Cf. el verso final de la *Sátira* VI.

[107] Creso, el último rey de Lidia, que dominó la mitad occidental del Asia Menor, a excepción de Licia y Cilicia. Pero acabó mal, y tuvo que defender su propia capital, Sardes, en lo que fracasó, y se suicidó para escapar de sus enemigos, en el años 547 a. C. Su consulta a Solón parece legendaria.

[108] En el límite septentrional de la Campania; era una región pantanosa.

[109] Gayo Mario se vio obligado a los setenta años a huir de Roma perseguido por Sila, y se refugió en Cartago.

[110] En VIII 249 se nos da el momento glorioso de la vida de Gayo Mario, su defensa de la ciudad de Roma contra los cimbrios, que le valió un solemne desfile triunfal; si hubiera muerto inmediatamente después se habría ahorrado muchas penalidades.

ciudades. Su fortuna [111], y la de Roma, cercenaron al vencido la cabeza antes salvada [112]. Léntulo se ahorró este 285 tormento, y lo mismo Cétego, que cayó intacto; también Catilina [113] quedó tendido, pero con el cuerpo completo.

Cuando avizora el templo de Venus una madre ansiosa pide la belleza para sus hijos con un leve bisbiseo, para sus hijas con un murmullo algo más recio [114] y que llega 290 a los deseos más necios. «¿Por qué me has de corregir?» exclama. «Bien se gozaba Latona de la belleza de su Diana». Pero Lucrecia [115] nos desaconseja aspirar a un rostro tan bello como el suyo, y Verginia [116] hubiera preferido tener la joroba de Rútila [117] y pasarle a ella su propia 295 hermosura. Un hijo de cuerpo egregio tiene a sus desgraciados padres perpetuamente en vilo [118], pues pocas veces beldad y pudor coinciden. Pongamos que una familia agreste, copia de los antiguos sabinos [119], le haya transmi-

---

[111] La Fortuna es la suerte cambiante que ahora salva y luego pierde.

[112] Pompeyo murió miserablemente en Egipto.

[113] Cornelio Léntulo y Cornelio Cétego se conjuraron juntamente con Catilina, y murieron estrangulados en la prisión del Tuliano. Catilina murió en la batalla de Pistoya.

[114] Era de mala educación hablar en voz alta en los templos.

[115] Lucrecia, mujer de Colatino, que fue violada por el hijo del rey Sexto Tarquinio. Exigió a su marido Lucio Junio Bruto que la vengara, y se suicidó, según cuenta TITO LIVIO, I 57, 6 - 59, 6.

[116] Verginia, hija de Lucio Verginio; el decenviro Apio Claudio se prendó de ella por su belleza, pero fracasó en su intento de conseguirla legalmente en matrimonio. En ausencia de su padre intentó adquirirla fraudulentamente como esclava, y lo consiguió, pero avisado aquél a tiempo regresó a Roma desde el campamento donde se encontraba y mató a su propia hija para librarla de su mal destino, según cuenta DIODORO, XII 24 ss.

[117] Jorobada famosa de la época de Juvenal.

[118] Alarmados ante posibles prácticas de pederastia.

[119] Cf. III 169, y la nota 88 de esta sátira misma.

300 tido costumbres irreprensibles, y que, encima, la naturaleza le haya dado, benigna y con mano generosa, un temperamento casto y un rostro que se ruboriza de pudibunda vergüenza, —¿qué otra cosa podría otorgar a un muchacho la naturaleza, más eficaz que cualquier guardia o cui- 305 dado?— ¡Pues no logrará ser hombre[120]! El pródigo descaro del corruptor osa tantear incluso a los padres: tanta es la confianza que hoy depositamos en las riquezas[121]. Pero jamás un tirano castró, en su cruel ciudadela, a un efebo deforme, ni Nerón raptó nunca a un adolescente 310 zancajoso, raquítico o bien corcovado por delante y por detrás. ¡Ea, gózate de la belleza de tu jovencito, al que aguardan riesgos aún mayores. Llegará a adúltero público y deberá temer para sí todos los castigos de los maridos indignados. Y no tendrá la suerte que no tuvo Marte, la de no ser nunca atrapado[122]. Alguna vez tal dolor exige 315 más de lo permitido por la ley al dolor: un adúltero muere a espada, a otro le machacan con azotes sangrientos, a otro le meten un mújol[123] en el cuerpo. «Pero tu Endimión[124] será el adúltero de un matrona adorada». Mas muy pronto, cuando Emilia le haya dado dinero, lo será 320 de ella sin amarla, y la despojará de todo el ornato de

---

[120] Pues será o un castrado o un afeminado.

[121] Aquí Juvenal es ciertamente incoherente con lo que acaba de decir de las angustias de los padres por sus hijos ante posibles prácticas inmorales.

[122] Es el conocido episodio de los amores de Ares y Afrodita, *Odisea* VIII 267 y ss.

[123] Es un pez muy escamoso, que se introducía en el ano del adúltero. Pero el marido tenía derecho de vida y muerte sobre el que sorprendía en flagrante adulterio con su mujer.

[124] Endimión: era un bello pastor amado por la Luna, que duerme un sueño perpetuo en Heraclea, cerca de Mileto.

su cuerpo, y aunque se llamen Opia o Catula, ¿niegan jamás algo a un amante voluptuoso[125]? Una dama menos noble conservaría su moral intacta. «Bien, pero al que es casto, ¿en qué le daña la belleza?» ¿A Hipólito o a Belerofonte, de qué les sirvió su entereza? La primera, al verse rechazada como si diera asco enrojeció de ira[126], y Estenebea se inflamó no menos que la de Creta: las dos habían perdido el juicio. Cuando la sed de venganza la espolea hacia el odio la mujer es cruel como nunca. Dime el consejo que crees que hay que dar a éste con quien la mujer de César ha decidido juntarse[127]. El miembro mejor y más hermoso de una familia noble es arrastrado hasta la presencia de Mesalina, y el pobre no evitará la muerte. Ella le aguarda hace ya un buen rato, ataviada con el velo nupcial, y el tálamo cubierto de púrpura les espera en el jardín, a la vista de todos; según el rito antiguo van a darle un millón de sestercios, y acudirá el

325

330

335

---

[125] De las tres mujeres nombradas aquí, Emilia, Opia y Catula, sabemos, de las dos últimas, que fueron notorias adúlteras de la época de Nerón, quizás juzgadas y condenadas por ello; de Emilia no se sabe nada. Para Opia, cf. el v. 220 de esta misma sátira, y para Catula, II 49.

[126] Hipólito rechazó el amor de Fedra, su madrastra, que era cretense, hija del rey Minos; Belerofonte desdeñó los requerimientos amorosos de Estenebea, que se había enamorado de él; era la mujer de Preto, que había ofrecido hospitalidad a Belerofonte, huido de su país tras asesinar a un hermanastro. Ambas mujeres acabaron locas. Pero aquí no falla la coherencia de Juvenal, como quiere algún comentarista, pues se trataba de demostrar directamente los daños que la belleza causa a los jóvenes, de lo que aquí no es el caso. La locura de Fedra y de Estenebea se debería no a la mala conciencia por la obra intentada, sino al hecho de haberse visto rechazadas como mujeres, lo que agudiza la calificación de ambos episodios. Pero cuando Juvenal trata con demasiada amplitud de las dos mujeres oscurece la trabazón de su dicción.

[127] Este episodio Tácito lo cuenta muy detalladamente en *Anales* XI 26.

arúspice con los testigos. ¿Pensabas que la cosa iba a ser en secreto, confiada sólo a unos pocos? Ella se quiere casar con todas las de la ley. Tú di lo que prefieres: si te niegas a obedecer morirás antes de que se enciendan las
340 antorchas; si consientes en esta infamia, tendrás un breve respiro hasta que el crimen, ya conocido por la ciudad y por el pueblo, llegue a oídos del Emperador. Él será el último en enterarse del ultraje inferido a su casa. Tú, pues, cede a tal intimación si aprecias en tanto unos días de vida. Sea lo que fuere lo que hayas creído más hace-
345 dero y favorable, deberás ofrecer a la espada tu hermoso y cándido cuello.

¿Luego, los hombres no van a desear nada? Acéptame un consejo, permite que los mismos dioses nos den lo que nos convenga, lo que case con nuestros intereses. Ellos nos darán no cosas agradables, pero sí lo que nos sea
350 útil. Aman más ellos a los hombres que éstos a sí mismos. Nosotros, a caballo de nuestros impulsos, por nuestra codicia grande y ciega, pedimos matrimonio, y que la mujer nos dé hijos, pero son los dioses los que saben cómo nos saldrán los hijos y cómo será nuestra mujer. Para que puedas, no obstante, pedir algo y prometer a los santuarios las entrañas y las salchichas sagradas de un
355 cochinillo blanco [128], hay que rogar por una mente sana en un cuerpo sano [129]. Demanda un ánimo vigoroso, que no se aterrorice ante la muerte, y que considere el último tramo de la vida como un regalo de la naturaleza, que sepa soportar cualquier trabajo, que sepa no enfurecerse,

---

[128] Eran trozos de carne de las víctimas que se ofrecían en un sacrificio para adivinar el porvenir; con un toque de humor aquí Juvenal los llama salchichas.

[129] Es la famosísima máxima de Juvenal *mens sana in corpore sano.*

que no desee nada, y que crea preferibles los duros trabajos de Hércules [130] al amor, a los festines y a las plumas de Sardanápalo [131]. Te indico cosas que eres capaz de proporcionarte. Cosa cierta es que para una vida tranquila se te abre un único camino, el de la virtud. Si somos prudentes, no tienes, Fortuna, poder alguno. Somos nosotros, sí, nosotros, los que te hacemos diosa y te colocamos en el cielo. 360 365

[130] Los doce famosos trabajos de Hércules, contados, entre otros, por Apolodoro en el primer libro de su *Biblioteca mitológica*.

[131] Sardanápalo, rey legendario de Asiria, que vivió retirado, pero licenciosamente, en medio de grandes lujos y refinamientos. En este sentido su figura era proverbial en la Antigüedad.

SÁTIRA XI

El tema de esta sátira coincide radicalmente con el de la *Sátira* V: la descripción de una cena. Pero las perspectivas son polarmente distintas. Aquí se trata de un yantar más bien modesto que reúne a dos amigos ya algo entrados en años, que van a cenar en paz y buena compañía. El motivo inicial de la sátira es que no se debe alargar más el brazo que la manga, pues a muchos un excesivo lujo en la mesa les ha conducido a la bancarrota (vv. 1-55). La parte central y principal de la sátira (vv. 56-182) describe el menú, y lo hace de manera muy minuciosa, entreverada, sin embargo, de alusiones al derroche de los ricos en lo que atañe a sus comidas. En contraposición al clima de tensión y de disgusto que las más de las veces reina en la obra de Juvenal, aquí nos sorprende la simpatía del autor por su tema, y la complacencia con que va describiendo su intimidad familiar y sus bienes, evidentemente modestos, lo cual no obsta para que en esta cena ofrezca a su amigo Pérsico manjares y bebidas no comprados en el mercado. La sátira se cierra con una visión de la comodidad que ofrece a los dos amigos la posibilidad de tomar el sol a sus anchas, sin la precisión de llevar la toga. que debieran vestir en el trato social en la ciudad de Roma, principalmente si hubieran acudido a los Juegos Megalesios, que precisamente aquel día se cierran.

Esta sátira y la siguiente son dos breves contrapesos a la poderosa, pero sumamente pesimista, sátira anterior, la X. Ahora Juvenal se nos muestra convertido al epicureismo, en la mejor

versión de esta filosofía; la felicidad consiste en un placer moderado. Ello opone las sátiras undécima y duodécima al pensamiento, más bien estoico, que ha aflorado hasta ahora en la obra juvenaliana.

Ya se ha visto que el tema central de esta sátira es una cena entre dos amigos, y que en ello coincide, en tratar de una cena, con el tema central de la *Sátira* V. La manera de introducir en esta sátira undécima el tema por parte de Juvenal es sumamente hábil y directa. En la ciudad no se habla de otra cosa que de la ruina de un cierto Rútilo, de quien nosotros no sabemos nada, que se ha empobrecido hasta la miseria por haberse organizado una tras otra lujosas comidas. Ha acabado por tener que inscribirse como pretendiente a una plaza de gladiador para poder comer de la bazofia que se servía en las residencias de los equipos de gladiadores.

La descripción de lo que será el desarrollo de la cena es una antítesis continuada. Nada de lo que come habrá sido adquirido en el mercado, cuando en la *Sátira* V 95 se nos dice que los mercados han hecho explorar y agotar ya todos los mares (es significativo que en la cena de ahora no se ofrezca pescado de ninguna clase). El mobiliario, la mesa y los triclinios, y la vajilla son modestos, y nada tienen que ver con el lujo asiático de las cenas de los ricos, en ésta, siguiendo en el mismo tono, los servidores no serán atildados efebos importados de las nacionalidades orientales del Imperio, sino que serán los hijos de los propios colonos de Juvenal, que parece haber poseído propiedades en Tívoli; uno será el hijo del boyero, otro, el del pastor de ovejas. El poeta subraya con interés la sanidad de cuerpo y de espíritu de estos adolescentes, cotejándolos con los depravados por sus dueños, de los que ofrece un espléndido y tristísimo ejemplar (vv. 156 ss.):

> Ni tiene la voz ronca ni exhibe en los baños unos testículos como puños, no se ha hecho depilar las axilas ni se tapa vergonzoso el miembro enorme con la vasija de aceite.

Los banquetes tenían su diversión, y en este punto la oposi-

ción es todavía más polar. Porque, en la relajación de costumbres en la Roma pagana de los dos primeros siglos de nuestra Era, la obscenidad en los círculos muy adinerados había alcanzado un punto sin retorno: las famosas bailarinas gaditanas, con la suma indecencia de sus actuaciones, ponían el punto mucho más que picante en los banquetes, mientras que en la austera cena que Juvenal ofrece a Pérsico la diversión consistirá en la noble lectura de Homero y de Virgilio.

Y ahora, sin movernos ni un ápice del menú propuesto, nuestro satírico profundiza en otra dirección: «lo que hoy vamos a tomar» —apunta— «para nuestros rudos antepasados habría sido un auténtico festín», pues ellos aun en las solemnidades comían más modestamente (vv. 77-85):

> Antaño para nuestros senadores ésta era una cena lujosa... En otras épocas era costumbre reservar para los días festivos una espalda de puerco adobada que pendía de un cañizo de anchos entrelazados, y en los cumpleaños se ponía a los parientes carne de marrano salada, a la que se añadía otra reciente en el caso de que una víctima sacrificada la ofreciera.

¡Lo que va de ayer a hoy! La fijación del día de esta cena no deja de tener su importancia: los dos amigos la toman el último día de la celebración de los Juegos Megalesios en honor de la Magna Madre del Ida, exactamente un 10 de abril, que es el día de las competiciones de carreras de carros en el Circo. Desde la mansión de Juvenal se oye el estruendo de las ovaciones y aclamaciones: frente a ello, la agradable intimidad y soledad de ambos amigos, lejos de la desesperada barahúnda de la cena de la *Sátira* V.

Si hacemos una lectura paralela de ambas sátiras, en la quinta notamos soberbia y altivez en el anfitrión, y lujo y despilfarro reservado a los opulentos; por parte de los míseros clientes invitados odio, impotencia, decepción, bazofia y hambre. Es que Juvenal ha mejorado de posición social: ha pasado de parásito y cliente en la *Sátira* V a modesto, pero desahogado dueño en esta XI. Y lo ha hecho con suma elegancia de espíritu. La no-

bleza de la dedicación literaria ha repercutido en la nobleza del hombre.

Sin embargo, la sátira acaba con un toque de pesimismo. Como epicúreo que se muestra ahora, Juvenal piensa que al mal tiempo buena cara, que la vida es más mala que buena, y que hay que aprovechar los momentos felices. Es una versión en tono menor del *Carpe diem* horaciano.

SÁTIRA XI

Si un Ático[1] se da la gran cena es tenido por espléndido; si un Rútilo, por loco. ¿Pues hay algo que el vulgo tome con mayor rechifla que un Apicio[2] sin blanca? En todos los convites, en los baños, en los bancos públicos, en los teatros se habla de Rútilo. Pues mientras sus miem- 5 bros son vigorosos y jóvenes, capaces de sostener el yelmo, y en su interior bulle la sangre, se deja arrastrar hasta suscribir las normas del empresario de gladiadores[3] y a obedecer sus voces rigurosas, cosa que el tribuno en ver-

---

[1] Un Ático, genéricamente, por un rico. La sátira se sirve de nombres corrientes que en realidad no son alusiones personales. Esto, lo hace pensar el nombre contrapuesto, Rútilo, que nos es absolutamente desconocido. Con todo, no se puede descartar que aquí haya de refilón un puntazo contra Tito Claudio Ático, el padre del sofista Herodes Ático, que durante el imperio de Nerón se encontró casualmente un tesoro y se enriqueció. Alcanzó por dos veces la dignidad consular y hacia el año 121 fue procónsul en Asia.

[2] Apicio sale ya en IV 23: Marco Gabio Apicio, en los imperios de Augusto y de Tiberio fue un genio en idear lujos, el prototipo nato del derrochador. Su nombre pasó a designar a los sibaritas, de manera que un Apicio designó genéricamente un glotón refinado.

[3] Juvenal piensa en el horrendo juramento que prestaban los gladiadores al emplearse como tales: «juro arriesgarme a arder, a verme atado y a morir a espada».

10 dad ni le prohíbe ni le manda[4]. Aquí se ve a muchos que el acreedor, esquivado mil veces, suele esperar en la misma puerta del mercado[5]; para estos tales el paladar constituye la única razón de vivir. Y el que toma la cena más escogida y mejor es el más pelagatos de todos, hombre ya a punto de derrumbarse, de quien ya se vislumbra la ruina[6]. Pero entretanto persiguen los sabores a través de 15 todos los elementos[7], y jamás el precio será un obstáculo para su ánimo; si lo miras más exactamente, lo que va a gustarles más es lo que comprarán más caro. Desde luego, no es difícil si se pignora una vajilla o se mutila[8] una estatua que fue propiedad de la madre, juntar una suma que luego va a desaparecer, y por cuatrocientos ses- 20 tercios cocinar en platos de arcilla un manjar suculento[9]. Es así como se llega a la bazofia de la escuela de gladiadores[10]. La diferencia estriba en quién prepara unos mis-

[4] Los ciudadanos romanos que se querían emplear como gladiadores debían declararlo por escrito ante un tribuno, quien en determinados casos podía denegar la autorización. Lo que los comentaristas de Juvenal no entienden es que éste hable también de una imposición en tal sentido por parte de un tribuno.

[5] Este lugar recuerda el de V 95. Cf. la nota 47 de esta sátira. El recinto del mercado estaba aislado por una barrera con una única puerta practicable; en ella el acreedor está al acecho de que salga su deudor.

[6] La comparación está tomada del edificio en el que las paredes se ven rajadas y se agrietan.

[7] Parece que el sentido más obvio del texto latino es: por tierra, mar y aire.

[8] Una pequeña estatua de plata que el glotón mutila para desfigurarla y así poderla vender simplemente como plata, sin que sus parientes y allegados la reconozcan.

[9] Nótese la contraposición entre la pobreza del continente y lo caro del contenido.

[10] La comida de los gladiadores profesionales era proverbialmente muy mala, aunque antes de salir a pelear se les servía un buen banquete.

gullir rentas, plata maciza, campos y rebaños? A tales señores lo último que después de todo se les va es el anillo: Polión mendiga con el dedo desnudo[16]. Los sibaritas no han de temer tanto el funeral amargo de una pira pre-
45 matura: más que ante la muerte han de temblar ante la vejez. Casi siempre la gradación es así: en Roma y delante de los acreedores[17] se comen el dinero prestado; luego, cuando les queda no sé qué, casi nada, y el prestamista ya se pone pálido, cambian de aires y corren hacia Bayas
50 y sus ostras[18], pues hoy hacer bancarrota es menos vergonzoso que trasladarse al Esquilino desde el bochornoso barrio de la Subura[19]. Y el único dolor de los que abandonan su país, la única tristeza es la de verse privados por un año de asistir al Circo. No se les pega en el rostro ni una gota de rubor, pocos son los que intentan retener la
55 vergüenza, que es ridícula y huye de la ciudad[20].

Hoy comprobarás, Pérsico[21], si yo mismo aplico a mi vida estos discursos bellísimos, si los asigno a mis costumbres y a mis hechos, si alabo las legumbres pero a escondidas soy un regalón, si delante de la gente pido a mi

---

[16] Carvilio Polión, del que Plinio el Viejo (*Historia Natural* XXXIII 4) dice que era un derrochador refinado. Tenía el rango de caballero, pero su bancarrota fue tan total que debió desprenderse incluso del anillo que era el distintivo de su categoría. Había salido ya en IX 6-8.

[17] Que seguramente eran usureros: tal para cual.

[18] Las ostras de Bayas eran famosas, cf. IV 141, y nota 86 de esta misma sátira.

[19] Barrio muy popular de Roma, mencionado, entre otros lugares del satírico, en el mismo comienzo de la *Sátira* III.

[20] Con una idea pareja a ésta se abre la *Sátira* VI.

[21] Es el desconocido destinatario de la sátira, amigo de Juvenal, y hombre ciertamente no acaudalado, pues en los vv. 183-192 de esta misma sátira el poeta le aconsejará que no se irrite por lo que le rompen los esclavos, cosa que no inquietaría a una persona muy rica.

esclavo gachas, pero al oído le soplo: «¡Pasteles!». Puesto que me has prometido ser mi comensal, tendrás en mí a 60 un Evandro[22], y tú acudirás como el héroe de Tirinto, o como aquél otro no tan ilustre, pero que por su linaje también llegaba hasta el cielo, subidos a las estrellas el primero por el fuego[23] y el segundo por las aguas[24]. Atiende ahora a los platos[25], que no han sido comprados en ningún mercado. Del campo de Tíbur[26] vendrá un cabri- 65 tillo cebado, el más tierno del rebaño, que aún no probó la hierba ni se atrevió a mordisquear las ramas del mimbreral; tiene más leche que sangre. Habrá también espárragos silvestres[27], que la masadera cogió dejando el huso. Seguirán unos huevos grandes, que el heno que los en- 70 vuelve[28] mantendrá calientes[29], acompañados por sus ma-

---

[22] Referencia al saludo con que Evandro recibió a Eneas, según leemos en la *Eneida* de Virgilio, VIII 362-365: «este umbral —dijo— lo pasó Hércules después de su victoria, este palacio le acogió; atrévete, huésped, a despreciar las riquezas tú también, muéstrate digno de un dios; entra y no desdeñes nuestra pobreza».

[23] Según es sabido, Hércules se arrojó al volcán Etna, tras lo cual se convirtió en dios.

[24] Según una antigua leyenda itálica, Eneas fue encontrado muerto tras la batalla contra los latinos, junto al río Numicio; después de su muerte se le veneró como dios.

[25] Empieza aquí la descripción de un banquete frugal. El conjunto ofrece una estupenda ingenuidad, pero el satírico no pierde con ello el genio de su género, pues echa de soslayo vistazos al lujo desenfrenado de sus contemporáneos en la mesa.

[26] Parece que Juvenal debía tener alguna propiedad en Tíbur, porque seguidamente nos dirá que la masadera (¿de quién?) dejó el huso para ir a recoger los espárragos.

[27] Silvestres, es decir, no recogidos en plantaciones.

[28] Para preservarles de la rotura mientras se transportaban, los huevos se recubrían de heno.

[29] Es decir, frescos, por paradoja.

dres. Se servirán unas uvas conservadas buena parte del año tal como estuvieron en las cepas[30], y peras de Signia, las de Siria[31], y en los mismos cestos frescas manza-
75 nas olorosas, rivales de las de Piceno. No receles de ellas, pues el frío ha secado los humores otoñales y no existe el riesgo de que su jugo no haya madurado[32].

Antaño para nuestros senadores ésta era una cena lujosa. Curio ponía él personalmente en su pequeño hogar las verduras que recolectaba de su huertecillo; ahora asquearían
80 al esmirriado esclavo que cava atado a un cepo enorme, porque recuerda a qué sabe el vientre de cerda tomado en una taberna sofocante. En otras épocas era costumbre reservar para los días festivos una espalda de puerco adobada que pendía de un cañizo de anchos entrelazados, y en los cumpleaños se ponía a los parientes carne de marra-
85 no salada, a la que se añadía otra reciente en el caso de que una víctima sacrificada la ofrecía. Un familiar distinguido por tres veces con el título de cónsul o que había ostentado el mando del ejército o el honor dictatorial, acudía a un tal convite más pronto de lo acostumbrado; venía del trabajo en el monte llevando en el hombro el azadón.
90 Cuando los hombres temblaban en presencia de los Fabio, del severo Catón, de los Escauro y de Fabricio, cuando incluso el censor temía la austeridad de costumbres de su

[30] Se colgaban los racimos de palos transversales en lugares al abrigo del viento, y se conservaban mucho tiempo como si estuvieran en las cepas. En mi niñez vi todavía este uso en pueblos de la Terra Alta de la provincia de Tarragona, como La Fatarella o Villalba de los Arcos.

[31] Se trata de un único tipo de peras, llamadas también tarentinas.

[32] También los antiguos conservaban manzanas; de las conservadas se creía que eran más sanas que las recién cogidas. Se recogían del árbol aún verdes y maduraban en los depósitos.

colega[33], nadie creía que se debiera tener por cosa seria e importante saber cuál era la tortuga que nadando por el oleaje del Océano embellecería y ennoblecería el lecho 95 de los descendientes de los troyanos. Los lados de sus angostos triclinios[34] carecían de ornatos, y la cabecera de bronce ostentaba la humilde testa de un asno coronado, junto al que jugaban los rústicos niños campesinos[35]. La comida era pareja a la casa y al ajuar. Entonces el solda- 100 do, rudo e incapaz de admirar el arte griego[36], rompía

---

[33] Nombres de famosos censores de la Roma arcaica, que, por lo demás, ya han salido en las sátiras. Para los Fabio, cf. II 145-146, y nota 90 de ella; el Catón aquí citado es el famoso censor, cf. II 40, y la nota 25 de ella; para los Escauro, cf. también II 35, y VI 604; cf. la nota 23 de la *Sátira* II. VALERIO MÁXIMO, II 9, 5, y TITO LIVIO, XXIX 37, cuentan que los censores Marco Livio Salinátor y Gayo Claudio Nerón, en el año 204 a. C., se reprocharon en público y rudamente por su respectiva gestión en el cargo. Este Fabricio citado inmediatamente antes es el del lugar IX 141-142; cf. nota 65 de esta sátira.

[34] Se trata de los divanes en los que se recostaban los comensales en los convites, que en aquellas épocas, sugiere el satírico, eran muebles sencillos y de dimensiones reducidas; los lados eran de simple madera, y en uno de los extremos su único ornato era una lámina de metal, en la que un artista vulgar había cincelado una cabeza de asno. Esta imagen es de origen religioso; el asno entra en la simbología religiosa de muchas religiones antiguas. Según una leyenda local del Peloponeso un asno mordió los sarmientos de una parra, la cual dio con ello frutos más hermosos; así nació la costumbre de podar las cepas. De manera que, según la leyenda, el asno fue un animal bien intencionado que participó en la invención del vino y en la lozanía de los viñedos. El vino se corresponde con el banquete; de ahí el hecho de adornar uno de los extremos del triclinio con una cabeza de asno recibe un sentido más pleno.

[35] Estos niños, sanos de cuerpo y de espíritu, en fuerte oposición con los adolescentes que Nerón prostituía (cf. X 308) o con los efebos que servían a la mesa de Virrón (V 56 ss.), como tapadera, presuntamente, de otros servicios inconfesables.

[36] Los primeros romanos desconocían el arte; el soldado que después de la conquista de una ciudad rica se encontraba con obras de arte

las copas debidas a artífices ilustres [37] que encontraba en su parte del botín tomado en las ciudades destruidas, para que su caballo luciera pequeños discos, para que su yelmo cincelado tuviera la figura de la loba de Rómulo [38] amansada por el destino del imperio, y el par de Quirinos debajo de la roca, y para enseñar al enemigo pronto a sucumbir la figura del dios desnudo que se acerca con la lanza y el escudo. De modo que se servían en platos toscanos [39] un hervido de harina; la plata brillaba en las ar-

105

---

en su botín, no sabía qué hacer con ellas, pues sólo las valoraba como metal, y las empleaba para ornato de sus armas y de su caballo. El poeta considera que la afición a las obras de arte es un lujo. Para comprenderlo debemos situarnos en la época de la conquista romana de las ciudades griegas, sobre todo en la toma de Corinto en el año 146 a. C., ciudad que, por un bárbaro decreto del Senado de Roma fue totalmente destruida; el general Curio Mumio fue el que dio la orden directa de arrasar la ciudad. Y aún hoy las trazas de ello son visibles, pues las ruinas actuales de la Corinto antigua son totalmente romanas.

[37] Lo que se debe a artífices ilustres era principalmente el diseño, lo cual no excluía, naturalmente, que la copa hubiera sido ejecutada en metales nobles. El ignorante soldado las rompía para transportarlas más cómodamente; luego las mandaría fundir y vendería el material resultante. O bien haría de ellas pequeños adornos para sus armas y su caballo.

[38] Las tres escenas aducidas por Juvenal, y que el soldado luce en su yelmo (Marte descendiendo hacia Rea Silvia, los mellizos en la caverna, y la loba), pertenecen a la historia del nacimiento y de la niñez de Rómulo y Remo, los fundadores de Roma; eran habituales en la ciudad como motivo decorativo, principalmente, sin embargo, de armas y de escudos. Según la leyenda eran hijos de Marte y de Rea Silvia; el dios se acerca a ella no con intención hostil, sino para demostrar exactamente su identidad, pero esto en su dimensión guerrera lo aprovecha el soldado frente al enemigo. El fin amatorio del dios viene fuertemente subrayado por su desnudez.

[39] La tosca vajilla de los romanos primitivos se hacía principalmente con arcilla de Etruria, cuyos límites coinciden sensiblemente con los de la Toscana.

mas solamente. Y eso es todo lo que entonces, de haber 110
sido envidiosillo, hubieras podido codiciar. Así la majestad de los templos también era más palpable y casi a medianoche, cuando los galos llegaban desde la orilla del Océano, en medio de la ciudad se percibió una voz: eran los mismos dioses que desempeñaban el oficio del oráculo[40]. De tal guisa nos advirtió, y tal era el cuidado que 115
normalmente ponía en las cosas del Lacio un Júpiter de imagen moldeada en arcilla, y que el oro aún no había profanado. Eran tiempos que veían las mesas fabricadas en el país con árboles de él; para este uso existía la madera de un nogal añejo, abatido al azar por el euro. Hoy, 120
todo lo contrario: a nuestros ricos no les gusta la cena, el rodaballo o el corzo[41] les resultan insípidos, y los ungüentos y las rosas[42] les parecen hediondos si sus mesas espaciosas no se apoyan en patas de marfil, en una pantera rampante[43], con las fauces abiertas, labrada en las muelas famosas que nos envían la puerta de Siene[44], los 125

[40] Es una descripción del ambiente más general de la Roma antigua: el poder de los dioses era más próximo a los hombres; los dioses nos ayudaban más; era la época en la que aún ocurrían milagros. Y a continuación se cuenta uno: según TITO LIVIO, V 32, Marco Cedicio anunció a los tribunos que en la noche anterior, cuando él transitaba por las calles de Roma percibió clara y distintamente una voz que le advertía del desembarco de los galos en la costa inmediata a la Urbe, y que le recomendaba que lo comunicara a los magistrados.

[41] Se trata de un asado de corzo.

[42] Al final del banquete, a los postres, los comensales se perfumaban y se aderezaban con flores.

[43] También la pantera pertenece al círculo dionisíaco del vino y de la vid, y es, por tanto, una decoración ajustada a una mesa.

[44] La actual Asuán, en la frontera entre Egipto y Etiopía.

ágiles moros[45], los indios, más morenos que éstos, cuando el elefante dejó sus molares en el bosque de Nabatea[46], pues ya le eran demasiado voluminosos y le pesaban excesivamente en la cabeza. Esto abre el apetito y da vigor al estómago, porque para tal gente una pata de su mesa que fuera de plata sería como un anillo de hierro en el dedo[47].
130 De modo que yo esquivo al invitado altivo que se mide conmigo y desprecia la humildad de mis enseres. Porque yo no poseo ni una sola onza de marfil, no tengo ni dados ni fichas de este material, incluso los mangos de mis cuchillos son de hueso. Lo cual, sin embargo, jamás tor-
135 nó rancias mis viandas, ni por ello cortamos una gallina de menos calidad. No habrá un maestresala[48] ante el cual deba batirse en retirada cualquier equipo de cocineros, no habrá aquí un discípulo del experto Trífero, en la escuela de quien con cuchillos mellados se trinchan delicados manjares, grandes tetas de cerda, liebres, jabalíes, antílopes,
140 averío de Escitia, flamencos enormes y machos cabríos de

[45] Los habitantes de la Mauritania, la región más meridional del mundo entonces conocido.

[46] Nabatea, en la Arabia Pétrea. Pero aquí ordinariamente los comentaristas señalan un probable error de Juvenal, debido a una información deficiente, pues parece que en la Antigüedad en la Arabia no había elefantes.

[47] Llevar anillo de oro estaba estrictamente prohibido a los que carecían de título para llevarlo, por lo cual llevar anillo de hierro significaba ser de categoría social humilde o a lo sumo mediana.

[48] Cf. V 120-122, y la nota 61 de esta misma sátira. Se trata de un esclavo que ha aprendido en una escuela, a las órdenes de un maestro, el arte de trinchar las carnes; este maestro aquí es un griego llamado Trífero. Las clases se impartían en una barraca al aire libre. Nuestro maestro cocinero ha establecido su puesto en el populoso barrio de la Subura, y para su enseñanza se sirve de figuras de madera de olmo que representan liebres, jabalíes, averío, etc.

Getulia: toda la Subura resuena con esta cena compuesta por madera de olmo. Mi cocinero no sabe en absoluto cómo se corta una tajada de cabra ni un ala de gallina africana; bisoño y rudo a perpetuidad[49], se ha iniciado sólo en hurtar poca cosa de cocidos muy simples. Un esclavo algo descuidado, pero bien protegido contra el frío, te servirá en copas vulgares compradas por unos pocos ases. No dispondremos ni de un frigio ni de un licio ni de algún joven adquirido al tratante de esclavos caros[50]. Y algo importante: el pedir, hazlo en latín[51]. Mis sirvientes visten todos igual[52], van con el pelo liso y bien cortado, peinado sólo hoy en honor de los comensales. Éste es el hijo de un rústico pastor, aquél lo es de un boyero. Suspira por su madre, que no ve hace ya tiempo, y añora tristemente la cabaña y los corderos que le eran familiares; es un adolescente de aspecto y reserva dignos de un hombre libre; así deberían ser los que visten la toga flamígera[53]. Ni tiene la voz ronca[54] ni exhibe en los baños unos

145

150

155

---

[49] Porque nunca aprenderá las astucias y picardías de los esclavos o servidores que llegan a pillos redomados.

[50] El copero, que en las mesas de los ricos era una especie de Ganimedes, era el colmo del lujo. Cf. la nota 35 de esta misma sátira.

[51] Y ello por dos motivos, por un lado defensa de la latinidad, y porque, de refilón, se insinúa que este esclavo sólo sabe latín, y no griego, ya que no ha sido comprado procedente de Oriente.

[52] En las casas de los ricos los esclavos se dividían en clases que vestían cada una distintamente.

[53] Los ciudadanos romanos, los que tenían derecho a vestir la toga.

[54] Es un adolescente ingenuo y no corrompido. Su descripción se hace, sin embargo, en el estilo satírico más enérgico. El libertinaje precoz se nota en una cierta ronquera en la voz, y por un desarrollo anormal de los testículos. Tal efebo ha de acompañar a su dueño a los baños, y ha de hacerlo desnudo; avergonzado, se cubre la ingle con la vasija en la que lleva el aceite con que luego él y su dueño se ungirán. Depi-

testículos como puños, no se ha hecho depilar las axilas, ni se tapa vergonzoso el miembro enorme con la vasija de aceite. Él será quien te escancie un vino envasado en los montes donde él mismo naciera, debajo de cuyas cum-
160 bres jugó, pues el vino y este copero son de la misma procedencia. Quizás esperes un coro que se ponga a cantar las lascivas canciones gaditanas [55], y que las mozas, animadas por los aplausos, se tiendan en el suelo meneando el trasero. Esto es lo que hoy contemplan las recién casa-
165 das, reclinadas sobre sus maridos, espectáculo que cualquiera se avergonzaría de describir en presencia de ellas. La cosa aviva la pasión languideciente y aguijonea punzantemente a nuestros ricos. Pero más intenso todavía es este placer en el otro sexo [56], que siente más ardor y que
170 muy en breve desahoga la libido que le entró por la vista y el oído. En mi humilde mansión no caben estas tonterías. Que escuche el repique de las castañuelas [57] y las pa-

---

larse las axilas era algo típico de los afeminados; en II 12, se alude a otras depilaciones más abominables.

[55] Las bailarinas gaditanas gozaban de mucha y mala fama, pero eran número obligado en los banquetes de los ricos; su renombre se basaba precisamente en la suma obscenidad de sus actuaciones. Eran casi siempre esclavas importadas directamente de Cádiz, pero procedentes con frecuencia del Norte de África. Con el tiempo el epíteto «gaditanas» llegó a significar el género, y denotaba simplemente «lascivas», «licenciosas». Pero en la época de Juvental tal cambio semántico aún no se había producido.

[56] Es decir, el espectáculo gusta más a las mujeres que a los hombres. En la época más antigua de Roma, las mujeres, aun las matronas, no asistían a lọs banquetes. Pero ahora, viene a decir Juvenal, en la actual relajación de costumbres, las mujeres ya no se privan de nada; buen ejemplo de ello son las *Sátiras* II y VI.

[57] De modo que en aquella época en la región que es nuestra Andalucía actual, las castañuelas ya sonaban.

labras que se niega a oír incluso la prostituta que se exhibe desnuda en un burdel bochornoso, que se goce de gemidos lascivos y de cualquier desvergüenza el que ensucia escupiendo[58] vino los redondos círculos lacedemo- 175 nios[59]: hasta tal punto somos comprensivos con los acaudalados. El juego y el adulterio son oprobio para los pobres; de los ricos que se dedican a ello decimos que son divertidos y refinados[60]. Nuestra cena nos ofrecerá deleites muy diferentes: se cantarán piezas del autor de la Ilía- 180 da y versos del altísimo poeta Virgilio, que hacen dudosa la atribución de la palma[61]. ¿Qué importará la voz que nos lea los poemas?

Pero ahora olvida tus quehaceres y da largas a tus preocupaciones, concédete un descanso agradable, puesto que dispondrás de un día libre entero. Los réditos, ni los recuerdes, no te indignes por dentro y calla si tu mujer 185 se te ha ido por la mañana y no regresa hasta entrada la noche con los vestidos húmedos y llenos de arrugas

---

[58] El comensal toma un sorbo de vino sólo para probarlo, pues quiere beber sólo del mejor, de modo que después de catarlo lo escupe al suelo.

[59] En las mansiones lujosas el suelo era de mármol lacedemonio, que era el más caro, en el que se incrustaban, a modo de adorno, círculos también de mármol de otro color; sobre esto escupen los comensales del ricachón que da el banquete.

[60] Eufemismos que, naturalmente, no convencen.

[61] Aquí se alude por segunda vez a una comparación entre Virgilio y Homero, pero en sentido radicalmente opuesto a como los compara la mujer sabihonda de VI 436. La lectura de Homero y de Virgilio fue algo habitual como intermedio en los espectáculos de canto y declamación, y en Roma había profesionales que se dedicaban a ello. Sin embargo, aquí hay que presuponer que en esta ocasión el lector no será ningún profesional de la lectura, sino un esclavo o un sirviente del propio satírico. A ello debe aludir la observación: «¿Qué importará, etc.?».

sospechosas, con los cabellos enmarañados, y la faz y las
190 orejas enrojecidas. Así que pises mis umbrales despréndete de lo que te duela, desentiéndete de tu casa, de los esclavos y de lo que te rompan o lo que te echen a perder, tírate a las espaldas más que nada a los amigos desagradecidos. Entre tanto, cuando se da la señal con la servilleta, los espectadores de los Juegos Megalesios celebran la fiesta solemne de la diosa del Ida[62]. El pretor ha tomado asiento como un general triunfador[63], en trance, sin embargo,
195 de arruinarse con los caballos; si lo puedo afirmar con la venia de este populacho inmenso, excesivo, hoy[64] Roma entera se ha metido en el Circo. El estruendo[65] me sacude el oído, de lo que deduzco la victoria del equipo ver-
200 de[66], pues si hubiera fallado[67] verías la ciudad triste y atónita tal como lo estuvo cuando los cónsules vencidos

[62] Los juegos instituidos en honor de la Magna Mater del Ida, iniciados en el 204 a. C., se celebraban del 4 al 10 de abril, y su última jornada se dedicaba a competiciones circenses. La salida en la carrera de carros se daba con una servilleta; cf. VIII 205.

[63] Este lugar recuerda fuertemente el de X 36-40, con la descripción de la pompa triunfal de un general victorioso, pero con la diferencia de que aquí el pretor puede ser presa de los caballos, en el sentido de que los dispendios que ocasiona tal celebración son tan elevados que pueden llegar a arruinarle. Estas carreras las sufragaba el pretor de su bolsillo.

[64] Sería exactamente un 10 de abril.

[65] De las ovaciones y aclamaciones.

[66] Competían cuatro equipos que se distinguían por un color, el blanco, el verde, el rojo y el azul. Pero el que se llevaba las preferencias era el verde, seguramente porque en la época de Nerón era el color de moda en el vestir.

[67] En un doble sentido: o que el equipo verde hubiera perdido en la competición, o en el caso peor de que los juegos no se hubieran dado.

mordieron el polvo en Canas[68]. Este espectáculo, para los jóvenes: a ellos les van el clamor y las apuestas audaces[69], y el sentarse al lado de una muchacha elegante. Que nuestra piel arrugada se empape del sol primaveral, que se libere de la toga[70]. Puedes ir tranquilamente[71] a 205 bañarte, aunque falte una buena hora para el mediodía. Con todo, una vida así no la soportarías cinco días seguidos, pues no deja de ser muy aburrida. Si los espacias, los deleites se recomiendan más.

---

[68] La celebérrima batalla perdida por los romanos contra Aníbal en la Segunda Guerra Púnica.

[69] Se efectuaban apuestas referidas a la victoria en las carreras.

[70] Que en Roma hubiera debido vestir si hubiera asistido a los juegos.

[71] Como es natural, se cenaba al atardecer, y si se trataba de un convite, éste iba precedido de un baño. Cf. VI 424-425. Pero ir a bañarse en horas de ocupación se consideraba, por lo menos, descuido de las propias obligaciones; por eso, por ser un día de fiesta, Pérsico puede acudir al baño antes de la hora habitual. Era creencia generalizada que el baño abría el apetito.

SÁTIRA XII

En esta sátira el poeta describe los sacrificios de acción de gracias que ofrece a los dioses por el feliz retorno de un amigo que es, diríamos hoy, un hombre de negocios. Había emprendido una navegación en época propicia a los temporales, quizás hacia las costas de la Bética (vv. 40 ss., en los que se describe la lana de las ovejas béticas, y, además, vv. 70 ss., la nave parece navegar por el mar Tirreno desde el Este) y le sorprendió un fuerte temporal cuando, ya de regreso, estaba cerca de las costas de Italia. Un rayo le incendió la vela mayor, y sólo tras arrojar las mercancías al mar y abatir a hachazos el palo se logró capear el temporal y entrar en el puerto de Ostia, salvando sólo las vidas, pues todo lo demás se perdió.

El tema fundamental de la sátira es la amistad sincera, cultivada con lealtad, pero Juvenal, naturalmente, lo toca entreverado de su genial humor. Su mezcla de seriedad y comicidad, afloradas ambas disposiciones con indudable energía, es de lo más característico de Juvenal, y ello en esta sátira se manifiesta muy diferenciadamente.

Aun teniendo en cuenta que la amistad profesada aquí por el satírico es verdadera, el tema es lo suficientemente neutro como para ser tocado con segundas intenciones, no muy palpables a primera vista; para entender lo que realmente Juvenal propugna en amplios segmentos de esta composición hay que leer mucho entre líneas.

Lo que parece indudable es que ahora Juvenal, hombre de edad ya muy madura, profesa un epicureísmo que no ha sos-

layado en nada sus convicciones vitales más profundas, pero ya no es la persona terca y obstinada, y de visión sumamente parcial (pues todo hay que decirlo) que se nos mostraba en sátiras anteriores. A cambio de ello su desprecio de ciertas realidades y profesiones es más fino y más profundo, más velado y más difícil de localizar. Porque, ¿qué duda cabe que aunque aquí lo más radical sea la lealtad de la amistad, hay que interpretar la profesión y la temeridad del amigo como una vulgaridad? En otras partes nuestro satírico lo ha dicho abiertamente *(Sát.* I 103-109):

> ¿Voy a dudar, a temer defendiendo mi sitio? Es verdad que nací junto al Éufrates; aunque lo negara, me venderían los lascivos taladros de mis oídos. Pero cinco tiendas me producen cuatrocientos mil sestercios anuales. ¿Es que da algo apetecible la franja máxima de púrpura, si en la campiña de Laurento Corvino guarda unas ovejas alquiladas, y yo, en cambio, soy más rico que Palante y que los Licino?

Pero en esta sátira Juvenal se retrae, porque está el amigo de por medio, aunque en el fondo el desprecio hacia su género de vida es innegable. Ello procede, como apuntábamos, de su visión actualmente epicúrea de la vida (un epicureísmo moderado, ciertamente), y del viejo ideal romano que tan bien describiera nuestro poeta en la sátira anterior, cuando declara *(Sát.* XI 77 ss.) que la modesta cena que ofrece hoy a su amigo para los antiguos patricios de la Roma republicana habría sido un auténtico banquete, un festín.

Desde esta perspectiva Juvenal parece un hombre irremisiblemente anclado en el pasado. No se da suficientemente cuenta de que la vida es progreso y aventura arriesgada; parece desconocer el refrán latino de que la fortuna favorece a los audaces.

Pero esta sátira es también un conmovedor homenaje y monumento a la amistad. Y lo es por contraste, pues, muy fiel a su técnica, asegura el poeta que él no es ningún cazador de testamentos, para describirnos con las monstruosidades de que son capaces Novio e Histro Pacuvio cuando un rico sin hijos enferma gravemente, lo que hacen, o pretenden hacer, pidiendo a los

dioses su curación, pero en realidad husmeando su herencia. Como digo, Juvenal se repite en el tema, pues ya lo había referenciado en la *Sátira* III 161:

> ¿Cuándo un pobre es nombrado heredero?

y algo más en la *Sátira* VI 39 ss.:

> Pero Ursidio está de acuerdo con la Ley Julia, y piensa reconocer un tierno heredero, aunque ello le cueste perder grandes tórtolas, mújoles escamosos, el mercado, en fin, con que pretendían captárselo

los cazadores de testamentos. Ahora, en esta sátira, el poeta toca el tema centralmente. Y otra vez con ello da una acre descripción de la sociedad de su tiempo. La amistad es preferible, viene a decirnos, aislándose y desmarcándose de un entorno que le repugna.

También Juvenal describe aquí por lo menudo la tempestad en que se vio envuelto su amigo. Del agradecimiento a la divinidad por haber salvado a Catulo del desastre se puede profundizar a algo más, ya aludido parcialmente. «En el fondo mi amigo había llevado su merecido, porque nunca merece la pena arriesgar la vida en aras del dinero». Éste es el sentido más profundo de la sección final de la sátira, a partir del v. 93, con la tragicómica alusión al sacrificio de Ifigenia. «Bien, porque mi amigo se salvó, pero la verdad es que no había obrado cuerdamente».

De manera que la sátira admite diversas lecturas a diversos niveles. Lo que nos queda es el hermoso sentimiento de amistad, una religiosidad sin disimulos, un rechazo de la avaricia y del egoísmo, pero todo ello conjuntado inextricablemente con cierta cortedad de visión, con cierta inhibición ante el riesgo que la vida supone siempre, con una visión excesivamente tradicionalista que hace vivir en el pasado... Todo dicho, sin embargo, en un estilo denso y contundente, de precisión acerada, que hace la lectura apasionante. Juvenal ha limado asperezas, su arte gana en profundidad y humanidad, y, de todos modos, nos sentimos compenetrados con él.

SÁTIRA XII

Más que el de mi cumpleaños me resulta dulce, Corvino[1], el día de hoy, en que el altar, recubierto de césped[2] aguarda a las bestias prometidas a los dioses[3]. Para la reina de ellos traigo una oveja blanca, y otra cordera, blanca también, será ofrecida a aquella que combate contra la Gorgona[4] mora[5]. Un poco más allá he dispuesto, 5 destinada a Júpiter Tarpeyo[6], una víctima que embiste,

---

[1] Si este Corvino es el que aparece en I 108, se trata sin duda de una persona económicamente acomodada, pero no es el protagonista de la pieza.

[2] El altar donde se iba a sacrificar una víctima se recubría de césped.

[3] Se trata de la triada Capitolina: Júpiter, Juno y Minerva. La reina citada a continuación es Juno.

[4] La égida blandida por Minerva tenía pintada la cabeza de la Medusa, llamada también Gorgona, que fue vencida y decapitada por Perseo. Era un monstruo alado de garras afiladas; en vez de cabellos tenía serpientes, y además podía convertir en piedra a los seres humanos a los que miraba. La égida parece ser primero un escudo mágico embrazado por Zeus (el Júpiter de la mitología latina), pero que luego usaron también otros dioses.

[5] La pelea entre Perseo y la Gorgona tuvo lugar en África, de ahí el epíteto de «mora».

[6] Este epíteto subraya la romanidad esencial de Juvenal y la del protagonista de la sátira, sin descontar, por supuesto, a Corvino.

tira de la cuerda tensa[7] y sacude su testuz; es un ternero retozón, maduro ya para las aras de los templos y apto para verse rociado con vino puro[8]; es un animal que se avergüenza ya de las ubres maternas y que acornea los robles con sus astas incipientes. Si mi patrimonio fuera de más altos vuelos y homologable con mi amistad, en tal caso yo tiraría de un toro más grande que Híspula[9], roncero por su mismo tamaño, no de los que pacen en los prados cercanos, sino que por su raza revelaría los fértiles pastos de Clitumno[10]; su pescuezo no desmerecería de los golpes de un fornido victimario. Todo ello es porque festejo el retorno de un amigo empavorecido aún por la horrible situación por la que pasó. Se maravilla de verse vivo, pues se salvó de los riesgos del mar y del ataque de los rayos[11]. El cielo estaba cubierto por densas tinieblas que formaban un nubarrón, y de repente un estallido de fuego se abatió sobre la entena. Todo el mundo se sintió tocado, y, descompuesto, pensaba que no hay naufra-

[7] Para deshacerse de la cuerda que le ata.

[8] Antes de sacrificar a los animales se les rociaba con vino puro, sin mezclas; de este ternero se dice que es apto, es decir, lo suficientemente crecido para poder ser ofrecido en sacrificio.

[9] Denominación desdeñosa de una mujer conocida por su obesidad, y probablemente prostituta.

[10] El Clitumno es un río de la Umbría, en cuyas orillas había dehesas en las que pastaban rebaños de espléndidos toros blancos. Precisamente el máximo sacrificio de acción de gracias que un romano podía ofrecer era el de un toro grande y blanco. Si el sacrificio se ofrecía en el templo de Júpiter Capitolino (que éste es el caso de aquí), los animales eran conducidos en procesión hasta el lugar del sacrificio. Pero la posición económica de Juvenal ahora no deja de ser modesta, y no se puede permitir demasiados lujos.

[11] Durante un temporal un rayo cayó sobre el mástil principal e incendió la vela sustentada por él.

gio comparable al incendio de las velas. Todo sucede igual y es tan espantoso como cuando los poetas fraguan una tormenta [12]. Óyeme, sin embargo, otra suerte de peligro [13] y conmuévete otra vez. Aunque en el fondo la calamidad 25 sea la misma, hay una circunstancia terrible a todas luces, y experimentada por muchos, como lo muestra el gran número de cuadros votivos [14] que hay en los templos, pues, ¿quién ignora que Isis nutre [15] a los pintores? A mi Catulo le ocurrió un mal paso semejante. El agua ya inun- 30 daba la mitad de su barco, y la nave y el palo mayor, inseguros, daban bandazos por el batido alterno del oleaje a babor y a estribor. La experiencia del viejo timonel ya no era ningún recurso, y mi Catulo empezó a pactar con los vientos: echó la carga al mar; con ello imitó al castor, que se castra a sí mismo, satisfecho de salvarse aun a 35 costa de perder la integridad de su cuerpo: hasta tal punto conoce la virtud medicinal de su ingle [16]. «Echad todo lo mío» iba diciendo Catulo, decidido a tirar incluso lo de más valor [17], unas telas purpúreas que satisfacían las pre-

---

[12] Más que a otra, Juvenal aquí debe aludir a la tormenta descrita por Virgilio en el mismo principio de la *Eneida* I 103 ss.

[13] El del hundimiento de la nave.

[14] En los que se representaba el peligro corrido, y cómo fue la salvación; también hoy la piedad cristiana popular ofrece rasgos semejantes en determinados santuarios.

[15] Isis era invocada especialmente como protectora contra los riesgos del mar, pero también de la salud en general. Con todo, aquí la expresión de Juvenal tiene un tinte burlesco, muy acorde con su estilo satírico.

[16] Según la mitología griega y latina los testículos del castor tenían poder curativo; el propio animal tenía conciencia de ello y se los llegaba a devorar para curarse de sus dolencias.

[17] De este pasaje se deduce naturalmente que este Catulo era un rico comerciante que había comprado, y ahora transportaba, mercancías

40 tensiones de los Mecenas afeminados, y otras confeccionadas con la lana de unos corderos oscurecidos naturalmente por la fuerza de unos pastos generosos, secundados por el vigor oculto de fuentes admirables y del aire de la Bética[18]. No vaciló tan siquiera en arrojar sus enseres de plata, unas bandejas cinceladas para Partenio[19], una crá-
45 tera capaz de una urna, digna de la sed de Folo[20] o de la de la mujer de Fusco[21]; añádele aguamaniles y gran cantidad de platos, y de argento labrado en el que bebiera antaño el astuto comprador de Olinto[22]. Pero hoy, ¿hay alguien, y en qué parte del mundo que se hubiera atrevido a dar prioridad a su vida contra la plata y la salvaguarda

---

muy caras, tales como telas teñidas de púrpura, objetos de plata... Más tarde, en XIV 265 ss., el satírico dirá que viajes de este tipo son una locura. Aquí o no se pronuncia sobre ello o, en todo caso, luego no le importará caer en una incoherencia.

18 La lana no blanca, pero de color natural, es decir, no teñida, era muy apreciada, y los rebaños de la Bética, es decir, nuestra Andalucía, eran famosos por proporcionar lanas negras o bien oscuras de gran calidad.

19 Es el nombre de un artista famoso, o quizás el del mayordomo, y luego asesino del emperador Domiciano. Juvenal alude repetidamente a las riquezas de los libertos de los emperadores, I 169 (Palante y Licino), XIV 305 (Licino), íd. 329 (Narciso). En este caso el nombre del antiguo propietario eleva el valor del objeto. Noto excepcionalmente que la interpretación sintáctica del término latino *Parthenio* es la de ser ablativo en la primera hipótesis y dativo en la segunda.

20 Hércules bebiendo en compañía del centauro Folo era una imagen frecuente en los poetas griegos tardíos; la expresión «la crátera de Folo» llegó a ser proverbial.

21 Una borracha famosa en la ciudad de Roma.

22 Filipo II de Macedonia, que engañó a los olintios con promesas de amistad para poder ocupar su ciudad, que luego traicionó, lo que dio origen a las famosas *Olínticas* de Demóstenes.

de su hacienda[23]? Los hay que no se hacen un patrimonio para vivir, sino que, obcecados por el vicio, viven sólo para sus patrimonios. Pero Catulo arrojó la mayor parte de lo que allí era útil, y ni aun así orilló el riesgo. Entonces, acuciado por la adversidad, tomó la decisión de que se abatiera a hachazos el palo mayor. Y así se salieron del aprieto. Es el postrer recurso, cuando se está en las últimas: hay que echar mano de mutilar la nave. Tú, ¡hala! Confía tu vida a los vientos, entrégate a una madera trabajada con la azuela, separado de la muerte por un tablón de cuatro dedos de espesor, o de siete, si es de los más gruesos. Pero, ¡ojo! Además de las bolsas de pan y de las jarras panzudas, haz por llevar contigo hachas, que empuñarás en horas de tormenta. 50 55 60

Pero cuando el mar amainó y se calmó, cuando un tiempo mejor y un destino más favorable para el navegante se impuso al euro y al piélago, cuando las Parcas, sonrientes, empezaron a hilar con mano benévola vellones más amables y fabricaron un hilo blanco[24], se entabló un vientecillo suave, no mucho más que una ventolina, y la nave, en estado lamentable, volvió a navegar con medios míseros, unos vestidos tendidos y la vela de proa[25], la única que les quedó. El austro ya no sopla, y cuando sale el sol renace la esperanza de vida. Ya divisan la alta cumbre[26] que fue grata a Ascanio[27], preferida por él a Lavinia, 65 70

[23] Otra invectiva de Juvenal contra la avaricia, que hay que sumar a las de la *Sátira* VII.

[24] Si las Parcas hilan vellones blancos, el presagio es favorable, desfavorable si negros.

[25] De modo que la nave disponía accesoriamente de una pequeña vela de proa, llamada también foque o botalón.

[26] Se trata del monte Albano; la nave avanza en dirección oeste desde el mar Tirreno, y desde lejos lo primero que se divisa es este monte.

la morada de su madrastra. A esta colina le dio el nombre la cerda blanca[28] que con su desventurado vientre fue la alegría de los troyanos, y se hizo famosa por el
75 número prodigioso de sus treinta ubres. La nave, finalmente, logró entrar en el resguardo de la escollera construida para contener las aguas, al pie del faro tirreno[29], entre los brazos que se tienden otra vez y se adentran en alta mar, dejando lejos Italia. ¿Qué duda cabe de que los
80 puertos naturales no son tan admirables[30]? El patrón, con su barco mutilado, se dirige a la dársena más interior, un cobijo de aguas mansas, donde podría navegar incluso un

---

[27] Ascanio, por otro nombre Yulo, abandonó la ciudad de Lavinia, fundada por su padre y llamada según el nombre de la segunda mujer de éste, Lavinia, y fundó un nuevo establecimiento, Alba Longa.

[28] Cf. nota 83 de la *Sátira* VI. Tal cerda blanca fue la alegría de los troyanos porque les fue un buen agüero en la fundación de la citada Alba Longa. Cf. VIRGILIO, *Eneida* VIII 43-48.

[29] Finalmente el desvencijado buque logra entrar en el puerto de Ostia, una obra gigantesca, de las más audaces y sorprendentes de la Roma antigua; el poeta la describe muy a su modo. La idea había sido concebida por Julio César, aunque la adulación popular la atribuyó a Augusto. Se realizó bajo el imperio de Claudio, supervisada por el liberto de éste, Claudio Optato. Posteriormente Nerón reforzó y amplió la obra. Tal construcción se debió fundamentalmente al hecho de que la navegación en los parajes marinos fronteros a la desembocadura del Tíber era sumamente peligrosa, y Roma carecía de puertos seguros en épocas de tempestad, lo que, de rechazo, ponía en peligro el aprovisionamiento de trigo, que llegaba en gran parte a Roma por mar. La construcción de estas instalaciones monstruosas eliminó el riesgo de la escasez de cereales. Diques artificiales penetraban profundamente en el mar, y eran tan resistentes que el oleaje jamás pudo con ellos. El puerto tenía tres atracaderos amplios y seguros, en uno de los cuales desembocaba el brazo derecho del Tíber. Además, encima de una colina artificial de piedra se levantaba un faro construido según el famoso de Alejandría.

[30] Lógica admiración del poeta ante una obra tan magnífica.

bote de Bayas[31]. Allí los marineros con la cabeza rapada[32] se complacen en explicar prolijamente su riesgos, ahora que están seguros.

¡Ea pues, sirvientes! Id con gran recogimiento de lengua y de ánimo, poned guirnaldas en el santuario y harina 85 en los cuchillos[33], decorad el altar y su tierno césped con tierra blanda. Yo os seguiré, y una vez haya ofrecido oportunamente el rito principal, regresaré a mi casa[34], donde unas humildes estatuillas, a las que se habrá sacado el brillo con cera rallada, reciben pequeñas coronas[35]. Allí aplacaré a mi Júpiter doméstico, ofreceré incienso a los 90 Lares paternos, y esparciré violetas de todos los colores. En aquel lugar todo fulge: la puerta ha alzado altos ramajes y de buena mañana se asocia a la fiesta con sus luminarias[36].

Que todo ello, Corvino, no te infunda recelos: Catulo, por el regreso de quien levanto tantos altares, tiene tres 95

---

[31] Las aguas del puerto son tan tranquilas como las de un estanque; incluso una barquilla de paseo como las que se usan en Bayas podía navegar por ellas. Sobre Bayas, cf. la nota 1 de la *Sát.* III.

[32] Era habitual que los que se salvaban de un naufragio cuando pisaban tierra sanos y salvos se raparan la cabeza, con lo cual daban a entender la catástrofe a la que habían sobrevivido. Esto daba ocasión a que alrededor suyo se formaran grupos de curiosos que querían oír la narración de los hechos.

[33] En la ofrenda de sacrificios incluso los cuchillos con que se iban a sacrificar las víctimas se espolvoreaban ritualmente con sal y harina.

[34] Después de ofrecer el sacrificio en el Capitolio, Juvenal regresa a su casa para ofrecer otro al Júpiter doméstico y a sus dioses Lares, todavía en acción de gracias.

[35] De flores.

[36] El ornato de las puertas con motivo de las celebraciones festivas ya se ha visto en VI 79. En tales ocasiones, y también en actos de culto, era habitual encender lamparillas ya antes del amanecer.

pequeños herederos[37]. Me gustaría saber quién se desprendería de una gallina enferma, ya a punto de estirar la pata, en pro de un amigo tan poco ventajoso[38]. Y aun éste sería un dispendio excesivo, pues hoy en día para el caso de un padre enfermo nadie sacrifica ni una codorniz. ¡Ah, en cambio! Si el potentado Galita, o Pacio, que no 100 tienen hijos, empiezan a sufrir las calenturas de una fiebre, su pórtico se cubre enteramente de tablillas votivas[39] fijadas en toda regla; no falta quien prometa una hecatombe[40], puesto que aquí no se venden elefantes[41], y estas bestias no nacen en el Lacio ni en ningún otro lugar debajo de nuestro cielo; hay que ir a buscarlas entre gen- 105 tes de color, aunque luego pazcan en las arboledas rútulas[42], en el país de Turno. Se trata de ganado propiedad

[37] La sátira toma ahora un giro divertido. Juvenal finge sorpresa en su amigo, pues hace este dispendio considerable por alguien que tiene hijos, es decir, herederos. De modo que el satírico dice muy a las claras de sí mismo que no es un captador de testamentos, cosa, por supuesto, de la que Corvino es muy consciente. Y aquí radica el humor, en la ironía del poeta consigo mismo. Además, con ello se logra una muy buena transición hacia el final.

[38] Porque lo más normal es que no te nombre heredero.

[39] Toda la pared del pórtico del palacio del rico sin hijos queda recubierta de tablillas votivas, en las que los captadores de testamentos expresan sus deseos de restablecimiento del paciente e indican sus ofrendas a los dioses en tal sentido.

[40] El sacrificio de cien cabezas de ganado, que no han de ser forzosamente bueyes.

[41] Desde la época imperial en Roma la posesión y propiedad de elefantes se reservaba al Emperador.

[42] Rútulas: romanas. Los elefantes eran importados, naturalmente, principalmente de África (cf. XI 124-125), pero luego, en la época de Juvenal, se les mantenía en el Campo de Laurento, no lejos de Ardea, la ciudad de los rútulos (junto a las actuales catacumbas romanas de

del César[43], no dispuesto a servir a ciudadanos privados, ya que los antepasados de estos paquidermos solían obedecer al cartaginés Aníbal, a nuestros generales y al rey de los molosos[44], y transportaban en sus dorsos las cohortes, elemento no desdeñable en la guerra, y las torres que marchaban al combate. De modo que no es por culpa de Novio, y tampoco de Histro Pacuvio[45] si una de tales bestias no lleva su marfil a las aras y no se desploma sacrificada ante los dioses Lares de Galita[46], sólo ella víctima a la altura de dioses tan colosales y de los que merodean sus testamentos. Otro habría que, si se lo autorizaran, prometería el sacrificio de los más corpulentos y más bellos que figuran en su rebaño de esclavos, pondría ínfulas[47] en la frente de sus sirvientes y de sus sirvientas, y, de tener en su casa una Ifigenia casadera[48], la coloca-

110

115

San Calixto). El país de Turno, citado a continuación, más en general, la Península Italiana.

[43] Aquí hay que ver una crítica, más o menos velada, al hecho de que en Roma sólo el Emperador pudiera poseer en propiedad elefantes.

[44] Es Pirro. Fue en las guerras púnicas cuando llegaron a Roma los primeros elefantes, que eran botín de guerra. Se les usó en los juegos del Circo, y Pompeyo fue el primero que en su pompa triunfal hizo tirar de su carro por elefantes. Su uso militar, lo aprendieron los romanos de los cartagineses.

[45] De Novio no sabemos nada; este Histro Pacuvio debe de ser el ya citado en II 58.

[46] No es que el sacrificio se ofrezca delante del domicilio, ante los dioses Lares del rico enfermo, sino que las estatuillas han sido llevadas al templo en que se ofrece el sacrificio y puestas allí sobre el altar.

[47] Eran cintas que se ponían colgando de la frente de los animales que iban a ser sacrificados. Aquí el captador de testamentos las pone supuestamente, en la frente de sus jóvenes esclavas.

[48] Es decir, una hija soltera. Juvenal recuerda el crimen de Agamenón en Áulide, cuando sacrificó a su propia hija Ifigenia para lograr para los aqueos un viento favorable que les llevara hasta las costas de

120 ría encima del altar, aunque no esperara el sacrificio furtivo de la cierva, que es lo que ocurre en la tragedia. ¡Yo le alabo, a mi conciudadano[49]! Un testamento, efectivamente, vale más que mil naves[50]. Y si el enfermo consigue evitar a Libitina, cogido en la prisión de esta red[51], anulará su testamento, tras la maravilla de tales mereci-
125 mientos, y al cabo de poco lo legará todo a Pacuvio, quien deambulará altivamente entre sus rivales derrotados. Te das cuenta, pues, de que valió la pena degollar a la doncella de Micenas[52]. Yo pido que Pacuvio viva tanto como vivió Néstor[53], que posea tanto como robó Nerón[54],
130 que tenga auténticas montañas de oro, ¡pero que no quiera a nadie y que todo el mundo le aborrezca![55].

Troya. En la versión del mito que da Eurípides, en el momento del sacrificio, Ártemis reemplazó la joven por una cierva. Juvenal califica de furtivo el sacrificio porque la diosa realizó la sustitución a escondidas.

[49] Ya en el final de su composición la ironía de Juvenal sube de punto.

[50] Mil era el número proverbial de naves que componían la flota aquea que atacó a Troya.

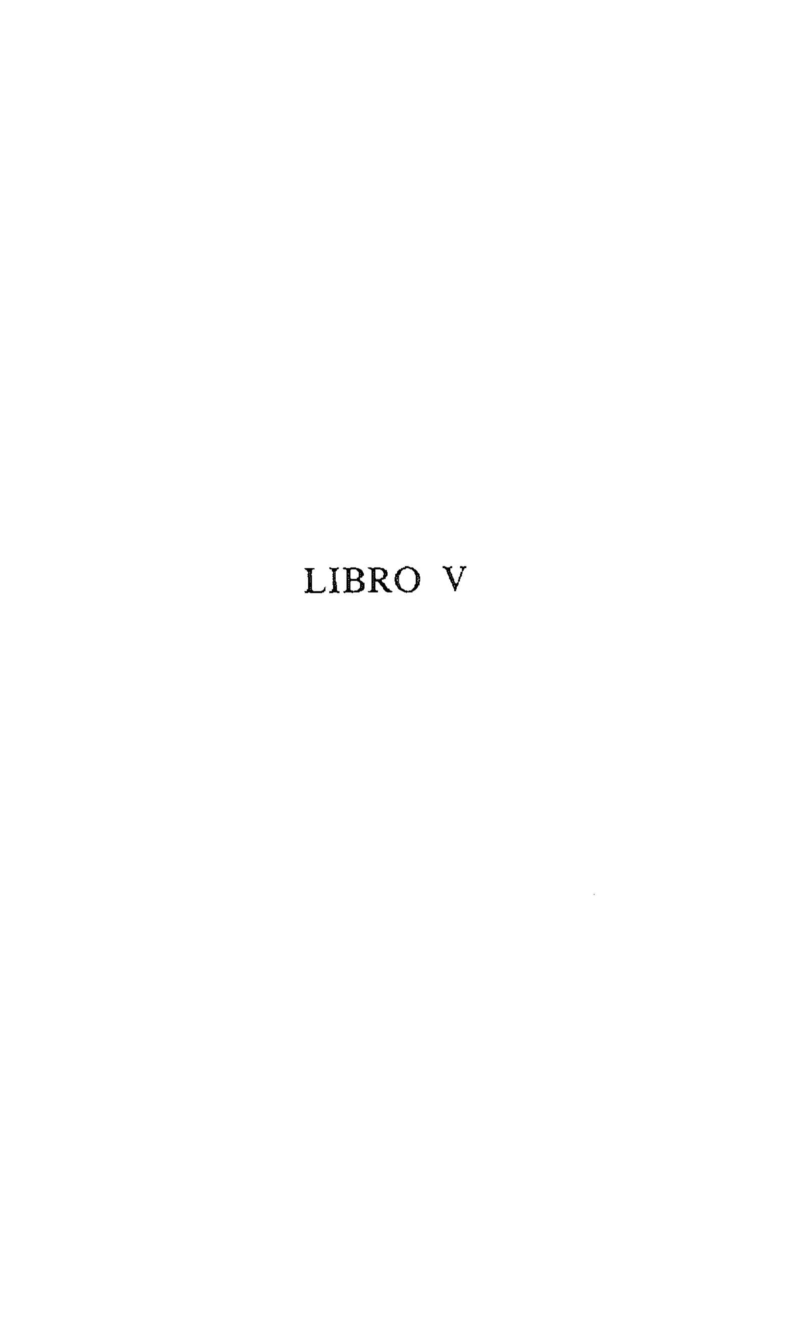
[51] El símil está tomado de la lengua de los pescadores: el captador de testamentos habrá pescado su presa.

[52] Agamenón era rey de Micenas e Ifigenia había nacido allí.

[53] Los antiguos creían que la corneja era un animal que vivía centenares de años; Homero compara a Néstor con esta ave, y aquí Juvenal a Pacuvio con Néstor.

[54] La rapacidad de Nerón era famosa, y el propio Juvenal la recuerda en X 15 y sigs., con referencia a Casio Longino, a Plaucio Laterano y al hispano Séneca.

[55] La conclusión de la sátira es un amargo deseo para Pacuvio y los de su ralea. La gente de esta calaña suele vivir muy apegada a la vida. Pues bien, que envejezcan, nosotros diríamos como Matusalén, que posean el oro a montones, pero que vivan en la odiosa soledad del desamor más absoluto. Voto que nuestro poeta formula como hermoso contraste con el sincero sentimiento de amistad y de estima fraternal que le ha inspirado esta sátira.



LIBRO V

SÁTIRA XIII

Esta sátira, que inaugura el quinto y último libro de las de Juvenal, pertenece al género llamado consolatorio, ampliamente cultivado en el último período de la literatura griega, el helenístico, y en la literatura latina, en la que se hicieron justamente famosas las *Consolationes* que el cordobés Séneca dirigó a diversas personalidades romanas.

Hoy el género parece extraño (quizás porque un lúcido pesimismo irradia la sociedad moderna, que no aparenta ofrecer demasiados agarraderos a determinadas personas), pero no deja de exigir suma habilidad descubrir en cada caso para situaciones desagradables pensamientos e ideas que hagan soportable el horizonte, y digno de valor el seguir viviendo. Algo parecido hizo Ambrosio de Milán cuando escribió su libro de reflexiones acerca de la muerte de su hermano Sátiro. Porque «la vida sigue», decimos con ardua convicción. Y en el fondo, las consideraciones del sabio bíblico Cohélet vienen a ser lo mismo, bien es verdad que con diverso fundamento.

Claro está que la presente sátira, que tiende un puente entre el penúltimo y el último libro de ellas, y establece así una conexión temática, se inscribe en el círculo de la amistad, como las dos anteriores. Porque el tema, que podríamos cifrar en el título de la célebre novela de Dostoevski *Crimen y castigo,* sólo viene tratado de refilón, ampliamente de refilón, desde luego. Pero donde Juvenal incide directamente es en el interés por su amigo. La figura del amigo se ha redondeado en las tres sátiras últimas, y aquí se cierra su tratamiento no exento de delicadeza. Ha ha-

bido un crescendo. En la *Sátira* XI, la cena ofrecida al amigo; en la *Sátira* XII, la felicitación por el retorno sano y salvo del naufragio; aquí, el interés por su situación anímica directamente, por el amigo diríamos más total.

Corvino, el amigo de Juvenal, ha sido víctima de una estafa. En la Antigüedad, en que no existían las posibilidades de custodia de capitales o de objetos de valor que existen ahora, cajas fuertes, cajas de seguridad en los mismos bancos, etc., cuando alguien sospechaba que su dinero o sus objetos de valor iban a correr peligro, quizás porque el dueño debiera ausentarse, o por algún otro motivo, no era inusual que el afectado depositara los bienes en cuestión en casa de un amigo, quien se comprometía, bajo juramento, a devolverlo a su dueño cuando éste se lo requiriera. Y éste ha sido el caso: Corvino, el amigo de Juvenal, depositó en el domicilio de otro amigo, de quien no se nos dice el nombre, diez mil sestercios. Y ahora el falso amigo los ha retenido jurando en falso no haber aceptado el depósito.

Una de las cosas que primero saltan a la vista es lo módico de la suma. Desde luego, es prácticamente imposible dar una cantidad equivalente en dinero actual, pero en todo caso nunca sería una cantidad irreparable, ni mucho menos. Y aquí hay una primera prueba del interés de Juvenal por su amigo, ya que si sería lógico que se preocupara de él en el caso de una desgracia grave, resulta como mínimo afectuoso que se preocupe de él en el caso de un contratiempo leve.

En conexión directa con ello entra el motivo de si *hoy*, en nuestra época, se podía esperar otra cosa. La moral pública se ha degradado tanto, será la lectura total que podremos hacer de esta sátira, que lo prodigioso y sorprendente sería lo contrario. Claro está que esta constatación general sólo apunta a la máxima «mal de muchos, consuelo de tontos», lo cual aquí sirve de bien poco, sólo, posiblemente, de introducción a una vía que de verdad profundice en este tema.

En la misma dirección, pero algo más penetrantemente, Juvenal aduce en segundo lugar que la pérdida del dinero era inevitable, ello siempre con la finalidad de consolar al amigo. La mo-

neda es ahora todopoderosa. Esta idea no sale aquí por primera vez, ya antes, en la *Sát.* I 114 ss.:

entre nosotros la majestad de las riquezas es la más venerada,

pero ahora emerge con fuerza singular. Desde nuestra perspectiva diríase que de manera paralela al decrecimiento de la fe religiosa (ello es válido para todos los ambientes y para todas las épocas) crece la fe en el dinero, poderoso caballero, según nuestro Quevedo. La tisis, los vómitos putrefactos, la mutilación corporal, valen menos que él. El dinero, dios y bien supremo: ¿a quién vamos a adorar?

Pero el satírico tiene experiencia de la gente. Hay ateos, desde luego, y éstos, que verdaderamente no creen en los dioses, ¿a quién van a temer? Pero hay hombres que sí, que creen en la existencia de los dioses. Quizás insinúe Juvenal que el caso de éstos es peor, vv. 90 ss. Pero no es una fe secundada por las obras, diríamos con perdón de los teólogos cristianos. Y el amor al dinero prepondera por encima de todo. Lo dicho, la pérdida del depósito era inevitable. Dios nos libre de un hecho consumado, nos dice un adagio catalán. Primer aviso: ello dañará la conciencia.

En tercer lugar, comparativamente, el amigo de Juvenal podía haber sido víctima de algo mucho peor: es el tercer motivo consolatorio que aduce Juvenal. Asesinato, envenenamiento, incendio de la casa. Amplias referencias a todo ello no faltan en la obra de Juvenal. Ahora, aquí no da detalles, no describe ningún caso de un crimen de éstos, pero el lector ya los tendrá *in mente* por las otras sátiras y, lo que es peor, por la experiencia de la vida cotidiana. Como digo, aquí Juvenal sólo los menciona genéricamente, pero el poderoso abanico se abre a la consideración reflexiva, y, desde luego, actúa de lenitivo: mucho peor podía haber sido la cosa. Porque ser criminal en Roma es como ser rubio en Germania...

En la introducción del cuarto motivo (v. 174) hay una verdadera solución de continuidad en el tema y en el estilo. La dicción gana en fuerza y en empuje. Es el tratamiento del motivo

de la venganza. Inicialmente se advierte a Corvino que se debe guardar de ella (vv. 190-192):

De acuerdo, para un alma floja y esmirriada la venganza siempre es un placer. Ten en cuenta ahora mismo que nadie se goza más en ella que la mujer.

Luego añade que el miedo y los remordimientos de la conciencia castigan continuamente al criminal, que incluso en los rayos y truenos ve el signo inequívoco de la ira de la divinidad.

En la clausura de la sátira el pensamiento de nuestro satírico se bifurca en dos motivos finales. El primero de ellos se cifra en el refrán castellano «la cabra tira al monte». El que te ha estafado no se contentará con un solo pecado. Reincidirá, y aún más gravemente, tanto, que será juzgado y condenado a muerte o a cadena perpetua.

El segundo motivo: y tú te gozarás de ello y reconocerás, cerrando un círculo amplísimo, la justicia de los dioses. Con el interrogante de si esto es la venganza que ahora mismo el satírico vituperara, se cierra la composición. ¿Aquí Juvenal es coherente o incoherente consigo mismo? Lo que se ve claro es que no ha meditado en la minucia de la composición, y se le ha escapado esta contradicción material. Pero seguramente aquí no hable de una satisfacción consciente e intencionadamente perseguida. Ello es así, viene más bien a apuntar, esta vez es así positivamente, y tampoco se podría modificar. Luego; gocémonos de ello, pues, por otro lado, tampoco cabría otra cosa.

SÁTIRA XIII

Cualquier cosa que se una a un mal ejemplo desagrada a su propio autor: la primera venganza es que ningún malhechor se absuelve a sí mismo si se erige en juez propio, y esto por más que un favor cínico haya vencido en el sorteo hecho con soborno del pretor[1]. Tú, Calvino[2], ¿qué 5 crees que opina la gente de esta fechoría reciente y de la lealtad defraudada? Pero ni te han correspondido unas rentas tan reducidas[3] que te hunda la carga de un quebranto no muy grande, ni, por otra parte, lo que sufres se contempla pocas veces: es caso conocido de muchos, es cosa corriente y extraída del cúmulo que amontona la 10 fortuna. Dejémonos de lamentos excesivos. El dolor del

[1] Para evitar irregularidades en la tramitación y realización de los procesos, el pretor sorteaba los casos entre los jueces; aquí, además de haber sobornado a uno para que absolviera injustamente, se ha sobornado al pretor para que, en el sorteo, haga trampa y el juicio por el delito de estafa determinado corresponda precisamente al juez dispuesto a absolver.

[2] Excepcionalmente podemos fechar esta sátira con precisión. Más abajo se nos dirá que Calvino nació en el consulado de Fonteyo Capitón, en el año 67 de nuestra Era, por consiguiente, y que ahora cuenta sesenta años. La sátira, pues, se escribió en el año 127 d. C. En cuanto a la identidad de este Calvino, no podemos conjeturar nada.

[3] La estafa fue de diez mil sestercios, una cantidad ciertamente no exagerada.

hombre no debe exceder lo justo ni rebasar el agravio. Y tú, a duras penas logras soportar esta porción pequeña y exigua de unos males insignificantes, y te espumean las
15 ardientes entrañas porque un amigo no te restituye el depósito que aceptó con juramento[4]. ¿Y esto llena de estupor[5] a un hombre que tiene ya sesenta años en sus espaldas, pues nació en el consulado de Fonteyo? ¿No has sacado nada mejor de la experiencia de tantas cosas? ¿Qué duda cabe de que es augusta la sabiduría, que supera al azar, la cual nos da sus preceptos en librillos sagrados?[6]
20 Pero nosotros, sin embargo, también juzgamos felices a los que bajo el maestrazgo de la vida aprendieron a soportar sus incomodidades y a no dar coces contra el yugo. ¿Es que hay fiesta tan solemne que se abstenga de produ-
25 cir ladrones, perfidias, fraudes, ganancias buscadas por medio de cualquier crimen, y dineros adquiridos a espada[7] o con una copa de veneno? Porque los hombres hon-

---

4 Para nuestra historia particular puede resultar instructivo observar que en el caso de la consulta hecha al emperador Trajano por Plinio el Joven cuando era gobernador de Bitinia, acerca de los cristianos (*Correspondencia* X 96), consulta a la que Trajano contestó que no se les debía buscar, pero si eran delatados, castigarles, el epistológrafo y alto funcionario romano señala que los cristianos bitinios detenidos se habían juramentado a no cometer robos ni adulterio, a guardar lealtad para con todos, y a devolver los depósitos que hubieran admitido en custodia, lo cual indica que la denegación de tales depósitos debía de ser un hecho vulgar.

5 Según el concepto de la filosofía antigua de que cualquier emoción procede de sorpresa o de estupor.

6 Probablemente se piensa en la sabiduría personificada y aun divinizada, en cuyo caso los libros en algún modo relacionados con ella son divinos y sagrados.

7 Cf. III 305 ss., donde se habla de atracadores nocturnos armados de espadas.

rados andan escasos: cuéntalos y difícilmente alcanzarás el número de puertas de Tebas o el de las bocas del fecundo Nilo[8]. Ahora vivimos una edad, unos siglos peores que la época del hierro. La misma naturaleza no encontró un nombre comparable con sus felonías y no les ha impuesto el nombre de ningún metal[9]. ¿Nosotros vamos a invocar la lealtad de los hombres y la fe en los dioses con un griterío semejante al del vocinglero hatajo de clientes que jalea la actuación de Fesidio[10]? Dime, viejo que no mereces más que la burla, ¿ignoras el atractivo que ejerce el dinero ajeno? ¿Ignoras las carcajadas que tu simpleza suscita en el vulgo cuando exiges a alguien que no perjure y que se crea de verdad que en los templos y en el altar candente está la divinidad? Antes sí, los hombres de esta tierra vivían con tales usos, pero ello era antes de que Saturno[11] en su huida dejara la diadema para empuñar la hoz campesina, cuando Juno era una jovencita y

30

35

40

---

[8] Siete en ambos casos. El epíteto clásico de Tebas es «la de siete puertas», cf. el título de la tragedia de Esquilo *Los siete contra Tebas*.

[9] En VI 23-24, se cita la edad de hierro como algo ya muy remoto, de modo que la idea de Juvenal le es persistente.

[10] La comparación es tan satírica como cómica. Este Fesidio es un abogado que actúa aclamado por sus hambrientos clientes, los que por la mañana han cobrado la módica cantidad del capazo (cf. I 95 ss.), pues Fesidio es su patrón. Aunque sabemos por Plinio el Joven (*Correspondencia* II 14) que alguna vez los abogados repartían dinero entre la pobretería para que acudiera a aplaudirles.

[11] Aunque la figura de Saturno se contaminó, por lo menos parcialmente, con la del griego Cronos, el padre de Zeus, en realidad era un antiquísimo dios itálico, que había llegado a Italia destronado por Júpiter (Zeus) y expulsado del Olimpo. En Italia se le relacionó intensamente con el mundo de la agricultura, y normalmente se le representaba provisto de una hoz o de una podadera. A este momento alude la mención de Juvenal, quien enlaza aquí con el principio absoluto de la *Sátira* VI; cf. la primera nota de ésta.

Júpiter era un particular en las cuevas de Ida[12]. Entonces no había, por encima de las nubes, convites de los celestes, no actuaban de coperos ni el mancebo de Troya[13] ni la hermosa mujer de Hércules[14]; Vulcano apuraba una
45 copa de néctar y luego se lavaba los brazos[15] ennegrecidos en su taller de Lípari[16]. Eran los tiempos en que los dioses tomaban a solas sus comidas y no había una turbamulta de ellos como la de hoy; el cielo se daba por satisfecho con unos pocos númenes y oprimía al pobre Atlante[17] con un peso menor. Todavía no había caído en suerte
50 al torvo Plutón[18] ni a su mujer siciliana el triste imperio

---

[12] Todo es muy coherente: Júpiter adolescente todavía no había podido expulsar a Saturno del Olimpo; Hera, la hermana de Júpiter, era todavía una adolescente.

[13] Ganimedes.

[14] Hebe.

[15] Juvenal parodia una escena de la *Odisea* XVII 414 ss., aunque con alguna variación, pues en el poema homérico Tetis acude a visitar a Hefesto (Vulcano) en su taller de Lípari, y el dios, para recibirla, se limpia los brazos con una esponja. Aquí Juvenal toma lo esencial, la suciedad del dios, que se presenta al festín de los dioses sin haberse lavado previamente; sediento, apura una copa de bebida, y sólo piensa en lavarse los brazos, seguramente a la vista de lo atildados que han acudido los demás. La socarronería de Juvenal en su parodia es evidente, y ello contribuye a subrayar el pesimismo con que contempla la situación de la sociedad y la corrupción generalizada en ciertos ambientes. En general, en los poemas homéricos, Vulcano (Hefesto) es más bien un patán, y este lugar de la sátira recuerda esto fuertemente.

[16] Pequeña isla entre Sicilia y la Península Italiana, donde se decía que Vulcano tenía su fragua, por ser la isla muy volcánica.

[17] Del gigante Atlante, que da el nombre a la cordillera norteafricana del Atlas, y al Océano Atlántico, se decía que sostenía sobre sus hombros la vuelta del cielo, encima de la cual vivían los dioses.

[18] Plutón y su mujer Prosérpina (la Perséfone de los griegos), reinaban en el Tártaro. El dios es el equivalente al griego Hades: con Jú-

de las profundidades subterráneas, no existían la rueda[19], ni las Furias ni el peñasco ni el castigo del buitre cruel, y las sombras vivían gozosas, pues los infiernos carecían de reyes. La maldad era algo sorprendente en aquel siglo en que se tenía por grave impiedad, a expiar con la vida, que un joven no se levantara delante de un anciano[20] o 55 un adolescente al paso de un hombre maduro, aun en el caso de que el chico viera en su propia casa un acopio mayor de fresas o montones mayores de bellotas. ¡Tan venerable era ser cuatro años mayor, y hasta tal punto la pelusa en la barba se equiparaba a la augusta vejez! Hoy, 60 en cambio, si un amigo no niega un depósito y devuelve una bolsa ya vieja con el verdete[21] intacto, ello es una lealtad prodigiosa que reclama una consulta a los libros etruscos[22] y que exige el sacrificio expiatorio de una oveja coronada. Yo, si contemplo a un hombre ilustre que a la vez sea honrado, para mí es un monstruo comparable a un recién nacido con dos cuerpos, a los peces hallados 65

---

piter (Zeus) y Neptuno (Posidón) se repartió el imperio del universo tras la victoria sobre los Titanes.

[19] Esta alusión y las dos siguientes son a la rueda de Ixión, al peñasco de Sísifo y al buitre de Ticio.

[20] El cómputo romano de las edades, que tenía su influencia en la vida, especialmente de los hombres, era distinto del nuestro. Cuando apuntaba la primera pelusa de la barba, hacia los catorce años, empezaba la adolescencia, que en la mentalidad romana duraba hasta los treinta, y la juventud hasta los cuarenta y cinco.

[21] El verdete que se fija en los metales que hace tiempo que no han sido tocados. Aquí el verdete que se ha hecho en las monedas, tantísimo tiempo intactas.

[22] Los arúspices etruscos solían precisar el sentido de cualquier hecho prodigioso, y además indicaban a qué dios se debía ofrecer el sacrificio expiatorio si el prodigio era señal de que un dios se había ofendido. Tales arúspices tenían las respuestas consignadas en sus libros.

milagrosamente debajo de un arado, o a una mula preñada[23], y me inquieto[24] como ante una lluvia de piedras, como si un enjambre de abejas se hubiera posado, en for-
70 ma de largo racimo, en lo alto de un templo, o como si un río fluyera hacia el mar en maravillosos torbellinos, en un torrente de leche.

Te quejas de que por un fraude sacrílego te han sustraído diez mil sestercios. ¿Pues qué dirás de otro que ha perdido doscientos mil, confiados también sin testimonio? Y un tercero, una suma aún mayor, que apenas si cabía
75 en un arca espaciosa atiborrada hasta los bordes. Si no hay mortal que lo sepa, es cosa fácil y hacedera despreciar el testimonio de los dioses. Date cuenta del vozarrón con que lo niega, de la entereza del rostro del falsario. Jura por los rayos del sol, por Júpiter Tarpeyo, el fulminante, por la lanza de Marte y por la saetas del profeta de Ci-
80 rra[25], por los dardos y por la aljaba de la doncella cazadora[26], por tu tridente, oh Neptuno, padre del mar Egeo, y añade aun el arco de Hércules y el asta de Minerva. Jura por todas las armas existentes en los arsenales del
85 cielo, y si es padre «Voy a comerme» —exclama— «los

---

[23] Es decir, un hombre ilustre honrado es algo tan impensable como los hechos monstruosos acabados de enumerar. Juvenal ha recaído en un profundo pesimismo.

[24] Un prodigio cuya realización se pudiera comprobar generalmente era tenido como de mal agüero e inquietaba a las poblaciones en que había sucedido. Desde un punto de vista de la composición, los tres prodigios citados se compensan con los citados anteriormente, y en medio está la indicación del estado de ánimo del sujeto. Pocas veces Juvenal muestra este cuidado y este equilibrio.

[25] Apolo.

[26] Diana.

desgraciados sesos de mi hijo hervidos y aderezados con vinagre de Faros!»[27].

Hay hombres para quienes todo depende del capricho de la fortuna y no creen que el mundo tenga su conductor: es la naturaleza la que hace girar el gran retorno constante de los días y los años, de modo que tocan sin miedo alguno el altar que sea[28]. Pero otros temen que, 90 al crimen, le siga el castigo; éstos creen en los dioses, y aun así perjuran, pues se dicen en sus adentros[29]: «Que Isis decida lo que quiera acerca de mi cuerpo, y que hiera mis ojos con su sistro airado[30] con tal que yo, aunque ciego, pueda retener los dineros que niego. Una tisis, un 95 absceso purulento o una pierna mutilada no valen menos. Que el pobretón Ladas[31] no vacile en desear un reuma, si ha de enriquecerle, y ello aun cuando ahora no precise los servicios de Arquígenes ni los productos de Anticira. Pues a ver: ¿qué saca un muerto de hambre de la gloria

---

[27] Faros es una pequeña isla que está delante de Alejandría: de allí partían las naves con productos importados de la región de Egipto. De modo que no hay que entender que el vinagre se haya producido en Faros, sino que se había importado de allí.

[28] Es seguro que la formación filosófica de Juvenal era muy endeble, pero de todos modos piensa en los epicúreos, que sustentaban doctrinas como éstas.

[29] Sigue un monólogo muy característico. Según la concepción de los antiguos, el perjurio era castigado por los dioses, especialmente por Isis, con daños corporales, ante todo con vértigos y con la ceguera.

[30] El sistro es un instrumento musical de percusión, que aquí, sin embargo, Isis usa con fines no musicales.

[31] Ladas fue un corredor muy famoso que el escultor helenístico Mirón inmortalizó en una estatua, de la que parece que había una copia en Roma. El sentido del pasaje es: vale más ser reumático rico que óptimo atleta pobre. Arquígenes era un médico famoso; de Anticira procedía el eléboro, remedio eficaz contra la locura.

que da la ligereza de pies o el ramo de los olivos de Pi-
100 sa[32]? Además, la ira de los dioses, por más que sea fuer-
te, también es cierto que es roncera; si se preocupan de
castigar a todos los culpables, a mí, ¿cuándo me tocará?
Y a lo mejor me cae en suerte un numen indulgente, que
acostumbre a perdonar delitos de este tipo. Muchos come-
105 ten crímenes idénticos, y su suerte es diversa: uno se lleva
una diadema como precio de su culpa, pero otro el supli-
cio de la cruz»[33]. Éste confirma así su espíritu tembloro-
so por miedo de su falta, y entonces va por delante tuyo
cuando le citas al templo sagrado[34], dispuesto incluso a
110 arrastrarte a él[35] y aun a maltratarte. Porque cuando la
sinvergonzonería es grande y supera con creces una causa
mala, eso a muchos les parece inocencia. Él desempeña el
papel del esclavo fugitivo en la comedia del gracioso Ca-
tulo[36]; tú, desgraciado, prorrumpes en gritos de modo
que vencerías a Esténtor[37], que igualarías al Gradivo ho-
115 mérico: «¿Lo oyes, Júpiter, y tú, sin rechistar, cuando tus

---

[32] Pisa, en Olimpia, en la Élide, al norte del Peloponeso, donde Hércules instituyó los primeros juegos olímpicos. En ellos se coronaba a los triunfadores con coronas de hojas de olivo.

[33] «Y así va el mundo», parece concluir el presunto estafador aducido por Juvenal.

[34] Para jurar ante la estatua del dios.

[35] Seguramente tirándote de los cabellos.

[36] Se trata de Quinto Lutacio Catulo Urbicario, ya citado en VIII 186. Cf. la nota 71 de esta sátira, en la que se citan dos piezas de este autor, el *Fasma* (la comedia del fantasma) y el *Lauréolo;* este último un mimo muy conocido y representado, en el que ahora piensa Juvenal. Cf. la nota 73 de la *Sát.* VIII.

[37] Esténtor, según la *Ilíada* V 785; Hera toma la figura de Esténtor y clama con una voz de bronce como de cincuenta hombres, pero en progresión grotesca Juvenal cita inmediatamente a Marte, que al ser herido por Diomedes lanza un grito como de diez mil hombres; en este lugar Homero aplica a Ares (Marte) el epíteto de Gradivo.

labios deberían hablar, aunque seas de mármol o de bronce? ¿Por qué, entonces, ponemos piadosamente en las brasas de tu altar los granos de incienso que sacamos de un cucurucho, el hígado troceado de un ternero o las entrañas blancas de un cerdito? A lo que veo, no hay mucha diferencia entre vuestras imágenes y la de Vagelio»[38].

Ahora atiende al consuelo que, por el contrario, puede brindarte uno que ni lee a los cínicos ni los dogmas de los estoicos, los cuales difieren de los cínicos sólo porque usan túnica[39], y jamás contempla a Epicuro, quien se contenta con las legumbres de su huertecillo. Deja que los enfermos más graves sean atendidos por médicos prestigiosos; tú confía tu vena[40] a un discípulo vulgar de Filipo[41]. Si me demuestras que en el mundo no ha habido crimen más detestable me callo, y no te prohíbo que te aporrees el pecho a puñetazos ni que con la palma de la mano te atices de bofetadas en la cara, porque siempre que se ha sufrido una pérdida debemos cerrar la puerta[42]; con más gemidos de los inquilinos y con más tumulto se lloran los dineros que las defunciones; en el primer caso el dolor no 120 125 130

[38] Declamador de ínfima categoría. El sentido del lugar es: vuestras imágenes ayudan tan poco como si en vez de ellas veneráramos la de Vagelio.

[39] Los cínicos no usaban túnica, y debajo del vestido llevaban sólo una breve ropa interior, pero las doctrinas de cínicos y de estoicos eran muy parecidas. Antístenes, filósofo contemporáneo de Platón, fundó los cínicos, cuyo representante más famoso fue Diógenes el Cínico; Epicuro, hacia finales del s. IV a. C., fundó la escuela filosófica que lleva su nombre, básicamente hedonista.

[40] Para que te haga una sangría. Era un método habitual de curar.

[41] Famoso médico de Alejandro Magno; Juvenal da por supuesto que el discípulo no es tan competente como el maestro, ni mucho menos.

[42] En los casos de luto público o bien oficial se cerraban las puertas y cesaba todo tipo de actividad.

es fingido, ni nadie se satisface con rasgar sólo el dobladillo del vestido o con fregarse los ojos para extraer de ellos unas gotitas de agua: la pérdida de la fortuna se llora con 135 lágrimas auténticas. Ahora bien: si ves el foro lleno de quejas semejantes, si los deudores, después de diez lecturas del documento hechas por la parte contraria[43], niegan aún su autógrafo como un trozo de madera sin valor, y esto cuando sus propios rasgos les acusan, y la más bella de 140 las sardónicas[44], guardada en una arquilla de marfil, tú, amor mío, ¿vas a creer que han de ponerte fuera de lo común porque eres hijo de la gallina blanca[45], mientras que nosotros somos pollitos de mala raza, salidos de huevos miserables? Sufres una desgracia leve, y deberías soportarla con ira moderada si fijas tu vista en crímenes 145 más graves. Compárala con los asesinos a sueldo, con el incendio provocado a traición con azufre cuando las primeras llamas ya prenden en las puertas[46], cotéjala con los que roban, en un templo antiguo, las grandes copas cubiertas de una pátina venerable, las ofrendas de los pueblos o las coronas que depositó en él un rey de antaño. 150 Y si no se da con nada de esto, siempre habrá un sacrílego de menos fuste que raspará el muslo de la imagen dorada de Hércules o incluso la cara de Neptuno, o que birlará un pan de oro de la estatua[47] de Cástor; habitua-

[43] Es decir, el acreedor y sus abogados.

[44] Como cuño que se estampaba en la cera que cerraba las hojas de madera que contenían el documento.

[45] Según el mito contado por Suetonio (*Vidas*, *Galba* 1), un águila soltó una gallina blanca, que cayó en el regazo de Livia, madre de Catón de Útica, llamado Catón el Censor.

[46] Casi lo mismo leemos en IX 46.

[47] La estatua era de bronce, sobredorada con una leve lámina de oro.

do a todo ello, ¿es que dudaría en fundir la efigie de Júpiter Tonante? Confróntalo también con los fabricantes y los mercaderes de venenos, y con aquel otro que hubieran debido tirar al mar dentro de una piel de buey[48] con una mona inocente, pero malhadada. Y esto es sólo una parte, y pequeña por cierto, de los delitos que Gálico[49], custodio de la ciudad, escucha desde la aurora hasta que se pone el sol. Si deseas conocer las costumbres del género humano, con una casa cualquiera te basta: pasa en ella unos días, y cuando regreses de ella atrévete a llamarte desgraciado. ¿En los Alpes, quién se admirará de un cuello hinchado[50], o en Méroe[51] de un pecho más craso que el crío regordete? ¿Quién se sorprende de los ojos azules de un germánico, de sus cabellos rubios, de sus rizos llenos de mejunjes, retorcidos en forma de cuerno? Nadie, porque en este país éstos sos rasgos naturales, comunes a todos. Cuando de repente llega una nube sonora de pájaros tracios corre el pigmeo, guerrero de armas diminutas, pero no está a la altura de su enemigo y pronto es cogido y llevado en volandas por las garras voltizas de una grulla feroz. Si vieras una cosa así entre nuestra gente te troncharías de risa, pero allí, aun cuando contemplan sin abu-

[48] El conocido y ya citado horrendo castigo; cf. VIII 214, cf. también la nota 85 de esta sátira.

[49] Este Gálico fue prefecto de la ciudad en el año 89 d. C.; seguramente sucedió en el cargo a Pegaso, de quien se habla en IV 77. De manera que en realidad Juvenal habla de unos cuarenta años atrás cuando redacta esta sátira.

[50] Se refiere al bocio o paperas, enfermedad frecuente en los niños, y que en la época de Juvenal debía de ser frecuente en la región alpina, donde se atribuía a una supuesta mala calidad de las aguas.

[51] En la desembocadura del Nilo. Pero la alusión de Juvenal es obscura.

rrirse combates de esta guisa, nadie se ríe de ello [52], pues toda la cohorte apenas si levanta un pie del suelo.

«¿Luego, no habrá castigo para esta testa perjura y por 175 su estafa nefanda?» Imagínate que, a tal hombre, de golpe le cargan las cadenas más pesadas, y que podemos matarle a nuestro antojo: ¿qué más podría querer nuestra ira? Pero el desfalco queda, y el depósito jamás te será restituido. Sólo las gotas de sangre que vierta el cuerpo mutilado te 180 serán un consuelo odioso. «Sí, pero la venganza es un bien superior a la misma vida». Bien, esto lo afirman los ignorantes, cuyas entrañas verás arder por nada o por un quítame allá estas pajas: la nimiedad más exigua les basta para encender su ira. Pero tal cosa, no la dicen ni Cri- 185 sipo [53] ni Tales, de carácter tan pacífico, y mucho menos el anciano vecino del dulce Himeto, que no hubiera accedido a propinar a su acusador ni una parte de la cicuta que bebió entre duras cadenas. La feliz sabiduría, principal maestra de justicia para todos, nos va despojando poco a poco de vicios y de errores. De acuerdo, para un alma 190 floja y esmirriada la venganza siempre es un placer. Ten en cuenta ahora mismo que nadie se goza más en ella que la mujer [54]. ¿Y por qué vas a creer [55] que se han evadido

[52] El sentido básicamente es que allí nadie se ríe porque la poca estatura es algo normal. El hecho en sí parece tener al satírico indiferente.

[53] Parece que Crisipo fue el que inauguró el género gnómico o las colecciones de sentencias. De Tales de Mileto, esencialmente metafísico, se dice que rechazaba la venganza. El viejo vecino del dulce Himeto es Sócrates.

[54] Meleto.

[55] Lo que sigue a continuación es una exposición, eficaz y poderosa, del suplicio que es la mala conciencia. Tal presentación es de corte muy psicológico, sin imágenes exteriores. En este fragmento la dicción latina es espléndida: el criminal es verdugo de sí mismo.

del castigo los que están agobiados por el recuerdo de una acción criminal, azotados sordamente por el verdugo de 195 una conciencia que empuña el látigo? Llevar dentro del pecho día y noche al propio acusador es un suplicio terrible, mucho más cruel que los que se inventaron el implacable Cedicio[56], y Radamanto[57]. La profetisa pitia respondió a cierto espartano que en días a venir no quedaría 200 impune el solo hecho de haber pensado retener un depósito y cubrir la estafa con un juramento[58]. El de Esparta inquiría el parecer del dios, y si Apolo le aconsejaba el desfalco. De modo que restituyó por miedo, no por convicción, y a pesar de todo en él se comprobó que la voz 205 del oráculo era verídica y digna del templo, pues se extin-

---

[56] No se sabe quién fue.

[57] Junto a Minos y Éaco era juez en los infiernos.

[58] Si el solo hecho de proyectar cometer un delito ya merece castigo divino, *a fortiori* lo merecerá más el pecado cometido. El caso aquí aludido lo cuenta HERÓDOTO, en su libro V 54: el espartano Glauco, hijo de Epídico, se había hecho famoso por su honradez. Un hombre de Mileto llegó a Esparta y depositó en casa de Glauco una suma de dinero que era la mitad de su hacienda. Y al propio tiempo le da una indicación: deberá entregar el dinero a quien le exhiba una contraseña como la que él le ha dado. Pasaron muchos años, y al cabo se presentaron los hijos del milesio con la señal convenida. A Glauco le sobreviene la idea de defraudar el dinero, y de momento finge haber olvidado la cosa; sin embargo, dice a los hijos del milesio que vuelvan a él dentro de cuatro meses. En el ínterin él se dirige a Delfos y pregunta al oráculo si puede perjurar y retener el dinero. «Tú jura» —le responde el oráculo— «porque la muerte aguarda también al honrado. Pero sábete que la santidad del juramento se venga incluso en la descendencia». Glauco, cuando oye la respuesta pretende revocar la pregunta, pero el oráculo le manifiesta: «Quien es capaz de formular esta pregunta al dios es tan culpable como si hubiera cometido el fraude». Glauco llamó a los hijos del milesio y les restituyó el dinero, pero al cabo de tres generaciones su linaje ya se había extinguido.

guieron de golpe él y toda su familia, y aun los parientes que salían de ramas lejanas.

Ya la intención de pecar sufre tales castigos. Porque el que medita en su interior, calladamente, el crimen, ya es culpable de su comisión. Dime: ¿y si llega a poner por 210 obra sus propósitos? Una angustia sin fin no le abandona ni en la hora de comer. Tiene la boca reseca como la de un enfermo: la comida se le hace una bola entre las muelas. Es un desgraciado que escupe el vino y que siente 215 asco ante la solera preciosa de un vino de Alba añejo[59]; le muestras otro mejor y el ceño se le fruncirá de densas arrugas como producidas por un áspero Falerno. Y si por la noche la angustia le permite algo de sueño, luego que se ha revolcado por toda la cama, y sus miembros reposan, ve enseguida el templo y las aras del numen violado, 220 y lo que más principalmente le oprime la mente con sudores: te ve a ti entre sueños, tu imagen augusta y mayor que la auténtica le perturba, le estremece y le obliga a confesar. Éstos son los que tiemblan, los que se ponen lívidos cuando cae un rayo, los que cuando truena se des- 225 mayan así que empieza el fragor en el cielo, como si el fuego no fuera fortuito y por la rabia de los vientos; antes bien, como si encolerizado cayera en la tierra para juzgarle. Si la tormenta de ahora no les daña en nada, con más congoja temen la próxima, como si la serenidad 230 actual sólo la aplazara. Además, si empieza a dolerles el costado con una fiebre que les quita el sueño, creen que un numen enemigo les envió al cuerpo tal enfermedad, piensan que se trata de peñascos y de dardos de los dioses. Y no se atreven a prometer para el santuario el don

[59] Vinos famosos por su calidad; el setino ha sido ya mencionado en X 27, y el de Alba en IV 81 y en V 33.

votivo de un borrego que bala ni la cresta de un gallo a los dioses Lares. ¿Pues qué pueden esperar los criminales cuando enferman? ¿Qué víctima no merece más la vida 235 que ellos mismos? El carácter de los malvados es normalmente voluble y tornadizo. En el momento de perpetrar el crimen les sobra audacia, pero cuando han cometido la maldad empiezan a distinguir el bien y el mal. Y la naturaleza, que a fin de cuentas es firme e incapaz de cambiar, regresa a las costumbres que ahora mismo habían condenado. Ea, vamos a ver, ¿quién se marca un límite en el pecado? ¿Quién ha recuperado el recatado 240 rubor una vez que lo expulsó de su frente endurecida? ¿Has visto a un hombre que se satisfaga de un solo crimen? Nuestro pérfido caerá en el lazo y sufrirá el garfio[60] tras la lóbrega cárcel, o la peña del Egeo, o los escollos 245 frecuentados por desterrados ilustres. Tú te gozarás del amargo sufrimiento[61] de este nombre odioso y acabarás por reconocer gozosamente que entre los dioses no hay ni sordos ni parecidos a Tiresias[62].

---

[60] El garfio con que eran arrastrados fuera de la cárcel los cadáveres de los ejecutados.

[61] Aquí Juvenal es muy incoherente consigo mismo; sólo unos versos más arriba advierte que únicamente los espíritus mezquinos se gozan en la venganza, subrayando que principalmente lo hacen las mujeres.

[62] El célebre adivino tebano era ciego.

SÁTIRA XIV

En esta sátira se concentra y culmina un elemento raro en un satírico, pero que en Juvenal aflora inesperadamente en algunos lugares, el amor a los niños, descritos con ternura y mano maestra. En III 175, 176, una hermosa descripción de un teatro de aldea, el máximo relieve lo marca el niño que se arrebuja en el regazo de su madre, asustado por la máscara del actor; en plena descripción del repugnante banquete que el potentado Virrón ofrece a los pobres para humillarles, surge de repente la figura de los niños que humaniza algo (V 142-145) la situación conectándola, aunque sea fugazmente, con la realidad; por contra, hacia el final de la *Sátira* VI (vv. 629-642), el poeta fija su atención en los peligros que acechan al niño rico heredero, para acabar la secuencia señalando cómo no hay nada peor que una madre desnaturalizada.

Si hay una proporción entre la dimensión de las sátiras y el interés que Juvenal siente por cada tema respectivo, lo que habrá preocupado más al satírico habrá sido la corrupción de la convivencia familiar, centrada en la visión de la perversión de las mujeres, pues a ello dedica la *Sátira* VI, con mucho la más larga de las del poeta; luego le habrá preocupado el deterioro de la vida social, pues a ella dedica la *Sátira* III, y luego el problema de la educación, tratado aquí, que le lleva al satírico algo menos de espacio. Pero también se podría demostrar, seguramente, que la capacidad de penetración real del satírico en su tema está en proporción directa con la extensión de su sátira, de modo que

la relación establecida es más profunda y significativa de lo que cabría pensar a primera vista. Añadamos aún que la única vez que alguna emotividad aflora en la obra del satírico se da aquí, en un pasaje especialmente tenso (vv. 45 ss.):

> Que nada feo de ver o de decir roce estos umbrales tras los que hay un padre. ¡Lejos, ah, lejos de ahí las mozas de alcahuetería y los cantos del gorrón noctámbulo!

Lugar en que es lógica la sutil interpretación de que el gorrón nocturno debía ejecutar cantos no menos obscenos que la entidad de su eventual pareja femenina, pues de otra manera sobraría tal asociación.

De modo que el *leitmotiv* más general de esta sátira es la educación, y, más concretamente, la mala educación, es decir, la que imbuye en el educando hábitos y mentalidades perversas. A lo largo de la sátira ello se diluirá algo, pero siempre tendrá la consistencia suficiente para dar a la composición su unidad sustancial. Porque los padres educan descuidadamente a sus hijos por activa y por pasiva.

Primero por pasiva, vv. 1-106. Los hijos imitan espontáneamente de sus padres la práctica de los vicios: juego, glotonería, crueldad, lujuria. Juvenal advierte contra esto, y aquí ha escrito unos de los versos más nobles de toda su obra, vv. 47-49:

> En el caso de que prepares algo torpe, a los niños se les debe el máximo respeto: tú, pues, ten muy en cuenta los años de tu hijo, y que tu niño de corta edad te prive de cometer pecado.

Pero luego la mala educación por activa: el único vicio que repele a los jóvenes es la avaricia, pero los padres les fuerzan a practicarla con ejemplos y con preceptos inicuos. Dentro del marco más general del tema de la educación, en el v. 107 arranca el segundo gran asunto de la sátira, la diatriba contra la avaricia. Vicio que Juvenal no toca por primera vez. Ya habíamos advertido un puntazo en VII 30:

> ... porque los ricos avaros aprendieron ya a tan sólo admirar, a tan sólo alabar al diserto tal como los niños el ave de Juno,

pero ahora incide plena y largamente en el tema, porque cree que es de capital importancia en el tratamiento del estado de la sociedad en que le ha tocado convivir.

Nuestro satírico matiza el tratamiento del tema de la avaricia y lo monta en un *crescendo*. Primero, la avaricia es algo deletéreo que jamás se debería implantar en las almas juveniles, y da un argumento histórico muy comprensivo, que abraza desde la época de Creso (del s. VI a. C.) a la de Licino (20 d. C.), de quien Juvenal oiría hablar a sus padres o abuelos, y a la del liberto Narciso (hacia el año 60), que quizás coincidiera con la infancia del autor. Son ejemplos de avaricia que acabó mal por distintas razones o que conllevó un malvivir a sus sujetos. De modo que los padres en ningún modo deben inculcarla a sus hijos.

Porque ella es algo intrínsecamente perverso, es la segunda y más amplia consideración (a partir del v. 256), porque invierte el orden natural. Aquí hay la conocida secuencia del mercader que desafía al mar con un cargamento del que se promete un gran negocio, pero naufraga y se arruina, y se ve reducido a la condición de un mísero mendigo.

El drástico contraste entre el rico Licino que vive angustiado por el terror de perder, por incendio o por robo, sus caudales, y el cínico Diógenes (éste apostillado también en su confrontación con Alejandro Magno), expone el verdadero ideal de Juvenal, cada vez más epicúreo: vivir sobriamente con lo necesario, sin gran cosa más. Algo así deseaba también para él el sabio Jesús, hijo de Sira (*Ecl.* 29, 21):

> Lo primero para vivir es agua, pan y vestido y casa para abrigarse.

Quizás en ninguna otra sátira como en ésta se ilustran a la vez el genio de Juvenal como poeta satírico, y también sus defectos como tal. Su talento más genuino es el de tomar pensamientos ordinarios y expresarlos con extraordinario vigor. Dentro del acervo más común de la ética de todas las épocas en Juvenal hay coincidencias que asombran. En efecto, cuando leemos, en esta sátira, vv. 235-236:

cuando dices a un joven que es necedad obsequiar a un amigo, que lo es aliviar y socorrer la pobreza de un pariente...,

y luego leemos en el libro del *Eclesiástico*, 29, 10:

gasta dinero por el hermano y por el amigo, que no se te enrohe bajo la piedra y lo pierdas,

esta resonancia casi literal nos aturde, pero por la lectura de la sátira comprendemos cómo Juvenal vio la hondura de la afirmación, la trató con sinceridad y profundidad, y dijo con notoria energía lo que otros también habían dicho de manera más blanda.

Pero en esta sátira comprobamos también cierto decaimiento en el arte de la composición; nuestro satírico echa mano con demasiada facilidad del tópico, que no siempre encaja justamente con sus tesis de tipo más general. Probablemente, en el cuerpo de las sátiras ésta responde, en su composición, a un período ya muy avanzado en la vida del poeta. Tanto es así que por el resto de su producción no podemos comprobar si esto fue un fallo momentáneo o bien, desde ahora, un defecto estructural permanente. De todos modos, y en su conjunto, esta sátira es muy digna de encomio. En ella Juvenal dice lo que ve, que una educación descuidada y un materialismo sin límites arruinan un país. En el caso de Roma la historia le dio la razón, y esperemos que no se la dé el materialismo moderno postcristiano que inunda amplias capas de la sociedad actual. Si fue profeta en su tierra, que el satírico no lo sea en la nuestra.

SÁTIRA XIV

Muchas cosas hay, Fuscino, acreedoras de una fama siniestra, que imprimen a las situaciones brillantes una mancha imborrable, y que los padres enseñan por sí mismos y las transmiten a sus hijos. Si a un viejo le gusta el ruinoso juego de los dados [1], también su heredero, que 5 aún lleva la bula [2], agita las mismas armas [3] en un pequeño cubilete. Y no permitirá a sus parientes esperar gran cosa más de sí este joven que ha aprendido de la gula ya canosa del bergante que es su padre [4] a rascar las trufas [5], 10 a sazonar las setas y a sumergir y a hacer nadar en su caldo a los papahígos. Cuando el niño haya llegado a los siete años (no habrá echado aún todos los dientes), ya puedes enviarle mil maestros barbudos [6] por un lado y mil más por el otro: siempre querrá cenar con vajilla lujosa y no tolerará que degenere su cocina, que es de alta cali-

---

[1] Cf. I 88.

[2] Cf. V 164, y XIII 33.

[3] Cf. I 91-92.

[4] Cf. I 72, 140, y II 170.

[5] Es decir, a cocinárselas él mismo.

[6] Los que se dedicaban diríamos profesionalmente a la filosofía acostumbraban a dejarse barba, principalmente los estoicos.

15 dad[7]. ¿Qué nos enseña Rútilo[8]? ¿Acaso mansedumbre de espíritu y carácter indulgente para faltas pequeñas? ¿Cree en cualquier caso que el cuerpo y el alma de los esclavos están hechos de materia y de elementos como la nuestra? ¡No! Lo que enseña es crueldad, pues se goza con el acerbo estrépito de los flagelos, y encuentra que el canto de la sirena no tiene punto de comparación con el restallido 20 de los azotes; es un Antífates y un Polifemo[9] de su hogar estremecido, feliz siempre que puede convocar al verdugo y mandar estigmatizar con un hierro candente a quien sea que le haya perdido un par de servilletas[10]. ¿Qué puede aconsejar a un joven el que se alegra del rechinar de las cadenas, el que se queda boquiabierto ante 25 los ergástulos, la cárcel, los estigmas? ¿Serás tan bobo que no esperes que sea una adúltera la hija de Larga[11], que no podría enumerar los amantes de su madre tan deprisa, o darnos la lista tan rápidamente que no debiera respirar trece veces? Aún era doncella que ya era cómplice 30 de su progenitora, y hoy ésta le dicta las tablillas de cera[12] y ella las entrega a los afeminados mensajeros de su madre para que las pasen a su propio adúltero. Así es por naturaleza. Los ejemplos de los vicios nos corrompen más rápidamente cuando se nos dan en casa, pues nos penetra en el ánimo el prestigio de sus autores. Quizás lo-

---

7 Seguramente un concepto afín al moderno «alta cocina» que combina lujo y calidad.

8 Cf. XI 2.

9 Ejemplos proverbiales de personas coléricas.

10 ¿Que seguramente se dejó robar en los baños, lugar de operaciones preferido por los descuideros.

11 Debía de ser una adúltera bien conocida.

12 Billetes amatorios escritos en tablillas de cera de pequeño formato.

graría superar esto algún que otro joven a quien el titán[13] 35
modeló las entrañas con arte benigno y con barro de mejor calidad, pero a los demás se les imponen las huellas que deberían evitar de sus padres, les arrastra la órbita tantas veces patente de una culpa ya inveterada. De modo que abstente de lo condenable. Para ello dispones como mínimo de una razón de peso[14], evitar que los que han 40
nacido de nosotros sigan por nuestras fechorías. Todos imitamos dócilmente los ejemplos torpes y depravados. En cualquier pueblo, bajo cualquier clima te toparás con un Catilina[15], pero jamás encontrarás un Bruto ni un tío de Bruto[16]. Que nada feo de ver o de decir roce estos umbrales tras los que hay un padre, ¡Lejos, ¡ah!, lejos de 45
ahí las mozas de alcahuetería y los cantos del gorrón noctámbulo! En el caso de que prepares algo torpe, a los niños se les debe el máximo respeto[17]: tú, pues, ten muy en cuenta los años de tu hijo, y que tu niño de corta edad te prive de cometer pecado. Pues si con el tiempo 50
llega a perpetrar algo punible por el censor airado, y se muestra semejante a ti no sólo en el cuerpo y en el rostro, sino hijo, además, de tus costumbres, delincuente peor que tú, pero tras de tus pasos, ¿es que en tal caso le reprenderás y le castigarás con acerbo clamor, y luego te 55
dispondrás a modificar tu testamento? ¿De dónde extrae-

---

13 Prometeo.

14 Plutarco en el cap. 20 de su obra *La educación de los niños* parece que tuvo a la vista la sección juvenaliana de esta sátira que empieza aquí, hasta el v. 58.

15 Uno de los prototipos del delito de alta traición.

16 El tío de Bruto fue Catón de Útica; la hermana de éste, Servilia, fue la madre de Marco Bruto, el asesino de César.

17 Esta frase en latín ha pasado al acervo de máximas universales: *Maxima debetur puero reverentia.*

rás el semblante y la libertad propias de un padre si en tu vejez obras peor y tu cabeza huera y sin cerebro tiempo ha que reclama una ventosa [18]?

Cuando te ha de visitar un huésped ninguno de los
60 tuyos parará ni un instante: «Tú friega el suelo, tú saca brillo a las columnas, tú haz limpieza de esta araña rígida y de sus telarañas, que uno bruña las copas cinceladas [19] y otro la vajilla de plata lisa». El dueño urge con el látigo en la mano, y se irrita la voz. De modo que tiemblas
65 miserablemente de que tu patio desagrade a los ojos del amigo que va a venir porque está sucio de cagadas de perro, te agitas si tu pórtico está lleno de barro, y eso un solo criadillo te lo enmendará con una escoba y algo de serrín, pero en cambio no te preocupas de que tu hijo
70 vea tu casa sin pecado y sin vicios. Será de agradecer que hayas dado un ciudadano al pueblo y a la patria [20] si haces que sea idóneo para ella, útil para labrar los campos y útil para las cosas de la paz y las de la guerra. Pues será de la máxima importancia ver en qué artes y en qué
75 costumbres le educas. La cigüeña alimenta sus polluelos con serpientes y con lagartos que encuentra por los campos alejados de los caminos, y estos polluelos cuando ya se han cubierto de plumaje van en pos de los mismos animales. El buitre deja la carroña de un jumento, la de los perros y la de los muertos abandonados en las cruces para ir deprisa hasta sus crías con un trozo de cadáver; des-
80 pués, la misma es la comida del buitre adulto que ya se

[18] Era un vaso pequeño de forma acampanada, angosto de boca y ancho en su cuerpo, que, luego de encender dentro una estopa, se aplicaba a una parte del cuerpo en la que se quería hacer una succión; aplicada a la cabeza, los antiguos creían que curaba la locura.

[19] Tener copas trabajadas a cincel era signo de poderío económico.

[20] Es decir, al Estado.

procura por sí mismo su sustento, y que hace sus nidos en un árbol para él solo[21]. En cuanto a las nobles aves servidoras de Júpiter[22], cazan, por los desfiladeros, cabras o liebres, tal es el botín que depositan en su cubil; de ahí que cuando su prole, ya mayor, ha levantado el vuelo, se lance, acuciada por el hambre, contra la presa que ya había probado así que rompió el cascarón. 80

Cretonio tenía la manía de edificar: ya sea en el curvo litoral de Cayeta, ya sea en la roca encumbrada de Tíbur[23], ya sea en las montañas de Preneste[24], se disponía villas de torres altas, y aventajaba, con mármoles importados de Grecia y de otras regiones lejanas, al templo de Hércules y al de la Fortuna[25], los superaba tanto como el espadón Posides[26] sobrepujó nuestro Capitolio. Cretonio, pues, al construirse tales mansiones, mermó su hacienda y quebró su economía; con todo, le quedó aún una parte no pequeña, que disipó íntegramente el loco de su hijo cuando importó mármol de mayor calidad para construirse más quintas. 90 95

Los hay a quienes ha correspondido un padre de los que observan el sábado[27], y que adoran solamente las nu-

---

[21] Los buitres anidan casi siempre en las rocas, y muy raramente en árboles, pero ahí está la libertad del poeta para elegir lo que le conviene más.

[22] Las águilas.

[23] La actual Gaeta, en la costa de Campania. Para Tíbur (Tívoli), cf. III 192 y la nota 105 de esta sátira.

[24] Cf. la nota 102 de la *Sátira* III.

[25] Tanto Hércules como la diosa Fortuna tenían su templo en Roma, pero ésta última tenía uno en Preneste y aquél uno en Tíbur. El poeta piensa, sin duda, en éstos dos.

[26] Un liberto de Claudio que dirigió la construcción de las llamadas, según su nombre, Termas Posidianas, en la costa de Bayas.

[27] Entre los infinitos ejemplos que Juvenal tenía a mano para evi-

bes y el numen del cielo[28]; éstos creen que la carne del hombre no difiere excesivamente de la del cerdo, de la que el progenitor se abstuvo. Tales hombres enseguida se
100 hacen circuncidar[29]; habituados a desdeñar las leyes romanas[30], aprenden, observan y reverencian las judías, todas las que Moisés les legó en un volumen arcano[31]: se guardan bien de mostrar el camino a los que son de otro culto, y si se busca una fuente, guían sólo a los circuncisos.
105 Pero la culpa es del padre, para quien todo día séptimo fue estéril, sin ninguna de las actividades de la vida.

A pesar de lo dicho[32], los jóvenes imitan espontáneamente todos los malos ejemplos, a excepción de la avaricia; admiten mal de su grado la orden de practicarla, pues el vicio engatusa con la apariencia y la sombra de virtud
110 cuando tiene un aire y un rostro severos y viste austera-

---

denciar la influencia del ejemplo de los padres en la educación de los hijos elige éste de los judíos, que en aquel contexto social era más bien extraño, y por ello mismo delata un interés especial de Juvenal por el judaísmo. Los judíos, ya en la Roma de aquellos tiempos, eran objeto de desprecio y burla generales, principalmente porque la circuncisión y la prohibición de comer carne de cerdo eran tenidas por ridiculeces. Aquí se trata de un pagano que se pasa al judaísmo y que con tal ejemplo arrastra a su hijo a dar el mismo paso.

[28] Cf. la nota 236 de la *Sátira* VI. De todas formas, de los judíos no se creía que adoraran las nubes, que Juvenal añade aquí para remachar satíricamente la indeterminación de esta divinidad celestial en contraposición a las figuras divinas de perfiles muy precisos que ofrece la mitología de Grecia y de Roma.

[29] En el año 131 el emperador Adriano prohibió en todo el Imperio la circuncisión, lo que produjo una sublevación general en Palestina.

[30] Las leyes de la religión romana.

[31] La Biblia.

[32] Aquí empieza una transición hacia el tema de la avaricia, el único vicio que los jóvenes practican contra su voluntad.

mente. Sin duda el avaro es alabado como hombre frugal y sobrio y protector de su hacienda, una protección más cierta que si esta fortuna fuera custodiada por las serpientes del jardín de las Hespérides[33] o las del Ponto[34]. Encima, a éste del que hablo el pueblo le cree artífice egregio 115 en el arte de adquirir, porque es con fabricantes así como se crean patrimonios, y crecen de todos los modos posibles, y aumentan de tamaño martilleando asiduamente el yunque, metidos siempre en una fragua encendida. De manera que también los que son padres creen en la felicidad de alma de los avaros, admiran sus recursos, persua- 120 didos de que no hay ningún ejemplo de pobre feliz, y así exhortan a los jóvenes a que se dispongan a seguir el mismo camino, a inscribirse en esta misma secta. Tales vicios tienen sus rudimentos[35], que un padre inculca de buenas a primeras, obligando a aprender las ruindades más mezquinas; luego les imbuye el deseo insaciable de adquirir. 125 Castiga el estómago de los esclavos con raciones miserables, y él mismo pasa hambre, pues no tolera que alguien se coma todos los mendrugos mohosos de un pan pasado, y normalmente guarda, aun en pleno septiembre[36], el pi- 130 cadillo de la víspera; usualmente se reserva para la cena próxima un plato de habas frescas con un pedazo de ca-

---

[33] El jardín de las Hespérides estaba situado en la región de la actual ciudad de Cirenaica; en él se cultivaban los frutales de los dioses, principalmente el manzano que daba frutos de oro, símbolos de la eterna juventud, del amor y de la fertilidad. Este jardín era vigilado por un dragón de cien cabezas llamado Ladón.

[34] La serpiente que guardaba el vellocino de oro, según la leyenda de los argonautas, en el Ponto Euxino, la actual Península de Crimea.

[35] Es decir, se empieza poco a poco, no de golpe.

[36] Época de vientos cálidos, en que la comida se conserva peor.

balla, todo bien precintado[37], o medio siluro podrido; siempre guarda en su alacena un puerro troceado, del que previamente contó los filamentos. ¡Incluso un habitante
135 de los puentes[38] rechazaría una invitación a esto! ¿A qué conducen unas riquezas acumuladas con tanto tormento cuando es una locura innegable y un frenesí manifiesto vivir según el destino de un pobre para morir rico? Entretanto cuando más la bolsa turgente está llena hasta su boca más crece el amor al dinero, tanto cuanto ha crecido
140 la riqueza; el que la desea menos es el que no la tiene. De modo que se te dispone una segunda villa, pues este campo solo no te basta y te gustaría ensanchar sus lindes. Las tierras del vecino te parecen más vastas y más fértiles: se las comprarás junto con el bosque y el cerro
145 canoso de apretados olivos. Pero si su dueño no cede a ningún precio, por la noche mandarás a sus espigas lozanas tus bueyes magros y tus rocines famélicos de cuello fatigado, que no regresarán a tu casa sin antes haber hecho pasar a sus panzas implacables sus trigales enteros.
150 ¡Los creerías segados por la hoz! Mucho trabajo habría en contar los que se lamentan de crímenes así, los campos que una tal fechoría ha convertido en venales. Pero, ¡ojo con lo que dice la gente, con el tañido de la trompeta de la fama, de que ello es una vergüenza! Pero él exclama: «¿Y esto, qué daño me hace? Más quiero la vaina de un altramuz[39] que no que la vecindad me alabe en toda la
155 aldea, pero yo siegue sólo un puñado de cereales de un

[37] Guardado en la alacena precintada, para asegurarse de que nadie le va a meter mano.

[38] O sea, un mendigo. Cf. IV 116, y V 8, y la nota 5 de ésta última sátira.

[39] En castellano diríamos: «me importa un bledo», o «me importa un comino».

pegujal exiguo». De acuerdo, pero no sólo te verías libre de enfermedades y de debilidad, sino también de congojas y de duelos, y te sería dada una vida larga con un destino mejor si poseyeras unas tierras de cultivo no mayores que 160 las que labraban los romanos en el reinado de Tacio[40]. Más tarde a los maltratados por los años y a los que habían soportado las guerras púnicas, la crueldad de Pirro y las espadas de los molosos, al cabo se les concedían en recompensa de tantas heridas dos yugadas escasas de tierra labrantía[41], y esta paga de la sangre y de las fatigas nunca 165 pareció a nadie una recompensa inferior a sus méritos ni una falta de lealtad de una patria ingrata. Un campo como el descrito alimentaba al padre en persona, y además la asistencia de su cabaña, en la que yacía la mujer parturienta y jugaban cuatro niños, uno de ellos un esclavo nacido en la familia, y los otros tres libres; para sus hermanos mayores que volvían de cavar o de sembrar había 170 una segunda cena algo más abundante, unas ollas grandes humeantes de polenta; hoy con una extensión de tierra así no tenemos ni para jardín. Ahí radican casi todos los crímenes, pues no hay tara del seso de los hombres que su-

---

[40] En los primeros tiempos de la monarquía romana, cuando los sabinos con su rey Tito Tacio se confederaron con los romanos y adoptaron todos conjuntamente la denominación de Quirites.

[41] Plinio en su *Historia Natural* nos informa de que ya el fundador de Roma, Rómulo, distribuía tierras de cultivo entre los soldados que se jubilaban. La práctica se consolidó en la época de la República romana, porque con ello, además de ofrecer a los militares jubilados una pensión digna, se facilitaba su dispersión y se les dificultaba el agruparse, pues de ello surgían con frecuencia bandas de bandoleros. Augusto sustituyó los repartos de tierras por pensiones dinerarias, pero siglos más tarde los emperadores Constantino y Constancio introdujeron de nuevo las distribuciones de tierras labrantías porque el problema de las bandas armadas formadas por antiguos soldados llegó a ser endémico.

175 ministre más veneno o que ataque más con la espada que un afán implacable de riquezas excesivas. Porque el que quiere enriquecerse no admite en ello dilaciones: ¿cómo podría respetar las leyes, o temerlas, o de qué se avergonzaría un avaro impaciente? «Vivid contentos con vuestras 180 chozas y con vuestras colinas, hijos míos» —decían antaño los ancianos marsos, los hérnicos y los vestinos[42]—, «ganemos con el arado el pan que baste a nuestras mesas. Lo alaban los dioses campesinos, con la ayuda y la asistencia de los cuales, desde el don concedido de la agradable espiga el hombre puede despreciar los frutos de la enci-185 na añosa[43]. No querrá haberse avenido a algo que no sea lícito hacer el que no se avergüenza de andar protegido, en invierno, con unas botas altas a través del hielo, el que se resguarda del solano impetuoso con unas pieles dispuestas al revés. Desconocemos, y nos es algo ajeno la púrpura que, sea como sea[44], sólo conduce a la impiedad y al crimen».

Éstos eran los preceptos que los antiguos daban a sus 190 jóvenes, pero hoy cuando el otoño ya ha pasado[45] el padre a media noche hace levantar a gritos a su hijo joven que duerme a pierna suelta: «Coge las tablillas, chico, redacta, vela, perora en causas judiciales y léete una y otra vez las leyes de los antepasados que vienen tituladas en

---

[42] Representantes de la sencillez campesina.

[43] Hermosa expresión de la gratitud fundamentada en motivos religiosos. Nótese, además, el fuerte contraste con lo que sigue.

[44] Sea como sea: porque el que habla pretende desconocerla hasta el punto de no haberla visto nunca.

[45] Cuando el tiempo de luz solar se abrevia y las noches son más largas hay que trabajar a la luz de un candil. Esto es lo que exige este padre a su hijo.

rojo[46]. O bien presenta una instancia en solicitud del sarmiento[47], en cuyo caso que Lelio[48] se aperciba de que el peine no tocó tu cabeza, que vea tu nariz hirsuta y que admire tus axilas peludas[49]. Tú echa abajo las tiendas de los moros[50] y los fortines de los brigantes[51], para que cuando cumplas sesenta años te corresponda el águila que te va a enriquecer[52]. O si te da pavor soportar las largas fatigas del campamento, y sólo de escuchar los sones del cuerno mezclados con los alaridos de la trompeta se te escurre el vientre[53], entonces dispónte algo que puedas vender doblando el importe del precio de coste[54]; no ha- 195 200

[46] Los títulos de las partes o capítulos de los libros en general se destacaban escribiéndolos en rojo, y también los títulos de las leyes en las ediciones legales. Todavía hoy en la práctica litúrgica se habla de rúbricas.

[47] Equivalentemente: solicita el ingreso en el ejército. La carrera militar podía culminar en el grado de centurión, cuya insignia era un sarmiento, y que aseguraba unos ingresos económicos que permitían vivir desahogadamente.

[48] El centurión bajo cuyo mando inicialmente estarás. Pero hay una referencia intencionadamente anacrónica a Gayo Lelio, el compañero de armas de Publio Cornelio Escipión el Mayor, el Africano, muy famoso por sus gestas en la Segunda Guerra Púnica.

[49] Un estudiado y afectado descuido corporal contribuiría a la impresión de marcialidad que debía dar el candidato.

[50] Referencia a las campañas romanas en el norte de África.

[51] Poderosa tribu asentada en la Inglaterra central, en la región de Liverpool.

[52] En la batalla, el águila de la legión estaba siempre en primera línea, enarbolada por el centurión llamado primipilo, cuya paga después era la más alta, de modo que el muchacho es exhortado por su padre a intentar alcanzar este grado.

[53] El son conjunto del cuerno y de la trompeta indicaba la entrada en combate.

[54] Empieza ahora una reflexión sobre las actividades comerciales.

gas ascos de una mercancía que debas transportar al otro lado del Tíber[55]. No creas que debes distinguir entre los perfumes y el cuero: en cualquier cosa el lucro siempre 205 huele bien[56]. Mantén en toda ocasión en tus labios la sentencia famosa, digna de los dioses y del mismo Júpiter, de haber sido poeta: «nadie te pedirá la procedencia, lo que importa es tener»[57]. Esto lo enseñan las amas secas ancianas[58] a los niños que andan aún a gatas, y las niñas lo aprenden antes que el alfabeto»[59].

210 A cualquier padre que inste a su hijo con estas admoniciones yo le podría espetar: «Dime, tonto de remate, ¿quién te impone tantas prisas? El discípulo pronto superará al maestro. Vete tranquilo, pues serás aventajado como Telamón lo fue por Ayante, tal como Aquiles superó 215 a Peleo[60]. Hay que respetar la tierna infancia[61]: su médula todavía no se empapó del veneno de una maldad madura. Cuando haya empezado a peinarse la barba, y

---

[55] Al otro lado del río Tíber, en la parte norte de la Roma antigua. Allí vivían los pequeños mercanchifles y los chamarileros judíos; también las curtidurías radicaban allí, por los malos olores que producían.

[56] Aunque la mercancía sea hedionda.

[57] Se trata de un verso, quizás de Lucilio, o de un dramaturgo que ignoramos.

[58] La primera educación de los niños en Roma siempre estuvo en manos de mujeres, primero en las de alguna pariente entrada en años, luego normalmente en las de una esclava griega, que entre otras cosas enseñaba griego a sus pupilos, como se ve inmediatamente.

[59] Griego, naturalmente.

[60] Es decir, Ayante, uno de los héroes aqueos de la *Ilíada*, siguió las huellas de su padre, pero le superó en sus hazañas, y lo mismo cabe decir de Aquiles respecto de su padre, Peleo. Pero la comparación, especialmente en el segundo de los casos, no es rigurosamente exacta.

[61] Aquí Juvenal echa mano, no sin cierto humor, del precepto virgiliano *(Geórgicas* II 363) referido a las vides, de que no deben ser podadas en su época de crecimiento.

le sea luenga lo suficiente como para admitir el filo de la navaja[62], testigo falso, ya lo será entonces, y venderá perjurios por un precio ridículo, tocando el altar o el pie de Ceres[63]. Ten ya por enterrada a tu nuera si ha cruzado vuestros umbrales con una dote mortífera. ¡Con qué dedos será estrangulada mientras duerma! Pues lo que tú piensas que se puede adquirir por tierra o por mar, a él se lo suministrará una vía más expedita: las penalidades que comporta un crimen execrable nunca son excesivas. Me dirás cualquier día: «Yo jamás le he mandado cosas así, ni se las ha aconsejado tan siquiera». Pero en ti radica el origen y la causa de esta mentalidad perversa, porque el que predica el amor a un lucro desmesurado, y con mal consejo enseña a los niños la tacañería, les inculca que el fraude es un buen medio para duplicar la hacienda, éste da libertad*** [64] y rienda suelta al carro[65]; si le gritas, no sabrá detenerse y, despreciándote, se verá arrastrado más allá de la meta. En el delito nadie tiene bastante con lo permitido, y todos se conceden a sí mismos un buen trecho más. Cuando dices a un joven que es necedad obsequiar a un amigo, que lo es aliviar y socorrer la pobreza de un pariente, le enseñas a robar, a estafar y a adquirir con cualquier felonía unas riquezas que amas tanto como grande era en el corazón de los Decio[66] el amor a la patria, tanto como Meneceo, si Grecia

220 225 230 235

[62] Los jóvenes romanos se dejaban la barba hasta los veintiún años, y sólo a esta edad empezaban a afeitarse.

[63] El juramento por las divinidades mistéricas era especialmente santo, aquí por Ceres; cf. III 144.

[64] Aquí, en todos los manuscritos del texto latino de Juvenal, hay una laguna por lo menos de un verso.

[65] Esta comparación está tomada de los juegos del Circo.

[66] Cf. VIII 254 y la nota 105 de esta sátira.

240 no nos miente, amó a Tebas[67], en los surcos de cuyo territorio nacieron de unos dientes de serpiente legiones armadas de escudo que se lanzaron al punto a una tremenda batalla, como si al mismo tiempo hubiera brotado el trompetero[68]. Así, pues, el fuego que prendiste con aquellas 245 chispas verás que lo quema todo, que lo devora todo. No te respetará ni a ti, desventurado, y el león que criaste descuartizará, en la arena, con un rugido horroroso, al despavorido maestro. Los astrólogos conocen tu horóscopo[69], pero esperar es pesado, la rueca hila con mucha len- 250 titud; tú morirás antes de que se te rompa el hilo[70]. Ya ahora eres una traba y retrasas sus deseos, ya atormenta al joven tu vejez, larga como la del ciervo[71]; tú ve en busca de Arquígenes[72] ahora mismo y cómprate el antídoto que compuso Mitrídates[73]. Si quieres coger higos de la próxima cosecha, y acariciar las rosas que aún no han

[67] Meneceo, hijo de Creonte, que en la campaña de los siete contra Tebas se suicidó arrojándose desde lo alto del muro porque el adivino Tiresias había vaticinado que Marte (el Ares de los griegos) aún no había sido aplacado tras la muerte de su dragón, que custodiaba Tebas, muerto por Cadmo, y que, de no ofrecérsele un sacrificio expiatorio, la ciudad sucumbiría a los ataques de Polinices.

[68] Ha seguido este inciso grotesco, muy al estilo de Juvenal. Ahora se retoma el hilo del discurso.

[69] Cf. VI 565 ss. Los astrólogos eran consultados con gran frecuencia sobre la muerte de los padres y de parientes ricos cuando se esperaba su testamento. Cf. VI 565 ss.

[70] Las tres Parcas son las hilanderas del hilo de la vida; cuando éste se acaba sobreviene la muerte. Cf. XII 64, y la nota 24 de esta sátira.

[71] Igual que de las cornejas, los antiguos creían de los ciervos que vivían centenares de años.

[72] Médico muy famoso; cf. VI 236, y nota 97 de esta sátira.

[73] Cf. VI 661, y nota 276 de esta sátira.

nacido, deberás proveerte de un contraveneno de aquello que el que es padre y el que es rey deben sorber ante de las comidas».

Quiero indicarte un placer refinado, con el cual no pueden compararse ningún teatro ni las tribunas del fastuoso pretor[74]: mira el riesgo mortal que entraña el aumento del patrimonio, una caja fuerte de bronce repleta de dinero, y las monedas que hay que depositar en custodia en el templo de Cástor[75] desde que incluso Marte Vengador perdió su casco y no pudo conservar sus bienes[76]. Puedes desentenderte de los telones de Flora, de Ceres y de Cíbele[77]; ¡tan superior es el espectáculo de los asuntos de los hombres! ¿O es que el ánimo[78] va a gozarse

---

[74] Ya se ha visto en otros lugares que desde la época de Augusto los juegos del Circo eran organizados por un pretor; en X 36 ss. se describe con trazos ridículos la comitiva del pretor que abre los juegos; cf. también VIII 194.

[75] El templo de Cástor y Pólux se hallaba en el Foro romano. El tesoro público de la ciudad de Roma se guardaba en el templo de Saturno; en el citado aquí se custodiaba el dinero privado de las personas aun públicas como el mismo Emperador. Estos templos en que se guardaba dinero eran custodiados de forma permanente por un cuerpo de guardia. Los banqueros tenían sus oficinas en las inmediaciones, en las que se efectuaban las correspondientes operaciones financieras.

[76] Seguramente porque fue objeto de un robo, pero este extremo no lo documenta ningún testimonio de la Antigüedad. El templo de Marte Vengador también estaba en el Foro.

[77] Los Juegos Megalesios (del 4 al 10 de abril) y los Florales (del 28 de abril al 3 de mayo, cf. VI 250) siempre fueron teatrales. Los Juegos de Ceres (del 12 al 19 de abril) no incluyeron elementos teatrales hasta la época imperial.

[78] Aquí empieza un cuadro satírico excelente y muy genuino de este género. El mundo romano conoció incontables habilidades de funámbulos, equilibristas, saltadores, prestidigitadores y magos que procedían ante todo del mundo griego. Actuaban preferentemente en la Italia del sur

más de ver los cuerpos lanzados[79] en el tablón o los funámbulos descender sobre la cuerda tensa que no de verte a ti, hombre que vives permanentemente en un barco coricio[80] en el que estableciste tu domicilio, expuesto continuamente a verte llevado por los vientos del sur y del noroeste[81], mercader miserable y perdulario de un saco
270 hediondo, pues disfrutas transportando desde las costas de la vieja Creta un vino denso, hecho de pasas, unas jarras compatricias de Júpiter[82]? Téngase en cuenta que el que da los pasos con un pie inseguro, con este oficio se gana el sustento, y con la cuerda se libra del frío y del hambre;
275 tú, por contra, te arriesgas por mil talentos y cien cortijos. Mira el puerto y el mar cubierto de grandes embarcaciones: ahora ya hay menos hombres en la tierra que en el mar. Cada flota pondrá rumbo hacia allí donde la reclame la esperanza de un buen negocio, y no se limitará a pasar el mar de la isla de Cárpato[83] o el de Getulia[84], sino que,

---

y concretamente en las fiestas Bacanales. De estas actuaciones hay numerosas representaciones en vasos cerámicos, lo que indica el interés general que suscitaba su práctica.

[79] Se trata de saltos mortales realizados con grave riesgo por saltadores que salían proyectados de un armatoste o de un simple tablón que les daba empuje vertical.

[80] La pequeña ciudad portuaria de Córico, en la Cilicia, era conocida por su azafrán, pero aquí hay al sesgo una referencia maliciosa del satírico, porque los cilicios eran proverbialmente piratas del mar, lo que califica también las actividades de este navegante. Cf. VIII 94 y la nota 35 de esta sátira.

[81] Vientos especialmente tempestuosos.

[82] Es decir, procedentes de la isla de Creta, donde Júpiter pasó su juventud.

[83] Es la actual isla de Escarpanto, entre las de Rodas y de Creta.

[84] Las costas de África del Norte, en las que se pescaban moluscos con los que se fabricaba la púrpura.

tras dejar ya lejos Calpe, irá a escuchar el sol cuando se 280
hunde en el abismo con un fragor estridente más allá de las columnas de Hércules[85]. Vale la pena, para poder volver con la bolsa repleta a casa, con el orgullo de ver su cuero embutido[86], haber ido a contemplar a los monstruos del Océano y a los tritones[87]. Pero no es una única locura la que les agita los espíritus[88]. Uno, aferrado a las 285
manos de su hermana, se asusta del visaje y de las teas de las Euménides[89], otro oye, en un buey inmolado, el mugido de Agamenón, o el del hijo de Ítaca[90]; aunque respete su túnica y su manto[91], el que llena hasta la borda su nave de mercancías, separado de la muerte sólo por

---

[85] Los antiguos creían que el Sol, que era una masa de oro incandescente, según Anaxágoras, al ponerse, se sumergía en el Océano al oeste del Estrecho de Gibraltar, en el que estaban las Columnas de Hércules.

[86] Por las monedas.

[87] Tritón era un genio marino que tenía forma de pez, marido de Anfítrite según una versión del mito, o hijo de ésta y de Posidón (Neptuno) según otra.

[88] Aquí no se ve bien la secuencia, que es, en todo caso, imperfecta. Debe querer decir que el que en busca de negocio ha cruzado el Estrecho de Gibraltar, gesta por aquel entonces inaudita, está tan loco como Orestes, y como Agamenón cuando sacrificó a su hija Ifigenia, pero la referencia a una locura de Ulises está totalmente indocumentada.

[89] Orestes, en su locura, cree ver las Furias que le atacan con rostros horrorosos y teas encendidas en las manos; su fiel hermana, Electra, le retiene entre sus brazos para arrebatarle a esta locura monstruosa. El mito de Orestes fue un tema muy tratado por los dramaturgos romanos.

[90] La referencia es a un momento anterior del mismo mito, y se relaciona con el asesinato de Agamenón por su propia mujer, Clitemnestra.

[91] Rasgarse las vestiduras era señal inequívoca de locura; el comerciante de aquí no se las rasga, pero está igual de loco.

290 el grosor de un poste[92], necesita de un cuidador[93], pues el motivo de un sufrimiento tan grave, de un peligro tal, son unas piezas de plata con unas pequeñas inscripciones y rostros[94]. Sobrevienen nubes y relámpagos. «Soltad las amarras» —dice el dueño de este cargamento de trigo y 295 de pimienta— «esta negrura del cielo no amaga ningún riesgo, ni este cúmulo de nubarrones; es una tronada de estío». Y a lo mejor esta misma noche el infeliz se hundirá entre el estrago de su nave y, cubierto y arrastrado por el oleaje, se sujetará el cinturón con los dientes y con la mano izquierda[95]. Un rato antes el oro que el Tajo y 300 el Pactolo[96] acarrean en sus arenas brillantes no habría colmado sus deseos, y ahora deberá contentarse con unos harapos que le cubran la ingle helada y quedar satisfecho con una pobre comida cuando, náufrago al que se le hundió la nave, pida un as de limosna, y se defienda gracias a un cuadro en el que hay pintada la tempestad[97].

Adquiridas al precio de tantas calamidades, las riquezas se conservan sólo con una congoja y un temor mayores aún. La custodia de una fortuna merece nuestra lás- 305 tima. El potentado Licino[98], angustiado por su ámbar,

---

92 Una idea muy afín en XII 57-59.

93 Que le vigile y evite sus locuras.

94 ¡Sarcástica definición del dinero: trocitos de plata con títulos y pequeños rostros!

95 Porque lleva colgada en él su bolsa de dinero.

96 Es conocido de sobra que el Tajo es (o fue) un río aurífero, cf. III 55. El Pactolo nace al pie del monte Tmolo, en la Lidia, y es afluente del Hermo. A sus orillas está Sardes, la capital de Lidia.

97 Los que lo habían perdido todo en un naufragio se hacían pintar en una tabla la escena del desastre, y se colgaban la pintura del cuello para pedir limosna.

98 Este Licino ya sale en I 100, cf. la nota 65 de esta sátira. Aquí

por sus estatuas, por sus columnas de mármol frigio, por su marfil y sus gruesos apliques de concha de tortuga, hace velar toda la noche a un pelotón de esclavos con los cubos dispuestos. En cambio, en el tonel de un cínico desnudo jamás prende el fuego[99]; si se lo astillas, ma- 310 ñana mismo dispondrá de otra casa, o le servirá la misma, reparada[100] con plomo. Alejandro, cuando vio dentro del barril al ilustre inquilino entendió cómo era más feliz el que no deseaba nada que el que reivindicaba para sí el mundo entero, dispuesto a tolerar trabajos no inferiores a sus gestas. Si somos prudentes, Fortuna, no tienes poder 315 alguno. Somos nosotros los que te hacemos diosa[101]. Con todo, si alguien me pregunta, le diré la medida que basta en cuanto a las riquezas: lo que piden la sed, el hambre y el frío, lo que te fue suficiente, Epicuro[102], en tus pequeños cultivos, lo que en su tiempo lo había sido en la 320 casa de Sócrates; jamás la naturaleza sostiene una tesis y la sabiduría otra distinta. ¿Te parece que te encierro con ejemplos excesivamente severos? Pues mezcla con ello algo de nuestras costumbres, llega a la suma a la cual la ley

---

organiza parte de sus esclavos como un retén de bomberos presto a apagar un incendio.

99 Diógenes el Cínico. Juvenal conocía no sólo la leyenda del tonel sino también la anécdota de su encuentro con Alejandro Magno, contada por Plutarco. La leyenda es mundialmente famosa, pero no es más que un chiste de los griegos. Autores posteriores la tomaron al pie de la letra, y también artistas, que pintaron o dibujaron a Diógenes dentro de su tonel. Juvenal no se preocupa de la veracidad de la anécdota, que le sirve de buen contrapunto de lo que ha establecido anteriormente.

100 O sea, soldada. Ya en la Antigüedad el plomo se utilizaba para soldar.

101 Repetición del final de la *Sátira* X.

102 Epicuro recomendaba la sobriedad en la comida y en la bebida, y, concretamente, condenaba el beber vino.

de Otón [103] concede el honor de las catorce primeras fi-
325 las. Y si aun eso te hace fruncir el ceño y chasquear los labios, puedes alcanzar dos fortunas ecuestres, triplicar incluso los cuatrocientos mil sestercios. Pero si ni aun así colmé tu regazo, que continúa abierto, no bastarán a tu corazón ni la fortuna de Creso, ni los tesoros de los reyes
330 persas ni las riquezas de Narciso [104], a quien el emperador Claudio se lo concedió todo, si bien es verdad que fue porque él ejecutó todas sus órdenes, incluso cuando le movió a asesinar a Mesalina.

---

[103] Eran 24.000 sestercios anuales, y en la época de Juvenal bastaban para vivir una persona con cierto desahogo. En IX 140-147, Névolo se contenta con veinte mil anuales, libres de cargas. En el circo y en el teatro las catorce primeras filas se reservaban al rango de los caballeros. Quien no se contenta ni con el triple de la suma indicada es ya un caso perdido.

[104] Eunuco liberto del emperador Claudio, colega, por tanto, del Posides del v. 91. Tras la muerte de Claudio, envenenado por la seta que le suministró Mesalina, este Narciso tramó el asesinato de ella para vengar al Emperador, según cuenta PLINIO, *Panegírico de Trajano* 88, 1.

SÁTIRA XV

Ante todo hay que precisar que frente a las reticencias anteriores por lo que atañe a la localización precisa de las poblaciones de Ombos y Téntira, imprescindible para entender la trama de la sátira, ya desde el año 1896 se sabe que en Egipto había por lo menos dos localidades denominadas Ombos, la más conocida situada en la Tebaida, en la orilla derecha del Nilo separada casi cincuenta kilómetros de Téntira, en la orilla izquierda del río, en el Alto Egipto, lo cual hace inviable el suceso de la sátira tal como lo cuenta el satírico. Pero Flinders Petrie (*Nagada and Ballas*, Londres, 1896) descubrió en las inmediaciones de Téntira, en la misma orilla izquierda del Nilo, los vestigios de otra población llamada también Ombos, cuyo dios protector era Seth. Si se tiene en cuenta que la divinidad adorada por los de Téntira era el cocodrilo, y la divinidad que él incorporaba, Hator, feroz enemigo de Seth, desde este punto de vista la sátira de ahora tiene un encaje exacto. Probablemente en previsión de mayores males una tenue muralla separaba las dos ciudades.

En el conjunto de las sátiras de Juvenal ésta, que es la última que poseemos completa, es algo atípico. Quizás se concrete en ella la aversión que Juvenal sentía por todo lo oriental, sin excluir la Grecia de su tiempo; recuérdense los grieguillos de la *Sátira* III. Es indudable que la misma religión de los egipcios en el transcurso de los tiempos presentó aspectos profundamente diferenciados, y que en sus últimas épocas penetró y se difundió ampliamente en el mundo romano, y contribuyó mucho al sincretismo religioso que precedió inmediatamente a la expansión

del cristianismo en los dominios del Imperio, prácticamente en los del mundo entonces conocido. Serapis e Isis emigraron a Roma, y sus templos fueron centros de superstición. Nuestra sátira parece referirse, por lo menos indirectamente, a estas supercherías procedentes de Egipto, y que calaron ampliamente en aquel mundo.

Hacia el final, la densidad de la composición se diluye algo en una reflexión moral que oscurece la tendencia del conjunto, pero ello no obsta a que el vigor de la totalidad, la vida de las expresiones que configuran el cuadro, el humor y la dicción sean de cuño absolutamente juvenaliano.

Sobre esta sátira caben aún otras consideraciones. Acerca de la verdad histórica de los hechos acaecidos parece que no debería ponerse en duda su realidad. Cuanto más arriba nos remontamos en la historia de la Humanidad, el ánimo de los hombres es menos cultivado y menos capaz de dominar sus instintos más atroces, y si a ello se añade el acicate externo de una motivación objetiva, se verá que en determinadas circunstancias el canibalismo haya podido ser, de alguna manera, cosa natural y explicable, por repugnante y cruel que nos parezca.

El propio Juvenal aquí lo ve a dos niveles. Poniendo precisamente el ejemplo de los vascones y de los saguntinos en sus confrontaciones militares contra y a favor de los romanos respectivamente, dice que si los defensores de Calahorra y de Sagunto, las ciudades asediadas, llegaron a la antropofagia, fue constreñidos por la rabia de sus estómagos vacíos, aunque (vv. 106-107):

> A nosotros nos enseñan mejor los preceptos de Zenón,

la salvedad, naturalmente, de que para un espíritu más formado no todo es lícito, pero en cambio los egipcios llegaron al canibalismo por la perversidad feroz de su carácter (vv. 120-122, 124-126):

> Pero a éstos, ¿qué circunstancia les obligaba? ¿Qué terrible hambre o qué asedio tan enorme les empujaron a monstruosidad tan detestable?...

se encrudelece con una rabia que no conocieron los feroces cimbros ni los bretones ni los terribles sármatas ni los despiadados agatirsos, esta chusma cobarde e inútil...

Pero aquí no deja de haber cosas extrañas. Porque, en Roma, ¿qué ocurría? Allí había luchas de gladiadores que peleaban hasta la muerte, combates de hombres contra fieras, y luchas de fieras entre sí que no eran menos horripilantes. En su *Historia Natural* VIII 7, 21, Plinio cuenta que nada menos que Pompeyo organizó en el Circo una matanza de elefantes, y que las bestias levantaban sus trompas como pidiendo misericordia, y añade que el público horrorizado se levantó de sus asientos maldiciendo al organizador de aquella masacre. Y nada digamos de las torturas ideadas por Nerón, absolutamente ciertas, inferidas a los primeros cristianos, las antorchas vivientes, citadas ciertamente por Juvenal en VIII 235, aunque sin referirlas a los cristianos. ¿Es que Juvenal distinguía entre crueldades y bestialidades, como si unas fueran peores que otras? ¿O más justificables? Al nivel que aquí fundamentalmente trata, no. La explicación no parece ir por aquí. Lo que las prostitutas son entre las mujeres, los gladiadores para él lo son entre los hombres, para él y en general para la sociedad romana pensante de su época.

¿Por qué, pues, Juvenal, habla sólo de este incidente brutal ocurrido en Egipto sin citar los casos paralelos en brutalidad que se daban en Roma, indudablemente, o en otras partes conocidas del mundo? Hay varias razones que parecen explicarlo. En primer lugar, a medida que avanza en su vida y en su producción literaria, Juvenal se desinteresa cada vez más de la ciudad de Roma y de sus problemas. Entre esta sátira de ahora y la tercera, la diferencia es radical a este respecto. Juvenal se vuelve a lo de fuera porque Roma ha dejado de interesarle. ¿Y por qué Egipto? Pues porque lo detestaba profundamente. Quizás hubiera sufrido un destierro allí, y en todo caso las huellas de lo egipcio en Roma le parecían especialmente repugnantes. De modo que cuando le llegó la noticia del hecho de Téntira y de Ombos escribió una sátira que no es simplemente un discurso

general sobre la capacidad de barbarie que tiene la Humanidad, sino además un ataque concreto contra el país del Nilo y su ferocidad, no peor específicamente que la eventual de los romanos, pero sí más odiada por él. Lo que en ella encuentra particularmente repugnante es la paradoja de la mixtura de debilidad y violencia, que venera animales y asesina hombres, que se abstiene de vegetales y come carne humana.

Hay además aquí un alegato claro contra el abuso de la religión, contra el fanatismo. Yo pienso que Juvenal creía en la divinidad, pero aquí hay que declarar con la misma nitidez que rechaza la aberración religiosa. Ya había aludido a ella (II 111, y IV 123 ss.):

> Aquí reina la impúdica Cibele y hay plena libertad para hablar con voz lasciva. El gran sacerdote de este rito es un vejestorio fanático...

> Pero Veyento no le va a la zaga, sino que como un fanático tocado, Belona, por tu estro...,

textos que en su contexto evidencian la repulsión del satírico ante tal fenómeno pseudorreligioso. Aquí el asunto interesa centralmente a Juvenal. Cuando en nombre de la religión se cometen los peores crímenes no hay tal religión, sólo hay una tapadera inmunda. Reduciéndolo infinitamente y apuntando sólo a lo grotesco, y no al horror de algunas situaciones, decenios atrás hizo fortuna la ingeniosidad de los que hablaron de los católicos de excomunión diaria.

Es gratificante la nobleza del último final de sátira que poseemos de Juvenal. Muy lejos, ciertamente, del precepto evangélico de la caridad y del amor a los enemigos, sin embargo, camina en esta dirección cuando señala que un mutuo aprecio es la virtud esencial que el creador dio a la raza humana para distinguirla de los animales (vv. 147 ss.):

> En el principio del mundo el común creador les dio a ellos sólo un principio de vida, pero a nosotros además un alma para que un aprecio mutuo nos hiciera pedir ayuda y prestarla...

SÁTIRA XV

¿Quién no sabe, oh Volusio de Bitinia[1], qué clases de monstruos adoran los insensatos egipcios? Aquí, en esta región, veneran al cocodrilo[2], en aquélla se asustan de un ibis[3] harto de serpientes. La imagen de oro de un mono sagrado[4] refulge allí donde resuenan las cuerdas mágicas de la estatua truncada de Memnón y yace sepultada la antigua Tebas de cien puertas. Allá adoran a los gatos, acullá a los peces fluviales; en tal otra parte ciudades enteras dan culto a los perros, pero ninguna a Diana[5]. Y es un sacrilegio violar y romper a mordiscos las cebollas 5

---

[1] Amigo de Juvenal del que no sabemos nada.

[2] Los objetos de veneración religiosa no son los mismos en las diversas partes de Egipto. El cocodrilo se veneraba en Arsínoe, llamada por ello «ciudad del cocodrilo».

[3] Esta zancuda era venerada y apreciada especialmente porque devoraba las peligrosas serpientes que según creencia popular procedían de la Arabia. El culto del ibis en Egipto siempre acompañó al de Isis, la Gran Madre.

[4] Se trata de un mono provisto de rabo, venerado en Tebas, en el Alto Egipto. También allí se daba culto a Memnón (o Amenofis), cuya famosa estatua, cuando al amanecer la tocaban los primeros rayos del Sol, emitía sones admirables, como de una cítara o de una lira pulsada reciamente.

[5] Que es conductora de jaurías. Lo inesperado de la expresión confiere fuerza al estilo.

10 y los puerros. ¡Vaya pueblos devotos, a los que nacen tales dioses en sus huertos! En Egipto todas las mesas se abstienen de animales lanudos, es nefasto degollar la cría de una cabra, en cambio, ¡es lícito comer carne humana![6] Cuando Ulises contaba, de sobremesa, al atónito 15 Alcínoo crímenes de esta laya, quizás suscitara la indignación o la hilaridad de algunos[7], como si fuera un charlatán embustero: «¿No habrá nadie que arroje al mar a este tipo, que se merece un Caribdis cruel y auténtico, pues se inventa los cíclopes y los lestrigones monstruosos? Yo antes creería en la Escila[8], en las Rocas Cianeas[9], que entrechocan, en los odres llenos de vientos tempestuosos[10] 20 o en los gruñidos de Elpénoro[11] y de sus remeros con-

---

[6] Con la misma técnica, una de las cumbres expresivas de la sátira. Con todo, que el canibalismo sea más increíble que las aventuras de Ulises es una hipérbole excesiva, principalmente para Juvenal, en cuya época fue relativamente frecuente, y también las noticias de él que llegaban a Roma.

[7] No de todos, pues entre los oyentes los había también tarugos. El pasaje tiene un fuerte acento cómico.

[8] Escila y Caribdis son figuras que pertenecen a un cuento de navegantes; hay que imaginarlas como una especie de doble garganta, localizadas en Mesana, en las estribaciones del Cabo Peloron, en la costa noroeste de Sicilia. En época relativamente reciente entran de lleno en la mitología, como hijos de Posidón (Neptuno) y de la Tierra convertidos en roca por el rayo de Júpiter y fijados en el mar.

[9] Son las llamadas por Homero «rocas del alero» *(Odisea* XII 59), situadas en la entrada del Ponto Euxino, dos escollos contra los que se estrellan tanto las aves que intentan subir al cielo como las naves que quieren entrar en los Dardanelos.

[10] Un odre lleno de tempestades aparece en la *Odisea* X 19 ss. Cf. la nota 10 de la *Sátira* I.

[11] Según la *Odisea* X 552-560, precisamente Elpénoro no fue convertido en cerdo por Circe, porque se había echado a dormir la borrachera encima del tejado, del que se cayó y se partió la nuez, muriendo

vertidos en cerdos por un leve toque de la varilla de Circe. ¿Tan huero de cabeza creyó al pueblo de los feacios?». Así, y con toda la razón, podía hablar un comensal que estuviera sereno pues había tomado sólo un sorbo de vino de Corcira[12]. La cosa la recitaba el rey de Ítaca, él 25 solo y sin aportar testigos[13], mas yo voy a explicaros un suceso increíble, pero ocurrido no ha mucho, durante el consulado de Junco[14], más al sur de las murallas de la tórrida Copto[15], un crimen colectivo más horrendo que cualquier drama trágico, puesto que aunque repases todas 30 las tragedias que se han escrito desde los tiempos de Pirra[16], no verás en ellas un delito cometido por todo un pueblo. Mira el ejemplo que ha producido la feroz crueldad de nuestra época.

Entre dos ciudades vecinas, Ombos y Téntira[17], se 35 mantiene encendida una antigua y perdurable enemistad,

---

del golpe. Ello no podía pasar desapercibido a Juvenal, pero utiliza, con libertad poética, este nombre para designar a los compañeros de Ulises.

[12] Citar el vino de Corcira como servido en el banquete de los feacios es un anacronismo palmario.

[13] Por eso en general no se le otorgó crédito, se debe sobreentender; en cambio lo que voy a narrar parecerá increíble, pero debe creerse. Narraciones de este tipo, tomadas más o menos en serio, en Roma debían ser frecuentes.

[14] Esta sátira no ha sido compuesta antes del año 128, pues Emilio Junco y Julio Severo fueron cónsules el año 127.

[15] O sea, en el Alto Egipto. Copto era un punto importante en las rutas comerciales de la época, pues de allí partía la vía que conectaba la Arabia y la India con el curso inferior del Nilo, hacia el puerto de Alejandría.

[16] O sea, desde los orígenes de la Humanidad; cf. el mito de Pirra y Deucalión que plasmaron en arcilla a los primeros hombres. Cf. la nota 54 de la *Sátira* I.

[17] Dos poblaciones cercanas, no estrictamente contiguas, se habían enemistado por cuestiones religiosas. Téntira, la actual Déndera, en la

un odio inextinguible, una llaga incurable. Y este enorme furor de unos contra otros procede de la aversión que experimentan respectivamente ambos por los dioses de sus vecinos, convencidos cada cual de que sólo los que su ciudad adora pueden ser considerados dioses verdaderos.
40 Pues un día de fiesta de una de las dos ciudades[18] pareció ocasión propicia a los caudillos y magnates de los enemigos para impedirles el goce de una jornada de alegría y de risas y el placer de un gran festín en las mesas dispuestas delante de los templos y en las encrucijadas, en divanes en los que se está tendido día y noche y muy despierto, durante una semana. Los egipcios son unos salvajes, de ello no hay la menor duda, pero en lo que toca
45 a juergas, por lo que yo he alcanzado personalmente a ver[19], esta chusma inculta no es menos refinada que la famosa Canopo[20]. Además, contra gente bebida, de lengua trabada y de piernas vacilantes la victoria resulta fácil. Por un lado, unos que bailan al son de un flautista negro,
50 perfumes de todas clases, flores, y muchas guirnaldas en las frentes[21], por el otro lado un odio insatisfecho. Em-

---

orilla izquierda del Nilo, en el Alto Egipto; de Ombos ignoramos la localización exacta, pero no debía estar lejos. De esta última ciudad se sabe que era adoradora del cocodrilo, animal ferozmente odiado en Téntira. Cf. la introducción a esta sátira.

[18] Juvenal no precisa quiénes fueron los agresores. Pero lo que sí está claro es que éstos han aguardado un tiempo y ocasión propicios para actuar.

[19] Juvenal dice exactamente esto, lo cual ha hecho creer a algunos que conocía personalmente Egipto, pero probablemente tal inferencia es abusiva.

[20] Canopo era un lugar en que se practicaba un libertinaje desenfrenado, cf. VI 84. Pero está dentro del territorio de Egipto, por lo que la comparación es ilógica.

[21] Cf. XI 122.

piezan a sonar las primeras injurias y los ánimos se encienden. Es el clarinazo que abre la riña[22], después viene el combate, jaleado por igual en ambos bandos. No hay armas, y se enfurecen con las manos desnudas. Pocas mejillas verás sin heridas, entre todos los combatientes apenas si avistarás una nariz entera. En ambos batallones sólo habrías visto rostros mutilados, caras tumefactas y huesos que se salen por los carrillos destrozados, puños empapados de la sangre que brota por los ojos. Todos, sin embargo, piensan que aquello es un juego y que pelean en un encuentro de niños. ¡Como que no pisan cadáveres! Y llevan su razón: ¿a qué vienen tantos miles de combatientes, si ninguno de ellos muere? De modo que la acometida arrecia, y ya se recogen piedras del suelo, proyectiles habituales en las sediciones, y las disparan revolviendo el brazo. Bueno, pero no eran piedras como las que tiraban Turno o Ayante, no pesaban tanto como aquella con la que el hijo de Tideo dio a Eneas en el muslo[23]; eran como las que pueden lanzar las manos de nuestra época, tan diferentes de las de antes. Porque ya en tiempos de Homero nuestra raza se degeneraba, y hoy la tierra sólo produce hombres inicuos y esmirriados. Por esto cualquier dios que les ve se ríe de ellos y les odia. Pero reanudemos la historia después de esta digresión. Uno de los dos bandos recibió refuerzos y se atrevió a desenvainar la espada y a continuar la refriega con insanas flechas; entonces los habitantes de Téntira, cercana a palmerales umbríos[24],

55

60

65

70

[22] Cf. I 69.

[23] Aquí Juvenal mezcla la épica griega y la latina; de Ayante, cf. *Ilíada* VII 268 ss.; para Turno, Virgilio, *Eneida* XII 896, 901; para el tidida Diomedes, *Ilíada* V 302-305.

[24] La referencia es exacta, pues todavía hoy Déndera está rodeada de palmerales.

75 dan la espalda y se lanzan a huir a la carrera, pisándoles los talones los de Ombos. Y uno de Téntira que corría alocadamente, muerto de miedo, cae y es capturado. Los de la turbamulta victoriosa lo descuartizan para que todos
80 participen de este único cadáver, lo devoran por entero e incluso le roen los huesos sin asarlo ni en una cazuela ni en una broqueta. Tan largo y tan lento les pareció el fuego que se contentaron con el cadáver crudo. Y nosotros debemos alegrarnos de que no profanaran el fuego que Prometeo donó a la tierra tras robarlo de lo alto del cie-
85 lo. Yo felicito por ello a este elemento, y creo que también tú te sentirás exultante. El que osó hincar el diente en un cadáver nunca ha comido nada tan a gusto como la carne humana. Y en este crimen monstruoso no preguntes ni quieras saber si sólo a los primeros que probaron tal carne les gustó realmente, pues el que llegó el último,
90 cuando los demás se habían zampado todo el muerto, pasaba sus dedos por el suelo para degustar por lo menos los restos de sangre.

Se cuenta que los vascones[25] se mantuvieron vivos gracias a un alimento como éste, pero las circunstancias eran otras: allí se trataba de una fortuna adversa, de una guerra decisiva, de una situación desesperada, de un hambre
95 atroz a causa de un asedio prolongado. Este ejemplo de comida que dio tal nación, como acabo de decir, ha de mover a compasión: después de haber devorado todas las

---

[25] Situados en la Antigüedad por los geógrafos en el curso superior del Ebro, con Calahorra por capital. En la guerra sertoriana se declararon a favor de Sertorio, y lucharon bravamente aún tras la muerte de éste. VALERIO MÁXIMO, VII 6, dice de ellos que en esta guerra que sostuvieron en los años 72 y 73 llegaron a matar y a comerse a sus mujeres y a sus hijos.

hierbas, todos los animales y todo lo que les exigía la rabia de su estómago vacío, cuando su delgadez, su palor 100 y la debilidad de sus miembros daban lástima incluso a sus enemigos, acuciados por el hambre desgarraron los miembros ajenos, prestos a engullir incluso los propios. ¿Qué hombre o qué dios negarían el perdón a ciudades que habían sufrido las penalidades más terribles, cuando 105 las habrían perdonado incluso las sombras de aquellos con cuyos cuerpos se alimentaron? A nosotros nos enseñan mejor los preceptos de Zenón[26]; hay además otros filósofos que juzgan que no todo es lícito para salvar la vida. Pero los cántabros[27] ¿cómo podían ser estoicos, principalmente en los tiempos ya antiguos[28] de Metelo[29]? Ahora 110 toda la tierra goza de la educación de Atenas, que es la griega, y de la nuestra[30], y en las escuelas de retórica de la Galia se han formado abogados britanos[31]; Tule ya habla de alquilar un rétor[32]. Pero aquella noble gente de la que he hablado, y también Sagunto[33], pareja en coraje y

---

26 En casos extremos los estoicos aprobaban el suicidio.

27 Eran vecinos de los vascones, no identificables con ellos, habitantes, naturalmente, de las tierras santanderinas.

28 Tiempos antiguos, es decir, anteriores a César, en cuya época la historia de Roma dio un giro copernicano.

29 Cecilio Metelo Pío fue el general romano que dirigió la guerra contra Sertorio.

30 Es decir, la romana; quiere decir escuelas en las que se daba una formación literaria preponderantemente griega o latina.

31 Aunque débilmente, Inglaterra estaba romanizada; para estudiar, sus jóvenes, no necesitaban forzosamente desplazarse a Roma o a Grecia, pues ya en la Galia encontraban buenos centros de formación.

32 El grupo de las islas Shetland; era la parte más occidental del mundo entonces conocido; cf. la famosa expresión de Virgilio, *Geórgicas* I 30, «ultima Thule».

33 El asedio y caída de Sagunto, que dio origen y principio a la Segunda Guerra Púnica, también se hicieron famosos en la Antigüedad.

115 obstinación, pero afligida por un desastre aún peor, tienen excusa para una tal conducta; Egipto es más sanguinario que el altar meótico[34]. Porque, si hay que dar crédito a lo que nos transmiten los poetas, la famosa Táuride, que ha ideado tan nefastos sacrificios, se limita a inmolar a los hombres; después del puñal la víctima no ha de temer nada peor. Pero a éstos, ¿qué circunstancia les obligaba?
120 ¿Qué terrible hambre o qué asedio tan enorme les empujaron a monstruosidad tan detestable? ¿Si se hubiera secado la tierra de Menfis, habrían podido inferir una ofensa más dura al Nilo que no quiso desbordarse? Se encrudelece con una rabia que no conocieron los feroces cimbros[35]
125 ni los bretones ni los terribles sármatas ni los despiadados agatirsos[36], esta chusma cobarde e inútil, habituada a izar velas minúsculas sobre barquitos de arcilla[37] y a inclinarse sobre los cortos remos de sus cacharros de barro pin-
130 tado. No encontrarás castigo condigno de este crimen, ni dispondrás un suplicio adecuado a estos pueblos que confunden los hechos de odiar y pasar hambre. La natura-

---

Mientras los romanos respetaron, tras tomarla, la ciudad de Calahorra, Sagunto pagó cara su fidelidad a Roma, pues Aníbal la arrasó y pasó a cuchillo a sus habitantes, cf. VALERIO MÁXIMO, VI 6 E.

[34] En el que se ofrecían sacrificios humanos. El altar meótico, consagrado a Diana, estaba en el Quersoneso Táurico; su culto se relaciona con Ifigenia, sacrificada por su padre Agamenón.

[35] Pueblo germánico de excepcional ferocidad, que a mediados del s. II a. C. penetró en Europa Central partiendo de la Península de Jutlandia; tras diversos avatares logró cruzar los Alpes y penetrar en Italia y en la Galia.

[36] Sármatas y agatirsos, habitantes los primeros de la Escitia y los segundos de la Transilvania, eran pueblos caníbales.

[37] Alusión despectiva a unas míseras canoas cuyas tablas se ajustaban con barro o arcilla; los egipcios viajaban con ellas durante las avenidas del Nilo por las tierras inundadas.

leza[38] cuando nos dio las lágrimas testifica que implantó en los hombres un corazón tierno, y ésta es la parte mejor de nuestra sensibilidad. Quiere que a la vista de su triste aspecto lloremos por el amigo que se defiende ante un 135 tribunal, y también por el pupilo que con su larga cabellera, que no permite ver si la faz llena de lágrimas es de un chico o de una chica, cita a juicio a su tutor falaz. Igualmente es un impulso natural lo que nos mueve a llanto cuando nos cruzamos con el séquito funeral de una virgen núbil o cuando enterramos a un adolescente dema- 140 siado joven para arder en la pira[39]. ¿Quién es el hombre honrado y digno de la antorcha arcana[40], tal como lo requiere el sacerdote de Ceres, que pueda creer que un dolor le es ajeno? Esto es lo que nos distingue de las bestias que no hablan[41], y por eso hemos recibido exclusivamente nosotros la razón venerable, y somos capaces de pensa- 145 mientos divinos y aptos para crear y practicar las artes; hemos logrado hacer bajar del cielo, de sus palacios, un sentimiento que no tienen las bestias que se inclinan hacia el suelo y que no miran a otra parte[42]. En el principio

---

38 Empieza una sección extraordinariamente seria de la sátira, redactada con enorme dignidad. La naturaleza cuando ha implantado en el hombre la posibilidad de llorar, con ello le ha indicado la exigencia moral de ser comprensivo y humano.

39 En Roma los niños y los adolescentes que morían jamás eran incinerados.

40 Ceres, la diosa de Eleusis, era el ideal de pureza moral. En el día quinto de la celebración de los misterios de Eleusis había una solemne procesión de antorchas que partía de Atenas y recorría los veinticinco kilómetros que hay hasta el santuario.

41 Cf. VIII 56.

42 La creencia en el origen celestial del alma humana le viene a Juvenal de fuentes estoicas. Quizás pensara aquí en un lugar muy famoso de las *Leyes* de Cicerón, I 8-9, donde la naturaleza divina del espíritu

del mundo el común creador[43] les dio a ellos sólo un principio de vida, pero a nosotros además un alma[44] pa-
150 ra que un aprecio mutuo nos hiciera pedir ayuda y prestarla, agrupar en pueblos las gentes dispersas, emigrar de las selvas antiguas y abandonar los bosques en que vivían nuestros abuelos, construirnos casas y agregar a nuestro
155 hogar el techo de otro, para que la confianza entre todos nos facilitara un sueño asegurado por las casas contiguas, proteger con las armas al ciudadano caído o vacilante por una herida considerable, dar la señal con una trompeta común, defendernos con torres colectivas y encerrarnos detrás de puertas con una sola llave[45]. Pero ahora es ma-
160 yor la concordia entre las serpientes. Las fieras respetan a las que tienen manchas parecidas en la piel. ¿Cuándo un león ha asesinado a otro león más débil? ¿En qué bosque un jabalí ha sucumbido por las dentelladas de otro más corpulento? La tigresa de la India, pese a su ferocidad, tiene con las demás tigresas una paz permanente, y
165 la avenencia reina entre los osos crueles. Pero al hombre no le basta haber forjado en el yunque impío el hierro mortífero, ello cuando los primeros artífices desconocían

humano se prueba por nuestro conocimiento de la divinidad, por la invención de las artes y porque podemos mirar al cielo. Por lo demás, el concepto filosófico, radicalmente aristotélico, del hombre como animal político viene aquí expresado con belleza y verdadero estilo poético.

[43] En la filosofía estoica había el interrogante de un cierto, difuso y remoto monoteísmo.

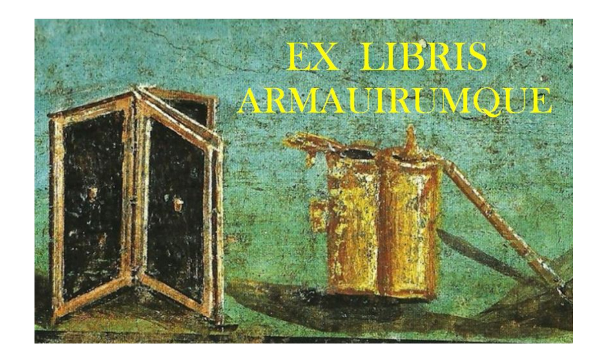
[44] Esta distinción entre alma común a todos los vivientes animados y espíritu como alma privativa del hombre también es típicamente estoica.

[45] Todo este pasaje es expresión adecuada de una justa indignación, y es una meditación poderosa que nos conduce casi forzosamente a la conclusión de que la Humanidad ha debido de vivir una época mejor y más encajada con su naturaleza moral.

el arte de templar espadas, acostumbrados a fabricar sólo rastrillos y azadas, fatigados de obrar azadones y arados. 170 Vemos pueblos cuya ira no se satisface con haber matado a un hombre; son capaces de creer que su pecho, sus brazos y su rostro son de una especie comestible. ¿Qué diría, pues, o hacia dónde no huiría Pitágoras si viera hoy estas monstruosidades, él, que se abstuvo de la carne de todos los animales como si fuera humana, y además negó a su estómago ciertas legumbres? [46].

---

[46] Es conocida la prohibición pitagórica de comer habas. Cf. la nota 127 de la *Sátira* III.



SÁTIRA XVI

Si de algún modo se puede decir que la sátira latina ejerce el arte del contraste, ésta que nos ocupa lo ilustra en grado sumo, pues Juvenal se dedica en ella a unas consideraciones sobre la milicia cuando a él la edad militar le ha pasado definitivamente, no podemos precisar si con una experiencia personal de ella o sólo de referencias.

El ejército vertebró la misma existencia de la nación romana, inicialmente en su época monárquica y republicana, en que fue un ejército de leva, extraído del pueblo y que defendió decisivamente su propia subsistencia, y desde la época imperial como un ejército profesional compuesto por las legiones y sus legionarios estacionados en los vastos territorios limítrofes del Imperio, el río Rin, la Galia y la Iliria, Hispania y las tierras británicas; en la Península Italiana militaban las tropas pretorianas, principalmente en la ciudad de Roma, donde propiamente formaban la Guardia Imperial y la guarnición de la ciudad. En esta doble vertiente de soldados de provincias y soldados de la Urbe, un amplio abanico de particularidades se extendía por igual a todos ellos con sus ventajas y privilegios, mientras que, en su ordenación y distribución geográfica y por graduaciones, cada tipo de militar también gozaba de privilegios privativos que oportunamente hacía valer.

Excepción hecha de los fríos tratados expositivos acerca del tema y de los códigos legislativos, nadie en las letras latinas había dedicado a la milicia una particular atención, diríamos mono-

gráfica, hasta Juvenal, que lo hace con su mejor estilo. Lástima que poseamos esta sátira sólo truncada, o por la acción inexorable de la muerte, o quizás porque, inmediatamente después de su deceso, Juvenal interesó muy poco, tan poco que de su obra durante algún tiempo sólo se conservó un ejemplar, y éste incompleto, pues por haber sido tratado con incuria se le habrían perdido las tres o cuatro hojas finales, que poseían el final de esta composición, que probablemente tendría la estructura de un diálogo tal como la presenta la novena. Su extensión total llegaría a los 350 versos.

La descripción del juicio hecho a un militar, así como la del aplazamiento de un juicio civil están hechas con nervio e intención; son un Juvenal del mejor estilo. Los sesenta versos que podemos leer son vivos y coherentes, y desprovistos además de aquellas digresiones típicas del satírico que perjudican más que favorecen una unidad y el sentido de la composición.

Esta sátira es interesante además porque en un lenguaje considerablemente poético nos da detalles de la vida y normatividad castrenses más bien propias de un reglamento de disciplina, lo cual acredita en este extremo a un poeta que lo fue incluso en contextos poco apropiados al estilo de la poesía.

La visión de la milicia que aquí se nos da es de un humor no exento de simpatía; el soldado cree, a todos los niveles, que su profesión es la mejor, tanto por su objetivo como por las ventajas que representa. Pero estamos lejos de las bravuconadas y de la fanfarronería del soldado de Plauto; de poseer la sátira entera, seguramente veríamos cómo el que habla aquí reconoce sus límites y la existencia efectiva de una ética profesional.

De modo que las sátiras de Juvenal se cierran con una pieza excepcional tanto por su contenido, singular en toda la literatura romana, como por la perspectiva vital desde la que se enfoca el tema. Era un tomarse la vida muy en serio. Pero parece que toda la sátira de Juvenal no pretendió jamás otra cosa.

SÁTIRA XVI

¿Quién podría enumerar, Galo, las ventajas de una vida militar feliz[1]? Pues si soy admitido en un campamento[2] afortunado, que su puerta[3] me reciba a mí, asustado bisoño, con un hado propicio. Ya que la hora que conlleva un destino benigno[4] vale más que una carta de recomendación de Venus a Marte, o una de su madre, la que se deleita en las arenas de Samos[5]. 5

Veamos ante todo las ventajas comunes[6]; no es la menor que no habrá civil que ose pegarte. Es más, si le atizas

---

[1] Este principio recuerda el de la sátira anterior y se estructura como él.

[2] En la milicia romana, ejército y campamento son algo inseparable: después de cada día de marcha se plantaba el campamento para pernoctar en él. Aquí Juvenal piensa probablemente en la guardia pretoriana.

[3] En el campamento romano, acotado por empalizadas, se abrían cuatro grandes puertas por las que entraban y salían las legiones. En cada puerta había un puesto de guardia al mando de un tribuno.

[4] Cf. VI 577-581.

[5] Este inciso es del más puro estilo de Juvenal; lo digo por los que han puesto en duda la autenticidad de esta sátira incompleta.

[6] A todos los soldados, porque probablemente en la parte perdida, o jamás escrita de esta sátira, vendrían descritas las ventajas de los militares pertenecientes a los cuerpos de élite.

10 tú, él lo disimula[7] y no se atreve a enseñar al pretor[8] los dientes removidos, el rostro tumefacto, lívido y lleno de cardenales, o el ojo que le queda, del cual el médico no promete nada[9]. Si quiere que se castigue el delito tendrá por juez unas botas bardaicas[10], y unas piernas enormes[11] 15 en un banco muy grande, porque hay que observar las viejas leyes castrenses y el uso tradicional desde Camilo[12], que el soldado no puede ser procesado fuera del campamento y lejos de las insignias[13]. «Es la cosa más justa que sean los centuriones los que conozcan la causa de un soldado, y no me ha de faltar la satisfacción si presento 20 una querella justa». Sí, pero la cohorte entera te es ad-

---

[7] No sólo delante del pretor o del tribunal, sino aun delante de la gente, por un sentimiento complejo en el que se mezcla temor ante una posible represalia, y el no querer pasar por la humillación que tal situación supone.

[8] La jurisdicción del pretor se extendía a acusaciones hechas por civiles contra militares, y en general se temía que el militar o saliera absuelto o con una pena mínima.

[9] Malos tratos inferidos por militares a los ciudadanos debían de ser algo frecuente.

[10] Los bardaicos era una tribu iliria que usaba unas botas características muy fastuosas, que los centuriones romanos adoptaron para acentuar su marcialidad. Ello contrasta cómicamente con la alusión a la posibilidad de padecer varices por parte del centurión, que sigue inmediatamente. «Juez bardaico» es una expresión muy despectiva y ofensiva para el mismo demandante.

[11] Manera grotesca de decir que los jueces serán centuriones nombrados por el pretor. Las piernas enormes aludirían a una enfermedad de varices, para culminar la ridiculez del cuadro.

[12] Según Tito Livio, V 2, Camilo fue el primero que dio al ejército romano una organización, al principio muy rudimentaria. También él establecería una primaria jurisdicción, que posteriormente se desarrollaría.

[13] Es casi el tenor literal de la disposición de Camilo.

versa, y todos los manípulos consiguen [14] de común acuerdo que el castigo sea leve y más pesado para ti [15] que la misma injuria. Sería, pues, cosa digna de esta mula [16] que es el declamador Vagelio [17] ofender tantas botas militares y tantos miles de clavos si tienes sólo dos piernas. Y además, ¿quién se alejaría tanto de Roma [18], quién sería tan Pílades [19] que osara atravesar la empalizada [20]? Enjuguémonos las lágrimas y no busquemos la ayuda de unos amigos que sabrán encontrar excusas. Cuando el juez haya dicho lo de: «¡Aporta tus testigos!» si aquél, que no conozco, pero que vio los puñetazos, se arriesga a decir: «Yo lo vi» [21] le creeré merecedor de la barba y de los cabellos de nuestros antepasados [22]. Mejor podrías presentar 25 30

---

[14] Los camaradas del acusado asisten a la vista de la causa.

[15] El castigo que el tribunal militar impone al reo es más leve para éste que serio para el acusador, por lo que en realidad éste se siente ofendido.

[16] La historia se repite, o, mejor dicho, los mecanismos del pensamiento, porque también hoy de un hombre muy corto de alcances decimos que es una mula.

[17] Cf. XIII 119.

[18] Aquí hay una ironía, pues el lugar indicado no estaba muy lejos de la ciudad. El campamento de los pretorianos estaba fuera de la muralla de Servio (cf. V 153), entre la Puerta Colina y el Viminal; entre la muralla y el campamento había un descampado que servía para los ejercicios militares de las unidades.

[19] Cf. I 61. Pílades, amigo de Orestes, como prototipo de la amistad. El sentido es: ¿quién sería tan amigo tuyo que acudiera a un campamento para declarar a favor tuyo?

[20] Que limita el campamento.

[21] Cf. VII 13.

[22] Es decir, tan sinceros como nuestros antepasados, que jamás faltaron a la verdad. «Pero esto hoy no se da», hay que sobreentender forzosamente. En aquellos tiempos los hombres no se afeitaban la barba ni se cortaban los cabellos, de ahí que se señale así la antigua severidad de costumbres.

un testigo falso contra un paisano que uno verídico contra los intereses y el honor de un militar[23].

35 Notemos ahora otros privilegios y otras ventajas[24] de los que han prestado el juramento castrense. Si un vecino sinvergüenza me desposee de un valle o de una llanura en el dominio que me pasaron mis abuelos[25], o si ha arrancado de en medio del lindero[26] el hito sagrado que yo honro cada año con polenta y con una larga libación[27],
40 o si el deudor se obstina en no restituirme las monedas que le di en préstamo, asegurando que la firma es falsa y el documento nulo[28], habrá que esperar la época del año en que empiezan los pleitos de todos los ciudadanos[29]. Pero incluso entonces habrá que soportar mil dilaciones y mil fastidios, porque con frecuencia en el tribunal

---

23 Cf. VIII 83.

24 Otra ventaja no despreciable es que al militar se le hace justicia rápidamente, mientras que los procesos civiles avanzan a paso de tortuga. Las que siguen son causas civiles o privadas, sustanciadas por los *centumviri,* que eran los miembros del tribunal competente en cuestiones de herencias o propiedades en litigio cuando éstas eran de valor económico considerable.

25 Cf. XIV 145.

26 El derecho de propiedad derivaba básicamente de las posesiones de tierras, y en ello los límites eran de gran importancia, tanto es así que los hitos que marcaban las propiedades *(terminus* en latín) eran divinizados y en su honor se celebraban las fiestas *Terminalia,* celebradas con la ofrenda de polenta y libaciones.

27 Cf. III 187.

28 Se condensa aquí todo el argumento de la *Sátira* XIII.

29 El año judicial empezaba en marzo, pero los juicios se celebraban en el orden en que se habían inscrito. Pero los que interponían los militares tenían preferencia y se ventilaban inmediatamente de ser inscritos.

lo único que se hace es disponer los asientos[30]. El elocuente Cedicio[31] ya se quita el manto[32], y Fusco se va a 45 orinar, todos estamos a punto, y ¡hala, nos despiden! Así vamos luchando[33] por la premiosa arena del Foro. Pero a los que portan armas y se ciñen con el tahalí[34] se les asigna para la causa el día que les va bien y no se les 50 gasta la hacienda en un pleito inacabable.

Además, sólo a los soldados se les permite otorgar testamento en vida aún de su propio padre[35]. Porque según la ley lo que se ha obtenido con las fatigas del servicio militar no forma parte del censo que el padre de familia administra a su antojo. Por eso su padre, incluso cuando 55 ya es un viejo tembloroso, halaga a Corano[36], que presta servicio bajo las insignias y que gana su soldada. Un justo privilegio le ensalza y recompensa su noble fatiga. Ciertamente parece que ha de interesar al mismo Emperador[37]

---

30 Ocurría a veces que los jueces no se presentaban, lo cual alargaba aún más los procedimientos.

31 Este Cedicio aparece en XIII 197 como inventor de tormentos.

32 Los abogados debían actuar vistiendo la toga.

33 El juicio ante un tribunal es comparado a un combate en los juegos del Circo.

34 La referencia es a los juicios entablados por militares contra militares; se nombra enseguida un tribunal y se celebran inmediatamente.

35 La mayoría de edad se alcanzaba en Roma a los treinta años, pero el ciudadano romano no podía otorgar testamento en vida de su padre, aunque éste ya hubiera testado a favor de él. De esta ley se exceptuaba lo que el militar ganaba en calidad de tal, de lo que podía disponer libremente y otorgar testamento de ello.

36 De este Corano nos dice Horacio *(Sátiras* II 5, 55) que en su testamento decepcionó a su suegro, que era muy avaro.

37 Cf. IV 145, y VII 21.

60 que el que es fuerte sea el mejor tratado, y que, contentos con sus collares y sus arreos[38], todos*** [39].

---

[38] Se trata de condecoraciones o distinciones que llevaban los caballos, y que se otorgaban a militares de baja categoría.

[39] Con una palabra que inicia una frase que no tiene continuación se acaban las sátiras de Juvenal, prueba casi evidente de que la muerte interrumpió inesperadamente su producción literaria.

ÍNDICE DE NOMBRES

PERSIO

SÁTIRAS

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *La vida*

Si la edad imperial nos ofrece en Roma la más variada producción satírica, desde la sutileza refinada y fría de Petronio o la diatriba violenta y amarga de Juvenal a la mordacidad ampliamente humana de Marcial, no la deja de animar también la sátira estoica, marcadamente formalista, de Persio. Nació Aulo Persio Flaco, caballero romano, el 4 de diciembre del año 34 de la era cristiana en *Volaterra* (Volterra), antigua ciudad etrusca. Los datos más extensos y verídicos sobre su vida nos han sido transmitidos por la *Vita* del poeta, debida al famoso gramático M. Valerio Probo [1], que vivió en la época de los Flavios; esta biografía que encabezaba, al parecer, una edición comentada de las *Sátiras* de Persio, pertenece a aquella serie de esbozos biográficos con que el gramático ilustraba sus recensiones y comentarios de poetas como Terencio, Lucrecio, Virgilio y Horacio, y recuerda, por su disposición y analogías, las biografías de poetas que nos quedan del *De viris illustribus* de Suetonio.

---

[1] Puede verse el texto de esta *Vita* en las ediciones de Persio, más adelante citadas, de Jahn, Cartault, Ramorino, Owen, Villeneuve o Clausen.

Hijo de una acomodada familia ecuestre, Persio perdió, cuando apenas contaba seis años de edad, a su padre; confiado a los cuidados y a la enseñanza de su madre, Fulvia Sisena, y de su tía —damas de una sociedad impregnada del *mos maiorum*—, tuvo, en medio de un discreto lujo, una educación excelente, sin duda de carácter estoico. Su madre se unió en segundas nupcias con Fusio, un caballero romano tal vez oriundo de *Luna* (Luni); gracias a esta unión, el muchacho tuvo la oportunidad de pasar temporadas, incluso unos años más tarde, en la costa lígur. Hasta sus doce años, es decir, hasta el 46, Persio permaneció en Volterra; parece que más tarde su madre, que de nuevo había enviudado, se lo llevó consigo a Roma.

En la capital continuó Persio los estudios iniciados en su ciudad natal. Allí frecuentó las escuelas de dos célebres maestros, el gramático Q. Remio Palemón, profesor asimismo de Quintiliano, y el rétor Verginio Flavo. A sus dieciséis años, la edad de vestir la toga viril, tuvo la fortuna de trabar amistad, que nunca abandonaría, con el que iba a ser el verdadero director espiritual de su conciencia hasta la muerte, Aneo Cornuto, un africano de Leptis Magna, el cual, establecido en Roma bajo Claudio, fue uno de los representantes más conspicuos del estoicismo y permaneció en Roma, rodeado del afecto general, incluso durante los catorce años del reinado de Nerón, hasta que este Emperador lo desterró en el 68[2]. En su *Sátira* V, Persio nos ha dejado una impresionante prueba de esta predilección recíproca y nunca menguada.

---

[2] Sobre Cornuto, véase R. Reppe, *De L. Annaeo Cornuto*, Leipzig, Teubner, 1906, y V. Palladini, «Il maestro di Persio», *Scritti per il XIX Centen. di Persio*, Lucca, Artigianelli, 1936.

Gracias a Cornuto, Persio se relacionó con eminentes miembros de aquella peña de estoicos que, bajo el despotismo de Nerón, conservaban viva en la soledad la llama de la doctrina de Crisipo y Cleantes. En la misma escuela de Cornuto tuvo como condiscípulo a Lucano, cinco años más joven que Persio, y tan ferviente admirador de los escritos de éste, que, al escucharlos, proclamaba que esto era poesía auténtica, y su producción simples fruslerías. La *Vita* nos transmite los nombres de otros compañeros de la primera adolescencia de Persio que conocemos vagamente o sólo por la mención del biógrafo: Claudio Agaturno, Petronio Aristócrates, Cesio Baso —destinatario de la *Sátira* VI—, Calpurnio Estatura, Servilio Noniano, Plocio Macrino —al que va dedicada la *Sátira* II—. Más tarde, conoció a Séneca, pero «sin sentirse atraído por su talento». La observación del biógrafo es significativa: Persio adolescente, de carácter riguroso, de una pieza, difícilmente podía congeniar con el talento brillante, pero frondoso y desmedido, y con el espíritu, sólo superficialmente estoico, del maestro de Córdoba. Persio debía de considerar a Séneca como un «aficionado» de la poesía[3]. Durante diez años, en cambio, gozó del tierno afecto del filósofo estoico P. Clodio Trásea Peto —cuya esposa, Arria la menor, era parienta de nuestro poeta—, con quien hizo un viaje que le había de procurar, con su intimidad, una dedicación más rendida todavía a los principios del Pórtico[4].

Breve, como la de Tibulo o la de Catulo, fue la existencia de Persio. En una hacienda que poseía cerca de la Vía Apia, a ocho millas de Roma, murió el 24 de noviem-

---

[3] Como lo conceptuaba QUINTILIANO, X 1,129.

[4] Véase C. MARTHA, *Les moralistes sous l'empire Romain*, París, 1865, 116-119.

bre del 62, víctima de una dolencia de estómago. No había cumplido los veintiocho años de edad. Probablemente era de complexión débil desde su mismo nacimiento; de aquí la necesidad que sentía en los últimos años de su vida del benigno clima invernal de Luni, donde poseía una mansión. Su vida había transcurrido tranquila, sin sobresaltos, entre la familia, los amigos y los correligionarios, sin conocer ni querer otra cosa fuera de este círculo selecto de damas y patricios virtuosos, de poetas delicados y escritores, de filósofos, pensadores y héroes; de costumbres morigeradas, de pudor virginal, de comportamiento sociable, el poeta se había mantenido sobrio y modesto, ejemplarmente afectuoso con su madre, su hermana, su tía paterna. Los arranques de irascibilidad, enojo o descontento que aparecen en su obra, si no se justifican como nacidos exclusivamente de los efectos que produjo en su alma la filosofía estoica, serían un reflejo de su constitución orgánica, de su salud delicada. Al morir, legó a la madre y a la hermana su patrimonio, cerca de dos millones de sestercios [5]; a Cornuto, por medio de un codicilo escrito a su madre, cien mil sestercios, o veinte libras de plata labrada, y toda su biblioteca, integrada esencialmente por los setecientos libros de Crisipo. Cornuto aceptó la herencia de estas obras, pero renunció a la manda pecuniaria.

2. *La obra*

Persio escribió poco, lentamente y con esfuerzo. Casi en su infancia, según el biógrafo, había escrito una *praetexta,* un libro de aventuras o viajes —tal vez alusivo al

---

[5] Unos 120 millones de pesetas actuales (1990).

que efectuó con su pariente Trásea Peto— y unos versos en honor de Arria la mayor, la heroica mujer de Cecina Peto, la del inmortal apóstrofe: *Paete, non dolet*[6]. Sin embargo, muerto el poeta, Cornuto, en un ademán de verdadera amistad, persuadió a la madre de Persio a destruir estos escritos, por no considerarlos dignos de ser publicados.

Nos ha llegado sólo el libro de sus *Sátiras,* que Persio dejó inacabado. Probablemente la muerte le sorprendió en la mitad de su tarea, y no pudo limar sus escritos. Podríamos incluso sospechar que el poeta no destinaba sus versos al público, sino a la simple lectura privada ante su auditorio de correligionarios: él mismo se enorgullece de no abrigar la menor ambición literaria y de renunciar a los aplausos de los oyentes, aunque acepta sus halagos porque no tiene un corazón de piedra. Así, parece seguro que, en el haz de sus seis sátiras, la primera y la sexta fueron compuestas precisamente como primera y última de la serie. En cambio, el orden cronológico de las otras piezas es del todo inseguro, ya que se trata de una especie de ejercicios escolares, de pruebas experimentales, procedentes de circunstancias ocasionales, y no de la vida o de sucesos auténticos. Cornuto se dedicó a su revisión o *emendatio,* y, después de haber suprimido algunos versos en la última sátira, a fin de darle la apariencia de obra concluida, cedió el manuscrito a Cesio Baso, que reclamaba insistentemente el honor de ser el editor de Persio.

¿Cuándo salió a la luz pública la primera edición de las *Sátiras,* facilitada por la ayuda de estos dos amigos

6 Sobre el famoso episodio, cf. PLINIO, *Ep.* III 16, 6; TÁCITO, *An.* XVI 34, 2, y MARCIAL, I 14, 1.

incondicionales? Probablemente poco después del fallecimiento del poeta, tal vez alrededor del año 63, ciertamente antes de la muerte de Lucano y Petronio, en vida de Nerón, es decir, antes del 68. La admiración y la impaciente curiosidad que suscitó el libro, apenas publicado, entre los hombres de letras y el gran público, debió de obedecer a diversas razones, entre las que no sería aventurado contar la misma simpatía suscitada por la malograda y virtuosa figura del poeta, la extraña novedad del estilo, la misma oscuridad —de que hablaremos— y particularmente el carácter circunstancial de la obra. La *Sátira* I, inspirada en el libro X de Lucilio, y escrita con vehemencia, era una invectiva contra la retórica ampulosa, contra la manía de hacer versos, tan generalizada, y de hacerlos conocer en recitaciones públicas; en el fondo, es una sátira personal contra Nerón, la encarnación más visible de aquel estado casi patológico de la cultura romana de la época. Otro detalle contribuye a abonar este punto de vista. El biógrafo confirma el conocido episodio, según el cual el verso 121 de dicha sátira decía: *auriculas asini Mida rex habet,* y que Cornuto, temiendo que el Emperador interpretara la frase como una alusión directa, generalizó su sentido dándole la forma que registran todos los códices: *auriculas asini quis non habet?* Con todo, la precaución de Cornuto de poco iba a servirle: a pesar del matiz proverbial que había adquirido la expresión persiana, todo el mundo vislumbraba el retrato de Nerón a lo largo de la sátira. Al cabo de pocos años, en el 65, Cornuto era desterrado, precisamente por Nerón, juntamente con su colega, el estoico Musonio Rufo. Sería, sin embargo, contraproducente el afán de entresacar muchas posibles alusiones a Nerón en Persio; sin haber dejado de metérselo entre cejas en ciertas ocasiones, el poeta vivía demasiado al margen del

monstruo y del tumulto de la vida para tenerlos siempre presentes.

Estas seis sátiras —que suman un total de 650 hexámetros— es cuanto nos queda de Persio; sólo esta cuerda satírica vibra en su inspiración, pero ella sola fue suficiente para ganarse la atención de sus contemporáneos y de la posteridad. Encontramos, sin embargo, en los manuscritos, al comienzo o al final, una serie de catorce versos —trímetros escazontes—, que normalmente han sido considerados como prólogo o como epílogo de las *Sátiras*. Trátase de un centón de reminiscencias eruditas, como parece sugerir de entrada el mismo uso del escazonte, propio de los filósofos cínicos y satirizantes; por su sentido se relacionan con el principio de la *Sátira* I; no por otra causa se ha sospechado a veces que Persio comenzó su obra sirviéndose de dicho metro y que luego cambió de idea, tal vez para adaptarse con mayor rigor a los modelos clásicos de la sátira, Lucilio y Horacio. No es fácil que nos encontremos ante una contaminación de dos epigramas. En resumen, no es un prólogo ni un epílogo, sino simplemente un fragmento o un ejercicio juvenil, que no añade ningún mérito a la gloria del poeta.

3. *Ética y arte*

¿Qué razón impulsó a Persio a dedicarse a la sátira? Su biógrafo lo manifiesta de forma explícita: apenas dejados los maestros, habiendo leído el libro X de Lucilio, se animó fervorosamente a seguir el ejemplo del magnífico modelo: con un verso luciliano abría, precisamente, su *Sátira* I. No es improbable, por otro lado, que orientara al poeta hacia el campo de la sátira el magisterio de Cornuto

—cuyas enseñanzas nunca serían olvidadas por el poeta—: la influencia del admirado maestro se refleja no sólo en la *Sátira* V que le dedicó, sino en todo el librito, ya que su contenido se inspira profundamente en la doctrina del Pórtico, a excepción de la *Sátira* I, de carácter literario, escrita contra un público corrompido en el gusto y el espíritu, incapaz de apreciar la esencia del arte y la sabiduría. El análisis de ciertas apreciaciones literarias expuestas principalmente en esta pieza, así como sus mismos procedimientos de composición, denuncian que era enemigo de las exageradas influencias griegas, particularmente del alejandrinismo; de donde, su admiración por el arcaísmo viril de los antiguos poetas latinos.

Absolutamente estoicos, en efecto, son los pensamientos sobre la disposición espiritual con que hay que dirigirse a la divinidad (*Sátira* II), la teoría de las pasiones, consideradas como enfermedades del alma (III), la doctrina sobre el perfeccionamiento personal, que se obtiene bajando a menudo a nuestro interior y no censurando al prójimo (IV), la esencia de la libertad, derivada del dominio sobre las propias pasiones (V), y, en fin, el argumento acerca del recto uso de las propias rentas sin despilfarro y sin tacañería (VI). En consecuencia, la obra de Persio es básicamente filosófica y didáctica y, en cierta manera, convencional, casi desentendida de la auténtica vida vivida, de los vicios dominantes en la Roma neroniana. Por otro lado, no debemos olvidar que toda la verdadera filosofía bajo el Imperio, representada principalmente por Lucano, Persio y Séneca, deriva del estoicismo, y que, en Roma, fue también la filosofía estoica una de las armas ocultas más poderosas de la oposición a los césares, una de las formas más sutiles del republicanismo ideológico.

No deja de ser impresionante esta posición del ingenuo

adolescente volterrano, discreto y enfermizo, pero moralmente encadenado a los principios de una escuela severísima, que sólo disponía de la «pluma» para desatar su ímpetu agresivo y señalar el camino de la virtud, sin conocer por experiencia a los hombres y las miserias de su época. Conoce la maldad, no por su propia experiencia, sino por sus lecturas. Sólo la indudable sinceridad de su palabra justifica tal actitud. Todo es en él intransigencia y desabrimiento; vocablos como *radere* y *mordax* son frecuentes en sus versos. Como ocurre con los enfermos, a quienes la dolencia física deforma la visión clara de la realidad de la vida, Persio lo ve todo empañado u obscuro y refunfuña contra todo y contra todos. ¿Podríamos ver aquí un rasgo de su Etruria natal, poco propicia al alborozo? De todas formas, el contraste parece sólo aparente: la sátira a menudo se compagina a la perfección con la moral, la filosofía y la religión; no en vano se ha comparado la doctrina estoica con la predicación cristiana. Persio quiere hombres perfectos, elevándolos por encima de vanidades y desdichas; ataca a los cobardes, los politicastros, los haraganes, los viciosos, tanto si son centuriones, patricios, el mismo Emperador, como si son viles plebeyos, proponiéndoles el espejo de la verdadera libertad humana, de las limitaciones de la vida, de la abnegación. Sustancialmente su doctrina coincide con la intención moralizadora que entrevemos todavía en los fragmentos salvados del naufragio de la obra de Lucilio, y no difiere del pensamiento expresado en los *Sermones* de Horacio, su otro gran modelo, al cual deliberadamente imita y a veces refunde. Pero, ¡qué desigualdad entre la sabiduría aprendida en los libros y el furor del viejo poeta de Sesa Aurunca disparado en la Roma republicana, o el escéptico y sonriente humorismo del epicúreo venusino, libre de vínculos

de escuela y primoroso explorador de los defectos humanos!

Es cierto que entre Horacio y Persio existen diferencias, no sólo de temperamento y escuela, sino también por las condiciones de las respectivas circunstancias históricas. Horacio, que asiste a la restauración de Roma bajo Augusto, puede confiar todavía en un mejoramiento social; Persio, que vive bajo Nerón, amargado sin duda por las torpezas y los delitos del monstruo laureado, se encierra voluntariamente en su torre de marfil o lo ataca a hurtadillas, lejos de toda sospecha, cuando, poco después, Juvenal fustigará enfáticamente los escándalos de la Urbe y Marcial escribirá el mayor epigramatario objetivo de todos los tiempos. Nuestro satírico, hurtado a la realidad, no se mueve de sus dominios ideales y teóricos, de su intención totalizadora. Un aspecto de esta indeterminación podemos comprobarlo en la misma lista de nombres propios mencionados en las *Sátiras:* raramente acude Persio a personajes reales designándolos individualmente; la misma pauta seguirá en sus ataques el epigramista bilbilitano. Sólo los nombres de los destinatarios de las *Sátiras* son evidentemente de personajes reales; todos, o casi todos, los restantes son ficticios y usados con la finalidad exclusiva de dar una fisonomía viva a las ejemplificaciones y a las categorías sociales —el rufián Estayo, el arúspice Ergena o el arriero Dama—; los mismos nombres históricos —Craso, Bruto, Mercurio, Batilo— pertenecen al pasado y tienen igualmente valor prototípico. La única excepción es Cota Mesalino, mencionado específicamente como muestra de la corrupción a que lo habían reducido los vicios. Todo ello se explica si se tiene en cuenta que la sátira persiana no rezuma una sola gota de veneno: agitada en el campo de las ideas, es sosegada con las personas. Como

Horacio, no se dobla Persio a la invectiva personal. El *aequus animus* de Horacio y la *virtus* de Persio convergen en la idea de una rectitud moral, de una dignidad rigurosamente humana.

No conviene, por tanto, extremar las conclusiones. El contenido de la sátira de Persio no es un producto exclusivamente formalista o reflejo: no ve siempre los vicios y los defectos a través del cristal de sus propias lecturas y de las máximas filosóficas, sino, más bien, situándolos en la esfera donde acaban por encontrarse siempre aquellos que, menospreciando las normas éticas más comunes, dan libre curso a sus pasiones. La época de Persio revive en las *Sátiras,* representada en el mal gusto de los hombres de letras, en la sordidez del pueblo bajo, en el orgullo de los nobles y en el despotismo del Emperador, expresada con la más intima convicción filosófica. No son raras en su obra las hermosas sentencias y los análisis agudos del alma. Se ha estudiado minuciosamente su carácter estoico, casi pretendiendo que Persio aspiró a hacer servir la sátira como simple vehículo de las ideas del Pórtico; pero no raramente se levanta por encima de las doctrinas filosóficas, hasta lograr que sus tendencias no sean solamente las de un teórico o un doctrinario. El poeta no pierde de vista, de raíz, la vida: es significativo, en efecto, que no vague alrededor de principios especulativos, sino de principios que sirvan de norma a la vida interior, que dirijan y gobiernen, en suma, la conducta humana y civil del *civis,* hombre libre y miembro de una sociedad. Sería, por tanto, incongruente negar toda intención política a sus sátiras.

Se podría, en todo caso, sospechar que Persio, tan inmaturo para el arte como para la vida, es un satírico *malgré lui.* En el período formativo de toda vida de artista

no encontró su camino, no supo sistematizar su ideal literario como resultado de unas vivencias y una lucha artística. Lo pone de manifiesto un examen de la forma literaria, de la lengua y del estilo de las *Sátiras*. No sólo por el contenido de los argumentos, sino también por la forma y su desarrollo, la sátira de Persio se conecta con la de sus predecesores Lucilio y Horacio. Como ellos, usa en las seis piezas el hexámetro dactílico, que Lucilio había fijado de forma decisiva en el libro V de su primera serie, después de las inseguras variedades métricas de los primeros libros. Las sátiras de Persio son asimismo *sermones* de tono familiar, esmaltadas de descripciones, anécdotas históricas, recuerdos mitológicos, reflexiones y máximas: a veces, en forma de epístola dirigida a un conocido; otras, a manera de diálogo con el lector o con un interlocutor imaginario. La imitación persiana, de vez en cuando literal, de Lucilio y Horacio, es un hecho incuestionable; por lo que afecta a Lucilio, ante la pobreza material de lo que nos queda del gran satírico, el parangón con Persio resultará siempre insuficiente y provisional; en cambio, no resistirá Persio la comparación con Horacio, del que se sitúa muy por debajo en la agilidad transparente y en la desenvoltura elegante, características del arte horaciano.

La obra de Persio es muy a menudo un mosaico de reminiscencias de Horacio, desde el motivo entero de una sátira o la representación de toda una escena hasta meros conceptos, ecos o frases dichas con idénticos vocablos; esta imitación ha sido estudiada una y otra vez en diversas épocas. Ya I. Casaubon, en el siglo XVII, consagró una famosa disertación al tema, en la que sistematizaba todas las derivaciones horacianas en Persio [7]; la discusión ha si-

[7] I. Casaubon, *Persiana Horati imitatio*, ensayo publicado como apéndice a su edición de las *Sátiras*, París, 1605, 525-558.

do reanudada y completada a menudo, no sin cierta petulancia. Con todo, pese a las innumerables reminiscencias horacianas, clasificadas por la más exigente avaricia crítica, nunca la sátira de Persio podrá ser considerada como un retoño del *animus* horaciano. Horacio y Persio forman dos centros espirituales independientes, sin puntos de contacto, sin ninguna vibración común, aunque se trate de dos satíricos, con analogías y calcos. Persio no puede ser explicado por Horacio. La imitación persiana de Horacio es un hecho puramente incidental. No debe olvidarse, a propósito de estas reflexiones, el curioso concepto que tuvieron en general de la imitación los antiguos, que se deleitaban, al leer a un autor, en percibir recuerdos y ecos, personalmente modificados, de otro escritor. Por otro lado, existía realmente una tradición de pensamientos, metáforas, fórmulas y tipismos continuada entre los satíricos romanos: la originalidad y la variedad del arte consistían en presentar bajo nueva luz el viejo y obligado recuerdo. Persio ha evitado esta frialdad de recetario mediante una sucesión de imágenes fuertes, enérgicas y renovadas: en él la imitación se convierte paradójicamente en parte esencial de la espontaneidad del discurso, en elemento vital, en jugo y sangre de su arte; su imitación, en suma, es un procedimiento meramente literario, un barniz del alma, una sensación del espíritu que late por toda la materia viva. De aquí que, para entender su arte, hay que penetrarlo una y otra vez, quebrantando esta costra de erudición, prejuicios y confusiones tradicionales.

Mediante esta operación de análisis íntimo, llegaría a parecernos un pretexto —en el sentido etimológico del vocablo— el mismo factor satírico del poeta: ¿qué quedaría, entonces de Persio? Un paisaje fragmentario, sin duda, pero positivo, genuino, perdurable. Lo que se nos presen-

ta, a través de los detalles y las rendijas de su obra, es un pequeño mundo vigoroso, un arte auténticamente realista, una revelación lírica embrionaria. He aquí el principal valor artístico de las *Sátiras*. Los croquis que Persio incrusta aquí y allá en sus composiciones, pintando al vivo escenas y caracteres humanos, quedan grabados para siempre en la fantasía. Obsérvese, por ejemplo, el efecto pintoresco del poeta en boga que se dispone a recitar sus versos en un *auditorium*, impecablemente acicalado, luciendo la gran sortija que le regalaron en su aniversario, y sube a la *cathedra*, después de haberse enjuagado la garganta con gargarismos, y empieza a vocalizar con voz tierna y mirada lánguida sus poemas (I 15-19); o el brutal realismo del libertino que, después de hundir el vientre blancuzco en el baño, se sienta a la mesa y, presa de temblor agónico, deja caer de las manos, rechinándole los dientes, la copa espumosa y las viandas grasientas de la boca entreabierta (III 98-102); o la caricatura medio goyesca de la abuela o la tía que coge al bebé de la cuna y, tras humedecerle con saliva la frente y los labios a fin de librarle del aojamiento, lo hace saltar en sus brazos y pide a los dioses que le concedan éxitos y fortuna, de forma que el rey y la reina lo deseen por yerno, se lo disputen las muchachas y nazcan rosas donde él ponga los pies (II 31-38). ¡Cómo se desahoga su pecho agradecido, en una corriente de emoción, ante la paterna afectuosidad de Cornuto! (V 26-29, 41-51). En otras ocasiones, la reproducción de las actividades humanas es una simple silueta o un esbozo improvisado: tal es la descripción de los juegos infantiles (III 48-51), el gracioso aguafuerte de la manumisión del muletero Dama (V 75-79), el diálogo de la emulación entre la avaricia y la pereza (V 132-139) o el reposo otoñal en la costa lígur (VI 6-8). Estos frag-

mentos revelan por sí solos unas dotes de auténtico artista, son voces aisladas de un lirismo espontáneo y seguro.

Si incluso en estos casos Persio pagó tributo a una moda, el recurso no escamotea ninguna partícula a la sinceridad artística. Ya J. Lido, el erudito bizantino del siglo VI, afirmaba[8] que Persio había querido imitar los mimos de Sofrón, consistentes en cuadros de género o en breves apuntes populares, muy admirados en la Antigüedad y leídos preferentemente por el mismo Platón. Y, en efecto, no pocas expresiones familiares, crudas y a veces obscuras, de las sátiras de Persio aluden a los ademanes y procedimientos de los mimógrafos, como al describir las muecas que se hacen a espaldas de la gente (I 59 y ss.), o las risotadas de la juventud que se mofa de los estoicos, juzgándolos locos o quijotes de la filosofía (V 86-87), o la actitud de la soldadesca que no daría un as por un sabio (V 189-191).

Persio no ríe como Marcial ni retumba como Juvenal; cuando intenta reírse, la risa se le quiebra de pena o se le muere degollada por la sentencia filosófica. Esquiva todos los excesos, todas las estridencias; hay en él un fondo de inapetencia, de resignación apagada, de indecisión de la voluntad: sólo de esta forma aparenta cierta semejanza con Horacio. De aquí que no fuera reformador ni innovador ni opositor. Si pretende colocarse enfrente de su época, no sabe desprenderse de sus vicios: al satirizar los versos de moda, vacíos de contenido, cubiertos de vana frondosidad y de mitología patética, lo hace por medio de versos elegantes y redondeados que habrían levantado una tempestad de aclamaciones en una *recitatio* y que contribuyeron sin duda al éxito inmediato de sus *Sátiras*. Pero

---

[8] Cf. LIDO, *De magistr.* I 41.

es un secreto y un privilegio de artista fustigar las modas sin renunciar a ser portavoz de sus consecuencias. Por otro lado, la moda es una ley del tiempo, de la que no consigue librarse ni el escritor más rígido y más independiente. Desde este punto de vista, Persio tiene en Séneca, a quien conoció, pero sin dejarse seducir por su talento, un espíritu fraterno. Si Persio, en lugar de ser un joven *morum lenissimorum, verecundiae virginalis,* como dice su biógrafo, hubiera sido un carácter virulento, tal vez hubiera renovado la sátira o la lírica latina. No se le puede regatear el temperamento poético ni las dotes de un buen versificador; es cierto que a veces construye el hexámetro con dificultad y técnica imperfecta, pero no debe olvidarse que el hexámetro satírico gozaba de libertades especiales; en no pocos de sus versos, el acento rítmico del dáctilo del quinto pie no coincide con el acento tónico de la palabra en que cae, ocasionando así finales inarmónicos, como sucede igualmente en Horacio.

Quizá su juventud o su época frustraron la realización que hace vislumbrar su obra: la de un lírico, si hubiera vivido bajo un libre régimen republicano, y no en un período de vida frenética y hedonística, y, más concretamente, la de un poeta pindárico, como ponen de manifiesto, si no sus vuelos de inspiración, sí su organización de saltos, inconexiones y premuras. Pero sobre su ánimo, esencialmente lírico y sentimental, acabaron por actuar la influencia de la sátira de Lucilio y el estoicismo de Cornuto. El poeta creyó que la sátira, tal como la habían transmitido sus predecesores, podía acoger a un tiempo su arte y su doctrina, convirtiendo la sabiduría en poesía. En consecuencia, el verdadero valor artístico de Persio responde siempre a una doble corriente, a un dualismo lírico-satírico, que sólo llega a fundirse en la concepción unitaria

del estoicismo, en la voz de una minoría intelectual que, a partir de Nerón, más que profesar un sistema filosófico, enarbolaba una bandera de combate. Persio, en definitiva, no es un genio; pero tampoco sus *Sátiras* son, como a veces se ha insinuado, una de las más enojosas creaciones del arte poético, ni su lectura constituye, por la forma, un martirio; es un talento prematuro, que sabe unir a una delicada sensibilidad la capacidad de abordar las ideas generales y los grandes problemas de la aventura humana. Como filósofo, posee al mismo tiempo la finura de Séneca, la firmeza de Epicteto y la claridad de Marco Aurelio; como satírico, es menos carialegre que Horacio y menos brillante que Juvenal, pero su acento es sin duda más íntimo y más profundo.

4. *La obscuridad*

Hay que confesar, sin embargo, que, sin ser insoportable, como ciertos críticos aseguran, la obra de Persio resulta difícil para el lector actual. Persio es uno de los escritores menos accesibles. Tan innegable como la gloria que coronó inmediatamente la breve producción del poeta, es su dificultad, que poco a poco fue creciendo hasta hacerse legendaria. Los exegetas han ido embrollando la cuestión, han acentuado la dificultad, hasta el punto de hacer creer que para Persio cualquier expresión natural, incluso la más sencilla, era tabú. Ahora bien, haciendo caso omiso de exageraciones y leyendas, ¿qué carácter presenta esta obscuridad, que llegó a parecer impenetrable?

En primer lugar, un hecho es indiscutible. Para glorificar la obra de Persio, sus contemporáneos tuvieron que entenderla: afirmar que la admiración es un resultado fre-

cuente de la incomprensión, como alguien ha apuntado, no es sino escaparse por la tangente; en tales casos, dicha admiración grotesca, que todos hemos conocido en alguna ocasión, se reduce a pequeños núcleos de pedantes y alabarderos, pero no encuentra eco en los ámbitos conscientes. Pese a todo, no puede negarse que a menudo una neblina, tal vez pasajera, se extiende ante los ojos del lector y no le permite seguir el proceso y encadenamiento de las ideas. Se necesita, en una palabra, la máxima atención y el más laborioso análisis para no creer de vez en cuando que nos hallamos ante una esfinge.

Esta obscuridad, frecuentemente confundida con la ambigüedad o la anfibología, ya fue advertida por los antiguos. Elocuentes, aunque del todo legendarias, son las anécdotas, tantas veces repetidas, según las cuales San Ambrosio, irritado por no lograr entender a Persio, tiró el libro gritando: *Si non vis intellegi, non debes legi,* mientras que San Jerónimo, por el mismo motivo, lo lanzó al fuego para que las llamas alumbraran el pavoroso antro. Sería ocioso buscar en las obras de los dos Santos Padres ninguna expresión que justificara la leyenda; San Jerónimo, por el contrario, cita constantemente a Persio, haciendo ver que lo entiende y aprecia de veras. Pero en la baja latinidad, y especialmente entre los escritores no romanos, la lectura de Persio se había hecho sumamente difícil. La penosa impresión persistió a través de los autores de los siglos X y XI, puesto que en no pocos manuscritos de las *Sátiras* aparecen un *Incipit* y un *Explicit* parafraseados en rudos epigramas, que comparan al autor, por su obscuridad, al mismo infierno. Valga como ejemplo: «Comienza Persio, por todas partes obscuro orco; como el infierno, así permanece él en sus tinieblas». En otros epigramas, la poesía de Persio, por sus contorsiones de lengua y esti-

lo, es comparada al rabo de un cochinillo. Probablemente estos versos, breves y harto vulgares, derivan de una fuente única, muy anterior a los mismos manuscritos que nos los transmiten, sin que parezca arriesgado sospechar que se entroncan con la *emendatio* de Barcelona de que luego hablaremos.

De donde se desprende que, alejados por siglos de distancia de la época del poeta, los copistas tropezaban con dificultades que a la sazón no podían descifrar la filología ni los conocimientos del latín. Fácilmente se comprende que, frente a las construcciones violentas, a los pensamientos poco claros y no siempre trabados entre sí, a los vocablos nuevos o usados en sentido distinto del corriente, los amanuenses poco expertos perdiesen los estribos. Todavía en unos tiempos más cercanos a los nuestros, J. César Escalígero y su hijo José se enfurecían contra Persio, un *ostentator febriculosae eruditionis,* declarándolo *ineptus,* porque *cum legi vellet quae scripsisset, intellegi noluit quae legerentur*[9]. El mismo Casaubon, pese a su decisiva contribución al esclarecimiento de las dificultades de Persio y a su defensa contra el ataque de Escalígero, admitía que el poeta, especialmente en las *Sátiras* I y IV, gustó de refugiarse en el enigma, mientras Cornuto le debía de susurrar insistentemente al oído la antigua palabra σκότισον 'obscurece'. De esta forma, Persio fue siempre retenido por el autor más obscuro de toda la latinidad. *Auctor difficillimus* y *obscurus vates* se lee en la portada de diversas ediciones y explanaciones antiguas. Dicha obscuridad, ya proverbial, halla todavía un eco en sor Juana Inés de la Cruz y en Boileau, el cual, sin embargo, en *L'Art poétique,* señalaba acertadamente que Persio *en ses vers obs-*

[9] J. C. Escalígero, *Hypercrit.* 6, y *Ars Poet.* III 97.

curs, mais serrés et pressants, / affecta d'enfermer moins de mots que de sens.

Desde su punto de vista, la crítica no era del todo incongruente. El problema, finalmente, fue planteado con precisión por O. Jahn, en su edición fundamental de Persio (1843), cuando reconocía que es imposible procurarse un texto crítico del poeta prescindiendo de un comentario interpretativo; a su vez, C. F. Hermann precisó que las dificultades del satírico dependen más de la naturaleza del texto que de las dudas de lectura, es decir, que en el caso de Persio es más necesaria la tarea del intérprete que la del crítico. ¿Qué grado de verdad, en suma, hay que reconocer en la encarnizada hostilidad de los detractores del poeta?

Las dificultades existen, evidentemente, en sus *Sátiras*. Pero dificultad no equivale a obscuridad, como advertía G. Papini, refiriéndose a Dante Alighieri. Toda gran obra permanecerá siempre obscura para quien la aborda sin la seriedad y la preparación especial que exige la aproximación de cada uno de los niveles culturales en sus diversos aspectos. Baste recordar los casos de los poemas homéricos, de Virgilio, del mismo Dante, de Quevedo, de P. Valéry o de C. Riba. Persio pertenece, sin ser un genio, a este linaje de escritores privilegiados. Para entenderlo, hay que excluir, de entrada, la sospecha de que el poeta persiguiera deliberadamente esta obscuridad, hasta el punto de no comprenderse a sí mismo; no podemos dejarnos arrastrar por las leyendas que vieron en él un σκοτεινότατος, el «más sombrío»; es peligroso convertirse en Edipo de una esfinge imaginaria, porque el trance es un juego difícil y nos recuerda un nombre mítico que no se vio acompañado de la buena suerte. Parece injusto que para entenderlo nos esforcemos en renunciar a las reglas de la

latinidad. Los modernos progresos filológicos nos permiten penetrar íntimamente en sus secretos; hoy, con voluntad y reflexión, podemos gozar de su lectura como sucedió a sus contemporáneos: he aquí un principio indiscutible.

Ahora bien, debemos reconocer que la proclamación milenaria de la obscuridad de Persio no carece de fundamento. Esta «tenebrosidad», hoy casi vencida del todo, procede de diversas causas. En primer lugar, de la concisión característica de su estilo quebrado, vigoroso, abrupto; no raramente, la exposición de su pensamiento carece del nexo más rígidamente indispensable; unas veces, al precipitársele el pensamiento en la expresión, cierra las premisas sobrentendiendo la conclusión; otras, la conclusión supone unas premisas inexistentes. Las transiciones suelen ser bruscas, improvisadas; el lector se ve obligado a reflexionar, a leer entre líneas, a releer todo el pasaje o toda la composición para entender, casi por sorpresa, el encadenamiento de las ideas; y no todos los lectores se imponen, desgraciadamente, dicho esfuerzo. Otra razón es la forma dialogada a que Persio recurre a menudo, introduciendo en el discurso un supuesto interlocutor o fingiendo la reproducción de sus palabras; no siempre se logra distinguir con claridad si habla el interlocutor, el poeta, o si interviene repentinamente otro personaje; así el recurso artístico del diálogo llega a resultar en sus manos un lamentable «fiasco»; la diversa distribución de los elementos dialogísticos entre los intérpretes puede no influir a veces sensiblemente en el sentido de un pasaje, pero otras veces da lugar a profundas modificaciones. Otras razones pueden ser el afán del poeta, tal vez demasiado amante de locuciones insólitas o nuevas para herir la imaginación del lector o del oyente, por servirse aquí y allá de metáforas o metonimias audaces, coloreadas, extrañas, a veces do-

bles, que a la primera ojeada no permiten desvelar su pensamiento; o su propensión al uso, tal vez deliberado, de frases ambivalentes o ambiguas, susceptibles de diversas interpretaciones; o las frecuentes alusiones, también corrientes en Marcial o Juvenal, a costumbres, sucesos y recuerdos de su tiempo, ciertamente claras para sus contemporáneos, pero enigmáticas por su mismo desgaste ante la posteridad, si no van acompañadas de comentarios minuciosos. Podrían añadirse a estas causas su falta de fantasía poética, su inexperiencia de escritor, las características de su *sermo*, su muerte prematura. Persio dejó inacabada su obra: nuestro juicio no puede prescindir de esta fatalidad. Sólo así se comprenderán objetivamente sus notables cualidades de pensamiento y estilo, de reproducción artística de las circunstancias ambientales, de eficacia ética, de entusiasmo por el bien, existentes en sus *Sátiras*.

5. *Supervivencia y fortuna*

Estas últimas cualidades ocasionaron, sin duda, en la Antigüedad la fama de Persio. Ya hemos visto cómo, según el testimonio del biógrafo, se entusiasmaba Lucano con la lectura de las *Sátiras* y qué éxito inmediato de público acogió su publicación. Un crítico tan sagaz como Quintiliano, que cita e incluso imita a Persio, dejó en su reseña de los escritores griegos y romanos el famoso juicio: *Multum et verae gloriae quamvis uno libro Persius meruit*[10]. Unos años antes, Marcial, al recomendar la brevedad como don inestimable en literatura, había cerra-

[10] QUINTILIANO, X 1, 94; cf. XII 10, 26.

do un epigrama con el dístico: *Saepius in libro numeratur Persius uno / quam levis in tota Marsus Amazonide*[11]. Es cierto que Juvenal, al recordar los grandes satíricos de Roma, no menciona a Persio, pero se sirve en diversos pasajes de su obra de frases típicamente persianas. Sólo la época frontoniana, de tendencia arcaizante, carece de alusiones a nuestro poeta. Pero luego se multiplican las citas y los elogios, a lo que contribuye el espíritu de los primeros siglos del Cristianismo, cuya ética concordaba con el valor moral y no pocas ideas de la doctrina estoica. Persio es recordado por los apologistas y los padres de la Iglesia: Tertuliano, Lactancio, Jerónimo, Agustín, Isidoro de Sevilla; es conocido por los poetas, como Ausonio, Prudencio, Sedulio y Sidonio Apolinar; es mencionado y estudiado por los gramáticos más famosos, como Diomedes, Donato, Servio y Probo.

A esta misma época, a comienzos del siglo V, se remonta la más antigua *emendatio* o revisión conocida del texto de las *Sátiras:* exactamente al año 402, en que un erudito, Flavio Julio Trifoniano Sabino, revisó en Barcelona un manuscrito de Persio, arquetipo de los códices posteriores, al que puede atribuirse la denominación de *recensio Sabiniana* o *Barcinonensis.* Los códices de Persio se multiplicaron notablemente a partir del siglo IV hasta el punto de que no hay ninguna biblioteca en Europa que no posea uno más o menos antiguo o reciente. Aunque su número puede llegar al centenar y medio, la moderna crítica textual sostiene que, para obtener un buen texto, basta acudir a unos pocos, no más de diez, los más antiguos y de reconocida autoridad. Todos los indicios y testi-

---

[11] MARCIAL, IV 29, 7-8.

monios demuestran que Persio no dejó, durante la Edad Media, de ser leído, buscado, glosado y transcrito con un incesante afán, que perdura hasta los tiempos modernos, al menos por lo que atañe al interés de los eruditos, a pesar de las opiniones hostiles al poeta por la dificultad o el hermetismo de su estilo. Puede afirmarse que, después de Virgilio, Horacio y Juvenal, Persio ha sido el poeta latino que ha gozado del mayor número de escoliastas y comentaristas.

La época humanística continuó dedicando al poeta toda la atención de editores y glosadores, pero no cesaron —aunque de forma esporádica—, como advertíamos más arriba, las voces de incomprensión o de abierta censura, entre los estudiosos, ante la producción satírica de Persio. Contra la irrupción, a veces desabrida y brutal, de tales detractores se levantaron los disidentes, entre los cuales sobresalió el que más derecho tenía de asumir la defensa de Persio por haber sido, después de los antiguos escoliastas, el que más que nadie contribuyó a explorar y esclarecer la mentalidad del poeta: el humanista suizo Isaac Casaubon (1559-1614). Éste, al admitir que Persio ensombreció deliberadamente, una y otra vez, su pensamiento, se anticipaba al juicio de los críticos modernos ante el fenómeno de la poesía hermética. No siempre son suficientes la nitidez o la cordura para explicar la obscuridad: los temas más inocentes, como acontece en Persio, pueden ser víctimas del mismo conflicto. Las modernas ediciones comentadas de Persio y la abundancia de ensayos, artículos y monografías que se han dedicado al satírico [12] no olvidan las sabias directrices de Casaubon, sin dejar de reconocer las frecuentes ambigüedades que presenta su estilo:

---

[12] Véanse en la *Bibliografía* los principales títulos.

tampoco escasean éstas en el mismo Virgilio. Sólo los poetas mediocres no suscitan discusiones ni necesitan intérpretes.

MIQUEL DOLÇ

BIBLIOGRAFÍA

a) *Ediciones*

G. ALBINI, Turín, Paravia, 1910.
D. BO, Turín, Paravia, 1969.
A. CARTAULT, París, Les Belles Lettres, 1927, 2.ª ed. Con traducción francesa.
I. CASAUBON, París, 1605; 2.ª ed., 1615; 3.ª ed., Londres, 1647.
W. V. CLAUSEN, Oxford, Clarendon, 1956.
S. CONSOLI, Roma, Loescher, 1904; 2.ª ed. reformada, 1911; 3.ª ed., 1913. Con repertorio de *coniecturae, testimonia, imitatores.*
M. DOLÇ, Escuela de Filología de Barcelona, Clásicos «Emerita», Barcelona, 1949. Con comentario.
— Fundació Bernat Metge, 112, Barcelona, 1954. Con traducción catalana.
C. F. HERMANN, Leipzig, Teubner, 1854; reimpr. 1915.
L. HERRMANN, «Colec. Latomus», Berchem-Bruselas, 1962.
O. JAHN, Leipzig, Breitkopf-Haertel, 1843; 2.ª ed., Berlín, 1868.
— 3.ª ed. por F. BÜCHELER, 1893.
— 5.ª ed. por F. BÜCHELER y F. LEO, Berlín, Weidmann, 1932.
F. LEO, Berlín, Weidmann, 4.ª ed., 1910.
A. MARSILI, Studi e Testi, XIX, Libr. Goliardica, Pisa, 1960.
G. NÉMETHY, Colegio Filológico de la Academia Literaria Húngara, Budapest, 1903.
H. NETTLESHIP-J. CONINGTON, Oxford, Clarendon, 2.ª ed., 1874; 3.ª ed., 1893.

S. G. Owen, Oxford, Clarendon, 1903; 2.ª ed., 1907.
M. Pagliano, «Col. Poeti di Roma», Bolonia, Zanichelli, 1967. Con traducción italiana.
F. Ramorino, «Corpus Paravianum», Turín, Paravia, 1919; Turín, Chiantore, 1920, 2.ª ed.
G. S. Ramsay, «The Loeb Classical Libr.», Londres, 1918. Con traducción inglesa.
G. Stano, Bolonia, Cappelli, 1936. Con traducción italiana.
S. Villegas Guillén, «Colec. Manifiesto Secc. Clás.», Madrid, 1975.
F. Villeneuve, París, Hachette, 1918. Importante introd. y coment.
I. Van Wageningen, Groningen, Noordhoff, 1911, 2 vols.

b) *Estudios generales*

F. Ballotto, *Cronologia ed evoluzione spirituale nelle Satire di Persio,* Messina, D'Anna, 1964.
H. Bardon, «Perse et la réalité des choses», *Latomus* XXXIV (1975), 319-335.
— «À propos de Perse. Surréalisme et collage», *Latomus* XXXIV (1975), 675-698.
A. Beltrami, *La recente esegesi delle Satire di Persio,* Lucca, Artigianelli, 1936.
S. Chaloupka, *De Persii Satirarum forma dialogica adductis notis exegetico-criticis,* Progr., Braunau, 1887.
G. Chiabra, *A. Persio Flacco nella vita, nell'arte, nella filosofia,* Nápoles, 1900.
A. Eichenberg, *De Persii Satirarum natura et indole,* tesis, Breslau, 1905.
G. Farauda, *Caratteristiche dello stile e del linguaggio poetico di Persio,* Rovereto, Longo, 1953.
A. Franchino, «Il problema dell'oscurità di Persio», *Ann. della Fac. di Magist. dell'Univ. di Bari* XIII (1973-1974), 675-683.
E. Gaar, «Persiusprobleme», *Wien. Stud.* XXXI (1909), 128, 233.

E. GUIDO, «Aulo Persio Flacco critico letterario», *Ann. del Liceo Ugo Foscolo,* Pavía, 1927-1928.

A. M. GUILLEMIN, «Le satirique Perse», *Les Ét. Class.* VII (1938), 161-167.

E. HAGUENIN, «Perse a-t-il attaqué Néron?», *Rev. de Philol.* XXIII (1899), 301 ss.

L. HERRMANN, «L'empereur Néron et le roi Midas», *Rev. des Ét. Lat.* VI (1928), 313-319.

W. C. KORFMACHER, «Persius as a literary critic», *Transact. and Proceed. of the Americ. Philol. Assoc.* LXII (1931), XXXIV; mismo título, *Class. Journal* XXVII (1933), 276-286.

D. KORZENIEWSKI, «Die dritte Satire des Persius», *Helikon* XI-XII (1971-1972), 289-308.

R. C. KUKULA, «Persius und Nero», *Festschr. Graz. Akad. Senat* (1923), 118 págs.

E. V. MARMORALE, *Persio,* Florencia, 1945 (Biblioteca di Cultura, XVIII, La Nuova Italia); 2.ª ed. rehecha, Florencia, 1956.

A. MINGARELLI, *Aulo Persio Flacco, La vita e le opere,* Bolonia, Gherardi, 1911.

TH. PABST, *De A. Persii Flacci virtutibus et vitiis,* Rhathenow, 1870.

E. PARATORE, *Biografia e poetica di Persio,* Florencia, Le Monnier, 1968.

L. POLACCHI, *Le Satire di A. Persio Flacco,* Terano, 1922.

A. DA SILVA, *Breve ensaio sobre Pérsio,* Lisboa, 1928.

L. SIMIONI, *Alcune questioni relative a Persio,* Padua, 1895.

P. THOMAS, «Notes critiques et explicatives sur les Satires de Perse», *Bull. de la classe des Lettres de l'Acad. royale de Belgique* (1920), 45-66.

F. VILLENEUVE, *Essai sur Perse,* París, Hachette, 1918.

c) *Filosofía, modelos, arte*

H. BARREAU, *Quae vis fuerit Christianae doctrinae apud Sene-*

cam, Persium et nonnullos huiusce aetatis Stoicos, París, 1854.

A. BUCCIARELLI, *Utrum Aulus Persius Flaccus doctrinae Stoicae sit sectator idem et interpres,* Roma, 1888.

C. BUSCAROLI, *Persio studiato in rapporto a Orazio e Giovenale,* Imola, Baroncini, 1924.

I. CASAUBON, *Persiana Horatii imitatio,* ensayo publicado como apéndice a su edición de las *Sátiras,* París, 1605, págs. 525-558.

G. C. FISKE, «Lucilius and Persius», *Transact. and Proceed. of the Americ. Philol. Assoc.* XL (1909), 121-150.

E. GAAR, «Persius und Lucilius», *Wien. Stud.* XXXII (1910), 144.

V. GÉRARD, «Le latin vulgaire et le langage familier dans les Satires de Perse», *Mus. Belge* I (1897), 81-103.

H. JATTKOWSKI, *De sermone in A. Persii Flacci et D. Iuvenalis Satiris figurato,* Progr., Allenstein, 1886.

C. MARTHA, «Un poète Stoïcien. Les Satires de Perse». *Rev. des deux Mondes* XLVII (1863), 291-325.

W. MENDELL, «Satire as popular Philosophy», *Class. Philology* XV (1920), 138-157.

V. PAPA, *Lo stoicismo di Persio,* Turin, 1882.

E. PARATORE, «De Persio Horatii interprete», *Latinitas* XVII (1969), 245-250.

A. PARISI, *Il linguaggio figurato in A. Persio Flacco,* Chevasco, Raselli, 1913.

J. ROGER, «L'imitation d'Horace dans les Satires de Perse», *Mém. de diplôme d'ét. sup. Fac. des Lettres,* París, 1940.

M. SCHÖNBACH, *De Persii in Satiris sermone et arte,* Leipzig, 1910.

G. STEPHAN, *Die dichterische Individualität des Persius,* Schönberg, 1882.

C. THIEL, *Horatius, Persius, Iuvenalis satirarum scriptores,* Progr., Schwedt, 1871.

TH. WERTHER, *De Persio Horatii imitatore,* Halle, 1883.

SÁTIRA I

Esta sátira inicial de las de Persio es una ruda diatriba contra los pésimos gustos literarios de su tiempo. Ataca la poesía helenizante de los aficionados y de los modernos, y justifica su derecho a dedicarse a este género. Nuestro poeta declara a un interlocutor anónimo que no se preocupa por el corrompido juicio literario de los romanos, atentos únicamente a la pompa vana de los recitales. Es consciente de que será poco leído, y de que le pospondrán a cualquier poetastro. Éste es el tono general del preámbulo, iniciado con una exclamación y una máxima que delatan inequívocamente el carácter moral del género. El poeta bosqueja un apunte breve, pero lleno de vida, de los recitales públicos, en los que se da a conocer una poesía o una prosa vana y grandilocuente, exhibidas con frecuencia en sobremesas ante comensales algo ebrios y en todo caso ignorantes. No es que Persio sea insensible a la gloria, pero no quiere en modo alguno imitar a los ricos que se buscan el aplauso por medio de regalos, y que hacen caso omiso de las burlas que, son conscientes de ello, se les hacen a sus espaldas. Lo que aquí nuestro poeta subraya con fuerza es que técnica y artificio carentes de inspiración no conducen a nada, son incapaces de suscitar emociones auténticas.

El poeta, pues, se pregunta por los gustos del público, y cuando su interlocutor le constata que fundamentalmente es una poesía construida, él añade que huera, y completa la visión con una acerba crítica de la manía arcaizante. Y ante la insistencia

del interlocutor sobre la belleza, a fin de cuentas, de la poesía que él alaba, contraponiéndola incluso a algún verso menos perfecto de Virgilio, Persio llega al fondo de la cuestión, emergiendo otra vez la idealización del género satírico, subrayando la libertad con que escribieron sus eximios representantes Lucilio y Horacio. Para ello alude a los derechos de la virilidad romana.

Porque la situación en Roma tal como Persio la ve es especialmente dura. En Ovidio (*Metamorfosis* XI 180 ss.) leemos que el barbero del rey Midas descubrió que su amo tenía orejas de burro. Y cuchicheó el secreto en una cueva, bajo tierra. El secreto de Persio es que en Roma todo el mundo tiene orejas de burro, pero nuestro satírico, lejos de enterrar su secreto, lo proclama confiándolo a su libro. El paralelismo de Midas con el vulgo romano impone, pero los romanos salen peor parados. Pues Midas recibió sus orejas como castigo de su incompetencia como crítico de arte: en efecto, juzgó que Pan era superior a Apolo. No de otra guisa es el pésimo gusto literario de los romanos, pero su raíz es peor, pues la degeneración en el gusto literario procede de la degeneración moral. Éste es el meollo de toda la sátira de Persio, y en este sentido pretende ser correctivc de aquella sociedad.

SÁTIRA I

«¡Oh cuidados de los hombres! ¡Cuánta es la inanidad de las cosas!»[1] «¿Quién leerá esto?» «¿Me lo preguntas a mí? Nadie, ¡por Hércules!» «¿Nadie?» «Quizás un par de personas, quizás ni una tan siquiera». «¡Qué vergüenza y qué miseria!» «¿Por qué? ¿Temes que *Polidamante* y que *Las Troyanas*[2] me pospongan a Labeón[3]? ¡Tonterías! No porque la turbia Roma juzgue que una obra es de tres al cuarto tú vas a estar de acuerdo y enderezarás el fiel 5 descentrado de tal balanza, o te buscarás fuera de ti. Va-

---

[1] Esta exclamación es tanto de fondo ciceroniano (*De oratore* III 2, 7) o lucreciano (II 14) como evoca la misma Biblia, su libro *Cohelet* o *Eclesiastés* I 1: *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.* El segundo verso está tomado, con seguridad, literalmente de Lucilio, y probablemente también el primero, éste con algún retoque.

[2] No se puede excluir aquí una alusión a las dos tragedias de Eurípides que llevan estos nombres, sin embargo, la alusión cierta es al pasaje de la *Ilíada* XXII 100 ss., donde Héctor declara preferir la muerte a los reproches de Polidamante. Cuando Persio cita a las troyanas quiere resaltar el afeminamiento de los romanos, descendientes de Eneas, pero no hay que olvidar que según una tradición épica (contenida en la *Pequeña Ilíada),* fueron las mujeres troyanas la causa del injusto juicio que asignó a Ulises, frente a Ayante, las armas de Aquiles.

[3] Accio Labeón, un pésimo traductor de Homero.

mos a ver, en Roma, ¿quién hay que no...[4]? ¡Ah, si se pudiera hablar! Pero sí, se puede. Entonces, cuando he observado nuestros cabellos blancos y nuestra triste vida, todo lo que hacemos luego de haber dejado atrás los jue-
10 gos con las nueces[5], cuando adoptamos la severidad de nuestros tíos[6], entonces, entonces... perdonadme». «No quiero». «Pero, ¿qué puedo hacer? Tengo hiel agresiva y suelto la carcajada».

Nos encerramos en nuestro estudio y nos ponemos a escribir, éste en prosa, aquél en verso, pero piezas sublimes que un pulmón pródigo de aliento emitirá jadeante[7]. Y es algo evidente que cuando tú, bien peinado, con la
15 toga recién almidonada y luciendo, en fin, la sardónica de tu cumpleaños, blanco de pies a cabeza, y sentado en una cátedra elevada, leas en público tus composiciones, no sin antes haberte aclarado la garganta con gargarismos fluidos, te engreirás roto, con los ojos en blanco. Pero entonces verás cómo los Titos colosales[8] se estremecen de
20 manera indecente, con la voz alterada mientras la poesía se les escurre dentro por los lomos y su trémolo les llega a tocar el mismísimo carajo.

¿Es que tú, viejo chocho, les das pastos a los oídos ajenos, a aquellos oídos a los que tú mismo, con la piel

---

[4] Lo que aquí se sobreentiende se dirá mucho más abajo: «tenga orejas de burro» (v. 121).

[5] En Roma los niños solían jugar con nueces.

[6] Una traducción más ceñida sería: «nos las damos de tíos severos», pero si se traduce así surge en castellano un equívoco molesto.

[7] Aquí comienza exactamente la sátira contra los pomposos y fatuos autores de poemas declamatorios.

[8] Los nobles romanos: la frase es solemnemente declamatoria para ridiculizar un linaje de héroes degenerado. *Titus* era uno de los *praenomina* más antiguos.

tensa, a punto de estallar, dirías: «¡basta!»? «¿Para qué haber aprendido, para qué esta levadura si tal cabrahígo cuando ha echado raíces en nuestra entraña no nace y nos revienta el hígado[9]?» «De ahí la palidez y la decrepitud. 25 ¡Vaya costumbres! ¿Hasta tal punto no valen nada tus saberes si los demás no saben que sabes?» «Bueno, pero te llena que te señalen con el dedo y que digan: «es él»: ¡Y ahí es nada haber sido el tema propuesto para un dictado a cien mozalbetes rizados[10]!» «Hete aquí que, entre copa y copa, a los quirites bien hartos les apetece 30 saber lo que explican los divinos poemas, y entonces cualquiera que se arrope las espaldas con un manto de color de jacinto empieza a balbucir de una manera pedantesca, con voz gangosa, algo de Filis o de Hipsípila[11], o lo que haya de quejumbroso en los poetas; con su paladar tierno les pone la zancadilla[12] a las palabras. Los hombres he- 35 chos y derechos manifestaron su acuerdo: ¿no son ahora felices las cenizas ilustres del poeta? ¿No pesa menos la losa encima de sus huesos[13]? Los invitados aplauden; tú dime: ¿es que de estos manes[14] gloriosos y de estos despojos afortunados no van a nacer violetas?» «Me tomas

[9] La pasión de escribir raja el hígado, sede de los afectos, tal como las raíces del cabrahígo hienden la roca en que está plantado.

[10] Bien peinados y con el cabello intacto. Los adolescentes romanos no se cortaban el pelo. El detalle indica que están en plena edad escolar. Los quirites, a continuación, son genéricamente los ciudadanos romanos.

[11] Protagonistas de poemas que eran abandonadas por sus amantes; de ahí que se prestaran a versos lastimeros y ramplones.

[12] Porque recita muy mal.

[13] Alusión a la costumbre romana de poner sobre las losas funerarias las iniciales S.T.T.L. *(sit tibi terra levis)*, como si el peso de la losa o de la tierra oprimiera los restos del difunto.

[14] Los espíritus de los antepasados.

el pelo» —exclama— «y te entregas con exceso al placer
40 de fruncir las narices». «¿Habrá alguien que se niegue a merecer el reconocimiento del pueblo, a legarnos, en un estilo digno del aceite de cedro[15], unos poemas que no temen ni a la caballa ni al incienso[16]?».

¡Oh tú, quienquiera que seas, a quien ahora mismo he movido a hablar contra mí! Sí, cuando escribo me sale, por puro azar, algo un poco aceptable. Pero, ¿cuándo
45 ocurre? Es una rara ave; con todo, si me ha salido algo aceptable no me darán miedo las alabanzas, puesto que no soy de piedra[17]. Lo que sí niego es que tu «¡Bravo!», tu «¡Estupendo!» constituyan el término y el colmo de la perfección. Vamos, escudriña algo este «¡Bravo!». ¿De qué carece en su interior? ¿No hay en él la *Ilíada* de Accio
50 borracha de adelfa[18]? ¿No hay los poemillas que han dictado los próceres antes de hacer la digestión? ¿Y todo lo que, en fin, se escribe tumbado en lecho de cidrera[19]? Sabes servir caliente la tetilla de cerda, sabes obsequiar con un manto raído a un muerto de frío que es miembro de tu cortejo, y a continuación le espetas: «Quiero la ver-
55 dad, decidme la verdad acerca de mí». ¿Cómo es posible? ¿Quieres que te la diga? Bromeas, pelón, cuando tu barri-

---

15 El aceite de cedro se usaba como preservativo contra la polilla.

16 Expresión proverbial: se usaban envoltorios hechos de membranas que ya no sirvieran para nada.

17 El sentido es el dado, pero el texto latino exactamente dice: «no tengo fibras de cuerno».

18 La adelfa o eléboro se tomaba como pócima para estimular la inspiración poética, pero también era remedio contra la locura. De modo que para Persio la *Ilíada* de Accio era obra de un loco presuntuoso.

19 Divanes dispuestos para que se pudiera escribir cómodamente echado. Eran piezas de lujo.

guilla de puerco[20] forma una prominencia, un colgajo que mide más de un pie. ¡Oh Jano, a quien nunca una cigüeña picoteó por la espalda[21] ni golpeó una mano hábil en remedar las blancas orejas de un asno ni la lengua tan larga como la de una perra sedienta de Apulia! Vosotros, 60 los de sangre patricia, que tenéis derecho a vivir con un cogote sin ojos, volveos de pronto a la mueca que os hacen por detrás.

¿Y qué dice el público de todo ello? ¿Pues qué va a decir? Que hoy por fin los poemas fluyen con un ritmo fácil, de manera que sus junturas permiten el paso por una superficie lisa[22] a las uñas más exigentes: «sabe alinear bien el verso, no de otro modo que si dirigiera con 65 un solo ojo el cordel rojo[23]. Si hay que hablar contra las costumbres, contra el lujo, contra los banquetes que se echan los reyes, la musa regala con ideas grandiosas a nuestros poetas». Hete aquí que no hace mucho que enseñamos a expresar sentimientos heroicos a los que hasta ahora solían decir fruslerías en griego[24], incapaces de poner un bosque sagrado o de celebrar una heredad produc- 70

[20] Era opinión común que los obesos son cortos de alcances. No es imposible aquí un alfilerazo contra Nerón, cuya obesidad era harto conocida.

[21] Porque es un dios bifronte; por consiguiente no se le puede hacer burla por la espalda. El poeta describe tres gestos chocarreros de mofa. El primero consistía probablemente en levantar el brazo y agitar la mano con los dedos estirados y juntos, imitando la curva del cuello de la cigüeña y el movimiento de su pico.

[22] Se comprobaba con las uñas si dos tablas de madera o dos piezas de mármol se ensamblaban tan perfectamente que no se pudiera ni tan siquiera introducir una uña en medio.

[23] Era la plomada, de la que pendía un cordel teñido de bermellón, que dejaba huella.

[24] Se refiere a jóvenes y adolescentes en edad escolar.

tiva, en la que se contemplan cestos, la lumbre de un hogar, los cerdos y el heno humeante de las Palilias[25]. De ahí procedieron Remo y tú, Quincio, que desgastabas tu arado en el surco cuando te nombraron dictador, y tu mujer te vistió temblorosa, delante de los bueyes, y fue
75 un lictor quien devolvió el arado a tu casa. «¡Bravo, poeta[26]! ¿Es que hoy hay alguien que se entretenga con la obra, demasiado venosa, del báquico Accio[27], con Pacuvio[28] y su *Antíope* llena de verrugas, que apuntala con congojas su corazón enlutado?» Desde que ves que unos padres de ojos legañosos imbuyen estos preceptos a sus hijos, ¿te preguntas de dónde ha venido a las lenguas este estilo de sartén[29], de dónde procede esta ignominia que
80 hace exultar a lo largo de los bancos al petimetre calvo? ¿No es una vergüenza que no puedas defenderte de una cabeza cana sin que desees oír aquella tibia exclamación:

---

25 Era la fiesta que los pastores celebraban en honor de Pales el día veintiuno de abril. En Roma se unían a estas fiestas dos conmemoraciones: la fundación de la ciudad por Rómulo y Remo precisamente en estas fiestas, y la elección de Quincio Cincinato, que estaba arando sus tierras cuando le llegó la noticia de que había sido nombrado dictador.

26 El adversario de Persio cuando oye que éste ataca a los poetas contemporáneos, superficiales y artificiosos, ataca a su vez a los arcaicos.

27 Accio, famoso trágico latino (que no cabe confundir con el poeta citado en la nota 18) de la época republicana, llamado aquí báquico sólo porque la tragedia griega procedía del culto báquico o dionisíaco.

28 Pacuvio, otro poeta trágico aún de edad anterior. Había nacido en Bríndisi. Ambos se caracterizaban por la rudeza del estilo de su lenguaje. La obra más famosa de Pacuvio fue la *Antíopa*, en la que se evocaba el caso de esta heroína, madre de Zeto y de Anfión, perseguida por Dirce.

29 Seguramente quiere decir: estrepitoso y vacío.

«¡Bien dicho!»? «Eres un ladrón», le sueltan a Pedio[30]. Y bien, Pedio, ¿qué es lo que hace? Equilibra los puntos de la acusación con antítesis bien limadas, pues se le alaba 85 haber introducido figuras doctas: «¡Qué hermoso es esto!» ¿Esto es hermoso? ¿Acaso te contoneas, Rómulo? ¿Crees que me excitará? Pongamos que el náufrago cante[31]: ¿es que le voy a alargar un as? ¿Canturreas cuando llevas colgada del hombro la imagen de ti en una nave rota? El que quiera que me agache sobre sus lamentos debe de llorar con lágrimas sinceras y no amañadas la noche anterior. 90

«Pero los versos mal digeridos han ganado en belleza y en armonía. Yo he aprendido a acabar un verso así[32]: *Atis de Berecinto,* y *el delfín que surcaba el azul de Nereo;* otro por el estilo: *le hemos arrancado una costilla al largo Apenino. Las armas y el hombre,* ¿no es un princi- 95 pio espumoso, de corteza gruesa, como una rama añosa ahogada por una costra excesiva de corcho?» «¿Pues qué hay lo bastante tierno y que se deba leer con el cuello torcido lánguidamente? Esto[33]: *han llenado las trompas*

---

[30] Pedio Blaso, político de la época de Nerón, que fue condenado a cárcel por concusión. Quizás cultivara la poesía como simple aficionado. En tal caso la acusación de robo vendría doblada por la de plagio.

[31] Era algo frecuente que los que se habían arruinado en un naufragio pidieran limosna exhibiendo un cuadro que representaba precisamente el hundimiento de su nave.

[32] Persio, por boca de su adversario, cita tres ejemplos de la métrica contemporánea, de rara elegancia y de sonoridad afectada, propia de la poesía entonces en boga, y que recuerda a los poetas alejandrinos. Cita también, desdeñosamente, las dos primeras palabras de la *Eneida* de Virgilio.

[33] El adversario responde a la pregunta del poeta con cuatro versos que propone como modélicos, seguramente extraídos de algún poema en boga, que aluden a una orgía báquica. Su sentido más exacto no se puede precisar.

100 *feroces con los alaridos de las bacantes, y la Basárida, que se llevará la testa arrancada al soberbio ternero, y la ménade, que dirigirá al lince con guirnaldas de yedra, aclaman: ¡evohé!; el eco sonoro les responde.* ¿Pasaría esto si dentro tuviéramos viva la vena más pequeña del testículo de nuestro padre? Esto es lo que sobrenada, deslomado, en la saliva a flor de labio: la ménade y Atis suenan en 105 el vacío, esto no martillea la cabecera del lecho ni sabe a uñas roídas[34].

«¿Pero qué necesidad hay de roer con el mordisco de la verdad los oídos delicados? Míralo, si te place; a lo mejor se te enfrían los umbrales de los palacios: allí aúlla, 110 nasal, la letra canina[35]». Por mí desde ahora todo es blanco; da lo mismo. ¡Todos bien! ¡Todos muy bien! Seréis maravillosos. ¿Os gusta? «Prohíbo» —exclamas— «que aquí hagáis porquerías». Tú pinta dos serpientes[36]. «Chicos, el lugar es sagrado; ¡a mear a otra parte!» Yo me voy. Y, con todo, Lucilio desolló la ciudad, y se ensañó contigo, Lupo, y contigo, Mucio; contra aquéllos se partió 115 la muela del juicio. Horacio pone maliciosamente el dedo en la llaga a su amigo[37], que se monda de risa, cuando él ha logrado entrar hasta el dintel de su corazón, pues Horacio es diestro en ganarse el público sacudiéndole la

---

[34] Es decir, no se trata de un poema trabajado y acabado, obra de un artista consciente.

[35] Versos en los que abunda la consonante r, inicial de la palabra latina *rabies*.

[36] Se pintaban ritualmente dos serpientes en los lugares que se quería preservar de males, principalmente en estelas funerarias. Bruscamente el poeta compara a los grandes personajes con los monumentos protegidos así.

[37] Principalmente en sus *Sátiras* y *Epístolas*.

nariz[38]. ¿Sólo yo cometeré sacrilegio si susurro una palabra? ¿Incluso en lo secreto, si le hablo a un agujero dondequiera que sea? Sin embargo, aquí voy a enterrar algo, lo he visto con mis propios ojos, librillo mío... ¿quién no 120 tiene orejas de burro[39]? Este misterio de mi pensamiento, esta risa mía, esta nadería, no te la vendo por una *Ilíada*. Tú, quienquiera que seas, que has escuchado el bufido del audaz Cratino y has empalidecido ante la ira de Éupolis y ante la del viejo prestigioso[40], no pierdas tampoco de vista lo que sigue: a lo mejor percibirás algo bien cocinado. Que el lector se limpie en ellos las orejas antes de 125 quemarse contra mí, que no sea uno de estos paletos que se aprestan a armar jarana acerca de las sandalias de los griegos[41], capaz de llamar «tuerto» a un tuerto, que no sea uno que se cree ser alguien porque, engallado en una magistratura italiana, ha mandado romper, en su calidad de edil[42], alguna medida de líquidos falseada, eso en 130 Arezzo. Que no sea tampoco un pillo que sabe reírse de

38 Hoy decimos mejor: dejarle a uno con un palmo de narices.

39 Persio grita su secreto a un agujero, como antaño lo hiciera un siervo del rey Midas para revelar que su señor tenía orejas de asno. Es muy conocido el hecho de que aquí Persio había escrito inicialmente *auriculas asini Mida rex habet*, en una alusión directísima a Nerón, pero al editarlo su maestro Cornuto lo modificó cautamente y le dio el giro actual.

40 Aristófanes, el principal comediógrafo griego. Persio recomienda vivamente la lectura de estos tres autores.

41 El poeta quiere decir: despreciar a los griegos sin saber nada de ellos.

42 Los ediles municipales eran empleados de poca monta, a los que competía el examen, y en su caso la destrucción, de las medidas de líquidos y de áridos que no tuvieran la capacidad legal en su uso destinado al comercio.

las cifras del ábaco y de los conos trazados en el polvo [43], presto a pasárselo bomba si una mujer descarada le tira, al atardecer, de la barba a un cínico. Para estos tales por la mañana el edicto, y en la sobremesa, Calírroe: éste es mi regalo [44].

---

[43] La sátira concluye con un puyazo contra los que desprecian el saber.

[44] La sátira acaba con una frase de interpretación incierta. Parece que Persio recomienda al paleto de que antes habló que se pase la mañana en el Foro, donde se trataba de política y se cerraban negocios, pero donde había también una charlatanería vacua, y que por la tarde asistiera a la representación de una comedia o acudiera a algún recital.

SÁTIRA II

Por la forma esta sátira responde exactamente al tipo horaciano de las epístolas; el tema es profundamente religioso: lo que precisamente los hombres no deben hacer en su relación con los dioses, pedirles algo deshonesto, pedirles algo insensato o pedirles algo incoherente con el género de vida que lleva el solicitante. La primera sería una plegaria impía, la segunda una plegaria vana y la tercera una plegaria contradictoria. Si lo miramos más atentamente, Persio acusa a los hombres de atribuir a los dioses su propia mezquindad y de imaginarles sensibles al lujo y al derroche, cuando ellos lo único que aprecian es la honestidad y la pureza de alma. Se ha notado que en esta sátira recurren bastantes motivos existentes en el diálogo pseudoplatónico *Alcibíades Segundo.* Esta segunda sátira es uno de los monumentos más sólidos de la sabiduría romana, y aunque carece de la amplitud y de la variedad de la décima de Juvenal, la supera en nobleza de espíritu. Gozó de gran estima entre los Padres de la Iglesia Latina, y fue asiduamente leída en las escuelas monacales del medievo europeo.

La viveza de su escritura procede, en parte, del uso diversificado de afirmación, interrogación y plegaria, y también de los niveles distintos de dicción, que producen una cierta estratificación de tonos; pero esto último se nota de manera incomparablemente más clara en la lectura del original latino.

SÁTIRA II

Señala, oh Macrino[1], con la piedra más propicia[2] este día que, siempre blanco, añadirá un año a los que se te escurren: viértele vino a tu genio[3]. No pidas con ruego interesado[4] lo que no sabrías confiar a los dioses sin hacer un aparte con ellos[5].

En cambio, una buena parte de los grandes señores hará su ofrenda con incensario sigiloso[6]; no está al alcance de todos desalojar de los templos el murmullo y los bisbiseos a ras de suelo y vivir según unos ruegos declarados. «Buen juicio, reputación, lealtad», esto con voz clara 5

---

[1] Al amigo Plocio Macrino, de quien el escoliasta o comentarista antiguo alababa la cultura, sólo le está dedicada esta breve introducción. El resto de la sátira está dirigido a la generalidad de los lectores.

[2] Era más frecuente decir «con piedra blanca». El uso aludido, que se convirtió en proverbial entre los antiguos, era marcar en el calendario los días felices con una piedrecita blanca y los infelices con una negra.

[3] En el día de cumpleaños se ofrecía vino, perfumes y flores, pero no víctimas, al genio tutelar, la divinidad que presidía el nacimiento y acompañaba la vida de cada hombre.

[4] Es decir, no intentes sobornar.

[5] Algunos fieles ofrecían una propina a los celadores de los templos para que les permitieran llegarse hasta la imagen del dios y susurrarle al oído sus demandas.

[6] Ofrecerán sacrificios en secreto.

y de modo que el invitado lo perciba. Pero hete aquí lo que el corazón le rezuma en la entraña, por debajo de la
10 lengua: «A ver si mi tío paterno la palma; ya le haremos un entierro por todo lo alto». También: «¡Ojalá crepitara debajo de mi azadón una marmita atiborrada de plata, por un favor de Hércules[7]! ¡Y quién pudiera cancelar de la lista de los herederos a este pupilo[8] que me va por delante, que padece roña y que está abotargado de bilis ácida[9]! Nerio, por su lado, ya sepultó a su tercera mu-
15 jer[10]». Para santificar tales preces de buena mañana sumerges dos o tres veces tu cabeza en los remolinos del Tíber, y el río purifica tu noche[11]. Ea, veamos, dime —lo que pretendo saber no es casi nada—, tú, ¿qué piensas de Júpiter? ¿No te parece que hay alguna razón para anteponerlo a... «¿A quién?» ¿A quién? ¡Hombre, a Estayo![12]
20 ¿Acaso titubeas? ¿Qué juez mejor y más indicado para los casos de niños huérfanos? Pues bien: esto mismo con

---

[7] A protección de Hércules se atribuían los favores inesperados de la fortuna.

[8] Este breve monólogo secreto debe ponerse en boca de algún tutor desleal.

[9] Se trata de un adolescente que debía de padecer roña e ictericia.

[10] Otro caso de uno que ha tenido buena suerte; se trata de un usurero notorio, envidiado aquí porque ha heredado los bienes de sus tres esposas difuntas.

[11] Abluciones rituales que menciona también Juvenal en su *Sátira* VI.

[12] Debe aludirse a Gayo Elio Estayo, juez corrompido e inmoral, contemporáneo de Cicerón, que en un juicio aceptó soborno de la parte demandada y de la demandante, y las engañó a ambas; poco tiempo antes se le había confiado el caso de un pupilo estafado por su tutor; aceptó una fuerte suma de dinero para tratar el caso, que acto seguido abandonó. Todo ello ocurría hacia el año 70 a. C.

que intentas ganarte la atención de Júpiter, díselo a Estayo, y él mismo exclamará: «¡Júpiter, buen Júpiter!»[13]. Y aun Júpiter mismo, ¿no se imprecaría él en persona? ¿O piensas que te ha perdonado porque cuando truena el azufre sagrado hiende de inmediato un roble, en vez de hacerlo a ti y a tu casa? Y si todavía no yaces inhumado en los bosques sagrados como en un lugar fulminado por un rayo[14], sitio vitando y execrable, como prescriben las fibras de las ovejas sacrificadas y manda Ergena[15], ¿piensas por ello que Júpiter te ofrecerá estúpidamente su barba para que se la meses? ¿Con qué clase de moneda has podido comprar los oídos de los dioses? ¿Acaso con un pulmón y unos intestinos grasientos[16]?

25

30

Mira[17] cómo una abuela o una tía materna llena de supersticiones levanta de su cuna a un niño y con el dedo infame y saliva lustral[18] empieza por purificarle la frente y los húmedos labios, pues es experta en conjuros contra

---

[13] Es decir, la cosa es tan grave que el mismo Estayo se escandalizaría.

[14] El lugar en que caía un rayo era considerado maldito, y no se podía pisar, para lo cual se vallaba convenientemente. Si encima el rayo había ocasionado la muerte de alguien, los arúspices examinaban las vísceras de una oveja sacrificada y decidían si el muerto debía ser enterrado allí mismo, en cuyo caso la prohibición de pisar el lugar era doble.

[15] Ergenna es un nombre etrusco probablemente para significar genéricamente a los arúspices.

[16] Eran las partes más apreciadas de las víctimas. La pregunta es irónica: ¿habrías podido comprar a mejor precio?

[17] Cambio de escena: pasamos de las plegarias impías a las sencillamente insensatas.

[18] El *digitus infamis* era el dedo en medio de ambas manos; agitarlo extendido daba a entender prácticas sodomíticas. De todos modos en lenguaje corriente y algo vulgar significaba simplemente el dedo mencionado. Aplicar saliva era una práctica apotropaica que rechazaba daños morales y materiales.

el aojamiento[19]. Luego sacude al lactante con sus manos, 35 y su voto ferviente osa empujar la frágil esperanza hacia los latifundios de Licino y los grandes palacios de Craso: «Que el rey y la reina le deseen como yerno, que las jóvenes se lo arrebaten, que allí donde haya pisado nazcan rosas». Pero yo estos votos, no se los confío a una nodriza. ¡Niégaselos, Júpiter, aunque te los haga vestida de 40 blanco!»[21].

Pides energía para tus nervios y un cuerpo que no venga a menos con la vejez. De acuerdo: pero aquellos platos opíparos y aquellas pingües salchichas se aprestan siempre a impedir a los dioses escucharte y paralizan la buena voluntad de Júpiter[22].

Sacrificas un buey y pides lograr amasar una fortuna; con entrañas de víctimas invocas a Mercurio[23]: «Hazme 45 la gracia de hacer prosperar mi casa, concédeme ganado y rebaños fecundos». ¿Y cómo lo harías, malvado, si haces fundirse en el fuego del altar las tripas de tantas terneras[24]? Él, a pesar de todo, se obstina en superar la circunstancia a fuerza de inmolación de bestias, de ofrecer

---

19 Es la conocida superstición según la cual ciertos males se pueden pegar o transmitir mirándole a uno fijamente.

20 Las riquezas de Licino, liberto de Augusto, y las de Marco Licinio eran proverbiales.

21 Cuando la plegaria revestía solemnidad especial requería ser efectuada llevando vestidos blancos.

22 Es decir, ya los antiguos eran conscientes de que la sobriedad en el comer y en el beber fomenta la buena salud. Los dioses no podrán hacer nada si atentamos contra ella.

23 En contraposición a Hércules (cf. nota 7), Mercurio era el dios del lucro comercial, y también el protector del ganado.

24 No está muy claro lo que Persio quiere decir, seguramente que el solicitante es una mala persona y que los dioses no atienden a sus ruegos.

tortas rellenas[25]: «Ya se incrementan mis tierras, ya prosperan mis hatos, lo conseguiré, sí, sí...» hasta que, con desilusión y desesperada, una moneda suspira en vano en el fondo de la bolsa. 50

Si yo te llevase el don de cráteras de plata o de otros objetos recamados ricamente de oro, sudarías y en el lado derecho de tu pecho tu corazón, trepidante de contento, destilaría gotas[26]. De ahí te ha venido la obsesión de aplicar una mano del oro de las ovaciones[27] a la faz de los dioses: «Entre los hermanos de bronce[28] deben ocupar el primer lugar aquellos que nos mandan unos sueños libres de constipados[29]: tales dioses tendrán las barbas de oro[30]». El oro quitó ya de en medio los vasos de tierra de Numa y los bronces saturnios[31], y sustituye a las urnas de las vestales y las arcillas etruscas[32]. ¡Oh almas agachadas hasta el suelo y vacías de pensamientos celestia- 55 60

[25] Las tortas rellenas eran ofrendas típicas a los dioses.

[26] Se habla no sin razón de la oscuridad de Persio. Aquí el satírico establece una comparación muy implícita: ¿por el hecho de que tú te alegres si te regalan oro, crees que los dioses van a alegrarse de lo que les ofrezcas tú?

[27] Se trata del oro tomado al enemigo, y que el general exhibe en el desfile triunfal de regreso a Roma. Este desfile se efectuaba entre las ovaciones del gentío espectador, de ahí la denominación.

[28] Entre los dioses en general, entre sus imágenes fundidas en bronce.

[29] Los sueños verídicos, los más claros, no perturbados por los humores corpóreos.

[30] Era práctica frecuente sobredorar la barba y la cabeza de las imágenes de los dioses.

[31] Vasos de arcilla y arneses de bronce, evocados como símbolo de los tiempos más antiguos del Lacio.

[32] Terracotas etruscas y urnas de tierra de que antaño se servían las vestales en los actos de culto.

les, ¿de qué aprovecha introducir en los templos nuestros usos y reputar como gratos a los dioses los antojos de nuestra pulpa criminal? Es ella la que nos ha empujado, por su gusto, a estropear el aceite disolviéndole la esencia, y a teñir en caliente la lana de Calabria con la púrpura
65 corruptora; es ella lá que nos ha impulsado a rascar la perla de su concha, y a sacar de simple polvo venas de metal incandescente [33]. Peca también ella, peca ciertamente, pero por lo menos extrae algún provecho de su perversidad. Decidme, pontífices: ¿para qué sirve el oro en los templos? Para lo mismo, ¿qué duda cabe?, en que aprovechan a Venus las muñecas que le regalan las jovencitas.
70 Decidámonos a ofrecer a los celestes lo que ni tan siquiera la legañosa progenie del gran Mesala [34] les podría ofrecer en su enorme bandeja: la armonía de las leyes divinas y las humanas en el alma, una íntima pureza de pensamiento y un corazón transido de magnánima honestidad. Séame concedido llevar esto al templo, y rogaré a los dioses con
75 un puñado de harina [35].

---

[33] La primera alusión es a los perfumes, siempre densos y como oleaginosos; la tercera es al proceso de obtención del oro por fusión de la ganga que lo contiene.

[34] Se trata de Lucio Aurelio Cota Mesalino, hijo del célebre orador y general Valerio Mesala Corvino; si el padre fue modelo de virtudes, el hijo lo fue de los peores vicios.

[35] Este lacónico final de la sátira, denso pero contenido, viene subrayado por la humildad de la ofrenda.

SÁTIRA III

La sátira se dirige contra los que tras haber empezado, descuidan el estudio de la filosofía, y ceden al atractivo del ocio y de la pereza, ello sin menoscabo de la presunción e indolencia que evidencian los jóvenes que así se comportan. De modo que a una sátira literaria y a otra religiosa les sigue una tercera moral.

La pieza comienza con una animada escena en la que un amigo, o quizás un pedagogo, reprocha a un joven que se pase prácticamente toda la mañana durmiendo; no se puede malograr esta edad en que se da más fácilmente la formación del hombre según los dictámenes de la filosofía. Es más culpable el que tiene conciencia de su pecado que el vicioso ya insensible debajo de la costra de una culpa inveterada. Resulta necio escudarse en una pretendida ascendencia aristocrática cuando en realidad se vive en la corrupción, y se ahoga la voz de la moral.

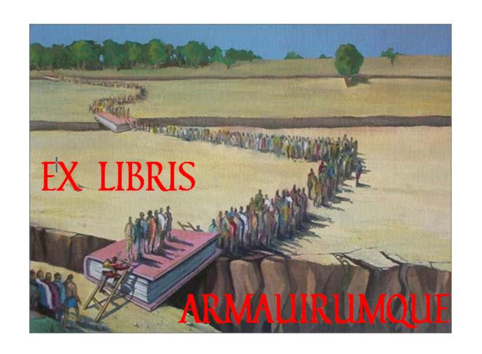
El poeta describe graciosamente los ardides de que se valía, en su niñez, para rehuir el estudio, pero su joven interlocutor carece de disculpa, tanto más cuanto que ya tuvo algún trato con la filosofía estoica. Luego la sátira generaliza más su alcance: de la misma manera que hay que atajar el mal en su raíz con los remedios oportunos, así hay que asimilar en su pureza los principios de la filosofía, y desechar la envidia. Debemos vivir según una regla de conducta ética, lo cual accesoriamente nos pondrá al abrigo del materialismo y la ignorancia, simbolizados aquí por un centurión corto de entendederas. También el enfermo que desoye los consejos del médico acaba mal.

Hasta cierto punto la sátira tiene una grandeza que trasciende con mucho su dedicatoria directa a un estudiante holgazán:

¡Sumo padre de los dioses! Te ruego que castigues de este modo a los crueles tiranos cuando la impía pasión infectada de veneno hirviente los revuelve: que vean la virtud y que se pudran por haberla abandonado.

Dejando aparte las respuestas que se les dan, el poeta se plantea los problemas más centrales de cualquier filosofía: el origen del ser, e implícitamente el sentido de la existencia. Por encima de su materialidad, este tema cohesiona la sátira íntegramente. Y hay una interacción entre lo físico y lo moral: la palidez, la hinchazón, la fiebre y el temblor se relacionan con los defectos morales como la glotonería, la cólera, la lujuria. También el temor ofrece síntomas corporales.

Esta sátira incluso en el aspecto formal, es de una rara modernidad por su disposición artística, musical y polícroma, que hace que la leamos con verdadero encanto.



SÁTIRA III

«¿Conque siempre a lo mismo[1]? La mañana luminosa nos entra ya por las ventanas y con su luz ensancha las angostas rendijas, pero nosotros continuamos roncando lo suficiente para evaporar el indómito Falerno[2], mientras la sombra toca la línea de la meridiana ya por quinta vez[3]. ¡Ea! ¿Qué pretendes lograr? Hace ya rato que la insensata canícula quema las áridas mieses, y todo el re- 5 baño se encuentra al abrigo del ancho follaje del olmedo». Así dice un amigo. «¿De veras? ¿Es así? ¡Pronto, que acuda alguien! ¿No hay nadie? Mi bilis, tersa como el cristal, se hincha. Yo reviento...»[4] de modo que creerías que rebuzna a un tiempo toda la asnería de Arcadia[5].

---

[1] Un pedagogo, o quizás un compañero de estudios, reprende la pereza de un joven señor, a quien encuentra muy avanzada la mañana durmiendo la borrachera de la noche anterior.

[2] Era un excelente vino de Campania, de alta graduación.

[3] La quinta línea tocada por la sombra proyectada sobre el cuadrante de un reloj de sol por la varilla clavada perpendicularmente a él. La hora indicada eran las once, hora para los romanos del *prandium* o almuerzo.

[4] Estas palabras hay que ponerlas en boca del dormilón sorprendido.

[5] Los asnos de la Arcadia eran famosos en la antigüedad.

Están ya en la mano el libro, el pergamino a dos tin-
10 tas y perfectamente rasado[6], el papiro y la pluma nudosa. Pero entonces nos quejamos de que el líquido[7] es denso y de que nos cuelga del cálamo... si echamos agua el negro de sepia se desvanece. Y nos lamentamos de que la caña suelte de dos en dos las gotas diluidas. ¡Oh desventurado! ¡Más desgraciado cada día que pasa! ¿A tal
15 punto hemos llegado? ¿Por qué no, mejor, te pones a reclamar las papas bien desmenuzadas, como un tierno pichoncillo o un niño de casa rica[8]? ¿Por qué no coges un berrinche y te rebelas ante los arrullos de tu nana? «Yo no puedo escribir con esta pluma». Eso, ¿a quién se lo dices? ¿Por qué repites estas historietas? Eres tú a quien
20 toca jugar[9]. Te pierdes neciamente y caerás en el desprecio general. Una jarra mal cocida o que no tenga la arcilla totalmente seca suena cascada cuando recibe un golpe: revela su defecto en su sonido. Ahora que eres todavía barro húmedo y blando, ahora debes moldearte en el ligero torno, sin pérdidas de tiempo ni interrupciones. Además de las tierras que te legó tu padre tienes una aceptable cosecha de trigo, y no te falta un salero[10] bien pulido y sin
25 defectos (¿pues qué debes temer?) y la seguridad de una

[6] Por fin el joven se dispone a hacer algo, pero aún encuentra pretextos para no hacer nada. El pergamino tenía una cara rascada de pelos y pulida, para ejecutar en ella los trabajos; en la cara opuesta se había escrito el correspondiente borrador; esta cara se ofrecía tal cual.

[7] La tinta era negra, y se obtenía principalmente con escamas de sepia trituradas.

[8] Se echa en cara al holgazán al comportarse como un niño muy pequeño.

[9] Metáfora tomada del juego de los dados.

[10] El salero de mesa era considerado por los romanos como símbolo de las cosas indispensables para la vida, y se pasaba como herencia de padres a hijos.

cacerola que cuidará tu hogar. Y esto te basta. ¿O piensas que has de hincharte a más no poder los pulmones porque ocupas el lugar número mil en un árbol genealógico etrusco [11], o porque, vestido con la trábea y a caballo, puedes saludar al censor de tu distrito [12]? Deja al vulgo estos adornos. Yo te conozco bien por fuera y en tu fuero interno: ¿no te avergüenza vivir como este disoluto que es 30 Nata [13]? A él le embrutece el vicio, y en el corazón le ha crecido la grasa. Ya no es consciente de nada, no sabe lo que se pierde, y, hundido en lo más bajo, ya no hace bullir el agua de la superficie [14]. ¡Sumo padre de los dioses! Te ruego que castigues de este modo a los crueles tiranos cuando la impía pasión infectada de un veneno 35 hirviente excita su mente: que vean la virtud y que se pudran por haberla abandonado [15]. ¿Es que el bronce del ternero de Sicilia [16] gimió más doloridamente y, ante la espada [17] suspendida del artesonado de oro las nucas adornadas de púrpura no sintieron más temor que el infeliz

---

[11] Los etruscos tenían a gala la gran antigüedad de sus linajes.

[12] En la parada anual de los idus de julio, cuando el censor pasaba revista a los caballeros romanos de su distrito.

[13] Nombre de un romano disoluto, seguramente tomado genéricamente, aunque en rigor no se puede excluir que se trate de Pinario Nata, libertino citado por TÁCITO (*Anales* IV 34).

[14] Es decir, es incapaz de salirse del barro de la corrupción.

[15] Aquí hay que intuir el nexo; el poeta ha caracterizado al hombre caído en el vicio: si se diera cuenta verdaderamente de ello sentiría remordimientos, el más cruel de los suplicios, que es lo que desea Persio a los tiranos.

[16] El toro de bronce en el que Fálaris, tirano de Agrigento, hacía quemar vivos a sus enemigos. En realidad los que gemían eran los que quemaban dentro, de modo que aquí hay una hipálage.

[17] La conocida espada de Damocles, que el tirano Dionisio de Siracusa hacía pender sobre la cabeza de algún invitado, y que colgaba de un hilo muy tenue.

40 que ha de repetirse a sí mismo: «Vamos, sí, vamos al abismo», y palidece porque su mujer, que está a su lado[18], nada sabe?

De niño, recuerdo, me untaba con frecuencia los ojos con aceite[19] cuando no me apetecía dirigir a Catón mori-
45 bundo frases grandilocuentes[20], destinadas a recibir muchas alabanzas de un preceptor no en sus cabales, a ser oídas por mi padre sudoroso acompañado por sus amigos. Porque con razón mi mayor deseo era saber lo que se gana con un buen seis, y también cómo vacía el bolsillo una tirada desafortunada, la del uno, no errar la estrechez
50 del ánfora en su embocadura, y ser el más hábil en hacer girar el trompo de boj con la cuerda[21]. Pero tú ya tienes experiencia para captar lo que está mal hecho y de entender los preceptos del sabio Pórtico pintarrajeado con medos en calzones[22]; a tales sabios les atiende, insomne y con la cabeza rapada, una juventud que se alimenta sólo
55 de legumbres y de una polenta gruesa. La letra del filósofo de Samos, con sus palos divergentes[23], te ha mostrado

---

[18] Es por la noche cuando más roe el remordimiento.

[19] Es decir, fingía padecer de legañas, que se curaban con aceite.

[20] Es decir, hacer ejercicios de elocuencia, aquí recomendando o justificando el suicidio de Catón. Los padres asistían a los ejercicios de sus hijos, e invitaban a sus amigos.

[21] Persio cita aquí tres juegos de niños de su época: los dados, que entre los mayores eran un verdadero juego de azar, las nueces que se tiraban a un ánfora colocada a cierta distancia, y hacer girar la peonza.

[22] En la *Poiklle Stoa* o Pórtico Pintado, en Atenas, sede de la filosofía estoica, había pinturas murales del pintor Polignoto, que representaban las victorias de los griegos sobre los medos; éstos últimos llevaban unos calzones muy característicos.

[23] La alusión es a Pitágoras y a su interpretación simbólica de la forma de la letra griega ípsilon (Y), en la que el palo recto significaba la infancia y la adolescencia; luego en el camino de la vida venía una bifurcación; la vía de la derecha era empinada y significaba el bien.

el sendero que se encarama a tu derecha. A pesar de todo continúas roncando, y tu cabeza da bandazos: sus junturas se desarticulan y bostezas el vino de anoche con las mandíbulas por ambos lados desencajadas. ¿Apuntas con tu 60 arco hacia algún blanco, o bien persigues cuervos por todas partes tirándoles tiestos y fango al buen tuntún, confiado sólo en a dónde te lleven tus pies, y vives al día?

Es inútil —te das cuenta— pedir eléboro cuando la piel ya se hincha, negruzca[24]; atajad el mal de raíz y, ¿qué necesidad habrá de que prometáis el oro y el moro al médico Crátero[25]? Estudiad, infelices, y aprended las 65 causas de las cosas: qué somos, para qué vivimos, el lugar que se nos ha asignado, cuál debe ser nuestro punto de partida y cómo hay que girar para dar la vuelta ágilmente a la meta[26], cuál es la medida exacta del dinero, lo que podemos lícitamente desear, para qué puede servir una moneda recién salida de la ceca, lo que hay que dar a la patria y a los bienamados padres, qué nos exige ser la 70 divinidad y el sitio que nos ha fijado entre los hombres. Asimila todo esto y no tengas envidia de que muchas jarras, en compañía de pimientos y de jamones, homenaje de un cliente de los Abruzzos, se pudran en la despensa opulenta[27], pago por la defensa de unos umbros obesos[28];

---

[24] Tomar eléboro curaba de la locura (cf. nota 18 de la *Sátira* I), y también la hidropesía, en creencia de los antiguos.

[25] Médico muy célebre contemporáneo de Cicerón.

[26] Imagen tomada de las carreras del circo: al llegar a la meta *(spina)* los corredores debían doblarla por su parte exterior y correr hacia el punto de partida.

[27] La despensa de un abogado de provincias con éxito profesional se llenaba por los pagos de los clientes, que con frecuencia se hacían en especie.

[28] La obesidad de los umbros era proverbial.

no te concomerás porque la salazón aún no ha disminuido en el borde del barril.

75 En este punto algún centurión de la clase de los chivos[29] me dirá: «Con mi buen juicio me basta, y no aspiro a ser un Arcesilao o uno de los míseros Solones[30] que, cabizbajos y con la vista que les taladra el suelo van royendo dentro de sus vísceras *sus murmullos y su silencio*
80 rabioso, y alargando los labios sopesan las palabras, meditando los sueños de un viejo enfermo[31], eso es, que nada puede nacer de la nada, que nada puede regresar a la nada... ¿No es esto lo que te hace palidecer? ¿No es esto
85 lo que a algunos les quita el apetito?» Estos asuntos hacen reir a la gente, y la juventud nervuda frunce la nariz y suelta la vibrante carcajada.

«Examíname[32], no sé por qué me tiembla el pecho y de la garganta enferma me sale un aliento cansado; visítame, por favor». El que ha acabado de decir esto al médico y ha recibido la prescripción de guardar cama, si
90 después de tres noches nota que su pulso late rítmicamente, mandará a pedir a uno más rico que él vino dulce de Sorrento en un frasco de tamaño mediano, para bebérselo antes del baño. «Amigo, estás pálido»[33]. «No es nada».

---

[29] Es decir, maloliente. Persio era antimilitarista, y ridiculizaba en los soldados su materialismo y su incultura.

[30] Arcesilao de Pítane fue un filósofo académico del s. III a. C.; Solón es el legislador ateniense.

[31] El aludido es Epicuro, que murió tras una larga enfermedad. Los epicúreos se formulaban las cuestiones propuestas aquí y declaraban no tener respuesta para ellas.

[32] Aquí se inicia un diálogo entre un presunto enfermo y un médico. El enfermo se cree curado antes de tiempo; durante la convalecencia se tomaba vino de la mejor clase.

[33] Segunda intervención del mismo médico. Luego, sin solución de continuidad ya se describe el entierro.

«Vete con cuidado, sea lo que sea, poco a poco la piel se te vuelve macilenta». «La tuya lo es más todavía; no 95 me hagas de tutor. Hace ya tiempo que enterré al mío; ahora me quedas tú». «Haz lo que te dé la gana; ya me callo». Y he aquí que toma el baño hinchado de comida y con el vientre blancuzco, mientras su gaznate exhala lentamente hálitos pestilentes. Mas cuando bebe le entra un 100 temblor que le hace caer de las manos la copa caliente, se le ven rechinar los dientes y por los labios lacios le sale la comida llena de babas. Luego suena la trompeta, se encienden las candelas y, en fin, nuestro señorito, bien compuesto en el elevado lecho y empapado de ungüentos 105 aceitosos extiende sus pies rígidos hacia la puerta, y los que desde ayer son quirites [34] se cubren la cabeza y se llevan el cadáver.

«Tómame el pulso, desgraciado, aplícame la mano sobre el pecho: nada de fiebre; tócame las puntas de las manos o de los pies: no las tengo frías» [35]. Pero si tu ojo se clava en el dinero o la bella amante del vecino te sonríe insinuándose, ¿a ti el corazón te seguirá latiendo normalmente? Te han servido una verdura vulgar en un plato 110 frío y un pan de harina cernida con el cedazo de la plebe: veamos tus tragaderas. En tu boca delicada se esconderá una llaguita fétida, que no debe ser rascada por una acelga vulgar [36]. Sientes escalofríos cuando un pálido miedo

---

[34] Esclavos a los que el dueño, muerto el día anterior, concedió la libertad en su testamento.

[35] La sátira concluye con una variación del motivo anterior: ahora se ve la reacción del paciente, o de cualquier persona, ante una emoción fuerte e inesperada. Tener frías las puntas de las manos o de los pies era tenido por señal de muerte inmediata.

[36] El afectado finge tener una llaga en la boca.

115 eriza en tus miembros las puntas de tus pelos; otras veces, como si te hubieran rozado con una antorcha, te hierve la sangre y los ojos te chisporrotean iracundos. Y dices y haces cosas que el mismo Orestes [37] juraría que son propias de un loco.

---

[37] Orestes, enloquecido por las Furias o Erinias por haber dado muerte a su madre.

SÁTIRA IV

El tema de esta sátira es el antiguo refrán: «conócete a ti mismo». Persio pone en escena a Sócrates, que reprocha al joven Alcibíades que se dedique a la política sin tener para ello la madurez y el buen juicio debidos. Este principio de la sátira se inspira en el diálogo platónico *Alcibíades I*. Pero ello es sólo una motivación muy accidental: la *Sátira* IV de Persio es en toda su extensión una lección político-moral contra el vicio, común a todas las épocas, de lanzarse temerariamente a la vida pública y a las empresas más arriesgadas sin la debida preparación. Entrada la sátira, el poeta pasa a reprochar sucesivamente el vicio común de considerar siempre los defectos del prójimo (como la avaricia y la sodomía) y el de no descender al conocimiento profundo de nosotros mismos. No examinamos nuestra alma; el rigor crítico se ejerce únicamente en vista al mundo que nos rodea. De modo que a lo largo de la pieza la amonestación se generaliza, y la sátira se dirige claramente al conjunto de la juventud romana. La teoría se ejemplifica con dos anécdotas vivamente dialogadas: la de dos individuos que dejan de vuelta y media a un tal Vetidio, y la de un vecino que nos da maliciosamente con el codo para señalarnos las costumbres infames de un homosexual.

Aunque empieza con fuerza, hay que decir que esta sátira a lo largo de su composición languidece, y es una de las piezas más flojas de Persio. En efecto: la figura del demagogo Alcibíades tenía poca aplicación en la Roma imperial. La introducción

del afeminado viene poco motivada por el contenido, y el paralelismo entre el trasfondo político griego de la primera parte de la sátira y el trasfondo social romano de la segunda mitad no tienen nada que ver entre sí. Esta incoherencia resta vigor y sentido a la intencionalidad directa del autor.

SÁTIRA IV

«¿Te quieres dedicar a la política?» —imagina que te habla así el maestro barbudo a quien se llevó el terrible trago de cicuta— «¿en qué confías? Respóndeme, pupilo del gran Pericles[1]. Sin duda has adquirido muy pronto, antes de que te apunte la barba, ingenio y experiencia de las cosas, y sabes aquello de lo que se puede hablar y lo que se debe de callar. Por eso cuando a la morralla se le inflama la bilis y organiza un tumulto, tú estás en situación de imponer silencio con un amplio gesto de tu mano a la masa soliviantada. Bueno, ¿qué le dirás? «Quirites[2], esto (por ejemplo) no es justo, aquello es malo, lo de más allá es más honrado.» De hecho, sabes pesar lo justo en los dos platos de la balanza incierta, sabes discernir la línea recta incluso cuando se insinúa entre las curvas, cuando una regla de pie algo torcido podría llamarnos a engaño, y estás en situación de señalar como infame el vicio y de pegarle el negro signo[3] de la condena. En tal caso, ¿por qué no dejas, ya que tienes sólo la

---

[1] Es Sócrates que se dirige a Alcibíades. El principio de esta sátira está inspirado en el diálogo platónico *Alcibíades I*.

[2] Aquí la sátira pasa a ser plenamente romana.

[3] Es la letra griega zeda, (θ), inicial de la palabra griega *thánatos*, muerte.

inútil belleza del cuerpo, de menear la cola[4] antes de
15 tiempo frente al vulgo que te adula, cuando lo mejor sería que sorbieras puro el eléboro[5] de las tres Antíciras? ¿Cuál es para ti el colmo de la felicidad? ¿Tener siempre una buena cocina y una piel cuidada con continuos baños de sol[6]? Mira, esta pobre vieja[7] no dice otra cosa. ¡Ea, pues, vete soplando: «soy el hijo de Dinómaca[8], y soy
20 blanco». Da lo mismo, mientras no sea menos sensata la harapienta Baucis[9] cuando le grita al esclavo descamisado: ¡Albahaca!

¡Qué gran verdad es que nadie intenta descender al fondo de sí mismo; nadie, pero todo el mundo se fija en la alforja del que le va delante[10]! Supongamos que preguntas: «¿Tienes idea de las posesiones de Vetidio?» «¿De
25 quién?» «De aquel ricachón que en Curas[11] tiene tantas tierras que no las sobrevolaría un milano». «¿Te refieres a aquél odiado por los dioses y enemigo de su genio, que

---

4 Como un perro, o quizás como un pavo.

5 Cf. las notas 18 de la *Sátira* I y 24 de la *Sátira* III. En Grecia había tres ciudades llamadas Antícira, y en las tres se producía eléboro, por lo que aquí la expresión significa «todo el eléboro del mundo».

6 Los romanos acostumbraban a tomar el sol en unos lugares determinados *(solaria);* previamente se ungían el cuerpo con aceite.

7 Como haciendo un gesto señalando una mujer anciana que pasa.

8 Cita el nombre de la madre de Alcibíades, descendiente de los alcmeónidas.

9 Era una vendedora ambulante de hierbas aromáticas.

10 Persio imagina, variando ligeramente la fábula tradicional de las dos alforjas (se lleva una delante con los vicios ajenos y otra en la espalda con los propios), que todos los hombres llevamos una sola alforja en la espalda, con nuestros propios defectos. Por eso sólo vemos los ajenos.

11 Curas, ciudad natal de Numa Pompilio, era una población de la Sabina; Vetidio es el nombre de algún terrateniente.

cada vez que debe colgar un yugo en los arcos de las encrucijadas[12] vacila temeroso de quitar el polvo viejo de una jarra de vino, y masculla: "¡Buen provecho!" cuando 30 mordisquea, sazonada con sal, una cebolla sin pelar al tiempo que los esclavos lo celebran junto a una olla de gachas[13] y él sorbe el poso harapiento de un vinagre casi echado a perder?». Pero si después de haberte ungido con aceite haraganeas bajo los tiros del sol, a tu lado hay un desconocido que te atiza un codazo y te escupe su acrimonia: «¡Vaya moda la de escardarse el carajo y lo más secreto del cuerpo para abrir a la gente las mustias fosas! 35 Si te peinas con cuidado la lana perfumada de tus mejillas, ¿por qué en tu ingle tu miembro emerge sin pelo? Aunque cinco mancebos de la palestra[14] intenten arrancar esta vegetación y torturen con pinzas ganchudas tus nalgas reblandecidas, no hay arado capaz de domar estos 40 helechos».

Nosotros herimos las piernas con flechas y a la vez exponemos las nuestras a ellas. Así es la vida, ya se sabe. Padeces debajo de los sobacos una herida secreta, pero el oro de tu ancho tahalí la disimula. Cuanto más te quieras date por satisfecho con historias y engaña a tus nervios, eso si lo logras[15]. «Cuando el vecindario me trata 45 de hombre excepcional, ¿no voy a creerlo?». Si ante una

---

[12] En las fiestas *Compitalia,* dedicadas a los dioses de las encrucijadas, los agricultores colgaban aperos de labranza, principalmente yugos, en los templetes que aquellos dioses en ellas tenían, y celebraban *in situ* banquetes copiosos, pero no este Vetidio, que se limita a comerse una cebolla, y a beber un vino de mala calidad.

[13] Era su pobre comida ordinaria.

[14] Especialistas en depilación.

[15] Pero no lograrás que tu sistema nervioso no advierta los achaques que puedes ocultar a los demás.

moneda, sinvergüenza, palideces, si le haces a tu verga todo lo que se te ocurre, si azotas cautamente el brocal amargo [16] con numerosos moratones, en vano abrirás al
50 público tus orejas sedientas. Aleja de ti lo que no eres, devuelve a los baratilleros sus presentes. Mora en ti mismo: verás lo reducido de tu ajuar [17].

---

[16] Expresión algo enigmática. El *puteal Libonis* (o sea, el recinto construido por Escribonio Libón para aislar un lugar fulminado por un rayo) era un lugar del Foro Romano, junto al cual había un pozo, en el que se reunían traficantes y usureros, por lo que aquí parece decirse que la persona que tú crees ilustre acostumbra a azotar a sus clientes junto al pozo de Libón, es decir, junto a este pozo presta dinero a interés enorme.

[17] Es decir, tus cualidades personales.

SÁTIRA V

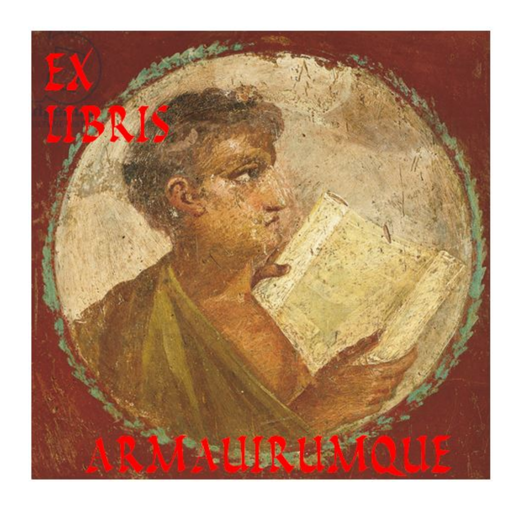
Como la segunda sátira, también ésta reviste forma de epístola, que Persio dirige a su maestro en filosofía estoica, Cornuto. El tema de la pieza es uno de los centrales en toda la filosofía antigua, el de la verdadera libertad; una libertad que no es la libertad política y social de que goza el ciudadano romano, esto es, la simple negación de la esclavitud, sino la libertad frente a las pasiones que esclavizan el alma y que permite al hombre vivir según su más fundamental esencia. Maravilla ver cómo en la versión de la moral estoica dada por Persio se dan profundos contactos con los planteamientos de la moral cristiana que precisamente durante su vida empezaba a propagarse por todos los ámbitos del mundo grecorromano.

La sátira tiene claramente dos partes perfectamente trabadas. La primera arranca con un tema típico de los estoicos, la gratitud. Aquí el tono es deliberadamente oratorio. Persio agradece a su maestro la formación que le ha dado, que se ha convertido en una amistad entrañable. En el mismo contexto se declara la variedad de las profesiones de los hombres, de las cuales Cornuto eligió la más noble: la formación y educación de la juventud.

La segunda parte desarrolla en profundidad el tema ya indicado, la distinción entre la libertad legal y la libertad moral. El poeta muestra cómo la avaricia, el sexo, la ambición y la superstición son formas de esclavitud. El hombre verdaderamente libre es el que logra superar estas pasiones y alcanza a vivir según la noción objetiva de la virtud. En una sarcástica coda, en la

que emerge otra vez el antimilitarismo de Persio, el centurión zafio e ignorante que es Palfurio declara que no daría ni un as por un filósofo griego.

La sátira tiene un vivo movimiento teatral recogido del griego Menandro, y en su dicción latina mezcla con efectividad un lenguaje coloquial con expresiones afectadas y muy técnicas, lo que otorga a esta quinta sátira de Persio una fisonomía muy peculiar no sólo entre la totalidad de su obra, sino incluso en el panorama de la poesía latina del siglo I de nuestra Era.



SÁTIRA V

Es habitual en los poetas el reclamar cien voces, el desear para sus poemas cien bocas y cien lenguas[1], si ponen por escrito tanto un drama[2] destinado a hacer abrir ampliamente la boca a un trágico lúgubre como las heridas del parto que se arranca el hierro de la ingle. «¿Qué pre- 5 tendes con esto?[3] ¿Cuántas albóndigas de robusta poesía ingieres para que encuentres adecuado disponer de cien gargantas? Que los que se enfrentan con temas grandiosos recojan nieblas en la cumbre del Helicón[4]; son los que hacen hervir la olla de Procne o la de Tiestes[5], de la cual

---

[1] Son expresiones que reflejan, exagerándola, una frase homérica (*Ilíada* II 489) en que el poeta pide para sí sólo diez lenguas y diez bocas.

[2] Puede ser tanto una comedia como una tragedia.

[3] Primera intervención de Cornuto, el preceptor de Persio.

[4] Estas palabras de Cornuto son un anticipo de la polémica de los coliambos contra los poetas grandilocuentes y vacuos. El monte Helicón era una de las residencias habituales de las Musas.

[5] Expresión muy eficaz para indicar argumentos de tragedia gastados y truculentos, por ejemplo servir en banquetes carne humana; es el caso de Procne, que para vengarse sirvió a su marido Teseo a su hijo Itis (argumento de tragedias de Livio Andrónico, de Accio y de un tal Fausto, del s. I a. C.), o el de Atreo, que sirvió a su hermano Tiestes la carne de sus hijos Tántalo y Plístenes (argumento de las tragedias de Enio, de Vario, de Séneca y de Curiacio Materno).

10 cenará con frecuencia el insípido Glicón[6]. Pero tú no oprimes los vientos con el fuelle jadeante mientras la masa de metal se funde en la hornaza, no graznas estúpidamente en tus adentros mascullando en voz baja algunas frases solemnes, y no piensas hacer estallar neciamente con un reventón tus carrillos hinchados de aire[7]. Usas el lenguaje llano de la toga[8], experto en duras combinaciones, redondeando moderadamente tu boca[9], experto en raer las costumbres enfermas que hacen palidecer de sonrojo, y en 15 cazar la falta en un juego de hombre libre. Extrae de ahí tus argumentos y deja para Micenas[10] los festines en los que se sirven cabezas y pies; conoce sólo las comidas normales».

Ciertamente no me afano para que se me hinche de nimiedades enlutadas una página capaz de dar peso in- 20 cluso al humo[11]. Hablamos en la intimidad. Y ahora —la Musa me invita a ello— quiero que escrutes mi corazón, y me place mostrarte qué gran parte de mi alma, dulce amigo Cornuto, te pertenece[12]. Golpea, tú que sabes distinguir lo que suena a macizo del estuco de una lengua 25 pintada[13]. Por eso me atrevo a reclamar cien bocas, pa-

---

[6] El actor trágico que iba a representar las piezas teatrales.

[7] Persio integra en tres imágenes su única visión de la poesía grandilocuente y vacua.

[8] El lenguaje coloquial. Persio ve con profundidad el problema de la justeza de la lengua.

[9] Quiere decir: rehuyendo toda afectación.

[10] En esta ciudad aquea de la costa oriental del Peloponeso tuvo lugar la trágica cena de Tiestes.

[11] Persio quiere decir que se deben evitar los argumentos incoherentes o absurdos.

[12] Porque tú la formaste y educaste.

[13] La imagen es violenta, y sólo por los comentaristas de la antigüedad alcanzamos a ver su referencia, que es al uso de golpear con

ra que la gran semblanza que de ti tengo grabada en los pliegues de mi alma, logre hacerla aflorar mi voz sincera, y para que las palabras desvelen todo cuanto, inefable, se esconde en mis fibras secretas.

Así que, no sin cierta congoja, me vi libre de la salvaguarda de la púrpura[14], y mi bula quedó colgada como 30 ofrenda a los lares de túnica recogida[15], cuando mis obsequiosos compañeros y el haz de dobleces de mi toga, ya entonces blanco, me permitieron esparcir impunemente mis miradas por toda la Subura[16], cuando el camino se bifurca y la inexperiencia que descarría nuestra vida se lleva los espíritus trepidantes hacia las encrucijadas de muchos ramales, entonces yo me reservé para ti; tú acoges 35 mis tiernos años, Cornuto, sobre tu pecho socrático[17]. Entonces la regla, hábil en el engaño, hábil en confundir, endereza, bien aplicada, costumbres torcidas, mi alma siente encima el peso de la razón, se afana en dejarse vencer, y por tu dedo pulgar va tomando figura de obra de arte.

---

los nudillos de los dedos las paredes para ver si eran de mármol o bien sólo de ladrillos recubiertos por una capa de él. Golpea mi pecho, viene a decir el poeta, para comprobar si es sincero o no. En el fondo aquí hay una contraposición de realidad y apariencia.

[14] A los dieciséis años se dejaba la *toga praetexta* listada de púrpura para vestir la *toga virilis,* que era blanca.

[15] La toga viril se imponía en una ceremonia religiosa en la que los adolescentes colgaban la bula, o distintivo a manera de medalla que hasta entonces habían llevado colgada al cuello, de las imágenes de los dioses lares, representados con la túnica recogida hasta la rodilla. Si se trataba de familias pudientes la bula era de oro.

[16] Barrio de Roma habitado por agentes de condición muy baja, y que tenía mala reputación. No era lugar muy apto para que pasearan por él adolescentes.

[17] Es decir, lleno de afecto hacia sus discípulos. Pero tal afecto socrático no se veía muy libre de sospechas.

En efecto: recuerdo que pasaba contigo largas jornadas,
40 contigo dedicaba a los festines sólo las primeras horas de la noche. Los dos cual si fuéramos uno disponemos el quehacer y el reposo y relajamos los asuntos serios en una comida discreta. Seguramente no dudarías que los días
45 tuyos y los míos concuerdan según una ley fija y proceden de un mismo astro[18]: o bien la Parca, fiel a un destino verdadero, ha suspendido el tiempo de nuestras vidas en la balanza equilibrada, o bien la hora natal, propicia a los amigos, ha dividido entre los Mellizos nuestros dos destinos armónicos, y, gracias a nuestro Júpiter, rompe-
50 mos a la vez la influencia maléfica de Saturno[19]; sin duda hay una estrella, no sé cual[20], que me pone de acuerdo contigo.

Infinitas son las especies de los hombres[21], y su vida es variopinta; cada cual tiene su voluntad, y no se vive con un único anhelo. Éste trueca allí donde sale el sol mercancías itálicas por arrugados pimientos y granos de
55 amarillo[22] comino; otro prefiere, en su hartura, hincharse del sueño que le riega los miembros, uno siente debili-

---

18 Según la astrología antigua los que habían nacido bajo la misma constelación tenían gustos y tendencias afines. Aquí no queda claro si Persio y Cornuto habían nacido bajo el signo de Libra o bajo el de Géminis.

19 El planeta Saturno, alejado del sol, era frío y maléfico; Júpiter era beneficioso. En la creencia popular los astros buenos neutralizaban la influencia de los malos.

20 Pero Persio no cree demasiado en astrología. En ello hay influencia de la filosofía estoica.

21 El poeta abandona las confidencias personales y pasa a describir las ocupaciones de los hombres.

22 El comino es una umbelífera de la que se extraía un aceite muy amarillo. El poeta enumera productos de Italia que se intercambiaban con los de otros países, principalmente a través del puerto de Alejandría.

dad por el campo de Marte[23], otro se arruina con los dados, un tercero se derrite por Venus, pero cuando la podagra pedregosa les ha convertido las articulaciones en troncos de haya añosa, entonces gimen porque han pasado sus días espesos a la luz de una ciénaga[24], y, ya demasiado tarde, por la vida que les ha abandonado. En cambio, a ti te gusta palidecer de noche encima de los papeles; de hecho frecuentas a los jóvenes y siembras en sus oídos bien purgados las mieses de Cleantes[25]. Venid aquí a buscar, niños y ancianos, un fin determinado para vuestra alma y un viático para la infeliz vejez. «Esto se hará mañana»[26]. Pero mañana dirás lo mismo. «¿A qué viene esto? ¿Te parece excesivo concederme un día más?». Pero cuando ha llegado el día siguiente ya hemos consumido el mañana de ayer, y hete aquí otro «mañana» que agota estos años; siempre tendremos por delante algo de tiempo. Porque si corres en el eje posterior como la rueda trasera, intentarás en vano alcanzar la que gira delante, por muy próxima que esté, bajo el mismo timón. 60 65 70

Necesitamos libertad[27], pero no aquella por la que todos los Publios inscritos en la tribu Velina[28] cuando han

---

[23] Donde se practicaba el deporte.

[24] Metáfora audaz, pero exacta, para indicar que se ha pasado una vida encharcada en el vicio.

[25] Los principios de la filosofía estoica. Cleantes fue un estoico del s. III a. C.

[26] Súbita intervención de un interlocutor anónimo.

[27] Aquí empieza la segunda parte de la sátira, dedicada a investigar qué es la libertad verdadera.

[28] El esclavo manumitido recibía un nombre de pila *(praenomen,* aquí Publio), conservando el nombre que había tenido de esclavo. Quedaba adscrito a una de las tribus en que se dividían los ciudadanos romanos (aquí la tribu Velina). Ello le daba derecho a participar de las

sido licenciados del servicio tienen derecho, por una mísera ficha, a ser dueños de un trigo sarnoso. ¡Oh estériles para la verdad, que creéis que un giro sobre sí mismo crea
75 un Quirite[29]! Este Damas[30] es un palafrenero que no vale tres reales, legañoso a fuerza de borracheras y falsario incluso en el magro pienso que les echa a sus jamelgos: que su dueño le haga darse la vuelta, ¡y hete ahí a Marco Damas! ¡Caramba! Marco da garantías, ¿te niegas a prestarle tus dineros? Marco actúa como juez, ¿tú te pones
80 pálido? Marco lo ha dicho, es así, ¡firma el contrato, Marco![31] Ahí tienes la libertad pura: ahí tienes la que las gorras[32] nos otorgan. «¿Es que el hombre libre no es aquel que puede pasar la vida como quiera? Puedo vivir a mi aire: ¿no soy más libre que Bruto?»[33]. «Tu deduc-
85 ción es falsa», responde este estoico que se limpia las orejas con vinagre mordaz[34]; «acepto el resto, pero tú su-

---

distribuciones gratuitas de trigo exhibiendo la tésera o cédula que le acreditaba como ciudadano romano.

[29] Es una descripción, no exenta de su punto de grotesco, de la ceremonia con la que se otorgaba la libertad a un esclavo. En presencia del pretor un lictor golpeaba ligeramente al esclavo con una vara, luego el dueño le tomaba de la mano y le hacía dar una vuelta sobre sí mismo. Cf. la nota 10 de la *Sátira* I.

[30] Nombre casi genérico de esclavo. A continuación se indica su nuevo nombre y se le cita sólo por él.

[31] El poeta indica tres ejemplos de actos legales en los que podía intervenir un ciudadano: efectuar un préstamo, actuar como juez, y ejercer de testigo autentificando un documento con la firma y el cuño personal.

[32] En el momento de recibir la libertad el ya ex-esclavo se tocaba con una gorra característica.

[33] Fue el primer cónsul, símbolo por antonomasia de la libertad romana.

[34] Es decir, dotado de buenas entendederas, muy inteligente.

prime este «puedo» y aquel «como quieras»». «Después de haberme despedido del pretor soy dueño de mi persona gracias al golpe de vara; ¿por qué no me va a ser permitido hacer todo lo que decida mi voluntad, exceptuando lo que prohíba algún título de Masurio[35]?». 90 Apréndelo, pero que de tu nariz caigan la ira y las arrugas de una mueca, mientras te arranco del pulmón las abuelas chochas[36]. Porque no era cosa del pretor señalar a los estúpidos los deberes sutiles de la realidad y poner a su disposición la práctica de una vida vertiginosa. Más fácilmente acostumbrarías a un ganapán fornido a tocar la 95 sambuca. Se alza contra ti la razón y charlando te musita al oído la prohibición de hacer lo que uno estropeará por hacerlo. La ley común de los hombres y la naturaleza incluyen esta norma sagrada: que la ignorancia impotente se retraiga de las acciones que le están vetadas[37]. Tú pre- 100 paras una solución de eléboro y no sabes fijar en el punto preciso el fiel de la balanza: eso te lo prohíbe la esencia misma del arte de la medicina. Si un labrador que calza grandes botas, pero no reconoce al lucero del alba[38], pretende dirigir una nave, Melicertes[39] exclama que en el mundo ya no hay vergüenza. ¿Es que la filosofía te ha

[35] Masurio Sabino, jurisconsulto famoso de la época de Nerón.

[36] Otra vez una imagen violenta y forzada, que se refiere a los prejuicios inveterados.

[37] Persio es muy pesimista: afirma que lo que ha de ser, acaecerá fatalmente, para señalar luego que no debemos ejecutar acciones cuya naturaleza desconozcamos. Lo que sigue son ejemplos concretos que ilustran la norma general.

[38] Es el planeta Venus, que, como es bien conocido, luce en el crepúsculo matutino y en el vespertino. Aquí se le cita como compendio de lo que debe saber el navegante.

[39] Es otro nombre de la divinidad más conocida con el nombre de *Portunus*, patrona de los navegantes.

dado el poder vivir de pie sobre tus talones[40], y te has
105 aplicado en distinguir la verdad de la apariencia, para que
ésta última no emita el tintineo engañoso del cobre con
una capa de oro[41]? ¿Las cosas a que debemos atenernos
y aquellas que, por el contrario, debemos evitar, las has
marcado, las primeras, con yeso, y luego éstas, las segundas, con carbón?[42] ¿Eres moderado en tus aspiraciones,
tienes un hogar austero, eres afable con tus amigos? ¿Te
110 sentirías dispuesto ya a cerrar, ya a mantener abiertos tus
graneros[43] y a pasar por encima de una moneda clavada
en el fango[44] sin tragarte la saliva de Mercurio[45]? Cuando puedas decir razonablemente: «Tengo estas virtudes, las
poseo», entonces sé libre y juicioso con el consentimiento
de los pretores y de Júpiter. Pero si tú, que hasta hace
115 poco eras de la misma harina que nosotros[46], conservas
la piel de siempre, y, pulido sólo en la frente, conservas
en tu alma desvaída la astucia de la zorra, retiro lo que
te otorgué más arriba[47] y vuelvo a tirar de la cuerda[48].

---

40 El latín dice exactamente esto, pero no se ve claro lo que significa, posiblemente vivir con entereza moral.

41 Es decir, dar gato por liebre.

42 Esto es una variante de lo que se dice al principio mismo de la *Sátira* II.

43 A ser pródigo o a ser avariento.

44 Sin agacharte con fatiga a recogerla. Un juego de los niños romanos consistía en poner una moneda de poco valor en un lodazal y esconderse para observar la reacción de los que iban pasando.

45 Ya es sabido que Mercurio era el dios del comercio y de las ganancias.

46 En castellano decimos mejor: de la misma pasta.

47 Inmediatamente antes: «Sé libre, y juicioso...».

48 Para recuperar lo que solté. La frase que sigue es una explicitación de esto. Es en sí una sentencia estoica. Cf. CICERÓN, *De Finibus* III 17.

La razón no te ha concedido nada; sólo alargar el dedo, y ya delinques. ¿Hay algo más insignificante? En todo caso, con tu incienso no alcanzarás de los dioses que en los necios haya siempre una pequeña media onza de bien[49]. Esta mezcla es sacrílega, y puesto que, por otro lado, no eres más que un destripaterrones, no bailarás ni tan siquiera tres compases del *Sátiro* de Batilo[50]. «¡Soy libre!» ¿Quién te ha dado esto que te atribuyes, si estás sujeto a tantas cosas? ¿Acaso no conoces otro dueño que no sea el que puede conferir la libertad con la vara? Si él te chilla: «¡Vamos, muchacho, llévame los estrígilos a los baños de Crispino[51]! ¿Te entretienes, gandul?», no te empujan los rigores de la esclavitud ni te penetra, de fuera, nada que te sacuda los nervios[52]; pero si en tu interior y en tu hígado enfermizo surgen otros dueños, ¿sales de allí menos merecedor de castigo que aquel que han hecho correr hacia los estrígilos la correa y el miedo hacia su amo?[53]

120

125

130

De madrugada roncas perezosamente. «¡Levántate!» dice la Avaricia[54], «Vamos, ¡levántate!». Tú dices que no; ella insiste: «¡Levántate!» exclama. «No puedo». «¡Leván-

---

49 Para los estoicos el bien y el mal morales tienen valor absoluto, y no admiten mezcla.

50 Célebre mimo alejandrino, liberto de Mecenas, conocido principalmente por las danzas obscenas que ejecutaba, una de las cuales debía denominarse *Sátiro*.

51 Con seguridad el nombre de unas termas, pero no tenemos noticia de ellas.

52 Imagen extraída del teatro mecánico de muñecos; los estoicos la usaban habitualmente.

53 Las pasiones que nacen en nosotros nos dominan no tan visiblemente como el amo a los esclavos, pero nos sujetan más y nos aprisionan más tiránicamente.

54 En una concreción ascendente muy lograda Persio personifica aquí la pasión de la avaricia y luego la de la molicie.

tate!». «Pues, ¿qué puedo hacer?». «¿Me lo preguntas? Importar del Ponto sardinas, castóreo, estopa, ébano, in-
135 cienso, vinos dulces de Cos. Anticípate a todos en descargar el pimiento así que llegue, incluso antes de abrevar a los camellos, estafa, perjura». «Pero Júpiter puede oírme». «Vamos, gran zopenco, te pasarás la vida satisfecho de agujerear con el dedo tu salero a fuerza de probarlo [55] si pretendes vivir en armonía con Júpiter».

Te remangas hasta la cintura y ya cargas a hombros de tus porteadores el saco de piel y el cesto de botellas:
140 «¡Ea! ¡A la nave!». Nada se opone a que a bordo de un barco enorme devores el mar Egeo, a no ser que la artera Lujuria te aparte algo y te advierta: «A ver, atolondrado, ¿hacia dónde te precipitas, hacia dónde? ¿Qué es lo que quieres? ¿Es que en el fondo de tu pecho inflamado se te hinchó tu bilis varonil [56], tanto, que ya no la apagaría
145 ni una jarra de cicuta? ¿Vas a saltar al mar? ¿Sostenido por un cáñamo torcido, cenarás en un banco de remeros y un botijo de ancha panza te hará subir a la nariz el aroma de un vinillo rojo de Veyes [57] echado a perder por la pez maloliente? ¿A qué apuntas? ¿A que tu dinero, que hasta ahora habías conservado a un modesto cinco por
150 ciento, te rinda, a fuerza de sudarlo, un ávido once? Sé bueno con tu genio [58], recojamos las dulzuras, es bien nuestra la vida de que disfrutas; en ceniza, en manes y

---

[55] Es decir, serás sin remedio pobre de solemnidad.

[56] Alusión a la pérdida de juicio, porque se consideraba que la causa de la locura radicaba en la bilis. Por lo demás, se creía que tomar un poco de cicuta curaba las enfermedades biliares.

[57] El vino de Veyes era muy malo (cf. HORACIO, *Sátiras* 2, 3, 143), pero éste de ahora huele todavía peor por la mala calidad de la pez que se había usado para fijar la tapadera del recipiente.

[58] Date una buena vida.

en rumores del pueblo: en esto te convertirás; vive pensando en la muerte, el tiempo huye; eso que ahora mismo digo ya pertenece al pasado». Y bien, ¿qué haces? Un doble anzuelo te desgarra en sentidos opuestos. Tú, ¿cuál de los dos sigues? Es ineludible que por doble obediencia 155 tú alternativamente te sometas a un dueño y te alejes del otro. Pero no porque te hayas resistido una vez, porque te hayas opuesto a obedecer sus imperiosas órdenes dirás: «Ya he roto los lazos», porque también la perra rompe el lazo a fuerza de tirones, pero en su huida arrastra en el cuello un buen trozo de cadena.

«Créeme[59], Davo, por favor, pienso poner pronto fin a mis viejos dolores» dice Queréstrato, mordiéndose las 160 uñas hasta hacerlas sangrar. «¿Voy a ser el deshonor de mis austeros parientes? ¿Voy a destrozar, mientras las hablillas se refieren a mí, mi patrimonio ante un umbral obsceno, mientras canto borracho, con la antorcha apagada[60], ante la puerta húmeda[61] de Crisis?»[62]. «Muy 165 bien, joven, eres sensato, sacrifica una cordera a los dioses que alejan el mal». «¿Pero tú crees, Davo, que ella gemirá al verse abandonada?». «Bromeas; te castigarán, muchacho, a golpes de sandalia roja[63]; no te muevas ni roas 170 las redes tupidas, ahora feroz y violento, pero presto a responder: «voy al punto» si te llama». «¿Qué hago ahora? ¿Tampoco acudiré cuando me llame y me suplique

[59] Ejemplo brusco de la esclavitud del alma, extraído de la comedia de Menandro *El eunuco*, retomado por Terencio, y seguido por Horacio, *Sátiras* 2, 3, 258. El amo, Queréstrato, dialoga con Davo, su esclavo.

[60] Porque está lloviendo.

[61] Por la lluvia, o quizás «por mis lágrimas».

[62] Nombre genérico de las cortesanas caras y derrochadoras.

[63] Ella te zurrará con sus sandalias.

con insistencia?». «Si saliste de allí sano y salvo[64], no, ni tan siquiera ahora». Aquí, aquí precisamente está lo que buscamos[65], aquí y no en la vara que blande un lictor inepto.

175 ¿Es en verdad dueño de su persona el adulador[66] arrastrado boquiabierto por la Ambición[67] almidonada? «Espabílate y arroja pródigamente garbanzos al pueblo que se pelea, para que los ancianos, amigos del sol, puedan acordarse de nuestras fiestas de Flora»[68]. ¿Puede haber algo más hermoso? Pero cuando llegan los días de Herodes[69] y las lamparillas, coronadas de violetas, vomi-
180 tan en las ventanas aceitosas una niebla grasa, y la cola del atún nada abrazando el plato de arcilla roja, y la jarra blanca rebosa de vino, entonces mueves los labios silenciosamente y el sábado de los circuncisos te hace palidecer. Luego se presentan los negros fantasmas[70] y los riesgos
185 que anuncia un huevo roto[71], y los galos corpulentos y

---

[64] Fórmula de la integridad moral del sabio inaccesible a las influencias externas.

[65] Es decir, la verdadera libertad.

[66] El esclavo de la pasión política.

[67] Sigue la personificación señalada en la nota 54.

[68] Eran las fiestas llamadas *Floralia,* que se celebraban del 28 de abril al 3 de mayo. Nuestro candidato las celebra como edil, pero aspira a magistraturas más altas, y por eso quiere recomendarse repartiendo víveres en abundancia.

[69] Las fiestas de los hebreos, en las que se iluminaban las ventanas y se comía atún, vienen aquí citadas como ejemplos de ritos supersticiosos a los que es proclive el hombre ambicioso.

[70] Las sombras de los muertos *(lemures)* vagaban entre los vivos y debían ser aplacadas con sacrificios.

[71] Un rito adivinatorio consistía en depositar un huevo en un brasero; si al contacto con las brasas el huevo rezumaba la clara por alguna parte, era signo de buen agüero, pero si se rompía su cáscara era uno de los presagios peores.

la sacerdotisa bizca con su sistro [72] hacen entrar violentamente en ti a los dioses que hinchan el cuerpo si no has probado antes tres veces cada mañana la cabeza de ajo prescrita.

Intenta decir esto en un corro de centuriones varicosos [73] e inmediatamente el ingente Palfurio [74] soltará una risotada y ofrecerá por cien filósofos griegos la suma regateada de cien ases. 190

---

72 Los galos son los sacerdotes de Cíbele; la sacerdotisa, que empuña el sistro, es la de Isis. Comer ajo protegía contra los encantamientos de ellos y de ella.

73 Enfermos de varices por las largas marchas.

74 Nombre de un centurión grosero e ignorante.

SÁTIRA VI

Por lo que se refiere a su género literario esta sexta y última sátira de Persio presenta una cierta contaminación. Pues de nuevo la forma es más bien epistolar. Persio desde las playas de Liguria escribe a su amigo el poeta Cesio Baso, que en pleno invierno se ha retirado a su finca de La Sabina. Pero aquí Persio trata más de sí mismo que de la situación y de los intereses del amigo. Pues si bien el inicio es el normal de una carta, pedir y dar nuevas personales, explicando él mismo cómo se encuentra en Luna, un delicioso y apacible paraje, y alabando el talento poético del amigo, una hábil transición le conduce a plantear el tema de la avaricia y a exponer cómo él, Persio, no vive la vida de un avaro. Evita el derroche, pero no se guarda el dinero si se trata de ayudar a un amigo que ha sufrido una desgracia, aquí un naufragio. Con más razón debe hacerse un uso inteligente de las rentas propias, guardando el capital y resarciéndose de los gastos, incluso los de mantenimiento; el resto puede expenderse sensatamente. Hasta aquí la primera parte de la sátira.

En la segunda parte Persio sostiene un pintoresco diálogo con su presunto heredero. Un alfilerazo ocasional contra el malfamado emperador Calígula, que se atribuía victorias jamás obtenidas, o al menos jamás obtenidas por él, lleva al poeta a declarar que ofrecerá de su bolsillo el espectáculo de cien pares de gladiadores para festejar el triunfo. El presunto heredero protesta enojado: las rentas de Persio no dan para tanto; él renuncia a la herencia. No se da cuenta de que ésta es como un don de Mer-

curio, que Persio ahora hará recaer sobre el primer mendigo que se *le* cruce. No va a vivir angustiadamente, arguye, para que su heredero luego viva espléndidamente. A éste, un avaro —uno de los aciertos de esta sátira es describir con agudeza los rasgos de la avaricia—, lo anima a dedicarse al tráfico más infame, el de esclavos, y, luego de arruinar su virilidad con prostitutas de lujo, a intentar rehacerse seduciendo a una matrona con la vista puesta en el dinero de ella. Pero el avaro nunca sabrá cuándo debe poner fin a su avaricia; el sorites de Crisipo cierra la última de las sátiras de Persio.

Ésta tras un principio prometedor por la firmeza de sus trazos muestra un cierto decaimiento. A la exposición del ideal medio de vida entre la avaricia y la prodigalidad le falta la garra característica de los mejores momentos de la poesía de este poeta. Tampoco el diálogo entablado entre él y su presunto heredero es verdaderamente tal; las partes del propio Persio son más bien una reflexión personal que una respuesta en una disputa perfilada nítidamente.

Por contra es espléndida la descripción de la llegada del mensajero que anuncia la supuesta victoria obtenida sobre los germanos, y la crudeza con que el poeta delata el decaimiento del vigor amoroso de su heredero y cómo intenta resarcirse de lo que antes derrochó.

El final de la sátira con el sorites de Crisipo nos deja en la duda de si Persio en el fondo no estará algo de acuerdo con el avariento de la segunda mitad de la sátira, pues la interpretación de los últimos versos es en sí ambivalente. En cualquier caso, atendiendo al tono más general de la obra de Persio hay que pensar que ésta se cierra con el ideal estoico de una prudente moderación y vía media.

SÁTIRA VI

¿El invierno, oh Baso, te ha acercado ya al hogar que posees en La Sabina?[1] ¿Y las severas cuerdas de la cítara bajo tu plectro cobran vida, oh artista el más maravilloso, que reflejas en los ritmos la antigüedad de las voces primitivas y los viriles acentos de la lira latina[2], egregiamente hábil luego, pese a tu ancianidad, en hacer vibrar la alegría de la juventud y en solazarte con un pulso siempre honesto? En esta época yo disfruto del calorcillo de las costas ligures y del invierno de este mi mar querido[3], donde los escollos levantan una pared formidable, y la playa se arrebuja en una hondonada profunda. *Venid a conocer el puerto de Luna, ciudadanos, pues bien se lo merece.* Os invita a ello el corazón de Ennio, una vez 5

---

[1] El famoso poeta latino Cesio Baso, que fue el primer editor de las sátiras de Persio, poseía una residencia de invierno en La Sabina. Los romanos acomodados dejaban la capital y se retiraban al campo no solamente en verano y en otoño, sino también en invierno, durante las Saturnales, para evitar la barahúnda de estas celebraciones del solsticio de invierno.

[2] El poeta contrapone la severa poesía de Enio, de la que algo más abajo nos ofrecerá un verso, y la poesía amorosa, de inspiración más ligera.

[3] Es la actual Riviera italiana, tan famosa en la época de Persio como ahora mismo.

10 despertó del sueño de creerse el Meónida Quinto, nacido del pavo pitagórico[4]. Aquí yo, desentendiéndome de la multitud y de lo que prepara el siroco funesto para los rebaños[5], desentendiéndome de si el pegujal de tierra del vecino es más fértil que el nuestro, aunque toda la gente 15 de nacimiento inferior al mío se enriqueciera, me negaría en absoluto a agacharme por ello bajo una decrepitud que me socavara, o a cenar sin una carne bien condimentada, o a tocar con la nariz el sello de una botella desabrida[6].

No faltará quien discrepe. Tú haces nacer, horóscopo, dos mellizos con genios opuestos: uno es un tacaño, que sólo en su cumpleaños mojará sus legumbres enjutas con 20 una salsa que compró en su tarro[7], y él mismo se espolvoreará la sartén con el sacrosanto[8] pimiento. El otro es un jovencito derrochador que devora a dentelladas su inmenso patrimonio. En cuanto a mí, usaré de mis bienes, usaré de ellos, sí, pero no por ello seré tan delicado como para ofrecer rodaballo a mis libertos, ni un experto en

---

[4] El paso no es fácil, aunque parece aludir al proemio de los *Anales* de Enio, del que existen dos versiones. En ambas Homero se aparece al poeta latino, en la primera para revelarle que su alma había pasado a un pavo (llamado aquí pitagórico porque Pitágoras fue un firme defensor de la metempsícosis) y luego a él mismo, o sea a Enio. En la segunda versión Homero se aparece a Ennio y le comunica que el alma de Pitágoras había pasado sucesivamente a un pavo, a Euforbo, al propio Homero, y, en fin, al mismo Ennio, el «quinto», en cuyo caso el nombre Quinto sería doblemente ajustado a la situación.

[5] El siroco, viento funesto para los rebaños y las plantas, sopla con frecuencia en Roma y en la Campania.

[6] Para no gastar demasiado. El poeta prepara la transición al tema de la avaricia.

[7] El avaro compra, sólo para las grandes ocasiones, un poco de salsa que guarda en un pote o tarro.

[8] Expresión sarcástica, extraída del lenguaje religioso.

distinguir por la saliva el gusto refinado del zorzal. Vive de acuerdo con tu propia cosecha, y manda moler —los dioses te lo permiten— el trigo de tus graneros. ¿Qué es 25 lo que temes? Desterrona tus tierras, y en la lozanía de la hierba tendrás la próxima cosecha.

Pero el deber te reclama: un amigo necesitado, pues se le astilló la nave, se aferra a los rompientes calabreses[9]; ha enterrado en el Mar Jonio todos sus bienes y sus votos 30 no cumplidos; él mismo yace tendido en la playa y con él los dioses enormes de su popa[10]; el costillar de la nave destrozada se ofrece desde ahora a los somorgujos[11]. Es el momento, cercena algo de tu mota viva[12], sé generoso con su miseria, para que no se vea forzado a vagabundear de acá para allá pintado en una tabla azul[13]. Pero el heredero omitirá la cena fúnebre[14], enfurecido porque le has disminuido la hacienda, confiará tus huesos a la urna sin perfumarlos, dispuesto a ignorar si el cinamomo ha per- 35 dido su aroma o bien si la canela ha sido mezclada con corteza de cerezo[15]. «Sano y salvo todavía, ¿disminuirías

---

[9] Entramos en la descripción, brusca y algo desordenada, de un naufragio ocurrido ante las costas de Calabria, zona en la que eran frecuentes los accidentes marítimos.

[10] Eran las grandes figuras o imágenes pintadas de los dioses que se llevaban a popa para la tutela divina y protección de la nave.

[11] Aves marinas de voracidad proverbial.

[12] La mota viva es el capital puesto a interés, sin contar los réditos que se le suman. Como este capital procediera fundamentalmente de ingresos por producción agrícola, por esto se le llama mota *viva*.

[13] Porque es el color del mar.

[14] Hasta hace cuarenta o cincuenta años en determinadas zonas rurales europeas persistía el uso de ofrecer una comida a los deudos y amigos de un difunto el día del entierro o de los funerales.

[15] En los casos de difuntos de cierta posición social se perfumaban los cadáveres con cinamomo y canela, que debían ser puros y sin mezcla,

tu fortuna? También Bestio[16] apremia a los maestros griegos: «hete aquí lo que ocurre: desde que la sabiduría ajena llegó a nuestra ciudad junto con el pimiento y los dátiles, y la nuestra no cruzó nunca el mar[17], nuestros segadores han emponzoñado las gachas con manteca espe-
40 sa»[18]. Estas cosas, ya las temerás cuando te hayan incinerado». Mira tú, heredero mío, quienquiera que fueres, sepárate algo de la turba y atiéndeme: ¿no te has enterado, buen chico? El César[19] acaba de enviar una carta laureada, por la excepcional derrota de la juventud germánica, barren de los altares la ceniza fría y Cesonia[20] ya
45 encarga armas para los dinteles de las puertas y clámides

pero aquí el heredero, enojado porque el legatario regaló parte de los bienes que le habrían correspondido en herencia, se despreocupa de la autenticidad de tales productos aromáticos.

16 Bestio, que sale en Horacio, *Epístolas* I 15, 37, es el nombre genérico de los que se oponían a dar una formación preponderantemente griega a la juventud romana. Aquí se censura en los maestros griegos relajación de costumbres y lujo en las comidas.

17 El texto latino aquí es de interpretación dudosa, y también podría entenderse: «falta de virilidad». Pero si se tiene en cuenta que los productos importados llegaban a Roma por mar, la traducción dada es probablemente la más correcta. La interpretación alternativa significaría que la sabiduría genuinamente romana no tiene la consistencia, solidez y coherencia de la griega.

18 Esto lo dice Bestio, que es contrario a la formación griega impartida a la juventud romana, pero no es lo que piensa Persio, naturalmente, de filiación claramente estoica, bien griega, por consiguiente.

19 Ataque feroz contra Calígula, que se jactaba de victorias nunca conseguidas.

20 Es la emperatriz, que hace el juego a su marido y arrienda a los contratistas los ornamentos necesarios para festejar el triunfo en realidad inexistente. Como no había habido triunfo no había botín capturado al enemigo, y para el desfile triunfal que iba de todos modos a celebrarse había que alquilar los supuestos trofeos, armas y demás elementos.

reales y pelucas rubias para los prisioneros, y carros y estatuas colosales del Rin[21]. De modo que, en honor de los dioses y del genio del general yo ofrezco cien pares de gladiadores en honor de estas hazañas extraordinarias. ¿Quién va a prohibírmelo? ¡Atrévete! ¡Pobre de ti si no guiñas el ojo en señal de conformidad! Distribuyo pródigamente a la gentuza aceite y empanadas. ¿No me lo permites? Dímelo sin tapujos. «No acepto la herencia» —exclamas— «el campo es un cuerpo sin huesos»[22]. Ea, pues, 50 si no me resta ni una tía materna, si no tengo tampoco primas del lado de mis tíos paternos ni ninguna bisnieta de mi tío paterno, si mi tía materna no tuvo hijos, y ya no vive nadie del lado de mi abuela, me largo a Bovila[23]; y al cerro de Virbio, allí daré enseguida con un Manio[24] que me herede. «¿Un hijo de la tierra?»[25]. Pregúntame 55 quién es mi tatarabuelo paterno; yo habré de meditarlo, pero te lo diré; añade otro y aun un tercero; ya éste es hijo de la tierra y según las leyes del parentesco este Manio será casi el hermano de mi bisabuela. ¿Por qué has de anticiparte a él en reclamar la antorcha para la carre-

---

[21] Como que el hipotético triunfo había sido sobre tribus germánicas, en el desfile debían figurar el río Rin, representado por una gran estatua; tal río era el *limes* o límite septentrional del Imperio. Las pelucas rubias aluden a lo mismo, y las ponían a esclavos a los que se hacía marchar cual si fuesen los prisioneros capturados.

[22] También este lugar es de interpretación difícil. Generalmente se entiende como «estéril», «que no rinde nada».

[23] Bovila se encontraba en la Vía Apia, a once millas de Roma, y algo más allá se alzaba el cerro de Virbio, héroe que se correspondía con el griego Hipólito.

[24] Manio indica aquí el nombre de uno de los muchos mendigos que pululaban por aquellos parajes.

[25] Es decir, un desconocido, como se ve claramente algo más abajo.

60 ra? [26] Yo soy tu Mercurio [27], un dios que acude aquí en persona, exactamente tal como nos lo pintan. ¿Conque rehúsas? ¿Quieres gozar del resto? «Al total le falta algo». Yo mismo lo disminuí, pero para ti, quede lo que quede, es un todo. No vayas a preguntarme dónde está lo que un día me legó Tadio [28], y no me dictes: «Pon ahí el patrimonio; suma el producto de los intereses y resta los 65 gastos: ¿qué diferencia arroja?» ¿Qué diferencia [29]? Ahora, ahora mismo aliña, muchacho, mis coles con más aceite. ¿Vas a hervirme, en un día de fiesta, ortigas y media cabeza de cerdo llena de humo y con la oreja horadada [30] 70 para que más tarde ese nieto tuyo, ahíto de hígado de oca, se corra en una vulva patricia cuando el imperioso deseo palpita en el pene promiscuo? ¿Voy a quedarme en puros huesos mientras a él su panza de victimario [31] se le remueve de gorda?

75 Tú vende tu alma al lucro, negocia y escudriña afanosamente todas las partes del mundo para que no haya quien te supere en el arte de golpear con la palma de la

[26] Es decir: ¿qué derechos de precedencia crees tener sobre un mendigo cualquiera para exigirme la herencia ya antes de morirme? Aquí hay una alegoría más bien súbita, derivada de las carreras de relevos con antorchas, en que los distintos corredores se pasaban una antorcha encendida; aquí la antorcha simboliza la sucesión.

[27] Ya se ha visto repetidamente que Mercurio es el dios del comercio y de la ganancia; con frecuencia se le representaba con una bolsa de dinero.

[28] Un antepasado, sin duda imaginario, del poeta.

[29] El poeta pregunta, furibundo, y se contesta él mismo con el propósito de no reparar en gastos.

[30] O sea, una comida miserable.

[31] El que efectuaba los sacrificios de las víctimas era gordo porque comía de la carne de los animales sacrificados.

mano a los gordos capadocios[32] encima de una rígida estrada; multiplica por dos tu fortuna. «Ya lo hice: la riqueza se ha triplicado, se ha multiplicado por cuatro, por diez en mi bolsillo; indícame el punto en que debo hacer alto». Pues he encontrado uno, Crisipo, que pone fin a tu sorites[33]. 80

---

[32] Es decir, conviértete en un rico traficante de esclavos. Estos para su venta se exponían desnudos, para que los presuntos compradores pudieran examinarlos a completa satisfacción. Para ello se ponía a aquellos desgraciados encima de un tablado o estrada, y los posibles clientes les palpaban las carnes y los huesos. Los esclavos procedentes de Capadocia gozaban de gran aprecio.

[33] Crisipo fue un filósofo estoico discípulo de Cleantes, que se hizo famoso por su sofisma llamado sorites (= montón). Según él, si a un montón de trigo se le quita un grano, el montón seguirá siendo exactamente igual (en la práctica, aunque no en la teoría), y lo mismo ocurrirá si se le quita otro grano, y luego otro, etc. Nunca se podrá determinar con seguridad cuándo el montón dejará de ser tal para ser un montón distinto. Lo mismo, apunta Persio, le sucede al avaro, que siempre será incapaz de determinar el punto fijo en que debe dejar de atesorar.

COLIAMBOS

A diferencia de las sátiras, redactadas en hexámetros dactílicos, esta composición viene escrita en trímetros escazontes o hiponacteos. En bastantes ediciones figura como prólogo del libro, pero por el contenido parece más bien un epílogo que sustenta una tesis radicalmente opuesta a la del conocido refrán de que el poeta nace y no se hace.

Declara Persio que no ha bebido en la fuente de Hipocrene ni ha dormido en el Parnaso, lo cual significa que no ha nacido poeta, pero a pesar de ello participa activamente en las reuniones de poetas, luego se ha hecho tal. Mas el móvil que le ha impulsado ha sido noble: a algunos poetas mediocres les empuja el hambre; otros ricos compran el aplauso a precio de oro. La obra de Persio acaba donde empezó, en una crítica a los pésimos gustos literarios. Razón de más para pensar que estamos ante un epílogo y no ante un prólogo.

COLIAMBOS

Yo no he abrevado mis labios en la Fuente del Caballo[1] y no recuerdo haber soñado nunca en lo alto del Parnaso de dos cumbres[2], de modo que me hiciera precozmente poeta; las diosas del Helicón y la pálida Cirene[3], las remito a aquellos cuyos bustos lame[4] la yedra trepadora. Personalmente soy un medio labriego[5] que aporta mis versos a los sagrados festivales de los poetas. 5

¿Quién ha hecho soltar al papagayo «Buenos días»? ¿Quién adiestró a las garzas a remedar penosamente nuestras palabras? Un maestro de arte y un derrochador de

---

[1] La fuente de Hipocrene, al pie del monte Helicón, que brotó de una coz del caballo Pegaso.

[2] Las cumbres de Nisa y de Cirra. Soñar en el Parnaso, como había explicado de sí el poeta Ennio, significaba obtener el don de la inspiración poética.

[3] Las diosas del Helicón son las Musas, y la fuente de Cirene está al pie del Acrocorinto, en la ciudad del Istmo de Corinto. También era un paraje predilecto de las Musas. La palidez alude al sufrimiento que exige el oficio poético.

[4] Los poetas oficiales, que gozaban de prestigio y posición por causas ajenas a la verdadera poesía, y a veces algo inconfesables.

[5] No es seguro el sentido del término latino correspondiente: o bien Persio declara de verdad su ascendencia campesina, o el poeta dice modestamente que no es un poeta consumado.

10 talento, el vientre[6], artista hábil en reproducir las voces que no da la naturaleza. Pues si brillara la esperanza de la moneda dolosa creerías que los poetas-cuervo y las poetisas-garza cantan el néctar[7] de Pegaso.

---

[6] La pobreza y el hambre empujan a los poetas mediocres a dar recitales.

[7] El néctar de las Musas, es decir, poesía inspirada y sublime. Aquí hay un ataque contra los que venden sus aplausos complacientes a patronos ricos y ambiciosos de gloria poética.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

JUVENAL

SÁTIRAS

Págs.

Págs.

LIBRO I

LIBRO II

LIBRO III

LIBRO IV


EX
LIBRIS
ARMAURUMQUE